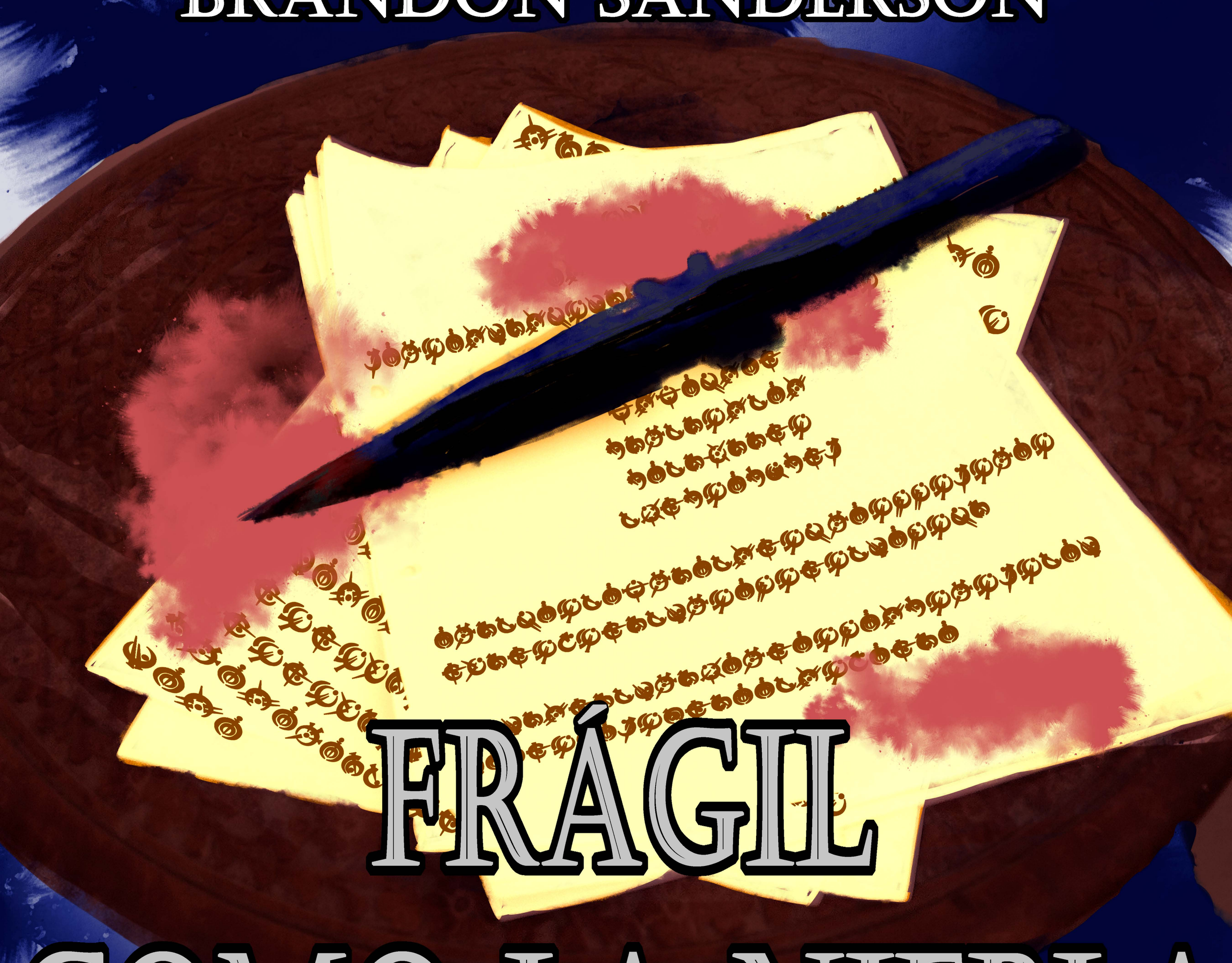
BASADO EN LA SAGA DE FANTASÍA

NACIDOS DE LA BRUMA

POR

BRANDON SANDERSON



FRÁGIL

COMO LA NIEBLA

IAN ASTOR BADARACCO

Frágil como la niebla

Índice

Agradecimientos
Entre el cuchillo y la bruma
1
2
3
4
5
6
Mentiras de ceniza y madera
7
8
9
10
11
12
13
14
Pisadas en vidrio olvidado
15
16
17
18
19
20
21
Corazones de odio y plata
22
23
24
25

26
27
28
29
30
31
Desechados en busca de gloria
32
33
34
35
36
37
38
39
40
Epílogo

Agradecimientos

Lo primero que pensé de este libro fue la escena final hace casi ya dos años. A principios de 2023, tome la decisión de comenzar a escribir como una práctica de escritura. Teniendo en cuenta que en el futuro planeo ser un buen guionista y storyboarder, me pareció buena idea simplemente comenzar a escribir, pensar que clase de personajes y situaciones debían darse para aquella escena final.

En el camino me descubrí escribiendo las cosas que más me gustaban de la trilogía original de mistborn, y cosas que, en el imperio final, aun cuando no hacían falta en aquel libro, me hubiese gustado ver.

Desde temprano comencé a compartir mis avances en el servidor de “El club de las tormentas”, allí encontré muy buen consejo, por parte de usuarios como Ayden, Skywatcher y Nate River. Con el especial agradecimiento Luciano Quiroga, que me ayudó a racionalizar y juzgar varias de las escenas y conceptos de la historia a lo largo del año.

Agradecimientos a Clancy, en los foros de 17th shard, por crear la fuente del alfabeto de acero para la portada

Agradezco a Brandon Sanderson por la creación de la saga “Nacidos de la bruma”, con un mundo rico por explorar, y unos conceptos sobre la magia que me fascinaron desde el primer momento que los leí.

Para mi viejo, Andres Badaracco
en quién base el nombre original
de mi protagonista, a pesar de estos
poseer personalidades totalmente distintas.



Prólogo

Andés se encontraba agachado en la punta de un edificio, observando las brumas ser levemente dispersada por la suave lluvia.

No era algo inusual que lloviera en Doriel, se trataba una ciudad costera después de todo, y aunque las brumas le impedirían ver con claridad por la noche, la afortunada llovizna hará que cualquier ojo de estaño vigilante tuviera un trabajo difícil para encontrarlo. Aunque esa fortuna fue compensada con el hecho de que tendría que caminar con la capa de bruma mojada, una prenda de gris oscuro, de la cual se desprenden cientos de tiras que estaban cocidas en los hombros y el pecho.

Llevaba su mochila de cuero, una placa de madera en el pecho, su monedero y un bastón de duelo que ocultaba detrás de los tentáculos de su capa, era raro para un nacido de la bruma llevar un arma larga, normalmente ellos solo se conforman con cuchillos de obsidiana y monedas para utilizar como proyectiles, lamentablemente, no era ningún nacido de la bruma.

Andés miró la fría y vieja fortaleza, no solo sucia por la ceniza, sino también por la falta de cuidado de sus murallas, el maltrato a sus sirvientes y la poca inspiración de la arquitectura. El bastión estaba ocupado por un noble que en antaño había logrado hacerse un buen nombre, solo para perder la mayor parte de su fortuna debido a una serie de malos negocios en los tiempos recientes. Lord Profoste vendía pescado a las casas nobles cercanas, la familia se había hecho rica por crear un método para transportar pescado a grandes distancias sin que éste se echara a perder, pero tuvieron que detener sus operaciones dado que los métodos para dicho transporte eran muy poco ortodoxos para el Lord Legislador.

Había estado sondeando el lugar desde hacía ya dos semanas, no fue difícil, era normal que la decadente ciudad estuviera llena de fisgones con los que mezclarse, eso más unos cuantos sobornos y descubrió que en aquella fortaleza solo tendría que haber unos pocos lanzamonedas y dos ojos de estaño para esta noche. Con lo que Andés se propuso a entrar de una vez.

Quemando el hierro de su interior, las líneas azules se le presentaban en todas direcciones, un efecto de sus poderes. Andés era lo que se conoce como un brumoso, un atraedor para ser más específico. Los brumosos podían consumir un metal y obtener propiedades de él, en su caso podía usar el hierro y «Quemarlo» para poder atraer metales cercanos a su alrededor, como si estuviera tirando de ellos con un hilo inquebrantable.

Dejó caer una moneda y se lanzó en dirección hacia la fortaleza mientras

tiraba levemente del metal, reduciendo su velocidad de caída. Era más difícil de lo que parecía, había que posicionar la moneda en lugares específicos para que ésta no resbale al ser atraída, por fortuna ya tenía mucha práctica con sus poderes y eso no le resultaba un gran desafío.

Mientras caía, se deslizó por la agrietada pared. Ayudando a controlar mejor su caída, utilizó el saliente de una ventana para apoyar su pie, casi sentía que este iba a desprenderse, con lo que saltó de allí y aterrizó en un tejado de madera vieja adyacente a uno de los puestos de guardia.

Dejando caer otra moneda, tomó su gancho y lo lanzó hacia la cima de la muralla. Al engancharse con la cornisa, Andés comenzó a escalar por la cuerda, sí, podía atraerse al gancho, pero decidió simplemente usar sus músculos, debía mantenerse en forma y no confiar únicamente en su alomancia para moverse, además, no viene mal ahorrar el uso de su metal. Tenía sus reservas llenas, pero si se tuviera que enfrentar con un brazo de peltre, o peor aún, huir de un nacido de la bruma inesperado, necesitaría hasta la última gota de hierro para escapar, aunque eso no causo que dejara de quemarlo, nunca se sabía si tendría que atrapar un proyectil sorpresa.

Siempre le pareció curioso como algunos alománticos deciden ignorar o dejar de lado una gran cantidad de habilidades, estimando que ya no utilizaran. Los lanzamonedas abandonan los arcos y ballestas, como si una moneda impulsada con su propio peso penetrara más profundo que la flecha de un arco tensado, o los encendedores y aplacadores, que se resignan directamente a combatir, pensando que manipular las emociones los convirtieran en lastres para un equipo de mata brumosos.

Tendría que haber como mínimo cuatro guardias por encima de la muralla, con las líneas azules podía distinguir las piezas de las armaduras, lanzas y ornamentos que estos llevaban, indicándole las posiciones en las que se encontraban.

Una vez arriba, camino tranquilo, observando, atento a las líneas azules rondando por la muralla, con la bruma no fue difícil evadir a los centinelas, esta era como una cortina de humo denso que evitaba la visión de todo a más de dos pasos de distancia, pero aun así debía andarse con cuidado, siempre podía encontrarse con un mata brumosos desviándose de su ruta habitual por cualquier razón imprevista. Sabía que Lord Profoste había contratado algunos hacía unas semanas. Había obligado a Andés cambiar por completo su plan de infiltración, por otro que tuviera en cuenta a aquellos soldados entrenados.

Camino hasta encontrar un pequeño techo de arcilla, decidió no pasar por él,

podía ser muy ruidoso. En su lugar observó con cuidado toda la zona del techo, distinguiendo en donde se conectaba con el edificio principal.

Logró distinguir una ventana no muy lejos gracias a sus bisagras que se presentaban ante las líneas azules de su pecho, marcando la dirección de estas. No entraría por allí, se encontraba demasiado lejos, pero le ayudó a recordar la geometría de aquel edificio.

Prestando atención, observó las líneas azules que le ayudaron a visualizar algunos faroles de dentro de la casa, no podía verlos, pero sentía vagamente su forma. Retrocedió algunos pasos hacia atrás, calculó el salto, pero antes de impulsarse, lanzó una moneda hacia fuera de la muralla. Comenzó a correr, lanzándose al vacío, atrayéndose hacia los faroles, y antes de estrellarse contra la pared, tiró de la moneda que había lanzado, la cual chocó contra el muro exterior, deteniendo su rápido impacto contra la pared.

Andés escaló, atrayendo los faroles de dentro del edificio, deberían ser lo suficientemente resistentes como para aguantar su peso. Parándose por encima del saliente de la ventana, se posicionó por encima del seguro que tenía, allí la desbloqueo con un tirón, abriéndola y permitiendo la entrada.

Dentro estaba oscuro, apenas podía distinguir la decoración del pasillo. Entre la oscuridad podía ver los cuadros y alfombras que se encontraban en la estancia, todos desgastados o de baja calidad, comprados únicamente para mantener las apariencias ante sus sirvientes skaa.

Siguiendo las líneas azules de los faroles, Andés se adentró más profundo en la fortaleza, podía distinguir la caminata de los guardias que se encontraban adentro.

Tercer piso, quinta habitación a la izquierda, al lado de la oficina, recordó. Si su información no le fallaba, allí tendría que encontrar la caja fuerte, y con suerte un poco de atium. Profoste era muy pobre para tener siquiera una perla, tanto que normalmente no valdría la pena infiltrarse por un rumor como ese, pero los informes fiscales que poseía seguían valiendo una fortuna para la banda.

Caminó silenciosamente hasta las escaleras mientras dejaba monedas por el camino, solo por si las dudas. Un sonido al final del pasillo le obligó a detenerse, no detectó ni una pieza de metal en movimiento.

Mata brumosos.

Años atrás, antes de romper, había entrenado para convertirse en uno, eran soldados de élite, preparados para matar brumosos como él. Tienen la visión lo suficientemente precisa para distinguir sombras entre las brumas y la escucha bien atenta para oír las pisadas silenciosas de los intrusos. Esas características los hacían un problema grave, aunque las podía usar a su favor.

Andés se escondió rápidamente en una habitación, y prestando atención a las

pisadas de fuera, espero a que estas encontrasen cerca. Cuando llegó el momento, tiró de una de las monedas que había dejado atrás, causando un pequeño ruido. Esto, llamó la atención del guardia de élite, fue casi indistinguible, pero suficiente para que este le prestara atención y fuera a investigar. Tras unos segundos, una vez seguro que el mata brumosos se había ido, Andés abrió la puerta y se dirigió nuevamente hacia las escaleras

La puerta podría haber rechinado, pensó. La fortaleza era vieja, y sabía que muchas bisagras se encontraban oxidadas, la puerta de antes muy bien podría haber rechinado lo suficiente para llamar la atención del guardia. Esa realización le molesto, no se dejaba guiar por la suerte, le incomodaba dejar su destino a las manos todo aquello en lo que tenía falta de control. Había preparado un frasco de aceite lubricante de puertas para estos casos, pero se había olvidado de usarlo, no pudo evitar concluir que tenía que estar más atento, un error tan garrafal podría significar la muerte.

No tardó en encontrar la habitación, pero decidió dar una vuelta por todas las esquinas para asegurarse de que nadie de importancia estuviera rondando por el lugar. Sabía que Profoste no se encontraba despierto a estas horas, pero su hijo era conocido por hacer algunas escapadas nocturnas.

Andés apoyó su oído en la puerta, asegurándose de no escuchar ningún ruido en el interior. Tomando un frasco de su bolsa, volcó un poco de aceite en las bisagras, para luego girar el pomo con cuidado y abrir la puerta sin que esta rechine.

Entró con cautela a la habitación, cerrando la puerta a su paso. El piso era de piedra, con lo que no tenía que preocuparse con que tronara, aun así cuido que sus pisadas hicieran el mínimo ruido posible.

Se acercó a la pared que estaba adyacente a la oficina, su hierro le permitió ver la caja fuerte que se encontraba oculta en el muro. La cerradura se encontraba en la oficina de lord Profoste, pero esa era una tapadera, descubrió por parte de un contacto que la puerta de esa caja fuerte realmente era inamovible.

Andés se acercó, y allí en la madera de la pared vio con su hierro dos clavos que parecían fuera de lugar.

Ahí está.

Tiro de los clavos de la madera, separándola limpiamente de la pared, revelando una cerradura, era exactamente el mismo modelo que le habían dicho. Con lo que tomó de su bolsa una ganzúa y comenzó a forzarla. Lamentablemente, no pudo arriesgarse a conseguir la llave, Profoste se aseguraba de tenerla encima, y cuando no era así, solo se la confiaba a sirvientes de suma confianza.

Aun con su pericia, a Andés le llevó varios minutos abrir la cerradura, pero

esta terminó cediendo. Dentro no había ni una sola perla de atium, en su lugar se encontró papeles, una bolsa de monedas, y…

¿Qué es eso?.

Andés vio un lingote grande de metal plateado, pero no percibió ninguna línea azul de este, se quedó atontado viendo este metal, ¿era aluminio?. Tras deliberar un poco, tomó el lingote junto a los papeles y lo guardó en su bolsa, cerrando la caja fuerte, comenzando a prepararse nuevamente para salir.

Lo detuvo repentinamente el sonido de dos guardias charlando, Andés ubico su oreja nuevamente en la puerta y empezó a escuchar.

—Yo encontré tres, como dijiste estaban en las esquinas —dijo el guardia, preocupado —empiezo a pensar qué tienes razón.

—Shh, ya estamos aquí —reprimió su acompañante —esperemos que sea solo paranoia de mi parte.

Andés escucho como la puerta de la habitación de al lado se habría, viendo como las líneas azules de ambos guardias entraban, con lo que él decidió escabullirse rápidamente aprovechando la leve oportunidad.

Volvió a abrir la puerta y al salir, se estrelló inmediatamente contra algo.

—¿Eh?.

Un mata brumosos bloqueo su camino de forma repentina, este había seguido a los guardias en silencio, evitando hacer algún ruido. El soldado tardó un segundo en responder, el cual Andés aprovechó para comenzar a correr. Lamentablemente, el soldado reaccionó y lo tomo por la capa de bruma

—¡Un nacido de la bruma! —grito el guardia, Andés apuro, tomó su bastón de duelos y atacó, apuntando a la cabeza, balanceando el bastón con rapidez. El soldado soltó la capa de bruma y saltó hacia atrás evitando el golpe.

Los dos guardias no tardaron en salir de la habitación, con lo que Andés intentó tirar de las monedas que había estado dejando, pero estas ya no estaban, *de eso era de lo que estaban hablando,* concluyó.

En su lugar echó a correr mientras se atraía los faroles y pedazos de metal sueltos del pasillo. Voló una buena distancia, hasta acercarse a la ventana, pero otro mata brumosos se interpuso bloqueándola,

Mierda, peso Andés. Sabía que la alarma tardaría otros trece segundos en saltar, y que no tendría tiempo de encontrar otra ventana, así que atacó al mata brumosos. Primero le lanzó unas monedas, estas obviamente no estaban empujadas con acero, pero de igual forma el guardia las esquivó. Posicionándose con rapidez, Andés tiro de las monedas, golpeando por la espalda al soldado que estaba en su camino, utilizo la distracción para aferrarse a la bisagra de hierro que había en la

ventana, atrayéndola con fuerza para pasar rápidamente por el lado del soldado, y usando la inercia, encestar un fuerte golpe en la pierna que lo derribó.

El hombre no se rindió y en el suelo tomó con fuerza la capa de bruma, Andés lanzó un puñado de monedas hacia el hombre, una de ellas aterrizando en su cuello, y tirando de los metales del exterior, atrajo la moneda. Utilizando el peso de la muralla, el metal se incrustó en la cabeza del mata brumosos, causando su muerte instantánea.

La alarma sonó inmediatamente después, Andés podía ver a los guardias corriendo hacia su dirección. Salió por la ventana dejando una moneda atrás, utilizándola para aferrarse a la pared, y disminuir su velocidad de caída, aterrizando sobre el techo de arcilla, el cual usó para correr hasta la muralla.

Allí había unos guardias esperándolo, Andés volvió a lanzar unas pocas monedas, esta vez al suelo de la muralla que tenía delante. Se dejó caer al hacia el pequeño precipicio, y al descender, se atrajo a las armaduras de los guardias, los cuales se habían acercado para ver, haciendo que el peso de la repentino los lanzara hacia el fondo de la fortaleza mientras Andés ascendía, cambiando su anclaje por el de las monedas que había dejado.

Una vez arriba, Andés noto un trozo de metal volando hacia su dirección, reaccionó rápido y tiró de la moneda, incrustando en su peto de madera

Lanzamonedas, maldijo.

Mientras saltaba al exterior de la muralla, el lanzamonedas volvió a dispararle. Andés corrió por uno de los techos y tiró de las bisagras de una ventana a dos edificios de distancia, saliendo disparado hacia esa dirección. Encontrándose con el muro de dicho edificio, tiró de los clavos que había en el techo, reduciendo el impacto y de paso utilizando sus brazos y piernas para escalar la pared a alta velocidad.

Uno de los clavos del techo cedió, golpeando nuevamente el peto de madera. Antes de que los demás clavos se separarán del techo, Andés ubicó un pie en un desnivel y saltó, aferrándose a la madera del techo y escalando aquel edificio. El lanzamonedas lo estaba alcanzando, Andés prestó atención a la geografía del barrio y se lanzó al vacío, usando el edificio como ancla, disminuyó su velocidad hasta encontrar la altura perfecta, una vez ahí, comenzó a tirar todo lo que se encontraba adelante, bisagras, cubiertos en las casas, clavos. Se concentró, y al momento en el que cedían, dejaba de tirar, era una técnica que tardó dos años en aprender, pero le permitía planear y deslizarse por los edificios. Por supuesto, esto no sería normalmente posible para cualquier atraedor, Andés no solo había entrenado a moverse por el aire, sino que también tuvo que aprender a identificar de qué anclas debía de tirar y de cuáles no, además de prever callejones sin salida, a menudo era

posible encontrarse una calle entera que no contuviera ninguna pieza de metal. Aunque esta vez eso era lo que estaba buscando.

Andés se acercó a toda velocidad a una zona con una significativa falta de metales, tenía que pensar rápido, sabía que el lanzamonedas lo podía ver por el metal que llevaba encima, con lo que corrió y se posicionó en medio del lugar, un parque prácticamente vacío de toda fuente de metal, apenas podía ver las líneas azules que salían de su pecho.

Al cabo de unos segundos, pudo sentir el monedero de su oponente. Observó la moneda de su perseguidor caer al suelo, así que rápidamente Andés tiró tanto de la moneda como del monedero, los cuales volaron hacia él en un instante. Acto seguido, escuchó el grito del lanzamonedas, que caía desde gran altura, sin ancla a la cual aferrarse

Sin mirar atrás, Andés corrió hasta volver a encontrarse con paredes llenas de clavos y bisagras, las cuales utilizo para volver a los techos. Una vez arriba, logró perderse en las brumas, escapando de la fortaleza.

PRIMERA PARTE:
ENTRE EL CUCHILLO Y LA BRUMA

Capítulo 1

¿Por qué no muero?, se preguntó la joven.

Ya era de madrugada, hacía horas que la lluvia había cesado, y las brumas comenzaban a acompañarla en su partida. La niña observó el cielo lleno de ceniza con la mirada perdida.

Estaba sentada, apoyada en la pared de un callejón solitario. No le gustaba estar con los otros mendigos, le aterrorizaba la idea, aun cuando nunca había escuchado nada malo de ellos. Quizás eran un grupo amable, si sobrevivían era por alguna razón, pero igualmente les tenía miedo, y no pudo evitar sentir odio por ese sentimiento. Odiaba tener que desconfiar y temer de la gente que le rodeaba, el pensamiento le revolvía el estómago y le causaba más dolor que la soledad, así que había tomado la decisión de simplemente no arriesgarse.

Había vuelto a trasnochar otra vez, últimamente lo estaba haciendo más a menudo. No era por lo incómodo del suelo, ya había aprendido a soportar la dureza de la piedra, el entumecimiento cesaba después de una hora tras despertarse e incluso era agradable cuando la piedra se encuentra fría en las noches calientes. No, no era por el olor, había perdido el sentido del olfato meses atrás, o al menos de eso se había convencido para evitar volverse loca. Tampoco era por la mugre, después de todo ella no estaba más limpia que el suelo en el que se sentaba.

A ella se le dificultaba dormir por otra razón, una un poco más dramática. Su mente no dejaba de acosarla, la culpa y el remordimiento la asaltaban a diario por la noche, dictándole que ella debería haber muerto, o que era una cobarde al no juntarse con los mendigos, que iba a morir mañana, que cada día el cual ella sobrevivió lo lograba gracias a la suerte. Odiaba cada momento en el que esos pensamientos pasaban por su cabeza, pero no podía hacer nada para detenerlos.

Se levantó del suelo, preparándose para mendigar otro día. Tomando su caja, se marchó del callejón, dirigiéndose a la calle principal, intentando evitar los vidrios rotos desperdigados por todo el suelo.

Debía tener cuidado, dado que se encontraba descalza, dos semanas atrás le habían robado sus zapatos mientras dormía, junto con el poco dinero que le quedaba. De lo único que disponía eran unos harapos sucios, rasgados, y con agujeros por todos lados, sostenidos por un poco de hilo, y una caja de madera, la cual no tenía nada especial, medía lo mismo de su torso, y probablemente alguna vez fue utilizada para transportar comida en un restaurante de la zona rica hacía algunos meses. Pero eso no le importaba, sólo sabía que le pertenecía y que era lo único que poseía además de su ropa, tenerla le hacía sentirse un poco más cómoda.

Las calles se encontraban completamente sucias por la lluvia, el agua arrastraba la ceniza, creando un patrón negro y gris que cubría las paredes y los suelos a su alrededor. El barro que generaba era desagradable, además, incluyendo la sal marina que llegaba con el viento, hacía que limpiar cualquier cosa en el exterior fuera una pesadilla para cualquier barrendero skaa, los cuales rara vez hacían acto de presencia.

Doriel era una ciudad costera según lo que le dijeron, nunca pudo ver el mar desde dónde vivía, pero sabía que se encontraba allí. En algún momento, Lord Legislador cambió las rutas de comercio, haciendo que las casas ricas y poderosas abandonaran la ciudad, dejando a cargo solo a nobles menores que llevaban los negocios importantes.

En un intento de prosperar, adoptaron una filosofía agresiva en contra de los skaa, creyendo que al apretarlos podrían duplicar las ganancias y obtener un estatus de poder. Pero la realidad era que aquellos nobles eran solo las sobras de otras casas más relevantes, y por mucho que apretasen, no lograban conseguir más producción de parte de los trabajadores, regandolos a únicamente alcanzar la cuota mínima requerida.

Ella sabía bastante sobre la política interna de la ciudad, desde pequeña le interesaba aprender de las personas y las cosas que les molestaban. Todavía podía recordar cuando le había preguntado a… *no, no pienses, solo camina*.

La muchacha llegó hasta una zona residencial, era una desviación del camino habitual que tomaba para mendigar, pero pasaba a diario por aquel lugar de todos modos. Ella vio cómo la gente salía de sus casas a trabajar, ya que por muy precarias que fueran sus vidas, al menos tenían una. Avanzaban hacia delante, algunos contentos, otros frustrados, pero avanzaban, causándole una ira hacia ella misma, la cual ayudaba a tapar por un rato su tristeza y soledad.

Caminando por la calle, arrastraba su caja por el suelo mientras observaba los edificios maltratados y abandonados. Las ventanas estaban rotas, sostenidas por pedazos de escombro y madera, los cuales se desprendían de las paredes, dando una apariencia de podredumbre abismal. Lo cual era una imagen curiosa, dado que los interiores normalmente se encontraban bien cuidados.

Muchas familias vivían juntas, con lo que se podían permitir un buen hogar al juntar los ahorros de varias generaciones de trabajadores, y algunas hasta tenían lujos, por muy pequeños que fueran. Toda esta fachada de podredumbre solo servía para mantener oculta al ministerio de acero las buenas condiciones de vida que una gran parte de los skaa ostentaban a pesar del maltrato desmedido de los nobles. Aunque le habían dicho que probablemente ellos lo sabían, solo que giraban la cabeza para otro lado, si funciona, ¿para qué arreglarlo?.

Siempre había vivido en esta ciudad, pero no era desde hace unos meses que empezó a ver lo realmente sucia que era desde afuera. Puertas adentro, en un hogar caliente con comida todos los días, le había dado una perspectiva de la realidad deformada.

Recordar su vida pasada hacía que pensara en lo sucedido, por esa razón evitaba hacerlo. El solo hecho de pensar en su nombre revolvía su estómago, causándole dolor. Incluso conocer su edad le afectaba, sabía que tenía cerca de catorce años, era joven, hubo días que pensar en lo joven que era le habría molestado, días en los que le hubiera encantado fingir ser una adulta, pero esos días ya no existían, ahora solo queda la cruda realidad, en la cual que no sabía nada, y que no era nadie. Varada en la ciudad, sobreviviendo a base de la caridad ajena.

No quería pasar por la panadería, la semana pasada ya le habían dado unas sobras, y quería volver con algo de dinero como agradecimiento, así que en su lugar decidió caminar hasta las fábricas. Era más peligroso, en el pasado le habían asaltado unas cuantas veces, y si lo volvían a hacer esta vez ella no tendría nada para dar a cambio de su vida, pero se estaba quedando sin opciones.

Aún le sorprendía lo benévola que podían ser las personas, mucha gente estaba en una situación como la de ella, y aun así, si ella se esforzaba utilizando la fuerza de su interior, esa gente se dignaba a dejarle comida o dinero. Eso le hacía sentir culpa, esta gente trabajaba mucho y ganaba poco, y ella únicamente tomaba, solo jurándose a sí misma que algún día lo devolvería. Pero jamás lo hacía, y la culpa solo se acumulaba día tras día.

Había llegado al recinto fabril de la ciudad, era un conglomerado de altos y anchos edificios en donde la gente iba a trabajar. Muchos parecían ser casi tan viejos como la piedra, pero una sorprendente cantidad eran relativamente nuevos. Nunca supo quién los construía, siempre pensó que era la nobleza, pero sí los más poderosos se habían ido hace años, ¿entonces quién tenía el dinero?. Todas esas ideas rebotaban en su cabeza, ella siempre pensaba, tenía la mala costumbre de tener la cabeza siempre en movimiento, le habían dicho que era inteligente por eso, ¿pero no era normal? No entendía ese halago vacío, ¿de qué sirve pensar tanto si al final del día solo actuaba por instinto?.

Ella se sentó a las afueras de una de las fábricas, y allí espero. De eso consiste su rutina diaria, sentarse y dar lástima, sí que era despreciable, se odiaba por hacer eso, pero aun así seguía, día tras día.

¿Por que siempre la rechazaban para el trabajo?. No importaba a donde fuese, ella parecía no tener utilidad. Todavía quedaba un lugar en donde preguntar, pero se había jurado jamás recurrir a bares clandestinos.

Al cabo de unas horas, los trabajadores comenzaban a salir de una de las

fábricas, no se veían contentos, algunos pasaron a su lado pero todos parecieron ignorarla.

Mal día, pensó. Preguntar sería peligroso, si estas personas se encontraban demasiado furiosas, no importa cuanto esfuerzo le dedicara para apelar a la piedad, cabía la posibilidad de que decidieran agredirla, nadie echara de menos a una mendiga.

Al ver que no tendría mucha suerte por esta zona el día de hoy, la joven tomó su caja y comenzó a caminar rumbo a uno de los callejones cercanos en busca de otro lugar para mendigar. Tenía que ser rápida, quizá podía alcanzar a los trabajadores de la fábrica siderúrgica, la tecnología que utilizaban para fabricar acero era técnicamente ilegal en el imperio final, pero era más eficiente, con lo que usualmente dejaba a sus trabajadores menos exhaustos.

Llegó a un pequeño camino estrecho entre una fábrica y unas casas viejas, podía escuchar el viento colarse repentinamente por las esquinas, dándole escalofríos. No quería estar aquí por mucho tiempo, evitaba estas calles siempre que podía, a veces escuchaba gritos y pasos que nunca indicaban nada positivo, además, la ceniza se acumulaba a montones, haciendo pequeños montículos con los que te puedes resbalar cuando estos se encontraban recién mojados.

No pudo evitar escuchar el sonido de alguien caminando no muy lejos de donde estaba. Giro hacia otro callejón un poco más estrecho, con la esperanza de no llamar la atención de quienquiera que estuviera rondando en la cercanía, pero los pasos no se detuvieron.

Al girar la cabeza fue capaz de vislumbrar una silueta la cual se le acercaba a paso rápido. La muchacha volvió a enfocarse en su camino y comenzó a correr. *Solo es una coincidencia, nada más.* Fue capaz de oír como la persona que la seguía comenzó a acelerar el paso. Al darse cuenta del peligro en el que se encontraba, ella intentó escabullirse rápidamente en la primera esquina que encontró, pero el giro brusco causó que se resbalase con barro de ceniza en el último segundo, cayendo encima de su caja.

De la sombra que la perseguía parecieron aparecer otras, estas aprovecharon la oportunidad y rápidamente la rodearon. La joven se levantó, volteandose hacia sus perseguidores. Eran unos chicos no mucho más mayores que ella, los cuales la miraron con una sonrisa, acercándose lentamente

—Vaya, este es un lugar peligroso para que una chica como tú esté merodeando, ¿no te parece? —dijo el que parecía ser el líder sin el más mínimo intento de sonar amigable —¿Qué tal si nos acompañas? Conocemos un lugar mucho más seguro para ti.

Solo con escucharlo la joven entendió que estos chicos la asesinarían por

diversión si no tenía cuidado. La forma de hablar que tenía su líder denotaba como disfrutaban con la agonía ajena.

La chica se concentró en la fuerza que tenía en su interior, intentando canalizarla para sobrevivir. Eran muchos, así que no podía esforzarse lo suficiente como para disuadirlos a la fuerza, por fortuna, el líder parecía dispuesto a ser el único en actuar.

Ella comenzó su actuación temblando un poco a voluntad. El miedo le era de gran ayuda, pero exagerar no venía mal en situaciones como esta. Su objetivo era causar pena, quizá fueran despiadados, pero existía la pequeña probabilidad que un rostro derrotado y temeroso pudiera disuadirlos de ignorar la agresión solo por hoy.

Como esperaba, su actuación no detuvo a los jóvenes, estos empezaron a acercarse de forma más apresiva, uno se apresuró y la tomó de los brazos. La muchacha pegó un grito ahogado mientras intentaba tomar fuerzas.

¿Por qué me molesto?.

No pudo ignorar una pequeña parte de su mente que le decía que lo dejara estar, que les permitiera salirse con la suya, que ella se lo merecía. Estaba tentada a cederles el control y permitir que esto terminase de una vez por todas. Otro de los chicos se acercó y empezó a tocarla.

¡No!, pensó de inmediato. Al final de cuentas ella le tenía más miedo a morir que a estos chicos, era las consecuencias de ser una cobarde. Decidió comenzar a utilizar sus fuerzas. No con sus brazos, estaba demasiado débil por el hambre para zafarse, tomo la fuerza de su interior, pena y vergüenza, ella recordó lo poco que valía, recordó como nadie con vida la quería y cómo iba a morir, probablemente a manos de estos chicos.

Tomando todos sus sentimientos vigentes, comenzó a llorar, utilizando esas sensaciones negativas las cuales mostró a sus atacantes. No sabía si sería suficiente, pero lo hizo de todos modos. No quería moverse, no quería pensar, no quería existir, solo rezo para que funcionara.

Las manos del chico que la tenía retenida empezaron a temblar también, este reacciono, empujándola hacia un lado. Con los rostros consternados, algunos de los muchachos dieron uno o dos pasos atrás, el que parecía el líder, también temblando, se acercó a ella.

—Ahgh, da igual, si vas a llorar, ¡te voy a dar una buena razón! —dijo con una voz rápida, y nerviosa. El muchacho tomó la caja y comenzó a golear a la niña con ella, para luego levantarla por su largo cabello y ubicarla en contra de la pared. Ella se concentró aún más en su fuerza, estaba frustrada, adolorida, humillada, se enfocó en esas emociones y las expuso con un chillido que se escuchó por todo el callejón.

El muchacho que la tenía retenida tembló un poco y luego de unos segundos

la soltó, habiendo sido superado por la energía negativa de la niña.

Frustrado, este tomó la caja y se la llevó a patadas fuera del callejón sin decir palabra, los demás se observaron entre sí, confundidos y limitándose a únicamente seguir a su líder que acababa de marcharse.

Arrastrándose por el suelo, dolida todavía por los golpes, logro sentarse con la espalda a la pared. Se habían llevado su caja.

No era especial, era un simple pedazo de madera con algunos pocos clavos, pero le dolía, había perdido otra cosa. Su ropa, ahora mucho más rasgada, era lo único que le quedaba.

Ella solo espera, ya no le quedaba fuerza de ningún tipo para mendigar, y sabiendo que las cosas probablemente solo empeorarán, miró al cielo y se preguntó.

¿Por qué no muero?.

Capítulo 2

Manette estaba concentrada pescando, aunque no de forma literal.

Pescar peces en un bote era algo con lo que no estaba familiarizada, solo dos veces se había subido a un barco en su vida, y prefería no aumentar aquel número si tenía la capacidad de evitarlo.

No, lo que ella estaba haciendo era otro tipo de pesca, una un poco más variada y lucrativa a su manera, aunque no menos difícil.

Se encontraba en la zona más precaria de la ciudad, los edificios estaban casi destruidos y sin color. El lugar exaltaba un peligro que se sentía hasta en los huesos, y aunque no era tan aparente como el distrito Tevis, sabía que si no caminaba con cuidado, cualquiera de las bandas le prestaría atención y la matarían solo para ver si llevabas algo de valor encima. Si tenías cara de estúpido parecías un objetivo fácil, pero si tienes el rostro serio y decidido, parecerá que tienes mucho dinero, en cualquier caso, era una estupidez andar por estos barrios sin protección

Por fortuna no se encontraba sola, estaba acompañada por Gabroil, que era un brazo de peltre, y aunque su actitud dejaba demasiado que desear, tenerlo cerca le daba una mejor sensación de seguridad. Lo malo era que él caminaba exaltando demasiada dignidad para el gusto de Manette.

—¿Por qué mierda debemos estar aquí? —preguntó Gabroil con su característico tono amargo.

—Baja un poco la cabeza, nos van a asaltar si sigues así —contestó ella en voz baja.

—¿Y verme como un cobarde?, antes que me maten —replicó con decisión.

Se sentía como una niñera, Gabroil realmente no sería capaz de defenderla en una pelea, aunque ella sabía que él lo intentaría. Siempre insistía acompañarla, y a diferencia de los demás, ella no detestaba del todo su compañía.

Desde que reclutaron al último brumoso, Gabroil no pudo evitar sentirse molesto por lo lento del proceso. Le había dicho que de cien pescas normalmente solo se encontraba, con mucha suerte, a un solo alomántico. Pero esto no lo detuvo, y comenzó a insistir en acompañar a Manette todos los días. Ella pensó que se cansaría como a las ocho búsquedas, pero los dos últimos meses no parecieron cansarlo lo más mínimo.

—No me contestaste —dijo Gabroil, exigiendo una respuesta con su voz.

Manette suspiro con cansancio, este hombre sí que era insistente.

—Estamos buscando alománticos, ¿qué no recuerdas?.

—Ya lo sé estúpida, ¿por qué crees que vine? —contestó con prepotencia —Te

pregunto qué hacemos «aquí» en esta parte tan sucia de la ciudad. La alomancia solo viene de la nobleza, los skaa más pobres no tienen oportunidad de conseguirla, así que no entiendo por qué tenemos que recorrer todos los benditos días esta puta calle. Si nos concentramos solo en el centro, como te dije, ya habíamos encontrado alguno.

No se equivocaba del todo, era cierto que la alomancia provenía de la nobleza, eso significaba que si un skaa no tenía ascendencia noble, no podía convertirse brumoso. Pero Gaboil se equivocaba en otra cosa, lo cierto era los nobles violaban a las skaas ricas y pobres por igual, lo único que les importaba era que estas fueran de sus gustos. Y cuando un alomanticó nacía en una familia skaa medianamente bien sostenida, era probable que se hiciera pasar por noble para trabajar como brumoso, si siquiera llegaba a romper en primer lugar, Mientras que en caso de los menos afortunados, estos terminaban como gente importante en las bandas de ladrones de los barrios bajos o como trabajadores normales que nunca terminaban de ser descubiertos, rara vez conociendo la verdadera procedencia de sus habilidades.

Llegaron hasta un edificio en ruinas. A primera vista este parecía que se encontraba a punto de caerse, las ventanas estaban rotas, las paredes más agrietadas que la de las casas cercanas y además, no tenía puerta. Ambos entraron al edificio, no sin antes observar hacia los lados para asegurarse de que no estuvieran siendo seguidos por nadie.

Dentro, restos de muebles y escombros se encontraban desperdigados por el suelo, ninguno con el valor suficiente para ser robado. Subiendo por la escalera hacia el segundo, ambos se dirigieron hacia un armario que parecía estar pegado a la pared. Siguiendo la rutina, Manette introdujo su mano dentro de uno de los cajones, tirando de una palanca y zafando el mueble de su lugar. Tiro de la madera, la cual viro revelando un agujero del tamaño de una puerta que daba paso a un viejo escondite. Antes, cuando la ciudad estaba más poblada, este parecía ser un lugar utilizado por alguna familia noble para organizar asesinatos, o al menos eso le había dicho Andés.

Dentro se encontraba un joven en silla de ruedas, estaba leyendo un libro.

—¿Sigues intentándolo? —dijo Gabroil de forma despectiva mientras se acercaba a mirar el título —«Las ventiscas de oro» —Gabroil bufo al reconocer el libro —ni siquiera es algo bueno

—Es interesante, aunque se sobre explica demasiado —contestó Robby, sin apartar la mirada del libro.

—Chico, tú aún no sabes leer —recrimino Gabroil.

—Sí que sé —replicó Robby.

Manette había reclutado a Robby hacía ya un año. Lo encontró medio

moribundo en un hospital bastante precario, su padre lo había lanzado por las escaleras cuando este pensó que su hijo se había vuelto loco por «sentir» sonidos. Tuvo la fortuna de que lo descubriera antes que lo tiraran a la calle cuando descubrieron que su viejo no lo quería de vuelta y que no verían ni un clip por ayudarlo. Lamentablemente, Robby no volverá a caminar debido a su caída, pero parecía no estar llevándolo mal.

Desde que Gabroil empezó a acompañar a Manette, Robby le pidió que le enseñara a leer, y aunque este se negara al principio, al final terminó cediendo luego de dos semanas de constante insistencia.

—¿Cómo se llama el protagonista? —preguntó Gabroil.

—Uhhh, ¿Skurt? —dijo Robby indeciso.

—«Skurt» te mataría si supiera que lo llamas así —indicó Gabroil de forma descomedida.

—¿Qué tal si te callas un poco y me enseñas de una buena vez? —replicó Robby molesto.

—Sería más fácil si no fueras tonto como la ceniza. Se leé Seurl, no Skurt, sigues confundiendo las mismas dos letras. En serio chico, deja de intentarlo, tú no necesitas aprender a…

—¿Algo? —interrumpió Manette una vez cerrada la puerta.

—Nada fuera de lo normal —dijo Robby, cerrando el libro y negando con la cabeza —aunque los chicos de Dersen parecen haber obtenido un nuevo recluta.

Gabroil hizo una mueca amarga y se fue a esperar a cerca de la pared.

—Mierda, ¿alguna idea de que es?.

—Dan salió a ver si podía descubrirlo por su cuenta —Robby se movió con su silla de ruedas hasta la mesa, tomando una libreta y entregándosela a Manette —Dijo que lo esperaras.

Mannete abrió la libreta, y como era ya habitual, contenía los nombres y ubicaciones de todos los posibles brumosos. Dan llevaba un registro visual de casi todos los nobles de la región, ayudándolo a reconocer a aquellos que compartieran ascendencia con ellos.

La lista se dividía en dos secciones, en personas nuevas que son posibles alománticos, y en personas ya revisadas, que han sufrido algún trauma reciente. Las listas solían ser enormes, pero después de tres años con este método, esta se vio reducida de forma considerable.

Era un sistema lento, podían pasar semanas antes de que encontraran a algún brumoso de verdad, y allí no terminaba el trabajo. Había que examinar si la persona valía su poder antes de reclutarla. No puedes contratar a cualquiera que te encuentres solo porque tiene una habilidad útil. Podía ser una persona volátil, o

quizá demasiado temerosa, puedes tener a un rebelde ambicioso o alguien que solo quiere vivir una vida tranquila, no todo el mundo era apto para estar en una banda al fin y al cabo.

En la ciudad abundaban los brumosos skaa. Aun con la presencia del ministerio, a falta del cantón de la inquisición, los nobles no le dedicaban el tiempo suficiente a supervisar como era debido a la población, permitiendo que la región entera se convirtiese en una mina de alomanticos, haciendo posible este trabajo.

Una vez terminada de leer la lista, Manette escuchó el ruido de la puerta secreta. Dan había comenzado a cerrar el armario mientras observaba hacia la habitación.

—Oh, ¿les hice esperar mucho? —pregunto dan, quitándose la espada de su cinturón y apoyándola en la pared, el lugar era demasiado estrecho para tenerla molestando al fin y al cabo.

—No, acabamos de llegar —aclaro Manette —¿descubriste que metal tenía?.

Dan asintió.

—Sí, la examinamos hace varios meses, una aplacadora. No nos traerá problemas, la chica no parece querer trabajar para ellos.

—¿La del incendio? —preguntó Manette, Dan volvió a asentir —Quizá si…

—¿De qué mierda están hablando? —replicó Gabroil, interrumpiendo a Manette —Es molesto que hagan eso, díganme quién es de una vez.

Manette volvió a suspirar

—Nissa —comenzó a explicar Manette —la descubrimos hace cuatro meses en un hospital, utilizó su alomancia con Diven. Su familia entera murió en un incendio y su cara quedó desfigurada. Ahora se dedica a tejer prendas. La pobre mujer no superó la tragedia, realmente hasta me sorprende que se levante de la cama si yo fue…

—¿Entonces por qué no la contratamos nosotros primero? ¡Perdimos a una aplacadora! —gritó Gabroil, mirando a Manette con ira —¡Seguimos perdiendo alománticos por tu ineptitud!, ¿¡y quieren que ella nos lidere!?. Exijo saber de más brumosos que dejaron de lado, denme las listas.

Manette se acercó al noble y lo miró a los ojos.

—Sigues ofuscado en contratar a cualquiera que nos encontremos, ¿verdad? —recrimino con tono severo.

Gabroil se apartó de su mirada dando un paso hacia atrás.

—¿Qué habrías hecho con la mujer si se echa a llorar en durante una negociación? —dijo Manette, acercándose nuevamente para enfrentarlo —o si un día no se vuelve a levantar de la cama, podría incluso sufrir un ataque de pánico en

medio de una huida. Tú no consideras esas cosas, nunca lo haces, solo piensas en las personas basándote en lo que puedes conseguir de ellas.

Gabroil miro hacia el suelo mientras que la habitación quedó en total silencio, cualquiera la llamaría estúpida por plantarle cara a un brazo de peltre, pero Manette sabía que él no tenía el corazón para agredirla.

—Para ser justos, yo no me he vuelto a levantar de la silla —Comento Robby.

Dan soltó una risa ahogada ante el comentario.

Gabroil gruñó, y simplemente se dirigió hacia la puerta secreta, abriéndola a la fuerza y saliendo del escondite.

—Maldición, chico, ¿de veras quieres que este sea quien te enseñe a leer? —preguntó Dan a Robby.

—Ninguno de ustedes tiene el tiempo para hacerlo, además, él conoce palabras complicadas.

—Yo conozco palabras complicadas —afirmó Dan.

—No pudiste responderme cuando te pregunte el significado de «enrevesado».

—Me tomaste desprevenido, además, seguro que yo enseño mejor que ese engreído.

—No tienes por qué meterte con él —comentó Manette.

—¡Pero si es un idiota! —exclamó Dan —Le has repetido eso mismo ya unas ocho veces. No entiendo por qué no se queda en la mansión cumpliendo su papel

—Él lo entiende —respondió Manette —no es tan idiota como da a entender. Bueno, quizá lo es un poco, pero él sabe que no todo el mundo es apto para nuestra tarea, solo se encuentra nervioso por la lentitud a la que vamos

Dan la miró fijamente por unos segundos.

—Mira, no digo que nos deshagamos de él —aclaró con seriedad —Pero puede que un día nos traiga problemas si decide actuar por su cuenta, no sé qué intentas ver en él, pero es un noble, sabes que nos odia.

—Y aun así decidió trabajar con nosotros —dijo Robby

—Por beneficio personal —respondió Dan Rápidamente —todavía sospecho que nos venderá a la primera oportunidad que tenga.

—Dijiste lo mismo de Puerta cuando lo capturaron —replicó Manette —Dan, no te preocupes, si creyera que nos fuera a traicionar no lo habría reclutado en primer lugar

—No sé…—dijo dan con una mueca de desconfianza —Yo confió en ti Manette, pero sabes que en él no puedo confiar

—Confías en Dana.

—Su situación es diferente —contestó Dan —Sé que amo a un skaa.

—Solo intenta llevarte bien —suspiro Manette, apartando la mirada

—Está bien —contestó Dan —pero sabes que volveremos a pelear.

—Suficiente por ahora —contestó ella, mientras comenzaba a dirigirse hacia la puerta.

Una vez fuera del escondite, bajo por las escaleras, saliendo inmediatamente hacia afuera. Gabroil la esperaba junto a la entrada con una postura firme y la cabeza en alto…

—¿Empezamos? —preguntó Manette, con una sonrisa.

Gabroil bufo como de costumbre, dando inicio nuevamente a su pesca.

Estaba empezando a atardecer, la muchacha apenas había podido conseguir algo de agua, con lo que se sentó al borde de un callejón, ya sin ganas para siquiera caminar. Ni siquiera dormir sonaba como una buena idea, ¿y por qué lo sería? Si al final le esperaría lo mismo la próxima mañana, volver a levantarse para mendigar una y otra vez.

Aún sentía como le quedaba un poco de fuerza en su interior, unas migajas en realidad, quizá si tenía suerte podría conseguir algunos clips de algún capataz de buen humor. Pero, ¿Realmente quería intentarlo?.

Ella ya estaba cansada, cansada de todo. No quería lidiar con el día, con esa rutina horrible que rara vez le daba de comer, y que la exponía al riesgo constante de las calles, pero tampoco quería irse a dormir y volver a las pesadillas que la hacían pedazos. No quería pensar, y con lo sucedido hoy, no estaba segura de que si aguantaría otra noche más, ya no, estaba cansada, y de verdad.

La niña tomó su decisión, ¿para qué seguir luchando?, había perdido hasta su caja, no le quedaba nada, con lo que carecía de sentido moverse de aquí. Si no luchaba, no perdería…

No, no puedo, se dijo a ella misma. No podía hacerlo, no tenía la fuerza ni el valor para dejarse morir. Ella sabía que debía rendirse, pero por alguna razón nunca lo hacía, tenía miedo, mucho miedo, era una cobarde que solo sabía arrastrarse entre la mugre para sobrevivir.

Ella volvió a levantarse, todavía sentía el dolor de los golpes de sus asaltantes, no la habían golpeado tanto, pero sus heridas fueron lo suficientemente graves como para que le resultase difícil caminar. Observando al cielo, la niña se dio cuenta lo mucho que había atardecido, *Las brumas no tardarán mucho en salir…* concluyó, dejándola sin más opción que acelerar el paso para buscar comida.

Una vez fuera del callejón, la niña pudo observar como las brumas estaban saliendo, aunque no eran las mismas que las de la noche, esta era parte de la meteorología local. De vez en cuando el clima hacía algunas cosas raras que ella no entendía, haciendo que el agua se evaporara, causando una niebla, la cual se presentaba durante el día. Esto solía poner nerviosos a los skaa, con lo que hoy intentarán volver a sus casas con mayor rapidez.

Las brumas se tragarán tu alma, recordó. Desde pequeña siempre le habían dicho cosas como esa. Las brumas eran supuestamente muy peligrosas, y era verdad que contenían algo sobrenatural en ellas, cosas que la niebla regular no tenía. Pero jamás sintió peligro dentro de ellas, realmente desde que fue obligada a dormir en la calle, aprendió que una cortina gigante y presuntamente maldita ayudaba a ahuyentar a los criminales que podrían asaltarla durante la noche, por esa razón les había perdido el miedo con bastante rapidez.

Pudo notar como las personas a su alrededor comenzaban a entrar a sus casas y a cerrar las ventanas, todos apresurándose para no quedarse afuera para la llegada de las brumas.

Entre la multitud fue capaz de ver a una pareja, la cual no parecía apurada por resguardarse de la niebla. *Lo intentaré con ellos*, pensó. Normalmente las parejas jóvenes soltaban algo de dinero, si uno de los dos se apiadaba, era más probable que ceda algunos clips por la preocupación a lo que la persona de su lado podría pensar si se negaba. Se sentía horrible hacer algo como eso, manipular a alguien de esa manera le daba asco, pero no le quedó más opción.

Decidió acercarse al hombre, parecía bien vestido, aunque un poco ridículo, e intentó tirar su ropa. Este se volteó y como un rayo tomó del brazo de la muchacha, a la cual levantó del suelo en un instante mientras la miraba con odio.

—Valla —comenzó a decir el sujeto —¿intentando robarme, eh chiquilla?.

Oh no.

Ella intentó zafarse, pero fue inútil, el agarre de aquel hombre parecía ser tan firme como el de la piedra, este pareció estar a punto de lanzarla contra el suelo, hasta que…

—¿Se puede saber que estás haciendo? —dijo la mujer lo acompañaba

—Esta mocosa intentó robarme algo —respondió el desconocido.

La mujer miró a la muchacha de arriba a abajo, analizándola.

—¿Estás seguro? No parece una ladrona para mí —respondió la mujer, todavía su mirada fija en la chica.

—Eso lo dices solo para que no la ponga en su lugar —replicó su acompañante.

—Vamos, suéltala —exigió la mujer.

—No, estoy harto de este maldito lugar, y de tus malditas órdenes —el extraño se volteó nuevamente hacia la niña —tú no te librarás tan fácil.

La muchacha estaba temblando de miedo, este hombre iba en serio. Ella buscó entre sus fuerzas e intentó expresar inocencia, apuntando su actuación hacia ambos. Con un poco de suerte, la mujer intervendrá de nuevo. El hombre relajó un poco su agarre e hizo una mueca insegura, parecía sentir un poco de culpa.

—Eh, te dije que la sueltes, no me hagas repetirme —exigió la mujer.

El hombre gruñó, soltó a la muchacha, la cual cayó contra el suelo.

—Bah, al final no vale la pena —dijo el desconocido.

—Los dos sabemos que no ibas a hacerle nada en primer lugar —contestó la mujer, la cual no apartó los ojos de la muchacha, manteniendo un rostro impasible.

—Vámonos de este basurero.

La mujer le dedicó una última mirada a la niña antes de irse. Ambos se dieron la vuelta para seguir con su camino.

La chica se quedó en el suelo, ¿Que iba a hacer ahora?, tenía mucha hambre, y sus esperanzas para conseguir algo de alimento se acababan de esfumar. Fue su culpa por intentar acercarse a alguien por la espalda con la intención de tocar su ropa, era normal que supusiera que ella intentaba robarle.

La idea de quedarse en el suelo era tentadora, todo su ser le gritaba que debía descansar, pero volvió a levantarse otra vez de todos modos. Estaba cansada, ya no quería caminar y las piernas le fallaban, pero se propuso a seguir adelante, levantando la cabeza para ver a quien más podría mendigar.

La pareja parecía haberse detenido, la mujer todavía la estaba mirando *¿Qué querrá?*. De repente, la desconocida empezó a correr a toda velocidad hacia donde la niña se encontraba, ella no tuvo tiempo de reaccionar antes de que la tomara de la poca ropa que tenía y la levantara en el aire como había hecho su acompañante.

Miedo, por instinto, usó la poca fuerza que le quedaba y le mostró su miedo a la mujer. Fue una terrible decisión, esta, pareció inmutarse ante su manipulación y ya no le quedaba fuerza para continuar, le había llegado su hora.

—Tenía razón —dijo la mujer, la cual alígero su agarre, ubicando a la niña nuevamente en el suelo, todavía asegurándose de no soltar su hombro.

—Desgraciada —comenzó a decir su acompañante entre gruñidos mientras se acercaba caminando —¿tú si puedes golpear a quien quieras?.

—¿Puedes dejar de hacer el idiota por un segundo? —contestó la desconocida —no creía que realmente fueras a golpearla, pero de igual forma me pareció extraña la manera en la que te calmaste. Bueno, aquí está la razón —dijo la mujer, señalando a la chica con una mueca.

El hombre miró a la niña detenidamente, este parecía estar confundido por las

palabras de su compañera.

—¿Esta mocosa? Debes estar bromeando —dijo con sorpresa.

—Lo siento, no quería asustarte —dijo La mujer de forma gentil mientras miraba a la muchacha a los ojos —te voy a soltar ahora, pero por favor, no corras, ¿Está bien?, te juro que no te haré daño.

La chica asintió, insegura. La desconocida la soltó lentamente, esperando a que la muchacha saliera corriendo, pero no fue así, ella se quedó quieta en el lugar, ¿que sentido tendría huir? Si quisieran secuestrarla, aquel hombre podría llevársela a la fuerza de intentar escapar.

—Mi nombre es Manette —dijo la desconocida —¿tú cómo te llamas?.

La joven miró a esta mujer, Manette, y no respondió. Ella No podía hacerlo, con lo que en su lugar negó con la cabeza.

—¿No tienes nombre? —preguntó Manette.

La joven volvió a negar con la cabeza.

—¿Acaso eres sorda o solo estúpida? —preguntó su acompañante. La joven negó por tercera vez.

—No puedes hablar entonces —dijo Manette. La chica miró por unos segundos los ojos de la extraña, y asintió.

—Pfff, perfecto, una muda, no nos servirá para nada —volvió a decir su acompañante.

Manette miró detenidamente a la muchacha.

—Me vuelvo a disculpar por lo de antes, tienes talento para hacer que las personas hagan lo que quieras, ¿verdad?.

¿Qué? La mujer que la estaba amenazando hasta hace unos momentos pareció darle una calmada sonrisa, la niña no entendía lo que estaba sucediendo.

—¿Qué? ¿Estás considerando reclutarla? —preguntó su acompañante indignado —¡Tú eres la primera que dice que no podemos llevarnos a cualquiera que nos encontremos por ahí!.

—Cállate, la vas a asustar.

La joven palideció al darse cuenta de lo que sucedía, querían algo de ella, y no sabía qué. Ella no tenía nada de valor encima, la ropa que poseía apenas era suficiente como para arroparla, ¿qué le harán estas personas? ¿Podía escapar siquiera?.

—Llevas viviendo en la calle un largo tiempo, ¿verdad?, Deja que te compre algo de comer —dijo la mujer con un tono amable.

Comida… sí, tenía mucha hambre, tenía demasiada hambre y la oferta sonaba tentadora. Pero sabía que no podía aceptarla, era una trampa demasiado obvia… ¿Pero lo era? Nunca le habían intentado secuestrar, y la niña dudaba que siquiera

valiera el esfuerzo, si quisieran ya podrían haberlo hecho a la fuerza, aunque bien esta podría ser una táctica predatoria, la joven lo considero, ¿valía el riesgo?, la realidad era que no estaba en posición de negarse, ya arriesgaba todos los días su vida al mendigar, así que no tenía tanto que perder.

Luego de unos largos segundos considerándolo, asintió.

—Al final resulta que el día no fue una total pérdida de tiempo —dijo la mujer a su acompañante. El hombre volvió a gruñir— Vamos, nuestro lugar no está tan lejos

La joven los miró preocupada, ¿por qué se arriesgaban a llevarla con ellos? Ella muy bien podría haber sido una ladrona, lo más sensato era desconfiar de ella, teniendo en cuenta que aquel hombre creyó que estaba robándole.

Considerándolo una última vez, tomó una bocanada de aire y comenzó a seguir a estos peligrosos desconocidos.

Capítulo 3

Era una hermosa mansión, o al menos eso pensaría cualquier skaa regular, dado que muy pocos conocían lo suficiente de decoración de interiores. La realidad era que el lugar se veía horrible, los cuadros eran los más baratos que pudieras encontrar en la región, el tapiz de las paredes estaba sucio y rasgado, y las alfombras sólo estaban para cubrir los huecos en el suelo. Cualquier noble respetable notaría todos estos horrores, y probablemente muchos más de los que Manette fuera capaz de identificar. Pero era lo que tenían, y tampoco era tan malo, los sirvientes falsos hacían su trabajo de vez en cuando, además de que el lugar tenía una agradable vista al mar.

La mansión de los Doulin no siempre estuvo tan sucia. Antes era hogar de una familia noble menor la cual se dedicaba al transporte. Lamentablemente por una terrible decisión financiera, quedaron en la bancarrota más absoluta y cuando contactaron con el cantón de las finanzas en la dominación central para pedir un soporte económico, este fue rechazado dado que la casa no tenía «nada que ofrecer», haciendo que las familias cercanas se unieran para terminar de aplastar a sus integrantes. Por fortuna, uno sobrevivió.

—¿Pueden limpiarse los putos zapatos al entrar? —preguntó Gabroil, mirando al suelo sucio —Y la alfombra sigue manchada con cerveza, ¿es que nadie quiere trabajar?.

Gabroil se fue inmediatamente del vestíbulo, probablemente para ir a buscar a alguien para que limpiase el desastre.

Parte del plan requería que la casa siguiera en pie, con lo que Manette había contratado a varios skaa de confianza para que pretendieran ser los sirvientes. Claro, la mayoría nunca había ejercido la profesión, pero la paga era generosa, y tenían la ayuda de Gabroil para aprender a hacer todos los quehaceres importantes del hogar.

Manette colgó su abrigo en el perchero que se encontraba a su lado, para luego girarse hacia la puerta abierta, en donde observó a la niña que todavía no había entrado. Era muy joven, podría intuir que tendría cerca de catorce años, con el cabello largo y rubio.

—Entra rápido, las brumas ya salieron dDijo Manette. La niña dudó, obviamente tenía miedo y Manette podía notarlo, así que la miro a los ojos.

—Haces bien en tener miedo —dijo con seriedad —es lo que te ha mantenido viva después de todo.

»Si quieres irte, puedes hacerlo, los guardias a la derecha del muro te dejarán

pasar, no tienen el valor para atacar a un niño, con lo que no te perseguirán si corres en esa dirección.

Manette le guiñó el ojo a la niña, la cual había entendido su consejo. Esta observó a las brumas, probablemente entendiendo que era la última oportunidad que tenía para irse. Pero al final decidió voltearse hacia la puerta, entrando a la mansión.

—Sabes, las brumas de hoy parecen estar bastante mezcladas con la calima de esta tarde —Comentó Manette, la niña solo le respondió con una mirada silenciosa —Calima… ¿Te importa si te llamo así hasta que nos digas tu nombre?.

La niña asintió ante la petición, no parecía encontrarse en estado para negociar por un mejor apodo.

—Lo siento —Comento Mantte con una pequeña risa —soy terrible con los nombres, aunque no parece importarte, si te cansas de él me lo dices, ¿Vale?.

La niña (Calima) pareció desconcertada por la actitud de Manette. Terminó por asentir nuevamente, insegura de lo que estaba pasando.

Calima dio un largo vistazo a la habitación, ella parecía asombrada. Claro, probablemente nunca había visto una estancia como esta, con lo que observaba los ojos muy abiertos, absorbiendo cada detalle, como si estuviera presenciando un cuento de cuna delante de ella.

—¿Tienes hambre, verdad? —preguntó Manette.

La niña giró su cabeza hacia Manette, con la mirada encendida, parecía estar realmente hambrienta.

—Ven por aquí.

Manette guió a Calima por la mansión, llevándola hasta un pasillo largo. No tuvieron que caminar mucho, dado que el comedor se encontraba a la primera puerta a la izquierda. A diferencia del resto de la casa, este comedor estaba mucho más limpio, aquí se hacían las reuniones, y un ambiente agradable ayudaba a mejorar la moral.

Manette tomó una silla, y se la acercó a Calima.

—Siéntate, iré a la cocina.

La niña obedeció, y se acercó hasta la mesa. Una vez sentada, Manette se fue hacia la cocina, entrando por una puerta adyacente a la de la entrada del pasillo. Allí había tres de sus sirvientes cocinando. Estos se giraron al oír la puerta cerrarse.

—Oh, ¿Manette? —pregunto Sall, sorprendido —¡Qué casualidad!, estábamos terminando de cocinar el pollo, ¿te sirvo un plato?.

—No gracias, Sall —contesto Manette, preocupada —eres muy amable, pero mejor esperaré a que todo esté terminado.

—¡Ja!, no se preocupe jefa —respondió Hef, otro de los sirvientes, con una

sonrisa en su rostro —él solo está supervisando el fuego, no lo dejaríamos a cargo de un estofado ni aunque nuestras vidas dependan de ello.

—Gracias —dijo Manette, aliviada —¿quién lo está preparando entonces?.

—Uhhh, creo que Gune —respondió Sall, señalando al tercer sirviente.

—No idiota, Gune está de guardia —respondió Hef.

—¿Cómo? ¿Entonces quién mierda es este?.

El tercer hombre, que estaba concentrado cortando un poco de cerdo, subió la cabeza y abrió la boca, mostrando que no tenía lengua.

—¿Donny? ¿Por qué mierda estás cocinando? —preguntó Sall.

—Se lastimó el pie entrenando —respondió Hef.

—¿Y no me lo iban a decir?.

—Pues él lo tiene difícil, ¿no te parece?.

—¿Y qué hay de ti?.

—Quería saber cuanto tardabas en darte cuenta.

—¡Serás hijo de perra! —grito Sall, lanzándole una cuchara a su compañero.

Mientras sus subordinados peleaban, Manette se acercó a las frutas, de donde tomo una manzana, comenzando a pelarla, ya luego comería cuando la comida este totalmente lista.

Al volver con la manzana cortada en un plato, Manette pudo ver a otra persona, además de Calima.

—Buenas noches —dijo Dan —Parece que encontraste a otra recluta.

Manette se acercó a la mesa, dejó el plato frente de la niña y le sonrió. Calima pareció dudar ante el ofrecimiento, pero sus ojos gritaban por algo de comida, con lo que no tardó en comenzar a devorar la manzana con rapidez.

—Luego te prepararé algo más elaborado, pero puedes ir comiendo esto por ahora —dijo Manette.

Dan se acercó a y con un movimiento de cabeza le indico que necesitaban hablar. Manette suspiró, no quería alejarse mucho de la niña, este era un entorno desconocido para ella y no sería bueno que la única persona con la que tenía un poco de familiaridad se retirara a hacer otros asuntos.

—Ya vuelvo, tengo que hablar con mi compañero sobre algo importante, si tienes más hambre, no dudes en entrar a la cocina y tomar algo —Manette señaló la puerta de la cocina, sonriéndole para luego caminar fuera de la habitación junto a Dan.

Ambos salieron al pasillo y se dirigieron hacia el patio interior, era su lugar para discutir. No por ninguna razón en especial, simplemente siempre que discutían por algo, salían a ese patio, era como una señal a los demás para que no los interrumpieran, a menos que sea una emergencia.

—Dime —dijo Manette, con una voz cansada.

—¿Cómo la encontraste?.

—¿Uh? ¿Qué quieres decir?.

—Esa niña, ya la revisé hace dos meses —contestó Dan —Decidí no agregarla en la lista.

Manette observó a Dan con una mirada extrañada. Sabía que era más conservador que ella a la hora de elegir, pero aun así él siempre la informaba para discutir si el candidato valía la pena o no.

—¿Puedo saber el porqué?.

—¿Acaso no la has visto? —replico Dan —Me sorprende que siquiera siga con vida. Mírala, apenas puede caminar, solo hace falta verla unos segundos para saber que está destrozada por dentro, es demasiado joven y además, no la necesitamos —el negó con la cabeza, denotando su pena —Supuse que la querrías reclutar, pero la realidad es que no vale el esfuerzo, por muy cruel que suene.

—Entiendo… Dan, es cierto que confío en tu juicio para examinar a nuevos reclutas, pero esta parece tener algo especial —dijo Manette, mirándolo a los ojos —¿No dijiste que te sorprende el hecho de que haya sobrevivido estos dos últimos meses?.

Dan, se quedó callado por unos segundos, había comprendido lo que ella quería decir.

—Pudo haber sido suerte —dijo Finalmente, suspirando —Mira, Manette, no podemos reclutar a cualquiera, tú sabes que me duele tanto como a ti dejar a un niño en la calle, pensar en mis hijas en ese estado me revuelve el estómago, pero no podemos traer a todos los que nos den un poco de pena.

—Lo sé Dan, lo sé. Su cuerpo y mente parecen haber perdido toda la voluntad de vivir, pero aun así sigue levantándose. Confía en mí, ¿no tienes ni un mínimo de curiosidad?, quizá pueda hacer algo de ella, con el tiempo suficiente claro.

Dan se quedó callado, otorgándole la razón con el silencio.

—Seguiremos con esto más tarde —respondió finalmente —Tengo demasiada hambre.

—Los chicos están preparando estofado —contestó Manette.

—Sí, vi a Sall con la olla cuando abriste la puerta, mejor espero a que la cocina esté libre.

—Él solo lo está supervisando, creo que era Donny el que estaba a cargo.

Calima se sentía incómoda en el comedor. Habían llegado más personas, las cuales estaban hablando cómodamente sobre su día, ignorando completamente a la intrusa que se encontraba al otro lado de la mesa, como si no estuviera allí.

—¿Toda la pared? —preguntó un chico en silla de ruedas.

—Sí, solo quedaban las otras tres y el techo —respondió lo que parecía ser un sirviente —por fortuna el muro cayó hacia afuera, aunque no evitó que nos descubrieran.

—Sería demasiada suerte si no lo hicieran, ¿cómo escaparon? —volvió a preguntar el de la silla.

—Pues corriendo, ya no había pared después de todo —respondió aquel hombre con naturalidad.

Calima se encontraba mirando hacia el suelo en su silla, rezando a que simplemente la ignorasen hasta que Manette volviera.

—¿Y ella?— preguntó uno que parecía un soldado.

—Gabroil me dijo que era una nueva recluta —dijo el chico en la silla —No puede hablar.

—¿Igual que Donny? Pobre chica —respondió el sirviente.

—Maldición, cortarle la lengua a un niño, eso sí que es de mal gusto —prosiguió otro.

—Igual es que está sorda —insinuó el chico de la silla —eh, chica, ¿nos escuchas verdad?.

Calima miró hacia el joven, y asintió.

—Pues no está sorda.

—Entonces le cortaron la lengua —respondió el sirviente, el cual se volteó para mirar a Calima —¿Verdad?.

Calima negó con la cabeza, insegura, realmente no sabía como reaccionar. Hacía meses que nadie le hablaba de manera tan natural, y esta repentina atención le hacía sentir desconcertada. De alguna manera empezó a preocupar que realmente quisieran contratarla para algo, ¿Que haría entonces? Sabía que no era capaz de hacer ningún trabajo que le pidieran. ¿Qué harán con ella cuando descubran que es una completa inútil?.

—¿Entonces está loca?— preguntó el sirviente.

Este fue golpeado en el brazo rápidamente por el soldado que se encontraba a su lado.

—No se dicen esas cosas.

—¿Y a mí qué me golpeas? Solo estaba preguntando.

—Preguntabas cosas que no se debían.

—Pero si molestamos a Robby todo el tiempo con su silla de ruedas.

—Porque los chistes de parapléjicos son graciosos —dijo el que parecía ser Robby —mientras que los de locos son tristes en su lugar.

—Además, Rob habría acompañado la pregunta con un chiste, tú tienes menos gracia que la madera —respondió el soldado.

La conversación fue interrumpida por el sonido de la puerta abriéndose. Mannete había vuelto junto a su compañero.

—Uhhh, ¿Nueva recluta? —preguntó Robby, inmediatamente.

—Sí —respondió Manette —muchachos, esta es Calima, espero que se estén comportando.

—Dentro de lo que esperarías de nosotros —comentó el guardia.

—¿Qué dijo Hef esta vez? —preguntó Manette con un suspiro.

—La llamó loca —dijo Robby.

—No —Respondió rápidamente el que parecía ser Hef —No lo hice, solo pregunte si lo estaba.

Manette se llevó la mano al rostro, denotando su cansancio, luego tomó una silla y se sentó al lado de Calima forzando una sonrisa.

—Veo que sigues nerviosa, no les hagas caso —dijo, intentando sonar calmada —Tú tranquila, mira, te voy a explicar por qué te trajimos, ¿está bien?.

Calima asintió mirando a Manette.

—¿Te has dado cuenta cómo las personas suelen hacer lo que quieres? —preguntó Manette.

Calima lo pensó un poco, las palabras de Manette le recordaban a su fuerza, la cuál la ayudaba a mendigar casi a diario. ¿Era algo tan especial?. Asintió a la pregunta.

—Eso se le llama alomancia —prosiguió Manette —Lord Legislador concedió ese poder a los antepasados de la nobleza, y ahora llegó a ti, ¿escuchaste de ella?.

Alomancia… sí, el poder legendario heredado a los aliados de Dios, le habían hablado de las leyendas, lo sabe todo el mundo. El Lord Legislador le cedió el poder a sus amigos hace casi mil años, se lo había contado…

No, no no no. No quería recordar.

Calima terminó negando la pregunta.

—No mucha gente nace con ella —prosiguió Manette —Bueno, aquí hay más brumosos que en otras ciudades, pero igualmente deberías considerarte afortunada, es un poder normalmente relegado a la nobleza.

»Entre ellos solo nace uno de cada cien nobles, y uno entre cada diez mil Skaa

con sangre noble. Aunque en mi opinión esa gran distancia de porcentajes se debe a que a diferencia de un noble, un skaa al cual se le descubre utilizando sus poderes será asesinado por el ministerio.

—Mi padre me tiró por las escaleras al enterarse —comentó Robby con una sonrisa picará.

Calima miró a Robby, sorprendida.

—No le hagas caso —dijo Manette —le encanta bromear al respecto, aunque no de ni una pizca de gracia.

—Para mí fue gracioso —dijo el soldado a su lado.

—Pues yo creo que no lo fue, siento que está repitiendo demasiado el mismo chiste. Deberías comenzar a buscar mejor material, chico —dijo Hef a Robby.

Manette tomo lo que parecía ser un frasquito de vidrio de su bolsillo y lo ubicó en la mesa.

—En tu caso —comenzó a explicar —ingieres zinc, puedes encender las emociones de los que te rodean, hacerlos sentir piedad, miedo, curiosidad, entre otras, lo hiciste hoy conmigo, y por eso te descubrí.

¿Eso era alomancia?, empezaba a tener sentido. Ella siempre había supuesto que cuando sobrevivía a un ataque, o le daban dinero, se debía a su manera de actuar, pero siempre le había parecido extraño como las personas se apiadasen de ella, y no de los demás mendigos.

Manette acercó el contenedor y lo destapó.

—Vamos, bébelo —dijo, ofreciéndole el frasco.

Calima dudó ante el ofrecimiento, conocía lo suficiente sobre las calles como para entender que no debía aceptar bebidas de extraños. Pero a estas alturas no tenía sentido desconfiar de aquella mujer, ya estaba dentro de su mansión y se comió la poca comida que le habían dado, con lo que decidió simplemente beber el líquido que le había ofrecido.

—¿Recuerdas cuando convencimos a Pit que había roto? —comentó Hef, que estaba observando la explicación. Robby y el soldado se rieron en voz baja.

—Silencio —ordenó Manette rápidamente —¿Y?.

Calima esperó a que algo sucediera. Habían mencionado que ya lo había hecho, ¿verdad?. Intentó fijarse en fuerza, la que utilizaba para mendigar, y casi salta de la silla al ver el cambio ocurrido.

En su interior, su fuerza se había multiplicado cientos de veces, dándole a entender que lo que antes eran migajas, en realidad eran parte de algo mayor. Apenas podía comprenderlo, ¿Cómo no la había notado jamás?, era tan obvio, reluciente en su interior como un pequeño sol. Por unos momentos incluso fue capaz

de olvidar el hambre que tenía, sintiéndose estúpida por haber considerado que esa era fuerza fuera su voluntad.

Expuso su asombro ante los demás en la sala, en señal de que había comprendido.

—Aprendes rápido —dijo Manette, pareciendo sorprendida por la súbita manipulación de sus emociones —pero apágalo por ahora, ya aprenderás a usarlo como es debido más tarde.

Calima asintió con un poco de vergüenza. Pudo notar en el rostro de los presentes que ella se había dejado llevar un poco más de lo necesario, con lo que dejó de utilizar su fuerza, volviéndole a prestar atención a Manette.

—Lo primero que debes aprender —dijo, con un tono serio —Es a tener cuidado de no llamar tanto la atención, más si tratas con alguien que conoce sobre alomancia. Robby, el de ahí, es un buscador, significa que puede quemar bronce.

Robby levantó su mano, saludando con una sonrisa.

—Buenas noches, soy ese tal Robby —dijo.

—Su poder le otorga la habilidad de detectar a las personas quemando metales —prosiguió Manette, ignorando el chiste del muchacho —y no es el único de la ciudad. Si te encuentra la persona equivocada puedes terminar en graves problemas.

Repentinamente, se escuchó un estruendo en la habitación contigua, Hef se levantó rápidamente de la silla para ir a revisar, pero antes de entrar por la puerta, Dan y otros dos sirvientes salieron de esta con una olla y un par de platos.

—Estofado listo —declaró Dan.

Comenzaron a ubicar los platos en la mesa, dejando la olla en el medio encima de unas piezas de madera. Dan tomó un cucharón y empezó a servir repartir los platos.

—Hay nueve poderes como esos, todos correspondientes a un metal en específico —Manette tomó el plato que le alcanzó Dan y se lo sirvió a Calima —Cada brumoso puede quemar solo uno, pero, existen un tipo de persona que los puede quemar todos, un nacido de la bruma.

Calima había escuchado de ellos, supuestamente existían solo en la dominación central, lejos de aquí. Eran seres mitológicos, dormían en la bruma y podían aparecer y desaparecer a voluntad.

No pudo evitar sentirse como en un sueño. Estas eran leyendas, cosas que los padres le contaban a sus hijos para asustarlos antes de ir a la cama, hacía poco había asumido que solo se trataban de cuentos, ¿y ahora se enteraba de que eran reales?. Si tuviera el estómago lleno, vomitaría del estremecimiento, con lo que decidió mejor no comer del plato que le acababan de servir por ahora.

—Eso lo hace el tipo más peligroso de alomántico —prosiguió Manette —solo

sale uno entre cien brumosos, y si eres buena en matemáticas, entonces entenderás que es uno entre cada diez mil nobles, y uno entre cada millón de skaa mestizos —Manette miró fijamente a Calima, mirándola a los ojos —¿me estás siguiendo?.

A Calima le sorprendió la pregunta, rápidamente hizo un repaso mental rápido, sobre todo lo que le acaba de explicar Manette, y asintió.

—Vaya, ¿en serio? —pregunto de nuevo —no estarás asintiendo para sacarme de encima, ¿verdad?.

Calima negó rápidamente con la cabeza.

—Maldición, eso que tenía preparada otra explicación más simple, normalmente esto es demasiado para quien escucha sobre alomancia por primera vez.

—Estuvieron tres días explicándome —comentó Robby, mientras se llevaba parte del estofado a la boca.

—No siento que me estés mintiendo —dijo Manette —Si tienes alguna duda… más tarde repasaremos.

Calima tomó la cuchara y le dio un bocado al estofado, tenía demasiada hambre, quería llevarse el plato a la boca y lamer las sobras, pero intentó comer lo más lento que pudo para no faltar el respeto a los demás en la sala. Lamentablemente, no fue capaz de evitar hacer ruido, su autocontrol tenía un límite, y sin darse cuenta ya se había terminado el plato. Manette tomó el plato vacío y se lo pasó a Dan para que le volviera a servir.

—Supongo entonces que querrás saber más sobre tu poder —dijo Dan mientras le regresaba el plato lleno a Manette —tienes un metal difícil de dominar, los ojos de estaño debemos aprender a saber cuándo no usar nuestros poderes, es un metal que se quema lento, y los efectos negativos que tiene al quemarlo pueden sobrepasar a los positivos

Manette hizo una mueca mientras le pasaba el plato a Calima.

—Por ejemplo —prosiguió Dan —si alguien hace un ruido extremadamente agudo mientras estás cerca, el efecto puede dejarte en el suelo.

—Dan, no la confundas —recrimino Manette —la chica es encendedora.

Dan Miro a Manette por unos segundos.

—Imposible, ya revisé, ¿recuerdas? —respondió Dan.

—¿Revisaste?, no te entiendo.

—Lo hablamos hace un rato en el patio —prosiguió —Te dije que ya había descubierto a la niña.

Manette se quedó callada, Robby y los chicos estaban hablando sobre el estofado. Calima comía a gusto mientras intentaba escuchar lo que hablaban Manette y Dan. Parecía que él se había confundido, con lo que considero con calma

lo que él había dicho, no quería confundirse con algo tan importante después de todo.

—¿Seguro que revisaste bien? —preguntó Manette finalmente.

—Si no hubiera revisado te lo hubiera… —Dan detuvo en seco lo que estaba diciendo, frunciendo el ceño —… espera, ¿qué?

Manette y Dan se miraron con seriedad. El dejo el cucharón en la olla y sacó otro frasco de vidrio, el cual Manette lo tomó rápidamente, entregándoselo a Calima.

—Perdón por interrumpir tu comida —dijo Manette, hablando con calma —¿Pero podrías probar esto?.

Calima se sorprendió por la súbita petición, ella no entendía muy bien lo que sucedía, pero igualmente dejó la cuchara y bebió un pequeño sorbo del cristal, mientras Dan y Manette la observaban, expectantes.

—¿Y bien? —pregunto Manette de inmediato —Concéntrate, ¿sientes algo más? Busca algo parecido al zinc que habías tomado antes.

Calima asintió, prestando atención al poder que tenía en su interior. No tardó en encontrar lo que buscaba, era más pequeño, diferente como podía ser el dedo índice del anular, parecidos, pero tenía la capacidad de discernir la diferencia entre uno y otro. Decidió usarlo un poco, quemarlo, como había dicho Manette.

Todo estalló a su alrededor.

Las voces que antes susurraban en la sala, comenzaron a gritar como si junto a su oído, la tenue luz de los faroles resplandeció como el sol, encandilando sus ojos, y el hedor del estofado asaltó su nariz, recordándole que la pérdida de su olfato solo fue una decisión desesperada. Con un grito de dolor, soltó el poder y se levantó de la silla, asustada.

La habitación quedó en silencio, todos a calima, sorprendidos por el repentino alboroto.

—Lo escuché —dijo Robby, viendo a la niña.

—Sí, parece que realmente tiene voz —contestó Hef.

—No eso, el estaño —aclaró Robby.

Manette y Dan se miraron, paralizados por la situación que Calima no era capaz de comprender.

—Lo siento por eso —dijo Manette, acercándose lentamente hacia Calima —debería haberte avisado, pero no creía que…

Todo iba demasiado rápido, ¿qué había sucedido?, ¿por qué el ambiente de la habitación había cambiado de forma tan repentina?.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Dan —esto cambia todo.

Calima comenzó a entender un poco la situación, mientras recordaba la

explicación de Manette. Los brumosos pueden quemar un solo metal, mientras que los nacidos de la bruma… los pueden quemar todos.

—Primero acabemos de comer —ordenó Manette —luego veremos qué hacer.

—Pero… —dijo Dan en voz baja, Manette lo callo con una mirada.

—Ya la estamos abrumado demasiado, lo mejor será que descanse —dijo Manette, mientras se giraba hacia ella.

Calima temblaba, ¿un nacido de la bruma? ¡Pero Manette había dicho que era uno en un millón de mestizos! No podía ser ella, era imposible, apenas podía creer siquiera que era una brumosa en primer lugar.

—Tú no te preocupes por ahora —comenzó a decir Manette, con una voz amable —no te pasara nada, termina de comer, mientras, uno de los chicos te preparara una habitación

Calima no sabía como reaccionar, estaba confundida, asombrada, pero principalmente asustada. Acababa de descubrir que era una alomántica como en los cuentos que escuchaba de niña, ¿y ahora resulta que era una poderosa?.

El peso de la realidad comenzaba a caerle encima, si la inquisición descubría sobre su existencia, la cazarían, ya no podrá vivir tranquila nunca más por el resto de su vida.

Y esta gente, ¿Podía confiar en ellos?. Pero no la mataron, pero la utilizarían para otra cosa, más ahora que era valiosa, pero eran amables, le dieron de comer, pero la gente mentía para conseguir lo que quería, pero…

Mil peros asaltaron su cabeza, uno tras otro, Manette ubico su mano sobre el hombro de Calima, quien se alejó aún más de ella y de la mesa, luchando para mantenerse anclada a la realidad. Pero simplemente no pudo, una oleada de mareo se apoderó de ella, obligándola a vomitar en el suelo. Como si un pozo sin fondo se abriera debajo de sus pies arrojándola a un abismo, las fuerzas se le escaparon de las piernas mientras su visión se difuminaba.

Lo último que sintió antes de caer totalmente inconsciente fue el súbito golpe del suelo y las manos de la mujer frente suyo, amortiguando parte de la caída.

No era recomendable viajar sin un farol en medio de las brumas, era como caminar con una venda en los ojos, pero Andés lo hacía de todos modos, le gustaba viajar sin que nadie lo viese, además, tenía una manera de ver sin usar sus ojos.

Utilizando los anclajes que había dejado a lo largo de los meses, Andés se

mantenía en el sendero indicado, logrando crear en un mapa mental de la zona, reconociendo los pequeños trozos de metal que marcaban la dirección en la cual se encontraba la mansión.

Seguro Gune está de guardia Pensó mientras se acercaba con cuidado. Era uno de los guardias de la mansión, y a pesar de no tener alomancia, seguía siendo muy perceptivo. Cuando Andés salía a hacer una misión, Gune siempre pedía la guardia nocturna. Era parte de un juego que tenían, Andés tendía a escabullirse, aun cuando se trataba de la guarida de su banda y Gune intentaba atraparlo en consecuencia.

Una vez cerca, Andés fue capaz de ver la armadura de sus otros compañeros que se encontraban patrullando, con lo que decidió seguir de cerca a uno de sus compañeros hasta que este se cruzará con otro.

Cuando dos de los guardias, quienes él no podía distinguir, cruzaron caminos, estos se dedicaron una mirada y continuaron sus rondas, separándose. Andés aprovechó el hueco para colarse por la pequeña pared que lo separaba de la mansión.

Ganó yo, se dijo Andés, cruzando la pared sin dificultad.

Observó como el edificio se encontraba levemente iluminado. Estaban todas las luces encendidas, menos una en el segundo piso. Andés corrió hasta la pared y procedió a escalarla, tirando de los metales que se encontraban anclados en el suelo y las paredes arriba suyo, utilizando también los bordes de las ventanas como impulso, ayudándolo a alcanzar el segundo piso con rapidez.

Una vez allí, abrió la ventana y entró en silencio, sin hacer ni un ruido. Lamentablemente, luego de caminar dos pasos, Andés sintió como repentinamente algo puntiagudo se apoyó sobre su espalda. Se giró rápidamente, y allí se encontró una silueta en la oscuridad, era Gune con su bastón de duelos, observando a Andés con seriedad.

—Punto para mí —dijo, bajando el bastón —Aunque este era el último truco que me quedaba.

—Siempre dices eso —respondió Andés —sigo ganando cuatro adelante.

—No por mucho tiempo —aclaró Gune —Están discutiendo algo importante en el comedor, luego me cuentas —este dio un pequeño saludo y salió de la habitación oscura.

Andés lo siguió hasta el pasillo, y una vez allí prestó atención a sus líneas azules. Pudo ver los clavos de la silla de ruedas de Robby, estaba en su habitación, con lo que ya se había ido a dormir.

En lugar de ir hacia las escaleras, caminó hasta llegar a una puerta que daba al balcón del patio exterior, allí bajó a la planta baja usando unos leves tirones de hierro.

El edificio estaba repleto de anclajes que él había posicionado para trasladarse rápidamente por este, nunca se estaba lo suficientemente seguro, y había decidido que utilizarlos siempre que tenía la oportunidad lo prepararían para una emergencia.

Una vez en el pasillo interior, Andés caminó hasta la puerta que daba al comedor, al llegar, con su hierro, pudo notar la espada de dan junto a su cinturón. Decidió no entrar, en su lugar se dirigió a la cocina por la puerta que se encontraba al lado, por suerte estaba vacía, con lo que allí se acercó a la puerta que daba al comedor, y prestó atención.

—Yo escuché que mató a uno —dijo Dan —No debe ser tan diferente.

—Eso es solo un rumor, además, por mucho que se parezca, sigue sin serlo —respondió Manette.

—Su maldito trabajo es imitar a uno, con lo que más le vale parecerse —recrimino Gabroil —De igual manera esta conversación no tiene sentido, ¿realmente lo están considerando? Solo vendámosla.

—Te recuerdo que el dinero es solo la mitad de nuestro objetivo —contesto Dan con severidad —Y en eso no nos estamos quedando cortos, pero en cuanto a nuestra reputación…

—Andés está haciendo un buen trabajo —dijo Manette rápidamente —Las familias locales están convencidas de que tenemos un nacido de la bruma.

—No por mucho —aclaro Dan —Están corriendo los rumores. Atacando noches en las que no hay buscadores, disparando las monedas de forma extraña, hoy llegaron las noticias sobre su último asalto, saben que tuvo problemas con un solo mata brumosos, necesita una mano y lo sabes.

Manette se quedó callada, Andés pudo imaginársela posando su mano sobre su mentón como hacía a menudo cuando alguien la rebatía con un buen argumento.

—¿Y si se nos sale de control? —dijo Gabroil de forma desafiante —el dinero que consigamos por venderla podría acelerar nuestros planes algunos años, además no tenemos a otro para entrenarla.

—Le dijiste que estaría bien, ¿realmente la venderías a cualquiera? —dijo Dan.

—Mira, si te incomoda su futuro —comenzó a decir Gabroil con confianza —escuche que en el Dominio occidental están desesperados por sangre alomanticá, si la vendes a ellos, la tratarán prácticamente como nobleza, ¡Le estarías haciendo un favor!.

Andés se dio cuenta de que no podrá ser capaz de entender de lo que están hablando a menos que él pregunte directamente, con lo que abrió la puerta lentamente haciéndose notar, comenzó a caminar hacia la mesa en silencio.

Los demás dejaron lo que estaban diciendo y giraron la cabeza para verlo.

—Andés… —dijo Dan

Él no quería ser tan dramático, pero realmente no se le daba bien hablar, por eso tendía a quedarse escuchando para organizar sus pensamientos y no quedarse callado tan a menudo en medio de las conversaciones. Se limitaba a abrir la boca solo si lo que tenía que decir era de utilidad.

—¿Cuánto escuchaste? —preguntó Manette.

—Una brumosa —respondió Andés —están discutiendo si entrenarla o venderla, no escuche nada antes de eso.

Manette se acomodó en su asiento, tomando aliento, preparándose para explicar.

—Es una nacida de la bruma —dijo Gabroil, más rápido— Nos encontramos con una condenada nacida de la bruma, ¿Puedes creerlo?.

Andés abrió los ojos con sorpresa.

—¿Skaa? —pregunto.

—Sí —respondió Dan —La había catalogado como ojo de estaño hace dos meses, y como no la veía como una niña estable para la banda… mierda hasta yo no entiendo por qué la deje pasar.

—Puede ser que te haya notado observándola —contesto Manette —Y utilizo el poco zinc que tenía para alejarte.

Dan, miró hacia el suelo, pensativo, asintiendo levemente ante aquella deducción.

—Manette y yo la encontramos hoy —continuó Gabroil —estaba utilizando alomancia emocional.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Manette a Andés —¿Crees que es una buena idea reclutarla?.

Él se detuvo a pensar. Parecía que lo habían verificado, no había un rastro de duda en sus ojos, realmente encontraron una nacida de la bruma, ¿era posible? No había mucha sangre poderosa entre la nobleza, pero…

Andés dejó de analizar el posible linaje de la chica y en su lugar recordó lo que sabía sobre la venta de alománticos, todas las familias se encuentran desesperadas por sangre poderosa, y normalmente recurren al espionaje para asegurarse de que puedan conseguir los mejores tratos.

—Venderla es muy arriesgado —contestó finalmente —Como dijo Gabroil, están desesperados, así que si la noticia de que estamos vendiendo una se esparce, nos pondrá en peligro, tanto de que la intenten robar como de ser descubiertos por el cantón de la ortodoxia.

Manette, mirando a la mesa, escuchando atentamente las palabras de Andés, luego de unos segundos de deliberación, asintió, posó su mirada sobre él.

—¿Te crees capaz de entrenarla? —pregunto.

—¿Cómo nacida de la bruma? Imposible —contestó Andés con frialdad.

—Entonces está fuera de discusión —dijo Gabroil, ofuscado en hacerse oír —La venderemos a alguien a un buen precio, si tenemos cuidado no nos encontrarán.

Manette cerró los ojos, considerándolo.

—Vamos, piénsalo —prosiguió Gaboril —con el dinero pagaremos soldados de verdad, incluso Andés no tendrá que infiltrarse tan seguido una vez podamos permitirnos a buenos informantes.

Manette abrió los ojos y volvió a mirar a Andés.

—¿Y como ladrona? —pregunto Manette, mirándolo a los ojos.

Andés se quedó callado, unos segundos.

—Depende —respondió finalmente a la pregunta —pero sí llega a entender sus poderes la mitad de bien de cómo entiendo el mío, te aseguro que será mejor que yo.

Manette asintió, tomando una decisión.

—Lo siento Gabroil, pero valdrá más la pena intentarlo

Gabroil tomó aire y suspiró con fuerza mientras se levantaba de su silla.

—Necios, son unos necios —dijo con la voz aún más amarga— Me iré a dormir, más les vale no arrepentirse —Tras ese dicho, salió de la habitación con obvia frustración en sus pasos.

Dan exhaló un suspiro de alivio.

—Es como un niño —dijo.

—No olvides que tiene parte de razón —respondió Manette —Andés no es nacido de la bruma, y es cierto que el dinero nos permitiría adelantar nuestros planes. Pero, aunque la entreguemos a gente decente, parece estar bastante atormentada para pasar por cambios tan bruscos, además, no confió en nadie que pueda comprar un niño, así que por ahora dejemos este tema de lado —ella giró su cabeza hacia Andés —Dime, ¿conseguiste algo de valor?.

Andés tomó su bolsa de cuero, de allí sacó los papeles robados y el lingote de aluminio.

—Tenías razón —comenzó a explicar Andés —Profoste tiene tratos con los Lekal, llevan comerciando en secreto durante años, aunque a pérdidas. Las ofertas que recibe de otras casas tampoco son mejores.

Manette tomó los papeles y los empezó a leer. Estaba muy bien letrada, su padre fue comerciante Skaa, y ella tenía la intención de seguir sus pasos, y lo habría hecho de no ser por unos amargos acontecimientos.

La habitación quedó en silencio por unos pocos minutos mientras Manette analizaba la información, siempre era muy meticulosa en cuanto se trataba de finanzas. Al terminar de leer, apoyó los papeles en la mesa.

—Es un idiota —dijo finalmente —con las ofertas tan bajas que Profoste propone a las demás casas, tiene la esperanza de llamarles la atención para que le ofrezcan un trato un poco mejor. Probablemente los Lekal tienen comprados a las otras familias para que ofrezcan tratos insultantes y crear la ilusión de que ellos son lo único que los mantiene a flote.

—Significa que para el final del año estarán arruinados —aclaró Dan —¿por qué nos concentramos en esta casa entonces?.

—Dime —comenzó a explicar Manette —¿Cuánto crees que costará sobornar a otras casas para que no hagan tratos lucrativos con Profoste, quien se encuentra altamente desesperado?.

—Más de lo que se ahorren con los bajos precios de Profoste —dijo Andés —¿Estás diciendo que los quieren fuera de juego?.

—Sí, forzándolo al ostracismo comercial —aclaró Manette.

—¿Pero por qué? —preguntó Dan —¿Y por qué Profoste le sigue el juego?.

—Seguramente no quiere hacerlo, pero no puede hacer nada al respecto —contestó Manette. Señaló al lingote que se encontraba en la mesa —Buscan comercializar aluminio.

—Eso lo explica —aclaró Andés —No podrá hacer un escándalo sin arriesgar el cuello.

—¿Aluminio? ¿Qué es eso? —preguntó Dan.

—Un metal raro, más valioso que el oro, y extremadamente ilegal —contestó Manette, mientras tomaba el metal en sus manos —Se encuentra en los montes de ceniza. El ministerio de acero, además de tener el monopolio, regula con severidad su comercio. Llegué a enterarme de su existencia por casualidad, en su día contrataron a mi padre para transportar un poco por tierra

—Maldición —dijo Dan, silvando en asombro —¿y tú cómo sabes de él?.

—Robe, un libro censurado hace tiempo —comenzó a decir Andés —hablaba sobre el metal, pero realmente nunca lo había visto en persona.

—Los Lekal saben que Profoste quiere recuperarse vendiéndolo —continuo Manette —Pero ellos ya venden el suyo propio, lo extraen del monte Zerinah, que se encuentra al lado de su ciudad.

—«Nos lo vendes a nosotros o no lo vendes», entiendo —dijo Dan —Y ninguna casa le ofrecerá una mejor oferta hasta que entreguen la mina, una muerte lenta —Dan ubicó su mano en su mentón, pensativo —¿Tanto vale deshacerse de la competencia? Si es tan escaso, entonces no faltara demanda, y para no llamar la atención no se puede vender a grandes cantidades, ¿Verdad?.

—Tienes razón —respondió Manette —Si los Lekal quieren deshacerse de

Profoste, es porque seguramente sabe que habrá una alta demanda de Aluminio en el futuro. Pueden haber conseguido un trato especial con el ministerio, quizá encontraron un uso para el metal o a alguien de confianza a quien vendérselo por debajo de la mesa, en cualquier caso, no sería sorpresa que luego de que Profoste caiga intenten apoderarse del monte que se encuentra aquí.

—Demonios, ¿cuánto tiempo crees que quede? —preguntó Dan.

—A juzgar por los papeles, quedan ocho meses antes de que Profoste caiga en la bancarrota —contestó Manette —Puede que tengamos que hacer nuestra movida antes de lo esperado.

—Los chicos no están listos —replicó Dan —mierda, incluso a mí todavía me cuesta hablar como si fuera de alta cuna, y no hemos conseguido hacernos con ninguna fábrica o barco mercante.

—No olvides a los testigos —prosiguió Andés —muchos nobles conocieron a la verdadera familia Doulin, si no logramos hacernos pasar como familiares lejanos, nos causarán problemas.

—Lo sé —dijo Manette —Pero si una casa tan importante llega a la ciudad, habrá una inspección oficial del Ministerio, si así sucede se preguntarán por qué hay demasiados alomanticós skaa, es probable que ocurra una masacre.

La habitación quedó nuevamente en silencio, el aire estaba tenso, era una situación realmente complicada. Manette ya tenía estas sospechas hacía meses, pero acababan de quedar confirmadas.

—Dan, ¿Cuántas personas se necesitan para llevar una mina? —pregunto Manette.

—No lo sé, lo averiguaré para mañana.

—Andés, tendrás que entrenar a la niña —ordenó Manette —vamos a necesitar a más miembros en la banda, y una nacida de la bruma puede ocupar varios puestos al mismo tiempo de ser bien entrenada.

—Será difícil —contestó Andés —solo soy un atraedor, y entrenarla con un solo metal sería un desperdicio.

—Ya se te ocurrirá algo —respondió Manette —Si alguien puede hacer el trabajo, eres tú —ella bajó los brazos a los costados de la silla, suspirando con fuerza.

—Será mejor que vayamos a dormir —dijo Dan.

—Pensaremos esto de forma más detenida mañana —continuo Manette.

—¿La chica dónde está?— preguntó Andés.

—Durmiendo arriba —respondió Dan —Perdió la conciencia cuando descubrió que era nacida de la bruma. No la culpo, pasó todo demasiado rápido, además, estaba cansada y hambrienta.

—No habla, parece estar muda, aunque tú tampoco eres tan hablador, así que

no será un problema. Le puse Calima de apodo.

—¿Calima? —preguntó Andés —¿Es eso un chiste?.

—Le dije que nos avisará en caso de que no le guste.

Manette procedió a levantarse de su asiento, totalmente agotada por la discusión, y se dirigió a la puerta. Dan no tardó en seguirla, y antes de salir de la habitación, este se volvió hacia Andés.

—Si tienes problemas con la niña —dijo —avísame, que tengo algunos consejos que puede que te resulten útiles. Por ahora déjala descansar.

Andes miró a Dan a los ojos, asintiendo ante su ofrecimiento, este se limitó a sonreír y dejar la habitación, marchándose sin decir otra palabra.

Capítulo 4

Calima tuvo dificultad para comprender en donde se encontraba. Por primera vez en mucho tiempo no tenía tanta hambre, y su espalda estaba relativamente cómoda. La habitación en la cual la habían ubicado tenía un olor agradable, y al encontrarse detrás de cuatro paredes, no hubo viento, lluvia o gritos matutinos que atentaron con despertarla de su reposo. Por unos segundos, se permitió olvidar los últimos meses, deseando quedarse acostada.

No pudo evitar preguntarse lo que había sucedido, parecía salida de un sueño, ¿un grupo de desconocidos la acogieron para reclutarla en una banda?, sentía que lo más sensato era asumir que estaba delirando en medio de la calle, pero mientras más se movía, más era capaz de entender que realmente se encontraba dentro de una cama real.

Comenzó a recordar lo transcurrido en la noche, la alomancia, ella era una brumosa, es la razón por la que había sobrevivido tanto tiempo, y por esa razón estas personas la encontraron.

No, no era solo una brumosa, era más que eso. Su estómago se revolvió al recordarlo, no podía ser cierto, ¿ella?, ¿una nacida de la bruma? Imposible. Pero allí estaban, sentía sus fuerzas, los metales que había consumido. Todavía se encontraban allí, como extremidades nuevas, las cuales podía flexionar a voluntad, una sensación tan real como su vista u olfato.

Decidió finalmente levantar su espalda, y observar la habitación. Estaba un poco decorada, había pertenencias ajenas desperdigadas, como ropa adulta, unos libros y un cofre, además de…

Calima se sobresaltó al ver una extraña figura, como la de una sombra, la cual estaba mirándola desde una silla. Era intimidante, sus hombros eran anchos, tenía un traje gris acompañado de una capucha. De este se desprendían tiras del mismo color que caían al suelo como cortinas desgarradas. Sintió como el miedo volvía a ella, ¿Quién era?, ¿Qué quería?.

—Quemas los metales —dijo el hombre abruptamente.

¿Eh?.

—Llevas dormida varias horas —continuó diciendo, mirándola a los ojos —es peligroso tener metal en tu estómago por tanto tiempo, quémalos.

Quemar… sí, podía recordarlo. Manette, le había dicho la noche anterior que así se le llamaba a usar su fuerza.

—Una vez termines, baja, tendremos un día ocupado —aclaró aquel hombre,

que inmediatamente se levantó y procedió a salir por la puerta, dejando nuevamente el silencio a su espalda.

Calima se alivió una vez que se volvió a encontrar en soledad. *¿Cuánto tiempo llevaba ahí?*, se había acostumbrado a saber que nadie la vería dormir estando oculta entre las brumas, la sensación de ser observada le aterraba. Aunque, si lo que decía era cierto, entonces no le quedaba otra opción más que despertarla o esperar para advertirle sobre los metales, cosa que ella agradeció.

Decidió simplemente hacer caso al extraño, y se concentró nuevamente en su interior, comenzando a utilizar sus fuerzas. Ahora que sabía lo que era, podía ver claramente la forma en la que debía manipular esta energía.

Al comenzar a apretar los metales, Calima pudo sentir el cambio en su entorno, la luz tenue que entraba por la persiana cerrada comenzaba a brillar, el agradable calor que sentía dentro de las sabanas aumentó lo suficiente como para obligarla a destaparse, e incluso comenzó a escuchar sonidos y voces los cuales podía distinguir que provenían de fuera de la estancia.

Calima contempló su situación, ¿qué haría ahora?. Podía intuir como el metal que tenía en su interior tardaría en quemarse por completo, con lo que simplemente se levantó de la cama,

Al posar sus pies en el suelo, fue capaz de percibir la madera debajo de la alfombra, como si estuviera pisando directamente los tablones, ¿Tenía que acostumbrarse a esto?. Camino descalza hacia fuera, con cuidado de no pisar nada doloroso.

Al abrir la puerta se encontró un pasillo, las paredes se encontraban un poco sucias, y parte del empapelado se encontraba rasgado. Al girar su cabeza fue capaz de ver unas escaleras al final del pasillo.

Calima caminó hacia ellas, mientras miraba hacia el frente. La luz de la ventana la cegaba como si estuviera mirando el sol. Cuando se acercó hasta la ventana, intentó ver al exterior, buscando reconocer la calle en la que se encontraba, pero la luz le encandilaba la vista. Decidió soltar levemente su alomancia, y cuando sus ojos lograron adaptarse, fue maravillada por una hermosa vista.

Había una gigantesca masa azul cubierta por una red gris de ceniza contrastada por el brillante cielo rojo, el cual causaba un leve tono púrpura en el horizonte. Podía divisar algunos puntos, y al encender levemente el metal de antes, reconoció que eran barcos lejanos. Parecían empequeñecerse y desaparecer en ese espacio que parecía alargarse al infinito.

Eso es el mar… Pensó. No imaginó que fuera tan bonito, era sólo agua después de todo. Calima no pudo evitar sentirse mal por no haber intentado verlo antes, la vista valía la pena arriesgarse a caminar con su terrible sentido de la orientación.

Su abstracción fue abruptamente interrumpida por los sonidos de pisadas provenientes del exterior, al acercarse a mirar, un pie apareció repentinamente pisando el saliente de la ventana. Calima se alejó del susto, *¿Qué es eso?*.

Al pasar unos momentos, del pie, terminó de bajar una persona entera, era una mujer que estimaba ya dentro de los treinta, llevaba una bolsa con extraños artilugios que no llegaba a reconocer. Al acercarse un poco, Calima se sorprendió al notar que la mujer se encontraba suspendida en el aire, sin estar amarrada a ninguna clase de cuerda o soporte.

La mujer notó a Calima, y tras observarla por unos segundos, abrió la ventana desde fuera.

—Hey ¿Quién eres tú? —preguntó la mujer.

Calima se quedó callada y la miró fijamente a la señora, esta hizo una mueca y miró hacia arriba.

—¡Eh, Sall, hay una niña aquí! —grito repentinamente.

Los oídos de Calima estallaron en dolor, el grito la había tomado totalmente desprevenida, con lo que inmediatamente apagó su fuerza, disminuyendo su capacidad de escucha a la normalidad. Lamentablemente, el dolor apenas se habia mitigado.

—Shh, no grites que es de mañana —dijo una voz desde lo que parecía ser el techo —Debe ser la que reclutó ayer Manette, lástima que te perdiste el escándalo.

—¿Escándalo?, ¿qué pasó? —preguntó la mujer, ansiosa.

—Nah, será divertido cuando te enteres —contestó la voz desde arriba.

—Serás cabrón —insulto la mujer —eh niña, Sall tiende a creerse el gracioso, dime, ¿qué me perdí?.

Calima quedó atónita, ¿Realmente esta gente le estaba hablando con total normalidad? Había llegado a esperar que solo el grupo de anoche tuviera esa actitud, pero al parecer se equivocaba.

—Es muda —aclaró la voz de arriba —O no le gusta hablar, no termine de entender bien.

—A mí me lo dirás, ¿verdad? —insistió la mujer.

—Eh, si llegas a hablar no le digas ¿Vale? —siguió hablando el hombre que no veia —nos gusta dejarla a lo último para los chismes.

—Son unos abusones —declaró la mujer, exagerando un rostro de tristeza —Me dejan siempre de lado en las cosas importantes, me hacen sentir que no soy parte del equipo.

—¿¡Serás mentirosa!? —gritó la voz. Un rostro se asomó por otra de las ventanas que se encontraba más arriba, reconoció al hombre, era uno de los que estaban cenando junto a ella anoche —Niña, que no te engañe, siempre que se le

cuenta algo, ella es la primera en hacer correr la voz, y además, cualquier anécdota o chisme interesante del que se entera lo comunica de la peor manera imaginable. Si quieres quedar en ridículo por algo de lo que te enorgulleces, cuéntaselo a Dana.

La mujer, Dana, dio un gruñido que exaltaba molestia.

—Las ventanas no se limpian solas y sabes que hoy te toca —aclaró Sall.

—Vaya que usarme a mí —Comenzó a decir Dana —una mujer delicada para un trabajo tan burdo como este…

—Claro, el hecho de que seas lanzamonedas no tiene nada que ver —Indicó Sall —ah, pero cuando alguien tiene que entregar un mensaje rápido a la otra punta de la ciudad, repentinamente dejas de ser una damisela delicada, ¿verdad?.

—Es un exagerado —dijo Dana, volviéndose a girar hacia Calima —mira, luego te cuento lo que hizo en la guardia de la semana pasada.

—Ni se te ocurra —dijo Sall, adelantándose a su compañera— eh, niña, si estás perdida, el comedor está abajo, ve directo por ese pasillo y te encontrarás con unas escaleras que te dejarán en el vestíbulo principal.

—La estás echando para que no se entere, ¿verdad? —regaño Dana —Bueno, tampoco importa. A mí también guárdame una taza, ¿está bien?, gracias.

—A ti ni siquiera te gusta el té, solo quieres lucirte ante la chica.

—¡Por supuesto que me gusta el té! —gritó la mujer —No es mi culpa que el que tú haces sepa a…

Calima decidió alejarse y bajar por las escaleras por donde le habían dicho, ya había tardado lo suficiente. También temía que le llegaran a pedir o preguntar por otra cosa, realmente no quería pedir el té.

Una vez el vestíbulo, ella recordó el camino que había hecho en la noche, y se dirigió hacia el pasillo más cercano. Al encontrarse con la puerta del comedor, ella dudó en entrar, ¿cómo pediría un poco de té?.

Tomando coraje, apoyó su mano sobre el pomo de la puerta y la abrió. Una vez dentro se encontró con una pesadilla, el lugar estaba repleto de gente, y todos parecían de profesiones distintas. Había algunos soldados, sirvientes, trabajadores de fábrica, y otros trajes los cuales no pudo reconocer. Lo peor de todo sucedió cuando algunas personas decidieron detener sus conversaciones para girarse a verla.

Presa del pánico, Calima cerró la puerta rápidamente, alejándose varios pasos. No podía hacer esto, de alguna manera, sintió que hubiera sido mejor que la hubieran secuestrado, o que empezaran a ordenarle que hacer, así al menos sabría cómo dedicar sus pensamientos a sobrevivir, ¿Pero esto? No podía, no tenía la capacidad de lidiar con la situación.

Ella intentó encontrar el lugar por el dónde había llegado, ¿Dónde estaban las

escaleras?, las había perdido de vista. Perdida por el pasillo, Calima giró en la primera esquina que encontró, allí se topó con un patio interior, jamás había visto uno, y al final de este había unas escaleras. Caminó rápidamente hacia ellas, y empezó a subirlas, no tenía ni idea de en donde terminaban.

Estaba sudando, ¿En qué se había metido? ¿Por qué no se había muerto todavía?. Sentía pura frustración, en el fondo sabía que era una estúpida, que hablar no era tan difícil, lo había hecho toda su vida con total facilidad, siempre hablando, cantando, gritando, siempre hasta… hasta hacía ya, ya…

Se detuvo en seco, no pudo evitar pensar en su familia, en el ruido, la sangre.

Calima cayó al suelo como si una viga gigante se le hubiera desplomado encima, estaba llorando, siempre que creía que las lágrimas se le acababan, volvían, tomándola por sorpresa, como una puñalada desprevenida en medio de la noche.

Tirada, en mitad de los escalones, estaba retorciéndose. ¿Podía continuar? ¿Por qué siempre hacía esto? Era basura, siempre que se le presentaba una oportunidad para mejorar, la rechazaba, nunca se arriesgó a pedir ayuda, o a juntarse con los demás mendigos, solo se limitó a pedir y pedir, tomando lo que le pertenecía a los demás, como había hecho toda su vida.

No pudo evitar escuchar voces a su alrededor, ¿Qué querían? ¿Acaso no comprendía que era una inútil?. Se iban a deshacer de ella, lo sabía, por muy poderosa que fuera, no podrían encargarse de alguien así, sabía bien que traería muchos más problemas que soluciones. Quería quedarse sola, no quería que nadie la viera, pero este era el hogar de esta gente, era ella la intrusa. ¿Por qué era tan patética? Tan… ¿Lo era realmente?.

Calima comenzó a sentir una ola de alivio, de alguna manera, podía ver como sus pensamientos negativos carecían de importancia. Por mucho que se insultase a ella misma, había logrado sobrevivir hasta ahora, ¿verdad?.

Con esa nueva actitud, ella pudo permitirse prestar atención a las voces de su alrededor.

—Eh, eh, ¿Ya me escuchas? —era Manette, parecía preocupada.

Calima asintió, sus emociones revoloteaban, pero por alguna razón, la calma dominaba por encima de las demás.

—Fren está usando alomancia emocional contigo —aclaro Manette —es lo mismo que tú utilizaste ayer, ¿Lo recuerdas?.

¿Eso era zinc? De alguna manera ella sabía que ahora debería estar odiándose a sí misma, pero no lo hacía, no tanto al menos, seguía sintiéndose molesta, y frustrada, pero ambos sentimientos eran aplacados por gran cantidad de serenidad. Calima, se acomodó en las escaleras para poder sentarse y escuchar a Manette.

—Creí que Andés se había quedado contigo —continuó Manette —vaya que

es un despistado, seguro te dijo algo y se fue, a ese hombre le encanta el drama. Mira, parece que te hemos abrumado un poco con todo esto, lamentablemente Fren es el único encendedor que tenemos, y por esa razón no puede permitirse mucho tiempo.

A ella lo acompañaba un hombre gigante, casi el doble del tamaño de Calima, que llevaba tres pendientes en la oreja y una cicatriz en el mentón que no hacía más que intimidar. Por fortuna, su miedo seguía siendo eclipsado por las emociones positivas.

—Lo siento —dijo Fren, con una voz bastante grave —solo puedo permitirme unos pocos minutos. Pero si me ves y necesitas ayuda, puedes pedirla.

—Ayer te he visto mendigando —comenzó a decir Manette —y es posible que eso me haya llevado a hacer algunas suposiciones indebidas, así que déjame preguntarte ¿Quieres pertenecer a mi banda?. Si aceptas, te ayudaremos a controlar tus poderes, si no quieres, te dejaremos ir y te daremos comida para una semana, aunque no podremos hacer más que eso ¿Qué opinas?.

Calima comprendía lo que le estaban pidiendo, había olvidado que realmente tenía elección sobre el asunto, podía marcharse si quisiera, ese conocimiento la tranquilizaba, aún cuando sabía que normalmente le causaría ansiedad. Esta gente parecía amable, amable de verdad y su miedo ya no era a ellos, le preocupaba poder realmente cumplir un papel ¿por qué se ofuscaban en reclutarla?.

—Recuerda, ahora mismo Fren te está encendiendo —aclaró Manette —Así que considera muy bien tu decisión.

Solo debo aceptar, pensó Calima. Tenía que aprovechar el momento, ahora sabía con seguridad que su decisión no estaría basada en la cobardía y el miedo. Miro a Manette, y asintió mientras liberaba un poco de calma utilizando la fuerza de su interior.

—Si quieres, puedes quedarte aquí —dijo Manette, sonriendo—Te traeremos algo de comer. Ahora, Fren dejará de encender tus emociones, así que tenlo en mente.

Calima pudo sentir el cambio gradual, notando la diferencia que había entre sus sentimientos reales y aquellos alterados. Logró mantenerse en calma, decidiendo quedarse sentada en las escaleras del jardín. Todavía no quería estar con tanta gente, por muy amables que fueran.

Manette comprendió el gesto, le hizo una mueca a Fren y ambos se fueron. No se arrepentía de su decisión, debía aprender a lidiar con la realidad y a entender cuando le pasaba algo afortunado. Aún así, pudiendo comprender la situación en la que se encontraba, su miedo permanecía ahí, ¿Por qué no la dejaba en paz?.

Se quedó sentada en las escaleras, intentando relajarse, tenía la pinta de que

si va a ser parte de este grupo, tendría que aprender a hacerlo.

Comenzó a observar el patio, había enredaderas pegadas a las paredes y pilares que sostienen un balcón que rodeaba todo el lugar. Pudo ver plantas que nunca había visto, quizá alguien las cuidaba con cariño. El lugar estaba cubierto mayoritariamente de concreto, a excepción de los extremos, los cuales contenían tierra que se encontraban separadas por cuatro zonas, divididas por un suelo de mármol con patrones florales. La única tierra que había en ellos era la que ella había movido al pasar corriendo.

Mientras observaba el patio, Calima no pudo evitar sobresaltarse al ver a aquel hombre vestido de gris, Andés, que se encontraba apoyado en la baranda escaleras arriba, había llegado desde el segundo piso sin que ella pudiera escucharlo.

Algo dentro de Calima entró en pánico, por algún motivo, la apariencia de aquel hombre le hacía querer correr y esconderse, pero se forzó a mantener la compostura.

Pudo notar un plato de comida en su mano derecha, parecían llevar unos panes untados en algo, no pudo reconocer bien el que. El hombre se acercó y bajó el brazo, ofreciéndole el plato a Calima.

En lugar de aceptarlo, su miedo la superó y ella instintivamente se movió del camino, bajando las escaleras. Andés solo la miro a los ojos, y dejó el plato al lado de donde Calima se encontraba antes de bajar

—Creí haberte dicho solo que bajaras —dijo Andés.

Calima se puso tensa, *¡Él no estaba cuando bajé!, acaso… ¿Debería de haberlo esperado?,* Ella se maldijo, esperar no debería de haber sido tan difícil.

—Cuando no lo hiciste, subí para buscarte —Continuó Andés —Sall y Dana me dijeron que habías bajado por las escaleras. Lo que me lleva a preguntarme cómo no viste las que estaban al lado de la habitación.

Calima pensó por unos segundos, ¿Había unas escaleras al lado de su habitación?, la verdad era que no había revisado, la ventana al lado del fondo llamó su atención primero y caminó hacia ella antes de revisar sus alrededores.

Debía disculparse de alguna manera, ¿Cómo le hacía saber que lo sentía? Recordó el poder de su interior, con lo que tomó un poco de su arrepentimiento y vergüenza y se la impuso al hombre, mientras ella bajaba la cabeza.

Andés hizo una mueca, pareció apagarse por unos momentos.

—Yo… supongo que fue mi culpa por… —dijo Andés. Calima negó con la cabeza y se señaló a sí misma dejando de aplicar su zinc. Andés la observó con cuidado.

—¿Acaso estás…? —preguntó Andés.

Calima asintió, con lo que Andés se detuvo a pensar por unos cuantos

segundos.

—¿Quieres disculparte? —preguntó finalmente.

Calima volvió a asentir.

—Disculpa aceptada, igualmente debí haberme quedado al lado de la puerta —dijo Andés. Él miró al plato de comida —Deberías comer, en un rato aprenderás a usar tus habilidades y te conviene tener el estómago lleno.

Ella miró el plato, realmente tenía hambre. Caminó hasta él e intentando no parecer muy desesperada, comenzó a comer. Era un sabor que nunca antes había probado, el pan, además de parecer recién horneado, tenía un pequeño ingrediente extra que no reconoció, además, la masa viscosa con la que estaba untado parecía ser dulce.

—Hoy aprenderás a usar los ocho metales básicos —aclaró Andés —en la noche te enseñaré a manejarlos de formas prácticas.

Calima asintió, terminando de tragar el último pan.

—Necesitarás esto —Andés tomó un frasco de metal, del mismo tipo del que le habían dado el día anterior —Es un vial de bronce, bébelo.

Aceptando el vial, Calima lo observó un poco el metal de su interior, no sabía lo suficiente como para reconocerlo, con lo que simplemente lo destapo para beber su contenido.

Como había esperado, otra fuente de poder nueva surgió en su interior, fue tan reluciente como las demás. Miró a Andés en busca de una explicación.

—El bronce busca alomancia —comenzó a decir —con él puedes detectar a otros brumosos cercanos quemando sus metales, inténtalo.

Calima hizo caso y quemó el metal, el cual no tardó en hacer efecto. De alguna extraña manera, ella comenzó a… ¿sentir sonidos?. Los percibía en varios lugares, pero podía notar como el más cercano provenía de Andés, como si de él emanase una vibración.

—Estoy avivando mi metal, lo que causará que suene un poco más fuerte —explicó Andés —puedes hacerlo también, si te concentras, serás capaz de apretar tu metal, haciendo que se queme más rápido, otorgándote más poder a cambio, a eso se le llama avivar.

Calima se concentró en su interior, sentía que era algo que ya había hecho. Comenzó a apretar esa fuente de luz, y a consecuencia, fue capaz de sentir las vibraciones con más fuerza, ella se volvió hacia Andés y le asintió.

—Como tu primera tarea, utiliza los pulsos y ve a buscar a alguien que te explique el funcionamiento de su metal, los pulsos deberían variar por habilidad según lo que escuche.

Calima abrió los ojos en sorpresa, ¿Quería que ella fuera a buscar a alguien

por su cuenta?, no podía hacerlo. Ella manipuló levemente los sentimientos de rechazo e impotencia de Andés.

Este hizo una mueca amarga, parecía haber entendido el mensaje.

— Tranquila, no te exigiremos nada exagerado —explico —mira, te daré uno gratis. Robby es un buscador, ese es el nombre de los brumosos del metal que estás quemando ahora, él se encuentra por allí —Andés señaló hacia el pasillo a la derecha —Tú ve y él probablemente empiece a hablar por su cuenta, finge que escuchas, luego te vas con otro y repites lo mismo, vamos.

Calima dudó un poco, así que se decidió en cerrar los ojos, y tomar fuerzas de su interior. Ella comenzó a caminar hacia el pasillo que le indicó Andés, escuchaba, o mejor dicho, sentía esos pulsos detrás de la primera puerta a la izquierda.

Al llegar hacia la habitación, entró inmediatamente intentando mantener sus emociones bajo control. Allí se encontraba el chico que había visto ayer, recordaba que se llamaba Robby, el joven llevaba anteojos y se encontraba en una silla de ruedas cerca de una mesa, escribiendo algo en unos papeles.

—Te olvidaste de tocar —indico Robby —Menos mal que sabía qué venias, porque podríamos habernos encontrado en una situación incómoda.

Calima se sonrojó, debió haber tocado la puerta, llevaba tanto tiempo en la calle que había olvidado los modales básicos. El chico se rió en voz alta.

—Lo siento, lo siento —dijo entre risas —era solo un chiste, ven, acércate un poco, que yo lo tengo complicado.

Ella caminó hasta Robby, el cual tomó su silla de ruedas y la giró hacia su dirección, ahora mirando a Calima de frente.

—Supongo que tienes bronce ¿Verdad?.

Ella asintió.

—Bien, no sé qué te habrá dicho el engreído de Andés —Dijo Robby, ubicando su libro a un lado —pero debes saber que el bronce es un metal bastante más peligroso de lo que parece a primera vista, ¿Lo estás quemando ahora?.

Calima negó con la cabeza.

—Tiene sentido, es molesto al principio, o al menos lo fue para mi, pero una vez te acostumbras, es como otro sentido extra que te da la habilidad de percibir a gente con poderes mucho más interesante. Claro, eso último no será un problema para ti, ya veo como dentro de dos o tres semanas estarás saltando por ahí, olvidándote de cómo era siquiera vivir sin alomancia.

Calima asintió nuevamente en entendimiento, no parecía ser complicado. ¿Realmente era normal acostumbrarse tanto a sus poderes?.

—Lamentablemente —comenzó a decir Robby, con una mueca en el rostro

—Ahora tendré que hablarte desde la total ignorancia —él procedió a tomar de su abrigo otro vial, extendiéndolo a Calima —Vamos, bebe esto.

Calima tomó el vial y se lo bebió, a este punto no tenía sentido observarlos de ante mano. Como era ya común, encontró otra fuente de poder al lado del bronce.

—Bien, ahora quémalo.

Calima hizo caso y comenzó a quemar el metal. De repente, sintió como los distintos pulsos de su alrededor se apagaban instantáneamente.

—Bien, ya no estoy sintiéndote —dijo Robby —eso significa que estás quemando cobre. Mi metal es la aleación de este, hace lo opuesto. Mientras que el bronce busca a personas utilizando alomancia, el cobre las oculta. Me dijeron que tenía que ser yo quien te enseñe sobre él, Manette no encontró ningún ahumador de confianza, a excepción de ti, claro.

Calima estaba un poco confundida, ¿Qué quería decir con aleación?. Ella miró a Robby, mostrándose extrañada, y él notó que la confusión en su rostro.

—Mmm, supongo que será difícil saber donde te perdí, dime, ¿fue algo que acabo de decir?.

Calima asintió.

—¿Cómo funciona el cobre?.

Calima negó con la cabeza. Robby pensó un poco más.

—¿Lo de la aleación?.

Calima volvió a asentir.

—Vaya, parece que te mandaron prácticamente a ciegas —dijo Robby, acomodando su silla para acercarse un poco más a Calima —ahora que lo recuerdo es verdad que ayer te desmayaste a mitad de la explicación.

Calima se volvió a sonrojar, bajando la cabeza en vergüenza.

—Tranquila, yo habría reaccionado igual, solo quizá con un poquito más de sarcasmo.

»Mira, deja que te lo explique, están los ocho metales alománticos, son cuatro base y cada uno con su aleación. Se dividen entre físicos y mentales.

Calima miró hacia arriba, intentando procesar la información, luego de unos segundos volvió a mirar a Robby, asintiendo.

—Los cuatro físicos son —continuo Robby — el estaño, junto a su aleación, el peltre, y el hierro junto al acero. Los mentales son, el zinc, junto al latón, y por último el cobre y bronce —terminó de decir Robby, señalando a sí mismo —Los brumosos de cada metal tienen un apodo en específico, por ejemplo, las personas que queman bronce, como yo, se le dicen buscadores, mientras que los que queman cobre, se les llama cabeza de cobre o ahumadores.

Calima memorizó los metales, ya había probado la mitad, aunque fuera en un

orden bastante desprolijo. En lo que a apodos respecta, recordaba que a alguien que quema zinc se le llamaba encendedor, no parecían muy difíciles de recordar.

—El metal base tira, y su aleación empuja —continuo Robby —si, no pongas esa cara, el cobre y bronce no son los mejores ejemplos para esa última parte, pero confía en mí, cuando pruebes los otros metales lo entenderás.

»Volviendo al cobre, este oculta el uso de la alomancia, como ya había dicho, causa que un buscador como yo no pueda detectarte, además, evita que seas afectada por la alomancia emocional, estos siendo el zinc y latón.

A Calima le asombró la forma tan casual de explicar aquellos detalles técnicos que tenía Robby, aun sin saberlo, ella tenía la sensación que estas cosas solían explicarse con más seriedad.

—Ahora, todos los metales se queman a velocidades distintas —prosiguió Robby —te darás cuenta cuando los estés consumiendo, y apaga tu nube de cobre, según entiendo también te dificultará a ti para encontrar a otro alomantico ¿Alguna pregunta?.

Bruma lo miró en silencio, como ya era común, y negó con la cabeza.

—Buena suerte —dijo, mientras volví a tomar las ruedas de su silla, girando en dirección a su escritorio —si tienes alguna duda, puedes venir aquí, me divierte eso de descifrar lo que quieres decir.

Antes de irse, Calima observó la mesa de Robby, esta tenía unos papeles, y en ellos parecían haber letras, rápidamente encendió la ansiedad de Robby, como si fuera un golpe rápido, cuando éste giró la cabeza hacia ella, Calima encendió su curiosidad, señalando los papeles.

—¿Eso? Solo son garabatos, estoy intentando aprender a escribir —Robby volvió a mirar los papeles —¿Esto.. te interesa?.

A Calima le sorprendió la pregunta, ¿Le interesaba?, realmente tendría que aprender a comunicarse, y entre escribir y hablar… ella asintió a la pregunta de Robby.

—Está bien —dijo Robby con una sonrisa —aunque lamentablemente yo no soy material de maestro, luego preguntaré si puedes unirte a las clases.

Calima volvió a asentir una última vez, y con eso, salió de la habitación.

Otros pulsos, otros pulsos… Se concentró en el que parecía más cercano. Caminando por el pasillo, ella intentó guiarse con la dirección de los pulsos, llevándola hasta una puerta, al abrirla, Calima pareció toparse con el exterior.

Un poco lejos, cerca del muro, vio a dos personas paradas conversando. Calima se acercó a ellas y fue capaz de reconocerlas a ambas, una era Dan, y la otra persona creía recordar que se llamaba Hef, Dan era el que estaba quemando el metal.

—Buenos días, señorita —dijo Dan, en un tono exageradamente cordial

—¿Dígame, durmió bien?.

Calima asintió, confundida.

—Dan, no le hables así —dijo Hef —me está dando grima hasta a mí y eso que te conozco.

—A mis hijas les hace gracia cuando les habló de esa manera —dijo Dan, este se volvió hacia Calima —Supongo que has venido a que te enseñe sobre el estaño, ¿verdad?.

Ella asintió cuidadosamente, Dan tomó un vial de su chaqueta y se lo entregó a Calima, ella lo destapó y se lo bebió. Descubrió que ya conocía este metal, fue uno de los que le dieron ayer.

—Como ya habrás descubierto —continuo Dan —El estaño aumenta todos tus sentidos, te permite escuchar conversaciones en habitaciones secretas o ver entre las brumas, si recuerdas bien, los brumosos de este metal se los llama ojo de estaño.

»Es un metal muy bueno para un guardia, probablemente nada te podrá atacar desprevenida. Lo llevas usando inconscientemente hace meses, por esa razón te manejas muy bien en las brumas de noche.

¿Era por eso? Es verdad que siempre sentía como por momentos las brumas parecían no ser tan espesas.

—Claro, tiene sus desventajas —dijo Hef —Como por ejemplo, el terrible hedor de la cocina de Sall te puede dejar desmayada, además que las luces y sonidos demasiado fuertes pueden hacer más que solo molestar. A Ute lo atraparon hace dos semanas por un sonido agudo, Dan y yo estábamos a dos calles de donde sucedió y aun así vi como este soldado quedó aturdido como si le hubieran gritado al oído.

—Ute fue el otro ojo de estaño que teníamos además de mí —aclaro Dan —Una lástima.

Al parecer los beneficios del estaño eran contrarrestados con sus desventajas, con lo que lo más sensato era mantenerlo apagado la mayor parte del tiempo.

—Como te dije ayer —continuó Dan —El truco es estar quemándolo todo el tiempo, y saber cuándo es conveniente dejarlo ir. Por fortuna el estaño es uno de los metales que más tarda en quemarse, así que te sugiero que lo mantengas prendido solo para que puedas acostumbrarte.

Vaya.

—Eso debería ser todo, ¿necesitas que te repitamos algo? —pregunto Dan.

Calima negó con la cabeza, no parecía muy difícil de entender.

—Bien, ahora su aleación —dijo Hef, este sacó otra botella de su uniforme, Calima bebió de su contenido, y ya acostumbrada, reconoció una nueva fuerza en su interior.

—Eso es peltre —continuo Dan —Las personas que lo queman suelen llamarse

violentos o brazo de peltre, nosotros tenemos a uno, pero… decidimos que era mejor si te enseñaremos nosotros. Vamos, quémalo.

Calima hizo caso y empezó a quemar la nueva fuente. De repente, dejó de sentirse cansada, además, se percibió más atenta, y con energía.

—El peltre mejora tus capacidades físicas —dijo Hef —O sea, es el metal que todo soldado le gustaría tener, tu piel se hace más dura y tu fuerza aumenta considerablemente.

Calima apretó su puño, noto como la velocidad de su agarre era más rápida de lo que debería, aumentando la agudeza de su control en todo su cuerpo. Visualmente, no había cambiado nada, seguía teniendo la misma apariencia, pero aun así sintió el aumento de fuerza.

Por curiosidad, avivó el metal, y el poder en su interior se disparó, tenía la certeza de ahora mismo tener la capacidad para trepar un árbol… si no le tuviera miedo a las alturas, o podría dar algunas vueltas a la mansión sin dificultad. Era una sensación muy reconfortante, quería quemarlo todo el tiempo posible, pero su euforia fue cortada abruptamente cuando comenzó a notar que el metal ya se había usado por la mitad.

¿Tan rápido?.

—Debería de darte un mejor equilibrio al correr y saltar —aclaró Dan —Además de ayudarte a sanar tus heridas más rápido, aunque cuidado con utilizarlo demasiado. Si no tienes cuidado, puedes resultar gravemente herida, pero eso ya te lo explicará Andés.

—Es uno de los metales que más rápido se quema —dijo Hef —Así que supongo que debería ser lo contrario que con el estaño, solo quémalo cuando sepas que lo necesitarás.

Vaya…

—Creo que ya entendió —concluyó Dan —Hef y Sall te pueden conseguir metales, si necesitas más, pideselos… o bueno, patéales la pierna.

—Una sonrisa basta, muchas gracias —replicó Hef.

Calima asintió, alejándose de Dan y Hef, mientras que ambos volvían a sus asuntos.

Comenzó nuevamente a buscar algún pulso cercano, pudo encontrar uno que parecía también encontrarse afuera, con lo que comenzó a caminar hacia esa dirección. Tuvo que rodear la mansión para encontrar el pulso, y eso le llevó unos minutos, al llegar sintió como el pulso estaba, ¿Arriba?.

—¡Eh niña! —dijo una voz. Calima miró hacia esa dirección. Era Dana, la mujer con la que había hablado más temprano. Estaba flotando, igual que antes, ¿Acaso su poder le permitía volar?.

Sin aviso previo, Dana comenzó a caer como si la fuerza que la impulsaba se hubiera desvanecido. Calima se echó para atrás del susto mientras el cuerpo de la mujer caía a toda velocidad hacia el suelo. Por fortuna, un instante antes de caer, Dana se detuvo a no más de un metro lejos del suelo, sonriendo mientras miraba a Calima.

—A que te asuste, ¿eh? —dijo ella mientras se acomodaba en el suelo.

Luego que la sorpresa de calima se desvaneciera, ella no pudo evitar sentir un poco de vergüenza.

—Chica, bienvenida al poder más genial de todos —dijo Dana mientras se acomodaba su abrigo.

Como ya era tradición, ella tomó un vial y se lo entregó a Calima.

—Vamos bebe —dijo Dana, emocionada —aunque cuidado con quemarlo antes de que te explique, te puedes lastimar —ella se arremangó un brazo, mostrando lo que parecía ser una cicatriz —Mira, esta me la hice al usarlo por primera vez, pero no te asustes, luego te enorgullecerás de estas cosas.

La cicatriz iba desde el antebrazo hasta el codo. A Calima le incomodo la herida, no llevaba bien la sangre, y esto era lo segundo que más se le parecía a ese temor. Aunque aquella mujer parecía no importarle.

Calima bebió del vial. Tenía un sabor, ¿Amargo? Maldición, sí que era amargo, áspero, sintió como la garganta le ardía ¿Qué demonios le había dado? No pudo evitar comenzar a toser.

—¡Ja ja ja! ¿Te gusta? —rio Dana en voz alta —ese es de los míos, yo bebo mis metales con vino del fuerte, me insisten que es peligroso, pero esos idiotas no sabrían empujar una moneda ni aunque se las insertará por el culo.

Calima se llevó rápidamente sus manos a las orejas, aturdida por el grito ¿Eso era vino? No podía parar de toser, el estaño parecía amplificar aún más esa sensación, además de que comenzaba a sentir mareada.

—Mmm, veo que no te está cayendo bien —dijo Dana —Por suerte estoy preparada —ella tomó otra botella, esta era grande y se la ofreció a Calima— Bebe un poco, esto es jugo de manzana.

Calima tomó desesperadamente la botella y comenzó a beberla. Nunca había bebido ningún tipo de jugo, con lo que no pudo evitar sorprenderse ante el dulce sabor refrescante de este.

—Este no te lo tenia que enseñar yo, pero agregue peltre a la bebida, según he oído te ayudará con el alcohol.

Calima notó como sus reservas de peltre aumentaron drásticamente, empezó a quemar con cuidado, y sintió como el ardor de la garganta disminuía considerablemente.

—Te lo explicaré por las dudas —comenzó a decir Manette —el único brazo de peltre que tenemos es Gabroil y según escuche casi te golpeo hasta la muerte. Fue así como rompiste ¿verdad?. Al punto, el peltre te hace más fuerte, además de darte estabilidad, que es ideal para lo que vamos a practicar en unos segundos. ¿Qué más…? Creo haber escuchado que si lo quemabas demasiado te morías.

Al escuchar eso, Calima apagó su metal inmediatamente, lo que causó la vuelta del ardor en su garganta.

—No… no no, creo que no era así —¿continuó Dana pensativa —Ah, sí, ya recuerdo, el peltre te cura, pero lentito, así que si se te termina mientras todavía tienes una herida mortal, pues se acabó… Creo… mejor pregúntale a un experto.

¿Podía creerle? Ahora que lo pensaba, los otros le habrían dicho si quemar el metal fuera realmente peligroso, ¿Verdad?. Calima comenzó a quemar nuevamente el metal, pero se esforzó en no apretarlo mucho.

Dana miró alrededor en busca de alguien observando, como si estuviera a punto de hacer algo ilegal.

—Bien —dijo ella, volviéndose hacia Calima —Mira, me dijeron que debía ir lento, ya que Andés te explicará las cosas complicadas más tarde. ¿Pero por qué ese aburrido se debe quedar con la diversión? Yo te enseñaré a usar el acero como se debe, y el hierro también.

Gracias a su estaño, Calima fue capaz de escuchar un pequeño golpecito desde el techo, ella giró rápidamente su cabeza hacia el lugar, una gran masa gris cayó desde arriba a toda velocidad, y se detuvo exactamente detrás de Dana, era Andés. Ella sintió el viento de la caída y se giró rápidamente.

—¡Eh, eh! ¡Maldición desgraciado, casi me matas del susto!— Grito Dana. Andés cruzó los brazos y la observó.

—Mira, no te necesitamos, así que puedes irte

—Seguridad —dijo él.

—¿Uh? ¿Seguridad de qué? —cuestiono Dana —yo lo tengo bajo control, con lo que deja de mirarme así… ¡Si ni siquiera ha sucedido nada!.

—Todavía —respondió Andés. Él se acercó a Calima y le entregó unos pequeños brazaletes de metal —póntelos —ordenó.

Ella obedeció y colocó los brazaletes en sus brazos.

—No me robarás la diversión —ordenó Dana —Mira niña. Deja que comience a explicarte.

Ella afinó su voz como si estuviera preparándose para un discurso.

—El Acero y el hierro son metales que, al consumirlos, tienen la capacidad tanto de empujar, y tirar de los metales cercanos. Cuando quemas acero, por ejemplo, puedes empujar una moneda muy lejos.

Dana procedió a tomar una de su monedero, apuntando hacia atrás, esta salió disparada desde su mano hacia la muralla, chocando contra esta.

—El hierro, por otro lado, es capaz de lo contrario, ya que al ser el metal principal, este tira en lugar de empujar —continuó Dana, golpeando una patada la pierna de Andés.

Calima notó como la misma moneda de antes comenzó a volver a toda velocidad, siendo atrapada por Andés.

—Ahora —prosiguió Dana —Te preguntarás por qué antes estaba volando, bien, esta es la parte divertida —Dana tomó otra moneda y la lanzó al suelo —Cuando empujas una moneda, lo haces utilizando tu cuerpo como peso, ¿Qué significa?, que al empujar algo más pesado que tú, o, que está siendo detenido por algo más pesado que tú, la energía del empuje va a devolverse hacia ti —repentinamente, Dana salió disparada hacia el cielo —Inténtalo.

Calima se sintió intimidada por la hazaña, ¿realmente tenía que llegar hasta allí arriba?.

—Primero practica con empujar una moneda —dijo Andés, ofreciéndole una. Ella asintió, eso era algo probablemente si podrá manejar.

Comenzó a quemar el acero, y fue capaz de notar como varias líneas azules salieron desde su pecho apuntando hacia varias direcciones, la mayoría de dentro de la mansión.

Tomando la moneda de la mano de Andés, Calima se concentró en el objeto individual, apartándolo de los demás y, apuntó comenzando a empujarla hacia la pared de la mansión. En consecuencia, la moneda salió rápidamente disparada de su mano, chocando contra la pared a toda velocidad, al impactar, Calima sintió como fue empujada hacia la dirección contraria, casi a la misma velocidad. Dejó de quemar el acero inmediatamente, y habría caído al suelo de no ser por el peltre, el cual parecía darle un buen balance que le permitió mover sus pies de una manera que jamás habría logrado sola.

—Bah, qué aburridos —dijo Dana desde las alturas —Vamos, inténtalo, si llega a suceder cualquier cosa, yo te atrapo.

Andés tomó un vial de su bolsa y se lo entregó a Calima.

—Esto es hierro —Aclaró Andés —de todos los ocho metales, este es el más fácil de entender con respecto a su aleación.

Calima tomó del nuevo vial y se lo bebió. Sintió la nueva fuente de poder al lado de la que estaba quemando. Creo *que ya lo entendí.* Ella se acercó a la moneda de la pared, la tomó en sus manos y la empujó lejos, se concentró en el hierro y comenzó a quemar. Enfocándose en la línea azul que indicaba la dirección de la moneda, concentrándose en atraerla. Esta salió disparada hacia ella. *Oh mierda.*

Gracias al peltre y estaño pudo saltar hacia un lado para evitar el repentino proyectil. Cosa que no fue necesaria, ya que Andés la atrapó con un sutil tirón.

—Parece que entendiste —dijo Andés, este lanzo la moneda a los pies de Calima —Empuja.

Calima abrió los ojos bien grandes, no quería hacerlo, la verdad tenía demasiado miedo a las alturas. Ella notó la presión en la mirada de Andés, con lo que comenzó a quemar su zinc y exponerlo a una fuerte sensación de miedo momentáneo. Andés frunció el ceño.

—¿Tienes miedo a las alturas? —pregunto.

Calima expuso una sensación de complacencia mientras asentía. Andés se llevó la mano al mentón, considerando qué hacer. Al cabo de unos segundos se acercó a la pared y de allí salió disparado hacia arriba, rápidamente se agarró al borde de la ventana del segundo piso, allí la abrió y entró a la mansión.

De allí se asomó hacia fuera.

—Haremos algo más fácil —él le mostró una moneda a Calima, y la soltó en el suelo del segundo piso —Si te concentras lo suficiente, puedes quemar el metal de forma lenta, de esa manera no te golpearás contra la pared al atraer la moneda que acabo de soltar.

No es tan alto… Pensó Calima. Intentó quemar lentamente el hierro tal y como le habían dicho. Se limitó a visualizar el poder como su brazo, e intentando flexionar los dedos imaginarios, se concentró en la línea azul que estaba a los pies de Andés.

Calima sintió como lentamente su cuerpo era atraído hacia la pared, obligándola a caminar hacia esta. Intentó ubicar un pie el muro, pero no dio resultado, ella no sabía escalar después de todo.

—Empuja la moneda de Dana mientras te atraes a esta —sugirió Andés.

¿Podía hacer eso? Calima decidió intentarlo. Concentrándose en el acero, comenzó a empujar la moneda que estaba a sus pies de la misma manera que tiraba de la de arriba. Ella se sorprendió al ser elevada como si hubiera pegado un gran salto, dejando escapar un pequeño grito.

De alguna manera no se sentía mareada, las alturas siempre solían retorcer su estómago, pero ahora podía sentir como esta vez no era el caso.

Mientras la moneda de arriba la atraía hasta la pared, la de abajo la elevaba, con lo que utilizó sus manos para apartarse del muro y subir sin problemas. No se había elevado tanto, solo unos cuantos metros, los que fueron suficientes para poder ver que la ventana se encontraba casi a su alcance. Con lo que Calima extendió su brazo y se agarró del borde, gracias al peltre no fue demasiado complicado entrar.

Dana descendió de su empuje hasta estar fuera de la ventana.

—Maldición —dijo Dana desde afuera —Esta debe ser la primera vez más

triste de un alomantico que jamás haya visto en la vida, cuando descubrí mis poderes, yo ya estaba dando saltos desde el primer minuto.

—No todos disfrutamos de un brazo roto —respondió Andés, éste se acercó a la ventana y se volvió hacia Calima —Ahora vamos con un empuje fácil.

Tras salir por la ventana, Andés quedó parcialmente suspendido en el aire, solo sostenido por un pie que se encontraba apoyado en el borde.

—Ahora acércate —dijo.

Calima se acercó, asomándose por la ventana, no era tan alto, le costaba creer que acabase de subir eso, pero aun así… Ella se armó de coraje y comenzó a empujar levemente la moneda del suelo.

—Te asustas demasiado —dijo Dana, que estaba al lado de Andés —Tu cuerpo se acomoda solo, con una moneda es suficiente para mantener el equilibrio.

Confiando en las palabras de Dana, Calima se dejó caer un poco mientras solo empujaba la moneda. Se encontró que estaba suspendida en el aire a varios metros del suelo, sentía como a pesar de balancearse un poco de un lado a otro, su cuerpo se las arreglaba para deslizarse para los lados. Se atrevió a empujar un poquito más fuerte, no sin antes revisar que no tuviera el techo por encima de su cabeza.

Comenzando a ascender con rapidez, Calima logró llegar hasta el techo, para este punto debería estar sintiendo vértigo, pero seguía sintiéndose cómoda, ¿acaso el peltre tenía que ver en eso?, de cualquier manera, eso no lo hacía mucho menos aterrorizante.

Calima vio como Dana comenzó a elevarse hasta llegar a su lado.

—¿Y bien? A que es genial —dijo Dana —Ahora intentemos algo más divertido —tomando un puñado de monedas de su bolsa, las arrojó por todo el techo —Es muchísimo más fácil manejarte con más anclas. Ah, sí, casi me olvido de explicarte, los anclajes son los trozos de metal de donde tiras o empujas para moverte. Ahora, si empujas un ancla se encuentra detrás de ti, eso te enviará hacia delante, si empujas una que debajo, te enviará arriba, el truco se encuentra en ir lanzando monedas hacia delante mientras te mueves, creando nuevos anclajes, por eso nos llaman lanzamonedas.

Calima asintió a la explicación, pero sentía que no podía arriesgarse a tanto, ¿Y si fallaba la dirección en la que se movía y caía hacia un lado?. Comenzó a usar zinc para hacerle entender a Dana el miedo que tenía, con un poquito de inseguridad, haciéndolo con un pequeño estallido como había hecho con los demás.

—¡Ah! —grito Dana —¿Era eso alomancia emocional? Tampoco hace falta que te la explique, parece que la tienes dominada. De igual manera, lo único que debía enseñarte era como funcionaba el acero y hierro, vamos, bajemos.

Dana prácticamente se dejó caer, disminuyendo la velocidad antes de caer al

suelo, *¿Eso es lo que quieren que aprenda?*.

Comenzó a concentrarse para apagar levemente su metal lo suficiente hasta llegar al techo, y de allí se dejó caer, mientras estaba agarrada de la cornisa, hacia la ventana, entrando por ella lo más rápido posible.

Andés ya se había ido.

—Podría haber salido mejor —dijo Dana, entrando por la ventana y llevándose las manos a la cintura —Supongo que terminamos por hoy. No te mentiré, para un lanza monedas es un inconveniente tener miedo a las alturas, pero estoy segura de que lo solucionaras.

Dana le dio una palmada rápida a la espalda, la cual se sintió como un latigazo gracias al estaño. Calima dejó de quemarlo, ya no era capaz de soportar aquellos dolores sorpresa.

—Yo tengo que ir a mi trabajo, así que nos vemos luego —Dana volvió a salir por la ventana, dirigiéndose hacia la muralla con saltos usando monedas, como le había dicho antes.

Capítulo 5

Calima volvió a concentrarse en su bronce, esta vez solo podía sentir un puñado de pulsos, el más cercano se encontraba en el piso de abajo, con lo que comenzó a dirigirse hacia él. No pudo evitar perderse de camino hacia las escaleras, los pasillos resultaban ser casi idénticos, y el sitio se alargaba más que una calle entera de la ciudad.

Una vez abajo, encontró a Andés, quien estaba hablando con Manette, ambos se giraron al verla. Andés procedió a irse caminando hacia otro lado, y al intentar seguirlo, Manette le hizo una seña a Calima para que se acercara.

—Supongo que no fue tan difícil, ¿Verdad? —pregunto Manette —Fren es una persona demasiado ocupada, es el único encendedor de confianza que encontré, así que no podrá enseñarte. Por fortuna la alomancia emocional es algo de lo que conozco de sobra.

Manette tomó dos frascos de uno de sus bolsillos y se los ofreció a Calima, quien se los bebió inmediatamente. Uno de los poderes ya lo conocía, era el zinc, y junto a su lado, logró noto la otra fuente de poder.

—Zinc y latón, encendedores y aplacadores —Explicó Manette —como ya he dicho, con el zinc puedes encender las emociones de las personas y ser capaz hacerles sentir cosas que no estaban sintiendo en ese momento, tirando de sus emociones. Mientras, con el latón, las empujas, aplacándolas. Puedes, por ejemplo, disminuir el miedo de alguien asustado, o la ira de otra persona enfadada, inténtalo.

Calima se concentró, intentando aplacar levemente el sentimiento de paz e indiferencia de Manette, ella abrió los ojos, notando el súbito cambio, y observó hacia adelante, asintiendo.

—Como ya has visto, puedes encender o aplacar las emociones y pasiones de las personas —Explicó Manette —excepto cuando se trata de alguien que puede quemar cobre. Como Robby ya te habrá explicado, los ahumadores pueden ocultar a cualquiera quemando metales, pero además, ellos también tienen la capacidad de no ser afectados por la alomancia emocional. No tenemos a nadie para probarlo ahora mismo, pero si quemas cobre mientras te intentan aplacar o encender, no te afectara, lamentablemente solo funciona contigo y no con las personas que están dentro de tu nube.

Calima asintió, ¿No le había dicho que eran nueve metales?, aunque se refiere a los que le enseñaron como «Los metales básicos», probablemente hay algunos más avanzados o complicados de entender, con lo que es mejor no conocerlos por ahora.

—Ya casi es hora del almuerzo —indicó Manette —puedes estar mas tranquila,

normalmente no hay casi nadie en la mansión a estas horas, vamos nuevamente al comedor, así te puedo explicar a qué nos dedicamos exactamente.

Ambas se dirigieron hacia el comedor, que se encontraba a solo dos puertas del lugar, y allí solo se encontraban Hef y otro miembro que no había visto antes.

—Buenas jefa, ¿hoy no sales? —preguntó Hef.

—No, todavía hay que explicarle a Calima que clase de banda somos —respondió Manette.

Al llegar a la mesa, ella le ofreció una silla a Calima, la cual aceptó.

—Voy a revisar si hay algo que puedas ir comiendo —dijo, dirigiéndose a la cocina.

Calima vio cómo el hombre que se encontraba al lado de Hef la observaba, tenía una mirada intensa.

—Ah, Calima —dijo Hef desde el otro lado de la mesa —Este es Donny, descubrirás que tendrán mucho de lo que hablar.

El hombre saludó con la cabeza.

—Le cortaron la lengua hace ya algunos años —dontinuó Hef —Si quieres metales, también se los puedes pedir a él, lo que me recuerda —Hef sacó una hoja de papel de su bolsillo y la paso por la mesa hacia la dirección de Calima, ella se acercó y tomó la hoja, la cual tenía símbolos de arriba hacia abajo que no podía entender —Cuando me pidas metal, señalemelo en la lista, el orden es, estaño peltre hierro acero y zinc latón cobre bronce.

Calima observó la hoja detenidamente, tendrá que memorizar el orden más tarde. Manette entró nuevamente al comedor, parecía traer dos canastas con algo que parecía pan.

—Estafadores —dijo, mientras dejaba la canasta en la mesa —Nos dedicamos a engañar a las personas para que nos den dinero, o los medios para generarlo.

—Eh, pero estafamos a los malos —replicó Hef.

¿Estafadores?... calima se sorprendió por la naturalidad con la que afirmaban esa profesión, más aún teniendo en cuenta lo amables que han sido con ella.

—Hace unos pocos años —continuó Manette —La familia de Grabroil, el hombre con el que estaba cuando te conocí, fue asesinada, y él quedó en la ruina absoluta. Cuando lo encontramos hicimos un trato, a cambio de que podamos usar su nombre y vivir como nobleza, le conseguiremos nuevos tratos que le devolverán el estatus de noble relevante.

El hombre de antes era noble... eso explicaba su actitud.

—Así que convencimos a toda la nobleza local que la mayoría de los miembros de la casa Doulin seguían con vida, y agregamos también que tenían un nacido de la bruma.

»Una vez consigamos un contrato que nos ponga en el mapa, además de verificaciones oficiales que nos marquen como nobles, podremos comenzar a expandir los negocios.

—Aunque para eso tendremos que eliminar a aquellos que mandaron asesinos para matar a los Doulin —agregó Hef —Además de silenciar a cualquier testigo que pueda identificar que no somos nobles, no es tarea fácil.

Calima consideró lo que acababa de escuchar mientras comía un poco del pan que le había dado Manette. Notaba cómo quemar su estaño aumentaba el gusto, con lo que pudo experimentar con más fuerza el sabor del pan.

¿Hacerse pasar por nobles? Sonaba como algo extremadamente peligroso, si no imposible, de seguro Lord Legislador se enterará tarde o temprano de algo como esto, pero al mismo tiempo…

Sall entró desde la cocina, llevando una olla, y la ubico en el centro de la mesa, no tardó en volver a la cocina y regresar, llevando platos y cubiertos para repartir. Tomó uno y con un cucharón dentado empezó a quitar de la olla lo que parecían unos hilos largos y grasientos, sirviéndolos en los platos.

—¿Fideos de terris?, con eso ya sabemos que Sall no fue quien cocinó —comentó Hef.

—Son unos desgraciados —replicó Sall —Solo cocine una vez y ya me tienen mania.

—La mitad quedamos en cama —respondió Hef.

Le sirvieron un plato a Calima, el calor del vapor le ardía, con lo que volvió a dejar de quemar su estaño.

Otro hombre entró por la puerta de la cocina, era Gabroil, llevaba cuatro platos en ambos brazos y los dejó sobre la mesa, estos estaban llenos de carne cortada en trocitos y algunos vegetales.

Las personas en el comedor comenzaron a tomar algunos trozos de comida de los platos y se los sirvieron en los fideos.

—Ni siquiera se molestaron en lavarse las manos, son como cerdos —gruñó Gabroil, éste miró a Calima con el ceño fruncido —Tú, esto es comida de terris, sírvete lo que te plazca en el plato y mézclalo con los fideos.

Calima le hizo caso y tomó algunas cosas de los platos y se las sirvió.

—Como te decía —continuó Manette —Parte de nuestro plan consiste en que nos teman, y con eso debemos aparentar tener a un nacido de la bruma. Andés hace un buen trabajo, pero sigue faltándole el resto de las habilidades alomanticas, no será capaz de cumplir el papel para siempre, y aquí es donde entras tú. Necesitamos que ayudes a Andés a engañar a las otras casas, ocultarlo con cobre, lanzar monedas,

entre otras cosas. No te mentiré, es peligroso, puedes no hacerlo si quieres, por fortuna tienes alrededor de ocho roles en los que te puedo meter.

—Siete, nos sobran ojos de estaño —Aclaró Hef rápidamente.

—¿Encontraste otro sin que me enterara? —¿Pregunto Manette?.

—No, Dan es tan bueno que vale por dos, y Gune tiene los sentidos muy afinados.

—El punto es —continuo Manette, volviéndose hacia Calima —puedes elegir, dime, ¿Estás dispuesta a arriesgarte?.

Todos en la mesa se concentraron en sus platos, parecían tan despreocupados, a pesar de su objetivo imposible, ¿realmente se arriesgaría por una banda así?. No, ellos no eran el problema, Calima no tenía el estómago para robar y estafar, lo más probable es que si volviera a las calles, no tardaría en morir por cualquier cosa aun con su conocimiento en alomancia, con lo que si iba a comprometer su moralidad, que al menos fuera con gente que pareciera de fiar.

Calima asintió con una leve sonrisa, no tenía mucho que perder después de todo.

Las brumas comenzaron a salir.

Calima se encontraba esperando cerca en la entrada de la mansión. Gracias al estaño, era capaz de ver claramente en la noche a través de la espesa niebla. Era extraño, le asombraba ser capaz de ver su entorno, pero ya sentía familiar esa sensación, después de todo, caminar entre las brumas no era nuevo para ella.

Le habían conseguido ropa nueva, ya casi había olvidado lo que era estar cómoda, no era nada espectacular, claro, pero seguía agradeciendo los pantalones.

Andés salió por la puerta, seguía teniendo puesta su capa extraña, este se acercó a Calima y la observó. Al cabo de un momento, tomó un pin metálico de su bolsillo y lo insertó en parte de la ropa de Calima.

—Sígueme —dijo en voz baja, comenzando a adentrarse entre las brumas.

Calima lo siguió, ¿qué pretendía hacer?. Andés era la persona más diferente de toda la banda, era callado, directo, y aun con el poco tiempo que había tenido para conocerlo, ella podía asegurar con certeza que no era alguien que disfrutaba de los chistes.

Llegaron hasta la pared del exterior, Andés se volvió hacia ella y le lanzó una

bolsa. Calima no encontró problemas en atraparla, parecía estar llena de monedas. Andés lanzó una al aire, en dirección a la cima del muro. La moneda aterrizó encima de la almena, anclándose en un desnivel. Andés se pegó al paramento, ubicando un pie en el costado, y dejándose caer de espaldas, se atrajo a toda velocidad hacia la moneda, subiendo la muralla en un instante.

—Sube.

Calima dudó un poco, la lección de hoy ya la tenía cansada, con lo que respiro hondo, tomó una moneda de la bolsa y la lanzó al suelo para comenzar a empujarla de a poco, impulsándola hasta la cima de la pared. Estuvo a punto de resbalarse, pero Andés la tomó del hombro, evitando que cayera.

Él no le dirigió la palabra, se lanzó hacia el suelo del exterior, y una vez fuera, simplemente observo a Calima en silencio. Ella entendió su mirada y lanzó una moneda entre sus pies y otra debajo del muro, las cuales utilizó para deslizarse de a poco hasta llegar al otro lado. Había dejado de empujar demasiado pronto, pero por fortuna el impacto fue insignificante gracias al peltre.

Al ver que ella había bajado en una pieza, Andés le dio la espalda y comenzó a caminar, alejándose de la Mansión. Calima lo siguió, tal y como había ordenado, ¿qué era lo que pretendía hacer?.

Andés continuó caminando en silencio por varios minutos. Ambos descendieron por la colina hasta llegar a la ciudad. Allí Calima se sorprendió por la vista de las calles, estas durante el día se encontraban abarrotadas de personas, mientras que ahora estaban totalmente vacías. El ruido urbano había desaparecido por completo, ocupado por un silencio que ni siquiera su oído aumentado podía llenar.

Era como otro lugar, otro espacio, como si acabase de entrar a otra realidad, la cual siempre se encontró escondida delante de sus ojos. Claro, siempre era silencioso durante la noche, pero esto era diferente, ahora con el estaño podía ver el vacío absoluto que contenía la ciudad cuando anochecía.

Su mente dejó de divagar al ver que habían llegado a la zona más poblada de la ciudad. Ahora que podía ver la geografía más a detalle, noto que la mansión de la banda se encontraba cerca de un risco, muy alejada de los edificios. Desde allí puedes ver a casi cualquiera subiendo la alta colina.

Al volverse hacia Andés, noto que ya no estaba, de alguna manera había desaparecido sin hacer ningún ruido.

Calima se desesperó, ¿Cómo había hecho para desaparecer mientras ella quemaba estaño?, lo único que escuchaba era el sonido del leve viento, además de los regulares rechinidos provenientes de las casas cercanas.

No sabía qué hacer, ¿La había abandonado? ¿Así de simple? Sentía como el

aliento se le escapaba de sus pulmones ¿Qué hacía? ¿Lo esperaba? ¿Volvía?.

No, Se dijo a sí misma, *Concentrate.*

Respiró hondo e intentó pensar, ¿Por qué se iría sin decir palabra?, iban a entrenar el uso de la alomancia, o al menos eso suponía. Calima recordó los poderes que poseía y quemó bronce, de allí no tardó en sentir el pulso de Andés, estaba encima de un edificio, y parecía seguir alejándose.

Calima se tragó su miedo a las alturas, concentrada en sólo mirar hacia arriba, y lanzó tres monedas al suelo, empujándolas con fuerza. Temía desviarse y golpearse contra las paredes, pero no fue el caso, podía notar como su cuerpo mantenía el equilibrio al empujar.

No tardó en llegar al techo del edificio. De alguna manera, la vista fue aún más espectacular. Los edificios se alzaban a diferentes alturas, las fábricas y las mansiones creaban un decorado vertical con los desnivelados de sus techos, las variaciones de tamaño parecian ser rampas y escalones por los cuales correr.

Calima decidió dejar de perder el tiempo, y comenzó a correr hasta alcanzar a Andés. Al llegar usó su zinc y le dio un golpe de frustración.

Andés se giró y la miró.

—Los Lountt están comenzando a expandir los rumores de que no tenemos nacido de la bruma —dijo, ignorando el regaño —con lo que nos infiltraremos en la fortaleza Moigner a robar.

¿Qué?, Pensó Calima, sorprendida. *Pensaba que solo íbamos a practicar ¡No estoy preparada para algo como esto!.*

Calima encendió con un golpe la duda de Andés, con una pizca de curiosidad aplacando levemente la determinación.

—Tranquila, son de las casas más débiles —dijo, sin ayudar a su preocupación —yo ya me he infiltrado antes sin utilizar alomancia, tú hazme caso al pie de la letra y no te alejes de mí y recuerda mantener tu cobre siempre encendido para ocultarnos.

Estaba nerviosa, pero Calima decidió confiar en su palabra, encendiendo satisfacción y aplacando el miedo, Andés la miró y asintió.

Lanzando una moneda al suelo, él se colgó por el borde con sus brazos y atrajo levemente el metal mientras se impulsaba con sus piernas hacia abajo.

Calima miró el vacío por el cual Andés había bajado, y supo de inmediato que no sería capaz de seguirlo, con lo que se limitó simplemente a alejarse del borde, aterrorizada.

¿Cómo bajaría ahora? No podía, aun cuando el peltre eliminaba su sensación de vértigo, la imagen de ella descendiendo desde tanta altura la paralizaba. El hecho de que Andés se hubiera alejado tampoco era de ayuda. Ambas ideas chocaban entre

sí, el saber que no tenía la forma de bajar, y la idea de que se quedaría totalmente sola allí arriba, sino se movía de una vez.

El pulso de Andés no tardó en volverse a acercar. Vio como este escaló la cornisa con facilidad, utilizando como anclaje la moneda que había dejado al descender.

Andés la observo por unos segundos, y sin decir palabra, camino hasta otro borde del edificio, deteniéndose y haciendo una señal a Calima para que se acercase.

Ella lo siguió, y desde allí pudo ver como el edificio estaba pegado a otro, cuyo techo se encontraba mucho más cerca. Andés descendió utilizando el mismo método de antes, y una vez abajo lanzo varias monedas en el suelo.

Calima se concentró otra vez en lo que había aprendido esta mañana, esta situación no era tan distinta como la de la mansión. Sentándose en el borde, ella se concentró levemente en las monedas que había ubicado Andés, comenzando a descender, procurando solo mirar hacia arriba.

Andés volvió a caminar, hasta otro techo, y volvió a repetir la acción. Calima lo siguió de nuevo, esta vez un poco más confiada al poder ver el suelo mucho más cerca que antes, bajando con mayor rapidez.

No tardaron en llegar nuevamente al suelo, en donde Calima pudo notar que ahora se encontraba en la zona más adinerada de la ciudad. Ella nunca había estado allí, las casas parecían más únicas y mejor cuidadas, los techos estaban preparados para aguantar la lluvia y las calles estaban ordenadas de forma mucho más organizadas.

Mientras avanzaba, notaba como Andés dejaba monedas en lugares oportunos mientras la esperaba. A Calima le incomodaba verlo derrochar dinero de esa manera. Conociendo los nuevos usos que tenía el metal, ella era capaz de entender que este estaba siendo usado de manera eficiente, pero seguía revolviéndole el estómago al verlo tirar en segundos una cantidad de dinero suficiente como para alimentarla una semana.

Andés se detuvo y esperarla de nuevo, no la presionaba, pero tampoco la aconsejaba, él simplemente se limitaba a alejarse, y a esperarla una y otra vez. Calima no había tardado en deducir que él la estaba probando, analizando cuánto podía ella manejarse por su cuenta.

Al cabo de varios minuto Andés se detuvo y sacó tres viales de su bolsillo, tomó dos de ellos y se los bebió de un golpe, y al momento en el que Calima llego junto a él, este le ofreció el tercero.

—Este es tuyo —dijo.

Calima tomó el vial y se lo bebió. Pudo sentir como todas sus fuentes de poder se recargaron de forma significativa.

—Nuestro objetivo es ese edificio de allí —dijo, señalando a la distancia.

Calima observó a la una pequeña fortaleza, sus muros eran altos, pero al momento de avivar su estaño, noto que estaban hechos de madera, además, pudo visualizar algunos guardias caminando por encima de los muros.

Solo fue capaz de aguantar unos pocos segundos con su estaño avivado antes que el frío comenzase a ser insoportable, así que lo apago. Al hacerlo se encontró con un muro gigante de bruma, no podía ver ni siquiera lo que estaba a sus pies, lo único capaz de ver eran las varias líneas azules saliendo de su pecho debido al hierro y acero.

Calima se acercó y encendió la curiosidad de Andés, este se giró, y ella le hizo una seña a los ojos y oídos mientras encendía aún más fuerte la curiosidad.

Andés tomó su bolsa, de la cual Calima podía ver muchas líneas azules, y de allí vio cómo de esta sacó una bolsa más pequeña. Él la abrió y de allí pareció sacar un poco de ¿Arena?, no, con el estaño distinguió que era metal.

—Polvo de hierro —aclaro —tengo un poco de tu ropa cubierta con esto, no puedo ver la fortaleza a lo lejos, pero sé que está allí, tengo toda la zona desperdigada, lo que me ayuda a hacerme una imagen de la geografía en las cercanías. Necesitas practicar mucho para notar el conjunto de líneas pequeñas.

Calima sólo podía verlas al encender su metal, y si se concentraba en una zona en la que sabía que contenía aquel polvo de hierro.

—Ahora —continuo —enciende el cobre y no te separes, estamos a rango de los buscadores, intentaré ir lento para que me sigas el paso.

Luego de eso, Andés se abalanzó hacia un edificio que no era tan alto. Calima lo siguió, subiendo al edificio hasta llegar al muro de la fortaleza. Una vez ella llegó a su lado, Andés comenzó a atraerse lentamente a varios trozos de metal al azar que se encontraban arriba, deteniéndose lo suficientemente cerca como para esperarla.

Calima lanzó una moneda al suelo y se elevó a su lado, con el cobre ardiendo. Andés se detuvo y la observó.

—Mantén encendido mi temor de forma leve —dijo —pero aplaca el miedo. Si ves o escuchas a alguien con tu estaño, cambia solo a sorpresa en un instante.

Ella hizo caso y se concentró en darle una pizca de temor, pero aplacando el miedo, tal como había pedido. Eso lo dejaría preocupado, afinando levemente el sentimiento de alerta.

Se encontraba nerviosa, esto era mucho más alto que el primer edificio al cual había subido esta noche, y aunque sus reservas de metales se encontrasen completas, aun de forma irracional, tenía la sensación de que sus poderes desaparecen por alguna razón misteriosa.

Andés la observó, y al elevarse unos pocos metros más, él tomó un gancho de

su bolsa y lo lanzó hacia la cima del muro. Una vez asegurado el agarre, él entregó una parte de la cuerda a Calima y ambos comenzaron a escalar. Seguía utilizando la alomancia para subir, pero tener ese seguro extra era mucho más reconfortante.

No tardaron en acercarse a la cima, con lo que Andés se detuvo, a unos pocos metros de esta.

—Recuerda encender si ves a alguien —susurro Andés lo más bajo posible. Calima encendió la sensación de entender.

Ambos entraron a la fortaleza, comenzando a caminar por el suelo de madera. Andés volvió a tomar el hierro de su bolsa y empezó a desperdigar un poco del polvo junto a alguna moneda oportuna mientras deambulaban.

Él se detuvo, girando su cabeza a unas bisagras de una ventana que se encontraba varios metros encima de él. Comenzó a atraerse a varios trozos de metal en esa dirección, utilizando sus piernas para separarse de la pared, pareciera que estuviera caminando agachado sobre ella.

Calima pegó un empujón de acero para seguirle el paso y mantenerlo en la zona de su cobre, todavía no estaba del todo segura del rango de aquella nube, con lo que confiaba que Andés sí.

Al llegar hasta arriba, Calima escuchó que había alguien al otro lado de la ventana, encendió la sorpresa de Andés, tal como le había dicho, y este se detuvo en seco, apegándose a la pared. Calima mantuvo la sorpresa hasta que el guardia se marchó.

Andés rápidamente ascendió y observo por la ventana, mientras el guardia giraba por la esquina.

—Mata brumosos —susurro —No llevan metal encima. Son un grupo de élite especializado en combatir a gente como nosotros. Últimamente parecen que están en todos lados.

Con un tirón de hierro abrió la ventana, entrando de un salto silencioso. Calima lo siguió mientras se adentraba en la fortaleza. Podía ver a detalle la precariedad de la estancia, la piedra se encontraba maltratada, había faroles caídos y todo estaba lleno de polvo.

Escuchaba los pasos a la distancia de los distintos guardias, por fortuna era capaz de notar como Andés era sigiloso con sus pisadas, llevaba unas tiras de tela y algodón en sus pies como si fueran calcetines.

Llegaron hasta una puerta, a la cual Andés se acercó, tomó un frasco de su bolsa y volcó una pequeña parte del líquido en las bisagras, para luego entrar en la habitación.

—Vigila que no llegue nadie —susurro.

Calima se quedó fuera de la puerta, esperando. El lugar era oscuro, lleno de un

silencio solo interrumpido por el paso de la guardia en la lejanía, y al notar que no estaba en un peligro inmediato, no pudo evitar comenzar a pensar.

¿Qué demonios estoy haciendo?. Después de tanto tiempo, su mente terminó de procesar la situación en la que se encontraba. *No estoy para nada preparada para algo así ¿Qué pasará si los descubren? ¿Andés espera que pelee?.*

El temor comenzó a recorrer su mente, se había dejado llevar demasiado, estaba de acuerdo en ayudar a esta banda a fingir ser su nacida de la bruma, pero eso no significaba empezar a actuar como una desde el primer día.

Calima pegó un brinco cuando Andés salió por la puerta.

—Vamos —susurro.

Ella lo siguió por inercia, pero por dentro era un manojo de nervios. Llegaron hasta otra puerta, allí Andés volvió a aplicar el líquido, abriéndola.

—Te toca —dijo él.

¿Eh?. Calima lo miró confundido.

—Ve y fíjate si encuentras algo interesante.

De alguna forma, esa orden sonó mil veces peor que quedarse vigilando ¿Que encontrara algo? ¡Pero si no sabía qué buscar!. Calima tragó saliva y se forzó a entrar a la habitación.

Parecía ser un pequeño dormitorio casi vacío, allí había cajones y una cama, a la cual se acercó, no parecía haber nada entre las sábanas. Camino hasta los cajones y abrió uno, allí solo encontró ropa y algunos pequeños accesorios como pendientes y anillos. Cerró el cajón y salió hacia fuera de la habitación.

—¿Nada? —preguntó Andés.

Calima negó mientras encendía rechazo.

—Allí hay anillos y pendientes —aclaró —¿no te intereso ninguno?.

Calima palideció un poco ¿Quería que robara? ¿En medio de este entrenamiento?. No pudo evitar sentirse un poco estúpida, ese era el motivo por el cual habían entrado.

Calima sintió como la realidad la golpeó como una bofetada, ahora era una criminal, una ladrona, aún cuando no había tomado nada. Desde que quedó en la calle siempre intentó buscarle la vuelta para sobrevivir sin tener que perjudicar a las personas, pero ahora no era diferente a los muchachos que la habían asaltado hacía dos días.

No. Se dijo. Debía mantener la compostura, quizá si aplacaba sutilmente a Andés…

—No pongas esa cara, solo es curiosidad —aclaro —Venimos a robar algo

específico, no se encuentra muy lejos. Para esta gente cualquier joya o ropa de un armario no tendrá mucho valor, pero si sientes que te pondrá tensa entonces es mejor si no te llevas nada.

Él comenzó a caminar de nuevo, Calima lo siguió mientras intentaba racionalizar lo que hacía. Desde pequeña le habían enseñado que la nobleza solía ser cruel con los skaa, siempre había oído hablar sobre las historias de horror proveniente de las plantaciones, pero aun así la idea de dañar a los nobles no le hacía sentir mucho menos culpable. De cualquier manera, debía obligarse a superarlo y no solo por el compromiso. Ya no quería volver a la calle, no tenía una forma de conseguir metales y aun si pudiera, ¿qué haría?, no tenía ni idea de qué hacer con esos poderes, y lo más probable es que el cantón de la inquisición terminase encontrándola si los utilizaba en público.

Andés fue abriendo toda puerta con la que se encontraban, dejando a Calima vigilando. Ella comenzaba a notar los grandes defectos en la seguridad, esta fortaleza era demasiado enorme para tenerla vigilada con tan pocos guardias, parecía hasta abandonada.

—Vámonos —dijo Andés mientras salía de una habitación.

Por fin.

Al parecer encontró aquello por lo que habían venido en primer lugar. Calima no estaba segura de que había conseguido, no tenía idea de que otra cosa de valor podía tener una casa noble, además de dinero y joyas.

Comenzaron a volver por donde vinieron caminando a paso rápido. Sentía como los nervios se la devoraban, podía escuchar algunos guardias no muy lejos caminando por lugares que habían recorrido no hace ni diez minutos, con lo que fueron obligados a tomar rutas distintas.

No tardaron en llegar hasta la ventana, todavía se encontraba abierta. Abajo, en la zona por la que habían llegado, Calima divisó a unos guardias asentados en el sitio, estos llevaban armadura. Ella intentó avisarle de los guardias con su alomancia emocional, de la misma manera en la que le había dicho.

—Los veo, llevan metal encima —susurro Andés.

Él procedió a dejar una moneda y descender por la ventana, manteniéndose a una distancia coherente de Calima, la cual intentó seguirlo, pero su miedo a las alturas atentaba con inmovilizarla en el sitio. Por fortuna, ella fue capaz de forzarse a no mirar hacia abajo mientras salía por la ventana, acompañando a Andés en el descenso.

Una vez abajo, Andés se detuvo y esperó. Calima se quedó a su lado, agachada, sabía que probablemente no la verían de pie gracias a las brumas, pero aun así no podía evitar querer esconderse.

Pasaban los segundos, y Andés se mantenía excepcionalmente quieto como si de una estatua de piedra se tratase. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? Ella a duras penas podía fingir que mantenía la compostura, el no haber nada de ruido sólo podía calificarse como un milagro.

Tras un minuto, los guardias se separaron y continuaron sus rondas, Andés le hizo una seña a Calima para que lo acompañase, llevándolos a ambos al borde, pero no comenzó a descender.

—¿Ves alguno sin metal encima? —susurro extremadamente bajo.

Calima ya no quería saber nada de esta fortaleza, estaba dispuesta a ignorar aún más su miedo a las alturas con tal de salir. Pero igualmente decidió hacer caso, y miró a su alrededor. Había un guardia en aproximadamente treinta metros, con lo que señalo hacia esa dirección.

—Sígueme —Andés comenzó a caminar. ¿No había dicho que los que no llevaban metal estaban entrenados para matarlo? —Cuando me vea, utiliza la alomancia emocional de la manera más obvia que se te ocurra, una vez lo derrote, nos iremos corriendo.

No tardaron mucho en llegar hasta el guardia, el cual se encontraba de espaldas. Andés dejó caer una moneda, y cuando el soldado se giró para observar el ruido, él estaba parado, quieto, observando al soldado sorprendido. Calima avivó sus metales y aplaco de un golpe la determinación y seguridad, mientras encendía el temor y la curiosidad.

El hombre retrocedió varios pasos del susto, pero Andés no esperó y desenfundo lo que parecía una espada de madera, golpeando la pierna del soldado. Este pegó un grito desgarrador que atravesó los oídos de Calima mejorados por el estaño. El guardia prácticamente se arrastró a toda velocidad mientras gritaba para que dieran la alarma.

Andés rápidamente se volvió hacia Calima y solo bastó su mirada para saber que debían irse.

Ella todavía se encontraba aturdida por la situación, no se esperaba que él atacase a un guardia de forma tan inesperada. Andés no perdió el tiempo y la tomó del brazo mientras dejaba caer algunas monedas. La arrastró hasta el borde del muro, saltando hacia fuera de la fortaleza.

Las campanas comenzaron a sonar, Andés se encontraba llevándosela a toda velocidad en picada al vacío, ella ya no podía seguir fingiendo.

Calima quedó totalmente paralizada mientras ambos caían. Ya no tenía ni idea de cómo seguir, la idea de morir de varias formas diferentes al mismo tiempo la estrangulaba, quitándole el aire.

No tardaron en llegar hasta las calles, en donde Andés los llevó hasta un

callejón por el cual ocultarse.

—Tranquila, ya no hay peligro —dijo, soltando a Calima para que caminase.

Ella estremecida por el miedo, No podía controlar su respiración, sentía como las manos le temblaban y apenas era capaz de mantenerse en pie. Ya había estado cerca de morir antes, pero no de esta manera, infiltrarse, esconderse, atacar a alguien, saltar al vacío. Estas eran cosas de las que no estaba preparada, y lo peor de todo, era su culpa, ella aceptó a esto, se había dicho que no sería un lastre, y aun así no podía evitar entrar en pánico, aun cuando todo ha salido bien.

—Tenía sobornado a la mitad de los guardias —dijo Andés repentinamente.

…¿Qué?.

La confusión comenzó a aumentar en Calima, que intentó contener su miedo para prestarle atención.

—Realmente podríamos haber entrado caminando por la entrada principal —continuo —conocía todas las rutas de vigilancia y solo asustamos a aquel guardia porque era de los pocos de confianza de lord Felinans.

Ella quedó sorprendida. ¿No había corrido peligro real?, además de usar el hierro y acero sin tener experiencia claro, pero comparado con el miedo a que la atraparan en mitad de la fortaleza, realmente parecía poca cosa.

—No te sientas mal por estar tan nerviosa —dijo —ese era el punto de que me acompañaras, necesitaba ver cómo te manejas en una situación tensa.

Andés la observó, podía notar como ella encontraba mucho más tranquila, pero eso no evitó que Calima le diera un golpe de frustración junto a una pizca de ira.

—Ya veo que te acostumbraste a manipular las emociones —dijo —si eres demasiado sutil no entenderemos qué nos quieres decir, así que ten eso en mente. Ahora vamos, todavía nos queda otra cosa que hacer.

Andés volvió a darle la espalda, comenzando a caminar en la oscuridad, tomando la espada de madera y usándola para tocar la pared. Ambos andaron un largo rato entre los callejones, hasta que llegaron a una calle angosta. Andés se acercó y comenzó a golpear lo que parecía ser la puerta de un edificio estrecho. Al cabo de unos segundos Calima pudo escuchar el rechinar de una ventana del segundo piso, un hombre viejo se asomó con una lámpara, dio un leve vistazo y la cerró. Con su estaño, ella pudo escuchar al hombre bajando las escaleras hasta llegar a la puerta, la cual abrió de inmediato.

—Pasa —dijo el viejo.

Andés le hizo una seña a Calima mientras entraba para que lo acompañase. Ambos siguieron al hombre adentro de la casa, el lugar parecía estar casi totalmente vacío, a excepción de piezas y trozos de metal y madera repartidos por todos lados. El viejo bajó unas escaleras las cuales se encontraban al lado de la puerta, allí abrió una

trampilla, y dentro se encontró lo que parecía una sala llena de artilugios extraños, había algunos escudos, ganchos, espadas, tanto de metal como de madera, un látigo, y otras armas que no sabía catalogar.

—Déjame ver —dijo el viejo, Andés tomó la espada echa de madera que tenía en el cinturón y la ubicó en la mesa.

—Ya veo el problema —dijo el viejo —aciertas demasiado, quizá si fallaras de vez en cuando estas cosas te durarán más. ¿Quién es la chica?.

—Consígueme una capa de bruma, más o menos de su tamaño —respondió Andés.

—¿Me ves pinta de sastre? Te puedo dar los restos que tengo por ahí.

—Mi encargo —reclamo Andés —Ya van dos semanas de retraso.

—No te molestes, lo que me pediste no es exactamente algo simple de hacer ¿sabes? —el hombre señaló una espada de la pared —Es esa, espero que te maten de una vez mientras la usas.

Andés caminó hasta la espada y la descolgó. Calima podía sentir como el filo de la espada tenía una placa larga de metal, de no ser por el estaño no podría haber distinguido que el resto era de madera. Andés se alejó un poco y comenzó a apuñalar el aire.

—Eh eh, que aquí no tenemos espacio —dijo el viejo —Si eso es todo lo que quieres, largarte de mi tienda.

—Polvo —ordenó Andés en tono exigente, mientras ajustaba la espada en la cintura.

El hombre se acercó hasta un cajón y le lanzó una bolsa a Andés. Este al la atrapo, y tomó su bolsa un puñado de cuartos, los cuales dejó en la mesa, para inmediatamente comenzar a marcharse hacia las escaleras.

—Volveré mañana por la capa —dijo Andés mientras se iba.

—Como de costumbre, es un asco hacer negocios contigo —dijo el viejo, guardando las monedas en un cajón.

Calima estaba confundida ante la situación, se apuró en seguir a Andés, que salía del edificio a toda velocidad. ¿Quién era aquel hombre?, una parte de ella deseaba simplemente preguntar, pero sabía que no lo haría.

Una vez fuera, volvieron a adentrarse en las brumas, Andés no le dirigió la palabra, simplemente se limitó a seguir el camino de vuelta en silencio, ella caminando a su lado, contemplando todo lo que había hecho hoy, y lo que vendría mañana.

Capítulo 6

Benelend a veces se preguntaba si era la única persona con sentido del humor en todo el mundo. ¿Cómo era posible que nadie se riera del accidente de caballos? ¡Había sido su padre quien lo había mandado a matar a todos esos skaa!, ¿y ahora se escandalizaba cuando elegía el método?. Seguramente buscaba que Benelend fuera sigiloso como su hermano, quien los habría matado por la noche, mientras se encontraban indefensos, ¿pero dónde estaba lo divertido en eso?.

De igual forma, lo habían vuelto a llamar para otro encargo, y esta vez debía asistir. Su padre descubrió que la última vez, Benelend había mandado a su hermano a hacer el trabajo. ¿Y cómo no lo iba a hacer? Daleneld podía encargarse de cualquier cosa. Si existía alguien tan hábil como él en el mundo, era su hermano.

Aterrizó en frente de su fortaleza, hogar de la casa Lekal en Luthadel. Con su acero empujó una pequeña campana que se encontraba en el interior de las paredes, y avisando a los sirvientes, que lo recibieron abriendo las puertas ante él.

Al entrar, Benelend fue recibido por su terrisana, Pathat.

—¿Cómo le ha ido en la fiesta, amo? —pregunto.

—Espectacular —contesto Benelend con una sonrisa —Delson casi se hace matar, lamentablemente su acompañante lo tomó del brazo antes de que cayera desde el balcón.

Los sirvientes skaa lo rodearon, y con cuidado le quitaron el abrigo que llevaba encima. A Benelend no le gustaba que lo tocasen, mucho menos skaa, pero su padre insistía que debía enseñar a todas horas quién manda.

—Su padre lo está esperando en su oficina —aviso Pathat.

—Muchas gracias —contesto Benelend, comenzando a caminar hacia las escaleras.

Una vez llegado a la oficina de su padre, Benelend se encontró con que Daleneld estaba esperando afuera.

Ver a su gemelo en el rostro era siempre como mirar en un espejo, si el espejo estuviera cubierto de una capa de bruma negra, te mirara mal y pareciera que estuviera a punto de decirte «te voy a matar».

—¿No llegó el viejo todavía? —preguntó Benelend.

—Dice que esperemos fuera hasta que nos llame —contestó su hermano.

—Bien, avísame cuando nos necesite —dijo Benelend, comenzando a caminar hacia la dirección contraria.

—No seas desgraciado —dijo Daleneld —es importante, y no seré yo quien me trague sus gritos.

—Entonces dile que aprenda a valorar mejor el tiempo de los demás —replico Benelend.

Benelend se quedó en el sitio, realmente no tenía ganas de discutir con su hermano. ¿Por qué era siempre tan serio?, aun desde pequeños, siempre hacía lo que su padre le ordenaba. Esa era la razón por la cual no lo había asesinado a su padre todavía, sabía que su hermano se oponía a la idea, y por mucho que quisiera tener el control de la casa, no valía el hecho de que tendría que pelear con su hermano por eso.

—Deberías de dejar de golpear a nuestros skaa tan a menudo —dijo Benelend.

Daleneld se giró hacia su hermano, confundido.

—¿Y eso?.

—Solo digo, si los golpeas a todas horas, nunca aprenderán bien cuando hacen algo estúpido de verdad —aclaro, recostandose en la pared —Comencé a leer, ¿sabes? Los filósofos dicen que lo más eficiente es decirles todos sus errores a lo largo de un mes, y al último día castigarlos acorde a ellos.

—¿Tú? ¿Leyendo filosofía?.

—... Me lo contó alguien que lee filosofía —confesó Benelend.

—Les das demasiado crédito a los skaa —dijo Daleneld —con suerte son más listos que los perros.

—¿Qué nunca adiestraste a un perro?.

—... supongo que tienes un punto.

La puerta de la habitación se abrió, de allí salieron cuatro personas, tres obligadores, cuyos rostros se encontraban llenos de tatuajes, acompañados por un inquisidor de acero. La criatura, además de los tatuajes, tenía clavos insertados por todo el cuerpo, atravesando sus ojos, hombros, pecho y probablemente algunos otros lugares los cuales no podía ver debido a la ropa.

Todo el mundo sentía terror ante esas cosas, pero a Benelend no le asustaban. Era raro que ejecutasen a alguien de la alta nobleza, y aun cuando lo hacían, había descubierto que no eran inmortales como el ministerio pregonaba. Se había enterado por segunda mano del asesinato de uno hacía ya más de dos años.

Ninguno de los sacerdotes se dignó a mirar a los hermanos, en su lugar, simplemente caminaron hacia las escaleras, retirándose sin decir palabra alguna. El padre de Benelend, Diadev, se encontraba parado junto a la puerta, haciendo seña a ambos hermanos para que entrasen a su oficina.

—¿Realmente tenemos que entrar? —preguntó Benelend —solo dinos a que tenemos que hacer, y lo tendremos hecho antes del desayuno.

Diadev suspiro, cansado, mientras se apartaba para que Daleneld pasase a la oficina.

—Es importante —dijo Diadev —no puedo mandar a tu hermano solo.

Benelend cedió a la petición, y entró a la oficina junto a su hermano. Parecía que la reunión que acababa de tener su padre lo había dejado cansado y más dócil, lo que era normal teniendo en cuenta que había compartido habitación con un inquisidor. Su padre no compartía su misma perspectiva sobre aquellas criaturas.

Diadev hizo una seña a uno de sus sirvientes para que le preparen un poco de té, para luego cerrar la puerta.

—¿Cómo fue? —preguntó Deleneld.

—No irán —contestó Diadev.

—¿Ir a donde? —preguntó Benelend inmediatamente —¿Por qué soy el único que no se entera de estas cosas?.

—Si escucharas más a menudo —contesto Denelend —Sabrías que estamos buscando conseguir el monte Doriel.

¿Monte Doriel? Benelend recordaba a su padre hablando sobre eso, al parecer el aluminio que podía conseguir de aquel lugar era el suficiente como para interesarse en conseguir la soberanía sobre la ciudad.

—Ohhh, ya recuerdo —dijo Benelend —tenemos un monte al lado de la ciudad, ¿para qué quieres otro?.

—El ministerio está ofuscado en hacerse con el control total del aluminio —contesto Diadev —Hace cientos de años, lord legislador ordenó que su comercio fuera regularizado, y en la corte corren rumores sobre el porqué.

Diadev abrió su cajón y ubico una canica de aluminio sobre la mesa. Benelend tomó el metal y lo observó.

—¿Regularlo? —preguntó Benelend —sé que es extremadamente escaso, ¿pero por qué se molestarían en limitar su comercio?.

—Intenta empujarlo —dijo Denelend.

Benelend miro a su hermano, confundido, ¿qué quería decir?, al volver a mirar hacia su padre, este asintió. Comenzó a quemar el acero de su interior, y allí fue donde lo vio, no había ninguna línea azul en dirección hacia el aluminio. Intentó empujar el metal, pero fue inútil, su alomancia parecía no afectarlo en lo mas mínimo.

¿Que…?. Benelend estaba confundido, lo que tenía entre sus dedos era metal. ¿Cómo era esto posible?.

—El ministerio lleva intentando censurar este conocimiento desde hace cientos de años —continuó Diadev —lo normal era ejecutar a todo aquel que conociese el secreto, pero las cosas han cambiado. Gente demasiado importante ya es consciente de algunas propiedades del aluminio, y la inquisición dejará tranquilas a las casas siempre y cuando mantengan los descubrimientos en privado.

Benelend dejo la canica en la mesa, *¿propiedades?*.

—Espera un segundo —dijo, mirando hacia su hermano —Ya lo has…

—Sí, desvaneció todas mis reservas —contesto Denelend.

¿Otro metal alomantico?, no había pensado que algo como esto fuera realmente posible, solo debían de existir los diez, ni uno más.

—Puede que su poder sea inútil —prosiguió su padre —pero sabemos que habrá una alta demanda, y si alguien descubre algo que nosotros no, puede que perdamos la próxima guerra de casas.

»Cuando mi padre me contó el secreto, dude si valía lo suficiente como para concentrar tanto de los recursos de la ciudad en extraerlo. Pero hace años vi la reacción que tuvo en la corte, y comencé a traficar por debajo de la mesa con lord Profoste, quien está a cargo de la mina en Doriel.

—¿El abuelo te lo contó? —pregunto Benelened —¿Por qué no nos lo dijiste?.

—Lo estoy haciendo ahora —contestó su padre —ya eres lo suficientemente mayor para entender que si esta información se escapa, te cortarán la cabeza, no importa tu estatus.

Lo pueden intentar. Se dijo Benelend.

—¿Por eso tienes comprada a toda la nobleza de esa ciudad? —pregunto Denelend, continuando con la conversación.

—Correcto, desde hace meses que intento comprar la maldita mina, pero el ministerio se ha estado asegurando de que Profoste la mantenga hasta quedase en la quiebra. De ese modo, la propiedad pasará a manos del cantón de las finanzas cuando suceda.

—¿Quieres que lo matemos? —preguntó Denelend.

—Si lo quisiera muerto —contesto Benelend —te habría mandado solo a ti, probablemente necesita de alguien agite un poco las aguas para que el ministerio ceda de una vez.

—Tiene razón —confirmó su padre —hay que resolver esto lo más rápido posible antes de que las demás casas se enteren de la oportunidad. Llevo años perdiendo dinero con toda esa región, asegurándome de que la casa Profoste estuviera dispuesta a vender, y no voy a dejar que los Venture o Elariel se hagan con el sitio.

»Con un poco de suerte, puede que ni siquiera necesitan estar por mucho tiempo. Logre extorsionar a un obligador para que se ocupe de asegurar que profoste no venda la mina hasta vuestra llegada.

Benelend miro hacia su hermano, parecía molesto por la orden de no matar,

sabía que ese tipo de misiones lo aburrían, a diferencia de él, que quería viajar al sur, lejos de la dominación central, y sobre todo lejos de los bailes. Deseaba poner a prueba sus habilidades fuera de su zona de confort en Luthadel.

—Supongo que no nos queda de otra —dijo Benelend, intentando enfatizar con el sentimiento de su hermano —Nos aseguramos que venda el sitio a nosotros.

—Si todo sale bien —dijo Diadev —el ministerio no tendrá más opción que dejarnos a cargo de esa región.

—¿Realmente necesitamos hacernos con el lugar? —preguntó Benelend —Ya tenemos toda una ciudad a nuestro cargo.

—No seas idiota —insulto su padre —si conseguimos hacernos con esa ciudad, tendremos un control total sobre el comercio en todo el sur, y ya no necesitaremos de los piratas para damnificar a las demás casas. Los sobornos no son baratos y esos codiciosos skaa cada vez piden más solo por saquear, no puedo esperar para hacerlos matar de una vez.

Los detuvieron la discusión al escuchar el golpeteo de la puerta.

—Pase —grito Diadev.

Pathat entró por la puerta, llevando consigo una bandeja con tres tazas de té. La terrisana se acercó hacia el escritorio para apoyar la bandeja, pero fue detenida por el levantar de la mano de Diadev.

—¿Es que eres estúpida? —preguntó su padre —el escritorio es nuevo, no me arriesgaré a que lo manches.

—Mis disculpas, amo —contesto Pathat, quien se apartó, limitándose a acercarse a acercar la bandeja a cada uno para que tomaran sus tazas. Una vez servido el té, la mayordomo salió de la habitación, volviéndose a disculpar mientras cerraba la puerta.

—Qué imbécil —comentó Diadev.

—Dudo que sea una experta en madera, padre —respondió Benelend.

—Al caso, partirán mañana —concluye su padre —Benelend, sé que puedes encargarte de las negociaciones, Daleneld, tu trabajo será escoltarlo.

—¿Hace falta que vayamos los dos? —pregunto Daleneld —Benelend es un lanzamonedas extraordinario, incluso yo tengo problemas para alcanzarlo, no creo que necesite que lo defienda.

—Lamentablemente, tendrás que ir —contestó su padre —Ha habido rumores de un nacido de la bruma haciendo estragos en la ciudad, si se topa con él, temo que no será suficiente, por muy buen alomántico que sea.

—No me digas que tienes algo que hacer aquí —dijo Benelend a su hermano, en tono burlesco.

—No me gusta viajar en barco —gruñó Daleneld.

—Ya basta de quejas —ordenó Diadev —sus órdenes son claras, irán a Doriel, y matarán a quien sea que se entrometa en medio de la compra, ¿Quedo claro?.

Benelend suspiro, y asintió junto a su hermano.

—Pueden retirarse —finalizó su padre.

Ambos se retiraron de la habitación, ¿un nacido de la bruma? Lo más probable era que hubiera otro, si encuentras a uno, es porque hay dos. Con lo que cabía la posibilidad de que no fuera capaz de hacer esto sin su hermano. De cualquier forma, estaba emocionado por viajar, muy rara vez lo alejaban tanto de la corte, y esta sería la primera vez en la que saldría a la dominación exterior, con lo que lo mejor era procurar disfrutarlo hasta el último segundo.

Aunque quizá no debería emocionarme tanto… Pensó Benelend, siempre cabía la posibilidad de que los rumores fueran falsos, lo mejor sería contratar a algunos mercenarios aquí en Luthadel, y enviarlos primero. Con un poco de suerte estos allanarían el trabajo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE:
MENTIRAS DE CENIZA Y MADERA

Capítulo 7

—Hmmm… no estoy seguro —dijo Fren, haciendo una interpretación de lord Profoste —Lo siento, pero mi casa no se puede permitir un riesgo como ese.

—Ya veo… sé que le preocupa la epidemia de piratería que está asaltando este mar —contestó Manette, mientras caminaba de un lado a otro —Es totalmente comprensible no querer confiar en una casa despojada de su prestigio, pero recuerde que la tarifa de los Lekal lo tienen tan apretado que apenas le permite respirar

Mientras el hombre consideraba, Calima encendió su curiosidad. Habría sido oportuno encender miedo si él estuviera recordando su trato con lord Lekal, pero ella no tenía forma de saber eso, bien podría estar considerando el trato actual, y el miedo lo haría rechazar la oferta, no, necesitaba que hiciera más preguntas.

Fren consideró un poco y asintió.

—¿Y si se enteran? —prosiguió Fren —Olvídese de los piratas, me hundirán de la misma manera en la que lo hicieron con ustedes, con su trato al menos puedo mantenerme a flote.

—¿Pero por cuánto tiempo?—replicó Manette.

Calima se apuró y encendió incertidumbre, pero aplaco el miedo, después de todo no debía dejar que se sienta intimidado por el trato nuevo.

Había una pequeña ventana en la que la mente consideraba las palabras que entraban por sus oídos. Según le había explicado Fren, un encendedor debe de conocer a la perfección ese instante para manipular como se siente su objetivo respecto a lo que escucha. Su trabajo era meter emociones convenientes mientras la víctima barajaba las suyas propias.

Fren parecía dudar, con lo que Manette aprovechó el silencio y atacó con fuerza.

—Lamento decirle que nuestra casa no está en tan malas condiciones como la vuestra —dijo Manette con confianza —Los Lekal obtendrán esa mina a la fuerza si es necesario, si nos la entrega, no solo conseguirá nuestros barcos para comerciar, sino que también desviará su ira hacia nosotros.

Fren pareció considerarlo, Calima remato encendiendo una pizca de comodidad, como una simple sugerencia para que la mente se aferre a la idea.

Fren levantó la cabeza, sorprendido, y miró hacia Calima. *Maldición, ¿lo arruiné?*.

—Vaya… eso último sí que fue inesperado —dijo Fren.

—¿Qué tal fue?— preguntó Manette.

—Bien, hubo ratos en los que me olvidé que también me estaba aplacando.

—Pero todavía falta la prueba real —dijo Manette —Esta es una situación controlada después de todo, y la conversación que tengamos con Profoste puede ir muy diferente.

Fren considero cuidadosamente las palabras de Manette, según le habían contado, él era demasiado serio para ser un encendedor, pero ella nunca había conocido a otro a demás de ella misma, así que no tenía a nadie para comparar.

—La llevaré conmigo hoy —indicó Fren —Puede que no sepa explotar todas las oportunidades que se le presenten, pero es cautelosa, no la descubrieran.

—Bien, confío en tu juicio —contestó Manette.

Espera, ¿¡Hoy!?. Calima entró en nervios, solo había entrenado un mes, y no se sentía lo suficientemente capacitada como para hacer algo de este calibre.

Respiro hondo y quemó un poco de todos los metales de su interior, la sensación le ayudaba a calmarse, solía acudir a los metales siempre que entraba en pánico, aunque no los usase en ese momento para algo práctico.

Fren y Manette se habían ido de la habitación, todo el mundo parecía ocupado a todas horas, y debía alegrarse de que habían encontrado algo para que hiciera, sin contar las tareas domésticas que ya realizaban todo el mundo además de sus trabajos principales. Calima se levantó y caminó a la cocina. Hoy le tocaba a ella ayudar con el estofado.

Al llegar, Dan y Hef ya estaban preparando el fuego, ella se acercó y comenzó a cortar unas zanahorias que ya estaban separadas. La receta de hoy es caldo de papa y zanahoria, por fortuna ya tenía experiencia cocinando, así que de todo lo que había hecho desde que llegó, esto era lo que mejor se le daba.

—¿Cómo fue? —Pregunto Dan.

Calima encendió la comodidad de un golpe.

—Era de esperarse —respondió Hef —Fren ya estaba hablando de lo rápido que aprendes.

—Lamentablemente, no podemos decir lo mismo de los metales físicos —agregó Dan, mientras cortaba la carne para el caldo.

Calima se sonrojó un poco, encendiendo vergüenza.

—Bah, no te preocupes —Dijo Hef —Que dos metales no se te den del todo bien no te hace inútil, tienes otros seis para practicar después de todo. Es más, el hierro y el acero solo se usan para presumir.

Sabía que solo lo decía por amabilidad, no se necesitaba un genio para deducir que era vergonzoso el que una nacida de la bruma no sea capaz de manejar el hierro y el acero de forma correcta, a pesar de que los demás no quieran decírselo.

Calima terminó de cortar las zanahorias y las dejó cerca de la olla. Caminó

hasta las papas, pero Dan se encontraba en medio de su camino. Ella encendió una leve sorpresa, lo que hizo que él la notase y le dejara pasar.

—¿Y cómo vienes con el estaño? —pregunto Hef mientras ella volvía para pelar las papas.

Ella había aprendido a quemarlo con lentitud. Andés le había insistido que era un metal al que se tenía que acostumbrar, y que realmente si quería ser realmente buena con la alomancia, debía de usar sus poderes el máximo tiempo posible. Calima encendió comodidad pero también molestia.

—Es lo que hay —dijo Dan a la distancia —Es el metal con más efectos negativos después de todo, como ahora, puedes escuchar eso, ¿verdad?.

—Incluso yo lo estoy escuchando —comentó Hef.

Calima encendió el estaño, parece que Dana estaba lavando las ventanas, y lo sabía porque, como de costumbre, cantaba a todo pulmón. Podía escucharla incluso más fuerte que las personas en las habitaciones contiguas.

Ella odiaba juzgar los esfuerzos de otras personas, más cuando era algo que disfrutaban hacer, pero los cantos de Dana… dejaba que desear. Igualmente, decidió dejar el estaño encendido, había algo agradable en la complicidad de los tres escuchando aquel ruido.

Al cabo de una hora ya habían terminado de cocinar el almuerzo. Calima se separó una parte del caldo, sirviéndose en un pequeño cuenco de madera. Seguía sintiéndose incómoda con tanta gente a su alrededor en una sola sala, con lo que los demás en la banda le permitían comer a solas. En el fondo sabía que estaba mal no acompañar a sus compañeros, pero insistieron a que se uniera cuando se sintiera preparada.

En su lugar, ella iba a las escaleras del patio interior. A pesar de su incidente de hacía ya un mes, el sitio le traía paz. Había plantas muy bien cuidadas y las baldosas de la escalera tienen un patrón bonito.

Sentada en las escaleras, esperó a que el caldo se enfriase. Estaba quemando estaño después de todo y beberlo le quemaría la lengua. Mientras esperaba, noto como Sall se acercaba hacia donde estaba con una bolsa pequeña.

No otra vez. Se maldijo Calima.

—Ya no puedo guardarlo —dijo mientras dejaba la bolsa a su lado.

Ella encendió piedad, con una pizca de codicia, e intentó mirarlo a los ojos. Sall respiro hondo.

—Mira, sé que estás intentando —dijo Sall en tono serio —no volverá a funcionar. Es tu paga, así que tirala por la ventana si quieres o dásela a los mendigos, pero eso lo decides tú, hasta luego.

Sall se marchó por donde había venido, probablemente en dirección al

comedor, con lo que dejó a Calima sin más opción que aceptar la bolsa llena de monedas. Lo peor es que eran de las valiosas, así que no podía usarlas para practicar.

Ella odiaba que le pagaran, no porque pensara que estaba haciendo un trabajo ineficiente, si no porque no estaba trabajando en general.

¿Qué haría ahora? Ya la alimentaban prácticamente gratis, la entrenaban, y aunque realizaba algunas tareas, la banda ya se las arreglaba sin ella.

Comenzó a beberse el caldo, ya se había enfriado lo suficiente. Calima pensó en cómo encontrar una manera de hacer algo de utilidad. Andés se negaba a llevarla a una incursión real, de las que él apenas tiene guardias sobornados o información de confianza. Hoy era su oportunidad para probarle a Fren que podía ser útil.

Al terminar de comer, Calima se levantó con su plato y comenzó a caminar nuevamente hacia la cocina, también le tocaba lavar como era de esperarse.

Cuando llegó a la cocina, esta estaba totalmente vacía, podía escuchar el ruido que provenía del comedor como si le estuvieran hablando en la misma habitación, con lo que apagó su estaño para lavar con tranquilidad.

Realmente tendría que comer junto a los demás. Pensó.

En este último mes, Calima aprendió varias cosas sobre a lo que se dedicaba la banda con exactitud. Sí, eran estafadores, pero eran del tipo especial, en el sentido de que solo tres miembros sabían hablar bien y engañar. A lo que se dedicaban realmente era a administrar una casa noble, la casa Doulin, que como le había dicho Manette, esta fue casi totalmente asesinada a excepción de un miembro.

La casa se dedicaba a la venta y transporte de materiales de construcción, y se mantenían a flote vendiendo a los skaa comerciantes de la zona. Pero solo hacer eso levanta sospechas, y por esa misma razón necesitan hacerse pasar por nobleza para conseguir tratos con casas importantes.

Manette le explicó que habían encontrado una manera de hacer negocios con skaa sin que los obligadores se entrometan en sus asuntos. Pero a la hora de tratar con casas nobles reales… bueno, allí era donde entraba Andés y sus incursiones. Su trabajo consistía en encontrar toda la información posible acerca de los tratados entre casas, para comenzar a negociar una vez todo el mundo se encuentre preparado.

Dan y Hef entraron a la cocina, llevaban los cubiertos y la olla.

—¿Ya terminaste de comer? —pregunto Dan —Te serviré un poco más, sobró un poco y si nadie lo come tendremos que tirarlo.

Tomó el cuenco de calima y lo llenó de caldo. Ella ya estaba llena, pero la manera en la que lo dijo no le dejó otra opción más que dejar de lavar y aceptar el plato. Al moverse hacia una silla, Dan comenzó a lavar los cubiertos, mientras que Hef ordenaba las cosas en su lugar.

—¿Nerviosa por tu primer gran trabajo? —Pregunto Hef —Fren nos dijo que lo acompañaras hoy.

Ella sentía nervios de recordarlo, hasta ahora le habían dicho que lo hacía bien en las prácticas, pero sentía que en una situación más real causaría que la maten a ella y sus compañeros.

Ella encendió comodidad, con un poco de incertidumbre.

—Lo harás bien —Continuó Hef —probablemente trataras con trabajadores normales o algún capataz malhumorado, nada que no se te escape de las manos.

¿Por qué todo el mundo seguía felicitándola?, era extraño, como si buscasen alguna reacción de ella, ¿acaso querían que se sintiera mejor?. Decidió esta vez no responder con su alomancia, terminando de beber su caldo.

Una vez ya con el cuenco vacío entre sus manos, Calima guardo los platos limpios, apartó los ingredientes sobrantes y se fue de la cocina, dejando a Hef y Dan para que terminasen con el trabajo pesado.

Se dirigió hacia la puerta principal, en donde Fren estaba preparándose, acomodando su traje el cual estaba hecho a medida para su tamaño. Él estaba considerando si llevar el bastón o no, por alguna razón era importante para su apariencia. Terminó decidiendo por no llevar uno, dejando el palo al lado de la puerta. Al llegar, Fren observó a Calima de arriba a abajo.

—¿No tienes nada mejor para vestir? —preguntó Fren.

Calima estaba usando unas ropas normales. Prendas que las hijas de Dan ya no utilizaban, adaptadas para entorpecer el movimiento al trabajar.

Calima negó con la cabeza encendiendo confusión.

—Está bien, no lo necesitas para hoy igualmente —dijo, mientras comenzaba a caminar hacia la puerta —pero si tenemos tiempo, iremos a comprarte algo decente.

Una vez Fren se encontró en frente de la puerta, se detuvo antes de abrirla. Volvió a mirar hacia el bastón, y tras unos segundos, volvió para recogerlo, saliendo de la mansión definitivamente junto a Calima.

Fren la llevó hasta una fábrica que se encontraba en zona más adinerada de la ciudad, Calima podía ver cómo se encontraba en unas condiciones muchísimo mejores que las otras fábricas en las que iba a mendigar.

—Necesitamos no poder comprar la fábrica —dijo Fren.

Calima se sorprendió, volviéndose hacia Fren. ¿No comprar la fábrica? No entendía qué significaba, así que encendió curiosidad.

—La casa a la que estamos comprando está desesperada por deshacerse de este lugar —comenzó a explicar —dejaron al capataz, un noble menor, a cargo de encontrar el mejor precio posible para venderla. Necesitamos que lo despidan porque el capataz conoció a Manette, y cuando ella llegue a comprar la fábrica de verdad, reconocerá que no es una verdadera noble.

Calima asintió, parecía comprender bien el objetivo, aun así eso no ayudó en aplacar sus nervios. De igual forma confiaba en que Fren sabía lo que estaba haciendo, con lo que lo siguió hacia el sitio, manteniendo su cobre encendido.

Una vez dentro de la fábrica, Calima sintió como en el sitio hacía demasiado calor. Veían como los Skaa trabajaban con latón, manufacturando bisagras y alfileres.

Fren comenzó a caminar hacia una puerta que se encontraba al fondo. Calima lo siguió, observando los alrededores. Pensaba que al ser una fábrica en el sector adinerado de la ciudad, sus trabajadores estarían mejor tratados, pero parecía ser lo contrario. Todo el mundo estaba exhausto, y gracias al estaño fue capaz de distinguir moretones y cicatrices, además de ver que los guantes y herramientas para trabajar el metal caliente estaban en terrible estado.

Al llegar a la puerta, antes de tocar, Fren observó a Calima.

—Si veo que estás cometiendo un error —dijo Fren —dire «pies calientes», intenta seguirme el juego —Fren procedió a tocar la puerta con fuerza.

Calima escuchó los pasos de dentro de la oficina hasta la puerta, la cual fue abierta con rapidez. De allí apareció un hombre entrado en sus treinta, tenía un corte de pelo básico y una chaqueta color bordo, parecía estar de pésimo humor, hasta que vio a Fren.

—¡Señor Calip! —exclamó el hombre, su expresión había cambiado totalmente —Lo llevo esperando casi todo el día, vamos pase. Que agradable compañía parece traer hoy —dijo, mirando a Calima con una sonrisa, la cual parecía genuina.

—Buenos días, señor Lanteau, es una prima lejana —mintió Fren —Ella quería saber cómo funcionaba el mundo de las ventas y la traje para que aprenda.

—Bien, pues es más que bienvenida —dijo Lanteau —Realmente lamento que haya tenido que pasar por esa vista tan lúgubre, estos Skaa de porquería están muy vagos últimamente, y no parecen aprender ni a la fuerza. Vamos, pasen.

El hombre les dio la espalda, con lo cual Fren aprovechó para darle una mirada levemente preocupada a Calima. Era claro que necesitaban que no estuviera satisfecho con un precio bajo, y que no se molestase en vender de forma positiva a los trabajadores, ya era motivo de preocupación.

La oficina parecía ser estrictamente profesional, había un hombre, que podía suponer que era terrisano, parado al lado del escritorio, el cual estaba decorado únicamente con una caja pequeña llena de alfileres encima. Además, las paredes de la oficina tenían un tapiz que incluso ella podía notar como de baja calidad.

El hombre les ofreció un asiento, y movió el que estaba de su lado del escritorio hacia donde se encontraba Calima para que se sentara, dejándolo sin lugar para sentarse.

Maldición, sí que estaba desesperado por firmar cualquier precio. Calima comenzó a aplacar levemente la complacencia.

El sirviente salió de la oficina sin decir palabra.

—Bueno —comenzó Lanteau —Sobre el precio que me ofreció la última vez…

—De eso quería hablarle —dijo Fren rápidamente, antes de que Lanteau terminasé de hablar —Lamento mucho haberlo insultado de semejante manera la última vez que nos encontramos, realmente usted tenía razón, esta fábrica vale muchísimo más que…

—Sobre eso… la verdad es que yo —dijo Lanteau interrumpiendo a Fren. Calima se apuró y por un pequeño instante encendió duda, junto a una pizca de curiosidad, aplacando urgencia —Eh… nada, continúe por favor.

—Bien, como le decía —continuo Fren —Es un insulto de nuestra parte haberle ofrecido tan poco por esta fábrica, me han ordenado estar mucho más atento y no ser tan tacaño.

El terrisano volvió, con una silla para el capataz, pero al dejarla a su lado, Lanteau decidió no sentarse.

—Hmmm…—el hombre caminó de un lado a otro —Quizá… —Calima aplaco una pizca de duda —…¿Cuarenta Mil cuartos? —pregunto completamente inseguro, Sonó como si hubiera sido una osadía siquiera proponerlo.

Calima comenzaba a entender la dinámica. Ahora Fren no podía ofenderse, si lo hacía, Lanteau estaría prácticamente libre de culpa, rogando por el precio anterior, ahora debían negociar un precio que el capataz esté dispuesto a defender, y allí irse.

Fren puso una mano en su mentón y pensó, no podía ser muy precipitado o podría asustar a aquel hombre. Calima aprovechó, y aplaco la tensión.

—Eso excede un poco mi presupuesto —dijo Fren para sí mismo, intentando hacer que el comentario apenas fuese escuchado —¿Treinta mil cuartos?.

Por la cara de Lanteau, sabía que este estaba a punto de aceptar, con lo que ella aplacó con fuerza la inquietud, mientras encendía la codicia.

—Treinta y cinco mil —dijo Lanteau, Calima encendió de sopetón la

confianza, necesitaba hacerle pensar que tenía razón en pedir este precio, lo cual noto con una sonrisa en la cara del noble.

Fren miro a Calima, un poco preocupado. Ella hizo una mueca, y encendió un poco de confianza para indicarle cómo se sentía. Este terminó sonriendo.

—Yo… lo siento, no puedo permitirme eso —dijo Fren. Calima notó cómo cambia la actitud del terrisano.

Ella no sabía si el sirviente estaba involucrado en la estafa, así que lo dejó en paz, en su lugar, se concentró en la ambición de Lanteau, aumentando al aplacar el miedo, pero solo un poco, el hombre estaba nervioso después de todo.

—¿Qué tal treinta y tres Mil? —ofreció el noble, Calima aplaco un poco más el miedo, fue aumentando el agarre poco a poco para que él no lo notase.

—No puedo, disculpa, ya estoy forzando mi mano con los treinta mil —dijo Fren, a sabiendas de que había susurrado su abundancia en dinero hacía no mucho —¿Quizá veinte mil cuartos?.

Calima aplacó aún mucho más el miedo y junto a él la vergüenza. Ella notó como el rostro del terrisano empezaba a impacientarse.

—¡Esa es la suma de la semana pasada! —grito Lanteau —Treinta y un mil cuartos, ni uno menos.

Calima estaba aplacando a toda fuerza, podía notar como aquel hombre se encontraba a punto de exigir incluso más

—No me grite por favor —dijo Fren rápidamente —ya tengo suficiente con los pies calientes gracias a estos zapatos.

Calima se detuvo al instante. *Maldición, ¿lo arruiné?,* pensó. Se había dejado llevar demasiado, Fren la había traído específicamente porque era sutil, e hizo exactamente lo opuesto a eso.

—Lo siento, señor, pero no nos podemos permitir tal suma —termino de decir Fren —Ya nos vamos, realmente esperaba un trato mejor a este —él tomó rápidamente a Calima del hombro y la levantó de la silla, llevándosela lo más rápido posible de la habitación.

El terrisano se apuró y comenzó a caminar hacia los dos —Disculpe, señor, pero si me escuchara —el hombre se calló inmediatamente mientras Fren y Calima salían por la puerta, la cual cerró con fuerza.

—Camina rápido, que no nos alcancen —dijo a Calima en voz baja. Ella obedeció y los dos caminaron lo más rápido posible, intentando no parecer que estaban corriendo. Cuando Lanteau y el terrisano salieron, Calima no necesito del bronce para ver el fuerte tirón de zinc por parte de Fren, haciendo que ambos hombres dudaron por un instante en seguirlos.

Ambos salieron de la fábrica, con lo que Fren se apuró en entrar al callejón

más cercano y perderse lo más rápido posible. Calima tuvo que correr para seguirle el paso.

Al cabo de unos minutos, ambos se detuvieron a dos calles de distancia. Calima tocó el brazo de Fren y encendió culpa y vergüenza. Fren la miró unos segundos, y ella sintió un repentino golpe de alivio proveniente de él.

—Lo hiciste bien —dijo Fren finalmente. Al ver el rostro dubitativo de Calima, este se acercó y abrió los ojos bien grandes —¡Demonios niña, no pongas esa cara, le hiciste ofrecernos diez mil cuartos más de los que tenía pensado!.

Calima abrió los ojos con sorpresa, *¿lo hice bien?, ¡pero si tuvimos que salir corriendo!* .

—Te detuve porque el terrisano estaba a punto de intervenir —dijo —además de que no sabías que teníamos que hacer una vez yo rechazara la oferta. Por ahora, volvamos.

Fren comenzó a caminar rumbo a la mansión, Calima encendió curiosidad para decirle que quería respuestas, mostrando su rostro confundido. Fren la miro y suspiro.

—Lamento no explicarte, niña —dijo —pero era demasiado complicado y no quería abrumarte. Lo despedirán, estuve encendiendo la ira y frustración del sirviente.

»Verás, ese terrisano no le pertenece al noble, es parte de la casa que lo contrató. Yo ya había venido algunas veces, haciendo exactamente lo mismo que hicimos hoy. Lo último que faltaba era el testigo que corrobore la ineptitud de Lanteau, y lo logramos de sobra.

Fren notó cómo había resuelto las dudas de Calima, con lo que comenzó a reanudar su camino hacia la mansión, mientras ella lo seguía.

Calima no se había detenido a pensar en lo que había hecho, acababa de estafar a alguien. Y aunque no fue la causante principal, participó activamente en el timo.

No se sentía bien. Aquel hombre parecía maltratar a sus Skaa, el sentido común debía decirle que era lo correcto destituirlo de su puesto, pero aun así sentía que estaba mal. De igual forma, se guardó esas emociones para ella misma, debía obligarse a superarlo.

Capítulo 8

Andés no necesitaba esquivar las monedas que llegaban contra él a toda velocidad, pero lo hizo de todos modos. Se atrajo a las bisagras de un edificio cercano, evadiendo el ataque que falló por varios metros de distancia.

Debía ser cuidadoso, él no tenía peltre para que sus piernas aguantan la velocidad a la que se movía, la única forma que tenía para no lastimarse al moverse era tirar con cuidado de los metales de la dirección contraria a la que se dirigía al momento de aterrizar.

Calima aterrizó de forma lenta y torpe, su pie resbaló un poco al tocar la piedra. Andés vio una oportunidad para atacar, pero la dejó pasar, estaban entrenando, no combatiendo. Ella se detuvo un momento para pensar, terminó utilizando los mismos anclajes que él para llegar hasta su posición.

Andés atrajo la moneda con la que Calima había aterrizado, ella se sorprendió, empujándola inmediatamente, causando que dejase de moverse. Esta vez Andés sí aprovechó la distracción y desenfundo su espada, balanceándola con un movimiento predecible ante cualquier esgrimista.

Calima fue capaz de reaccionar lo suficientemente rápido como para empujar la espada, deteniendo el ataque. Con un leve tirón, Andés soltó el seguro que había en el mango, desprendiendo la parte metálica del sable, convirtiéndolo en un fino batón de duelos, alcanzando la pierna de Calima, la cual seguía distraída con los empujes.

Ella no cayó al suelo, había aprendido a mantenerse a pie gracias al peltre. En su lugar, aprovechó y atrajo el metal caído de la espada mientras atraía todo el metal que tenía Andés encima.

Él se deshizo de su bolsa y atrajo junto a Calima la parte metálica que se había desprendido de la espada, cambiando su dirección a una que él pudiera predecir, logrando con un barrido del bastón reflectar el filo de la espada.

Andés dirigió otro ataque hacia Calima, ella empujó la bolsa que ahora estaba en el suelo y salió disparada lejos del ataque. Andés tiró de la bolsa, logrando desestabilizar el anclaje de calima y entorpeciendo su salto, para luego tirar de un edificio hacia el lado contrario, alejándose de ella.

Fue soltando varias monedas de su camino a la plaza. Gracias a su hierro pudo ver la dirección del empuje de Calima con el movimiento de las monedas en la distancia. En lugar de huir, Andés rodeo la plaza, dejando monedas por toda la zona, asegurándose de lograr aprovechar cada desnivel del sitio.

Una vez ella volvió a alcanzarlo, Andés comenzó a tirar una por una las

monedas a su alrededor, mientras realizaba algunas estocadas hacia Calima, dificultándole esquivar los ataques de varias direcciones.

Calima todavía no era lo suficientemente capaz de evadir y empujar varios objetivos a la vez. Con lo Andés ejecutó una finta apuntando a la cabeza, la cual termino en una patada a las piernas de Calima, causando que cayera en el empedrado. Rápidamente, ella intentó alcanzar su pierna con un agarre, pero Andés fue capaz de verlo venir, pegando un salto mientras se atraía a otro edificio abandonado, entrando por una ventana rota.

Dentro era una especie de torre con varios pisos de madera, los cuales parecían estar en pésimas condiciones según había observado. Andés procuró no pisar el suelo, atrayéndose a un trozo de metal que había dejado en el techo días antes mientras dejaba monedas por la ciudad.

Calima entró por la misma ventana, pegó un salto hacia las monedas y las empujo. En lugar de elevarse, el suelo de madera cedió ante el peso y se resquebrajó, haciendo que ella cayera por el hueco recién creado.

Andés descendió usando la misma moneda del techo, colgando encima del agujero recién creado, sabía que la madera era frágil en esta zona, pero no espero que se derrumbara solo con pisarla.

Calima parecía estar teniendo problemas para levantarse.

—¿Te quedaste sin peltre? —preguntó Andés. Ella encendió la sensación de derrota.

Calima se levantó y sacudió con las manos el polvo que había en su ropa. Había mejorado un poco, y al parecer el trabajo que tuvo con Fren ayudó a su confianza, lo cual no era motivo de sorpresa, ella tenía un muy buen toque para la alomancia emocional, sabía perfectamente donde debía tirar o empujar las emociones de los demás para que sintiesen lo que ella quería de forma natural.

Pero en lo que respecta a la alaomancia física… podía decir con seguridad que ahora era un poco más peligrosa que un mercenario, pero seguía sin estar cerca de un nacido de la burma.

—Sígueme —dijo Andes.

Ambos salieron del edificio y caminaron ocultos entre las brumas. Andés podía recordar la época en la que él les tenía miedo, era difícil de creer lo que los años hacían con una persona.

Le había llevado tiempo aprender la geografía de la ciudad, pero ahora era capaz de ver incluso los patrones de los edificios gracias a las líneas de su hierro, cada bisagra, picaporte, clavo, todo mezclado en el conjunto de líneas que salían de su pecho, las cuales le permitía ver sin tener que usar los ojos.

Llegaron hasta las afueras de la mansión, y allí Andés se preparó para

infiltrarse. Sabía que además de Gune, esta noche Dan y Hef se encontraban de guardia, eso lo hacía aún más difícil.

Miro a Calima, la cual encendió con fuerza la ira de Andés por un instante, *Norte.*

Habían decidido cuatro emociones para ubicarlas en cada punto cardinal, ira para el norte, alegría para el sur, sorpresa para el este y miedo para el oeste. Aún nadie sabía por qué no hablaba, cuando le habían explicado sobre la mudez selectiva, él había pensado que la persona que lo sufría no querría comunicarse bajo ningún motivo. Pero ese no era el caso con Calima, ella parecía disfrutar el interactuar con los demás, solo que no utilizaba su voz para ello. Entre todos decidieron no presionarla al respecto.

Gune seguro se encuentra en el sur, Pensó.

Andés camino hacia esa dirección. Debía preocuparse por los demás que todavía podrían estar de guardia, ya que había decidido seguir su consejo, decidiendo no llevar metal para no ser visto por cualquier lanza monedas indeseado.

Se detuvo a una distancia prudente del muro. Calima lanzó una moneda al suelo y se elevó para ver por encima, Andés sintió un fuerte tirón de seguridad, lo que le indicaba que la zona era segura.

Escaló la pared sin mucho problema y caminó junto a Calima hacia la Mansión. Allí, ambos ascendieron hacia el tejado, tomando rumbo hasta llegar a la cima del patio interior. Andés sintió una fuerte sensación de alerta, lo que lo obligó a detenerse. Se giró hacia Calima la cual señaló hacia abajo encendiendo sorpresa y alegría.

Sureste… ya se había escabullido por esta parte la última vez, probablemente ubicaron a alguien de guardia. Calima tomó una moneda y la empujó hacia la pared exterior de donde le había dicho que se encontraba un guardia, al cabo de unos segundos, volvió a encender seguridad. *Probablemente creó una distracción,* pensó.

Andés camino hasta el otro extremo del tejado, en donde descendió al patio junto a Calima. El sitio estaba vacío, ambos se apresuraron y entraron en la mansión desde el patio exterior, llegando con rapidez a la cocina.

—Punto para Andés y Calima —dijo Robby, como era de costumbre, él siempre se enteraban cuando venían —Creo que es injusto tener a una nacida de la bruma en tu equipo.

En la mesa, además de Robby, se encontraban, Manette, Diven y Gabroil. Parecían que estaban en medio de una discusión.

—¿Cómo fue? —preguntó Manette.

—Bien… —respondió Andés —Diven, cambia de turno con Dan y dile que traiga lo que le di el otro día.

Diven asintió, y se levantó de su asiento, saliendo del comedor.

Calima se sentó, como ya era costumbre, había un plato con comida para cuando volvían de los entrenamientos.

—Lanteau fue despedido —dijo Manette —Mañana mismo iré a comprar la fábrica, va a ser muy costoso convertirla en un lugar rentable.

Un golpe de curiosidad tocó a Andés de forma innatural, no parecía ser el único. Calima estaba levantando la mano mientras miraba a Manette, ella la observó, y entendió lo que quería.

—Necesitamos esa fábrica como pie de inicio —dijo —Los tratos comerciales que ya tenemos eran anteriores a... el incidente.

—La puta masacre de mi familia —dijo Gabroil en un tono brusco —No finjas amabilidad.

—... Como decía —continuo Manette —Los tratos con los que comerciamos son demasiado antiguos, así que necesitamos uno nuevo para poner la fachada en marcha. Esa será la adquisición de la fábrica, como es una compra menor, no llegará ningún obligador relevante, lo que sentará una base para poder firmar papeles más importantes en el futuro. De cualquier forma, hiciste un buen trabajo.

—Hablando de hacer buen trabajo —dijo Robby, mirando hacia Andés —¿Lo logró?.

—Ya es lo suficientemente buena como para moverte sin mi ayuda —dijo Andés.

Calima encendió frustración. A ella le molestaba estar aprendiendo demasiado lento. Además, era lo suficientemente inteligente como para reconocer que a estas alturas, como nacida de la bruma, debía de ser capaz de alcanzar a Dana o Andés.

No había forma de decorarlo, era mala con la alomancia física.

—Tampoco te desanimes —dijo Robby —Piensa que eso es algo que algunos no podemos hacer —dijo, sonriendo.

Manette estuvo a punto de regañar a Robby, pero fue interrumpida por Dan, que entró nuevamente al comedor llevando lo que le había pedido, lo cual estaba cubierto en una manta de cuero. Andés tomó la manta y la ubicó en la mesa, al lado de Calima.

—Confío en que tienes la suficiente habilidad para no hacerte matar llevando esto —dijo.

Calima desenvolvió la manta, y abrió los ojos como platos al ver la capa de bruma, muy parecida a la que llevaba a Andés. Lo correcto habría sido darle una capa de inmediato, ser nacido de la bruma es algo con lo que se nace. Pero a falta de un sastre en condiciones, Mern se pasó las últimas dos semanas intentando armar esa

cosa con lo poco que tenían. Además, conseguir la tela que faltaba sin que ningún rumor sé esparcirse fuera de la banda fue una prioridad para Manette.

Calima parecía demasiado sorprendida para comunicar algo.

—Eh niña —dijo Gabroil —Cierra la boca, que pareces estar a punto de desmayarte de la impresión.

Ella cerró la boca, sonrojándose de vergüenza.

—Para ser sinceros lo iba a recibir tarde o temprano —comentó Robby.

Calima tomó la capa, estaba hecha a su tamaño, Andés había pedido que le agregasen algunos bolsillos pequeños en los que ocultar viales y cuchillos.

—¿Quieres probarla? —pregunto Dan —Todavía no es tan tarde.

—Yo tengo trabajo que hacer ahora —dijo Andés —No puedo acompañarla.

—Yo tampoco —continuó Manette —Ya casi es la hora de dormir.

—Yo me ofrezco si quieren — dijo Robby, con una sonrisa bulliciosa.

—Bah —Bufó Gabroil —ya me estaba aburriendo en esta mansión de todos modos.

Gabroil caminó hasta la silla de ruedas de Robby y comenzó a moverla.

—No vuelvan tan tarde —aclaró Manette.

Calima encendió la satisfacción en la habitación, ¿Cuándo se había vuelto tan reconocible su alomancia?. Era impresionante la manera que elegía las emociones exactas para ser reconocidas como extranjeras del momento. Ella terminó su plato y se levantó del asiento, acompañando a Robby y Gabroil.

Los tres salieron de la habitación, dejando un silencio detrás. Andés continuaba quemando hierro, últimamente sentía que era más el tiempo en el que lo tenía encendido que apagado. Podía ver como la silla de Robby y el monedero de Calima salían por la puerta principal.

—Ya se fueron —dijo Dan, rompiendo el silencio.

Manette suspiro y se dejó caer en la silla.

—¿Qué pasó? —preguntó Andés.

—Fisgones —respondió Manette —Los del tipo problemático.

—Como tú —agregó Dan.

—¿Algún intruso?— preguntó Andés.

—No —contestó Dan —Gune los ahuyentó mientras estabas fuera, por fortuna te estaba esperando, pero Donny salió herido mientras intentaban entrar por el lado opuesto.

—Ya no son rumores Andés —prosiguió Manette —Saben que no tenemos nacido de la bruma, no uno competente al menos.

Andés suspiro, ¿Estaba Calima lista para las incursiones más peligrosas?, a

duras penas le podía seguir el paso a la hora de navegar por la ciudad, pero a este ritmo ella correrá tanto peligro como todos si las casas se vuelven a unir para eliminar a los Doulin de nuevo.

—Yo me encargaré —afirmó Andés —los Bechel tienen su plantación a las afueras, en dirección al monte Doriel.

—No pudiste encontrar a nadie para sobornar en su familia —replicó Manette —Iras sin tener ni idea de cuantos alománticos tendrán, sin salidas aseguradas, ni número de guardias.

—No iré solo —respondió Andés.

La habitación quedó en silencio, todos sabían que Calima no era muy apta como nacida de la bruma, además, se notaba que tenía problemas sin resolver en su interior. Aun después de un mes de búsqueda, no encontraron nada sobre su pasado, ni de por qué había decidido no hablar.

—¿Estás seguro de que puede? —pregunto Dan —Sé que te ayuda con los trabajos fáciles, pero esto ya es diferente, nos estamos metiendo con casas intermedias.

¿Estaba seguro?, la realidad era que no, pero la única opción que le quedaba era arrojarla desde lo alto, y tirarse junto a ella para evitar que se estrelle contra el suelo.

—Lo hará bien —respondió Andés —siempre y cuando la vigile.

Habían salido de la mansión. Calima llevaba la capa puesta. Podía ver como los tentáculos de esta revoloteaban entre las brumas mientras caminaba, deslizándose levemente ante el pasar del leve viento. Gabroil la estaba siguiendo llevando a Robby en su silla de ruedas.

—Pero eso no es excusa para dejar la flauta —dijo Robby a Gabroil, que estaban discutiendo desde hacía ya un rato.

—Es simbólico —contestó Gabroil —¿Que iba a hacer?¿Colocarla en su pared? es poético, chico.

—¡Pero era una reliquia importante! —contestó Robby —¿Y si alguien llega y la toma?, no tiene ningún sentido.

—Nadie llegará a robarla —recrimino Gabroil —porque para ese momento el libro ya terminó, sí que eres cabeza dura, la poesía del texto es más importante que lo que comunica.

—Para eso entonces lee poesía —contesto Robby —«Oh, hermano, honraré tu memoria, dejando esta flauta tan importante para nosotros en medio de la nada, cerca de una ciudad desconocida donde cualquier fisgón podrá tomarla sin resistencia alguna».

—¿Y tú crees que puedes escribir algo mejor?.

—Si lo creo —contestó Robby, confiado —cualquiera que piense por unos minutos lo que está contando puede escribir un final mejor que ese.

—Pues te quiero ver intentándolo.

Gabroil se giró hacia Calima, que estaba distraída empujando una moneda en el suelo para ver cómo se veía la capa mientras levitaba.

—Y tú, ¿ya te divertiste? Volvamos que hace frío.

¿Divertirme? ¡Pero si apenas estábamos fuera de los muros!. Calima encendió rechazo.

—No molestes —dijo Gabroil —Tampoco es algo tan relevante.

Para Calima era algo más que solo una capa nueva, puede que no sea tan hábil como Andés o Dana a la hora de tirar y empujar, pero igualmente le había encontrado la diversión al moverse entre las brumas, así que quería probarla bien, como era debido.

—Tú ve —dijo Robby —Cualquier cosa, el que se mete en problemas es él.

—¡Ni se te ocurra! —grito Gabroil —Nos volvemos para la Mansión.

—Vamos, no seas aburrido. Mírala, lleva esperando la capa ya unas semanas

—¿Y tú cómo sabes eso?.

—Me lo escribió anteayer —contestó Robby, levantando los hombros.

—¿Ya aprendió a leer? —preguntó Gabroil, incrédulo —Mentira, ella no presta atención en las lecciones.

Robby sacó un libro que tenía guardado en uno de los costados de su silla y busco una página, mostrándosela a calima.

—Señálame donde dice «Galopando al atardecer, miro el cielo rojo» —dijo.

Calima leyó un poco lento, todavía le era difícil, pero al cabo de unos segundos encontró una de las palabras, y señaló la frase completa. Gabroil se acercó y miró la parte señalada.

—Hmmm… —dijo pensativo —supongo que te lo ganaste de alguna manera. Pero que no te pase nada, que al que matan luego es a mí.

Calima sonrió y encendió gratitud. Inmediatamente después, lanzó una moneda al suelo y se alejó de la mansión, perdiéndose entre las brumas antes de que llegasen a cambiar de opinión.

Hacía tiempo que quería rondar sola. No para alejarse de la banda, después de

un mes ya confiaba en ellos, además sabía que era libre de irse si lo quisiera. Pero en lo que hacer recados se trataba, siempre estaba acompañada, la trataban como una inválida, y en cierto sentido ella se comportaba como tal. *No, esta vez no, disfruta del paseo,* se dijo.

No tardó en llegar hasta la ciudad, le preocupo un poco el hecho de que ella tenía un pésimo sentido de la orientación, pero por fortuna solo necesitaba encontrar una calle principal para volver hasta la Mansión, había recorrido el camino las suficientes veces como para al menos recordar eso.

¿A dónde iría?, realmente no tenía ni idea qué hacer. ¿Se atrevía a fisgonear cerca de una de las fortalezas a las que ya había ido?. Rechazó la idea al instante, se sentía más segura, pero todavía no era capaz de alcanzar a Andés.

Simplemente, se dedicó a saltar de edificio en edificio, eso ya era lo suficientemente, además, debía practicar sus saltos.

Sentía que ya le había encontrado el truco a tirar y empujar, pero seguía requiriendo su total atención. Ahora que no se encontraba en ninguna persecución ni entrenamiento, era mucho más simple de lo que había llegado a imaginar. ¿La línea azul está en la dirección a la que quieres ir? Miras con tu estaño si es un anclaje seguro, y tiras, si el caso es opuesto, empujas.

Entre saltos distraídos, sin darse cuenta, había llegado a la zona más pobre de la ciudad. Por estas calles ella había mendigado hacía más de un mes, por alguna razón, el recuerdo parecía lejano, ¿tan poco había pasado?. Comparado con el tiempo en el que estuvo en las calles… Lo mejor era no pensar en eso.

El lugar era distinto. Las calles gigantes en las que se tardaba horas en caminar de un lado a otro ahora eran fácilmente atravesadas en un par de segundos. Fácilmente olvidables en un mapa mayor. Más obstáculos que sitios en los que habitar.

Al adentrarse mucho más en la zona, fue capaz de ver al final de un callejón a algunos mendigos durmiendo. Calima aterrizó cerca de ellos dejando caer una moneda. Llevaban harapos sucios, además de estar totalmente cubiertos de ceniza. Ella no pudo evitar sentir pena por esta gente, estuvo en esta misma situación después de todo.

Recuerdo la paga que le habían dado no hacía mucho, no sabía qué hacer con ese dinero, con lo que tomó su bolsa y se propuso en dejar cuidadosamente algunas monedas entre las ropas de los mendigos.

Por si las dudas mantuvo la tranquilidad de los mendigos encendida mientras dejaba las monedas, evitando que estos se despertasen.

Calima temía que esta gente entrara en un conflicto por la mañana, al ver

como varios de sus compañeros dormidos tendrían dinero encima. Pero según lo que había visto desde lejos, los mendigos solían ser un grupo unido, normalmente echaban a los violentos y compartían la poca comida que conseguían.

Una vez terminado, Calima dejo otra moneda en el suelo, y se elevó por encima de las casas, todavía procurando no mirar hacia abajo muy seguido. Técnicamente, había superado su miedo a las alturas, en sus entrenamientos cruzaba por lugares muy altos todo el tiempo, pero mirar hacia abajo seguía poniéndola demasiado nerviosa como para concentrarse en sus empujones de acero como era debido.

Camino y saltó por los techos, sin dirección alguna mientras se perdía entre las brumas. No podía evitar preguntarse en cómo podía ayudar a esta gente, ayudarlas de verdad. A pesar de nunca haber interactuado con ellos en su momento, seguía sintiéndose como parte de su grupo. Como ella, esas personas cayeron en desgracia, sin nadie que pudiera cuidarlos.

La paga que recibió no era suficiente para arreglar el problema, ¿acaso la banda pensaba mejorar la vida de esta gente una vez consigan su objetivo?. Calima quería creer que eso era parte del objetivo, pero en caso de que no fuera así, ella sabía que con los años quizá podría lograr algo por su cuenta si conseguía el título de noble.

Se detuvo un momento. ¿A dónde se dirigía?, miró hacia las casas de abajo, esperando no reconocer el sitio… pero no fue así.

Era la calle de su casa.

Calima se paralizó completamente. ¿Cómo había llegado?, el solo hecho de ver las mismas casas revolvía su estómago, la idea de recordar le causaba un dolor en el pecho, pidiéndole que huyera lo más rápido posible.

No quería… No podía… ella sólo podía preguntarse el porqué.

Recordó esa noche, habían cerrado las ventanas para evitar que las brumas se colarán dentro de la casa.

Ya no les tenía miedo, las brumas ya no era algo de lo cual ella se sintiera intimidada. Ella era fuerte ahora, debía ser fuerte, tenía que obligarse a superarlo. Todo el mundo en la banda había sufrido, y seguían adelante.

Calima respiro profundo, y comenzó a caminar por los techos, manteniendo sus ojos fijos en los adoquines del suelo. El estaño causaba que el sonido de su corazón retumbaba en sus oídos como tambores, logrando distraerla del total rechazo que sentía ante la situación.

Al llegar al borde del techo, Calima levantó la mirada de la calle y dirigió sus ojos a donde estaba su casa.

La vio, un lugar sencillo. El techo bajo, una ventana, las paredes agrietadas,

una puerta de madera, y con ella, el recuerdo a su padre, habiéndola en mitad de la noche.

Calima chilló, liberando un grito a todo pulmón, no podía, no con esto. Salió corriendo en dirección opuesta, tapándose los ojos. Se obligó a olvidar, dedicó todas sus fuerzas en estar en otro lugar, en moverse, flotar entre las brumas, no podía parar de llorar.

Fue su culpa, no tenía derecho a olvidar.

Avivó sus metales con fuerza mientras se bebía otro vial. La radiante sensación de calor que causaban la tranquilizaba lo suficiente para no caerse de los techos, obligándola a aferrarse a su alomancia para no perder del todo la cordura.

Voló a toda velocidad hasta encontrar una calle principal, sin prestar atención a qué camino tomaba. Quería olvidar la dirección, no quería volver, no iba a volver.

Al cabo de un rato, encontró una de las calles en las que entrenaba con Andés. De allí, descendió hasta el suelo, y se concentró en caminar, en mirar al suelo, en encender y apagar su estaño, en distraerse, hasta llegar al camino que daba a la mansión.

Capítulo 9

Andés despertó nuevamente con dolor en todo el cuerpo. No le ocurría nada grave, pero entrenar a una nacida de la bruma tenía su precio.

Lo primero que hizo fue tragarse un par de canicas de hierro que tenía en su bolsa, comenzando a quemarlas inmediatamente. Observó las líneas azules saliendo de su pecho en busca de cualquier alteración. Había dejado trozos de metal esparcidos por todo el edificio como medida de seguridad.

Al notar como nada había cambiado, se levantó de la cama rota en la que estaba acostado y se vistió para salir.

No estaba en la Mansión, la verdad era que apenas dormía en ese lugar. Normalmente encontraba algún sitio seguro cerca de su objetivo y se hospedaba allí hasta cumplir con su misión. Esta vez era un tercer piso el cual las escaleras estaban destruidas, haciendo que llegar hasta esa posición fuera una gran dificultad para cualquier no alomántico.

Se acercó hasta la mesa que había improvisado en el sitio, y volvió a revisar los varios papeles que contenían la cantidad de comida comprada por los sirvientes de la casa Bechel. Había alimento para alrededor de ochenta personas, aunque ese número podría variar dependiendo de qué tan bien alimenten a sus soldados, los cuales vivían cerca de la plantación.

Se dirigió a la salida, bajando por las escaleras rotas de un salto, ayudándose con tirones de hierro para no lastimarse al caer. De allí bajó hasta la planta baja y salió a la calle, por fortuna no era muy transitada.

El otoño estaba comenzando, con lo que varios skaa que trabajaban en las plantaciones cercanas se preparaban para las cosechas. Había un aire deprimente en el ambiente, dado que arruinar el alimento al trabajar solía castigarse con la muerte.

Llegó hasta una panadería, no era una muy lujosa realmente, de esas que vendían pan de ayer, o el de la semana pasada. Al entrar, no había nadie atendiendo, así que caminó hasta el mostrador y entro por la puerta que daba a la cocina donde hacían pan. Allí estaba el dependiente, preparando para poner la masa de pan en el horno.

—¿No puedes esperar ni cuarenta segundos? —dijo el hombre, mientras volteaba —Oh, eres tú.

—¿Tienes lo que te pedí?—Preguntó Andés.

—Todavía falta la otra mitad de mi pago.

Andés se acercó hasta el panadero y dejó una bolsa llena de cuartos sobre la mesa. Este la tomó y comenzó a contarlos.

—Bien, parece estar todo —dijo el panadero —El hombre que llegara se llama Mers. Dentro de una hora vendrá a comprar todo el pan sobrante de los últimos días, no tengo idea para que casa trabaja, pero es especialmente meticuloso, dejaré una escoba fuera de la puerta cuando llegue a la tienda.

—Entraré luego por la parte de atrás —Andés le dio la espalda y se marchó sin decir otra palabra.

Camino fuera de la tienda y comenzó a esperar en un callejón cercano, repasando nuevamente lo que sabía antes de infiltrarse. La casa Bechel era peculiar, no eran pobres, tenían varios negocios estables y sus miembros ostentaban un mínimo de prestigio. Pero tampoco estaban cerca de ser una casa grande, era ese terreno entre bien posicionado y apenas a flote. Esa situación creaba una paranoia constante, resultado de saber que si otra casa tuviera la ambición de escalar en el rango social, serias el primer objetivo.

Edlum Bechel entendía eso a la perfección, así que mantenía sus tierras cerradas a fisgones, y sus reportes solo pasaban por manos confiables. Si quería infiltrarse, debía encontrar una buena conexión con la cual enlazarse. Necesito buscar entre la basura para encontrar que compraban en esta panadería.

Luego de una hora, Andés vio como un hombre alto, larguirucho y con ropas gastadas entraba por la puerta, casi lo podría haber confundido por un terrisano, de no ser por su rostro, con facciones casi totalmente nobles. Inmediatamente después, el panadero ubicó la escoba afuera, como había dicho.

Andés se apresuró y caminó rápidamente hacia un callejón al lado de la panadería. Allí sé acercó hasta la puerta trasera, entrando nuevamente a la cocina.

Inmediatamente a su lado había unas ropas limpias junto a una manta de que había dejado el panadero. Las tomó y se cambió con rapidez, habría sido más conveniente haberse quedado dentro y estar preparado de antes, pero el panadero había insistido en no quererlo cerca por mucho tiempo.

Una vez con la ropa puesta, tomó una bandeja con pan que se encontraba cerca y se dirigió a la parte delantera. Allí ambos hombres estaban hablando.

—Deberías ser más cuidadoso con esas cosas —dijo el Mers, el hombre larguirucho.

—Por eso llamé a mi primo —contestó el panadero —Él llevará el pan… —Miro hacia la bandeja que llevaba Andés —Eso está crudo, animal, devuélvelo.

Ya había una bandeja de pan recién horneado en el mostrador.

—Supongo que no es muy listo —dijo Mers.

—La verdad es que no —dijo el panadero en tono despectivo —pero lo compensa quedándose callado, además, no necesitas mucho seso para tirar de un carro.

Andés se asomó por la puerta de la cocina y dejó la bandeja en la primera mesa que encontró.

—Supongo que ya conoce la dirección entonces —dijo mers —le diré a los guardias que le dejen pasar.

El hombre dejó una bolsa de monedas y se fue de la panadería.

—Sube tu el pan al carro —dijo el Panadero —Y vete de mi tienda.

Andés no objeto e hizo exactamente eso, comenzó a llenar el carro el cual se encontraba dentro de la tienda. El panadero se acercó a la puerta trasera, y destrabo una pieza que le permitió expandirla para que el carro pudiera pasar.

Sin perder tiempo, Andés comenzó a tirar del carro y se dirigió hacia las afueras de la ciudad. Apagó su hierro, no sabía si tenían buscadores después de todo. Se sentía raro no tener su hierro encendido, le incomodaba no poder ver las armas o anclajes de emergencia en caso de necesitarlo, pero era lo que tocaba.

Mientras viajaba, paso el rato repitiendo para sí mismo las frases y tonos que le había indicado Manette, había preparado algo para casi cualquier situación. No había terminado de entender aquello de cómo comunicarse como un skaa promedio, entrar en aquella mentalidad le resultaba difícil.

Después de algunas horas de tirar el carro, logro ver las afueras de la plantación. El lugar era extenso, estaba rodeado por una cerca de metro y medio y varios guardias rondaban la zona de entrada.

Al llegar hasta la entrada lo detuvo uno de los guardias que la cuidaba.

—Quién eres y qué traes —exigió el hombre.

—Traigo el pan —contestó Andés.

—Tu nombre —volvió a decir el guardia.

—Soy Esef, señor —contestó Andés, intentando sonar tímido.

El otro guardia se acercó al carro y lo examinó, al cabo de unos segundos hizo una seña a su compañero.

—Bien, puedes pasar.

Andés volvió a empujar el carro y entró en la plantación. El guardia que lo recibió comenzó a seguirlo sin decir palabra, probablemente era por seguridad, Edlum era muy estricto con quien entraba o salía de sus tierras.

Empujó el carro hasta la mansión que se encontraba en el centro. Era un edificio limpio, impecable, se atrevería a decir, podía ver algunos guardias patrullando en las cercanías, algunos entrando y saliendo por algunas pocas puertas abiertas.

Andés sintió repentinamente una mano presionando su hombro.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó el guardia en un tono recriminatorio.

—A entregar el pan.

—El pan viejo va a esas chozas —contestó el hombre, señalando hacia la zona de los skaa.

Andés hecho un último gran vistazo a la mansión, y comenzó a tirar hacia las chozas. Debía encontrar la manera de poder revisar con más profundidad la mansión, pero será difícil ver la oportunidad.

No perdió el tiempo y observo a todos los guardias que veía, tomando notas mentales. Edlum era un hombre inteligente, a diferencia de otros nobles, parecía que trataba a su guardia con respeto. La mayoría llevaban lanzas de calidad, los uniformes bien cuidados y estaban parados de forma rígida. Esto era logrado si los diferenciabas de los skaa normales, lo que explicaba como no encontró a ningún candidato para poder sobornar, sus familias seguramente vivían tan bien como un noble de baja categoría, serán difíciles de eludir.

Paso por al lado de los campos, allí los skaa trabajaban a ritmo lento, había un que otro azote por parte de los guardias que causaba que los trabajadores se apurasen, pero no parecían ser causados con fuerza.

Según los reportes, alrededor de esta época del año podrían ganar la mayor cantidad de beneficios con una buena cosecha, probablemente por eso era que estaban exprimiéndolos todo lo que podían. Lamentablemente, era una táctica efectiva, según había leído. Dejaba tranquilo a sus skaa la mayor parte del año y cuando es la hora, los exprimes para sacar mayor beneficio. Esto lograba no gastarlos para el futuro.

A Andés le molestaba saber que este era uno de los métodos de explotación mas livianos que podían llegar a recibir los skaa en el imperio final. Bechel rara vez mandaba a matar a un trabajador, y solía no molestarse en pedir que a mujeres skaa fueran enviadas a sus aposentos, lo que hacía que trabajar para él fuera una recompensa para el skaa promedio.

Era frustrante saber que había tardado demasiado en reconocer estos abusos. En su vida de noble, apenas tuvo que tratar con skaas, y sentía vergüenza de haberse creído las mentiras que le había contado el mundo sobre ellos.

Al llegar hasta las chozas, un hombre viejo que se encontraba sentando en un escalón se acercó hasta la carreta, comenzando a revisar el interior y ayudando a Andés a moverlo más rápido hasta la estancia.

Andés logró observar que aquel hombre tenía el brazo lastimado, con lo que recordó las excusas que le había dado Manette.

—Cólera azul —dijo Andés, señalando a la herida.

—¿Qué? —preguntó el soldado.

—Esas líneas en su brazo —prosiguió Andés, mintiendo —síntoma de la cólera azul, a mi hermano le agarró, es muy contagioso.

El viejo abrió los ojos y observó su herida.

—N-no puede ser, esto me lo hice ayer

—Tiene sentido —dijo Andés con confianza —entra por una herida y se esparce en veinticuatro horas más o menos.

—Debes estar bromeando —dijo el guardia en todo severo.

—No soy médico realmente, y no me acerque a mi hermano para no contagiarme, es muy probable que me esté equivocando. En cualquier caso, si mañana el brazo está azul, significa que lo tiene.

—Tú —exigió el guardia, señalando al viejo —Aléjate del pan.

—Pero…

—Quédate aislado hasta que lo confirme con el médico, y llama a alguien para que te reemplace.

El viejo asintió con la cabeza y caminó hasta una de las casas.

—Si quieres yo puedo repartir el pan —dijo Andés, antes de que el viejo llamase a alguien.

El guardia pareció sorprenderse, lo que era esperable, ¿Quién en su sano juicio aceptaría trabajar cuando podría estar descansando?.

—La verdad es que me quiero ir lo antes posible —remato Andés, por supuesto, esa lógica no tenía sentido, él solo debería dejar el pan, no tenía por qué hacerlo choza por choza.

—… Tienes razón —contestó el guardia con una leve sonrisa —Baja otra bolsa más aquí y vamos para el siguiente sitió.

El guardia se separó un momento, acercándose a otro que se encontraba en la cercanía. Probablemente, le dijo la situación, ya que este comenzó a caminar hacia la mansión.

Para cuando volvió el guardia, Andés ya había bajado la bolsa de pan, con lo que comenzó a tirar del carro inmediatamente.

Mientras caminaba, prestó atención a las rutas de los centinelas. Eran extremadamente cerradas, probablemente estén entrenados para vigilar con esa intensidad aun con las brumas fuera, lo que dificultará con creces su entrada. Debía intentar otro enfoque.

—¿Es difícil? —preguntó Andés.

—¿Cómo? —preguntó el guardia.

—Eso de ser soldado… me estaba preguntando si yo sería capaz…

—Lamentablemente no, chico —dijo el guardia con prepotencia —se necesita mas que esos músculos que tienes para combatir, solo unos pocos privilegiados tienen lo que se necesita.

—Entiendo… —Andés se esforzó para sonar lo más confundido posible dentro

de sus capacidades —¿Entonces hay muy pocos de ustedes?.

—Somos un número respetable —contestó el guardia con seguridad.

—Puede que no sea para mí —comentó Andés —parece que los dejan parados al sol todo el día sin hacer nada.

—Es mejor que trabajar en los campos.

Andés llegó hasta la otra choza y comenzó a bajar las bolsas, lo hizo en silencio, no quería cansar al guardia o sonar sospechoso.

Cuando volvió a empujar el carro, comenzó a observar a la guardia cerca de la mansión, memorizando el número. Intento hacerlo siempre que su acompañante no estuviera mirando, y al cabo de media hora dejo la última bolsa de pan.

—Buen trabajo, ahora tienes que irte —exigió el guardia.

Andés asintió y comenzó a tirar nuevamente del carro hacia la salida. Esta era la parte importante.

—Me olvidé preguntar antes —dijo, con un tono curioso en la voz —¿Pero también vigilan en las brumas? Eso es algo que sé que no podría hacer.

—Depende del turno, pero si te ordenan hacerlo, lo haces.

—Probablemente no se necesiten tantos como de día. O sea, ¿Quién en su sano juicio vendría por la noche?

—No creas que es tan simple —dijo el guardia con orgullo —no todo el mundo le tiene miedo a las brumas, así que se necesita tanta guardia como de día para cubrir la noche.

Ahí está. Lo bueno del adoctrinamiento de Edlum es que aumenta demasiado la autoestima de sus guardias. Manette le había dicho. «*Pregúntales sobre de lo que están orgullosos y te lo enseñaran»,* aunque necesito varios intentos con este guardia para soltarle algo útil a pesar del consejo.

—Supongo que tienes razón, no soy lo suficientemente hábil para ser soldado —dijo Andés, finalizando la conversación.

Llegó hasta la salida junto al guardia. Había perdido demasiado tiempo y ya estaba atardeciendo, con lo que hizo un pequeño saludo con la cabeza a los demás guardias y se fue de la plantación con lo poco que había conseguido.

No estaba en posición de fisgonear, el nivel de seguridad era bastante alto, y no parecía cambiar por la noche. Claro, el guardia bien podría estar mintiéndole, pero era poco probable dada la rigidez con la que trato algo tan simple como dejar pan a los skaa.

Con el carro vacío, el camino fue mucho más rápido, llegó antes del anochecer. Al pasar por la panadería para dejar el carro, esta estaba cerrada, así que decidió dejarlo allí, no era su problema después de todo.

De cualquier manera, no había terminado por hoy, así que se dirigió

nuevamente su escondite.

—¡No! —exclamó Gabroil— ¡Esa cuchara es para postres!.

Manette estaba observando la instrucción de Gabroil sobre etiqueta. Ella ya sabía comportarse como noble, pero esto se escapaba por completo de sus conocimientos, y los demás… se podía resumir en que el salón estaba lleno.

—¡Pero se ve igual que las otras dos! —grito Dana, que fue quien se había equivocado, se encontraba en una mesa de prueba como ejemplo para los demás —¿Realmente alguien va a notar si usamos la cuchara incorrecta? Para mí es puro cuento. ¡Y yo también soy noble!.

—Verdad, esto es totalmente inútil —agregó Hef, que estaba en la multitud más al fondo del comedor.

—Primero, si se va a notar, los cubiertos fueron hechos para tipos de platos específicos —dijo Gabroil, caminando de forma posesiva de un lado a otro —Además de que los nobles se fijan en cosas como esas.

—¡Mentira! —grito Dana.

Gabroil se detuvo a mirarla de forma despectiva, para luego volver a preparar su garganta y continuar.

—Como decía —dijo, mirando a la multitud —los nobles de «alta cuna» se fijan en esto. Es la forma en la que se juzga la categoría de con quién estás tratando.

»Segundo, no es inútil. Por cada tipo de comida, se necesita lavar los cubiertos de forma específica, y es normal que se haga a montones, así que tener un cubierto de postre ensuciado con caldo, y vise versa, va a dificultar todo el proceso a la hora de lavarlo.

Gabroil se pasaba horas organizando esta práctica cada semana, así que era normal que sé encuentre tan alterado. Aun ante las quejas de varios de los presentes, Manette insistió en preparar las clases intensivas, era importante señalar estos detalles, si los ojos de las demás casas iban a comenzar a ponerse sobre ellos, entonces tendrían que comenzar a actuar como verdadera aristocracia.

—Ahora, ¿Quién me puede decir para qué sirve este tenedor? —pregunto Gabroil.

—Es para los mariscos —contestó Pit. Era de esperarse, él es un chico bien aplicado, de mejor categoría que los demás se atrevería a decir, aunque pecaba de ser demasiado crédulo.

—Bien, ¿Qué hace si no está el cubierto necesario en la mesa? —pregunto Gabroil, mirando a Pit.

—Ehhh… ¿Lo pides? —contestó con inseguridad.

—Incorrecto —dijo Gabroil con una leve sonrisa, Manette podía intuir que él había practicado esta parte de antemano —pero tranquilo, era una pregunta trampa. Recuerden esto, la alta nobleza se trata con sutilezas y apariencias, si te invitan a cenar, y no tienes los cubiertos adecuados en tu mesa, eso es una horrible falta de respeto. Ahora, bajo ningún punto de vista acepten esa comida, sería rebajarse y podría causar que la reputación de tu casa entera fuera gravemente dañada.

—¿Por algo tan tonto como comer? —preguntó Dana.

—¡No! —exclamó Gabroil —por algo tan grave como permitir que te degraden. Si alguien los llega a ofender de esa manera, no pueden dejarlo pasar, pero tampoco pierdan la cabeza.

—Estoy confundido —dijo Dan que estaba al fondo del comedor —¿No que íbamos a aprender como comer?.

—¡Eso estamos haciendo! —grito Gabroil.

—Lo siento… esto es demasiado para mí —dijo Dana, levantándose de la mesa.

Gabroil se sentó derrotado en la silla. Esto era un desastre, Manette pudo notar cómo todos se encontraban confundidos mientras en la sala comenzaba a llenarse de susurros, los cuales no tardaron en desembocar en el bullicio habitual que tenía el comedor.

Esta vez no era culpa de Gabroil. Realmente era un tema complicado y ella no sabía cómo explicar los comportamientos aristocráticos, solo como imitarlos. Lo cierto es que incluso lo de los cubiertos la tomó por sorpresa.

Fue distraída de la lección por el sonido de la puerta abriéndose a su lado. Andés parecía haber llegado, y caminó directamente hasta donde se encontraba Manette.

—¿Cómo fue? —preguntó ella.

—Te daré los detalles más tarde… ¿Qué están haciendo aquí?.

—Gabroil nos está explicando lo que significa comer en la aristocracia —explicó Manette, señalando hacia la mesa —Incluso yo estoy perdida, ¿Realmente es un insulto que no te den el cubierto correcto?.

Andés observó la situación por unos momentos, fijando su mirada al ver a Calima, la cual parecía estar bastante agobiada. Andés pareció decidirse a hacer algo, dado que se acercó hasta la mesa principal donde Gabroil estaba enseñando su ejemplo.

—Ahora no vengas a molestar —dijo Gabroil.

Andés se quitó la capa de bruma e hizo una seña a Sall, que estaba suficientemente bien entrenado como sirviente para reconocerla y tomar la prenda y apartarla.

—Está bien, una vez más —dijo Gabroil con un suspiro.

Andés se sentó, y acomodo los cubiertos en el orden correcto, tomando una postura perfecta, cambiando casi totalmente su lenguaje corporal.

—A de ser verdad, señor Doulin —dijo Andés, utilizando un tono refinado —La falta de coordinación que encuentro en sus sirvientes me parece abrumadora.

Gabroil arqueo una ceja en sorpresa, se acomodó nuevamente en su asiento y tomó una postura similar a la de Andés.

—Son los aprendices —contestó Gabroil, mirando a Andés a los ojos —creo que usted será capaz de esperar un rato extra por la comida.

—No hará falta —contestó rápidamente Andés —de igual manera no disfruto de los mariscos cuando me encuentro fuera de mi casa.

—Oh, mil perdones señor…

—Bukiel, Clarence Bukiel —dijo Andés con prepotencia —se lo repito porque quizá sus sirvientes también fueron deficientes en comunicarle quién era.

La sala comenzó a callarse un poco, no era común que Andés se quitara la capa de bruma, y menos común aún que hablara por largos periodos de tiempo.

Manette sabía que Andés era parte de la nobleza en la dominación central, y que estaba bien versado en la política y las guerras de casas que normalmente sucedían en Luthadel. Pero no esperaba que también tuviera un buen agarre en el habla de la corte.

—No culpándome directamente, ¿eh? —dijo Gabroil en voz alta, para hacer entender a todos lo que estaba sucediendo —¿Temes a mi casa como para causar una ofensa directa?.

—Quizá tengo negocios contigo —Agregó Andés, volviendo por un momento a su tono neutro —así que insultó a tus sirvientes para hacerme respetar, pero no entrar en hostilidad inmediata.

—Claro, yo no tengo manera de saberlo —dijo Gabroil observando al público, indicando que era importante —Así que voy a tener que averiguarlo —se volteó nuevamente hacia Andés y tomo una posición para discutir.

»Mis más sinceras disculpas Bukiel, pero yo siempre soy consciente de quienes entran a esta casa y como tratarlos de manera merecida.

—«Señor» Bukiel para usted, si no es tan difícil de recordar —contestó Andés nuevamente con el tono prepotente —además, lamento decirle que no sabe verdaderamente cómo tratarme, para eso debe conocerme.

Gabroil se giró para explicar nuevamente de que se estaba hablando, antes de

hablar, vio una mano levantada.

—¿Sí, Pit?.

—Esto… usted no lo llamó «Señor» para hacerle menos, ¿verdad?, además de que él luego le corrigió para indicarle que no tenía miedo en desafiarlo, creo.

—Correcto, pero está faltando algo más, ¿no creen? —preguntó Gabroil con una sonrisa.

La habitación quedó en silencio por unos segundos. Manette conocía la respuesta, pero ella entendió que parte de la acción consistía en hacer que el grupo sacará sus propias conclusiones por su cuenta.

—¿También hablaron de alguien metiéndose donde no debe? —pregunto Dan desde el fondo.

—Casi, pero no —corrigió Gabroil —Tienes razón en pensar eso cuando digo, «Siempre soy consciente de quién entra a esta casa». Pero realmente esa afirmación puede desembocar en muchas respuestas dependiendo del contexto —Gabroil noto como empezaba a confundir a su audiencia —Miren, lo diré más simple, digo «Sé quienes entran y como tratarlos» para ver cual es su respuesta a esa afirmación, puede mentirme y «decir» que tiene a alguien infiltrado, o quizá que aceptar mis palabras e irse, o, como acaba de hacer, marcar que «No lo estoy tratando como debería», significando que tiene algo que ofrecer.

—Entonces puedes continuar con algo como «Oh, usted ya tiene una buena fama según lo que he escuchado» —dijo Dana levantando la mano emocionada —Para decir que conoce la oferta y que no está interesado, ¿verdad?.

—Es una buena respuesta —dijo Gabroil, inclinando la cabeza —pero recuerden, asuman que la persona con la que hablan sabe algo que ustedes no, además, si ya conoces la oferta, tienes espacio para maniobrar y quizá sacar algo interesante.

La mayoría parecía comenzar a entender esta sutileza. Esta era uno de los motivos por los que Manette había decidido aliarse con Gabroil, siempre parecía tener un terrible temperamento, pero en verdad esa era su inseguridad manifestándose. Cuando se encontraba relajado, solía comportarse como una persona amable la gran mayoría del tiempo.

—Todavía no entiendo por qué no hablan del tema directamente —dijo Hef —¿Por qué demonios no hace la oferta y no deja de perder el tiempo?.

—Como verás —comenzó a explicar Gabroil —esto trata de un combate de ingenio, no mostrar tus cartas ni emociones. Además, este es un ejemplo obvio, pero en casos reales estas discusiones suenan como conversaciones normales, haciendo posible discutir temas sensibles en lugares públicos, como en bailes o centros de negocios, donde siempre hay un oído atento a los chismes.

—¿Me estás diciendo que hablan en galimatías a propósito? —preguntó Dana, quien, a pesar de ser noble, no era entendida de los asuntos de la corte.

—Hay algunos que hablan de esa manera solo para sentirse importantes —respondió Gabroil —tengan cuidado, comunicarse de esta forma cuando no tienes realmente nada que decir va a lograr que los vean como idiotas. Ahora, la forma de hablar, van a tener que practicar su léxico.

—Gabroil —dijo Manette desde atrás —Sabes muy bien que la mitad de esta sala no sabe que significa «léxico», además de que tú no eres el mejor ejemplo para enseñarles.

—No seas idiota —respondió Gabroil —si estuviera hablando con algún alto señor, obviamente cambiaría mis palabras. Pero si tanto dudan de mí, por fortuna siempre pueden aprender leyendo un diccionario.

—¡Pero si no sabemos leer! —exclamó Diven.

—Hay algunos por aquí que sí saben —respondió Gabroil, levantándose de su asiento —así que ayúdense entre ustedes, a mí no me molesten con eso. Ahora, por aquí término hoy, la próxima comenzamos con historia esencial, me vuelvo a mis aposentos

Andés se levantó de su también mientras todos en la habitación se separaban, recogió su capa de bruma y caminó hasta Manette.

—Se nos hace tarde —dijo Andés.

Manette suspiro y comenzó a salir de la habitación junto a Andés, quien le hizo una señal a Calima para que los siguiese, acompañándolos hasta el pasillo.

—¿Qué conseguiste? —preguntó Manette.

—Una seguridad muy cerrada —dijo Andés —probablemente tienen brumosos, pero no descubrí cuantos ni de qué tipo. Puedo estimar la cantidad de guardias que habrá por la noche, y me hago una muy buena idea de las rutas

—¿Los skaa?.

—Totalmente oprimidos —contesto Andre —pero se aseguran de no matarlos a latigazos, no ejecutan a sus heridos, les permiten descansar.

—Entiendo… será una infiltración difícil, ¿Verdad?.

—Sí, ¿Tú estás preparada? —preguntó Andés, volteandose a Calima.

Ella estaba callada en lo que respecta a su alomancia emocional, llevaba así todo el día y parecía que algo le estaba pasando. De igual forma Manette sintió como confianza y afirmación se encendieron en su interior. Pero en el rostro de la chica seguía diciendo otra cosa.

—Mejor no —dijo Manette —Espera uno o dos meses más, ella solo lleva uno de entrenamiento después de todo.

—Creí que estábamos sin tiempo —respondió Andés.

—Es verdad, pero mejor esperar que arriesgarme a perderlos a ambos.

Manette sintió una fuerte objeción en su interior, Calima la estaba mirando levemente enfadada ¿Había ella entendido que era la razón de la decisión?. Se aseguraba de no ser una persona fácil de leer, pero a la niña no encontraba dificultad en hacerlo, lo que tenía sentido debido a su habilidad con la alomancia emocional.

—No es por ti —mintió Manette —Simplemente no es un riesgo que esté dispuesta a dar, si tanto te preocupa que se retrase, ayuda a Andés a conseguir información.

Calima observó a Manette y asintió, encendiendo confianza. Andés le hizo una seña para que se prepare a entrenar, con lo que ella se retiró a su habitación a recoger su equipamiento.

—Algo anda mal —dijo Manette una vez Calima se encontraba lejos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Andés.

—No ha parado de beber metales desde hoy a la mañana —Dijo Manette, preocupada —además, Gabroil dijo que ella se fue a explorar la ciudad por su cuenta.

Algo le había pasado a Calima, no culpaba a Gabroil por dejarla ir a rondar por la ciudad, ella podía hacerlo si quería. Pero parece que vio algo que le afectó de manera negativa.

Los informantes que había contratado apenas pudieron darle información acerca de Calima. Solo consiguieron unas pocas palabras de testigos sobre como ella lleva desde hace aproximadamente ocho meses mendigando.

Una vez Calima volvió, Andés le lanzó una mirada a Manette, fue suficiente para indicarle que él había entendido la gravedad de la situación.

Mientras ambos se alejaban para entrenar, Manette seguía sin poder quitarse el mal gusto del cuerpo. No se trataba sobre que la niña se convirtiese en una nacida de la bruma proficiente, peligraba su desarrollo como persona. Y si no hacían algo al respecto…

Su mente dejó de pensar inmediatamente al escuchar el sonido de una ventana rompiente, acompañado inmediatamente por un grito.

Capítulo 10

Andés subió las escaleras a toda velocidad, tenía una idea general sobre la dirección del grito. Una vez arriba, vio la silueta de una persona corriendo al final del pasillo, y junto a ella logró divisar sangre en el suelo.

Apresurándose, se atrajo rápidamente hasta el lugar usando los anclajes que tenía por toda la mansión. Allí se encontró con Gune, estaba desangrándose en el suelo, tenía el cuello rasgado. Con una mano intentando tapar la herida, mientras que con la otra señaló hacia la dirección que se había ido el hombre.

Esto era una emergencia, por esa dirección está la habitación de Gabroil. No esperó un momento y se echó a correr hacia esa dirección, ya ayudaría Gune más tarde.

Se atrajo a toda velocidad por los pasillos, hasta llegar a una intersección, logrando vislumbrar la habitación, y a dos hombres. Uno de ellos abrió la puerta de una patada, con lo que Andés no esperó y comenzó a correr.

Escuchó otro grito detrás de él, era el de una joven.

¡Maldición!

Andés volvió sobre sus pasos rápidamente y se asomó hacia el final del pasillo. Calima se había encontrado con Gune, además, podía ver a Dan corriendo escaleras arriba. Sin perder ni un segundo más volvió en dirección a la habitación y corrió a todo pulmón.

Allí se encontró a los dos hombres, uno empuñaba una espada, mientras que el otro, mucho más grande, disparaba una hondonada de monedas hacia Andés al momento de asomarse, como si lo estuviera esperando, era un lanza monedas.

Gabroil, que parecía tener una herida profunda en el brazo, se defendía únicamente con la silla de su escritorio, la cual ya estaba partida por la mitad. Andés atrajo las monedas que surcaban el aire y las redirigió hacia su pecho, donde tenía su placa de madera.

El hombre de la espada se propuso a dar un golpe decisivo a Gabroil, pero antes de que el ataque alcance su objetivo, Andés logró atraer el arma mientras se agarraba a la pared, la fuerza fue descomunal.

Andés estaba en buena forma, y aun así sintió como era mucho más de lo que una persona de su tamaño debería de lograr.

¡Un brazo de peltre! Eso lo explicaba, Gune era el uno de los mejores duelistas que había conocido, y era tan atento como para verlo siempre venir, además de estar entrenado como mata brumosos, si alguien podía con él, era un brazo de peltre igualmente entrenado.

Desenfundando su espada, Andés atacó la espalda de aquel hombre mientras atraía la bolsa de monedas de su oponente, este la tomo con fuerza para evitar que se la arrancara de las manos, mientras que el brazo de peltre se volteaba para bloquear el ataque sorpresa. Andés hizo fuerza reflejando la espada de su adversario mientras encendía su hierro, y utilizando al brazo de peltre como ancla, logró arrebatarle el monedero al lanza monedas.

Gabroil corrió y saltó por encima de su cama, el brazo de peltre se apartó de Andés, intentando darle un tajo al noble con todas sus fuerzas. El golpe estuvo a punto de impactar, pero Andés volvió a atraer la espada, esta vez también atrayéndose a un farol de fuera.

Sintió casi como se partía a la mitad, atraerse a dos anclas fijas era dañino para su cuerpo, pero aun así dio sus frutos, la espada del atacante se resbaló de sus manos, y Andés la atrajo a toda velocidad, separándola de su portador. El lanza monedas intentó aprovechar para manipular la espada y cortar a Andés desde la distancia, pero por fortuna el ángulo le permitió evadir el corte con un simple tirón a los clavos de la habitación adyacente.

El brazo de peltre por fin se centró totalmente en él, este tomo un trozo de la silla que había utilizado Gabroil, se acercó con la intención de golpearlo con intensidad. En respuesta, Andés tomó un puñado de monedas y las lanzó mientras se atraía a un trozo fuera de la habitación para esquivar el golpe. Era una habitación grande, de las más grandes de la mansión para ser específico, con lo que tuvo espacio para maniobrar.

El asesino ni se molestó en esquivarlas, ya que su compañero no tardó en usar esas monedas en su contra, estas volaron cerca del rostro de Andés mientras el brazo de peltre aprovechó de nuevo con un ataque rápido en diagonal, el golpe pegó en su placa de madera que de no haber estado le habría partido las costillas.

El hombre volvió a atacar a toda velocidad, esta vez apuntando a la cabeza, Andés no perdió ni un solo segundo y se deslizó hacia atrás mientras atraía una de las monedas que acababa de lanzar para atacar el violento por la espalda, esquivo el ataque, pero la moneda fue desviada por su otro oponente.

El brazo de peltre se preparaba para atacar mientras su compañero se posicionó detrás de él, empujando todo el metal que llevaba Andés encima. Este cayó al suelo por el empuje, lo que le dio a al violento la oportunidad perfecta para rematarlo, pero el ataque fue interrumpido por Gabroil, que había tomado la espada y la empuño de forma amenazante para ahuyentar al asesino.

Andés se levantó con rapidez y se deshizo de todo el metal que llevaba encima, incluyendo la pechera de madera, ya que las monedas incrustadas le servirán de anclaje a su enemigo. Gabroil se mantuvo firme junto a él, pero Andés sabía que

eso era gracias al peltre, él realmente no era un peleador, lo que fue demostrado cuando soltó la espada al ser empujada por el lanza monedas. Gabroil se echó a correr inmediatamente hacia fuera de la habitación, no podía culparlo realmente, no era un soldado y lo mejor era que estuviera a salvo.

Ambos intrusos aprovecharon e intentaron atacar a Andés ahora que estaba solo, él esquivó el ataque del Brazo de peltre por los pelos, pero él lanza monedas había aprovechado para tomar la espada caída y darle un corte en la pierna.

Por fortuna, Andés había logrado atraer la espada, desviando levemente la trayectoria del ataque y mitigado los daños. De igual manera, la situación no pintaba nada bien. Intentó retroceder hacia fuera de la habitación atrayéndose a las paredes, pero fue perseguido con rapidez, obligándolo a detenerse para cambiar su rumbo a uno más difícil de predecir.

Una vez bien posicionado, atrajo el resto de monedas de un solo golpe, las cuales se dirigieron hacia ambos oponentes, utilizó esa leve distracción para salir por la puerta, no sin antes recibir un leve golpe en el brazo proveniente del violento, el cual casi lo lanza al suelo.

En el pasillo, el lanza monedas recogía ambos monederos del suelo, mientras que el brazo de peltre apuro una estocada. Esta iba dirigida a su pecho, con lo que Andés se atrajo hacia abajo, evitando el golpe pero cayendo de espaldas hacia el suelo. El violento se abalanzó hacia él mientras su acompañante le disparó una hondonada de monedas, Andés tiró desde el suelo hacia un lado de la pared mientras tiraba del monedero, arrebatándolo del tirador y golpeando al violento en la pierna.

Este no se inmutó y pego un salto hacia Andés, pero en lugar de atacar tuvo que esquivar un espadazo repentino que lo esperaba desde el borde de la esquina. Dan había llegado y llevaba un bastón de duelos junto a un escudo de madera.

Andés aprovechó y se levantó con rapidez, tirando de la espada modificada que había soltado. El lanza monedas intentó aprovechar para golpearle con ella, con lo que Andés dejó de tirar con un movimiento veloz, atrapando la espada que viajaba a toda velocidad.

Una vez con la espada en mano intentó golpear al brazo de peltre que estaba concentrado con Dan, como era de esperar, se encontró con otro empujón de acero que atentaba con detener su ataque, con lo que apretó el pequeño interruptor, liberando la parte metálica de la espada, acertando un golpe sorpresa en la cabeza del violento que confiaba en que su compañero lo defendiera de armas metálicas.

Con el intruso aturdido, Andés y Dan comenzaron a arremeter con golpes que tirarían al suelo a cualquier persona normal, logrando hacer retroceder al brumoso. Este recuperó su balance y pegó una rápida estocada hacia Dan, golpeando su escudo. El ataque rompió con la defensa, dejándolo expuesto a un remate, Andés

intentó evitar que arremetiera nuevamente apuntando a la cabeza, pero fue sorprendido por una moneda que surcó el aire interrumpiendo su paso.

El violento comenzó a apuntar su ataque hacia Dan, el cual todavía se encontraba aturdido, pero fue abruptamente interrumpido por una flecha que atravesó su pecho a toda velocidad, deteniendo al intruso.

Hef había llegado junto a otro de los guardias equipados con armas mata brumosos.

El mismo instante en el que Dan recobró el equilibrio, arremetió a la cabeza del violento, el cual se cubrió al instante. El ataque había resultado ser una finta cuyo objetivo fue la herida de flecha en su pecho, lo cual lo obligó a retroceder otro paso más. Una vez distraído, el hombre fue recibido nuevamente con otra flecha, que le atravesó el ojo, matándolo en el acto.

El lanza monedas vio como su compañero había caído, con lo que comenzó a escapar empujando la bolsa de monedas la cual le habían arrebatado, dirigiéndose al final del pasillo. Andés tiró de todo el metal que se encontraba en aquella dirección, atravesando el lugar a toda velocidad. El hombre también empujó todo a su camino, pero Andés lo alcanzó de todas formas, golpeando al intruso con su bastón de duelos en la pierna.

El ataque lanzó a su oponente al suelo, pero este se puso nuevamente de pie, volviendo empujando todo metal que se encontrara debajo de él, prosiguiendo su escape. Mientras tiraba, Andés volvió a golpear al lanza monedas, y como si de un latigazo se tratase, logró escuchar el sonido de la madera golpeando la piel.

Lamentablemente, no fue suficiente para detenerlo. El intruso se empujó hacia la ventana más cercana, rompiéndola y saliendo del pasillo. Andés no se detuvo, y como una resortera, salió disparado desde la ventana

El hombre, a falta de anclajes, empujo los metales de la mansión mientras corría hasta llegar a una de las rejas, allí se elevó y junto al anclaje de la casa, saltó la muralla.

Andés no se quedó de brazos cruzados, había comenzado a tirar de la misma reja y una vez ganada la suficiente velocidad, se ayudó con trozos metálicos que había dejado sobre la muralla para atraerse y propulsarse igualmente sobre ella, utilizando sus piernas para evitar el impacto y desviar su trayectoria.

Esto le dio el suficiente alcance para tomar la pierna del intruso, el cual se había elevado varios metros en el aire. Antes de que este reaccionara, se agarró de la ropa y comenzó a tirar de las varias monedas que tenía esparcidas por la zona, el lanza monedas las empujó, anulando la atracción mientras intentaba sacárselo de encima con codazos. El agarre de Andés hizo de anclaje, lo que resultó en una competencia entre hierro y acero.

Ambos brumosos encendieron con todas sus fuerzas sus metales, el empuje del lanza monedas solo evitaba que pudiera zafarse del agarre, ya que el hierro en esta situación actuaba como un gancho que lo atrapaba, utilizando su empuje en su contra.

Andés dejó de concentrarse en todas las monedas, y comenzó a tirar de la pared de la mansión en su lugar. La súbita atracción, junto al empuje del lanza monedas, los llevaron a toda velocidad hacia la pared. Andés reaccionó primero y desde el torso de aquel hombre le hizo una llave, rotando el cuerpo en el aire usando un pequeño tirón de hierro y estrellando a su oponente contra la pared, partiéndole el cuello.

Estaba demasiado alto, con lo que Andés soltó el cuerpo, atrajo a los metales que se encontraban dentro de la mansión, disminuyendo levemente su caída y aterrizando lentamente de espalda a la pared junto al cadáver.

Había terminado. Al aterrizar el bajón de adrenalina lo asaltó de golpe, tirándolo al suelo sin oportunidad de resistencia. El golpe que se había dado con el muro, aun teniendo a su oponente como escudo, lo dejó en un terrible estado, sentía como se le había dislocado el brazo.

De igual manera, se arrastró hacia el cadáver, una vez cerca pudo distinguir que este no solo tenía el cuello roto, sino también la cabeza totalmente destrozada ¿Por qué no había empujado la pared?. Andés noto que apenas podía ver con sus ojos, la bruma era especialmente espesa, con lo que no era sorpresa que aquel hombre no hubiera visto venir la pared. Con la vuelta que habían pegado en el aire era normal marearse y perder el sentido del arriba y él abajo.

En el cuerpo encontró un pergamino, Andés se lo guardó en el abrigo. Después lo revisaría

Al cabo de unos segundos, Dan, Hef y otros soldados salieron corriendo con linternas. Andés tiro de los faroles para señalizar su posición, estos no tardaron en llegar hasta él.

—Maldición ¿Estás bien? —pregunto Dan

—No —respondió Andés, su voz completamente cansada —Tuvimos que estrellarnos contra la pared.

Dan dio una seña a sus hombres, marcando que vuelvan a sus puestos. Sall se acercó a Andés y evitó que Dan lo levantase, comentando a revisar la herida.

—Gune murió —dijo Dan.

—Vi el corte en el cuello —Andés se quedó callado por unos segundos, consideraba a Gune un buen amigo

—Era el más atento de todos —dijo Dan —seguro él fue quien los escuchó primero, gracias a él salvamos a Gabroil.

Una vez revisado, con una seña Sall dio el visto bueno para llevarse a Andés, comenzando a cargarlos por las brumas hacia la puerta.

—La niña vio el cuerpo —dijo Dan.

—Lo sé —contestó Andés, frustrado.

Estaba todo el personal reunido en el salón principal, donde hacía no más de una hora Gabroil había dado su clase, esta vez, había tres cuerpos ocupando el centro. No era que quisiera hacer una exhibición, tener a uno de tus amigos muerto en frente de ti no era algo que valiera lo que sea que aprendas de la experiencia, pero esto era un problema que los incumbía a todos, era un punto de no retorno.

Obviamente, Manette pido a los guardias que se quedaran fuera vigilando, era probable que el peligro no hubiera terminado, Dan había decidido vigilar, mientras que Hef rondaba la casa con varios faroles encendidos, solo por si las dudas.

—Maldición… —dijo Dana —Alguien nos vendió.

Manette sintió como la tensión en la habitación escaló hasta el cielo, no podía culparlos, era la conclusión más lógica, pero…

—Si tuviéramos un traidor nos habrían matado a todos —corrigió Manette —Entre nosotros nunca revisamos la comida que podría ser fácilmente envenenada, además de que Gabroil organiza la clase el mismo día de la semana, lo más probable es que tuvieran a un ojo de estaño vigilando que días la guardia tenía una debilidad

Nadie respondió, sabían que lo más probable era que tuviera razón. No había nadie más cuidadoso que Manette para elegir a sus aliados. Pero ese hecho también era malo a su manera. Esto no era culpa de un traidor del que pueden deshacerse, esto era su culpa, la culpa de todos, indicaba que las demás casas ya los consideraban como una posible amenaza, con lo que ataques como estos serán cada vez más frecuentes y enfrentarse a esa realidad es difícil.

—Esto es a los que nos enfrentamos —dijo Manette —Gune era un soldado, uno valiente, además de atento y escurridizo. Si está muerto es porque peleó hasta el final. Yo no los retendré de manos, si se quieren retirar, adelante, la realidad es que este tipo de ataque se volverán más comunes. Si tenemos suerte, no habrá más muertos, pero está en ustedes tomar el riesgo.

La habitación quedó en silencio, nadie pareció querer decir ni una palabra.

Manette le había contado a todos los presentes el peligro que suponía esta estafa, pero ahora que veían las consecuencias de cerca, era probable que alguno llegara a la conclusión de que el estatus de noble no valía perder sus vidas.

—Por ahora todos vuelvan a sus puestos mientras lidiamos con los cuerpos —dijo, procurando que ninguno tomase una decisión apresurada.

Los presentes hicieron caso a la orden y comenzaron a dispersarse a sus diferentes actividades, a excepción de Andés y Gabroil. Este último estaba sentado en un asiento, con la mirada totalmente derrotada. Manette sabía lo que había pasado, Gabroil escapo, eso parecía no ser una sorpresa para nadie, nadie excepto él mismo.

—Si supera defenderme no te habrían herido la pierna —dijo él finalmente.

—Eso es verdad —contestó Andés, con una voz fría.

Gabroil estuvo a punto de replicar, pero Manette vio como se arrepintió al último momento, ¿qué iba a decir? ¿Negarlo?. No, era cierto que, como brazo de peltre, era un inútil.

—Pero eso no habría evitado la muerte de Gune —terminó diciendo Andés.

Gabroil lo miró por unos segundos, y asintió para sí mismo.

—Mañana mismo comienzo a entrenar —dijo.

Manette dedujo que lo más probable es que fuera en serio, la humillación y el orgullo movía a este hombre como a ningún otro. Andés asintió y caminó hasta la mesa más cercana, allí, tomó unas hojas que tenía en su capa y las dejó en la mesa.

—Lo saqué del lanza monedas mientras lo traían.

Manette se acercó a mirar las hojas, eran recompensas, por la cabeza tanto de Gabroil como la de Manette. Estos hombres eran mercenarios, alguna casa los había contratado pensando que serían suficientes.

—Tendrás que dejar a los Bechel de lado —dijo Manette —Investiga quién es el responsable de este ataque.

—Será difícil —contestó Andés —probablemente no tengan ninguna pista encima, además de que la búsqueda puede no llegar a ningún lado, resultando en una pérdida de tiempo valioso

—Quizá tengas razón…

—Será peligroso no hacerse respetar —dijo Gabroil —Si pueden atacarnos a sabiendas de que no habrá represalias, no se detendrán hasta que hayan acabado con nosotros.

Manette reflexionó por unos momentos, ¿Quizá si aumentaba las defensas…? No, no podía comprar a gente de confianza, la muerte de Gune ya suponía una enorme pérdida en la seguridad.

—Tiene razón —dijo Manette —No nos podemos permitir más ataques.

—Conozco a unos ex-mercenarios —dijo Andés —Quizá ellos me den una pista sobre estos dos.

—Ofréceles dinero si hace falta —dijo Manette con tono severo.

Quizá Gune no fuera alomántico, pero era casi tan útil como un ojo de estaño. Según las palabras de Dan y Hef, él era de los soldados más hábiles que habían conocido. Se había metido en la banda únicamente con el propósito de lograr ascender a una alta posición en el ejército del imperio final. Manette solo podía sentir que le había fallado.

—Tú no deberías estar aquí —dijo Gabroil desde su silla. Cuando Andés y Manette se giraron a verle, vieron a Calima al final de la sala.

¿Por qué había bajado de su habitación?. Manette intuía que Calima ya se había encontrado con la muerte en el pasado, y que este incidente le haya abierto heridas sin sanar.

Aún estaba asustada. Viendo los cuerpos de las tres personas, Manette pudo notar cómo la mirada de Calima estaba fija en los intrusos. Gracias a la poca información que consiguió sobre ella, sabía que nunca entró a ninguna banda criminal. Según le dijeron no había ni intentando robar pan, esta chica era demasiado pacífica para la fuerza que tiene y probablemente nunca había matado a nadie.

—Ve a tu habitación —ordenó Gabroil —No podrías haberlo previsto ni estando completamente entrenada.

Calima se quedó durante unos segundos más mirando con tristeza los tres cuerpos muertos. Parecía como si no hubiera escuchado nada, pero tras unos segundos asintió, haciendo caso a la orden.

Capítulo 11

Calima llevaba ropas de calidad, había llegado el día.

Estaba a las afueras de la mansión, esperando a Manette al lado de un carruaje, ya que hoy iba a acompañarla para apoderarse de las minas que tenía Profoste.

Ya habían pasado varias semanas desde el atentado contra la vida de Gabroil, desde entonces apenas había mejorado con la alomancia física. Resulta que lo difícil no era aprender a moverse con el hierro y acero, ya sabía cómo no estrellarse. No, el problema era lograr que la acción le resultase tan fácil como caminar. Tanto Dana como Andés le decían que con la suficiente práctica terminaría de familiarizarse por completo, pero sentía que solo lo decían para ser amables con ella.

Por fortuna, en lo que respecta alomancia emocional, no le iba tan mal. Robby le había indicado que era posible reconocer los pulsos de cada metal con la suficiente práctica, así que cuando se encontraba en la mansión se concentraba en cualquier pulso que estuviera activo.

Realmente ya llevaba tiempo quemando casi todos los metales de forma constante, ahora tenía levemente encendido casi todos menos el peltre. Esto era inútil, ya que metales como el cobre y el bronce se anulan entre sí, pero la sensación que produce la alomancia la tranquilizaba. Pedía metales tan seguidos que Hef le enseño como crear sus propios viales con una trituradora de metal, así que con el poco dinero que no le entregaba a los mendigos, lo usaba para comprar el material.

Por esa misma razón, tenía las reservas totalmente llenas, en especial el zinc y latón. Siempre los utilizaba para comunicarse, con lo que eran su prioridad por encima de todos los otros metales.

Había recibido un entrenamiento básico sobre lo que debería de hacer hoy, supuestamente iba a actuar de protegida y la excusa de su presencia es la salud de Gabroil, que todavía se encontraba malherido por el atentado del mes pasado.

También debía actuar con timidez para explicar su falta de habla, comunicándose con una pequeña pizarra que le habían conseguido. Si alguien le preguntaba algo, debía evitar lo máximo posible usar su alomancia emocional, incluso en sus aliados.

Su objetivo no era únicamente emplear su alomancia emocional. Aunque lo que había hecho el mes pasado fue impresionante con la poca experiencia que tenía, era verdad que Fren había estado preparando el terreno desde hacía ya más tiempo. Esta vez se enfrentaba a un noble con poder, de los que tienen experiencia con

intentos de manipulación, así que debía procurar que cualquier toque que hiciera fuera extremadamente sutil.

Su otro objetivo consistía en ocultar a Dan y Fren en una nube de cobre, era la única que podría quemar el metal en toda la banda. Manette le había explicado que el único ahumador que encontró en sus búsquedas no era un hombre de confianza, lo que solo hacía preguntarse por qué lo era ella. No había dicho ni una palabra desde que se conocieron, y usar alomancia para comunicarse no era muy de fiar ahora que entendía como funcionaba.

Manette estaba saliendo de la mansión, ella llevaba un traje de negocios impecable, junto a ella salían Fren y Gabroil, quienes estaban bien trajeados y caminaban con un porte digno de envidia.

El atuendo de Fren, aunque elegante, parecía que apenas estaba hecho a su medida dado a su altura, mientras que el de Gabroil lograba hacer ver totalmente natural el bastón de duelos en su cintura.

Al parecer no era raro que un noble lo llevara encima, se consideraba normal resolver disputas personales con un duelo. Además, todos en la banda, incluida Calima, habían recibido un entrenamiento básico sobre el manejo de la espada.

—¿Seguro que quieres llevar eso? —pregunto Dan, él estaba de cochero encima del carruaje.

—Tú no puedes llevar uno, ¿verdad? —preguntó Gabroil —Si la cosa se pone fea, mejor que al menos uno esté armado.

—Si la cosa se pone fea —comentó Fren —Estamos muertos, además, en cualquier caso, deberías dármelo a mí.

Gabroil bufo y apartó la mirada.

—¿Estás lista? —preguntó Manette.

Calima asintió, encendiendo complacencia, con lo que los tres se subieron al carruaje. Nunca había estado en uno, era cosa de nobles y los skaa como ella, a menos que fuera por trabajo, no podían ni siquiera tocar a los caballos. Ahora era diferente, le tocaba vivir como una aprendiz, lo cual en términos formales era servirle a la casa como subordinada hasta que estuviera preparada.

Le habían dicho que en caso de que pregunten, ella escribiera que pertenecía a una casa menor, y que no entendía lo que estaba sucediendo. La historia era que como hija bastarda de algún amorío entre nobles, podía excusarse en que nunca conoció a su padre, que su madre era muy amiga de los Doulin, y que está la dejó a su cargo antes de morir.

Claro, normalmente sería imposible que este tipo de historia diera resultado,

pero con el testimonio de Gabroil, era una forma simple de crear un falso linaje, aunque procuraban que un obligador no indagase en esa historia hasta que encontraran unas familias dispuestas a seguirles el juego.

Hoy se van a encontrar con uno, ya que los obligadores son esenciales para la firma de contratos importantes entre casas, pero Manette le dijo que no había que preocuparse, porque era improbable que este siquiera le dirija la palabra.

El carruaje cruzó por toda la ciudad a una velocidad agonizantemente lenta, Calima no era una alomántica experta, pero de todos modos sabía que podría haber cruzado la plaza en la mitad de tiempo.

Apenas tenía la oportunidad de ver esta zona de día, era un lugar totalmente distinto. Los callejones oscuros y calles perfectamente planas para practicar sus tirones y empujones estaban totalmente abarrotadas con gente. Desde Skaa llevando cargas pesadas, a nobles bien vestidos, dirigiéndose a manejar sus respectivos negocios.

—Es increíble pensar que la ciudad está en quiebra, ¿verdad? —dijo Manette, Calima encendió entendimiento. Le habían contado como toda la economía local de la clase media de los nobles se encontraba prácticamente destruida, estos eran oprimidos por casas grandes, que evitaba que prosperasen, provocando pobreza casi parecida a la de los skaa.

Siempre le habían dicho que debía odiar a los nobles. Hacían que todo lo malo que les pasase, fuera dirigido con más violencia hacia los skaa. Pero ella nunca pudo sentir ese odio, ¿por qué no podía siquiera despreciar a esta gente, aun sabiendo que todo lo malo que le pasó en la vida fue gracias a ellos?. Ella era consciente del sufrimiento que traían a todos los skaa, eso le traía tristeza, pero de alguna forma nunca pudo desearles lo mismo.

Por esa razón seguía muy dolida por lo que había hecho el mes pasado, hizo que despidieran a un hombre. Claro, era un jefe horrible que trataba mal a las personas bajo su cargo, y el despido hizo que Manette comprará la fábrica, haciendo que los trabajadores estuvieran menos horas trabajando y mejor equipados. El saber eso hacía que intentase convencerse a ella misma de que había hecho lo correcto, pero no podía, ¿Que estaba mal con ella?.

Parecían estar a punto de llegar, con lo que Calima tomó unos cuatro viales que tenía guardados y se los bebió seguidos, no quería quedarse sin metal en un momento crítico.

—¿Está bien que abuse tanto de los metales? —preguntó Gabroil.

—Según entiendo siempre y cuando no duerma con reservas en el estómago no debería de haber problema —contestó Manette.

El carruaje se detuvo en frente de la fortaleza Profoste, Calima se adhirió a su

papel y bajó primero para asistir a Gabroil. Esté claramente estaba en perfectas condiciones, pero le ayudó a bajar de todas formas, luego hizo lo mismo con Fren y Manette, pero ambos la rechazaron con un gesto de mano. Como chofer, Dan se quedó encima del carruaje, su parte del plan venía mucho más adelante.

Ya había alguien esperándolos afuera, con lo que entraron directamente dentro de murallas, en donde tuvieron que pasar por dos puertas hasta llegar a la verdadera estancia.

Era un lugar gigantesco, mucho más grande que la mansión, el techo se extendía casi dos pisos enteros. Por curiosidad encendió con fuerza su estaño, logrando vislumbrar como en la distancia algunas paredes estaban desgastadas, además de que el techo parecía caerse a pedazos, disimulado solo por una fina capa de pintura.

Al cabo de unos segundos, los cuatro fueron recibidos por unos sirvientes, con su estaño pudo distinguir como tenían algunos moretones tapados con maquillaje, además de estar levemente desnutridos. Estos les indicaron el camino hasta la oficina de lord Profoste.

Uno de estos se adelantó y les abrió la puerta, allí se encontraron con los Profoste, un hombre viejo el cual se le notaba que hacía un esfuerzo para no mantenerse encorvado a pesar de su edad.

—Bienvenidos, señor y señora Doulin —dijo Profoste con una sonrisa y un tono amable —es un gusto tenerlos en mi bastión.

—Es un placer estar aquí, Lord Profoste —respondió Gabroil —Tiene usted un palacio de lo más encantador.

—Por favor, ya me conoces —respondió el viejo, levantando la mano —Renian está bien.

»Vaya que has crecido Gabroil, cuando tenía tratos con tu padre todavía no eras más alto que esté escritorio, una verdadera tragedia lo que sucedió.

—Aunque me sigue doliendo en el alma, sé que mi familia habría querido que siguiera adelante —contestó Gabroil con un tono jovial.

Calima intentaba identificar si estaban teniendo una conversación sutil entre las palabras. Aunque quizá es posible que lo estuviera pensando demasiado, eso era algo que Gabroil también había advertido.

—Y vaya que has seguido adelante —dijo el noble, mirando a Manette —Creo que no nos presentaron formalmente, Renian Profoste, siempre al servicio de una dama tan refinada como usted.

—¡Oh! Qué encantador —exclamó Manette con una sonrisa —Es todo un caballero, Gabroil me contó cosas maravillosas sobre usted.

—Con un poco de suerte, la mitad son ciertas —respondió Profoste,

devolviéndole la sonrisa con un tono pícaro —No puedo evitar ver a dos personas más en la sala.

—Ese es Garon Calip —dijo Gabroil —Es un leal sirviente, cuando la casa pasó por problemas financieros, él se quedó y nos ayudó a levantarla de nuevo.

—Vaya, debo agradecerle luego entonces, ¿Qué hay de la jovencita?¿Hija vuestra?

—¡Señor Renian! —grito Manette —¡Si no llevamos más de tres años de casados!

Profoste se rió en tono burlesco.

—Mis más sinceras disculpas —contestó el hombre —La falta de un anuncio de su casamiento causó confusión entre los altos señores locales. Dime señorita, ¿tú quién eres?.

A Calima le habían explicado que para crear un certificado de casamiento necesitaron manipular a un obligador casi senil hacía dos años, remplazando un casamiento entre una pareja fallecida, el cual todavía no se había oficializado e intercambiándolo por los nombres de Manette y Gabroil.

Eso hacía a Manette técnicamente una noble, pero seguía siendo terreno demasiado resbaladizo, una investigación superficial por parte del cantón sería suficiente como para destrozar toda la fachada.

—Oh ella es un poco tímida —dijo Gabroil —Es la hija de una vieja amiga mía y no es muy buena hablando con desconocidos, vino a aprender cómo funciona una negociación.

—Entiendo… —Profoste camino hasta el centro de la habitación y señaló con la mano abierta a dos sillones que estaban frente a su escritorio, Gabroil y Manette se sentaron.

Profoste miró a uno de sus sirvientes e hizo un gesto señalando a Calima. Este asintió y salió de la habitación.

—Vaya que son lentos —dijo Profoste con un tono despectivo mientras se sentaba en la silla de su escritorio —¿Acaso esperaba que la pobre niña se quedara parada toda la reunión?.

»¿Sabes?, no te envidio jovencita —dijo, mirando a Calima —si a tu edad me hubieran llevado a una reunión de estas, ¡me habría tirado por la ventana!, pero tranquila, intentaré traer la mayor cantidad de humor posible.

Un sirviente llegó con una silla y la colocó del lado de Calima para que se sentase.

—Comencemos —dijo, acomodando en su asiento —en su carta me confesó que quería comprar las minas de Doriel ¿Verdad?.

—Eso es correcto —dijo Gabroil —como verá, mi esposa y yo estamos

buscando recuperar la antigua gloria de la casa, así que decidimos comenzar por algo pequeño.

—¿Pequeño? —preguntó Profoste con una mueca —No hay nada de pequeño en esa mina, ¡Es la única que puede conseguir Alumino de toda la región!.

—Pero señor, como verá, nos hemos enterado de…

Gabroil fue interrumpido por la puerta abriéndose de golpe, de allí entró un hombre lleno de tatuajes por todo el rostro. Era un obligado, uno de los funcionarios más importantes del imperio final, a su lado tenía lo que parecía ser un escriba.

—Parece que comenzaron sin mí —dijo el obligador, tenía una voz suave, pero severa —Creí que habíamos acordado que estaría presente para el trato.

—Mis más sinceras disculpas, pero todavía no hemos firmado nada— Contestó Profoste.

—Seguramente será rápido —dijo con lentitud —así que supongo que no les molestara que nos quedemos para ser testigos, ¿verdad?.

—Eh… no veo ningún problema, pero creo que estaremos un poco apretados en la oficina, quizá podríamos movernos a un lugar más espacioso.

—No debería de hacer falta, es una reunión privada después de todo, y no querrá que nadie innecesario se entere de lo que se discuta —dijo el obligador, mirando a Fren.

—Disculpe —dijo Manette abruptamente —Pero es un sirviente de extrema confianza, no existe posibilidad de que haga cualquier cosa para damnificar la integridad de ambas casas.

—Ustedes pueden confiar en ese hombre con sus vidas —replicó el obligador —Pero para nosotros es un desconocido, no veo como no puede ser un sirviente excelente desde el pasillo.

La habitación quedó en silencio, Profoste se debatió por unos segundos, parecía un poco consternado.

—Lo siento Doulin, pero tiene razón, somos demasiados en la sala

Fren pareció sorprenderse, ¿Había fallado al encender a profoste? Algo no olía bien.

—Es entendible —dijo Fren en un tono cordial —Una negociación de esta magnitud requiere cautela. De cualquier forma, sé que encontrarán la manera de llegar al mejor acuerdo —al terminar de hablar, Fren saludo una última vez con su mano izquierda y salió de la sala.

Calima entendió la indirecta, le habían dicho que si algo como esto llegara a suceder, debía mantener el contacto al mínimo, solo debían llegar a un trato, no tenía por qué ser bueno.

—Supongo que no nos han presentado —dijo el obligador lentamente —Soy

Urrien, obligador del cantón de las finanzas —se preparó para continuar hablando por momento, pero en su lugar solo sonrió.

—Un p…

—Un placer conocerlos —dijo, interrumpiendo a Manette —Oh, disculpe, no era mi intención interrumpir, ¿qué iba a decir?.

—… No se preocupe, solo que también era un gusto —dijo Manette.

La sala quedó en silencio por unos segundos.

—Continuemos —dijo Profoste, algo impaciente —¿Qué estaba diciendo, Doulin?.

—Como decía… Nos hemos enterado sobre sus dificultades financieras, y quizás, ehmm —Gabroil parecía un poco confundido, se giró hacia Calima un momento y ella le devolvió la mirada —Disculpen, que a cambio de comprarle la mina, le conseguiremos un trato lucrativo de comercio.

—¿No que vuestra casa se encontraba en la ruina?, no veo la manera en la que me puedan proporcionar un mejor servicio que el que ya tengo —Calima encendió la duda, inmediatamente y profoste pareció relajarse un poco. Era imperceptible para todos los demás, fue un cambio tan minúsculo que solo lo había notado gracias al estaño. El problema era que encender duda no debía causar ese efecto.

—Creo que la caída de la casa fue algo sobre exagerada —comenzó a explicar Gabroil —cómo sabrá, hemos recuperado varios navíos que habíamos perdido durante ese breve tiempo, además de conseguir una tripulación de confianza.

Por un momento Profoste pareció interesado por la propuesta, pero otro pensamiento pareció haber cruzado por su cabeza.

—Vera Reinan —dijo Manette —La casa Doulin se encuentra realmente bien, hemos adquirido una fábrica hace no más de un mes, y los beneficios que genera son mucho mayores de los de su anterior dueño, y nuestros barcos y caravanas también han mejorado —eso último lo dijo con un leve tono de duda

Algo estaba pasando, Calima no recordó a Manette dudar de una sola palabra desde que se conocieron, ¿Estaban usando alomancia emocional?, ¿Cómo no se daba cuenta?.

—Disculpe buena dama —dijo Profoste —pero prefiero escucharlo de mi amigo. No es por faltarle el respeto, solo que es cortesía que aquel que lleve la casa sea el que hable.

¿Por qué no se dan cuenta? pensó, de querer que este trato fallase… ¿Qué haría?. Lo más sensato sería simplemente aumentar los nervios poco a poco, probablemente el brumoso responsable haya afectado a toda la sala desde que el momento en el que Fren se fue, de ahí los silencios.

—Disculpe mi descortesía —respondió Manette.

Calima dejó de quemar sus metales para comprobarlo. Su confianza se esfumó casi en su totalidad, no solo eso, sino también otra docena de emociones totalmente sutiles de las cuales normalmente no tendría conciencia, el coraje, la pasión, pero también el miedo, ninguna resaltaba y de no ser de que estuviera esperando el cambio, no las habría ni notado.

Ya se hacía a la idea de que estaba sucediendo, desde esta perspectiva, realmente se sentía que Profoste poseía toda la ventaja, además de que Manette y Gabroil estaban fallando en vender sus servicios. Pero algo no paraba de cuadrar, el mismo noble parecía estar siendo afectado, a diferencia del obligado y su ayudante, uno de esos dos debía de ser el brumoso.

—No tiene por qué disculparse querida —respondió Profoste —Solo no quiero entorpecer la reunión.

Calima apenas sintió como aplacaban su egoísmo, era sutil, demasiado sutil. Podía ver que de no ser por el cobre, también habría sido engañada, probablemente estuvieron aplacando poco a poco cada emoción desde el principio.

Le habían dicho que a los obligadores se les enseñaba como saber cuando utilizaban alomancia emocional con ellos, tenía sentido que si alguno llegara a ser aplacador, esa información le sería útil para nunca ser descubierto.

—¿Discúlpeme? —preguntó Gabroil, éste parecía ofendido, Calima se apuró y encendió su nube de cobre, aplacó la ira y encendió la templanza en la misma medida que había notado en la que la encendían a ella, además, encendió solo una pizca de vergüenza en Profoste y le dio un empujón de valentía y cuidado a Manette.

—Tranquilo cariño —dijo Manette rápidamente —Es cierto que dos personas hablando puede ser confuso, ¿verdad señor Profoste?.

Calima calculó que harían ahora sus oponentes, Manette estaba cediendo terreno, pero estaba siendo educada, así que ellos probablemente querían que Profoste no sintiera vergüenza y que estaba en su derecho reclamarlo. Calima aplacó esas emociones, pero no encendió las contrarias, esos dos estaban esperando una reacción específica y si llegaran a obtener la opuesta, descubrirán que también se está usando alomancia en su contra.

—Tiene razón, me disculpo si fui descortés —dijo Profoste, Calima encendió empatía al comentario —Solo procuré comentar cualquier cosa esencial si es tan amable.

—Como decía mi esposa —continuó Gabroil —Nuestros barcos están preparados para zarpar y los tripulantes ansiosos, además, no tenemos miedo de cualquier otra casa bravucona que intente imponer sus sobornos sobre nosotros.

Calima dedujo que intentarán hacer parecer de menos la propuesta aplacando

el interés, y en lugar de encender lo contrario, ella aplacó también un sentimiento de nostalgia, recuerdo y rencor, con suerte eso haría que su desprecio se enfocase en su contrato anterior con los Lekal.

—Supongo que tienen razón —dijo Profoste con el rostro un poco consternado —Parece que sabe que me están apretando, pero no les dejarán transportar nada.

Calima notó con la postura de Manette como se sentía un poco más insegura, según lo que habían practicado ahora ella debía replicar con un argumento, así que encendió urgencia y valor. Manette pareció tragar saliva y se preparó para hablar.

—Usted no debe preocuparse sobre lo que nos pueda hacer una casa mayor —dijo Manette, Calima estaba encendiendo la tolerancia y paciencia de Profoste para evitar que se sintiera molesto —Los Lekal tienen el monopolio del aluminio, y la realidad es que están perdiendo mucho dinero intentando sacarlo del negocio, todo por esa mina vuestra, si nos la vendiera, a quienes comenzará a apretar es a nosotros.

Desconfianza y duda, eso era lo que había en el rostro de Profoste, Calima encendió curiosidad y esperanza, además de aplacar el miedo.

—Si ustedes caen me quedo sin tratos y mi casa muere —dijo Profoste un poco molesto —Además, no ganarán nada al hundirse conmigo, esto bien podría ser una estratagema en mi contra.

Calima mantuvo la duda y aplaco desconfianza, al mismo tiempo, ella comenzó a actuar un poco confundida, y observó hacia el lado opuesto de la sala, para que no vieran su rostro. Al quemar cobre no tenía ni idea de qué emociones están intentando aplacar, sería útil saberlo, ¿Se atrevía a usar la alomancia sin su cobre?... No, podían matarlos a todos si lo hacía.

—Ellos quieren la mina —contestó Manette, con la confianza encendida —La realidad es que le estaremos haciendo un favor, una vez se deshagan de ellas no hará falta que sobornen a ninguna otra casa para evitar que hagan tratos con la vuestra.

—¿Y por qué demonios no hago un trato con ellos mejor? —preguntó Profoste con un tono exigente.

Estaban atacando al noble con mucha fuerza. Por cualquier razón, el obligador no parece querer soltar a Profoste, está determinado en evitar que venda la mina. Calima no se lo permitió y encendió la contemplación, ¿Por qué estaba frustrado y enojado? Pensará.

—¿No piensa usted que si quisieran hacer un trato ya se lo habían ofrecido? —dijo Manette, con duda en su voz —Digo, ellos no pueden mantener el monopolio. Como nuestro amigo aquí podrá atestiguar, el ministerio de acero regula la venta del aluminio, no pueden tener su mina, solo lo pondrán fuera de juego para ellos ser los únicos con oferta.

El obligador frunció un poco el ceño, parecía que Manette había dado en el clavo. Lekal tiene un trato con el ministerio de las finanzas, esto significa que la mina es solo una carga para Profoste y que Lekal no podía obtenerla por medios normales, pero hacerse cargo de un negocio caído..., claro, no podían decir eso, no con el obligador presente.

—¿Y ustedes por qué quieren la maldita mina? —preguntó Profoste.

Confiando en que Manette sería capaz de llevar la conversación, Calima decidió por fin apagar todos sus metales, por precaución. Sintió como estaban aplacando su miedo, molestia y paciencia, parecía que querían causar una reacción en ella. Se levantó de su asiento y se dirigió rápidamente hacia la puerta mientras se mostraba afectada por la alomancia, saliendo de la habitación.

Fuera estaban Fren y Dan, el cual estaba disfrazado llevando una armadura de soldado. Ambos la observaron y parecían preocupados, todavía podía escuchar la conversación de dentro con su estaño.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto Dan —Profoste no está cediendo.
Calima sacó su pizarra y encendiendo su peltre escribió, *Obligador es aplacador.*

Ambos hombres vieron la pizarra por unos segundos, deduciendo la situación.

—Maldición —dijo Fren —¿Qué hacemos?.

Calima escribía a toda velocidad, *¿Estamos problemas si descubren obligador?*
Dan pensó un poco, pero decidió con rapidez.

—Si no nos implicas, estaremos bien.

Escribió rápidamente una última cosa antes de entrar, *Concéntrese en Man y Gab.*

—Bien —contestó Fren —Te dejamos a Profoste.

Calima asintió y entro nuevamente a la sala, como era de esperarse la asaltó un poco de miedo en menor medida que antes, tenían que disimular el efecto, después de todo, ella se concentró y se dejó consumir un poco con el miedo, caminó hasta el asiento y una vez allí, volvió a quemar cobre, pero aferrándose a la sensación que le había dejado el miedo para ocultar el cambio.

—Si es demasiado para ti, puedes esperar afuera —dijo Manette.

—Realmente te lo recomiendo, es una discusión intensa —agregó Profoste.

Calima negó con la cabeza actuando determinación.

—Como veas, solo no te mees encima —dijo Profoste con un tono levemente despectivo mientras se volvía a girar a Manette. En su breve ausencia había explicado que tenían maneras de no ser afectados por la mano firme de Lekal

—¿Sabe usted que esa mina es lo único de valor que me queda? —pregunto Profoste, sonando ofendido —no pienso venderla, además, cualquier trato que usted me ofrezca no me protegerá contra los piratas.

Pudo notar la dignidad y orgullo en la voz de Profoste, esta vez Calima combatió directamente los ataques de su oponente, mientras aplacaba esas emociones, encendió un poco la vergüenza e inseguridad.

Estaba encendiendo todos sus metales, incluyendo aquellos que no utilizaría, la sensación de control que le daban le permitieron mantenerse tranquila.

—Sé que le preocupa la epidemia de piratería —contestó Manette, decidida —Es totalmente comprensible no querer confiar en una casa despojada de su prestigio, pero recuerde que la tarifa de los Lekal lo tienen tan apretado que apenas puede respirar.

Calima leyó con rapidez a Profoste y volvió a contrarrestar tirando y empujando para el lado opuesto, este estaba casi confundido, pero seguía sin darse cuenta.

—Si se enteran de que intentaré algo así, me arruinaran como a ustedes —dijo mirando con seriedad a Manette.

—Si no nos vende, lo harán de todas formas —contestó Manette, mirándolo a los ojos con seriedad —Y usted quedará peor que nosotros.

Ella vio el cambio físico que tuvo Profoste cuando aplacaron su confianza. El obligador estará aplicando con fuerza, ya que Profoste no parecía ceder.

Todo o nada, se dijo. Esta vez, avivó al máximo su zinc y latón y ayudó a su enemigo, encendió la desconfianza y el miedo con toda su fuerza mientras aplacó las emociones opuestas, además, también masificó su sentimiento de alerta y cautela.

Profoste pego un salto de su silla y abrió con fuerza los ojos mientras miraba a la habitación

—¡Alomancia emocional! —gritó a todo pulmón, Calima se levantó rápidamente de su asiento simulando susto, evitando evadir las sospechas que causaría cuando Gabroil y Manette la miraron preocupados.

La habitación quedó callada, Calima, como sospechaba, ya no sentía ningún empujón en su interior. Sería estúpido intentar algo una vez habían descubierto tus intentos. Por esa misma razón, cuando Profoste miro al obligador, Calima aplaco sutilmente la sospecha, curiosidad y atención, haciendo que este se quedará observando. Ella remató con nostalgia, rencor y satisfacción como si estuviera empujándolas con la punta de su dedo meñique.

—¡Eres tú! —gritó Profoste —Sabía que no tomaba buenas decisiones cuando estabas presente, ¡Y yo pensando que era porque me ponías nervioso!.

—Señor, creo que usted está exagerando… —dijo el obligador, un poco nervioso.

—¿Entonces quién fue? ¿Tu compañero? —respondió Profoste, ofendido por

ser tratado como idiota —de cualquier manera, los quiero fuera, y háganme el favor de llamar a mi buscador.

—Señor, considere lo que está diciendo, es ridículo —Volvió a decir el obligador, intentando mantener el porte.

—¿Entonces quién demonios me estaba manipulando?.

Calima encendió muy levemente el sentimiento de derrota del obligador, el cual se quedó callado y se levantó de su asiento, saliendo de la habitación. Ella pudo escuchar con su estaño como Dan comenzó a irse para evitar ser visto.

—Lo más sensato sería posponer esta reunión —dijo Gabroil —Independientemente de si fue o no afectado por un alomántico, solo la sospecha puede alterar su juicio.

—Tienes razón —dijo Profoste sin pensarlo —Acordaremos esto por cartas y lo sellaremos en persona ¿Les parece justo?.

—Por supuesto —contestó Manette —Aunque intentemos hacerlo lo más rápido posible.

—Realmente lo siento —dijo Profoste mientras se acercaba a la puerta —Estoy seguro que llegaremos a un trato que nos beneficiara a todos —este hizo una pequeña reverencia, e indico la salida.

Los tres salieron de la oficina, fuera solo estaba Fren esperándolos. Un sirviente no tardó en llegar, comenzando a guiarlos hacia la salida.

Calima no podía evitar preguntarse si había tomado la decisión correcta. Era cierto que dijeron que se encargase de profoste, pero la manera en la que había tomado las riendas le recordaba a cuando…Ella intentó ignorar el pensamiento, concentrando en el trayecto fuera de la muralla.

Una vez fuera, Dan estaba nuevamente vestido con ropas de cochero, esperando encima del carruaje. Mientras los demás subían, Calima volvió a ofrecerle la mano a Gabroil para asistirle, pero este no aceptó y entró al carruaje rápidamente, una vez todos dentro, Dan no tardó en ponerse en marcha.

Pasaron los próximos minutos en silencio, ¿Lo había hecho bien?. Ahora que miraba hacia atrás, no debería de haber mandado nada sobre Dan y Fren, tendría que haber esperado a que ellos le indicarán qué hacer, pero en el calor del momento pensó que era la única salida, si hubiera jugado mejor sus cartas, habían podido salir con un trato.

—No estés así —dijo Manette —Todo el mundo se equivoca.

—Equivocarse es poco —dijo Gabroil —El salto que pegó el hombre me asustó hasta a mí, tienes suerte que haya culpado al obligador.

—¿Ellos no saben? —preguntó Fren, mirando confundido hacia Calima.

Ella negó con la cabeza, tendría que haber encontrado la manera de

comunicarlo.

—¿Saber qué? —preguntó Manette.

—Ella salió para decirnos que el obligador era un aplacador —aclaró Fren —y según lo que me decía Dan, uno bueno, ¿Por qué creen que no objeto cuando lo acusaron?.

Manette ubico su mano sobre su mentón, pensando en lo sucedido y encajando las piezas.

—Espera —dijo —¿Entonces cómo fue que Profoste no se dio cuenta?.

Los tres miraron a Calima, quien tomó su pizarra y comenzó a escribir.

—Escribiste combatir en presente —dijo Gabroil que estaba al lado de ella observando lo que escribía, Calima se sonrojó y lo corrigió rápido, mostrando la pizarra a los demás al terminar.

No combatí sus esfuerzos, solo los desvié, escribió.

—Ya veo… —dijo Manette —De esa manera ni él ni profoste sospecharán nada, además, utilizaste una oportunidad para exponer al obligador. Ahora que me doy cuenta, por la manera en la que actuó y al acusar a ninguno de nosotros probablemente piensa que él se equivocó.

Yo lo hice, Anotó rápidamente en la pizarra.

—¿Cómo lo hiciste?— pregunto Fren.

Calima no anotó, sabía que tardaría media hora en escribir lo que había hecho, en su lugar comenzó a aplacar a todos mientras hacía señalaba con las manos la intensidad con lo cual lo hacía. Al cabo de unos cuantos segundos, disparó las emociones contrarias de la misma manera en la que lo había hecho con Profoste. Los presentes se sobresaltaron.

—¿Lo obligaste a aplacar con fuerza para conseguir los resultados que él quería? —pregunto Fren —Es bastante inteligente. ¿Pero cómo sabías lo que él estaba aplacando?.

Intuición, anotó ella rápidamente.

—Que haya jugado así con nosotros… —murmuro Gabroil —Creía que siempre notaba cuando usaban alomancia emocional conmigo.

—Tendremos que practicar —dreclaró Manette —Lo de hoy nos podría haber costado todo. Gracias, Calima.

Ella se sonrojó por el halago, no pudo evitar preguntarse si estaban siendo amables otra vez, ¿Realmente lo había hecho bien?. *No,* se dijo, *lo hice bien… lo hice bien.*

Capítulo 12

Al avivar su hierro, Andés podía ver toda la mansión bañada en un color azul producto de sus líneas alomanticas. Se pasó los últimos días esparciendo polvo de hierro por toda la estancia, gracias a esto, podía distinguir casi todo movimiento cerca de cada puerta y ventana. Ahora que Gune no estaba, cuidar de las entradas se había vuelto una de sus responsabilidades siempre que se encontraba cerca.

Se tragó otro vial y se dirigió hacia la cocina. Hoy le tocaba preparar la mesa, y de paso quizá podría encontrarse con Manette, que, según lo que percibía con su hierro, acababa de llegar a la mansión junto a los demás.

Allí se encontraban Pit y Robby, que ya habían comenzado a cocinar. Pit estaba concentrado intentando completar varios platillos de alta nobleza, el chico era bastante servicial, pero se llenaba de pasión en cuánto a comida se trataba.

—Deberías decirlo de una vez —dijo Robby, mientras cortaba una zanahoria.

Parecía haberlos encontrado en una conversación privada, dado que al notar la presencia de Andés, ambos se callaron de inmediato.

—Sacate esa capa —dijo Pit al ver a Andés —Está totalmente sucia.

Andés le hizo caso y la colgó cerca de la entrada.

—No te sobre exijas —dijo Andés —Todavía falta tiempo hasta que tengas que cocinarle a un noble.

—No te hará caso —dijo Robby —Ya se lo habré repetido cinco veces.

—¿Y si llega un obligador sorpresa? —pregunto Pit —«Oh lo siento señor, solo tenemos comida de skaa, espero que disfrute del pan viejo con agua».

—Te vuelves insufrible cuando cocinas ¿Sabes? —dijo Robby.

Andés miró en el horno, olía a quemado, tomó unos guantes, abrió la pequeña puerta, sacando los panes calcinados. Al olfatear el olor, Pit se giró con horror para ver los la comida arruinada.

—¡Robby! —grito Pit —¡Te dije que sacaras los panes del horno cuando estuvieran listos!.

—Y yo te dije que lo tenía complicado.

—¡Pero no me dijiste que no lo ibas a hacer, idiota! —recrimino Pit.

—¿Es que no me ves, nariz de burro? —contestó Robby, tocando su silla de ruedas.

Mientras ambos se gritaban, Andés tomo las copas y cubiertos y los llevó hasta el comedor. Pit tenía razón en algo, tenían que practicar la cena como si fueran de alta cuna, así que hoy todos cenaran como nobles.

El comedor estaba vacío, normalmente Hef y Sall estarían esperando la

comida, pero desde la muerte de Gune todo el mundo accedió a alargar sus rondas por al menos otra media hora.

Mientras repartía los cuchillos y tenedores que utilizarían, Manette entró por la puerta junto con los que había llevado a la compra de la mina.

—Pero qué sorpresa —dijo Dan —Creí que tendríamos que arrancarte la piel para quitarte esa jodida capa.

—¿Cómo les fue? —preguntó Andés.

—No logramos comprar —dijo Manette —Tuvimos una interrupción

—¿De qué tipo?.

—Apareció un jodido obligado —respondió Fren —Que además era aplacador, no quería que Profoste vendiera su mina.

—Maldición —dijo Andés —Investigaré sobre él y procuraré que no vuelva a molestar.

—Calima ya se encargó —dijo Manette.

—¿Lo mató? —preguntó Andés confundido.

Calima encendió negación de un golpe.

—Ella no tiene el estómago ni para matar una gallina —contesto Dan —¿Y preguntas si lo mato?

—No —respondió Manette —le tendió una trampa y lo expuso a Profoste con alomancia emocional, de igual manera investiga para quien trabaja y que quiere con esa mina.

¿Había logrado algo así? La chica solo tenía dos meses y medio de conocer sus poderes. *Lleva mucho más tiempo con la alomancia emocional*, pensó Andés, aunque seguía siendo impresionante. Lástima que ese talento no se trasladaba a su alomancia física.

—¿Están preparando lo que pedí? —preguntó Gabroil.

—Sí —contestó Andés —Pero se quemó el pan.

Gabroil suspiró y entró a la cocina.

Mientras los demás se sentaban, Andés terminó de repartir las copas y cubiertos. No pudo evitar notar que Calima también se sentó en uno de los asientos

—¿Hoy comes con nosotros? —preguntó Dan, Calima contestó con un empujón de afirmación.

Sall y Hef entraron a la habitación, acompañados de varias personas. Andés aprovechó al cruzar miradas con Manette para hacerle una seña. Esta asintió y ambos se dirigieron fuera del comedor hasta el pasillo, no era nada que quisiera mantener en secreto, pero esto no era algo que debía discutir en un ambiente social.

—¿Conseguiste algo? —preguntó Manette inmediatamente después de salir.

—Sí —contestó Andés —ambos hombres eran asesinos costosos. Según mis

fuentes tenían a un tercero, ojo de estaño, que les ayudó a infiltrarse. Creo saber como dar con él.

—¿Nombres? —preguntó Manette —¿Alguien que les haya contratado?.

—Quien fuera que lo haya hecho, debía de sobrarle el dinero —concluyó Andés —ambos pertenecían a un grupo mercenario de Luthadel, mis fuentes me afirman que cualquiera que los haya mandado nos subestimó mucho, los mercenarios alománticos son caros, y solo los mandas sabiendo que cumplirán su objetivo con facilidad.

—El ojo de estaño que mencionaste ya habrá hablado sobre nuestras defensas —dijo Manette, preocupada.

—Yo no me preocuparía por un ataque pronto —dijo Andés —lo más probable es que intenten aplastarnos en lo económico.

—Llamamos demasiado la atención —agregó Manette —hablaremos sobre qué hacer en la reunión más tarde.

—Yo no asistiré, tengo cosas que hacer.

—¿Bechel? —preguntó Manette, preocupada.

—No, creo haber encontrado una manera de saber quién está detrás de nosotros. Conozco la ubicación del ojo de estaño, los mercenarios usualmente se conglomeran en una zona de la ciudad, me conocen por allí.

—No debería de ser problema para ti entonces —dijo Manette, más relajada.

—De igual manera, me llevaré a Calima, puede que la necesite.

—Está bien, pero al menos espera a que acabemos de comer —dijo Manette, mientras regresaba nuevamente al comedor.

Comer con los demás no fue tan malo como había pensado, incluso fue divertido en realidad, o lo fue hasta que se le escapó una risa. No la miraron mal por eso, pero el silencio que generó le había obligado a salir de la vergüenza. Ahora se encontraba en el techo, sola, ¿Por qué era así? Probablemente, haber huido de la situación llamó mucho más la atención que una pequeña risa.

Gracias al bronce pudo sentir como Andés salió de la Mansión, no tardó en pegar un tirón y llegar hasta el techo, lo más probable es que la haya visto por sus viales. Era extraño verlo sin la capa de Bruma, era como un sirviente sin traje, o aun soldado sin armadura.

—Vamos, hoy tenemos algo que hacer —dijo directamente —no necesitarás tu

capa.

Calima miró al suelo, y se levantó. Sabía que debía superarlo, no era la gran cosa, pero al mismo tiempo sentía como si lo fuera.

—Sabes —dijo Andés —Si te sirve de consuelo, yo una vez también me reí.

Calima levantó la cabeza hacia Andés. ¿Él? ¿Riendo? Encendió curiosidad a toda velocidad.

—Robby contó el peor chiste que escuche en mi vida —dijo —Todos me miraron como a ti hoy, desde ese día siempre intento llegar tarde a las comidas.

Ella pensó por un momento que se trataba de una broma, pero al recordar de que Andés no era del tipo que disfrutaba con el humor, Calima entendió que se trataba de una anécdota genuina.

Él no dijo nada más y se lanzó hacia abajo, sin molestarse en lanzar una moneda, el techo ya estaba repleto de metal. Calima lo imito y lo acompañó.

Se intentó convencer a ella misma de que era totalmente normal el haberse puesto nerviosa. Toda la sala se silenció solo para mirarla, una sorpresa como esa callaría a cualquiera, y tenía que aprender a superar estas cosas.

Una vez en el suelo, Calima siguió a Andés hasta el pequeño establo donde tenían a los caballos.

—¿Llevas todo lo que necesitas? —pregunto Andés mientras preparaba unas riendas.

Calima se revisó, le faltaba su bolsa de monedas. Encendió paciencia y corrió hasta un lateral de la mansión, allí se atrajo hasta la ventana de su habitación tirando trozos de metal en el techo. La abrió tirando del seguro mientras se sostenía del borde, y una vez abierta tiró de su monedero y lo atrapó en el aire. Cerró la ventana y se impulsó hacia el suelo en dirección a Andés.

—Bien, ahora ponte esto y sube —dijo Andés, este le entrego una capa más convencional con una larga capucha.

Él se subió al caballo de un solo salto, Calima nunca se había subido a uno. Ella intentó pegar un salto como Andés, pero aun quemando peltre, fue bastante torpe al subirse. Una vez arriba se acomodó la capa.

Andés arreó al caballo, el cual los dirigió hasta la salida, llevándolos fuera de las tierras de la mansión. Gracias a su estaño sentía cada pisada del caballo, era realmente doloroso. Últimamente se había acostumbrado a quemar estaño de manera normal junto a sus otros metales, e incluso encenderlo cuando la situación lo ameritaba. El dolor que le causaban sus sentidos aumentados no eran tan terribles cuando tenía el peltre encendido, además que le ayudaba a escuchar a cualquiera acercarse.

No tardaron en llegar hasta los edificios que conformaban la ciudad. Por

mucho valor que tuvieran las tierras, los Doulin nunca las habían vendido según lo que le contó Gabroil. La mansión estaba construida a medida para no derrumbar la colina en la que se encontraba, esto no la defendería de ningún tipo de ataque, pero hacía que el trabajo de los ojos de estaño fuera varias veces más fácil al poder observar a cualquiera que se acerque colina abajo.

Tardaron bastante tiempo hasta llegar a una zona pobre skaa, esta vez se encontraban demasiado al este, casi saliendo de la ciudad, ubicada en el lado opuesto de donde se encontraba la mansión. Nunca había estado por esta zona, según entendía, solo había residencias abandonadas, además de refugios de bandas de ladrones peligrosas.

Calima pudo notar gracias a su estaño bastante ruido proveniente de un edificio más adelante. Andés detuvo su caballo y observó hacia esa dirección, levantando su mano y haciendo una seña. Al cabo de unos segundos comenzó a cabalgar de nuevo, ¿Qué había sido eso? Calima encendió curiosidad.

—Es un escondite de mercenarios —dijo Andés en voz baja —Normalmente solo operan de noche, también sirven de bar clandestino, ya es el lugar en donde los brumosos skaa suelen reunirse junto a nobles caídos en desgracia,

»La seña de antes era para marcar a los aplacadores o encendedores que nos dirigimos allí y que no hace falta ahuyentarnos.

Calima encendió más curiosidad junto a un sentido de entendimiento. Se había dado cuenta de que encendía eso por instinto cada vez que quería comunicar algo con su alomancia, parecía que la sola intención de querer hacerse entender era suficiente para que los demás sintieran cuando ella afectaba sus emociones.

—No todos los skaa son totalmente pobres —continuo Andre —ni todos los nobles son totalmente ricos. Los skaa de clase media que rompen suelen descubrir por las buenas lo que es la alomancia, lo que les da la oportunidad de convertirse en mercenarios y usar sus poderes siendo contratados por el mejor postor sin revelar sus identidades. Los nobles, por otro lado, suelen tomar este trabajo cuando no les queda nada, Lord legislador no permite a los nobles trabajar como mano de obra y juntarse con los skaa, aun si es para sobrevivir.

¿Realmente era así?. Le habían dicho que el número de alománticos de esta ciudad debería rozar los miles, tenía sentido que unas pocas docenas se encuentren en esa situación.

Llegaron hasta lo que parecía ser una fábrica abandonada, la entrada la cual estaba hecha para recibir carros de transporte, estaba tapada por una cortina pesada. Andés se bajó y tomó las riendas, guiando al caballo mientras movía las cortinas.

Dentro vio lo que parecía ser un establo, estaba bien iluminado, y había

muchos caballos acomodados en lo que antes eran zonas de trabajo, Andés dejó al suyo en un puesto cercano a la entrada. Podía escuchar el ruido de antes detrás de una puerta.

—Necesitaré tu ayuda con la alomancia emocional —dijo Andés mientras ataba al caballo —Uno de los hombres que atacó la mansión el mes pasado debería estar aquí, no tengo descripción, solo sé que es un ojo de estaño y está buscando compañeros.

¿Por qué él siempre tenía la manía de no contarle las cosas hasta que se encontraba en el medio del trabajo?. No era que se habría negado, ¿Pero si le pedía algo que ella no podía hacer?... Por otro lado, sentaba bien que al menos alguien no la tratara como si fuera a romperse, aun cuando la mayoría de las veces actuará acorde a esa descripción.

—No mires a nadie por más de segundo y medio, evita contacto visual y mantén puesta tu capucha —después de decir eso, Andés caminó hacia donde provenía el ruido.

Al abrir la puerta, sus oídos explotaron en sonido, además que la luz del lugar la dejó casi ciega. La habitación era un cubo gigantesco de dos pisos que estaba atiborrada de personas, la mayoría sentados cerca de mesas y sillas. Podía sentir como su nariz comenzaba a detectar cientos de olores nuevos, la mitad de ellos enormemente desagradables. De igual manera decidió aguantar el dolor, sentía que aquí más que en ningún otro lado debía mantener su estaño encendido.

A la derecha, había lo que parecía ser una barra donde podía suponer que era donde se servían las bebidas. Cuando Andés caminó hacia esa dirección, Calima no se quedó atrás y procuró mantenerse cerca. Una vez allí, se apoyó en la única zona libre de la barra, con lo que no tardó una persona en acercarse.

—Tú otra vez —dijo la camarera, parecía una mujer mayor que conservaba un buen músculo a pesar de su edad —Los niños no duran mucho por aquí.

—Vigía e informante —ordenó Andés.

—Como quieras —dijo la mujer con un bufido, tomó dos pequeños pines de madera de debajo de la barra y los ubico en frente de Andés, este los tomó y se los llevo.

—Tienes que pedir algo —recrimino la mujer.

—Lo de siempre y dáselo a cualquiera —dijo Andés, tomando unos clips de su abrigo y dejándolos en la barra.

Camino junto a Calima a una mesa lejana, allí él se sentó con total naturalidad. Había demasiadas personas alrededor, Calima se sentía realmente incómoda, apenas hoy se había dado coraje para comer con los demás, ¿Y la llevaba a un bar repleto de extraños probablemente peligrosos?.

Ella mantuvo su metal ardiendo, solo por precaución, procurando concentrarse totalmente en las acciones de Andés, que extendió ambos pines y los dejó encima de la mesa. Uno tenía un parecido al símbolo del estaño, mientras que el otro se asemejaba al latón, ambos estaban muy deformados.

—Son para marcar lo que buscas o de lo que trabajas —dijo Andés —Antes se usaba el pin para indicar el metal que quemabas, pero con el tiempo comenzó a haber más brumosos skaa y ninguno se sentía cómodo revelando su alomancia tan fácilmente, aun desde el anonimato. Los mercenarios que no tenían poderes comenzaron a utilizarlos para marcar sus especialidades, con el tiempo dejó de significar tus poderes y comenzó a significar lo que estabas dispuesto a hacer.

Calima fue sorprendida por la explicación. ¿Un sistema tan específico para solo contratar mercenarios? Ella encendió curiosidad, asombro, y aplaco la familiaridad.

—Hmm… Los mercenarios son muy solicitados por las diferentes casas nobles —continuó Andés —siempre es normal que una esté intentando conseguir la ventaja sobre otra y eso no excluye tanto espionaje, extorsión o directamente fuerza bruta. Son una mano de obra muy solicitada en realidad.

¿Era realmente así? No podía negar lo que veían sus ojos, y teniendo en cuenta todos los problemas que se causan las casas las unas a las otras, pareciera que quien sea que organizara esto probablemente se estuviera llevando bastante dinero al facilitar las cosas tanto a nobles como mercenarios.

—Es más simple de lo que crees —comentó Andés —si buscas trabajo, te pones el pin, si quieres contratar, lo dejas en la mesa. Recuerda, los mercenarios no son lo mismo que los asesinos, a los últimos rara vez se aparecen en lugares como estos y son mucho más cuidadosos a la hora de buscar trabajo.

Calima comenzaba a entenderlo, aun sin poder escuchar las conversaciones cercanas, podía ver en los rostros de la mayoría de los presentes una mirada casi totalmente profesional.

Al cabo de varios segundos de silencio en la mesa, Calima ya no fue capaz de soportarlo y apagó su estaño. Creía que podía acostumbrarse a este ambiente ruidoso como el de la mansión, pero fue demasiado para ella. Pudo sentir como todos sus sentidos disminuyeron a su estado normal, ese sentimiento era también molesto a su manera.

Andés parecía alerta, mucho más que de costumbre, ¿era este un sitio peligroso?. Le había dicho que necesitaría su alomancia emocional, y a Calima le molestaba tener que adivinar su rol en todo esto, no le gustaba estar siempre insegura sobre todo lo que hacía, a veces llegaba a sentir que solo hacía eso para obligarla a hablar y preguntar, pero… quizá si debía hacerlo.

Calima comenzó a considerarlo, ¿Acaso no confiaba lo suficiente?. Después de todo este tiempo, la idea de que ellos intentarán traicionarla de cualquier manera resultaba ridícula para ella, además, ya habían escuchado su voz.

Puede que no fuese un momento ceremonioso, pero no tenía que serlo, solo era hablar, lo había hecho toda la vida.

Calima encendió todos sus metales a excepción del estaño, tenía que hablar, decir cualquier cosa. Ya se había reído hoy, y eso era prácticamente la mitad del camino, ¿verdad?. Empujo aire a sus pulmones y se forzó a echar un sonido.

—*A-ah.*

Al momento de intentar formular una palabra, Calima sintió como el mundo se le cayó encima.

¿Qué estoy haciendo? Se lamentó. No hablaba, no podía hacerlo, el dolor había vuelto solo con la idea de hacerlo. Ella creyó que si lo ignoraba, sería suficiente como para abrirse a la idea, pero no resultó ser el caso. Sintió como las lágrimas comenzaron a caer.

Andés se giró a ella sorprendido.

Ella se concentró e intento apretar sus metales con todas sus fuerzas, sintiendo como sus reservas comenzaban a desaparecer, tranquilizándola lo suficiente como para no hacer una escena.

—Vámonos —dijo Andés.

Calima abrió los ojos ante la declaración. *Lo arruiné* se dijo. Con lo que se negó inmediatamente, encendiendo el rechazo de Andés al máximo y aplacó su testarudez. Ella se obligó a componerse, o al menos fingir que lo tenía bajo control.

—¿Estoy interrumpiendo algo? —un hombre pequeño se había acercado a la mesa. Calima se asustó un poco, ignorando momentáneamente su dolor, hacía tiempo que no tenía su estaño apagado alrededor de las personas.

—No, ya nos íbamos —dijo Andés.

—Como quieran —gruño el hombre.

Calima encendió el arrepentimiento y la codicia mientras aplacaba los escrúpulos de Andés, quien suspiró y se levantó de su asiento.

—Está bien —dijo en voz baja —Eh, espera —dijo al hombre que había comenzado a caminar hacia el lado opuesto.

Calima se concentró en lo que podía hacer bien, aplacó la molestia y frustración del hombre y encendió curiosidad. Se concentró totalmente en los metales emocionales. En caso de que este la notara llorando, quizá podría esforzarse en hacer que aquel hombre la ignorase. El hombre era bastante pequeño, no era mucho más alto que ella, pero de igual manera se veía intimidante.

—Lo siento, fue una noche complicada, pero estamos bien —dijo Andés,

que estaba quitando los pines de la mesa. Calima encendió la comprensión, y el hombre no tardó en darse la vuelta. Ella procuró no presionar con fuerza, el hombre debía de seguir molesto con ellos por echarlo

—Estamos buscando a un buen vigía —dijo Andés.

—Cuatrocientos cuartos el trabajo individual, dos mil por mes —exigió el Hombre.

—Dos meses por ochocientos —replicó Andés.

—Estás bromeando —respondió el mercenario, ofendido —tres mil.

Calima se apuró y se metió en el lugar del desconocido ¿Por qué pedir tanto? Debía de ser bueno en su trabajo, encendió comprensión y una pizca de curiosidad.

—No te conozco de nada —replicó Andés —mil doscientos y se queda ahí, a menos que seas un ojo de estaño.

El hombre gruñó y se alejó de la mesa, con lo que Andés volvió a ubicar los pines encima de esta. Él no dijo nada más, dejando el ambiente en silencio.

Aun con el característico silencio de Andés, Calima era capaz de sentir la tensión en el ambiente, no se necesitaban palabras para comunicar aquella sensación. Ella procuró intentar olvidarlo, pero sabía que no podría hacerlo por un largo rato.

Una mujer no tardó en acercarse a la mesa, tomando asiento. Estaba bastante bien vestida además de tener el pelo corto.

—Dos meses, dos mil quinientos cuartos —dijo ella, apoyándose sobre la mesa.

Andés acercó la mano para quitar los pines, pero fue interrumpido.

—Ni te molestes —aclaró la mujer —tómalo o déjalo, soy ojo de estaño por si las dudas.

Andés la observó de arriba a abajo. Calima recordó que no era común para un alomantico revelar su habilidad, y menos si este no estaba enmascarado, con lo que probablemente esa era la razón de su cautela.

—Tendrás que probarlo —dijo Andés, llevando una mano dentro de su abrigo y sacando lo que parecía ser un pergamino limpio que tenía líneas de un solo color, ubicándolo en la mesa.

—¿Quieres que queme aquí?, al menos te hubieras tomado la molestia de ir a esperar en la zona más silenciosa —recrimino la mujer. Está observo la hoja por unos segundos y señaló.

—Aquí, aquí y… Aquí al borde.

—Bien —dijo Andés, guardando el pergamino —Dos Mil quinientos por los dos meses, mañana vuelo y acordamos el trabajo al mediodía.

La mujer sonrió, se levantó de la mesa, perdiéndose ante la multitud. ¿Tan

fácil era contratar a un mercenario?. Había asumido que sería mucho más discreto, pero el primer hombre también había ido al precio directamente.

Calima observó a sus alrededores y se concentró en quemar la mínima cantidad de estaño que su mente le permitía. El ruido comenzó nuevamente a retumbar ante sus oídos, pero fue capaz de mantenerlo bajo control. Logró ver cómo las personas se levantaban y sellaban tratos con bastante rapidez y sin detalle. Además, otra buena cantidad solo bebían tranquilamente e incluso charlaban de forma casual.

Ella respiró profundo, concentrarse en el ambiente ayudó a tranquilizarla. El hedor no había desaparecido, pero ya se había acostumbrado a él, además de comenzar a observar mejor la estancia. A primera vista no estaba demasiado decorada, pero tenía una forma y una estructura que era agradable a la vista.

Andés volvió a tomar los pines, se levantó y comenzó a caminar.

—Vamos —dijo Calima, sin esperarla.

Ella reaccionó rápido y lo siguió, mientras encendía curiosidad.

—Ya tenemos lo que buscamos —dijo, dirigiéndose hacia la salida.

¿Lo tenían?. Calima había escuchado la conversación entre Andés y Manette antes de la comida, sabía que estaban buscando al ojo de estaño. ¿Esa mujer era a quien buscaban? No parecía serlo, no dijo nada fuera de lo normal, ¿había visto a alguien? Quizá él tenía una descripción… o quizás solo se estaba marchando por ella… Calima encendió paciencia y piedad.

—No es por ti —dijo Andés —realmente ya terminamos.

Andés no pareció detenerse, con lo que ambos salieron nuevamente hacia los establos. Calima no paró de encender curiosidad durante la caminata hasta el caballo ¿Por qué se iban?.

—Ya detente, te diré cuando salgamos —contestó Andés con un suspiro.

Calima hizo caso, subiéndose a la montura, no tenía más opción que creerle al respecto.

Andés no tardó en arrear las riendas y salir del lugar de inmediato. Calima volvió a encender su estaño con la fuerza habitual, la diferencia entre el ruido del bar y la tranquilidad de la noche era abismal.

¿Qué habían hecho? ¿Realmente solo vinieron a contratar a un ojo de estaño después de todo? Manette habría conseguido a alguien de confianza por la mitad de ese precio.

Tardaron en alejarse, Andés manejó el caballo con bastante lentitud. Las brumas revoloteaban alrededor de ambos mientras guiaban al caballo con el farol. A calima le sorprendía lo bien entrenado que debía de estar el corcel para no asustarse al caminar en la noche tan oscura.

—Quema bronce —susurro Andés —Dime si sientes si algún pulso además del mío.

Calima hizo caso e intercambio su cobre por el bronce. Inmediatamente pudo sentir el hierro de Andés pulsando con fuerza como de costumbre, además, logró distinguir otras dos fuentes vibrando, una estaba escondida dentro de lo que era una casa abandonada y la otra… estaba lejos. Ella se volteó para ver.

—Alto —dijo Andés —Disimula y dime si lo ves.

Calima entendió la orden y fingió una comezón en su espalda, la uso para girarse y observar de reojo el final de la calle, allí pudo ver a un hombre caminando lentamente, de allí venía la pulsación.

Espera… eso es… Aquel hombre tenía un arco en mano, y lo tenía tensado hacia la posición en la que estaban Andés y Calima.

Calima se asustó e inmediatamente empujó a Andés mientras encendía todos sus metales. Usando su zinc, Aviso a Andés encendiendo terror y aplacando todo lo opuesto.

El hombre vio la reacción que había provocado, y sin esperar otro segundo disparó la flecha.

Calima reaccionó con rapidez y gracias a su peltre y estaño interpuso su mano en contra de la flecha, está atravesó su palma a toda velocidad y golpeó levemente parte de su pecho, sin llegar a causar ningún daño letal.

Andés se giró y vio la escena, tomó a Calima y se bajó del caballo, dejándola agachada acostada en el suelo.

—¡Cuídenla! —grito, y comenzó a atraerse hacia la dirección del ataque.

El hombre comenzó a huir hacia la dirección opuesta, Calima concentró rápidamente en la pulsación que estaba dentro de la casa, esperando una emboscada.

—¡De donde saco el puto arco! —escucho Calima inmediatamente, era Hef que salió de un salto de la casa pasando sobre el espacio en el que debería haber una ventana.

—¡Qué mierda voy a saber! —dijo Dana, saliendo al mismo tiempo.

—¡Dijiste que estaba desarmado! —volvió a gritar Hef.

—¡Lo estaba! —se defendió Dana, desesperada.

Hef corrió hasta Calima y observó su herida.

—Mierda, estarás bien, tranquila —dijo, en un intento para tranquilizarla —No es nada que Sall no pueda arreglar.

Calima vio como la flecha atravesaba su mano, pero no le dolía ¿Era por el shock? No, le habían dicho que el peltre reducía el dolor.

—Voy a ayudarlo —dijo Dana.

—¡Idiota! ¿Y cómo lo vas a encontrar?.

Habían preparado una emboscada, ¿Por qué no le dijeron? *Porque no esperaban que luchase*, sé respondió, y era verdad. Siempre fue una total inepta en la alomancia física. Ella debía demostrar que cuando de acción se trataba, no se largaría a llorar.

Calima se levantó e intentó arrancarse la flecha de la mano

—Eh eh —dijo Hef, este tomo la flecha y la partió a la mitad, Calima se la arrancó de un tirón.

—Espera —dijo Hef al darse cuenta de sus intenciones —¡Tú no te vas a ningún lado!.

Soy una nacida de la bruma, esto es lo que debería hacer, se dijo.

Ella se concentró y sintió como las pulsaciones de Andés y el ojo de estaño se separaban. Calima tiró inmediatamente de un trozo de metal que se encontraba dentro de una de las casas y salió disparada antes de que Hef o Dana pudieran alcanzarla.

—¡Ve a buscarla! —grito Hef.

Antes que Dana la alcanzase, Calima se concentró y empujó la moneda que su compañera lanzó al suelo, dirigiéndose hacia donde estaba la pulsación del agresor, este había corrido varias calles, metiéndose entre algunos callejones.

El corazón de Calima latía a toda velocidad. Una parte de ella le rogaba que se quedara al margen y dejará a los demás encargarse, pero la otra tenía hambre de probar su valía. Sí, era buena con el zinc y latón, además, tenía su utilidad como ahumadora, pero tenía que ser más que eso.

Vio a aquel hombre al final de la calle, con lo que encendiendo su hierro y hacerlo al mismo tiempo, se acercó hasta el mercenario para… ¿Para qué? ¿Qué haría cuando alcanzara a ese hombre?. Calima se dio cuenta de que no tenía ni idea de que hacer, ¿Pelear? No sabía, ¿Hablar? Imposible, ¿Distraerlo? Podía intentar algo con la alomancia emocional, pero si los demás no la encontraban, estaría en varios problemas.

Lamentablemente, no tuvo tiempo de decidirse porque no tardó en estrellarse contra el borde de una pared, sintiendo un crujido dentro de su cuerpo. Por fortuna, el peltre y el estaño le ayudaron a mantenerse estable y mitigar la mayor parte del golpe, pero de igual manera fue un fuerte recordatorio de que realmente no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

De todas formas ella aterrizó y corrió hasta el hombre de forma más segura, atrayéndose y empujando de los edificios cercanos ocasionalmente mientras estaba en el suelo.

El hombre se volteó y observó a Calima, tomando su arco nuevamente,

disponiéndose a disparar. Ella reaccionó encendiendo fatiga y pena ¿Realmente matará a una niña?, pudo ver los efectos reflejados en los ojos de aquel hombre, pero el efecto al parecer no fue el suficiente, dado que este se dispuso a tensar el arco y disparar.

Calima pudo esquivar la flecha con menor dificultad de la que esperaba. Olvidaba con facilidad que ahora era más ágil que una persona normal. Mientras evadía, Intento encender y aplacar con más fuerza a su oponente, pero seguía sin dar efecto, el ojo de estaño disparó nuevamente, con lo que Calima volvió a encender su peltre y lo esquivo.

Ella se preparó a esquivar una tercera flecha, solo que esta vez, ella notó como de golpe se le había agotado el peltre.

Calima sintió repentinamente como el dolor de la flecha y el golpe que se dio contra el muro la asaltaron junto al cansancio. Sentía como algo le dolía en su interior, ardiendo en su abdomen.

El hombre volvió a tomar una flecha, con lo que Calima intentó usar su bolsa de monedas para intentar escapar. Lamentablemente, el ojo de estaño fue mas rápido, así que se vio obligada a disparar el monedero entero a la dirección del agresor, mientras atraía desesperadamente cualquier metal a su alcance.

Esquivo la flecha por los pelos, pero había fallado su empujón por casi dos metros. Calima encendió terror, incertidumbre y fatiga mientras aplacaba seguridad y confianza. El hombre no pudo seguir peleando contra esas emociones y comenzó a huir. Ella aprovechó y se posicionó entre él y su monedero, una vez que el ojo de estaño se encontraba en medio de las lineas azules que surgen entre las monedas, ella encendió su hierro y las atrajo con toda sus fuerzas.

El monedero golpeó el estómago del hombre, pero en lugar de derribarlo este lo tomó en sus manos y tiró de él, atrayendo a Calima por sorpresa desde el pecho. Sin su peltre no tuvo forma de evitar tropezar y caer al suelo. Al verla derribada, el hombre volvió a tomar su arco y disparar ahora que estaba en el suelo.

Por fortuna fue detenido por el monedero, el cual fue atraído desde sus pies hasta su cabeza, el hombre lo esquivó a duras penas.

Docenas de monedas cayeron por toda la calle, Calima pudo ver como las líneas azules se dispersaron en todas direcciones. Andés bajó rápidamente deslizándose desde una pared, saltando antes de llegar al suelo.

El hombre intentó huir, pero una de las monedas atravesó una de sus piernas, haciendolo gemir, probablemente por sensibilidad aumentada por el estaño. Andés corrió hacia esa dirección y desenfundo su espada, y con un rápido movimiento pego un corte al tobillo del mercenario.

—¡Me rindo! —grito una vez en el suelo.

Andés apuntó la espada hacia el cuello de aquel hombre.

—¡Eh, Eh!, ¡Dije que me rindo! —insistió el hombre.

—Calima —dijo Andés, sin apartar la mirada de su cautivo —Ve a buscar a Dana y Hef.

Ella asintió y comenzó a caminar hacia donde sentía el pulso de Hef.

Se había atrevido a combatir, combatir de verdad. Era algo que nunca habría imaginado hace algunos meses… y hubiera perdido de no ser por la intervención de Andés. Aun con todos los metales alománticos a su disposición, seguía siendo una inútil.

Capítulo 13

—¡Solo hacía mi trabajo! —gritó el ojo de estaño.

Andés se encontraba junto al mercenario que llevaba buscando un mes entero, este estaba atado en una silla dentro de la casa abandonada, la cual habían utilizado para preparar la emboscada fallida.

El plan no era atraparlo esta noche, solo tenían que hacer que revelara a sí mismo al reconocer a Andés, pero Dana y Hef, quienes estaban ya dentro del bar para cuando Andés había llegado, le comentaron que parecía demasiado sospechoso, por lo que prepararon el lugar con antelación.

—¡Me contrataron dos hombres encapuchados! —grito el mercenario —¡Nunca les vi el rostro!.

Hef golpeó el estómago del cautivo con tanta fuerza que lo dejó sin aire.

—Eres un puto ojo de estaño —dijo —Si tienes un trabajo es notar detalles. Mira, debería destriparte por lo que le hiciste a Gune.

—Pero si nos dices quién fue te quedas libre, ¿Entendido?—dijo Andés, que disimulaba su nerviosismo. Él no tenía experiencia real en interrogación. Le había ordenado a Dana que se llevara lejos a Calima y que no le perdiera el ojo de encima.

—¡Les juro que no lo sé! —gritó su cautivo entre toses.

—Eres un estúpido si estás dispuesto a morir por tus compañeros, dinos lo que sabes —ordenó Hef.

—Era un skaa —dijo rápidamente —Tenía una cicatriz en la mejilla, no se su nombre.

—¿Un skaa? ¿Acaso te lo dijo? —preguntó Andés —Dinos más.

—¡Que no lo sé!.

—Dinos la verdad—dijo Andés, con calma —Puedes salir bien parado, nos aseguraremos que no tenga que ver contigo, así que no te preocupes por cualquier amenaza que te haya hecho.

—Si, estaban encapuchados —comenzó a decir el ojo de estaño —Eran una casa noble importante, tenían bastante oro encima. Solo le vi la cara a uno, era rubio, con nariz pequeña, no debía de tener más de treinta años, ojos azules y zapatos de buena calidad totalmente destrozados.

—¿Nombre? —preguntó Hef de forma agresiva.

—¡Ya les dije que no sé! —grito —solo nos pagó y dejó la nota de a quién y en dónde había que matar.

—¿Volviste a contactar con él? —volvió a preguntar Hef.

—No, no lo he visto.

—Extraño considerando que fallaste, ¿Acaso no quiere su dinero de vuelta? —preguntó Andés en un tono más curioso.

—Eh… no, todavía no, solo nos pagó la mitad por adelantado —dijo el ojo de estaño —no debería de saber qué fallamos, el pedido fue hecho desde Luthadel.

Andés consideró esas palabras, ¿Les estaba mintiendo?, era probable que lo que había dicho hasta ahora fueran solo mentiras, pero de no estaba dispuesto a torturarlo hasta sacarle la verdad.

Una mirada fue suficiente para indicarle a Hef lo que debían hacer. Este desempuño su espada mirando, acercándose a la silla.

—Espera, ¡Espera! —grito el mercenario, desesperado —¡Puedo reconocerlo!, ¡Si me dejan ir se los señalaré!.

—No dudaste en disparar contra una niña —dijo Hef enfurecido —realmente no creo que seas muy de fiar.

—¡No sabía que era una niña! —gritó el mercenario —¡Juro que no diré nada a nadie lo que es!.

—¿Oh? ¿Descubriste algo sobre ella? —pregunto Hef de forma amenazante —¿Qué fue?, me molestaría que fueras diciendo por ahí que tiene mal aliento.

El mercenario se quedó callado, había metido la pata hasta el fondo confesando que sabía que tenían un nacido de la bruma. Andés no tenía ni idea de cuanto había mostrado Calima en su combate, ahora no podían dejarlo vivir.

—Lo siento, pero ya sabes lo que es —dijo Hef, que ya estaba al frente del mercenario.

Él se detuvo repentinamente y observó al hombre que tenía enfrente, parecía dudar de si matar al hombre o no. Andés nunca lo había visto así, Hef no era de los que tenían reparos en ensuciarse un poco.

—…¿Realmente es tan peligroso dejarlo vivo? —preguntó Hef.

¿Cómo? Claro que lo era Pensó Andés *pero… quizá sí podían usarlo para conseguir más información, además… Espera.* Prestando atención a su hierro, logró notar una figura azul fuera de la casa. *Calima…*.

Repentinamente, fue capaz de reconocer la piedad, además del pragmatismo con el cual venía envuelta. Él había echado bastante polvo de metal sin que se diera cuenta, podía distinguirla con su silueta, parece que se escapó de Dana y volvió para saber qué estaban haciendo.

—Hef, espera un momento, tengo que salir —dijo Andés.

Camino fuera de la casa, y Calima se escapó atrayendo hacia el segundo piso, Andés no tardó en seguirle el paso de un simple empujón usando las mismas anclas, aterrizando al mismo tiempo en el que ella se alejaba de la ventana.

—Te dijimos que acompañaras a Dana —dijo en un tono severo.

Calima respondió con frustración y culpa, lamentablemente no llevaba su pizarra encima.

—No podemos dejarlo vivir —contestó Andés —conoce tus poderes, además de haberte visto el rostro.

Ella frunció el ceño y encendió piedad.

—¿Qué haremos si informa de tu existencia? —continuo Andés —Estarás en peligro.

Ella encendió Vacío y apatía. Luego, esas emociones fueron aplacadas para continuar su mensaje con valor y ferocidad.

¿Ahora está formulando frases?.

—No me importa que no tengas miedo —dijo Andés, enojado y con el ceño fruncido —Sigue siendo peligroso, no te puedes arriesgar solo porque no temes perder, ¿Qué harás si nos matan?, ¿O si te matan a ti?, sí, hoy actuaste bien, se nos habría escapado de no ser porque interviniste, pero fácilmente podría haber resultado de otra manera, si no hubiera llegado te habría atravesado con una flecha. No dejes nada a la suerte cuando la vida está en juego.

Calima miró a Andés a los ojos, pedían piedad, ¿Realmente no quería que matarán a ese hombre?. Él no sintió ningún tirón ni empujón en sus emociones, sentía pena genuina ante los sentimientos de Calima.

Andés consideró la situación, ¿Había realmente una manera de dejarlo con vida?. Quizá si lo vigilaban de cerca hasta que encontraran a su objetivo, o pagarle para que cerrara su boca…

—No —dijo Andés finalmente —Lo siento, lograste ayudarnos a capturarlo, pero mostraste tus poderes en el proceso. No quiero que esto sea una lección, no deberías aprender nada de valor en la muerte ajena, pero quiero que recuerdes que actuar sin pensar tiene sus consecuencias.

Calima bajo la cabeza, parecía estar devastada, ¿Sentía tanta lástima por un hombre que acababa de intentar matarla?.

Andés se acercó a la ventana, dejó caer una moneda, lanzándose hacia abajo. Calima lo siguió imitando el mismo movimiento con un poco de torpeza.

—Vuelve con Dana —ordenó —no deberías de ver esto.

Calima negó con la cabeza, y encendió culpa y orgullo.

—No tienes por qué verlo —contesto Andés, intentando entablar un tono más amable —tu compasión es un rasgo positivo.

Ella encendió responsabilidad, se quedó quieta, plantada en el sitio, cuando no tenía miedo, podía ser realmente obstinada.

—No está a discusión —dijo Andés, esta vez ordenando con un tono severo

—Ya hablaremos de esto más tarde, además, tienen que tratarte la herida en tu mano.

Ella respiró hondo, y observó el agujero en su mano, asintió a la petición de Andés, comenzando a caminar, hacía la espesa bruma.

Andés se adentró nuevamente hacia la casa. Normalmente era matar o morir, no pensaba en sus víctimas de la misma manera que ninguna de ellas habría pensado en él si hubieran logrado matarlo. Pero al ver a Calima a los ojos… supo que a este hombre sí lo recordara por un tiempo.

—¡Ahí estás! —grito Dana —¿Sabes lo difícil que es volar entre las brumas?.

Calima se había encontrado a Dana encima de una fábrica, probablemente la estaba buscando por todos lados, la notaba muy preocupada.

Le dolía la parte superior del abdomen, probablemente por el golpe que se había dado al perseguir al mercenario

—¡Maldición!, ¡Ahora me van a gritar de nuevo! —volvió a gritar Dana —¿Estás contenta?.

Calima se sonrojó, ¿Por qué lo había hecho?. No, sabía por qué, se sentía responsable por aquel hombre, lo que le hacía preguntarse la razón por la cual ese sentimiento le hizo desobedecer. ¿Tan difícil era seguir órdenes? Odiaba eso de ella, esos arrebatos no estaban bien.

—¿Y?, ¿No me vas a decir nada? —exigió Dana —O empujar nada, sé que a veces me cuesta entenderte, pero un «Lo siento» no debería de ser tan complicado.

Calima asintió y encendió culpa.

—Así está mejor… creo —dijo, un poco confundida —eh, ¿Qué te pasa?.

Calima estaba llorando por segunda vez esta noche. La tristeza había llegado sin avisar, apoderándose de ella nuevamente. Quería ayudar, pero cuando no le decían que hacer, siempre se adelantaba, aun cuando no era debido.

—Eh, eh, lo siento, ¿sabes? —dijo Dana con culpa —Mira tampoco mataste a nadie, así que no pasa nada, ¿Verdad?.

Las palabras de Dana solo empeoraron el cómo se sentía. Ella era la única responsable de que mataran a aquel hombre en la casa. Todo por no saber mantenerse quieta.

No era capaz de acallar su propia voz entre las lágrimas. Podía escucharse, y lo

odiaba, solo le traía recuerdos nefastos, la memoria de la muerte, la sangre, todo era su culpa, eran recuerdos que le revolvían el estómago, casi hasta…

Calima vómito, largando todo lo que tenía en su estómago al suelo, manchando parte de su abrigo.

—¡Demonios! —gritó Dana apartándose de un salto.

Calima sintió como la mitad de sus reservas se esfumaron de golpe, ella cayó al suelo, casi le costaba respirar.

Dana se acercó rápidamente y ubico su mano sobre el hombro de Calima.

—Tranquila —dijo Dana con cuidado —mira, será mejor que lo saques todo, vomitar en medio vuelo no es ningún chiste, créeme.

Ella volvió a vomitar, sin saber bien si estaba siguiendo el consejo de Dana o por otro golpe de nervios, largando la otra mitad de sus reservas, además de lo que había comido hace pocas horas.

—Vaya, cuánto metal —dijo Dana, la cual le estaba dando palmadas en la espalda —No soy una experta, pero considero que eso no es muy sano para nadie.

Calima se quedó quieta, esperando otro agarre de vómito, afortunadamente, aun si la sensación no era agradable, le ayudó a distraerse de lo que estaba pensando.

—Ven, vamos —dijo Dana —Te voy a llevar a un sitio cercano.

Ella tomó del brazo a Calima y gentilmente la llevó al borde del techo.

—Esto… Te quedan metales, ¿verdad? —preguntó Dana.

Con una mano, Calima palpo dentro de sus ropas, sacando otro vial más, lo destapo y se lo bebió. Inmediatamente, comenzó a quemar peltre, el cual se le había acabado en su pelea, causando una agradable comodidad en su cuerpo.

—¿Tenías otro encima? —preguntó Dana un poco preocupada —tendré que hablar con Hef sobre eso.

Todavía sosteniendo el brazo de Calima, Dana lanzó una moneda e inmediatamente se tiró tras ella sin esperar a que aterrizara. Al estar agarrada del brazo, Calima no tuvo más opción que seguirla. Comenzó a empujar de la moneda, la cual al caer de golpe al suelo, la elevo un poco hacia arriba.

Dana acomodó su velocidad para no tirar del brazo de Calima, con lo que ambas aterrizaron en la calle.

—Mira, no me puedo fiar de que no te volverás a escapar —regaño Dana, con un tono ligeramente juguetón —pero si solo vamos caminando, tardaremos como una hora, así que… —Dana tomó su cinturón y se lo abrocho a Calima —Con esto y tu bolsa de monedas ya no me vuelves a engañar.

Calima se sintió un poco culpable, antes había dejado su bolsa encima de un edificio para despistar a Dana, que no podía ver entre las brumas.

Dana lanzó una moneda al suelo y comenzó a empujarse, ella no era tan ágil

como Andés, que se tomaba cada tirón con completa seriedad, ella disfrutaba los saltos, y no le importaba desperdiciar monedas si estas le daban un empuje más elevado y extravagante.

Con un poco de dificultad, Calima logró seguirle el paso. Saltaban por el medio de la calle, lo que tenía sentido dado que como lanza monedas, Dana no podía ver entre las brumas, haciendo peligroso cruzar entre edificios teniendo la posibilidad de estamparse contra una pared.

Dana se detuvo en la punta de un edificio residencial. Los de esta zona parecían ser mucho más altos que los normales, ¿Se encontraba en la zona noble?. Lamentablemente no lo sabía, no se alejaba de los barrios skaa cuando salía a repartir lo que ganaba en la banda.

Calima llegó hasta el edificio y se acercó a Dana. Ella caminó hasta una puerta pequeña que se encontraba en el techo, pero en lugar de abrirla, se movió hacia un lado, y empujó un trozo de metal que se encontraba dentro, tras ello abrió la puerta.

—Vamos, sígueme —dijo Dana animada.

Calima titubeó un poco, pero de igual manera la siguió, adentrándose al edificio. Una vez dentro, bajo unas escaleras, llegando a un pasillo.

—Por aquí —dijo Dana, girando repentinamente en una equina.

Dana comenzó a bajar otra serie de escaleras hasta bajar otros dos pisos, de allí caminó por el pasillo hasta una puerta, y tomando unas llaves de su bolsillo, la abrió.

—Pasa —dijo, mientras entraba en la estancia.

Calima entró en lo que parecía ser el apartamento, era más grande que los que tenían los skaa comunes y corrientes, además de tener buena decoración. Dana la guió hasta la silla de una mesa, donde se sentó.

—Quédate aquí un rato —dijo —ahora veré que tengo.

Ella obedeció mientras Dana caminaba hasta otra habitación, quedándose sola. El lugar la incomodaba un poco, parecía ser demasiado oscuro, ¿cómo hacía Dana para ver sin su estaño?.

Calima reconoció como de varias esquinas y muebles salían tres líneas azules, todas provenientes de clavos o monedas dispersados por el sitio. Lo más probable era que Dana utilizase su acero para guiarse por el edificio durante la noche, de la misma manera en la que lo hacía Andés.

Se obligó a seguir pensando en la iluminación del sitio, estar sola con sus pensamientos era lo último que quería en este momento. Dana había dejado la lámpara que empleo esta noche encima de la mesa, encandilando a calima. ¿Acaso debería molestarse y prender algunas luces de la habitación?. Decidió mejor no

hacerlo, no era su casa y gastar la luz de las velas sin permiso podría ser de mala educación.

Al cabo de un minuto, Dana volvió. Tenía lo que parecía ser un vaso de vidrio llena de un zumo rojo en una mano, en la otra una jarra con alcohol, además de vendajes, sostenidos por debajo de su brazo. Ella se acercó y dejó el zumo enfrente de Calima.

—Bien —dijo, dejando los vendajes en la mesa —ahora muéstrame tu mano.

Calima la extendió hacia Manette.

—Va a doler un poco —aclaro —¿está bien?.

Calima asintió, apagando su estaño, con lo que Dana hecho el alcohol en la herida. Dolió, pero tampoco fue algo estremecedor.

Inmediatamente después, Dana tapó la herida con la venda. Todavía sentía el pequeño dolor punzante en su abdomen, pero no era tan grave como para mencionarlo.

—Eso lo cubrirá hasta que lleguemos con Sall. ¿Bebes un poco? —pregunto Dana, señalando al sumo.

Calima dudó en beberlo.

—Tu tranquila, la fruta la crecí yo —dijo con orgullo —y se iba a echar a perder si no la usaba.

Calima miró a Dana, la cual le estaba sonriendo, y comenzó a beberse el zumo. Estaba bueno, en la mansión nunca tuvo la oportunidad de beber, supuestamente era porque no estaban en temporada, aunque realmente no sabía de esas cosas.

—Mataron a mi esposo e hijo —dijo Dana repentinamente.

Calima se paralizó y paró de beber. Esa información la tomó totalmente por sorpresa.

—Así rompí —comenzó a explicar —yo era una noble menor, realmente de la más baja categoría, no diré que moría de hambre como una skaa, pero igualmente era tratada como basura por los que supuestamente eran mis iguales.

¿Por qué le decía eso? ¿Qué quería…? De toda la banda, solo conocía el pasado de Robby, Gabroil y unos pocos más, la mayoría se reservaba el momento en el que rompieron. Debía de verse realmente mal para que Dana sintiera la necesidad de contar qué le pasó para reconfortarla.

—Él era un comerciante —dijo, mirando a la nada —uno con bastante renombre, no te aburriré con detalles, pero el final fue que estaba suplantando el lugar de un noble, como intentamos hacer ahora. Yo lo sospechaba desde un principio, pero no dije nada, con lo que senté cabeza con él y tuvimos un niño. Un día, mientras estaba fuera de la ciudad, el cantón de la ortodoxia lo descubrió.

Cuando los atraparon a ambos, él les confesó haberme engañado, con lo que los ejecutaron y me dejaron libre cuando me dieron la noticia.

La habitación quedó en total silencio, Calima sabía que para romper había que pasar por algo terrible, pero eso… ¿Se lo decía realmente solo para reconfortarla?.

—¿Y tú? —preguntó Dana repentinamente mientras Calima estaba hundida en sus pensamientos.

Ella se tensó. Nadie le había preguntado qué le pasó, no de forma tan directa. Siempre estuvo agradecida al respecto, recordar le dolía mucho, pero ahora… Dana le había contado su pasado para que ella se sintiera culpable de no contar el suyo, podía verlo en sus ojos, además que lo más probable es que se lo diga a todo el mundo.

O al menos eso decía su raciocinio. Leer las intenciones de las personas era algo que siempre pudo hacer, ¿Pero podía confiar en su intuición ahora?. Ya conocía a Dana desde hacía más de dos meses, cuando la ayudaba a arreglar el exterior de la mansión, siempre le hablaba de todos los chismes interesantes, sentía una pequeña amistad con ella, si se equivocaba al respecto…

—Eh, si no quieres decirlo no hay problema —dijo Dana, alejándose un poco —los demás ya lo saben, con lo que preferí decírtelo yo de primera mano.

Obviamente era una táctica manipuladora, Dana no era de las que sabían mentir bien, pero de todas formas Calima no sintió maldad en su petición, solo veía que era pura curiosidad.

Calima miró al suelo, y encendió complicidad, mientras hacía una seña para escribir.

—¿No vas a hablar? —preguntó decepcionada, fue recibida por una mirada molesta, junto a un golpe de impaciencia.

Tampoco te precipites.

—Está bien, no te presiono —Dana se levantó de la silla, acercándose a uno de los muebles de la sala en donde abrió uno de los cajones, sacando una hoja y tinta.

¿Realmente quería contarlo…?. No, no quería, pero le había contado su pasado, además, aunque no quisiera, debía forzarse a lidiar con el recuerdo. Dana se acercó, dejando tanto el papel como la tinta frente a Calima. Parecía estar usado, había garabatos escritos por toda la hoja.

Tomó la pluma, y se concentró, seguía dudando, las memorias comenzaban a asaltarla sin piedad, con lo que ella en respuesta encendió los metales que tenía. Dana estaba expectante, esperando impaciente a que Calima escribiera.

Apoyo la pluma, y comenzó a escribir. Le dolía, dolía demasiado, pero se empujó, apoyándose de la cálida sensación en su ser que le daba la alomancia, escribiendo solo dos palabras antes de perder la fuerza.

Mi familia.

Era horrible, las lágrimas volvían a caer por tercera vez.

—Maldición, creo que empuje un poco de más —Dana comenzó a retirar la hoja, pero Calima ubico con fuerza su mano encima, impidiéndoselo. Tenía que hacer algo, tenía que ser más fuerte, con lo que rápidamente escribió el resto.

Mi familia fue asesinada.

Quería gritar, tirarse al suelo y no levantarse, pero en su lugar, enfoco todos sus esfuerzos en observar a Dana a los ojos, atravesando su mirada.

—Y-yo… lo siento —Dijo Dana, sintiéndose culpable —Solo tenía curiosidad y… —Sus ojos se humedecieron un poco —Te traje porque pensé que quizá te gustaría hablar y como en la mansión está lleno de ojos de estaño y me dijeron que no te moleste y… No tienes que escribir nada.

La habitación volvió a quedar en silencio, Calima realmente no sabía como sentirse. ¿Estaba enojada porque la había arrinconado a contar qué le pasó? ¿Sentía pena porque ahora ella también estaba llorando?, ¿Estaba arrepentida de contarlo?.

Solo una sensación estaba clara, el dolor. El recuerdo seguía acosándola, dejando solo un hecho aferrado a su cabeza, castigándola.

Su familia estaba muerta y era su culpa.

—Esto es un problema, ¿Verdad? —preguntó Dan.

—Sí —respondió fríamente Manette, mirando sus papeles de comercio.

Andés había vuelto hacía una hora, le había contado todo lo sucedido. Él no era de cometer ese tipo de errores, pero al mismo tiempo Manette sabía que no existía nadie infalible el cien por ciento del tiempo.

Hef regreso a su guardia, su zona era el interior de la mansión, seguía muy preocupado por cualquier asalto nocturno, con lo que siempre tomaba turnos dobles.

—¿Alguna idea de quién pudo contratarlos? —prosiguió Dan.

—Lamentablemente no —contestó Manette —Hay demasiadas casas que quieren evitar que volvamos al juego. Entre nobles, lo más seguro es asumir que conocen todos los movimientos que hicimos, con lo que será un problema identificar qué casa es responsable.

—¿Me estás diciendo que Andés perdió un mes de investigación para nada? —refunfuño Gabroil.

—Era poco probable que encontrara algo de valor en primer lugar —contestó

Andés, que se encontraba sentado en una de las sillas —Además, la poca información que tenemos no es exactamente inútil, todavía tenemos sus posesiones y la ubicación de su guarida, quizás allí encontremos una pista.

—Ni se molestaron en torturarlo —suspiro Dan —No es algo que les quiera reprochar, pero cualquier cosa que les hubiera dicho no es muy de fiar.

—No nos quedó otra opción —respondió Andés, con su tono directo —Nos había descubierto, con lo que seguirlo hasta que contactara nuevamente con su cliente quedó fuera de las posibilidades.

—¿Alguna pista por parte de tus contactos? —preguntó Manette.

—Puede —contestó sin energía —les ordené vigilar a los mercenarios de renombre. Con un poco de suerte me conseguirán que tipo de clientes o trabajos aceptaban.

—De cualquier forma, por ahora nos tendremos que guiar por su palabra —dijo Gabroil.

—Intentaremos buscar otras conexiones —dijo Dan —Ahora que sabemos como lucen, si buscamos a nivel personal quizá encontremos otro hilo.

—Me pondré a ello —contestó Andés.

—No le inviertas tanto tiempo —dijo Manette —vuelve a enfocarte con los Bechel, tenemos que seguir avanzando en ese frente. Entre las casas locales ya se dice a gritos que no tenemos a un nacido de la bruma real. La única manera de que no nos pierdan el miedo, es que continúes infiltrándote en las casas.

—Las cosas se pondrán más difíciles —continuo Dan —Incluso saben que eres atraedor, con lo que intentan meterte trampas.

—Podrías haber dejado ir a ese ojo de estaño —comentó Gabroil —Si como dices había visto a Calima, nos resolvería bastante ese inconveniente.

—Él casi la mata —contestó Andés —Si supieran que el único nacido de la bruma que tenemos no sabe defenderse, además de no atreverse a matar, no tardarían mucho en intentar asesinarla antes de que se vuelva una amena….

Hef entró de un portazo a la habitación.

—Ya llegaron —dijo con rapidez —Sall la está revisando.

—Es solo una herida de flecha en la palma, ¿verdad? —preguntó Gabroil, quitándole importancia —No debería de ser la gran cosa.

—Tiene dos costillas fracturadas —contestó Hef.

Los cuatro se pararon de inmediato, y siguieron a Hef hasta el pasillo, quien se separó de ellos para continuar sus rondas. Con rapidez, llegaron hasta la habitación, en donde pudieron ver a Dana, preocupada.

—¿Qué hiciste? —preguntó Manette en un tono condenatorio.

—¡Nada!, ¡Lo juro! —grito Dana, parecía ser sincera —Solo la llevé a mi casa

para hablar y volvimos inmediatamente.

Andés y Dan no tardaron en entrar en la habitación, dentro estaba Sall, observando las costillas de Calima, que estaba despierta y sosteniendo parte de su camisa hacia arriba para que pudiera inspeccionar.

—No deberían entrar a la enfermería sin tocar —dijo Sall, quien no apartó su mirada de la herida.

—¿Está bien?—preguntó Andés.

—Chsss, silencio —ordeno Sall —Respira profundo, y no quemes peltre.

Calima hizo caso y llenó sus pulmones, parecía estar bastante triste.

—¿Te dolió? —preguntó Sall.

Ella asintió con la cabeza.

—Pues tu rostro no lo muestra —dijo Sall —Ustedes dos, largo.

—Pero… —comenzó a decir Dan.

—Pero nada, ya les diré cuando termine.

Andés y Dan miraron a Calima, e hicieron caso, saliendo de la enfermería. Fuera estaban Manette, Gabroil y Dana, que habían escuchado toda la conversación.

—¿Qué hiciste? —preguntó Andés, nuevamente.

—Ya les dije que nada —volvió a defenderse Dana, esta vez ofendida por la insistencia —solo hablamos un poco y volvimos.

—¿Hablaron? Ella no habla— respondió Gabroil.

—Ella escribió.

—Se olvidó su pizarra —respondió Manette.

Dana abrió los ojos y no respondió.

—Contesta —exigió Dan.

Dana respiró profundo. Nunca pudo evitar hablar de más, lo que la hacía terrible guardando secretos.

—La llevé a mi casa… y le di un poco de papel —dijo, un poco avergonzada.

Dan se llevó la mano a los ojos, frustrado.

—¿Qué le preguntaste? —preguntó Manette.

—¿Preguntar qué? —dijo Dana, haciéndose la tonta.

—Ya sabes de lo que está hablando —agregó Dan.

Dana miró al suelo en vergüenza

—Tú tus asquerosos chismes —Dijo Gabroil, enfadado —¿no ves que puedes hacer daño?.

—¡Pero yo no soy responsable por lo de las costillas! —grito Dana —estoy casi segura que eso no se lo hizo bajo mi cargo.

Sall salió un rato después junto a Calima, los cinco se giraron hacia ellos, ella tenía un vendaje en la palma donde había recibido la flecha.

—Va a estar en cama unas cuantas semanas —dijo Sall —según me dijo se estrelló contra una pared persiguiendo a alguien.

—¡Les dije que yo no había sido! —exclamó Dana.

Los demás la fulminaron con la mirada

—Fue contra el ojo de estaño —concluyó Andés, Calima asintió y encendió entendimiento a lo que dijo —No deberías de haberlo perseguido.

—Ahora ve a tu habitación —dijo Sall a Calima —luego subiré a explicarte como debes dormir para no agraviar la herida.

Calima encendió convenio y se fue caminando hacia su habitación. Parecía estar muy cansada, lo que tenía sentido tras ver lo que le habían contado.

—Casi no descubro la herida —dijo Sall —No era letal, pero de no haberla visto podría haber empeorado.

—¿Ella no te la indicó? —pregunto Dan.

Sall negó con la cabeza.

—Decidí revisar cuando Dana me comentó que hubo una pelea —aclaró Sall —la chica tiene una preocupante tolerancia al dolor.

—El peltre suele tener ese efecto —dijo Gabroil.

—De igual manera la regañé al respecto —continuo Sall —expresar dolor es importante para reconocer las heridas. He visto como fracturas de ese estilo dejaban a adultos sin respirar.

—¿Peleó contra el ojo de estaño? —preguntó Dan —Creí que solo lo había seguido.

—Lo hizo, e intentó detenerlo —respondió Andés.

—¿Ganó?.

—No —respondió Andés —estaba a punto de matarla antes de que llegara.

—Maldición…—dijo Dan sorprendido —Sé que era un mercenario entrenado, y ella solo una niña, pero de igual manera…

—Iré a asegurarme que no duerma de forma que le haga daño —dijo Sall, retirándose de la conversación dirigiéndose hacia las escaleras.

Dana había aprovechado la conversación para huir, ya hablaría con ella más tarde.

—Espíritu no le falta a la muchacha —dijo Gabroil —Lo que hace una verdadera lástima que se rehúse a matar.

—¿Es eso algo malo? —preguntó Dan, desafiante.

—¿Que si es malo? —dijo Gabroil, mirándolo a los ojos —Pues no te mentiré, nunca he escuchado de un nacido de la bruma pacifista, no digo que sea algo que alguien de su edad deba hacer, pero tendrá que aprender tarde o temprano.

—Fácil para ti decirlo —contesto Dan enojado —Si como noble probablemente

tienes práctica.

—¿Qué mierda estás insinuando? —preguntó Gabroil, enfurecido.

—Ustedes dos cálmense —ordenó Manette —Ya tenemos suficiente con lo de Profoste, así no los quiero oír pelear.

Ambos se calmaron. La situación realmente no era tan grave, pero seguía siendo estresante ver a un miembro de la banda herido.

—¿De qué hablaron en la reunión de hoy? —preguntó Andés.

—Además de lo que te conté —explicó Manette —según algunas fuentes, Profoste interrogó de manera hostil a varios de sus empleados.

—Los mandó a golpear —aclaró Dan.

—Algunos hablaron y confesaron que el obligador les había ordenado como figura de autoridad a no interferir en sus asuntos, lo más probable es que sea mandado nuevamente a Luthadel, pero el rumor es reciente y proviene de uno de los criados de Profoste.

—Un problema menos, ¿Y el trato? —preguntó Andés.

—Acordamos en realizar las negociaciones por cartas.

—¿Por cartas? Eso tomará mucho tiempo.

—Algunos meses estimo

—No tenemos muchos meses —indicó Andés.

—Lo sé —dijo Manette, lamentándose —así que si puedes, procura robar cosas de valor si tienes la oportunidad.

—Con un poco de suerte conseguirás robar un poco de atium —sugirió Dan —La niña todavía no aprendió lo que es, ¿verdad?.

—En esta región no mucha gente posee Atium —dijo Andés —Robarlo es peligroso.

—Pues deberías hacerlo —dijo Gabroil —Cómprale al menos una pepita, para que sepa a lo que se enfrenta en algún futuro cercano.

—Tú sabes más que nadie que no son baratas —replicó Manette.

—¿y es barato permitirse perder a una nacida de la bruma solo por ahorrarse unos pocos miles de cuartos?.

—Tiene razón —dijo Andés —Por muy caro que sea, debe aprender a usar atium.

—Con el entrenamiento justo, nos podrá ayudar a entender como pelea un nacido de la bruma —comentó Dan, interesado.

—Nadie sobrevive a un nacido de la bruma con atium —indicó Gabroil —A excepción de otro que también lo esté quemando.

—¿Y?, quizá podamos sobrevivir hasta que se le acabe.

—Felicidades —dijo Gabroil en tono sarcástico —Ahora estarás peleando

contra un nacido de la bruma común y corriente, algo que totalmente puedes manejar. Será mejor que la niña aprenda a usar ese condenado metal de una vez.

Manette suspiro, aun cuando estaban de acuerdo esos dos tendían a pelear. Era cierto que podían costearse un poco, pero recaía en el problema de ser un gasto de una sola vez, suponiendo que Calima siquiera fuera capaz de sobrevivir algún combate con otro nacido de la bruma.

—Creo que sé a quién puedes robarle —dijo Manette —Los Haught tienen una fortaleza, y en ella deberían de tener atium, pero es una de las casas mayores, y no queremos que nos vinculen.

—Les echaremos una visita cuando pasemos por la zona —respondió Andés.

—Qué quieres decir con «Pasemos» —pregunto Dan.

—Hoy Calima demostró que tenía agallas para encarar a un oponente —respondió Andés.

—Casi se mata en el proceso —replicó Dan.

—Ya tuvimos esta conversación —respondió Andés.

—Y acordamos que solo te ayudará a tus incursiones —volvió a replicar Dan.

—Me insiste en querer hacer más —indico Andés.

—Andés… —Dijo Dan, con tono preocupado —debes de tener más cuidado con ella.

La sala quedó en silencio, parecía que era aquello de lo que no quería hablar.

—… Ya acordamos que no tenemos tiempo —contestó Andés.

—Lo sé, ¿Pero no te das cuenta? —había algo de pena en la voz de Dan —Ya son dos veces que su vida ha corrido peligro, además la llevas a diario a tus intensos entrenamientos. Por muchos metales que pueda quemar, sigue siendo una niña.

Andés se quedó callado, él siempre pensaba en lo que iba a decir con mucho cuidado, pero esta vez parecía no poder encontrar las palabras.

—Como indicó Gabroil —dijo Manette —la niña es fuerte en donde cuenta, si no confiara en ella, no la habría mantenido en la banda.

—Eso no es excusa para forzarla a nada —exclamó Gabroil —Si no puede con el trabajo, que no lo haga.

—¿Ahora si te preocupas por ella? —pregunto Dan —Tú fuiste el primero en sugerir que la vendamos.

—Yo sugerí mandarla a un lugar menos conflictivo —dijo Gabroil, intentando no enfadarse —pero eso no viene al caso, la muchacha no está capacitada para ser ladrona o asesina, y en lo que respecta a estafadora… es verdad que tiene talento para la alomancia emocional, pero si no habla, ese talento se desperdicia.

—Ella puede hacer el trabajo —interrumpió Manette —pero lo que sea que le haya sucedido… La herida es profunda.

—¿Todavía no descubriste nada? —pregunto Dan.

Manette negó con la cabeza

—Lamentablemente no, no es la única niña mendigo de la ciudad, además de que los pocos que si la reconocen, no tienen ni idea de donde llegó. Comienzo a sospechar que viene de otra ciudad. Hasta entonces, cuiden sus palabras.

Andés se mantuvo en silencio por unos segundos, pensante.

—Lo tendré en mente.

Capítulo 14

Benelend bajo del barco, cansado.

Le había insistido a su padre en hacer el viaje junto a Daleneld por tierra usando caminos de clavos, pero este insistió en que debían hacer algunas paradas por el canal.

Daleneld solía ser mucho más aburrido a la hora de utilizar su alomancia. Aun siendo capaz de quemar todos los metales alomanticos, siempre intentaba no emplearlos sin motivo.

Lamentablemente, todavía no habían llegado a Doriel, se encontraban en Austrex, la capital de la dominación del sur. Benelend viajó a esta ciudad hacía algunos años atrás para completar un trabajo junto a su hermano, pero no había tenido tiempo de visitar ningún lugar interesante durante su estancia. Quizá esta vez le daría tiempo para ir a las infames favelas de la ciudad y matar algún que otro skaa que intente robarle.

—¡Daleneld! —grito Benelend —¡iré a dar un paseo!, ¿vienes?.

Su hermano se asomó por el borde del barco y lo observó.

—Solo ve a la sede de nuestra casa y vuelve —dijo con un tono amargo.

—¡Tenemos todo el día para eso! —grito Benelend respuesta.

—Mientras antes termines antes nos podremos ir —contestó su hermano, dándole la espalda de inmediato.

Tienes suerte de que te quiero, malnacido.

Benelend suspiro y comenzó a caminar hacia la ciudad, alejándose de los muelles. Sentía pena de no poder utilizar su alomancia esta noche, Austrex era una ciudad muy vertical, y lanzarse desde los barrios nobles hasta las favelas skaa fue algo que había deseado hacer mucho desde la última vez que había venido.

En lugar de caminar, Benelend comenzó a correr por las calles, llamando la atención de casi todo el mundo a su alrededor. No tenía ningún motivo para hacerlo, a excepción de que estaba aburrido. Su padre le había regañado varias veces en el pasado por no comportarse de forma refinada como los demás imbéciles de la corte, pero esta vez tanto él cómo sus sirvientes no estaban mirando, con lo que podían meterse esas reglas de etiqueta por el culo.

No tardó en encontrar la sede de su casa, era un edificio pequeño, pero de tamaño considerable, teniendo en cuenta que solo existía para comunicar y administrar los activos que poseían en el sur.

Benelend intentó abrir la puerta, la cual demostró estar cerrada con llave.

Realmente le daba pereza tocar y tener que esperar a que alguien respondiese. Así que tomó una moneda de su bolsillo, y la lanzó hacia el suelo, elevándose con su alomancia hasta la ventana abierta, sin revisar si alguien lo estuviese mirando o no.

Todo el mundo en la corte sabía que podía quemar acero, con lo que realmente no se molestaba en ocultar sus habilidades. Además, no volvería a ver a su padre hasta dentro de varios meses, con lo que cualquier regaño o castigo perdería fuerza al ser demasiado tardío.

Al entrar en la estancia, pudo ver como una sirviente abrió los ojos como platos, al ver al distante señor entrar de manera tan repentina. Esta dejó caer por accidente una taza al suelo por el susto que se había llevado.

—Mi… mi señor… yo… —La sirvienta observó con horror la taza en el suelo, agachándose inmediatamente para recogerla —¡Lo siento! —gritó la mujer aterrorizada —lo siento, yo… quiero decir, no lo vi y… discúlpeme mi señor, por favor.

Benelend se acercó hasta la sirvienta y comenzó a ayudarla a recoger las piezas rotas. Lo normal era mandar a un skaa a ejecutar por romper algo de tanto valor, pero Benelend opinaba que era una estupidez hacer cosa semejante. Los skaa eran idiotas, criaturas que a duras penas sabían hablar, era obvio que las cosas que ellos manejen se romperían tarde o temprano. Su padre lo llamaba blando por eso, pero probablemente lo malinterpretaba. Si la skaa hubiera derramado algo en su abrigo, eso había sido otra historia.

—La rompí yo al entrar —dijo Benelend —Ve a avisar que he llegado.

La sirvienta lo observó, sorprendida, y asintió, dejando las piezas rotas nuevamente en el suelo, marchándose fuera de la habitación para avisar de su llegada.

Benelend recogió los restos de la taza, y observo la habitación por un momento. Según lo que recordaba de la última vez, este era un dormitorio para huéspedes, y por lo que podía ver, acababa de ser usado. La taza probablemente era de la noche anterior. Quienquiera que se hubiera hospedado, pidió un poco de té antes de ir a dormir.

Saliendo de la habitación, Benelend se limitó a dirigirse hacia las primeras escaleras que encontró. Antes de bajar pudo encontrarse a su primo apresurándose hacia su dirección. Benelend bajo el resto de los escalones de un salto mientras el apresurado joven subía.

Una vez abajo, observó a su primo, era bajito y tenía una nariz pequeña. Llevaba unos largos abrigos color azul y parecía encontrarse extremadamente nervioso.

—Mis disculpas, Dastel —dijo Benelend—no quería esperar a que abrieran la

puerta.

—Ehhh… no es problema —dijo Dastel, nervioso —escribiré una carta notificando a vuestro padre de su llegada —su primo comenzó a caminar de forma apresurada hacia la puerta.

Benelend pudo notar como intentaba deshacerse de él, lo normal sería que le invitasen a comer o a tomar al menos una taza de té. Con lo que con un amague de ir hacia la puerta, Benelend pegó un giro con la pierna levantada, tomando dirección hacia la sala principal. Dastel inspiró de los nervios y comenzó a acompañarlo en silencio. Como una rama subsidiaria de la familia, él no tenía la potestad para obligarle a salir de la sede.

Una vez dentro de la sala, fue capaz de ver a un obligador sentando en un sofá, el cual se volteó al verlo llegar. Este se levantó rápidamente de su asiento, sorprendido de ver a Benelend. Era el sacerdote que habían pagado para que Profoste no vendiese la mina.

—Esto es una sorpresa —dijo Benelend, curioso —¿qué está haciendo usted aquí?.

—Yo…, eh —el obligador parecía titubear al responder. Benelnd suspiro, dándose cuenta de lo sucedido. Probablemente lo habían descubierto, y justo en el peor momento posible.

—¿No deberías estar en Doriel? —preguntó Benelend, fingiendo que no se había dado cuenta, quizá podría pescarlo mintiendo.

—Disculpe, mi señor —comenzó a decir el obligador —hará hace unas dos semanas que me descubrieron manipulando a lord Profoste, mis más sinceras disculpas.

Qué aburrido, te deje la oportunidad para mentirme, ¿sabes?, pensó Benelend.

—Estábamos discutiendo alguna manera de arreglar la situación antes de vuestra llegada —dijo su primo desde atrás.

Benelend reflexionó por unos momentos, ¿Qué diría su padre?. Lo más probable es que comenzase a gritar, totalmente enfadado por equivocarse de semejante manera, estando tan cerca de obtener la mina, con lo que Benelend optó por hacer lo opuesto.

—Comprendo… —dijo, sonando comprensivo —¿qué sucedió?.

—Otra familia se había presentado para comprar la mina y…

El obligador fue abruptamente interrumpido por la palma de Benelend hundiéndole con fuerza los fragmentos de la taza en el rostro, derribándolo al suelo en un parpadeo. Eso era otra cosa que no haría su padre, cuando alguien hacía algo extremadamente estúpido, dejaba a otros acarrear los castigos.

—Discúlpeme —dijo Benelend, con un tono amable mientras el obligador se

retorcía por el suelo —creí haber escuchado que fallo justo cuando otra familia estaba comprando la dichosa mina, ¿podría repetirlo por favor?.

El obligador se levantó, asustado y con el rostro sangrando, preparado para comenzar a correr.

—Benelend —dijo su primo, asustado, interponiéndose en el medio —sé comprensible, lleva haciendo el mismo trabajo ya varios años, es normal que….

Sin escuchar a su primo, se acercó hacia el obligador, dispuesto a golpearlo nuevamente. Era impensable que un noble atacase de esta manera a un miembro del cantón de acero, pero tenían información lo suficientemente comprometedora como para hacerle lo que quieran de por vida.

—¡No fue comprada! —grito el obligador —¡No fue comprada, lo juro!.

Benelend se detuvo, dejando tiempo para que se explique.

—Lo último que supe fue que comenzarían a negociar por cartas —dijo con rapidez —¡Tardarán varios meses en llegar a un acuerdo!.

—Más te vale estar diciendo la verdad —dijo Benelend, cruzándose de brazos —¿Quién intento comprar la mina?.

—La casa Doulin, señor —dijo el obligador, temeroso de recibir otro golpe.

—Que saben de ellos.

—Las familias locales se reunieron para eliminarlos hace ya varios años —dijo Dastel —resurgieron hace poco y se hicieron con algunos activos que los mantienen a flote.

—¿Para qué quieren la mina? —preguntó Benelend.

—No sabemos —Continuo Dastel —No tiene sentido que quieran la mina, no genera tantas ganancias, y los obligará a pactar directamente con el cantón de las finanzas, transacción que podría tomar meses en hacerse.

—¿Algo más? —preguntó Benelend.

—Se rumoreaba de que tenían un nacido de la bruma —continuo Dastel —pero ahora se sabe que solo es un atraedor extremadamente proficiente.

Benelend los observo, esperando más información, pero los dos hombres se quedaron callados, sin encontrar nada más que decir

—Avísale de esto mi padre —dijo Benelend, mirando a su primo a los ojos —si me entero de que alguno de los dos se guardó algo, los mataré a ambos personalmente.

Sin decir otra palabra, les dio la espalda, y comenzó a caminar hacia la puerta principal, era una pena que la mayoría de las personas en el mundo fueran absolutamente inútiles, hacía su trabajo más difícil.

Al llegar al vestíbulo, vio a la sirvienta de antes, la cual no había visto el

conflicto, él le sonrió mientras hacía una seña hacia la entrada. La mujer se apresuró, comenzando a buscar las llaves en los varios cajones entre las cercanías. Con su acero, Benelend pudo identificar el que contenía varios trozos de metal en forma de arco, con lo que lo empujo, moviendo esa parte del mueble. La sirvienta skaa se sorprendió, pero logró entender inmediatamente lo sucedido. Tomó las llaves del cajón y abrió la puerta para su amo.

Al salir, Benelend se dejó de sutilezas y lanzó un par de monedas, volando hacia el muelle a toda velocidad. Odiaba los secretismos, y siempre que podía encontrar una excusa para soltar su fachada, lo hacía.

No le interesaba la mina o la influencia que podían tener en el sur, le importaba más bien poco todo lo que pudiera suceder a miles de kilómetros de su hogar.

Lo que no soportaba era fracasar en su misión, si al momento de llegar a la ciudad, la mina se encontraba en manos de otro, la responsabilidad caería sobre él, y eso era algo que no aceptaría bajo ningún punto de vista. Nadie podía derrotarlo, incluido su hermano. Benelend era invencible, y estaría dispuesto a enfrentarse incluso a dios para demostrarlo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE:
PISADAS EN VIDRIO OLVIDADO

Capítulo 15

Aburrimiento.

Esa era una emoción que Calima no había sentido en mucho tiempo. Puede que mendigar no sea exactamente «Divertido», pero de igual manera, tampoco tenía tiempo para aburrirse, incluso desde que entró a este grupo, siempre le habían dado algo que hacer.

Pero ahora estaba obligada a permanecer en cama por haber perseguido de forma estúpida al ojo de estaño. Si antes la trataban como si fuera de cristal, ahora era de porcelana.

Calima ya asumía que todo el mundo en la banda se había enterado de su pasado, era imposible que Dana se aguantase el secreto por tanto tiempo, y para empeorar las cosas, le habían vuelto a pagar, a pesar de estar casi un mes inactiva. Sé Sentía demasiado culpable al respecto, pero de alguna manera, se aburrió hasta de ese sentimiento.

Añoraba volver a salir a practicar con Andés, ¿Por qué extrañaba tanto algo que se le daba tan mal?, era tanta la necesidad que inclusive la atraparon hacía dos semanas intentando escabullirse durante la noche. A partir de ese día comenzaron a limitar su acceso a los metales, lo cual solo multiplicó su desesperacion. Incluso comenzaron a preocuparse por la cantidad de metal que quemaba por día.

Por fortuna, le dejaron quemar peltre para que le ayude a sanar sus heridas, La sensación no era igual a tener todos los metales encendidos al mismo tiempo, pero la reconfortaba de igual manera, ayudándole a distraerse al menos un poco. Aun después de pedirlos sin cesar, la cantidad de zinc y latón que le daban era minúscula, la suficiente como para poder comunicarse. Había intentado quemar todo de golpe como acto de rebeldía, pero fue más temprano que tarde cuando se dio cuenta de que eso fue contraproducente para ella en lugar de para los demás.

Tomó una decisión, y decidió que hoy sería el día. Ya hacía más de una semana que ambas heridas habían sanado, aunque le había quedado la cicatriz en la palma de la mano.

Al levantarse de la cama, se dirigió hacia fuera de la habitación, encontrándose que el pasillo estaba vacío. De igual manera, Calima salió a hurtadillas, la volverían a regañar si la veían otra vez fuera de la habitación.

Con el tiempo se había aprendido los turnos que se tomaban para cuidarla, además de memorizar las rutas que tomaban sus compañeros dentro de la mansión. A estas horas Dan y Robby no están, solían investigar las acciones de las bandas de

matones que poseían alománticos y no volverían hasta más tarde. Eso eran dos problemas de los que no tendrá que preocuparse.

Era la hora de comer, con lo que tendría que haber menos gente revisando los pasillos, debía apresurarse dado que en veinte minutos volverían para traerle algo de comer.

Lamentablemente, desde que Gune murió, Hef se ha quedado vigilando el interior mientras los demás comían, con lo que él sería un problema.

Intento caminar hasta la habitación de Dan la cual se encontraba a no muchos pasos de distancia, si tenía suerte, quizá allí encontraría un poco de estaño. Con cuidado abrió la puerta, la cual rechino con fuerza.

La habitación era bastante simple, tenía piezas de armadura, y viales vacíos, todos desperdigados por cajas en todo el lugar, lo que hizo fácil reconocer los metales de Dan. Se encontraban en una caja encima de una mesa, con lo que, sin tardar otro momento, Calima extendió su brazo y tomó uno de los viales, el cual inmediatamente destapó y se lo bebió de golpe.

Sintió un repentino ardor en la garganta, era vino. No tenía buenas experiencias con el alcohol, intentaba evitarlo siempre que podía llenando sus viales con leche o cualquier cosa que estuviera disponible. Por fortuna el peltre le ayudó a soportarlo, pero seguía habiéndose llevado el mal gusto.

Por algún motivo no sintió ninguna reserva nueva. Al mirar dentro de la caja, la cual estaba llena de viales alomanticos, ninguno tenía metal, lo más probable es que estén sin llenar.

Calima continuó buscando, por fortuna pudo encontrar dentro del escritorio un triturador, el cual se encontraba al lado de pequeños lingotes de distintos metales. Hace tiempo Hef le había enseñado cómo se armaba un vial, usando esta misma trituradora…

Oh maldición… Calima se acababa de dar cuenta que no se encontraba en la habitación de Dan. Rápidamente, tomó el pequeño lingote que parecía de estaño y se lo trago. Fue difícil, así que se vio obligada a destapar otra botella para terminar de ingerirlo.

Inmediatamente, encendió el estaño con todas sus fuerzas, distinguió el sonido de la respiración de Hef fuera de la habitación, esperando. Reaccionó lo suficientemente rápido como para enviar a su compañero con una hondonada de paciencia y cautela, las cuales lo detuvieron momentáneamente a la hora de abrir la puerta.

Calima se maldijo otra vez, se había perdido y confundió ambas habitaciones, lo más probable es que las cajas cerradas contengan los demás metales. Por el lado bueno, si Hef todavía no ha entrado, es porque su empuje fue lo suficientemente

efectivo, pero probablemente no podría ser capaz de ahuyentarlo en esta situación sin que se diera cuenta de la manipulación al momento de perder su agarre en sus emociones.

Decidió abrir la ventana, y escapar por ella lo más rápido que pudo. No tenía hierro o acero, pero confiaba que con peltre no tendría problema para bajar hasta la planta baja, y por fortuna estaba en lo correcto, cada pequeño salto, o agarre de saliente, fueron ejecutados tal como quería.

Por supuesto, no todo fue perfecto, Hef entró de un portazo a la habitación, probablemente escuchando los esfuerzos de Calima, con lo que ella al llegar al suelo, corrió a toda velocidad hasta una esquina, la cual por alcanzó antes que Hef se asomase por la ventana.

Llegando hasta la puerta principal, intento escuchar la respiración de cualquiera que se encontrase dentro, para su suerte, todo el mundo parecía estar comiendo. Abriendo la puerta con cuidado, volvió a entrar a la mansión, logrando escuchar los gritos de la gente en el comedor. Se apresuró y caminó con rapidez hasta la habitación de Robby. Al llegar abrió la puerta a toda velocidad, entrando antes de que nadie la viese.

Robby quemaba bronce a todas horas, era incluso peor que ella en ese sentido, con lo que no tardó en encontrar un vial suelto por ahí. Lo destapó y bebió con rapidez, dado que probablemente Hef ya habría deducido que fue ella la que estaba en su habitación y de que no se encontraba en su cama.

Una vez ingerido el metal, comenzó a quemarlo de forma instantánea, solo fue capaz de sentir dos pulsos en el comedor, lo que era extraño dado que de todos los brumosos de la banda solo Dana se encontraba allí el día de hoy.

Calima se apresuró y salió de la habitación, sin molestarse en cerrar la puerta, ya que Hef la habría escuchado de todos modos. Corrió hasta el patio interior, y desde allí volvió a subir al segundo piso por las escaleras. *Ahora toca el último…*

Una vez en el segundo piso corrió por el pasillo a las escaleras del interior, las cuales utilizo para subir al tercero. De allí corrió por los pasillos, no tenía que llegar a ninguna habitación. En su lugar, cuando alcanzó el centro, logró ver unas escaleras de mano, las cuales escaló a toda velocidad.

Estas dieron al ático, que era donde Dana guardaba las cosas que eran mejor tenerlas aquí que en su casa. Allí todo se encontraba tirado, lo cual hizo extremadamente difícil encontrar cualquier rastro de metal.

Hef ya estaba en el pasillo de abajo, corriendo hacia la escalera del ático. Calima se desesperó y abrió la ventana, lamentablemente no pudo ver ningún punto de agarre, con lo que en su lugar, caminó con mucho cuidado hasta el costado de un armario viejo, el cual la ocultaba de la entrada.

Inmediatamente después, Hef subió la escalera, y corrió hasta la ventana, revisando hacia afuera.

—Maldición… —dijo Hef, golpeando la madera con frustración.

Calima procuró no mover ni un músculo, incluso aguantando la respiración, lamentablemente no podía hacer nada con su alomancia emocional, no había tal sensación como «izquierda» o «derecha», solo le quedaba rezar para que al volver, Hef no girara hacia donde estaba.

Cosa que sucedió.

Hef la miró a los ojos, y se quedó quieto mientras ella lo miraba, sorprendida. Era impresionante que lograse rastrearla, aún mientras ella quemaba estaño.

Al acercarse a Calima, ella no se molestó en huir. Aun si lograba escapar, para este punto no tenía sentido hacerlo.

—Eres bastante escurridiza, ¿sabes? —dijo Hef, suspirando.

Calima bajo la cabeza con vergüenza, hasta aquí llegaba su plan. Hef la observo y miro hacia arriba.

—¿Ya comiste? —pregunto.

Calima negó con la cabeza, se había escapado mientras le traían la comida después de todo.

—Vamos —dijo Hef, comenzando a caminar hacia las escaleras.

Ella lo siguió sin rechistar hacia el piso de abajo. Realmente se sentía mal por lo que hizo, saber que las acciones de sus compañeros se debían a que se preocupaban por ella, no ayudó a que se sintiese mejor, pero realmente necesitaba usar su alomancia, quería demostrar que estaba bien, y que podía volver a trabajar.

—No deberías ir robando los metales ajenos —dijo Hef mientras bajaban por las escaleras —Pero para ser sincero, realmente te veo en buenas condiciones. Además, no te había pasado nada demasiado grave en primer lugar.

Ella encendió pena y arrepentimiento, con un poco de frustración.

—No tienes porqué disculparte —contesto Hef —pero también entiende que es nuestra culpa que te hayas lastimado, si hubiéramos tenido más cuidado ese hombre no se nos habría escapado.

Calima encendió impaciencia y urgencia.

—Ehhh… ¿Estás apurada? —preguntó Hef, sin entender lo que quería decir.

Ella encendió negación, luego, la aplaco y la reemplazó por complicidad y responsabilidad.

—Oh, Eso… No debería preocuparte. Cuando organizamos todo esto no lo hicimos con un nacido de la bruma en mente, y aunque eres de mucha ayuda, creo que podríamos lograr esto sin ti.

Es verdad… se dijo Calima, desilusionada, ¿por qué la necesitarían a ella? Al

final del día no podía ni hacer algo tan simple como mantenerse en cama.

Llegaron hasta el primer piso, Calima no se había dado cuenta de que no se estaban dirigiendo a su habitación, con lo que se detuvo. Hef se detuvo unos pasos más adelante y se giró a verla.

—¿No vienes? —pregunto.

¿Ir a donde?… Calima se dio cuenta, *A comer, obviamente*. Ella esbozó una sonrisa, pero inmediatamente observó a Hef, y encendió preocupación y responsabilidad.

—No te preocupes, yo diré que te deje salir —dijo Hef que le guiño un ojo en complicidad.

Calima se alegró, pero tampoco pudo evitar preocuparse. Esta sería la segunda vez en la que se uniría con los demás, y no pudo olvidar que la última vez había escapado de la vergüenza.

Tomando fuerzas, acompañó a Hef hasta el comedor, solo que esta vez, iría un poco preparada. Cuando Hef abrió la puerta, Calima aplacó la sorpresa general de la sala, con lo que cuando todos se giraron a observarla, solo unos pocos se quedaron callados.

—Sall, sírvele un poco de sopa —dijo Hef, mirando a su compañero —Yo tengo que volver a mis rondas.

—Mern se va a enojar, ¿sabes? —contestó Hef, en la punta de la mesa, mientras tomaba un cuenco —Acaba de irse a llevarle un plato.

Hef suspiro un poco y miró a su compañero.

—Yo le avisaré —dijo, se retiró de la habitación un poco molesto por la tarea.

Calima se acercó hacia Sall, que le estaba ofreciendo un cuenco, ella lo aceptó y se sentó. Todos los demás en la habitación estaban hablando de sus asuntos, rara vez alguno la observaba.

—¿Ya no te duele al respirar? —preguntó Sall, que se había servido un cuenco para el mismo.

Calima encendió negación e impaciencia, ella llevaba dos semanas insistiendo que no le dolía nada, además de que el mismo Sall comprobó que la fractura había sanado gracias a la regeneración del peltre.

—Tengo que preguntar igualmente —contestó Sall, quejoso —Ya hable con Manette hace unos días, con lo que tengo el permiso de darte el alta.

Calima sonrió y encendió agradecimiento, no podía esperar para hacer cualquier cosa para ayudar.

—Tengo que avisarte que probablemente sea un inicio lento —agregó Sall. Antes de que Calima replicase, una voz la llamó desde el otro lado de la mesa.

—Eh Calima, realmente deberías aprovechar y quedarte en la cama —dijo

otra miembro de la banda, su nombre era Diven, ella estaba vestida de armadura al igual que Donny —¡Te están pagando por hacer prácticamente nada!, cuando me torcí el tobillo me metieron a coser guantes.

—Los cuales, si me permites recordar, casi destrozas —contesto Sall— Además, tú tienes veinte, y ella catorce.

Diven jadeo en ofensa.

—¡No se revela la edad de una dama! —exclamó, apuntando a Sall.

—¡Eso es cierto! —gritó Dana, que estaba al otro lado de la mesa —Si vas a actuar así, vete olvidando de ser noble.

—¿Acaso deberíamos decirlo con sutilezas? —pregunto Pit, con un poco de timidez, este también estaba en uniforme de soldado.

—Está bien, lo siento —dijo Sall, cansado —Agradezcan que a Donny le cortaron la lengua, cuando estábamos en el ejército solía hacer algunos chistes bastante divertidos.

Dana y Diven fulminaron a Donny con la mirada, este levantó los brazos en señal de negación ante aquellas acusaciones.

—Pero lo que digo se sostiene —dijo Sall, volviéndose hacia Calima —Si trabajas herida, el bruto seré yo.

Calima se desilusionó un poco, probablemente eso significaba que no saldría a la noche en un tiempo cercano, además, no se sentía bien exigirle a Sall que cambiase de veredicto. Quizá cuando Manette vuelva, tenga la oportunidad de convencerla.

Los demás ya comenzaban a terminar sus platos, algunos se quedaban a charlar, mientras que otros regresaban a sus puestos. Hef volvió al comedor, y observó con firmeza a los dos compañeros que les tocaba vigilar. Al verlo, estos suspiraron y se fueron del comedor, regresando inmediatamente al trabajo.

Se sentó junto a Calima mientras Sall le servía todo lo que quedaba de comida en un cuenco. ¿Qué podía hacer? Ya podía intuir lo que le ordenaría Manette, seguro le intentaría convencer de algo inútil como practicar los metales mentales, cocinar, limpiar, u otra cosa que la mantuviera lejos de sus poderes.

Con lo que a Calima se le ocurrió una idea. Llamó la atención de Hef, tirando de parte de su brazo.

—¿Hm?¿Qué pasa? —contestó este al voltearse.

Calima señaló la espada que tenía y encendió anhelo y responsabilidad. Hef miró hacia la espada y la observó, extrañado.

—¿Quieres aprender a usar la espada? —pregunto —Ya conoces lo básico, además de que eres nacida de la bruma, rara vez tendrás la oportunidad de pelear con una de estas,

Ella encendió precaución e insistencia, comenzando a apretarle del brazo. Hef suspiro y se bebió lo que quedaba de sopa de un golpe.

—No soy el mejor duelista de la banda ¿Sabes? —dijo —soy el mejor arquero.

Calima encendió indiferencia, mirándolo a los ojos.

—Está bien —dijo, comenzando a levantarse de su asiento —vamos al patio ahora que los demás están de guardia.

—Manette se va a enojar —dijo Sall, que estaba juntando los cuencos y cucharas.

—¿Crees que está en estado de entrenar? —preguntó Hef.

—Desde hace una semana —contesto.

—Entonces ya lidiaré yo con los regaños.

Calima golpeó la madera con todas sus fuerzas, estaba atacando el tronco que utilizaban los demás para practicar, podía ver como se encontraba magullado por el uso constante que recibía.

El impacto que había proporcionado fue lo suficientemente poderoso como para hacerle sentir la vibración del golpe hasta los pies, aunque era de esperarse cuando estaba acompañada por el peltre.

—Estás demasiado cerca —dijo Hef, parado a su lado mientras la instruía —La idea no es solo golpear, sino también que no te golpeen.

Se acercó al tronco y tomó su bastón de entrenamiento, ubicándose en posición de combate y encestando un golpe al tronco, para luego retroceder con un pequeño salto.

—¿Entendiste?.

Calima se acercó nuevamente al tronco, e intentó imitar la maniobra, golpeando y alejándose.

—Debes de ser rápida —dijo Hef, con más insistencia —y no me vengas con excusas de que eres una niña, sé muy bien que estás quemando peltre.

Ella lo observó, confundida, había hecho exactamente lo mismo que él. En lo que respecta a su aspecto físico, ella siempre fue un fracaso. Nunca fue de subirse a árboles o correr por ahí.

—Hmmm, bien, hagamos esto —dijo Hef, viendo su confusión. Él se paró en frente de Calima, esgrimiendo el bastón de duelos —Golpéame a mí, de esta forma creo que podré explicarte mejor.

Ella encendió duda, no era realmente fuerte, pero el peltre le daba la fuerza de un hombre adulto y le habían explicado exhaustivamente que debía tener mucho cuidado al respecto.

—No pongas esa cara —dijo Hef —Golpea el pecho de la armadura, vamos.

Calima hizo caso y se abalanzó hacia Hef, apuntando a la armadura. Ella la golpeó a toda velocidad, pero al intentar retroceder pudo ver como Hef abalanzó lentamente su bastón hacia su cabeza. Obviamente, no le dolió, fue más como una palmada dada con el costado plano del bastón.

—Te acercaste mucho y no retrocediste lo suficientemente rápido —dijo, apoyándose en el palo —Aun con tu peltre, logre golpearte en la cabeza. Las monedas que atrae Andés vienen de un solo lado, con lo que es fácil esquivarlas solo con moverte, pero con armas convencionales lo más probable es que terminen golpeando al ser balanceadas, abarcando mucho más rango inmediato.

Él volvió a tomar el palo y se acercó hacia el tronco, tomando nuevamente la posición de combate.

—Esta postura no la hacemos para vernos bien —dijo, mirando hacia el tronco —Usas el pie que tengas delante para retroceder de un salto, mientras que el de atrás lo usas para avanzar o apartarte. Es un poco más complicado que eso, pero esta explicación debería bastar —se volvió hacia Calima, apartándose del medio —Vamos, otra vez

Ella intentó prestar más atención a su postura, y volvió a abalanzarse hacia el tronco. El golpe que encesto fue mucho menos contundente que los anteriores, pero logró retroceder tan rápido como Hef le había indicado.

—Bastante bien, pero tus movimientos son demasiado toscos al atacar, repítelo mientras voy a buscar algo —después de decir eso, Hef se fue hacia la Mansión.

Calima hizo caso a su orden y comenzó a atacar de la misma manera al tronco. Se esforzó en cada golpe, de todos en la banda a quienes enseñaron a utilizar el bastón, ella fue a la que peor se le dio, y teniendo en cuenta que disparar con monedas tampoco era su fuerte, aun siendo una nacida de la bruma, seguía estando indefensa, como había demostrado en su pelea contra el ojo de estaño.

Intentó concentrarse totalmente en la tarea. Realmente no era tan difícil, coordinar sus brazos y piernas era natural para ella… Gracias al peltre.

Ella suspiró, ¿Cómo podría aprender de verdad si estaba ayudada todo él tiempo?. No podía depender al cien porciento del peltre para el combate, casi la matan por no poder defenderse cuando se le acabó, ahora llegaba a entender lo inútil que podía ser sin sus metales.

Después de ese pensamiento, tomó la decisión de apagar el metal.

Repentinamente, todo el peso del mundo pareció caerle encima. Hacía ya más de un mes que se encontraba quemándolo sin parar, se había acostumbrado al balance absoluto y al doble de fuerza que tenía normalmente, y el estaño no ayudó al aturdimiento, varios dolores que normalmente ignoraba, salieron a la luz con una fuerza que casi la tiró al suelo.

Calima se tentó a volver a encender su peltre, pero tomó fuerza e intentó volver a atacar el tronco. El bastón pesaba demasiado, sentía como si tuviera que usar ambas manos para levantarlo, con lo que el ataque resultó en un lento toque del cual fue difícil recuperar la postura.

Me engañé ¿Verdad?, Me convencí de que era fuerte, pero así soy en realidad. Calima se desanimó por completo, con tan solo un golpe ya se sentía totalmente agotada.

De cualquier forma, volvió a adoptar la posición y atacó de nuevo, el golpe fue aún más lamentable que el anterior, no había calculado su impulso y ni siquiera logró golpear al tronco.

Nunca se había sentido tan débil en su vida, en las calles estaba cansada y desnutrida, y de alguna manera esa debilidad no era tan prominente como ahora, que se encontraba bien alimentada y había vuelto a dormir en camas cómodas.

Todavía sentía el peltre como esa masa enorme de energía en su interior, llamándola, pidiendo que la utilizase, Calima se negó y volvió a posicionarse.

Ubicó los pies tal como le había dicho Hef, levantó el brazo con el bastón y lo contrajo un poco, tomó una postura recta y flexionó las piernas, preparándose para volver a atacar. *Solo hazlo*. No ataco con todas sus fuerzas, en su lugar, usos sus esfuerzos en mantener estable el bastón, y simplemente realizó el movimiento. Levantar la espada, balancearla en diagonal, y retroceder. Realmente no podría considerarlo un ataque, fue más como un toque lento, pero lo había hecho. Eso la ayudó a ejecutar el próximo, concentrando primero en estar en la posición correcta, y luego, si podía, en la fuerza que aplicaba.

Estaba cansada, bastante cansada, además de dolerle los músculos con mucha más intensidad gracias al estaño. Pero pudo seguir, con lo que repitió el ataque lentamente.

Al cabo de unos minutos Hef había vuelto, parecía traer una pechera de madera. Este la miró extrañado mientras Calima descansaba, sostenida en el palo.

—¿Te quedaste sin peltre? —pregunto, extrañado.

Calima encendió negación, seguida por orgullo.

—Hmm, no debes forzarte, llevas un mes entero en cama —dijo mientras le alcanzaba el peto de madera —Quedaría como un bufón si fueras capaz de dar un buen golpe a la primera, aun con peltre. Vamos póntelo.

Ella hizo caso e intento ponerse la pechera. Era bastante incómoda, al ubicar los brazos la parte frontal le quedaba demasiado alejada del pecho, además, el orificio del cuello casi se le caía por un hombro.

—Ya haremos una a tu talla, ahora —dijo Hef, levantando su palo hacia Calima —Levanta tu arma como te dije antes.

Aun cansada, Calima comenzó a imitarlo.

—Bien, ahora golpea —dijo, imitando el movimiento con la otra mano —a menos que quieras irte, puedes hacerlo en cualquier momento si no te crees capaz.

Ella lo miró, molesta. No necesito encender nada para que él captase la emoción. Con lo que respiro hondo y volvió a atacar como lo había hecho antes. Hef desvío el ataque y golpeó rápidamente la armadura de Calima con una estocada.

—Vamos, intenta esquivarlo —él volvió a posicionarse para recibir otro golpe.

Calima sentía como las piernas ya casi le fallaban, con lo que volvió a repetir el ataque, esta vez enfocándose más en retroceder. Lamentablemente, no fue capaz y no solo había fallado el golpe, además, cuando lo recibió, cayó de espaldas hacia el suelo.

—¡Hey! —Hef corrió hacia ella, sorprendido, Calima aplaco la preocupación y encendió calma.

Ella apoyó su brazo sobre el suelo y se sentó, estaba demasiado cansada.

—Maldición… no debí exigirte tanto —dijo Hef, frustrado —creo que estará bien si lo dejamos por aquí, si te vuelves a lastimar, lo más probable es que me degüellen

Calima asintió, pero encendió expectativa y paciencia, Hef la miró un momento, parecía que intentaba deducir lo que quería decirle.

Mañana continuamos… Aplaco urgencia e insatisfacción mientras volvía a encender expectativa, agregándole esta vez una pizca de esperanza.

—¿Qué quieres continuar otro día? —dijo, comprendiendo. Calima asintió —Está bien, pero tendré que hablarlo de verdad con los demás, por ahora, enciende tu peltre y vuelve a tu habitación.

Capítulo 16

—¡Ya dijimos que no! —gritó uno de los Skaa.

Los demás en la sala parecieron asentir junto a él, estaban nerviosos, la oferta de Manette era intimidante después de todo.

Fren se encontraba fuera de la sala, intentando tranquilizar a los trabajadores, Ella le había indicado que no aplicase demasiada fuerza, no por miedo a que los descubran, los Skaa apenas sabían sobre alomancia, sino porque aquellos hombres debían acceder a plena conciencia.

—¿Entonces prefieren esto? —contestó Manette, con un tono tranquilo —Supondré que me habré equivocado y que aquella marca que tienes en el rostro no la causó un látigo.

Parecía haber tocado un nervio, ya que aquel hombre apartó levemente la mirada, enfadado.

—Estoy vivo —contestó con firmeza —Esta marca es la prueba de mí supervivencia. En lugar de desafiar a mi amo, solo lo dejé pasar, lo que tú nos propones nos matara a todos.

—No les he dicho nada sobre desafiar a nadie —agregó Manette —Solo que descansen un poco más entre trabajo y trabajo.

—¿Acaso eres idiota? —respondió el skaa, ofendido —¡Eso es desafiarlo!, no nos dejaremos matar por muy buena que sea tu oferta.

—¿Entonces se dejarán matar gratis como de costumbre? —dijo Gabroil, que se encontraba al lado de Manette.

—Hace dos semanas veinte personas entraron a la fábrica —dijo Manette —Aunque extrañamente solo diecinueve salieron, igual que hace cinco días, u hoy… —el silencio se impregnó en la sala, era obvio que todos sabían a lo que ella se refería —No crean que he venido solo porque estaba de paso, sé lo que le hizo vuestro capataz a Jesh.

Por supuesto, Manette sé sabía los nombres de todos los trabajadores, de la misma manera en la que sabía que no la delatarían, dado que confesar la existencia de esta conversación era suficiente como para recibir represalias por parte de sus amos.

—Ellos murieron por no ser lo suficientemente rápidos —contestó el hombre de la cicatriz —No nos matará siempre y cuando obedezcamos.

—¿Entonces me aseguras que si fallan, serán asesinados? —pregunto

Manette —Si están dispuestos a arriesgar la vida dependiendo de vuestras habilidades, lo respetaré, pero recuérdame una cosa, ¿Cuántos metros de cuerdas les ordenaron hacer para fin de mes?.

—No… no podemos decirte…

—¿Y cuántas llevan? —prosiguió con la pregunta, conociendo ya la respuesta —Recuerden que faltan menos de diez días.

El hombre bajó la cabeza. Como Andés le había averiguado, no llevaban ni un veinte por ciento de la cuota que debían cumplir para la fecha acordada, y con varios miembros menos, además de la constante explotación, sería imposible que la cumplan a tiempo.

—No nos matará a todos —contestó finalmente —Solo a los menos eficientes, nuestro amo no es estúpido, sabe que es inútil asesinarnos solo por no cumplir con sus ridículas demandas.

—Le dan demasiado crédito —dijo Gabroil con un tono tajante —Pero imaginemos que es verdad y no una triste excusa para no largarse a llorar, supondré que todos en esta sala se creen el más eficiente ¿verdad?.

Todos los trabajadores se pusieron tensos, quizá no fue la mejor manera decirlo, pero a estas alturas estaban sin tiempo, y tenían que llegar a un acuerdo hoy.

—¡Yo produzco seis veces más metros que los demás! —grito el que parecía ser más joven. Otros pocos asintieron y le dieron la razón, la mayoría parecían ser los menos demacrados del grupo —¡He hecho más de ochenta metros en un día!.

—Increíble —dijo Gabroil, con un tono de falsa sorpresa —Si tú y todos tus compañeros tomarán ese ritmo desde principio de mes, ¡Apenas les faltarían dos mil metros!.

Gabroil estaba exagerando claramente, si ese fuera el caso, se pasarían por ochomil metros, pero la mayoría no eran buenos en matemáticas, y los que lo eran probablemente sabían que comenzar esa discusión validaría el argumento.

—Díganme —continuo Gabroil sin dejarles responder —¿Acaso este idiota es quien más ha fabricado cuerda en un día en la historia de esta fábrica?.

Los jóvenes que vitoreaban se tensaron de repente, como había investigado, la mayoría de los adultos de la sala siguieron ese ritmo en algún momento, pero tarde o temprano se rompieron. Realmente era raro que cualquiera llegara a vivir más allá de cuarenta, lo cual era otra de las razones por la cual la casa Moigner llevaba casi a pérdidas sus fábricas, sólo salvándose por el hecho que tenían el monopolio de cuerdas de barco y cobraban a precios altos, pero no los suficientemente descarados como para que las demás casas vean rentable hacerle competencia.

—Sé que cuatro de ustedes hasta hace dos años seguía ese ritmo —dijo

Manette comenzando a rondar de un lado a otro con autoridad —Los más jóvenes fallan en entender que todos aquí estuvieron en vuestra posición, y los más viejos tienen fe que esa energía volverá. Lo siento, pero no será así, la mayoría será descartado para fin de mes, y no me necesitan a mí para llegar a esa conclusión.

—¡¿Y qué quieres que hagamos?! —gritó uno de los trabajadores, parecía estar en sus treinta, totalmente agotado. Probablemente era Neif, según los reportes este último mes su producción fue menos de un cuarto que la de anteriores años —¡Si te hacemos caso, nos matarán de igual manera!.

—No lo harán —dijo Manette, deteniéndose y con un tono firme —si hacen lo que les digo, vivirán una larga vida, se los prometo.

—¡Tu promesa me vale un comino! —gritó el joven de antes —¿Quién eres tú para que confiemos en tu palabra?.

—Soy la única persona en vuestras miserables vidas que les dio algo por lo que millones de ustedes matarían, una elección —Manette camino con autoridad hacia el frente del muchacho, el cual fue sorprendido por la súbita atención —claro, podría ser mentira, podría esto ser nada más un truco para beneficiarme a vuestra costa, o podría ser lo contrario.

»Si mantengo mi palabra y trabajarán para mí, les pagaré el doble de lo que ganan ahora, incluso saldrán cuatro horas antes de la fábrica. Les toca a ustedes decidir si morir en un mes, o arriesgarse a algo mejor, y solo les dijo, lo primero ya está asegurado.

Todos la observaron, en el fondo sabían que no tenían opción, Dan incluso había descubierto a algunos que intentaran escaparse antes de fin de mes, y lo que les había ofrecido Manette era mucho más viable que ser atrapados por los guardias.

Manette comenzó a retirarse de la habitación a paso seguro, no sin antes voltear por última vez.

—Tienen hasta hoy al anochecer para decidir —dijo con severidad, dando finalizada a la reunión.

Se retiró de la estancia sin decir ni una otra palabra, los había reunido a todos en una casa abandonada, la cual pertenecía a una de las familias de sus compañeros muertos a manos de los capataces. Era un poco extremo para el gusto de Manette, pero Gabroil la convenció de que necesitaban ver la realidad sobre lo que le pasaría a sus familias si ellos morían.

Fren estaba fuera, apoyado casualmente en la pared, era lo suficientemente grande para aparentar ser un soldado fuera de guardia y ahuyentar a cualquier fisgón.

—¿Cómo les fue? —pregunto.

—No sería tan malo si llegasen a rechazar la oferta —contestó Gabroil —No

querría a nadie tan idiota bajo mi mando.

—De igual manera, será mejor que sigamos —dijo Manette —Hoy debería de llegar la carta de Profoste y todavía tenemos cosas que hacer.

Manette pudo percibir el terrible hedor a dos calles de distancia, era una marca característica del distrito Tevis, el único lugar de la ciudad en el que ella no se atrevió a buscar ningún alomanticó. La zona estaba repleta de ladrones y asesinos, además de siempre ser activamente hostil en contra de sus habitantes, como si fuera una pequeña ciudad dentro de Doriel. Normalmente, llevar un escolta la reconfortaba a dondequiera que fuera, pero aquí… bueno, se podría decir que un solo brazo de peltre no bastaba.

De un callejón cercano, salieron dos figuras, Dan y Andés, vestidos de ropas casuales. Traían varias espadas, además de tener placas de madera ocultas bajo sus abrigos, habían acordado encontrarse aquí antes de adentrarse.

Los cinco se agruparon hacia el centro de la calle, toda la zona anterior a Tevis se encontraba en silencio, era poco probable que te asaltasen aquí, pero solo con estar quieto en el medio del camino era suficiente como para tentar a la suerte.

Dan y Andés entregaron parte de las armas hacia los tres, aunque Manette no supiera usar una espada, sabía que tenerla encima ayudaría a espantar a cualquiera que se quiera pasar de listo.

—¿No será una falta de respeto que vayamos los cinco? —preguntó Gabroil, que estaba destapando un vial de peltre.

—No es como en la nobleza —contestó Dan —Si demuestras debilidad, te matan. Incluso puede que seamos demasiado pocos, pero en caso de que tengamos que pelear, será más fácil escapar solo con nosotros cinco.

—Condenados ladrones… —bufo Gabroil —Un mercenario haría el trabajo con más delicadeza.

—Pero es más rastreable —contesto Andés —Más aún si quien los captura no tiene escrúpulos a la hora de torturarlos.

—¿Me recuerdan otra vez por qué los tenemos?

—Porque necesito dormir como mínimo ocho horas diarias —contestó Dan —Y mis hijas ya se roban la mitad.

—¿Cómo está Paiza? —pregunto Fren.

—Bien —respondió Dan, terminando de abrocharse correctamente la

espada —Ya sabe sumar.

—Encantador —dijo Gabroil en tono cansado —¿Nos vamos ya?.

—Yo me adelantaré —dijo Andés.

Este comenzó a caminar hacia Tevis desde otra ruta, no tardó en desaparecer. Los demás observaron a Manette.

—Vamos —dijo, empezando su camino hacia el distrito.

Los demás la siguieron de cerca, de todos los presentes ella era la única sin poderes. No le molestaba realmente, nunca se sintió impedida por ello, pero ahora sentía más que nunca lo vulnerable que se encontraba en esta situación. Puede que las habilidades de Fren no fueran totalmente útiles en combate, pero lo compensaba midiendo más de dos metros.

Esta reunión era complicada, su banda técnicamente no pertenecía a los bajos fondos. Según lo que se sabía, el nombre Doulin seguía totalmente limpio, con lo que no tenía ningún prestigio ni territorio con el que negociar. Por el otro lado, no podía recurrir abiertamente a mercenarios, no solo por ser rastreables, sino que también no podían dar una imagen de debilidad, la mitad de la fachada depende de que la casa se mantuviera fuerte, y contratar mano de obra externa marcaba su falta de recursos.

Ya habían llegado a Tevis, el lugar estaba casi totalmente destruido. En donde debía de haber casas, ahora solo lo ocupaban escombros derruidos. Según le había informado, una de las bandas le pareció buena idea destruir todo edificio inútil en la zona, eso les permitiría no tener impedimentos a la hora de ver venir a los intrusos, decisión que pareció ser efectiva, ya que Manette no tardó en ver a unas sombras a lo alto de un edificio en pie en la dirección contraria, probablemente para avisar de su llegada.

—Esos eran chicos de Dersen —dijo Dan —Los de la izquierda pertenecen a Folver.

—¿Y eso? —preguntó Gabroil.

—Ambos están en guerra —contestó Dan, sin apartar la mirada del frente —No dará ventaja a la hora de negociar si amenazamos con recurrir a su oponente.

—Pero si apretamos demasiado es probable que nos degollen —comentó Fren. Gabroil era el único que no estaba al tanto de todo lo ocurrido en los bajos fondos de la ciudad.

El ambiente era tenso, de entre los cuatro, el único soldado era Dan, Fren no era un profesional, pero peleaba en los bares clandestinos antes de romper y Gabroil solo tenía dos meses de entrenamiento básico, pero era un brazo de peltre con lo que no sería un inútil, a diferencia de ella, que no tenía ni un gramo de experiencia de combate en todo su cuerpo.

Cuando se adentraron en la calle principal, apenas tardaron en ver peligro. Unos jóvenes se asomaban desde un callejón, dispuestos a probar su suerte. Por fortuna, ellos parecieron asustarse de un momento para otro, probablemente por algún toque de Fren, manipulándolos para mantenerlos distanciados.

Al cabo de unos minutos, llegaron hasta una plaza. En el centro se mantenía en pie una choza con una decoración atroz, hecha con basura, la cual probablemente habían confundido como arte de las casas nobles abandonadas de la zona, como tapices viejos y urnas rotas pegadas con pegamento casero.

Los hombres de antes decidieron no acercarse, probablemente por pertenecer a la banda rival. No sería raro si Manette se enterase de que ellos hubieran tenido la intención de asaltarlos desde antes de entrar al distrito, lo más probable era que el jefe de la banda hubiera descubierto esta reunión, e intentara evitar que su oponente ganase cualquier tipo de ventaja.

Al acercarse hacia la choza, un grupo de hombres que se encontraban acostados por la zona se levantaron. Podría estimar alrededor de doce personas, todos armados con cuchillos y espadas. Estos comenzaron a rodearlos, probablemente intentando parecer intimidantes.

Uno de los hombres se paró entre medio de ellos y la entrada, estaba encapuchado, pero llevaba unos zapatos buenos. Era Folver, el jefe de la banda.

Según le habían informado, el motivo de su disfraz se debía a que le gustaba ser dramático, con lo que era probable que luego intentara sorprenderla revelando su identidad.

—Díganme, ¿Qué os trae a la morada de mi humilde maestro? —preguntó Folver. Se podía escuchar una pequeña risa ahogada por parte de sus secuaces.

—Hemos venido a ofrecerle un trabajo —contesto Manette, intentando sonar lo menos cordial posible. Quería conseguir su lado bueno, con lo que le convenía hacerle creer que la estaba engañando.

—Ya veo… —dijo Folver llevándose una mano al mentón —Entonces creo que deberían irse, mi señor tiene muchos encargos, y todos ellos lo mantienen extremadamente ocupado.

—Como verá —dijo Manette, intentando ser convincente —Este es un trabajo el cual no sería una buena idea rechazar.

—¿Es acaso eso una amenaza? —pregunto Folver —Porque debo decirle, ustedes no son los únicos con alomanticos en el lugar.

¿Cómo?, se preguntó Manette, sorprendida. Ella sabía que tenían algunos brumosos, pero no había escuchado de ningún buscador… Tras pensarlo unos momentos, Manette se dio cuenta de qué cuatro era un número demasiado bajo para

venir a una reunión de este estilo. Puede que sus secuaces no se dieran cuenta, pero Folver era lo suficientemente inteligente para asumir que al menos tendrían a uno.

Los demás vieron a Manette preocupados, ella les había indicado que la dejasen hablar solo a ella, con lo que no tenían más opción que guardarse sus objeciones.

—Es usted muy astuto —dijo Manette con un tono complaciente —supondré que es la mano derecha de Folver, ¿Verdad?.

—Está más en lo correcto de lo que cree —dijo, intentando ocultar su sonrisa —Pero no, solo soy un humilde guardia al que le gusta hacer preguntas.

—Pues no sería recomendable intentar pasarte de listo con los asuntos de tu maestro —dijo Manette, bastante más asertiva —Cuando digo que no le conviene rechazarlo este trabajo, me refiero a que tendré que gastar cien cuartos en algún sitio, y quizá le entristezca saber que no fue en este

Los secuaces suspiraron y se miraron entre sí. Esa era una suma la cual solo podrían conseguir robándoles a los nobles, lo cual solía ser extremadamente peligroso. Folver abrió los ojos como platos, no podía permitirse dejar pasar una oferta como esa, más teniendo en cuenta que estaba perdiendo su guerra contra Dersen.

—Ya veo —dijo, intentando mantener la compostura —Quizá a él le pueda interesar una oferta tan interesante, pero está lidiando ahora mismo con números más grandes, con lo que vería raro que aceptase una suma tan… ¿Humilde?. —Preguntó con inseguridad. Él estaba esforzando por mantener un lenguaje educado.

—Entiendo, entonces tomaremos nuestro dinero e iremos a otro lado —dijo rápidamente Manette, aprovechando la duda que le había mostrado Folver.

Aquí fue donde él se había equivocado al disfrazarse de guardia. No podía permitir que una pesca tan gorda se le escapara de las manos solo por un poco de avaricia, quedaría como un inepto frente a sus subordinados, más considerando que necesitaba ese dinero.

Había acordado con Fren que en un caso como este, debía ayudará a Folver a presentarse de forma respetable. Si este se sentía humillado, era probable que intentará matarlos y quedarse con lo que fuera que tuvieran encima.

—No tan rápido —dijo Folver, con más confianza en su voz —¿Realmente cree que es inteligente retirarse antes de escuchar si acepta o no escuchar la propuesta? Quizá con un poco de suerte…

—Supongo que tienes razón —acordó Manette, siguiendo el juego —entonces, ¿Podemos pasar?.

—Por supuesto —dijo Folver, volteándose hacia la choza.

Lo siguieron hasta el interior de la estancia, seguidos por varios de sus secuaces. Una vez dentro, lograron ver a más personas todas armadas con palos o espadas. Folver se acercó a un escritorio en el centro, y se sentó, quitándose parte de la ropa sucia y rasgada, revelando una camisa de buena tela con adornos metálicos, imitando aquellos que lleva la nobleza.

—Bastante sorprendente —dijo Manette —Hay sabiduría en analizar a tus clientes antes de que ellos te conozcan.

—Muchas gracias por sus bonitas palabras, señorita —dijo Folver, cambiando a un tono un poco más arrogante —Ahora, hábleme más sobre ese trabajo de los cien cuartos.

Dan probablemente se encontraba quemando estaño, asegurándose de percibir cualquier movimiento repentino por parte de los ladrones. Fren y Gabroil se encontraban ambos rodeando a Manette, escudándola en cazo de emergencia..

—Hay un grupo del cual necesito encargarme —dijo Manette —Y creo que tu gente es la indicada para aquello.

—¿Un grupo dice? —pregunto Folver, exagerando su tono curioso —Por mucho dinero que me ofrezca, mi refinada dama, temo decirle que no se sobrevive mucho en los bajos fondos haciendo enemigos, a menos claro que agregue otro cero a su oferta.

—En realidad, tú deberías pagarme por esto —dijo Manette, intentando sonar agradable.

—¿Disculpa? Pero yo…

—Piratas —interrumpió Manette —Lo más probable es que hayas escuchado que están asaltando estos mares.

—¡Por supuesto! —grito Fover, interrumpiéndola —Mire, mi, ehhh… flota actual carece un poco de potencia, tenemos un severo *defesit* de barcos —dijo con un tono fuertemente condescendiente.

—Y de eso no lo dudo —prosiguió Manette, intentando no enojar al jefe ladrón —pues resulta que estos piratas tienen su base no muy lejos de aquí…

—¿Y que si la tienen a dos calles o en Austrex? —volvió a interrumpir Folver —No tiene sentido que nos metamos con ellos —este se levantó y observó a sus secuaces, haciendo una mueca hacia Manette —muchachos.

Todos en la choza llevaron sus manos a las armas, Dan, Fren y Gabroil desenfundaron sus espadas, mientras que los secuaces algunos llevaban palos, cuchillos y alguna que otra espada probablemente robada.

—¡Un momento! —grito Manette. Lo más probable era que Folver le tuviera miedo a los piratas, y quería finalizar la reunión antes de parecer como un cobarde ante sus subordinados. Tenía sentido dado que los piratas se encontraban en una

categoría mucho mayor que la de él, se necesitaba coraje para surcar los mares con el único propósito de pelear y combatir.

Sus compañeros la rodearon formando un círculo a su alrededor, protegiéndola de cualquier ataque que pueda dirigirse hacia ella. No tardaron en ser rodeados por los hombres de Folver, quienes los veían con ojos sedientos de sangre. Parecía que no solo se alegraban de los posibles cien cuartos, sino que además no debieron tener una presa fácil en mucho tiempo.

Cinco de ellos atacaron al mismo tiempo por todos lados, Dan pego una estocada hacia dos, las cuales alcanzaron a sus objetivos, causando dos cortes en los brazos de ambos muchachos. Fren y Gabroil abalanzaron sus espadas, únicamente ahuyentando a los tres faltantes.

—Lamento no ser tan directa a la hora de los negocios, Folver —dijo Manette, intentando mantener la compostura.

Esta vez, varios de los secuaces de Folver se miraron con miedo y duda, era probable que Fren los estuviera encendiendo. Esto no evitó que volvieran a atacar, esta vez fueron seis, los cuales intentaron evitar a Dan, y se concentraron en Gabroil, quien se habría apartado del ataque si no fuera que Manette se encontraba en esa dirección.

Cuando Fren salto a defenderlo, otros tres lo atacaron ahora que su posición estaba comprometida. Por fortuna, Dan fue rápido y se interpuso en medio de entre Fren y los hombres, causando que estos retrocedieran por el miedo aumentado con zinc.

—Pero debo decirle que mi oferta es mucho mejor de lo que usted piensa, si llega a escucharla por completo —continuó Manette, mientras la pelea se desataba alrededor de ella.

Dos hombres empuñando cuchillos arremetieron contra Dan, que todavía se encontraba distraído, exponiendo su espalda a los ataques.

Repentinamente, las dagas de aquellos hombres volaron de sus manos directamente hacia sus cuerpos, ambas clavándose con profundidad en los hombros de sus portadores. Probablemente, Andés era consciente de lo que estaba sucediendo dentro de la choza.

—¡U-Un lanza monedas! —uxclamó uno de los secuaces.

Manette pensó rápido y tomo de su cintura su monedero, sacando unas monedas y apuntando hacia los demás en la sala, los cuales se apartaron con rapidez de su camino. Ella estaba demasiado nerviosa, había planeado este como el segundo peor escenario posible, por encima de haber sido atacados al instante de pisar la choza.

—¡Ja, lo sabía! —grito Folver, intentando mantener un porte de seguridad

ante sus hombres, los cuales ahora se encontraban aterrorizados —¡Les dije que tenían un alomanticó! ¡No tengan miedo, vamos!.

—Y por eso le imploró —dijo Manette, comenzando a apuntar hacia Folver mientras terminaba su discurso —Que sepa que usted ni los suyos correrán peligro alguno al aceptar mi propuesta.

—¡Pero si no tenemos nada más de qué hablar! —gritó el ladrón —Si tanto quiere a esos piratas fuera, ¡¿Por qué no te encargas tú?!.

—Porque ellos no requieren de mi fuerza —prosiguió Manette —Dígame, ¿Usted sabe lo que está pasando al norte de la ciudad?.

Un silencio total impregnó la choza repleta de ladrones y asesinos. No era normal volver a las negociaciones una vez había comenzado un combate, pero al mismo tiempo ninguno de ellos tenía el valor de volver a atacar, Folver parecía estar igual de impactado. Este se sentó en su asiento y la miró a los ojos.

—Ve al maldito punto, ¿Qué quieres?.

—Como te habrás enterado —comenzó a explicar Manette —la actividad criminal en el norte aumentó drásticamente. Los piratas que asaltan los mares comenzaron a robar también en tierra —era mentira, naturalmente, pero se aprovechaba del hecho que este último mes hubo muchos más robos y asesinatos al norte de la ciudad —Esta información debe valer mucho para ti, pero te la entrego gratis, además de un pago por eliminar a tu futura competencia.

—Son condenados piratas —replicó Folver —Además, para manejar un barco se necesitan como cien personas, estás loca si crees que voy a llevar a los míos para que se maten.

—Con veinte bien entrenados bastan para uno de los grandes —aclaro ella —Pero eso no te interesa, lo que te interesa es la información que te daré, que consiste en donde tienen sus puestos de vigilancia, quienes son sus vigías, donde tienen sus objetos de valor, y a qué hora cambian de guardia, entre otros detalles.

Folver se sorprendió al escuchar esa información, una banda de ladrones de tan poca monta con mucha suerte apenas lograba descubrir que tan vigilado estaba el sitio al que planeaban robar.

—Podrás conseguir varios miles de cuartos en bienes, los cuales supongo que te vendrán de maravilla dada tu situación —dijo Manette con un tono amigable.

Folver lo estaba deliberando, con lo que Manette pego un sutil paso hacia atrás, pisando el meñique de Fren, el cual entendió la seña ensayada y comenzó a encender al jefe de la banda. Le habían prohibido usarla hasta ese momento, no por respeto hacia los hombres de este lugar, ya habían robado y matado a bastante gente inocente, y realmente a ella le disgustaba tener que trabajar con gente en la cual no

podía confiar. No, ella debía de ver cómo se comportaban, tenía que conocer bien a la persona a la cual estaba contratando, aún más si no era de confianza.

—Pero… ¿Qué hay de los números?—respondió, todavía dudando —A mí no me engañas, sé que son varios barcos piratas, además, sé que son parte de un mismo grupo.

Al final no era tan tonto como Manette creía, lo que dijo no era fácil de averiguar, solo podía ser intuido por alguien versado en la materia, como ella.

—Correcto, utilizan tres muelles ocultos en las cercanías de la ciudad —comenzó Manette a explicar —cada uno tiene diez guardias a todo momento, el número de miembros totales de la banda los estimo a ciento veinte personas, pero rara vez tienen a más de cuarenta en un barco.

—¿Y tú crees que somos capaces de matarlos a todos? Perdiste totalmente la cabeza.

—Yo le entrego la información, y pago los cien cuartos por adelantado —Maentte unos pasos hacia el escritorio —ahora mismo, no tendrá que darme nada, a cambio, si usted quiere, puede ir y asaltar a esos piratas tanto como quiera, o puede quedarse aquí, pero sepa que dentro de un mes, si los piratas siguen molestando, le preguntaré a alguien más.

Folver parecía estar a punto de pegar un salto de la ira, pero no lo hizo, en su lugar se mantuvo quieto, observando a Manette. Esta avanzó hasta estar en frente suyo, y allí dejó la bolsa de monedas que había utilizado para amenazar a los presentes. Luego de eso, de dentro de su abrigo, sacó tres pergaminos, estos tenían la información tanto escrita como representada en dibujos, por si ninguno de ellos sabía leer.

Tras eso, Manette le dio la espalda a Folver, quien se había quedado sin nada que decir, y comenzó a caminar hacia fuera de la choza. Nadie objetó, la mayoría parecían totalmente avergonzados, y con buena razón. Manette había llegado, dejado el dinero, y asegurado que si no completaban el trabajo para dentro de un mes, les daría a su banda rival la misma oportunidad, la cual les podría otorgar los recursos para destruirlos.

Lo más sensato era no dejarlos salir, matarlos aquí mismo, conservar el dinero y después deliberar si hacer o no el trabajo por conveniencia, pero la demostración de antes fue lo suficientemente convincente para mantenerlos alejarlos por miedo a una muerte súbita, aunque sería mentira si Manette en el fondo no estuviera atemorizada de que todos encuentren la fuerza para atacarlos, aun teniendo la alomancia emocional de Fren de su lado.

Por fortuna ese no fue el caso, los cuatro lograron salir al exterior de la choza

sin ningún rasguño. Fuera había varios hombres de Folver que se habían acercado a escuchar. Manette se alivió al ver que ninguno parecía tener la intención de atacarlos.

Andés se encontraba a un lado, disfrazado de secuaz, con lo que al ver que habían salido sanos, camino hasta un callejón y se perdió en la oscuridad. Apenas habían tenido dos días para practicar su actuación como lanza monedas, pero por muy poco que fuera, llegó a ser suficiente para engañar a Folver.

Los cuatro caminaron hasta el exterior, todavía quedaba la pregunta de que si la banda rival los atacarían solo para averiguar qué clase de trabajo les habían encargado a Folver. Con lo que Fren tomó la delantera, y guió al grupo por un camino seguro.

Después de varios minutos de caminata, lograron llegar hasta una zona más limpia. De allí se dirigieron directamente a uno de los puestos seguros que tenían en casas abandonadas de los barrios skaa. Dan se encontraba varios pasos atrás, revisando que nadie los estuviera siguiendo.

Una vez todos se encontraban seguros dentro del edificio, nadie dijo nada, probablemente porque no había nada que decir, lo mejor era esperar a los demás antes de decidir cualquier cosa.

No tardaron mucho en presentarse. Junto a Dan, Andés había llegado, todavía vestido como uno de los ladrones.

—Aquí estamos bien… —dijo Dan.

—¡Mierda! —grito Gabroil —¡Mierda, Mierda! ¡Casi nos matan!.

—Esta vez no tengo derecho a llamarte cobarde —dijo Fren, cansado —Apenas salimos de esa.

—¿Acaso no los tenías controlados con el zinc? —pregunto Manette confundida, al ser la única que no podía defenderse, había creído que los demás lo habían pasado mejor que ella.

—¿Controlados? ¿Qué no viste como nos atacaron? ¡Los estaba encendiendo desde el condenado principio! —grito Fren —La alomancia tiene un límite ¿Sabes?, normalmente no debería de ser problema controlar a un grupo tan pequeño, pero…

—Estaban sedientos de sangre —dijo Dan —De no ser por el truco que tenías con Andés probablemente no hubiéramos salido vivos de allí.

Manette no fue consciente de lo mal que lo habían pasado sus compañeros, comenzando a sentir un poco de culpa por no haber creado más medidas de seguridad, pero estaban corriendo contrarreloj después de todo.

—Eran unas jodidas bestias —dijo, Gabroil consternado —Tomarán el dinero y se olvidarán del trabajo, esto fue una pérdida de tiempo.

—Por mucho que los haya encendido —dijo Fren —ahora mismo deberían de

estar llegando a sus propias conclusiones, y teniendo en cuenta que conocen sobre la alomancia…

—Lo importante es que la banda de Dersen consiga la información —contestó Manette.

—¿Por qué no comenzamos con ellos? —pregunto Dan —Te dije que eran más tranquilos. Además, probablemente sean más capaces a la hora de hacer el trabajo.

—Casi no nos queda tiempo —aclaró Andés —y por esa misma razón, negociar con Dersen y sus muchachos nos llevaría varios días.

—Entonces, ahora que hicimos la oferta a su rival, ¿crees que nos harán caso? —preguntó Gabroil —Lo más probable es que crean se trate de una trampa.

—Y por eso no seremos nosotros quienes le informaremos —respondió Manette —Uno de los chicos de Folver aprovechará y se lo dirá a Dersen. Intentará apresurarse para no quedar detrás del otro.

—¿Tenías sobornado a un miembro de la banda? —pregunto Dan —¿Por que no nos enteramos?.

—Solo encontré por suerte a un soplón al que tenía Dersen comprado —aclaró Manette —Uno de los hombres de Folver coincidió con la descripción que me dieron mis informantes.

—Habla más claro —ordenó Gabroil —¿Podemos o no confiar de que soplón haga su trabajo?.

—No —dijo Manette —pero como dije, si no lo llega a hacer, nos aferraremos al plan original.

—¿El cual era?…

—Contratar a Dersen nosotros mismos.

—Perfecto, sigo perdido

—Y por esa razón es ella quien se encarga de los planes —dijo Dan.

—A menos tiene la decencia de explicarlos —agregó Fren —Lo mejor será que volvamos de una vez, lo de hoy amerita un buen pescado.

—Todavía debemos aparentar nobleza —contesto Manette —Además de que apestara toda la mansión si no lo comemos todo.

Dan, Gabroil y Fren la vieron un poco decepcionados, probablemente sabían que lo que decía era cierto, pero al mismo tiempo era verdad que el pescado que cocinaba Dan era bastante bueno. Y dado el miedo que habían pasado hoy…

—Está bien —cedió ella —Pero más te vale hacer que parezca de alta cocina

Capítulo 17

—No —dijo Dan, en un tono severo.

—Ya está perfectamente bien —contesto Hef —Además, ella me lo pidió.

Calima estaba arriba de las escaleras, escuchando toda la conversación con su estaño. Después del entrenamiento de ayer, le había pedido a Hef que la entrenara más seguido, con lo que ahora lo estaba discutiendo junto a los demás.

—¿Y tú quién eres para decir si está curada o no? —pregunto Dan agresivamente.

—¿Él?, nadie —dijo Sall —Pero yo soy el médico, y si digo que se encuentra bien, es porque lo está, como lo estuvo ayer, y hace una semana.

—Ellos tienen razón —dijo Manette a Dan —Pero puede que un entrenamiento directo sea demasiado para ella.

—¿Pero ir dando saltitos entre edificios es más seguro? —contestó Hef.

—Ella es una nacida de la bruma —respondió Dan.

—Eso no es excusa para no entrenar —dijo Andés —No la había instruido en el manejo de armas porque pensé que le aburriría, pero si quiere hacerlo, no debería de haber problema alguno.

—¿Estamos hablando de la misma chica que sintió pena por la muerte de un mercenario que intentó asesinarla? —dijo Dan —Si lo único que hará será defenderse, entonces que aprenda a empujar y salir volando de la situación.

—A veces no eres tan afortunado —contestó Andés.

—Tiene razón —dijo Manette —Si ella quiere hacerlo, que entrene, no podemos permitirnos tenerla encerrada todo el día.

—¿Entonces ya puedo volver a llevarla a las brumas? —preguntó Andés.

—Sí, pero con cuidado, y por favor evita que se meta en problemas.

Calima pegó un salto de alegría, llevaba todo el mes esperando que le volvieran a permitir hacer cualquier cosa, esta vez procuraría aprender a moverse de forma correcta. No era que antes lo hiciera sin ganas, pero ahora lo intentaría con mucha más fuerza.

Al salir de la habitación, intentó bajar rápidamente las escaleras de forma sutil, no quería indicar que había escuchado, pero debía apresurarse, su objetivo era interrumpirlos antes de que cambien de opinión.

Termino de bajar las escaleras, y se presentó en el pasillo, los cinco la observaron, y ella intentó actuar un poco confundida.

—Escuchaste, ¿verdad? —preguntó Manette. Calima negó con la cabeza.

—Vuelves a salir a las brumas conmigo —dijo Andés.

—Sigo pensando que no es buena idea… —agrego Dan

Encendió molestia e insistencia, con lo que Dan suspiro cansado.

—Bien, ya no molestaré, pero cuídate ¿Está bien?.

Calima asintió.

—Ve a prepararte —dijo Andés —Hoy salimos temprano.

Ella no pudo evitar sorprenderse, nunca lo había acompañado durante el día. Encendió curiosidad y tiró un poco de sus ropas.

—Volveremos por la capa más tarde, por ahora solo llévate lo que sea.

Calima asintió nuevamente y comenzó a caminar escaleras arriba, los demás dieron por terminada la conversación, dispersándose para continuar con sus actividades.

Lo primero que hizo fue esperar junto a la habitación de Hef, el cual no tardo en llegar, ya que caminaba detrás de ella. Este la observó mientras abría su puerta.

—Ya, ya —dijo Hef. Este camino hasta uno de los escritorios y abrió un cajón, de allí sacó un vial y se lo entregó a Calima. Ella lo destapó y se lo bebió en su totalidad. Sentaba bien tener todas las reservas llenas.

Calima caminó hasta el cajón, buscando algunos viales más, pero antes que su mano llegase, Hef lo cerró de golpe.

—No más viales —dijo con severidad —ya se está volviendo un problema, así que no importa cuanto pagues, solo te daré uno al día.

¡¿Qué?!, Calima encendió injusticia y ofensa, ahora que volvía a salir, iba a necesitar los metales más que nunca.

—No está a discusión —aclaro —lo siento, pero fue una de las condiciones que dejo Dan, y casi todos estuvimos de acuerdo al respecto.

Ella se entristeció, ahora que volvía a tener los metales, ¿Debía conformarse con tan poco?.

No, Se dijo, *debo de ser responsable*. Ella quemaba demasiado metal solo por gusto, necesitaba aprender a manejar mejor sus reservas, el no haberlo hecho casi la mató al pelear contra el mercenario.

Encendió agradecimiento a Hef mientras salía.

—De nada —respondió

Ella caminó hasta su habitación, allí se cambió a algo más abrigado, ya que el invierno se estaba acercando. Debía de llevar algo pesado, aun cuando sólo se tratase de una ventisca pasajera, puesto que su estaño ampliaba con creces esa sensación, haciéndola insoportable.

Una vez abrigada, observó al lado de su cama, allí pudo ver la caja llena de viales de peltre. *Es el metal que más rápido se quema…* Se acercó y se bebió dos, era responsable llevar mucho metal después de todo.

Se contentó con solo quemarlo de forma lenta mientras bajaba por las escaleras, allí Andés todavía la estaba esperando.

—Vamos—dijo, mientras comenzó a caminar hacia la salida.

Ambos entraron a la tienda angosta de Durt, el herrero que le dio a Andés su espada con truco, no pareció muy complacido por su llegada.

—¿Qué mierda hacen aquí a esta hora? —dijo, enfadado —Te dije que solo te atenderé a la hora de cerrar.

—Ya está atardeciendo —respondió Andés —Nunca viene nadie a esta hora.

El viejo gruñó, por algún motivo siempre odiaba a todo ser que se presentará en su tienda. Pareciera como si aunque el mismo Lord Legislador hiciera acto de presencia, Durt encontraría la manera de criticarle la ropa y pedirle que se muera al bajar los escalones.

—Vamos abajo de una vez —dijo, mientras comenzaba a llevarlos hasta su armería.

—¿Y le quedó bien a la niña el trapo sucio? —preguntó, abriendo la puerta del sotano.

—Tuvimos que rehacer la mayoría, la mitad de las tiras estaban mal cortadas —dijo Andés. El viejo resopló con una sonrisa, parecía causarle gracia aquella pequeña dificultad.

Los tres entraron nuevamente a la armería. Lo cierto era que Durt no era un vendedor clandestino cualquiera, el lugar estaba repleto de armas extrañas e inusuales, todas obras suyas. La mayoría no las hacía para vender, Manette le había convencido de hacer la excepción con ellos por un favor que le debía a su padre.

—¿Cómo puedo ayudar a que se maten hoy? —preguntó el viejo.

—Algo para ella —contesto Andés —Armadura de madera y un bastón que se adapte a su peso.

—No será muy difícil, eh niña, ¿Prefieres a una mano o a dos?

Ella lo pensó un momento, y levantó dos dedos.

—¿Qué es eso? ¿Un conejo?.

—No habla

—Bah —bufó Durt —Dos manos, entonces, lo tendré para dentro de dos días ¿Algo más con lo que apestarme el día?.

—Sí, necesitaré que me hagas una daga con esto —Andés tomo de su bolsa el

lingote de aluminio y lo depositó encima de una mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Durt.

—Aluminio, no puede ser tirado ni empujado —contestó Andés. Habían discutido de vez en cuando en los últimos meses qué hacer con el lingote, lo cierto era que venderlo en crudo habría sido muy valioso. Pero sabían que ciertas personas en el bajo mundo pagaran fortunas al descubrir aquel metal que no podía ser afectado por la alomancia. Lamentablemente era un metal blando, con lo que no sería útil a la hora de pelear, pero decidieron igualmente darle una buena presentación en forma de arma.

—¿Con tus poderes raros dices? —preguntó el viejo —Bueno, veré que puedo hacer —Durt lanzó el lingote hacia la mesa —Ya no me importa si necesitan algo más, fuera de mi tienda, estas dos cosas me tomarán bastante tiempo y recuerda que sigo atendiendo un negocio normal.

Sin decir palabra, ambos se retiraron del local. Desde la última vez que había venido, Calima realmente no pensó mucho sobre este lugar. ¿Era normal comprar armas en sitios como estos?, supuestamente la compra de armas era ilegal para los skaa, aun cuando estos se unían a la guarnición del lord legislador, dado que era allí en donde se les proporcionaba el equipamiento, con lo que tenía sentido la utilización de las herrerías clandestinas.

Mientras volvía hacia la mansión, no pudo evitar reflexionar en la curiosa cantidad de información que ella había comenzado a aprender desde que se unió a la banda. Aun con la jovialidad que expresaban, tenían un alto entendimiento sobre el mundo que incluso los libros encontraban dificultad para enseñarle.

Esa era una de las razones por la cual más se alegraba habérseles unido.

Al llegar la noche, Andés y Calima volvieron a adentrarse entre las brumas. Manette le había insistido que no forzara a la niña, por mucho que ella dijese estar preparada. No era de buen juicio confiar en la palabra de alguien tan joven, y no era su intención hacerlo, pero el mes que habían perdido retraso mucho sus entrenamientos, con lo que tocaba enseñarle sobre la marcha.

Andés estaba suspendido en el aire, sostenido de varias monedas que se encontraban en los edificios cercanos. Era extraño ver como su alcance a la hora de detectar y tirar de los metales había aumentado, aquel pequeño desarrollo de su metal sucedía de manera tan sutil que necesitaba meses para notar una diferencia.

Cuando le enseñaron sobre la alomancia, le habían dicho que quemar demasiado metal tenía efectos secundarios, así que supuso que este era uno de ellos.

Calima no tardó en alcanzarlo. A pesar de estar un poco oxidada por el mes que tuvo que pasar en cama, de alguna manera parecía que había encontrado su manera de moverse, dejando de tirar y empujar tanto, y concentrarse en saltar grandes distancias con su peltre, usando el hierro y el acero únicamente para estabilizarse en el aire. Lo más probable era que el tiempo en cama le permitiera reflexionar sobre qué podía hacer bien y que no.

El pego una patada a la pared y se volvió a lanzar hacia delante, esta vez sin esperar a Calima, según parecía, ella podrá seguirlo sin problemas.

Ambos volaron hasta llegar a la zona más mediocre de la ciudad, cubría parte de la costa, además de estar poblada de los más ricos de los skaa, y los más pobres de los nobles. Allí a Andés se le dificultó seguir el paso, era la parte en la que menos anclas tenía ubicadas, con lo que tuvo que comenzar a utilizar las que se encontraban dentro de las casas y edificios, mientras dejaba monedas por si llegaba a pasar en otro momento por aquí.

No le gustaba atraerse mucho a metales los cuales no podía ver si estaban bien anclados o no. Por fortuna había aprendido a tirar de todos de forma minúscula, como probando una cuerda antes de subirse, evitando atraer con fuerza todo metal que esté levemente suelto, pero seguía sin ser infalible.

Se detuvo encima de un edificio, no se encontraba tan lejos de su objetivo. Calima aterrizó a su lado, e inmediatamente encendió su curiosidad e impaciencia.

—Nada interesante —dijo Andés —Un comerciante skaa de la zona está consiguiendo tratos lucrativos, pero no parece estar haciéndose más rico. Manette insiste que es normal, pero a mí me huele raro, quizá sea una tapadera.

»Buscaremos por si acaso si tiene cualquier conexión con algún noble al cual le está transfiriendo el dinero.

Ella encendió comprensión. Y tras mirarla, Andés se lanzó calle abajo, seguido por Calima quien procuraba quedarse cerca. Allí ambos caminaron hasta llegar al edificio donde reside su objetivo.

—Hoy él debería estar en un bar no muy lejos de aquí —dijo Andés en voz baja, sabiendo qué Calima está quemando estaño —de igual manera, ten cuidado, detrás de las paredes de alrededor hay personas durmiendo o pasando la noche —Andés pudo divisar a Calima asintiendo, con lo que se giró y observó la puerta.

Además de las bisagras, el picaporte se encontraba oxidado, después de meses de práctica, había aprendido a identificar el estado de algunos metales con sus líneas alomanticas. Solo podía identificar el hierro con casi total exactitud, y tampoco era capaz de percibir la gran cosa, pero podía ver lo suficiente como para

poder percibir el óxido, que distorsionaba de forma particular el final de algunas líneas. Si entraba por aquí, haría ruido, y no quería dejar ningún tipo de testigo que pudiera avisar o dar la idea a Uben, que alguien había venido a husmear en su casa.

—Sube al techo, y deja una moneda —susurro Andés. Calima asintió y se elevó rápidamente, haciendo exactamente lo que él había pedido.

Andés tiró levemente de la moneda, lo que lo elevó mientras era atraído hacia el muro. Contorsionó su torso de manera que le permitió mantener sus piernas extendidas, alejándolo de la pared mientras se elevaba.

No subió hasta arriba, en su lugar, comenzó a observar los metales de los diferentes pisos. Allí busco señales de movimiento, observando los clavos de la madera, u otras señales dentro del edificio.

—Ven aquí —susurró.

Calima hizo caso, y Andés sintió como dejaba caer otra moneda, ella descendió hasta donde se encontraba, pero no pudo evitar chocar de forma leve un par de veces contra la pared, teniendo que usar sus manos para mantenerse alejada.

—Las piernas deben de estar a la misma altura de tu cintura —dijo Andés, mostrando el movimiento de su cuerpo —E intenta no levantar mucho la cabeza y el pecho, que se mantengan al mismo nivel.

Ella lo observó e hizo caso, equilibrándose tal como le había dicho. Adoptó la forma a la perfección, probablemente gracias al equilibrio del peltre.

—¿Escuchas alguna respiración dentro? —preguntó.

Ella encendió afirmación y señaló un par de ventanas.

—Busca alguna habitación vacía.

Ella asintió y lanzó una moneda hacia el costado, permitiendo acercarse hasta una ventana en donde apoyó la oreja, luego miró hacia Andés e hizo una seña para que se dirigiera hacia allí mientras encendía descubrimiento.

Andés pego unos saltos con los pies de la pared, dirigiéndose a esa dirección. La moneda del techo actuaba como una cuerda, la cual lo atraía hacia el lado opuesto, con lo que él se concentró y comenzó a tirar solo del borde de la misma, haciendo que esta sé deslizarse en el techo.

Al llegar junto a Calima, observo la ventana, esta tenía las cortinas cerradas, pero igualmente pudo visualizar el seguro de metal que se encontraba del otro lado. Sin molestarse en aceitar las bisagras, tiro del pequeño metal de detrás de la ventana. Aun si se encontraba oxidadas, el ruido no alarmaría a ninguno de los vecinos en la cercanía, dado que no solía ser muy normal que las personas entren a las casas por el tercer piso.

Seguido por Calima, se introdujo en la ventana hasta lo que parecía ser una habitación bastante limpia, tenía una cama grande, muebles y un cuadro en la pared.

—¿Hay alguien detrás de la puerta? —susurro a Calima.

Ella se acercó para revisar, y el volverse hacia Andés encendió negación. Este la abrió, revelando una sala más grande, la casa parecía ser medianamente lujosa, probablemente pertenecía a algunos nobles menores con buen trabajo.

No presto mucha más atención, y camino directamente a la puerta que daba al pasillo. Estaba cerrada con llave, con lo que se agachó a la altura del picaporte, tomó una ganzúa de su bolsa y comenzó a forzar la cerradura.

Podía sentir la mirada de Calima en su espalda, probablemente estaba prestando total atención a lo que hacía.

—Distintas cerraduras se abren con métodos distintos —dijo, susurrando en voz baja —Está de aquí es una cerradura industrial, de las que hacen en las fábricas que conoces. Con este modelo, solo requieres empujar una pequeña palanca que se encuentra a mitad del trayecto al otro lado

Esta vez, Andés optó por no utilizar su hierro para ayudarle a forzar más rápido, quitó sus herramientas de la cerradura y se las enseñó a Calima, la cual encendió interés.

—Esta paleta pequeña se utiliza para girar la cerradura —dijo, enseñándole la herramienta —mientras que este gancho sirve para simular la llave, y empujar la parte que libera el cierre.

Andés empujo el gancho y lo encajo en donde iba la llave, luego de eso simplemente giró la paleta y desbloqueó la cerradura.

Sintió como Calima encendió ánimo y orgullo.

—Es mucho más fácil cuando puedes quemar hierro u acero —Agrego, mientras abría la puerta.

Ambos salieron de la habitación, Andés tomo de su bolsa las virutas de hierro que llevaba encima, y las desperdigo por el suelo cubriendo toda la entrada. Recibió curiosidad por parte de Calima.

—Si alguien pasa, los sabré, y en el peor de los casos podré tirar del picaporte, evitando a que se abra la puerta.

Sabía que la habitación dé Uben se encontraba en el cuarto piso y que vivía solo. Jamás se le había visto entrar con nadie al edificio, además de ser un sitio demasiado barato para alguien con su dinero. Con lo que cerró la puerta detrás de él y se dirigió hacia las escaleras, dejando allí también un poco de polvo de hierro.

Al llegar al cuarto piso, Andés se giró hacia Calima.

—Dime cuáles tienen personas

Ella obedeció y se acercó puerta por puerta, encendiendo alerta a aquellas las cuáles señalaba, solo tres estaban habitadas.

—Gracias —dijo Andés.

Calima pareció sorprenderse, ella encendió su sorpresa y confusión.

—¿Qué pasa?.

Calima encendió agradecimiento junto a sorpresa.

—¿Cómo? —Andés lo pensó en lo que ella quería decir por unos segundos —Yo sí doy las gracias.

Ella encendió negación, la cual aplacó para continuar con constancia y apatía.

—No me gusta malgastar palabras —dijo.

Mientras hablaba, camino hasta la habitación que contenía más metal en su interior, eso aumentaba las probabilidades de que viviera una persona adinerada, comenzando a forzar su cerradura. Calima encendió curiosidad e intriga.

—Si la conversación no va al punto, se está perdiendo tiempo, Manette lo entiende —dijo.

Fue recibido por negación y nostalgia, las cuales fueron aplacadas para seguir con constancia y simpatía.

—Eso no cuenta, ella tiene que dirigir a todos, cuando hablamos nunca se desvía del punto —mientras lo decía, desbloqueo la puerta, la cual, antes de abrir, rocío sus bisagras con un poco de aceite.

Calima encendió culpa y egoísmo, con lo que Andés suspiro. Algo le decía que si ella no fuera muda, no pararía de hablar ni un segundo.

Al entrar, pudo vislumbrar varias máscaras y esculturas de madera, las cuales, gracias a su visión de hierro. Pudo ver como estaban acompañadas por lo que suponía que eran clavos de metal. Era poco probable que esta fuera la habitación, pero de igual manera comenzó a hurgar.

Calima, que estaba detrás de él, volvió a encender agradecimiento y curiosidad, no parecía que lo fuera a dejar en paz con respecto a eso.

—Te agradecí cuando me salvaste la vida contra la flecha del ojo de estaño —recordó Andés.

El sintió asombro y nostalgia, además de imprevisión.

—Ahora estás exagerando —dijo, ya casi había terminado de revisar toda la pequeña estancia, además de las esculturas, no parecía haber mucho más por allí.

Ella le dio una mirada condenatoria, y encendió curiosidad, agradecimiento y gratitud, las cuales aplaco al instante para dejar curiosidad, gratitud y deseo, mientras acompañadas de una fuerte sensación de vacío.

—Venga, ¿No hacemos todo más rápido si solo te pido las cosas? —dijo, excusándose —En lugar de ir repitiendo «Por favor» cada dos minutos.

Negación y desagrado.

Andés se quedó callado mientras salía de la habitación, ¿Realmente era tan

desagradable?. La verdad no pensaba mucho en eso, siempre creía que era mejor ser directo, ya que hablar con las personas no era algo que se le diera demasiado bien.

Una vez fuera, cerró la puerta y pego un pequeño tirón de hierro, cerrándola de nuevo.

—Es difícil hablar, ¿Sabes? —dijo a Calima, mientras se dirigía hacia la próxima puerta.

Recibió empatía y entendimiento.

—No es lo mismo —dijo Andés —tú te comunicas mucho, aunque no uses tu voz.

Se agachó nuevamente para abrir la puerta, pero antes de comenzar, se giró hacia Calima

—¿Quieres intentarlo?.

Ella se sorprendió, encendiendo preocupación y culpa.

—No robaremos nada, si alguien se aparece te prometo que no le haremos daño —dijo, ella seguía un poco dubitativa, parecía hacérsele demasiado difícil cometer cualquier acto criminal directo, por muy liviano que fuese.

—¿Por favor? —dijo finalmente.

Calima suspiró y se acercó, por muy culpable que se sintiese, también parecía estar un poco emocionada. Andés le entregó tanto el ancho como la paleta.

—Ya viste como los ubique, primero el gancho, bien, arriba a la izquierda deberías de notar un pequeño desnivel

Calima estaba encorvada, concentrada en lo que él le decía. Andés se acercó a la pared y comenzó a atraer levemente el gancho hacia la dirección correcta.

—Es ahí, ¿lo sientes? Hay una pequeña pared arriba.

Ella asintió, observando con total cuidado el gancho.

—Ahora, introduce la paleta.

Obedeció, y la ubico en el centro de la cerradura.

—Ahora toca empujar el gancho levemente hacia la izquierda moviendo esa pared que te mencione, mientras giras la paleta como si fuera una llave —Explicó Andés, mientras imitaba el movimiento con su dedo enfrente de ella.

Calima comenzó a girar los instrumentos tal como él le había indicado, no tardo en escuchar un sonido metálico. Sacó tanto la paleta, como el gancho, cuya punta se había despedido. Ella lo miró y encendió pena y culpa.

—Tranquila, esas cosas pasan, más si es la primera vez —él le hizo una seña para que se apartase, acercándose nuevamente a la cerradura —Para cualquier otro ladrón, esto sería un horror, ahora el metal de la ganzúa está estorbando, además de que alarmara a quienquiera que introduzca una llave —Ella lo observó, preocupada

—Por fortuna, tenemos hierro, lo que tienes que hacer es concentrarte y hacerle recorrer el mismo camino

Con dos simples tirones, el metal salió de la cerradura. Andés lo atrapó y lo guardó en su bolsillo mientras sacaba otra ganzúa.

—Ya tendrás tiempo para practicar —dijo, mientras se agachaba nuevamente para forzar la puerta.

Al utilizar su hierro como ayuda, tardó prácticamente nada en desbloquear la cerradura, volvió a ubicar el aceite en las bisagras y entró a la habitación.

Esta parecía estar mucho más decorada, además, estaba llena de papeles por todos lados. Se adentró hacia lo que parecía ser el comedor, totalmente ocupado por cajas idénticas. Pudo vislumbrar una lista, en ella nombraba el inventario que se encontraba en las cajas de su alrededor.

Es aquí. No tardó ni un momento más y se dirigió hacia lo que probablemente era la oficina de Uben, al abrir la puerta se encontró con el escritorio, lleno de contratos y listas de mercancías.

Andés comenzó a echar un vistazo a los números. Como había supuesto, el hombre tenía dinero, bastante en realidad, tenía incluso firmas con el cantón de las finanzas, lo que lo confundió todavía aún más. ¿Tanto poder y solo vive en este apartamento pequeño? Calima se acercó hacia él, encendiendo curiosidad.

—Como ya sabíamos, este hombre tiene tratos demasiado buenos para vivir aquí —dijo, dándole el papel, mientras buscaba otro —Tenemos que encontrar el porqué.

No tenía sentido, Uben poseía el capital para hacerse con un edificio para él solo, pero por alguna razón seguía viviendo en la precariedad. Los skaa comerciante solían ser explotados, o al menos eso le explicó Manette, muy rara vez llegaban a poseer tierras, lo que explicaba el porqué este hombre quisiera limitarse en sus gastos. Pero algo no acababa de cuadrar, en sus investigaciones Andés descubrió que no gastaba el dinero en prácticamente nada, era como un fantasma.

Comenzó a leer con rapidez las cartas en busca de cualquier indicio de esta extraña situación. Encontró desde amoríos personales hasta préstamos ya pagados, ninguno lo suficientemente grande como para haber absorbido la fortuna.

Al cabo de media hora, no había sido capaz de encontrar nada, lo cual fue demasiado extraño. Para ser un comerciante skaa, conseguía tratos sobresalientes, había algunos que incluso casas nobles envidiaran.

Y allí se dio cuenta, la respuesta estaba en plena vista. Varias casas le estaban cediendo el paso, recordaba como en la mayoría de historiales monetarios que había robado este último año, tenían pequeños huecos en las fechas indicadas en estos contratos.

Andés rápidamente sacó una hoja y comenzó a anotar las fechas en las cuales estas grandes transacciones se producían.

No pudo escribir demasiado sin antes de alertado por su alomancia.

Alguien había pisado el polvo de hierro que había dejado. Pegó un salto y corrió hacia fuera de la habitación, comenzando a tirar del picaporte de la puerta que estaba varios pisos abajo.

La persona pasó de largo, al parecer no eran los dueños de aquel departamento. Una vez aliviado, se apresuró y volvió a la habitación, para continuar anotando. Calima lo estaba viendo, sorprendida.

—Alguien paso por la puerta, pero no entró —Aclaró —Vigila el pasillo… por favor.

Ella le dedicó una sonrisa y asintió, dirigiéndose hacia fuera de la habitación mientras Andés continuaba anotando. No podía intuir exactamente el porqué, pero esto era prueba suficiente para convencer a Manette que algo estaba sucediendo. No era normal que se dejara guiar por su intuición, era lo mismo que confiar en la suerte, cosa que detestaba, pero esta vez pareció estar en lo correcto.

Acabo de anotar la última fecha, y acomodo todas las hojas tal y como estaban antes de llegar. No quería dejar ni una evidencia de que alguien había fisgoneado por aquí, con lo que se tomó su tiempo en dejar todo igual de desordenado.

Se dirigió hacia fuera de la habitación, donde Calima lo estaba esperando, había guardado la hoja con las fechas en su bolsa, además de haber anotado algunos nombres importantes. Algo que no terminaba de oler bien en ese lugar, pero ya se estaba quedando sin tiempo, con lo que no se podía permitir hurgar mucho más.

—Vamos —dijo a Calima, quien estaba esperando fuera.

Ambos bajaron las escaleras nuevamente, quienquiera que fuera la persona que pasó por aquel piso, parecía no encontrarse en ninguno de los pasillos, dejando el trayecto limpio hasta la habitación por la que entraron.

Volvió a bloquear la cerradura con su hierro, y no tardaron en dirigirse hacia la ventana dentro del cuarto más adentro.

Una vez fuera, ambos salieron nuevamente a la noche. Antes de volver a cerrar la ventana sintió una pizca de alerta y paciencia. Andés se giró hacia Calima, que estaba imitando las instrucciones que le había dado antes sobre como pararse en la pared, ella se acercó, cerró la ventana y con un empujón de acero, volvió a cerrar el seguro.

—Bien hecho —Le felicito Andés.

Ambos subieron hasta el techo, y comenzaron a caminar de vuelta hacia la mansión.

Todavía le daba vueltas a lo que le había dicho Calima antes, ¿Cuándo había comenzado a ser tan antipático?, Podía recordar una época en la que reía a diario, cuando se dejaba llevar y era más irresponsable, y lo caro que le había costado esa irresponsabilidad.

Observo a Calima, parecía satisfecha, Andés notaba como se había esforzado mucho para ayudar, y que de igual manera, a pesar de lo que fuera que la haya dejado muda, intentaba sonreír.

Dejo que ese pensamiento vagara en su mente, mientras ambos se perdían en las brumas.

Capítulo 18

—Y por eso nunca utiliza una cuchara de madera —dijo Dana.

Ambas estaban en un camino de clavos, dirigiéndose hacia el monte Doriel. Por fin ya era lo suficientemente hábil con su acero para seguirle el paso, había pasado un mes desde que le dieron el alta.

Esta vez dejaron que ella acompañará a Dana para que practicase el viajar largas distancias. Manette había comprado otra mina cerca de la de aluminio, de esa forma ya tendría un equipo entrenado, con lo que no habría problemas a la hora de excavar el metal.

Dana le estaba contando algunos chismes, siempre le gustaba saber esas cosas. *Ojalá poder compartirle alguno*, se dijo Calima, siempre había sido chismosa también, aunque esa faceta suya parecía quedar en lo que ahora era un pasado lejano.

—Ojalá pudiera quitarme esta maldita cosa —se quejó Dana. Ambas llevaban capucha y bufanda, ya que era de madrugada, y no querían que ningún otro lanza monedas las descubriera.

Calima encendió desinterés y comodidad. Puede que no hiciera el suficiente frío como para llevarlas, pero tapaba la mayor parte de su rostro del viento.

—Sé un poquito considerada —respondió —llevo queriendo quejarme de esto siempre, y ahora que alguien me acompaña, ¿resulta que le gusta?.

Calima se permitió ser un poco más específica con su alomancia, y aplaco insistencia, para luego seguir con interés y curiosidad, seguido por expectación.

—¿Otro chisme? —intuyó su acompañante —Déjame pensar… ¿Sabías que las hijas de Dan intentaron sorprenderlo una vez con comida preparada por ellas?. Hicieron tanto ruido y dejaron tanto desorden, que por el olor Dan creyó que habían entrado a su casa por la fuerza, resulta que se les había quemado el pan, la zanahoria, la manzana… y la olla.

Calima rio un poco, podía imaginarse a Dan quemando estaño en ese momento y asustarse por el olor a quemado. Ella no pudo evitar preguntarse lo que le habrá pasado a la esposa de Dan, con lo que encendió tristeza y curiosidad.

—Ehhh… bueno, tampoco salieron lastimadas, así que no tienes por qué preocuparte —contesto Dana, todavía se le hacía difícil entender completamente los tirones y empujones que hacía Calima a sus emociones. Ella volvió a intentar encendiendo más fuerte, e incluyendo melancolía en la mezcla.

—¿Las niñas?, ah… —Dana pensó por varios segundos —¿por su madre preguntas?.

Calima encendió afirmación.

—Se enfermó y murió. Dan tuvo que renunciar a la guardia de la ciudad para poder cuidarlas. Siempre que sale a hacer rondas las visita.

Por algún motivo Calima esperaba alguna historia más espectacular, ¿solo una enfermedad? Seguía siendo triste, pero también poco impresionante.

Era agradable conocer más sobre la banda, los demás hablaban constantemente de su vida cotidiana, referenciando hechos que ya todos conocían y que Calima ignoraba por completo. Al parecer Andés le había salvado la vida a Manette cuando se conocieron, aunque ninguno le gustaba hablar del tema.

En ese sentido, agradeció que Dana fuese tan chismosa, gracias a ella ya no se sentía tan excluida. Antes le había parecido una mujer pesada, pero simplemente es muy apasionada en lo que sabe, el hecho de que pudiera hablarle normal mientras saltaban por los clavos ya decían sobre su dedicación. Calima apenas podía pensar y saltar, y solo podía mantener la conversación gracias a que la alomancia emocional era lo suficientemente intuitiva para poder comunicarse sin caerse.

Calima fue capaz de ver su destino a la distancia, era una mina que se encontraba debajo de un pequeño monte, todavía lejano al de Doriel. La mayoría de los árboles cercanos fueron talados, y la entrada principal estaba limpia de ceniza.

El camino de clavos se detuvo no muy lejos de allí, era bastante discreto, siendo tapado por colinas y árboles altos. No te hacía invisible, pero podía evitar varias explicaciones sobre la alomancia a cualquier trabajador atento.

—Qué pereza —comentó Dana —Ahora toca caminar, dime, ¿Ya disfrutas de los saltos? —preguntó, mientras marchaba a la mina.

Calima encendió afirmación y nostalgia, hacía ya tiempo que los disfrutaba, aun cuando no se le daban del todo bien.

—Que bien —contestó con orgullo —y con Andés enseñándote a tirar, no tardaras mucho en dejarnos atrás, como si fuéramos un par de viejos.

Encendió duda e inseguridad.

—¿Cómo que no? ¡Si solo con el acero te manejas de maravilla!

Calima se tapó un poco los oídos por el grito.

—Oh, lo siento —se disculpó Dana —como decía, lograste seguirme más o menos el paso. Sí, puede que haya ido un poco más lento, pero tampoco fue tanto como para marcar una gran diferencia.

Ella volvió a encender duda, no veía mucho margen de mejora. Aún esforzándose desde el principio, solo avanzaba a paso de tortuga.

Ya estaban acercándose a la mina, podía vislumbrar a Donny y otro hombre que tenía una nariz achatada discutiendo con los empleados. Desde esta distancia podía apenas escuchar la conversación.

—¡Déjanos pasar de una vez! —gritó uno de los hombres.

Calima encendió alerta e impaciencia a Dana, y comenzó a correr hacia esa dirección para poder calmar a la turba.

—¿Qué pasa?— preguntó Dana confundida. Calima la ignoró y sé concentró en la mina más adelante. Donny estaba escribiendo en su libreta con rapidez, pero los trabajadores hablaban demasiado rápido a los gritos.

—¡¿Por qué no podemos pasar?! —gritó uno.

—Ya se los dijimos, no es seguro, las vigas de… —Comenzó a decir el hombre de la nariz achatada, el cual fue interrumpido inmediatamente.

—¿Qué quieres decir con que no es seguro? —reclamo un trabajador —¡Nunca hemos robado nada!.

—¡Tenemos que seguir trabajando! —grito otro —¡Hay una cuota que debemos cumplir y tenemos familias que alimentar!.

Calima se concentró en aplacar la ira desde la distancia, era complicado concentrarse en una zona en específico cuando te encontrabas lejos. Con lo que intento aumentar el paso.

—La mina está inestable —dijo por fin el hombre que se encontraba con Donny —Puede ocurrir un derrumbe en cualquier momento.

Los mineros parecieron confundidos, observando tanto a Donny como al extraño con extrañeza.

—¿Entonces nos pagarán hasta que se arregle?

—No —contestó el de la nariz inmediatamente— Se les paga por mineral extraído, no por horas

Donny pareció sobresaltarse, y comenzó a escribir con más rapidez. Lamentablemente, no fue lo suficientemente rápido, ya que varios mineros comenzaron a dirigirse hacia la cueva de igual manera.

Por fortuna Calima llegó a tiempo y aplaco la impaciencia del grupo, lo que le dio tiempo a Donny para meterse entre medio de ellos y la entrada. Este escribió solo dos palabras, *Si paga*. Los hombres a su alrededor miraron con confusión la pizarra y se giraron hacia el otro hombre.

—Dice que si les pagaran —dijo este finalmente.

La confusión no parecía haber cesado, tenía sentido que se sintieran de esa manera, ¿Qué autoridad tenían ninguno de ellos para prohibirles la entrada? Donny estaba cumpliendo el papel de capataz skaa, con lo que no podía desafiar a sus amos, y era poco probable que cualquier noble se preocupase por el bienestar de sus skaa, lo cual probablemente fue lo que había llevado a esta discusión.

Los mineros parecieron mirarse entre sí, seguían dudando de si creer en las

palabras de su nuevo jefe. ¿Que les paguen por no trabajar? Era más probable que los estuvieran estafando, con lo que Calima remato aplacando la duda y encendiendo muy levemente la confianza, logrando que aquellos hombres se dispersasen a hacer otra cosa.

Dana llegó corriendo no mucho más tarde, y caminó hasta ella, además de Donny, quien se acercó junto a lo que parecía su segundo al mando.

—¿Qué pasó? —preguntó Dana.

Donny comenzó a escribir rápidamente en su pizarra.

—Insubordinación —dijo el hombre de la nariz achatada.

—¿Y tú quién eres? —preguntó ella.

—Yo manejaba a este grupo antes de vuestro amo comprase la mina —respondió el hombre con autoridad.

—¿Qué pasó con Diven? —preguntó Dana nuevamente.

Donny se veía frustrado, apenas había escrito el primer mensaje, el cual decía *Están preocupados.* Con lo que Calima le echo una mano encendiendo la paciencia de los otros dos, los cuales se quedaron callados observando como él escribía el próximo mensaje.

Diven tuvo un accidente.

—¿Qué le pasó?.

—Se lastimó la pierna por culpa de uno de esos vagos —dijo el hombre.

Calima vio como Donny volvió a enojarse con el comentario, con lo que ella comenzó a encender lentamente la incomodidad del capataz.

Un trabajador tuvo un problema.

—Maldición, supongo que tendremos que informar sobre esto—dijo Dana.

Calima había guiado las emociones lo suficiente como para que se retirase sin decir palabra.

Hay que informar. Mostró Donny, escrito en su libreta.

—Eso es lo que dije. ¿Puedes quedarte solo con aquel hombre entonces?.

No. Escribió rápidamente. Lo más probable era que porque no podían revelarle mucho, esto causando que no entendiera las órdenes de forma correcta, creando estos malentendidos.

Quédate. Escribió.

—Solo vine a dejar un mensaje —respondió Dana —Además, tengo que volver para avisar sobre esto.

Calima encendió la atención de a ambos mientras levantaba la mano, los cuales se giraron a verla.

—Oh, cierto —concluyó Dana —puedes quedarte para ayudarle.

Donny objeto con su voz y escribió.

Ella tampoco habla.

—Pero su alomancia emocional debería de ser más que suficiente.

Tiene acero. Escribió con rapidez.

Dana pensó con cuidado eso último, y se giró hacia Calima.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Dana. Donny también se volvió a observarla.

¿Qué opinaba?. Ella era mucho mejor con alomancia emocional que con su acero, y aquí había un grupo el cual parecía ser bastante agresivo, pero tampoco podía hablar. Por el otro lado, era cierto que podía seguir el camino de clavos sin mucha dificultad, pero seguía orientándose bastante mal, y podría perderse en el camino.

Finalmente, tomó su monedero, y señaló hacia el camino. Sería mucho más útil si se quedara, sabía que podría incluso encender y aplacar a aquel hombre de la nariz achatada para que dijera las palabras adecuadas. Pero también era conveniente practicar un viaje en solitario, además, debía demostrar que no era sólo útil con su alomancia emocional. Ese era el punto de haber acompañado a Dana hasta aquí después de todo.

Donny asintió y comenzó a dirigirse a la pequeña cabaña que tenían cerca, la cual probablemente era la oficina.

—Supongo que tendré que tragarme esta —se lamentó Dana —Solo te dire que no soy muy fanática de quedarme hablando con hombres mugrientos y sudorosos.

—Ten cuidado, ¿Está bien? —dijo Dana.

Calima encendió afirmación y camino hasta los clavos, le habían entregado una carta que tenía escrito todo lo sucedido. Al parecer, a Diven le había aplastado la pierna una piedra cuando intentó rescatar a unos trabajadores luego de un pequeño derrumbe, con lo que la llevaron a un pueblo cercano para que la tratasen.

No había visto a Diven desde hacía un mes, ella era parte del grupo que se encargaba de todo lo que estuviera demasiado lejos como para supervisar de forma diaria, Donny lo acompaño solo para hacerle de guardia los primeros días mientras conocía a sus trabajadores.

Una vez en el camino de clavos, Calima comenzó a empujar, procuro tener la bufanda bien puesta. Serán varias horas de viaje hasta la mansión, y eso contando de que no se perdiera en el camino.

Normalmente odiaría estar sola, los pensamientos negativos eran más vigentes en esos momentos, pero no sucedía cuando tiraba o empujaba. Antes creía que se debía la concentración que se necesitaba para no caerse por accidente, pero ahora que podía hacerlo de forma más natural, se daba cuenta de que la verdadera razón era que sentía paz en la sola acción de poner en uso su alomancia.

El camino parecía extenderse una eternidad. Cuando había preguntado, Andés le había dicho que la mayoría de los caminos de clavos son hechos casi de manera colaborativa, no por un grupo específico o ninguna de las ciudades, sino por los mismos lanza monedas que, siempre que pueden, llevan clavos a los caminos carentes de metal y los dejan ahí, quedando para el futuro.

Se quedó divagando un buen rato, realmente el mundo se había complicado mucho estos últimos cuatro meses. No era que antes pensase que todo fuera simple, o que no hubiera dificultades. Su padre…. Su padre seguía quejándose al volver del trabajo de vez en cuando, pero no llegaba a comprender la magnitud de ramificaciones que tenía el solo hecho de haber tenido un mal día. A Calima le habría encantado preguntarle al respecto.

El sentimiento que había dejado aquel pensamiento fue bastante doloroso, pero en el fondo sabía que era mejor a fingir que nunca había tenido un pasado. Las lágrimas casi comenzaban a salir, con lo que Calima se secó los ojos e intentó concentrarse nuevamente en el camino que tenía delante.

A este ritmo le tomaría el mismo tiempo con el cual se había tardado en llegar, teniendo en cuenta que habían salido de madrugada, y ya era mediodía…

Decidió enfocarse, debía haber algo que pudiera hacer. Quizá si empujara de forma un poco más horizontal… Manette y Andés le explicaron que los lanza monedas no se arriesgaban tanto, ya que podía ser peligroso estrellarse con tanta fuerza contra el piso. Pero ella no era solo lanza monedas.

Antes de probar la maniobra, intentó dejar de empujar y aterrizar hacia el suelo con más rapidez de la usual. Como esperaba, gracias al peltre no sintió ningún impacto significativo. Con lo que volvió a elevarse y repetir lo mismo, solo que esta vez cayendo un poco más rápido, nuevamente, nada.

Ahora si… a intentarlo de verdad.

Calima volvió a elevarse, pero esta vez procuro empujarse menos hacia arriba, y más hacia adelante. Recogió una gran distancia hasta perder su visión de acero del anclaje, cuando comenzó a caer, en lugar de empujar el próximo, pegó una patada al suelo y… Funcionó, mantuvo su equilibrio con el pequeño salto y el peltre la protege del daño.

Volvió a repetir lo mismo, solo que sin aterrizar adrede, ahora estaba

avanzando cuatro veces más rápido que antes, apenas se despegaba del suelo y cuando parecía que se estrellaría, pegaba una patada que la volvía a levantar.

Este movimiento pidió su total atención, debía tener cuidado de no desviarse, además de cuidar que no se le acabase el peltre. Era tanta la velocidad que se sentía un poco intimidada, pero asombrada. Ella de verdad lo estaba haciendo, y por su cuenta.

De alguna manera, esto fue lo que causó un cambio en su mente, sí, sabía que era más fuerte que algunos adultos, que podía moverse con rapidez y elevarse en el aire con su acero. Eran cosas que el resto de la banda podían hacer, incluso la alomancia emocional no se sentía tan efectiva cuando tenía en mente que todos sus compañeros eran estafadores.

Pero esto… esto era algo que solo podía hacer ella. Después de tantos meses, ya comenzaba a comprender de lo que podía ser capaz. Se estaba divirtiendo como nunca antes en su vida, se sentía bien al estar completando con tanta rapidez esta tarea, la cual le habría tomado horas. Saltar y empujar una y otra vez, hasta perder la noción del tiempo.

Lamentablemente, tuvo que detenerse en seco, gracias al estaño, fue capaz de ver una mancha a la distancia la cual se estaba acercando. Con rapidez, Calima aterrizó y pegó otro empujón, solo que esta vez hacia su izquierda.

No había árboles, piedras ni paredes en la cercanía, todo era llanura desbordante de ceniza, así que se acercó hasta una pequeña colina y se ocultó detrás de ella.

Encendió el cobre y espero. No sabía qué hacer si se encontraba con alguien en la vía. Esta era la primera vez que las utilizaba, ¿Quizá lo mejor era simplemente ignorarlo?, en el peor de los casos, aplacaría su curiosidad.

Al cabo de un rato se asomó, allí logró ver a dos figuras, una era un lanza monedas, que saltaba el camino igual como lo hacía Dana, y debajo de él un jinete que lo seguía.

Ella no tardó en ser avistada por el lanza monedas, que la ubicó luego de pegar un salto que fue lo suficientemente alto como para sobrepasar el desnivel de la colina, que terminó no siendo lo suficientemente grande como para ocultarla.

Pudo sentir cómo el hombre se detuvo delante del caballo de su compañero, el cual se agitó por la repentina intrusión en su camino.

—¿Qué te pasa? —preguntó el del caballo. Calima podía escucharlos gracias a su estaño.

—Acabo de ver una niña ahí detrás —ambos parecían tener un acento muy marcado, el cual le recordaba a Andés.

—¿Nos van a emboscar? —preguntó el jinete.

—No, solo estaba escondida —respondió el otro hombre.

—¿Y qué nos importa entonces?.

—Bueno, que es alomanticó.

—¿Nunca viste a una? —preguntó el del caballo con un tono sarcástico.

—Voy a hablar con ella —respondió el otro con una sonrisa.

—Como gustes, no tardes.

Calima se asustó y comenzó a quemar todos sus metales, ¿Por qué hablaban tan rápido? Tenían una voz similar, con lo que solo le quedó suponer que eran parientes. Preparó su monedero en caso de que tuviera que escapar.

Pensó en intentar rodar y volver a los clavos para huir, pero también aquel hombre dijo que solo quería hablar, con lo que se levantó aferrándose a sus monedas.

—Eh, tranquila —dijo el desconocido.

Llevaba ropas largas, y pulcras, además de tener los dientes limpios y la cara recién lavada. *Un noble*, pensó ella.

—Parece que te pegue un muy buen susto, realmente solo venía a decirte que no tienes por qué preocuparte —dijo, esbozando una sonrisa picará —La verdad, yo no tengo ni idea de como lo hacen aquí en el sur, pero lo normal al ver a otro alomántico por estos caminos es ignorarlo, a menos así se hace en Luthadel.

El hombre la observó en busca de una respuesta, Calima aplaco levemente la curiosidad y encendió una pizca de pena mientras se mostraba asustada. Lo más probable era que lo que le decía aquel hombre fuera cierto, no veía ninguna intención agresiva de su parte, pero de igual manera continuó con el acto.

Al cabo de varios segundos, el hombre pareció incomodarse y se rascó la cabeza.

—¡Eh! —grito el del caballo —¡Que se nos hace tarde!.

—Ya lo escuchaste —dijo él lanza monedas —Hasta luego.

Este dejó caer una moneda al suelo y salto hacia el camino, con lo que ambos continuaron con su trayectoria.

Calima se subió encima de la colina mientras ambos se alejaban en la distancia. ¿Quiénes eran? Según le habían dicho, no era normal que un alomanticó mostrase sus poderes.

Una realización la golpeó de inmediato, ¿Y si se dirigen hacia la mina?. Tenía que avisar a los demás a toda velocidad. Pero… en esa dirección también había dos pueblos más pequeños, además de que el camino de clavos sé bifurcaba en la ciudad vecina.

Calima decidió no esperar y lanzó una moneda, volviendo hacia el camino. Comenzó otra vez a empujar y saltar. Aunque esta vez se permitió quedarse aún más cerca del suelo, lo que le permitió ir mucho más rápido, a cambio de estar

prácticamente corriendo para evitar caerse. Esta vez podía sentir el impacto de la velocidad en todo su cuerpo, cada paso retumbaba desde sus pies hasta su cabeza, lo que le pasara factura una vez se le acabase el peltre.

Solo tardó una hora en ver el resultado, ya que comenzó a ver la ciudad de fondo acercarse lentamente.

Al acercarse lo suficiente, en lugar de pasar por encima de la muralla inmediatamente, decidió rodearla utilizando los anclajes que esta tenía. Había aprendido el truco entrenando con Andés, para evitar estrellarse cuando tiraba de un anclaje que se encontraba mucho más alto que ella. Empujaba otro en la misma dirección, lo que le proporcionaba altura y evitaba que se estampase contra la pared.

Ella pasó por el lado de la muralla, pegando saltos a la pared, hasta ver el mar. De allí podía ubicar con facilidad la mansión, y empujó directamente hacia esa dirección.

Ya era de mediodía, y a pesar de que sé encontrarse fuera de la ciudad, podía ver algunas personas rondando por las cercanías. No podía dejar que la vieran, con lo que aplaco totalmente la curiosidad y encendió la relajación y despreocupación de todo aquel con que podría haberla visto en su camino.

Una vez cerca, ya en la entrada principal, no se molestó en tocar la puerta y simplemente saltó sobre el muro. Los que estaban de guardia parecieron asustarse por su repentina llegada.

Hef fue el primero en reaccionar al estar vigilando la zona interior de la mansión, comenzando a hacia ella. Calima se quitó la capucha y bufanda y comenzó a caminar hacia la entrada.

—¡Eh!, ¿Qué demonios sucedió? —dijo, sorprendido —Creí que estarías con Dana hoy.

Calima encendió urgencia mientras señalaba a la casa.

—Manette no está por ahora, voy a llamar a Sall, tu espera en el comedor —contesto, con lo que ambos entraron a la mansión.

Cuando se separaron, Calima visitó primero su habitación a recoger su pizarra, apenas la usaba desde que se la dieron, ya que gracias a su alomancia emocional la mayoría de las veces solo la tenía de adorno. Pero esta vez supo que tendría que ser más específica.

—Vaya… —dijo Hef, que terminaba de leer la nota —realmente es el

mensaje de Donny.

—No puede ser —contestó Gabroil, que al parecer no había salido hoy —El lugar está a día y medio a caballo. Y ellas se fueron hace siete horas, ni siquiera Dana podría llegar antes del anochecer

—Tienes toda la razón —contestó Sall —Pero aquí está el mensaje.

Calima escribió rápidamente en su pizarra con una sonrisa.

Fui rápida.

Los demás en la sala la observaron aturdidos, y razón no les faltaba. Hasta hoy mismo no era ni capaz de alcanzar a Dana o Andés.

—Supongo que debía de pasar tarde o temprano —termino diciendo Hef —mandaremos a alguien a reemplazar a Diven. Buen trabajo.

Calima se alegró por el cumplido, sentía que por fin estaba haciendo de su parte, aunque seguía estando lejos de lo que un nacido de la bruma normal podría alcanzar. Había logrado pagarse unos libros que hablaban sobre ellos después de que le dieran el alta, y entender lo lejos que estaba de aprovechar al máximo su poder era frustrante.

—Tienes el día libre —dijo Gabroil, que comenzó a levantarse de su asiento. Los demás parecieron seguirle, con lo que Calima los detuvo con un empujón a las emociones.

—¿Hm? ¿Qué pasa? —preguntó Hef.

Vi a alguien, escribió ella, con el mensaje ya preparado. Se ayudó encendiendo un poco de preocupación.

—¿A alguien? Elabora —eijo Gabroil —te esperamos a que termines de escribir.

Calima hizo caso y comenzó a escribir todo el mensaje con cuidado. Su letra seguía siendo bastante pobre, pero ahora que leía más seguido, escribir no se le hacía tan complicado como antes.

Ella mostró el mensaje una vez se había quedado sin espacio para escribir. *De camino me encontré a dos hombres que se dirigían hacia la misma dirección de la mina.*

—¿Dos hombres?, ¿Viste como eran? —preguntó Sall.

Calima intentó escribir más rápido, encendiendo paciencia.

Ya estaba cerca de la ciudad, solo vi a uno, un lanza monedas, parecía noble.

—¿Parecía noble? —preguntó Gabroil— ¿Y eso cómo lo sabes?.

—Muchas cosas pueden delatarte —aclaró Hef —la forma de hablar, la ropa, el rostro…

—Entonces dime, ¿Qué tengo yo? —preguntó Gabroil, desafiante.

—La actitud.

—Ya, como si ningún skaa hubiera nunca insultado en su vida.

—No es los insultos, sino la prepotencia.

—Gune era prepotente —contestó Gabroil.

—Pero no de la misma forma.

—¿Qué mierda quieres decir con eso? —preguntó, ofendido.

Calima encendió nuevamente a todos en la sala mientras terminaba de escribir su nuevo mensaje.

—Eh, yo no dije nada —reprochó Sall.

Ella mostró nuevamente su libreta. *Era rubio, tenía dientes limpios y ropas largas, en lo demás estaba cubierto*.

—Tampoco es una gran descripción —dijo Sall —En cualquier caso, gracias por avisarnos, se nota que te apresuraste para llegar lo antes posible. Pero probablemente se estaban dirigiendo hacia alguno de los pueblos, o la mina de aluminio.

—No lo sé… —contestó Hef —Ella tiene una buena intuición, dime, ¿Parecían peligrosos? —pregunto a Calima.

¿Lo eran? Él lanza monedas se detuvo para darle un consejo, pero el otro… Ella negó mientras encendía negación.

—Ya veo… de igual manera, mandaré a alguien a comunicárselo a Manette por si las dudas.

—Iré yo —dijo Gabroil —Termine de hacer el papeleo e iba a ir a visitarla de todas formas.

—Bueno, ¿Algo más? —preguntó Sall.

Calima encendió negación..

—Como dijo Gabroil, aprovecha tu día libre —dijo Sall, levantándose de su asiento —hasta luego.

Sall le dedicó una pequeña sonrisa a Calima y salió de la habitación.

—Yo tengo que seguir con mis rondas —dijo Hef, quien lo acompañó, Gabroil no dijo nada al marcharse.

Calima quedó sola en, ¿Qué podía hacer? Siempre tenía tiempo libre, pero era la primera vez que lo conseguía debido a terminar una tarea antes de tiempo.

Decidió salir al patio a entrenar, todavía le faltaba mucho antes de ser hábil con la espada, y la diligencia era importante.

Capítulo 19

Todo iba según lo planeado.

Manette estaba finalizando el contrato de la mina que tenía con Profoste, el cual se le veía satisfecho al otro lado del escritorio.

—Atestiguo esta transacción, ahora válida a los ojos de dios —dijo el obligador, era uno distinto al de la última vez, aquel fue enviado hacia Luthadel no mucho después del incidente.

—Fue un placer hacer este negocio, señora Doulin —dijo Profoste, complacido.

—Igualmente, señor Profoste —contesto Manette, agachando la cabeza de manera cortés antes de marcharse.

Lamentablemente, le habían estafado, y no podía hacer nada al respecto. De alguna manera, Profoste había descubierto que necesitaban esa mina con la mayor rapidez posible, con lo que utilizó ese hecho para inflar el precio de forma desorbitada.

El golpe era muy duro, más considerando que no esperaba sacar demasiada ganancia de la mina en un tiempo próximo. Pero había conseguido algo mucho más valioso, algo que ningún skaa podía conseguir, no importase la cantidad de dinero que tuviera.

Ahora su nombre estaba en los registros, ya era noble, junto a algunos de sus miembros que logró introducir al contrato sin que llamasen la atención.

Cierto, ya había hecho compras importantes anteriormente, los papeles de la fábrica también eran válidos para usar como identificación. Pero seguían atados a esta ciudad.

En cambio, la mina de aluminio… Se podría resumir que el contrato sería copiado y enviado a la misma Luthadel para ser archivado. Con esto por fin la balanza se había invertido, era más fácil probar que su linaje era noble que de Skaa.

Por primera vez en mucho tiempo sentía que apenas podía mantener la compostura, tantos años de esfuerzo, y finalmente fue capaz de estafar al ministerio algo más que solo dinero.

Manette se obligó a calmarse. Ahora podía viajar a cualquier lugar con sus papeles sin ser perseguida, pero todavía quedaba el resto de la banda, además de atar los cabos sueltos. Solo hacía falta una búsqueda meticulosa por parte del cantón de la ortodoxia para que todos fueran enviados a ejecutar, además, para conseguir este puesto, se tuvo que meter en la mira de una de las casas más importantes del dominio central.

No podía simplemente vender la mina a los Lekal, sus obligadores solían ser minuciosos, y se arriesgaba a que encontrasen algo al revisar los registros. Desde el exterior, la casa Doulin era totalmente funcional, pero sí alguien se hacía con los papeles que tenían… Todavía necesitaba falsificarlos de forma que los hicieran irreconocibles de uno legítimo.

Abajo, Dan y Fren estaban esperándola dentro del carruaje. Una vez dentro, sus compañeros la observaron detenidamente, expectantes. El carruaje comenzó a avanzar, de vuelta a la casa, la cual no se encontraba muy lejos de allí.

—¿Y? —preguntó Fren finalmente.

—Felicidades a ambos —contestó Manette.

Los dos parecieron esbozar una sonrisa, llevaban años preparando el terreno hasta este momento. Al principio Dan no quería ser noble, la idea le desagradaba un poco, pero al ser ojo de estaño, debía de ser legal para él ser un brumoso si no quería que eso amenazase tanto a él y como a sus hijas.

—Ahora faltan los demás— dijo Dan.

—Recuerda que no podremos hacerlo con todos —respondió Fren —Será un proceso lento.

—Pero mucho más fácil —replicó —Ahora podemos incluso contratar a nuestro propio obligador, alguno que podamos mandar a hacer recados todo el tiempo.

—Es cierto que algunas cosas se nos resultaran más fáciles —contestó Manette —Pero recuerda que oficialmente somos una casa activa, tendremos que enviar a alguien a las fiestas mensuales, además de preparar las nuestras propias. Incluso se espera que organicemos una, ahora que el nombre Doulin se encuentra estable otra vez

Ambos se quedaron callados, el paso que acababan de dar era motivo de celebración, pero los problemas estaban lejos de cesar. Debían esperar sabotajes directos, además de intentos de asesinato más descarados. Ya no podían posponer lo inevitable, era hora de contratar ayuda externa. Por mucho que Manette confiase en la habilidad de Dan y los demás, seguían teniendo menos de diez guardias en total.

—Ya es hora de que todo el mundo comience a cumplir su papel —dijo Manette.

Dan y Fren se quedaron callados, casi como si los hubieran tomado por sorpresa.

—Todavía faltan algunas semanas —dijo Dan—No veo razón para que todos cambien su actitud tan repentinamente

—¿Por qué el cambio de opinión? —preguntó Fren.

—La forma en la que Profoste sabía que necesitábamos esa mina… sé que no

nos descubrieron, porque de ser así estaríamos muertos, pero es probable que comiencen a mantener sus ojos puestos en nosotros.

—¡Es demasiado pronto! —exclamó Dan —Sall ya sabe comportarse como es debido, pero Hef… además que a algunos todavía les falta aprender los modales de sirviente de forma correcta.

—Lo siento Dan, pero ella tiene razón —replicó Fren —Ya realizamos la mayoría de los tratos imposibles, con lo que ahora estaré disponible para levantar la moral en la mansión.

—No —respondió Manette —No deberíamos depender totalmente de tu alomancia, tenemos que aprender a comportarnos como es debido.

—Maldición… —Dan seguía un poco aturdido, podía suponer que sus hijas todavía no habían aprendido los modales correctos, era complejo, las pocas veces que Manette las había visto, ellas demostraron ser demasiado escandalosas.

—Es hora de que las traigas a la mansión —comentó Manette.

—No están listas —dijo Dan, apenado.

—Tardarán más si las alejas del ambiente que intentas enseñarles.

Dan parecía dolido por la realización. Probablemente, él no creía que llegarían tan lejos. Manette no podía culparlo por eso.

—… Lo haré cuando ya estemos establecidos —dijo finalmente.

—Está bien preocuparse —dijo Fren —Todavía no nos está observando nadie, así que será un ambiente seguro.

—¿Y si llega otro mercenario? —pregunto Dan —Todavía no puedo creer que se nos hayan metido esos dos.

—Ya llamé a mano de obra para que mejoraran el muro —contesto Manette —En una semana podrán pararse sobre él con más comodidad, incluso contrataré a varios guardias de la ciudad y les ordenaré no entrar en la mansión, no hasta que todos puedan actuar su parte a la perfección.

Dan la observó por unos momentos, y asintió. Seguía claramente preocupado, pero en el fondo sabía que era más seguro que dejarlas solas todos los días y encontrarse lejos en caso de que algo les llegase a pasar. Ahora que pasaban a la acción, ya no podían buscar a más gente, dándole tiempo para quedarse su casa junto a ellas para comenzar a practicar.

El no haber encontrado a ningún ahumador de confianza los había obligado a atrasar los planes varios meses. Era importante que si llegasen a encontrar algún brumoso en su grupo, debía de estar registrado como noble, y un ahumador habría ayudado a ocultar tanto a Dan como a los demás. Aunque ya no valía la pena lamentarse por eso a estas alturas.

El carruaje se detuvo. Seguían todavía en la ciudad, tenían más asuntos con

los que lidiar el día de hoy. Los tres bajaron a la calle y caminaron hasta la sucursal de la casa. Estaban en la zona más adinerada, frente a un edificio que servía para administrar problemas más delicados y hacer de una fachada más limpia hasta que todo en la mansión sé encontrarse en orden.

Era un lugar bastante apretado, pero no como un recinto skaa. Seguía teniendo el suficiente espacio para poder llamarse «Lujo», pero seguía priorizando la formalidad ante la belleza.

Una vez dentro, los recibió Alfure, un sirviente terrisano que habían contratado hace no mucho. Este estaba a punto de ser ejecutado dado a algunos rumores de insubordinación, pero Manette logró comprarlo a tiempo antes de que sucediese.

—Buenas tardes, señorita Manette —dijo el sirviente, con un tono complaciente —Parece que vuestro marido no les acompaña.

—Buenas tardes Alfure. Lamentablemente, Gabroil se ha tenido que quedar atendiendo unos papeles en la mansión principal.

—Ya veo, ¿hay algo en lo que pueda asistirle?.

—No, con mantener este sitio impecable ya cumples con tu labor

El hombre reverenció a Manette y se quedó en su sitio a la espera de órdenes. Lamentablemente no era a alguien en que pudiera confiar, los sirvientes terrisanos solían ser extremadamente fieles y diligentes, revelar algún secreto de su amo o siquiera atentar contra sus intereses significaba una rápida ejecución por parte del ministerio, independientemente que esté o no fundada en ninguna moralidad. Pero Manette no solo no conocía muy bien el pasado del sirviente, sino que además no vería extraño que el mismo ministerio hiciera una excepción con su castigo en este caso en particular.

—Alfure, dime —dijo Manette, mientras le entregaba su abrigo —¿ha llegado alguna carta de procedencia dudosa?.

—¿De procedencia dudosa? —pregunto Alfure, confundido, mientras colgaba el abrigo.

—Si preguntas es porque la respuesta es no —dedujo Manette.

—Lo lamento, mi señora —dijo el sirviente, apenado.

—No tienes porqué disculparte, tú no la tenías que entregar después de todo. ¿Podrirás ser tan amable de prepararnos té?.

—Inmediatamente —dijo, retirándose hacia la cocina, no sin antes hacer otra reverencia.

Los tres subieron al segundo piso, allí solo había una oficina, además de Pit y otro sirviente skaa de alta calidad. Pit había insistido en mantenerse como skaa, le fascina la cocina, e igual que Manette, opinaba que era inteligente que algunos

miembros se quedaran en esa posición, al fin y al cabo había lugares u acciones que los nobles no podían permitirse ser vistos estando o haciendo. Aprendía rápidamente de Alfure y Gel, el sirviente que contrataron. Había tareas que ni siquiera Gabroil sabía que debían hacerse dado a su estatus como noble.

Una vez dentro de la oficina, los tres tomaron asiento en las sillas que se encontraban desperdigadas en la habitación. Era un sitio oscuro, a falta de ventanas, estaba solo iluminado por dos faroles que se encontraban en paredes opuestas.

—Maldición —suspiro Dan mientras se sentaba —esto de tener un esclavo me sabe fatal.

—Sería raro si no tuviéramos a ninguno —contestó Hef —A diferencia de su señor anterior, lo tratamos con respeto, y él lo sabe.

—Sigue siendo esclavitud Fren —replico Dan —¿No crees que es hipócrita que compremos personas mientras intentamos dejar de ser propiedad?.

—Quizá… pero realmente no es algo que podamos discutir —dijo, rascándose la cabeza —es necesario para nuestro plan. Es preferible a que estén con nosotros que con cualquier otro noble despiadado.

Mientras Dan y Fren discutían, Manette tomó el libro de finanzas. Por mucho que haya válido la pena, el golpe de hoy había sido demasiado duro. ¿Cómo fue que Profoste se había enterado? No le llegaba nada a la mente de forma inmediata.

No todo eran malas noticias, ya que como había esperado, las ganancias de la fábrica se dispararon una vez habían conseguido equipamiento nuevo y horas más permisivas, y la ayuda de Fren que se pasaba de vez en cuando a subir la moral había aumentado la producción de forma desorbitada. Quizá podría contratar a algún encendedor o aplacador clandestino para que se mantuviera cerca, pero no era de urgencia.

Ella cerró el libro de finanzas, por ahora no había nada que pudiera hacer respecto al dinero. Por otro lado, al parecer desde hacía unos días había comenzado a llegar correspondencia. Llovían ofertas de transporte de productos, además de invitaciones a cenas. Era una lástima saber que debía de leerlas todas, aun sabiendo que la mitad probablemente llegaban con la intención de hundirlos ahora que se convirtieron en una amenaza.

No había nada inusual, algunas familias nobles más humildes que se encontraban fuera del conflicto económico ya habían comenzado a enviar cartas con propuestas matrimoniales a Robby. Lo habían encasillado como uno de los hermanos menores de Gabroil que sobrevivió al atentado, con lo que era normal que a medida que obtuvieran más poder, su mano comenzase a ser cada vez más solicitada.

Una carta captó la atención de Manette, estaba envuelta en un sobre de mayor

calidad, además de tener marcado detrás que provenía desde la misma Luthadel. Al observar el nombre del remitente, Manette casi salta de su asiento.

Arnelf Buvidas.

—¡Eh!, ¿Qué paso? —pregunto Dan, que ya dejó de discutir con Fren al ver a Manette sobresaltada.

Ella no respondió, abriendo la carta de inmediato. Dan y Fren se movieron detrás de ella para ver lo que sucedía.

Estimados señor y señora Doulin, hemos visto su repentino resurgir este último año, con lo que hemos decidido entablar negociaciones con vuestra casa, esperen nuestra llegada en aproximadamente cinco meses.

Fue breve, no especificaba intenciones, no tenía ofertas ni justificaciones, solo un aviso de su inminente llegada. Manette observó con un poco de esperanza a Dan, no hizo falta que preguntase antes de recibir una respuesta.

—Es real —dijo con voz seca —No conozco la firma, pero puedo asegurarte que esta carta viene de Luthadel, está en el tono amarillento que obtiene al cruzar el mar.

—Mierda… —dijo Fren en voz baja —¿Qué significa esto?.

—Que tendremos otra cosa de la cual ocuparnos —respondió Manette, dejando la carta en el escritorio.

—¿No podemos negarnos? —pregunto Dan, nervioso —¿Rechazar la oferta de forma directa?

—No —respondió Manette de forma tajante —No podemos rechazar a una gran casa sin levantar sospechas.

Los tres se quedaron en silencio. Probablemente estaban releyendo la carta como ella, en busca de alguna explicación que aparecería mágicamente en la segunda lectura.

—¿Es realmente tan malo? —pregunto Dan.

¿Lo era? ¿Por qué tomaron interés en una casa recién levantada de las ruinas, sin nada que ofrecer y demasiado lejos de su ciudad?

—Probablemente, lo es —concluyó Manette —Negarnos los pondrá en nuestra contra, y ya tenemos suficiente con una casa de la dominación central buscando nuestro cuello.

—¿Qué haremos? —preguntó Fren.

—Debo pensarlo… pero no es del todo malo, para los Lekal será más difícil reclamar esta zona si otra gran casa ya la tiene ocupada. Puede que esa sea la razón, nos convertimos en un peón en conflicto mayor entre casas

—Quizá con un poco de suerte consigamos su favor para…

Fren fue interrumpido por el sonido de la puerta siendo golpeada.

—Pase —dijo Manette.

La puerta se abrió, revelando a Alfure llevando una bandeja con varias tazas de té. Este se acercó hacia el escritorio, dejando la bandeja y tomando con un pequeño plato por debajo.

—Maese Garon —dijo, entregando la taza a Fren, este la aceptó con una pequeña reverencia de agradecimiento.

—Yo tomaré la mía propia, muchas gracias —dijo Dan.

—Como guste maese Dernau —a dan pareció darle escalofríos al escuchar el nombre.

Alfure camino hasta el escritorio nuevamente y le entregó a Manette su taza, la cual vino acompañada de una hoja de papel.

—Acaba de llegar, mi señora —dijo, mientras la ubicaba en el escritorio.

—Muchas gracias Alfure —contesto Manette tomando la carta —Ya puedes retirarte.

Alfure volvió a hacer una reverencia y comenzó a dirigirse fuera de la habitación. Manette observó la hoja de papel con cuidado, y no pudo evitar notar algo raro.

—Alfure —dijo, justo antes de que este saliera por la puerta.

—¿Si mi señora?

—Puedo ver que la punta superior izquierda está mojada, ¿Alguna idea de por qué?.

—Quizá quien la haya entregado no fue lo suficientemente cuidadoso —contestó Alfure, llegando a esa conclusión.

—¿Te deshiciste de este papel porque pensaste que era basura verdad? —dedujo Manette.

Alfure se quedó totalmente tieso, parecía que Manette había dado en el blanco. Era casi imposible que a quien había encargado se retrasara.

—Yo…

—No te disculpes —comenzó a decir Manette —el error fue mío por no avisarte. Por favor, no comiences a guardar basura por esto, te avisaré con tiempo la próxima vez.

Nunca había visto a Alfure tan sorprendido, probablemente estaba acostumbrado a ser golpeado por un error como este.

—Muchas gracias, mi señora —contestó Alfure, nervioso —Estaré fuera si me necesitan —volvió a reverenciar a Manette, de forma casi exagerada, para terminar de salir de la habitación.

—Dernau… No me acostumbraré nunca —comento Dan.

—Yo pensaba que Garon solo era un nombre temporal —contesto Fren —¿Por

qué demonios tú puedes mantener tu nombre? —pregunto a Manette.

—Mi padre escogió este nombre a sabiendas de que es de la nobleza, además, no me queda ningún lazo con mi sangre skaa.

Finalmente, ella tomó el mensaje y lo leyó, estaba encriptado en lenguaje callejero, el cual consistía en agregar y cambiar ciertas letras específicas, convirtiendo la carta en un papel garabateado para el ojo inexperto.

Manette se alegró al descifrar las buenas noticias.

Dersen ha aceptado el trabajo, su banda atacará el próximo mes. Después de terminar de leer, ella se acercó hasta uno de los faroles, quemando el mensaje, eliminando cualquier rastro de su existencia.

Capítulo 20

Andés notaba la concentración de Calima en sus ojos.

Ambos estaban encima de la fortaleza Moigner, la primera a la que la había llevado hacía tantos meses. Como práctica, esta vez ella guiaría la incursión, y Andés la seguiría.

Calima quería probar realmente su valía, con lo que Andés le juro que esta vez nadie había sido sobornado.

Ahora que se encontraba en una mejor posición económica, Felinans Moigner había cambiado por completo su guardia. Parte de la tarea de hoy era averiguar cómo había logrado amasar aquella pequeña fortuna.

Calima caminaba con mucha más confianza que antes, al parecer el viaje que había tenido con Dana ayer la ayudó a levantar un poco su autoestima.

Andés repentinamente sintió a Calima encendiendo sus emociones, ira y sorpresa, *Noreste* concluyó. Al prestar atención con su hierro fue capaz de vislumbrar a dos guardias en aquella dirección, junto a otra silueta adicional, la cual podía entrever con tenues líneas azules a pesar de que esta no llevará metal encima.

Era extraño, de vez en cuando con su alomancia era capaz de ver pequeñas zonas azules en lugares donde no había metal. Además, había comenzado a atraer a todos los metales que sentía de forma involuntaria, ahora debía hacer un esfuerzo consciente para mantenerlos alejados y no llamar la atención.

Aquella claridad le permitía ver como Calima estaba manejando considerablemente bien la situación, aun cuando ella seguía sintiéndose incómoda por tener que robar. A Andés le extrañaba como, aun a sabiendas de que estas personas la matarían sin dudar por un momento, Calima seguía teniéndoles compasión.

Sus padres debieron haberle enseñado valores fuertes para mantener esa actitud después de tanto tiempo, pensó Andés.

—¿Cómo sigue el entrenamiento con el bastón? —preguntó, susurrando. Era improbable que un ojo de estaño sé encontrarse cerca, los alománticos solían tener restos de metal en los labios, los cuales él habría sido capaz de detectar.

Ella encendió seguridad con una pesca de satisfacción, pero también un poco de duda.

—Bien… ¿Pero? —dedujo Andés.

No sintió ningún tirón y empujón a sus emociones por unos segundos, probablemente estaba buscando una respuesta. La cual llegó como frustración acompañada de una sensación de fuerza y fortaleza.

Estoy aprendiendo, pero sin peltre no puedo hacer nada, razono Andés, tenía sentido. Ella todavía era demasiado joven para que su cuerpo sé adaptarse para el combate, y por preocupante que pareciera su dependencia a los metales, realmente esa obsesión la había llevado a tener un mejor control sobre ellos en una muy corta cantidad de tiempo.

Finalmente, ambos llegaron hasta la habitación de Felinans. No habían encontrado lo que buscaban en su oficina, con lo que este era el único lugar faltante por revisar.

Lamentablemente, gracias a las siluetas que proporcionaba su hierro, Andés pudo notar que la cama estaba ocupada por dos personas. Habían acordado no decirle nada a Calima, pero aun así le preocupaba que la situación se saliera de su control.

Como habían practicado, ella se acercó a la bolsa de Andés y tomó la pequeña botella con aceite. Con ella lubricó las bisagras de la puerta y la abrió sin pensarlo ni un segundo.

¿Acaso no escuchó las respiraciones? Se preguntó Andés, mientras la seguía hasta la habitación. Pudo observar a Felinans y su esposa durmiendo en la cama, Calima solo los miro de forma casual y comenzó a buscar entre sus cosas.

Al parecer sí los había escuchado… Andés no pudo evitar preocuparse. En su momento, cuando había investigado sobre Felinans, descubrió que su esposa tenía el sueño extremadamente ligero.

Con cuidado, comenzaron a buscar entre las cosas de Felinans, Ambos abrieron lentamente los cajones, comprobaron el armario y buscaron entre la ropa, Calima incluso se atrevió a verificar debajo de la cama, tocando el colchón, pero no encontró nada.

No podían hacer mucho al respecto, ambos comenzaron a asegurarse de que todo estuviera en su lugar, Calima ya había aprendido a como revisar y guardar sin dejar rastro.

Antes de irse, Andés fue capaz de notar algo extraño. Él prestaba atención a todas las líneas azules de los guardias rondando por la fortaleza, intentando mantener en mente las ubicaciones de todos en el interior. Pero repentinamente, por unos instantes, una de ellas casi había desaparecido.

Era la primera vez que eso le sucedía, y fue ahí donde lo noto. Al prestar más atención a esa dirección, fue capaz de ver que las líneas azules y trozos metálicos escaseaban, aún a sabiendas de que antes de entrar en la habitación era capaz de ver esa zona con claridad.

Comenzó a caminar hacia la pared, mientras notaba que la interferencia se

hacía cada vez mayor, cubriendo mucho más de su perspectiva. Al llegar, fue capaz de discernir una forma cúbica detrás de la madera, tiro de los clavos, los cuales se desprendieron sin ninguna resistencia.

Calima se acercó y lo observó desde atrás.

—Ahora que estoy cerca, puedo verlo —susurro Andés —Estas marcas en la madera muestran que suele ser constantemente removida de la pared.

Se acercó y extrajo el tablón de la pared, este pegó un fuerte rechinido que lo tomo totalmente por sorpresa.

Andés se giró rápidamente hacia Felinans y su mujer, la cual pareció despertarse por el repentino sonido. Antes de salir corriendo, fue golpeado por una fuerte calma por parte de Calima, la cual lo detuvo de huir. La señora Moigner levantó brevemente la cabeza, y la volvió a apoyar al otro lado de la almohada. Por fortuna, Calima se había encargado de la situación.

Después de aliviarse, Andés apoyo silenciosamente el tablón en el suelo, y con mucho cuidado extrajo el siguiente. Detrás fue capaz de ver una caja fuerte metálica, la cual estaba forrada por una lámina de aluminio. Sabía que no podía tirar ni empujar de aquel metal, pero no sabía que este interfería con la alomancia de forma directa.

No le quedó más opción que acercarse y abrirlo a la antigua, tomo su ganzúa y comenzó a forzar la cerradura de la caja fuerte. No parecía querer ceder, el modelo era único, y llevaba un sistema bastante intrincado.

—Esto me llevará varios minutos —susurro —Avísame si se despiertan o alguien intenta entrar por la puerta, por favor.

Calima asintió y se concentró en cubrir su espalda. Era probable que la llave estuviera en la habitación, pero no la habían encontrado en su búsqueda inicial. Lo más seguro era que se encontraba en el cuerpo del mismo Felinans.

No podía evitar sentir que algo estaba mal, él se había comenzado a sentir tranquilo con respecto a esta situación, puede que el hecho de estar acompañado le ayudara a mantenerse calmado…

—No me aplaques —susurro, con los ojos todavía centrados en la cerradura —enciende la tensión, me ayuda a concentrarme.

Como había sospechado, la calma cesó, y la tensión había vuelto por completo. Le ayudaba a tener en mente todo lo que podía salir mal, quizá la cerradura tenía un sistema de bloqueo adicional en caso de que fuera a intentar abrirse sin la llave, o puede que Moigner hubiera encargado a un sirviente para que dejara algo en su habitación a esta hora, todo eso era improbable, pero posible. Encarar un percance con antelación era la llave para la victoria en la mayoría de los casos después de todo.

La cerradura cedió. Andés logró desbloquear la puerta de la caja fuerte, la cual abrió con extremo cuidado. Dentro fue capaz de ver unos papeles, además de una pequeña bolsa a su lado, varias líneas azules saliendo de ella. *Atium*.

Al tomar la pequeña bolsa y abrirla pudo ver dentro a todas las pequeñas perlas plateadas. Era una fortuna, con esto podía comprar Lord Legislador sabe cuántos barcos, una flota entera inclusive. Lo cual no tenía sentido, hace cuatro meses, en su primera visita con Calima, la casa estaba casi totalmente empobrecida.

Andés no pudo evitar sentir curiosidad por lo que estaba ocurriendo con el aluminio, pudo ver las líneas azules provenientes de la bolsa de atium, pero no todo lo que se encontraba detrás. Acercó su cabeza hasta la caja fuerte, acercándose lo máximo posible, observando como las líneas azules desaparecían, y al meter su cabeza… calma.

Sintió como repentinamente la alomancia emocional de Calima dejó de surtir efecto. La tensión que ella estaba encendiendo desapareció instantáneamente al introducir su cabeza en aquel cubo.

Interesante…

Andés se obligó a concentrarse, no era momento para experimentar. Ya encontraría tiempo otro día.

Aun en contra de todos sus instintos, no le quedó otra alternativa que dejar la bolsa de atium en su lugar. Ya no podían permitirse ser descubiertos infiltrándose en las casas enemigas, quizá otro día tenga una mejor oportunidad para robar el alijo entero.

En cambio, se concentró en los papeles. Al igual como había hecho con Uben, tomó las hojas en blanco que llevaba en su bolsa y comenzó a copiar los varios documentos que se encontraban en la caja fuerte.

Y allí lo vio, la casa Lekal les había enviado el atium para ayudar a Moigner hacer frente a cualquier otra gran familia que intentase entrometerse en la ciudad. Si recordaba correctamente su tiempo en Luthadel, los Lekal y los Telkiel se encontraban en un gran conflicto económico y era probable que estos últimos comenzasen a intentar hacerse con el sitio. Tenía sentido que estos intentaran evitar que su rival obtuviera más beneficios en esta zona.

Ahora no es el momento de sacar conclusiones. Se apresuró y copio los documentos en su totalidad. Normalmente no era necesario copiar todos los datos, pero prefirió no arriesgarse con algo de esta magnitud.

Termino de anotar la información y dejo nuevamente los papeles dentro de la caja fuerte, la cual cerró procurando no generar ni un ruido.

Con delicadeza volvió a ubicar los tablones en la pared, junto a los clavos, los

cuales encajaron de forma casi perfecta. Había hecho algo de escándalo, pero confiaba en que Calima se encargaría si…

Al girarse, Andés se sobresaltó y llevó su mano a su espada. La señora Moigner estaba encorvada en su cama, observándolos a él y a Calima. Parecía tener la mirada desorientada, se mantuvo varios segundos sin apartar sus ojos de ellos. Al cabo de diez segundos sonrió, todavía sin entender realmente lo que estaba sucediendo, para terminar de reposar en su cama.

Calima se giró hacia Andés y le dedicó una pequeña sonrisa picará. Él se la devolvió y marcó con un gesto con la palma de su mano para que guiase el camino.

Fue aquí donde ella cometió un error. Al abrir la puerta, Andés podía notar como había dos guardias cruzando por ese mismo pasillo, ambos a paso silencioso y sin armadura.

Uno de ellos se giró hacia la puerta, la cual, a pesar de no haber rechinado, había provocado un sonido grave al ser abierta con rapidez.

—¿Qué fue eso? —dijo el guardia, el cual se volvió hacia el sonido.

Calima cerró con rapidez antes de que el guardia la viera, pero esa acción había causado aún más ruido, lo que terminó de alertar al centinela. Ella se apoyó sobre la puerta, observando a Andés, asustada. No tardó en encender preocupación y alerta, junto a curiosidad.

—Siempre debes tener cuidado de qué puerta abres —susurro Andés —Aun con estaño puede haber cosas que se te escaparan.

Ella encendió con más fuerza la preocupación, aun sin que lo encendiera, Andés fue capaz de notar que ella se encontraba aterrada. Lo más probable era que temía que tuvieran que matar a aquellos hombres.

—¿Y bien? ¿Qué harás? —susurro nuevamente.

Calima tomó fuerza y se acercó hasta la puerta.

—¿Señor? —preguntó uno de los guardias de fuera— ¿Necesita algo?.

Fue capaz de notar en el cambio del lenguaje corporal de ambos guardias, probablemente debido a la alomancia de Calima.

De igual manera uno de ellos se acercó al pomo de la puerta e intentó abrirla, para ser inmediatamente detenido por Calima, la cual se apoyó en la puerta para bloquearla. Esos guardias eran más competentes de lo que había imaginado, lo que significaba que no sería extraño que tuvieran a un ojo de estaño rondando.

Andés suspiró y se acercó hasta la puerta, era cierto que quería dejar que ella se hiciera cargo de sus errores, pero tampoco podía dejar que los descubrieran a ambos, más aún habiendo decidido dejar el atium.

—Qué queréis —dijo Andés en voz baja y ronca. Observó a Calima para que le siguiera el juego con su alomancia.

—Ehh… ¿Señor?.

Había fallado con el tono, rápidamente observo a Felinans que se encontraba en su cama. No había descubierto ningún registro de alcoholismo u otros abusos cuando lo investigó hacía meses, con lo que era probable que tuviera la voz limpia.

Con bastante ruido hizo sonar su garganta, como si estuviera quitándose algo, tosiendo un poco al final, solo por si acaso.

—Mi esposa está intentando dormir —dijo, sonando un poco más limpio, pero cansado —¿No saben que tiene el sueño ligero? Lárguense.

Fue capaz de ver como las siluetas de ambos guardias se observaron por un momento. Su impresión pareció ser lo suficientemente acertada, ya que no tardaron en seguir con su camino.

Calima suspiró, aliviada. Hacía tiempo, algo como esto le habría provocado un ataque de pánico. Andés incluso comenzó a creer que nunca aprendería a mantener la compostura antes las crisis, aunque seguía faltando la prueba más importante, un combate real. Ella ya había fracasado una vez contra el ojo de estaño, y él no quería hacerla enfrentar a un oponente más peligroso, aún más teniendo en cuenta la piedad que ella poseía

Antes de salir, esperaron junto a la puerta por un minuto. Sería extraño que su señor les dijera que lo dejaran en paz, para luego volver a salir de la habitación al poco tiempo.

Esta vez fue Andés quien abrió la puerta con cuidado. Ambos volvieron a tomar rumbo hacia la salida del edificio. No era recomendable tomar el mismo camino por el cual llegaron, la mayoría de los guardias estaban patrullando por esa zona. Por fortuna, Calima fue capaz de percibirlos también, con lo que tomaron la ruta opuesta, en dirección hacia las escaleras.

Ahora comienza la prueba real. Cuando llegaron, tomaron la misma ruta con la que se habían infiltrado la primera vez. Ella esperó alrededor cuarenta minutos hasta que aquel camino sé encontrarse totalmente despejado. Pero ahora estaba bloqueado, le tocaba improvisar.

Cuando llegaron a las escaleras, se encontraron con una ventana, esta podía ser una salida aceptable. Pero Andés sabía que el exterior de esta zona estaba totalmente abierta y sin ninguna pared u decoración con la cual esconderse.

Al abrir la ventana, Calima observó todo el sitio. No la culparía si decidiera salir con empujones de acero de forma rápida y sin problemas. Pero hacerlo era riesgoso, alguien podría verlos entre las brumas, además de que Andés no podría seguirle el paso. Después de considerarlo varios segundos, ella decidió volver a cerrar la ventana.

Bien hecho.

En su lugar, bajaron por las escaleras, llegando hasta el primer piso. Una vez allí, tomaron rumbo hacia la entrada principal. Los pasillos estaban mucho mejor decorados desde la última vez, además de ver reparaciones en toda la estructura. Algo era seguro, al parecer Moigner ya había gastado parte de ese atium, lo que era extraño, ya que según lo que sabía, no había invertido esa fortuna en ningún negocio.

A dos cruces de la puerta, Calima se detuvo, la entrada estaba resguardada por guardias que rondaban por los pasillos. Ella observó sus alrededores en busca de otra ventana, había una cruzando el pasillo, con lo que comenzó a caminar hacia esa dirección.

—No —susurro Andés —Quiero ver como se las arreglas para salir por la entrada principal.

Calima pareció tensarse por un momento, pero luego de unos segundos asintió lentamente, mientras comenzaba a considerar su curso de acción.

Se acercaron hasta la entrada, esquivando un grupo de guardias que rondaba en la cercanía. Obviamente, la puerta estaba cerrada, probablemente con llave, con lo que en lugar de dirigirse directamente, se ocultaron detrás de un punto ciego en las rondas de los guardias.

El primer par cruzó frente a la puerta, caminó varios metros y dobló en la esquina. Al cabo de treinta segundos, el segundo par de guardias cruzó el mismo camino.

Andés y Calima se quedaron quietos varios minutos, mientras los guardias pasaban una y otra vez por la misma zona. *¿Qué está intentando?*.

Aun siendo un movimiento sutil, no tardó en notarlo. Algo parecía captar brevemente la curiosidad de los guardias cada vez que pasaban detrás del pasillo a la derecha.

Calima tiraba brevemente de la ventana cada vez que pasaban, mientras probablemente los encendía para captar su atención. Cada vez, molestaba a los guardias, poco a poco, en un momento comenzaban a mirar hacia la ventana esperando algo mientras caminaban, hasta que…

Calima encendió con rapidez la urgencia de Andés mientras salía rápidamente del escondite. Corrió hasta la puerta, donde sacó sus ganzúas de su bolsillo y comenzó a forzar la puerta.

Esta vez ambos guardias se quedaron prestando atención a la ventana, dejando un espacio de tiempo con el cual poder forzar la cerradura y salir.

Calima estaba tensa, intento abrir la cerradura lo más rápido posible,

rompiendo la ganzúa en el trayecto. Ella observó la herramienta rota por unos segundos, y rápidamente busco otra, mientras quitaba el trozo de metal roto de dentro de la cerradura.

Comenzó otra vez a forzarla, esta vez con más cuidado, pero igualmente con rapidez. La ganzúa volvió a romperse, ella parecía haber entrado nuevamente en pánico. Desesperadamente, busco una tercer ganzúa. Los guardias ya habían comenzado a continuar con su camino ahora que habían comprobado que nada se encontraba allí.

Andés ubico su mano encima del hombro de Calima, y tiró de ella para indicarle que tenían que irse. Ella apenas le hizo caso e intentó continuar forzando la cerradura a toda velocidad.

Andés noto como el guardia estaba a unos segundos de cruzar la esquina, con lo que atrajo la ganzúa que estaba usando Calima, junto a todo el resto de metal que tenía ella encima, y comenzó a marcharse.

Ella no tardó en entender la situación, dejando la puerta ir, siguiéndolo totalmente frustrada. Los guardias no tardaron en cruzar por enfrente de la puerta, sin notar nada extraño en ella.

Se alejaron lo suficiente hasta no encontrarse con ningún guardia en los alrededores. Una vez de vuelta en la zona en la que estaban antes, ella encendió pena y arrepentimiento. Andés volvió a girarse hacia ella.

—No hiciste nada malo —susurro —Casi caes en un error muy común. Creaste una ventana de tiempo en la que actuar, y cuando viste que se estaba cerrando, intentaste apresurarte en lugar de retroceder. Tu idea fue buena, pero a veces no tienes más opción que dejarla ir cuando la situación se complica.

Luego de procesar lo que le acababa de decir, Calima respiro profundo, calmándose de la pequeña conmoción de antes. Comenzó nuevamente a pensar en otra forma de ganar tiempo, lo más probable era que le preocupaba que el volver a distraer al guardia provocase una reacción indeseada.

Pareció llegar a una conclusión, volvió a salir nuevamente del escondite, haciéndole una seña a Andés para que se quedase atrás mientras ella se acercaba a la puerta. No tenía el tiempo suficiente para forzarla, los guardias parecían estar acercándose. Con lo que hizo algo que lo sorprendió.

Ella tocó la puerta con fuerza, sonó por todo el pasillo, luego de eso se empujó desde los picaportes para esconderse nuevamente en la oscuridad.

Uno de los guardias que cruzaba la esquina caminó rápido hacia la entrada. Un poco paranoico por lo sucedido antes.

—¿Quién está ahí? —dijo a la puerta. Su compañero estaba un poco asustado,

pero no lo suficiente para expresar preocupación. Como de costumbre, el toque de Calima era lo suficientemente sutil como para solo provocar una idea, dejando que la mente llenara el resto de los huecos. Cuidadosamente, ella se apoyó junto a la pared, preparándose para algo.

Preocupado, el guardia desenfundó su espada y tomó una de las llaves. La cual uso para abrir la puerta. Al abrirla, este observo como no había nada, pero de igual manera fue inmediatamente sobresaltado por el ruido de la ventana. Calima había tirado con todas sus fuerzas, abriéndola y causando un ruido llamativo, el cual había llamado la atención de ambos guardias.

Sin temor, aquel hombre fue corriendo hacia el ruido, quien fue acompañado por su compañero, que parecía estar atemorizado de quedarse solo.

Ahora, con la puerta abierta, Andés y Calima corrieron hacia ella, saliendo de la fortaleza, separados de la calle solo por un muro pequeño.

Andés pegó un salto hacia atrás, mientras se atrajo a las bisagras tanto de la fortaleza, como de una casa cercana en la dirección opuesta, pasando por encima del muro. Calima no tuvo problemas en seguirlo, dando un simple empujón de acero, el cual la llevó en la dirección correcta. Saliendo del lugar sin ser vista.

—Y para la niña una cerveza —dijo la mesera mientras dejaba los jarrones de madera sobre la mesa.

Olía horrible, a Calima seguía sin gustarle nada que contuviera alcohol, pero Fren le había dicho que no tener nada para beber en un bar podía incomodar a la gente que querían entrevistar.

Manette les había dicho que debían comenzar a contratar a más guardias, así que junto a Andes, se dirigieron al bar de mercenarios para asistir a Fren en lo que necesite. De todos en la banda, Fren era quien mejor se le daba conectar con gente en sitios como estos.

Este era el lugar en el que habían encontrado al ojo de estaño con el que luchó hacía más de dos meses. Un bar de mercenarios bastante atiborrado de personas que no tenían problemas en matar.

Andés se encargaba de contratar a personas realmente capacitadas, mientras que ella tenía que asegurarse de que no les estuvieran mintiendo. Según lo que le había dicho Manette, no tenía por qué ser difícil encontrar a personal de calidad por aquí, pero debían asegurarse que no tuvieran intenciones hostiles. Aun si no se les

revelara nada del plan, tener a un espía en la banda podía ser extremadamente perjudicial.

—¿Y no hizo nada? —pregunto Fren, Andés estaba contándole sobre la incursión que habían tenido esta noche.

—Nada, solo nos miró y se volvió a dormir —contestó Andés mientras sorbía su jarra.

—¿Qué usaste? —pregunto a Calima.

Ella respondió con las mismas emociones que uso en la mujer de la habitación, cansancio e incredulidad, también aplaco sospechas, pero era poco probable que Fren lo notase si no sospechaba de nada. Si la emoción no se encontraba vigente, era mucho más difícil de resaltar el cambio.

—Menos mal que no hablas —dijo en un tono burlesco —porque de otra forma ya me habrían quitado el trabajo.

Ella encendió modestia mientras bajaba la cabeza con un poco de humildad. En lugar de responder, Fren observo hacia fuera de la mesa. Un hombre encapuchado pareció interesarse por la oferta, ya que se acercó hasta ellos y se sentó en una de las sillas. Andés quitó los pines de la mesa, marcando que ahora entrarían en negociaciones.

—¿Cuánto ofrecen? —preguntó directamente.

—¿Por cuál de los trabajos? —respondió Fren.

—El de guardia —contestó el hombre, apresurado —díganme cuanto.

—Dos cuartos al mes.

—Que sean ocho —replicó —y te conseguiré a diez hombres que trabajaran por diez clips cada uno.

A Calima no le gustó aquel hombre, ella encendió las sospechas de Andés y Fren.

—No contrataré hombres que no haya visto primero, si quieres acordamos con ellos más tarde —dijo Andés. El Hombre gruñó y se levantó de la mesa sin mencionar otra palabra.

—Malnacido… —dijo Fren.

Calima lo observó y encendió curiosidad. Sabía que algo no estaba bien con aquel mercenario, pero no había concluido el que.

—Probablemente engañó a algunos jóvenes skaa para que se unieran a su grupo —comenzó a explicar —seguro que los manda al primer trabajo que encuentra y se lleva con la mayoría de las recompensas.

—Los engatusan diciendo que ganaran más que en el ejército —prosiguió Andés —Además de asegurarles que podrán matar nobles si se da la oportunidad, ocultando que en realidad pasaran más tiempo matándose entre ellos.

Esa deducción tenía sentido, el hombre se rehusó a querer renegociar con sus compañeros después de todo. A veces se preguntaba por qué existía gente que le importaba tan poco los demás, ¿Realmente era tan difícil no perjudicar a las personas que te rodean?. Ella entendía que a veces para sobrevivir las personas cometían actos extremos, pero hacerlo solo por dinero…

Pensar en esas cosas no le haría ningún bien, con lo que busco de su bolsa una carbón y papel. Una pregunta estaba divagando por su cabeza desde hacía ya un rato.

—¿Qué escribes? —preguntó Fren.

¿Qué fue de la mujer ojo de estaño?. Escribió, pasándole el mensaje a Andés. Fren se asomó para verlo también.

—¿La que contraté hace unos meses? —preguntó Andés

Calima asintió.

—Se aseguró que un mensaje que envíe no fuera rastreado hasta el barco de mensajería —respondió, cruzando los brazos.

—¿Un mensaje? —preguntó Fren.

—Asuntos familiares.

—No sabía que tenías familia —dijo Fren, curioso.

—Si no hablo de ella es por una razón.

Calima encendió calma y aplacó levemente la tensión. No lo suficiente como para que dejaran de estar alerta, pero si ayudará a evitar que se cansen en las próximas horas.

—Sabes, apenas sabemos nada de ti, cuéntanos algo, vamos —dijo Fren con motivación.

—No soy muy…—antes de terminar, Andés observó a Calima, y suspiro —Está bien. Soy de la dominación central.

—Se nota por tu acento —dijo Fren, apresurando la charla —además, usas palabras más complicadas de vez en cuando. ¿De alta cuna?.

Andés se quedó callado unos segundos, realmente parecía no agradarle la pregunta. Para no dar información, utilizaban alta cuna para referirse a los nobles, y cuna baja para los skaa.

—Sí —dijo finalmente, un poco disgustado.

—No estés así, entre todos ya lo suponíamos. Además, tenemos a dos, más algunos que somos la mitad de eso.

—No me avergüenza mi sangre, el problema es mi linaje —dijo Andés, algo avergonzado —Mi padre fue una persona cruel, supongo que te puedes hacer una idea.

—He escuchado historias de horror —dijo Fren, con curiosidad —pero nunca

conocí a nadie del norte ¿Es cierto lo que dicen de las otras ciudades? ¿Tan mal están las cosas?.

—Aun con los abusos diarios y las muertes injustificadas, esta es la ciudad más segura para los de cuna baja que he visto en todo el imperio final.

—Maldición… Supongo que tiene sentido teniendo en cuenta que el ministerio es bastante corrupto por esta zona.

—No tanto como piensas —dijo Andés, girando su cabeza —en las otras dominaciones se habla de lo que sucede en el sur. Lord Legislador intentó intervenir una vez, pero opacar los comercios skaa y evitar que crecieran, generó un terrible hueco en la economía. Tratar con una ciudad que se cae y se levanta por cientos de años solo generaba pérdidas, con lo que ordenó a sus obligadores aflojar su yugo, enfocándose en evitar que la cultura se esparciera.

—Realmente estamos en una zona bastante controversial, ¿Verdad?.

—Se dice entre susurros que el ministerio está buscando una excusa para borrar la región del mapa —dijo Andés, dejando la jarra en la mesa —No deberían hablar de esto con nadie de la corte, les acabo de citar información de un libro prohibido de economía.

—¿Libro prohibido? —preguntó Fren nuevamente. Como Calima, él no sabía mucho de la cultura noble, y las lecciones de Gabroil solo alcanzaban a enseñarle los temas más generales.

—Existen libros que no deben leerse —dijo Andés, acomodando en su asiento —hay algunos que incluso tener un ejemplar te enviaran a una ejecución.

—¿Os ejecutan a los de tu clase por allí? —pregunto Fren confundido —Creía que eran intocables.

—Solo si su muerte genera pérdidas, no son idiotas.

—Entiendo —dijo Fren —Si no tienes dinero del cual sostenerte, te ejecutan por herejía.

Calima había escrito otra pregunta para Andés, era algo que la estaba poniendo nerviosa desde hace un rato.

¿No es peligroso hablar de estas cosas?.

Al leer la pregunta, Andés le mostró el mensaje a Fren.

—Tu tranquila —dijo Fren, relajado —no estamos hablando de nada que puedan usar en nuestra contra. Dime ¿Escuchaste nuestros nombres? ¿Planes? ¿Habilidades o contactos?.

Calima lo pensó por un momento… y tenían razón, realmente de ser una extraña, no habría podido sacar mucho, además de anécdotas interesantes.

—¿Y tú? —preguntó Andés mirando a Fren.

—Nada interesante —contestó Fren, más aburrido —Mi padre también fue

un pelmazo, termine ganándome la vida como un matón en algunas bandas.

En medio de la conversación, Calima volvió a escribir otro mensaje.

Mi padre se encargaba de finanzas. Escribió, pasando nuevamente el mensaje al medio de la mesa. Fren y Andés lo vieron un poco sorprendidos, era normal, ya que nunca escribía nada de ella misma.

—¿Eras de alta cuna? —preguntó Fren.

Antes de siquiera pensar responder, unos hombres se aparecieron repentinamente en frente de la mesa. Parecía que ni Andés o Fren se habían dado cuenta de que venían, con lo que los tomaron por sorpresa. Solo uno de ellos se sentó, lo hizo con rapidez, sin dar tiempo a ninguna objeción.

—Buenas noches, caballeros… Y pequeña dama, claro —la voz le sonaba familiar, ambos hombres estaban encapuchados, pero el que se había sentado tenía la cara descubierta. Al observarlo un momento, Calima se dio cuenta, eran los hombres con los que se había cruzado el otro día.

—Eh Dane, mira —dijo el hombre sentado —es la pequeña lanza monedas que te dije.

—No digas mi puto nombre —contesto el otro hombre, tenía la voz irritada.

Andés y Fren entraron en alerta, acercando sus manos a sus armas por precaución.

—Eh, solo le di un consejo nada más —dijo, levantando las manos —¿verdad niña?

Calima asintió y encendió la paciencia de Andés y Fren. Ambos no tardaron en relajarse, ella les había hablado sobre el encuentro que había tenido con aquel hombre.

—Mira que estar rodeada con unos hombres tan intimidantes… —continuó —Quizá deberías de encontrar a alguien que no parezca querer apuñalar a sus posibles futuros empleados

—Cuál de los empleos buscan —dijo Andés.

—Simples guardias, jefe.

—Serán dos cuartos por mes —dijo, mientras quitaba el pin de la mesa.

—¿Solo eso?, ¿No estamos un poco sobre calificados para este trabajo? —dijo el hombre preguntando a su compañero. Este respondió con leve codazo hacia la cabeza de su acompañante.

—¿Puedes cerrar la boca y terminar de negociar de una vez? —contestó, enojado.

—Bah, no le gustan las teatralidades —dijo —Sí, dos cuartos al mes deberían de estar bien.

Algo no le gustaba a Calima, la forma en la que este hombre trataba este

trabajo… Además de que sentía que su compañero era altamente hostil a la situación. Ella volvió a encender sospechas, acompañadas por un poco de incomodidad.

—No sé… —contestó Fren —Si eres bueno peleando no deberíamos de tener problema.

—Bien, ¿cuándo comenzamos? —respondió el mercenario, emocionado.

Era extraño que ignorasen sus advertencias. En realidad, tanto Andés como Fren no parecían estar sospechando ni un poco de ambos desconocidos. Calima recordó que algo así ya le había pasado antes, con lo que apago sus metales, bajando su nube de cobre.

Repentinamente, la golpeo un deseo de ser más complaciente a estos dos extraños, *lo sabía.* El de atrás probablemente era un encendedor o aplacador. Aunque no tenía forma de saberlo, con lo que decidió encender el bronce para averiguarlo.

—Mañana mismo de ser posible —prosiguió Fren —Estamos cortos de personal.

Allí lo sintió, el pulso alomanticó, el cual fue seguido por otro, y otro. Las pulsaciones se acumulaban unas seguidas de otra, todas provenientes de aquel hombre.

Un nacido de la bruma.

Este se giró hacia ella, la observó atentamente, casi preparado para saltar al cuello. *La única razón por la que un nacido de la bruma no está quemando cobre… es porque está quemando bronce.*

Rápidamente, Calima volvió a quemar su cobre y encendió la alerta y cuidado de Andés y Fren, de paso aplaco todas las emociones contrarias con todas sus fuerzas.

Como esperaba, estos dos se sorprendieron inmediatamente, Andés llevó su mano a su espada, mientras que aquel hombre parecía intentar alcanzar su monedero.

—Eh, eh —dijo el que estaba sentado —Todos tranquilos

Todos se quedaron quietos, Calima sentía como Andés y Fren tenían las manos sobre sus armas, pero ninguno se atrevió a desenfundar.

Los cinco quedaron totalmente en silencio, el único que sonreía era aquel lanza monedas que se había encontrado en el camino, parecía como si se sintiera por encima de la situación.

—Yo… siento que no tendremos una buena relación de trabajo —dijo Fren finalmente.

—Eso parece… —dijo el lanza monedas, bajando la cabeza —nos vamos.

—Deberíamos encargarnos aquí y ahora —dijo su compañero, el nacido de la

bruma —Estoy harto de perder el tiempo.

A Calima casi se le detuvo el corazón. ¿Qué haría si tuviera que pelear contra un nacido de la bruma como ella? Todavía era incapaz de ganarle a Andés, en realidad, no podía ganarle en un duelo a ningún otro guardia de la banda.

—Que no —replicó su compañero —Realmente lo siento, es un poco despistado y no entiende de sutilezas —después de decir eso, les dedico una pequeña reverencia y se levantó, marchándose mientras se llevaba casi a rastras a su acompañante.

La mesa quedó totalmente en silencio, Andés y Fren miraron hacia Calima, esperando alguna respuesta a lo que acababa de suceder.

Ella no sabía qué escribir, en realidad, no sabía cómo moverse. La impresión que había causado la situación la había dejado inmóvil. Tardó varios segundos en recobrar la energía, para comenzar a escribir lo sucedido.

Al terminar, les mostró el mensaje a ambos, que lo leyeron con rapidez. Se quedaron callados, contemplando la situación.

—Venían a por nosotros —dijo Andés, como si estuviera leyendo su mente —Sentí tu sospecha, pero fue demasiado leve, lo más probable fue que aquel hombre la estuviera aplacando.

—¿Entonces por qué no negocian un precio mejor…? —pregunto Fren, que parecía haberse dado cuenta de las implicaciones al terminar de preguntar.

Calima también lo entendió, querían infiltrarse. Usar de excusa ser guardias para meterse entre las filas, con un propósito desconocido. Ella encendió curiosidad, pero sin inocencia de por medio, ¿Por qué lo habían hecho? Si los quisieran muertos, aquel hombre podría haberse encargado…

—No podían arriesgarse a atacar nuestro hogar —dijo Andés, en voz más baja —Tres brumosos fueron contratados para un asesinato, al investigar, descubrí que tenían una fama excepcional, pero aun así murieron a nuestras manos.

—Entonces, ¿por qué no intentaron acabar el trabajo aquí? —preguntó Fren.

Era una pregunta importante, ¿Qué los detenía para matar?. Solo tuvo que recordar un minúsculo detalle para darse cuenta de la verdad.

Comenzó a escribir nuevamente en la hoja a toda velocidad, encendió y aplaco a Fren y Andés para que no continuaran la conversación, los cuales se detuvieron a esperarla. Al terminar el mensaje, se los mostró, preocupada.

Cuando sentí que los estaban aplacando, encendí bronce.

Ambos parecieron entender lo que quería decir. Fren se llevó la mano a la cara, con cansancio en su movimiento, mientras que Andés se quedó leyendo el mensaje mientras pensaba en lo que había sucedido.

Aquel nacido de la bruma sintió sus pulsos, de igual manera en la que ella

sintió los suyos. Con lo cual, llegaron a la conclusión que ella se había encargado de los mercenarios hace dos meses en el intento de asesinato de Gaboril.

Y allí estaba la razón por la cual no estaba quemando cobre, quería pescarla, ahora sabía donde estaba, y quién era. Podían prepararse toda la cantidad de tiempo necesaria hasta planear un asesinato, y matarlos a todos.

Pero una última pregunta cruzó por su mente. ¿Por qué pescarla aquí y ahora? Se había delatado él también al hacerlo. Al recordar su mirada, Calima podía sentir que realmente estaba dispuesto a combatir en ese instante. ¿Acaso era él lanza monedas su superior? Con esa incógnita, decidió calmarse, quizá con un poco de suerte, no los querían muertos, sino que solo buscaban información.

—Tendremos que quedarnos —dijo Andés.

—¿Cómo?.

—No podemos permitirnos salir en medio de la noche —comenzó a elaborar —Aun con el estaño de Calima, no creo que seamos capaces de verlos venir, y luchar contra un nacido de la bruma en la oscuridad. Esperaremos hasta que amanezca.

Frena sintió, desanimado, pero comprensivo. No había mucho que pudieran hacer al respecto, era cierto que no podían saber si estaban preparándoles una emboscada. Pero había aprendido de Andés que tomar esos riesgos puede salir demasiado caro muy pronto.

Se mantuvieron callados por un largo rato, realmente no se sentía cómodo hablar mucho más sobre esos hombres, aun en voz baja y en un lugar lleno de ruido.

Otro nacido de la bruma… Pensó ella, sabía que existían, era obvio, ella era uno desde hacía ya casi cinco meses. Pero de cierta forma era irreal, le causaba miedo la posibilidad de que existiera alguien que manejara todos los metales tan bien como Andés usaba el suyo, lo había visto a él y Dana realizar trucos y movimientos que todavía se le resultaban imposibles. Y pensar que otra persona pueda ejecutarlos al mismo tiempo….

Debía relajarse, no podía permitirse otro ataque de pánico, y menos ahora, ya que existía la posibilidad de que cambiasen de opinión y los atacaran aquí mismo.

—Baja tu cobre —dijo Fren.

Calima entendió inmediatamente lo que quería decirle, con lo que hizo caso. Esta vez fue rodeada por una sensación de calma y tranquilidad, debía de seguir atenta, mantener su estaño encendido, pero no tenía por qué estar tan tensa.

Volvió a tomar el carbón y comenzó a escribir nuevamente.

Finanzas de comerciantes de cuna baja.

Ambos parecieron un poco confundidos, con lo que señaló con el dedo el mensaje donde decía que su padre se dedicaba a las finanzas.

—Entiendo… —dijo Andés —¿Entonces eran de cuna baja?.

Ella asintió, y volvió a escribir, aprovechándose de la calma que le estaba dando Fren.

Le conté a Dana que les sucedió, ¿Ella no dijo nada?.

—¿Cómo? —pregunto Fren, sorprendido por el mensaje —Ella no nos dijo nada.

—Habrá decidido que ese secreto sí tenía que guardárselo.

—¿No te molesta que lo sepamos? —pregunto Fren, un poco curioso pero con cuidado de no sobrepasarse.

Ella respiró hondo, y acompañada de la tranquilidad, volvió a escribir.

Fueron asesinados ya hace más de un año.

Intentó relajarse, cientos de pensamientos negativos cruzaron por su cabeza, pero con la ayuda de la alomancia de Fren se negó a ellos.

—...¿Quieres hablar de eso? —preguntó Andés, tenía una voz comprensiva, era raro escucharlo así.

Comenzó nuevamente a escribir, pero fue obligada a detenerse. De reojo, en la otra punta del bar, le pareció ver a alguien entrar a toda velocidad. Al girar su cabeza, pudo ver a Hef, quien de una sola mirada fue capaz de ubicar la mesa en la que se encontraban. ¿Por qué estaba aquí?.

Calima encendió alerta, y precaución, mientras Hef camino con rapidez hacia donde se encontraban. Sus compañeros llevaron rápidamente las manos a sus armas, por instinto, ella volvió a encender cobre, anulando la sensación de paz que tenía por parte de Fren.

Hef parecía bastante apurado, era urgente, con lo que Calima se levantó de su asiento y encendió complacencia y atención a sus otros dos compañeros para que la acompañaran, y así hicieron, interceptándolo a mitad de camino.

—Qué sucede —preguntó Andés inmediatamente.

—Un problema, y gordo —respondió Hef, preocupado —Tendremos que irnos ahora.

Andés comenzó a pensar, mientras Fren se adelantaba.

—No podemos —contestó Fren —Aquí también tenemos problemas.

—No debe de ser tan importante como lo que pasó —respondió, tajante —no puedo contarlo aquí.

Calima observó cómo al estar parados en medio del bar, comenzaban a llamar la atención de varias personas. *Lo que sea que Hef quiere decir, debe de ser importante.*

—¿Qué tan bueno eres para asegurarte de que nadie te siga? —susurró Andés.

Hef entendió la situación, hizo una mueca de desagrado mientras pensaba en lo que responder.

—Lo suficiente, ahora vámonos.

Capítulo 21

Manette todavía no podía creer el horror que entraba por sus ojos.

Hacía cuatro días, recibió el mensaje sobre la herida de Diven en la mina, con lo que envió inmediatamente a alguien para buscarla en el pueblo y reemplazarla.

Ayer, recibió otro mensaje por parte de ese reemplazo.

Estaban muertos, los cadáveres pudriéndose desde hacía ya varios días. Todos acribillados por monedas, a excepción de Dana, quien era la única que estaba repleta de cortes, muerta por uno último que atravesó su garganta. No había rastro de Donny.

—Mierda…—dijo Gabroil, que, junto a Andés, insistió en acompañarla al enterarse de que vendría a un lugar posiblemente peligroso. Los demás decidieron quedarse para cuidar la mansión.

—Debieron ser los hombres que vio Calima —dijo Andés.

—Uno de ellos era un nacido de la bruma… —contestó Gabroil, observando nervioso a sus alrededores —Este sitio no es seguro.

Manette había sido precavida. Aviso que el cuerpo de una noble se encontraba en la zona, lo que le permitió pagar a la guarnición para que los escoltasen a retirar los cadáveres. Pero Gabroil tenía razón, en caso de emergencia, ellos no serían suficientes para parar a un nacido de la bruma. Aun así, no dejaría que sus amigos se pudrieran bajo el sol.

Los soldados se encontraban lejos, levantando los cuerpos, algunos incluso encontrando a varios trabajadores, también asesinados, dentro de las minas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Gabroil, en un tono suplicante. Había estado todo el viaje insistiendo en que debía de ser un malentendido, que aparecería Dana en cualquier momento a decirles que había logrado esconderse o escapar. El golpe de realidad lo había abatido por completo.

—Tendremos que cuidarnos —contestó ella —Quizá entre los mercenarios seamos capaces de contratar a algunos mata brumosos —al final habían cambiado de opinión con respecto a los mercenarios, aun si bajaba el estatus de la casa, aquella mano extra resultaba ser vital para la supervivencia.

Gabroil se quedó callado, la escena era horrible, y por muy mal hablado que fuese, no llevaba bien la pérdida. Andés, por otro lado, estaba observando los cadáveres, probablemente en busca de cualquier pista util.

¿Cómo había dejado que esto sucediese? Era su culpa, estaban jugando con

familias enormes, y tendría que haber anticipado que cualquiera de las casas eligieran tomar represalias en contra del repentino crecimiento que la banda había logrado.

—Nos vengaremos —dijo Gabroil, que se acercó a ella y poso su mano sobre su hombro —Calima vio el rostro de uno de ellos, no tardaremos en encontrarlo.

—No —contestó ella, cortante —Tú lo dijiste, es un nacido de la bruma.

—¡Pero si lo atacamos desprevenido entre todos…!

—¡No! —grito Dana. Gabroil se separó de un susto. No era normal que ella gritase —Encontraremos otra manera.

Gabroil se quedó nuevamente en silencio, él sabía más que nadie que era una estupidez enfrentarse a un nacido de la bruma, él fue el primero en insultar a Dan cuando había sugerido que tal hazaña era posible.

Los guardias movían los cuerpos hacia las carretas. Manette les había pagado para que hicieran eso, y como no era normal que un noble se preocupase por sus skaa, usó la excusa de que no sería fácil vender el lugar si estaba apestado de cadáveres.

Luego de un rato, Andés volvió a acercarse, tenía las manos llenas de sangre por mover los cuerpos.

—Fue de día —dijo, observando con cuidado a los guardias —Mataron a los primeros desde la distancia con monedas, no tuvieron ni una pizca de discreción. Dana fue la última en morir.

—Dana… —comenzó a decir Manette, intentando mantener la compostura —murió peleando, ¿verdad? —preguntó, casi como una súplica. Andés se quedó en silencio, y agacho la cabeza.

—¿Y bien? —dijo Gabroil, con la voz irritada —Responde la puta pregunta.

—No —respondió Andés en voz baja —Jugaron con ella, los primeros cortes fueron en las piernas, y luego la dejaron ciega… Pasaron varios minutos hasta que la remataron cortando el cuello.

Gabroil explotó y tomó a Andés del cuello de su camisa, levantándolo por encima de su cabeza.

—¡¿Qué mierda quieres decir con eso?! —grito, con los ojos enrojecidos, e irá incrustada en su voz —¡Te voy a matar malnacido!.

Rápidamente Manette pegó un salto y tomó el brazo de Gabroil, apenas fue capaz de moverlo.

—¡Basta ya! —grito al oído.

Gabroil soltó a Andés de inmediato, empujándolo hacia el suelo.

—¡Los voy a matar! —grito Gabroil, alejándose de la escena—¡Me importa un bledo si son nacidos de la bruma, los voy a matar!.

Al volver a ver el cuerpo de Dana, Manette no pudo evitar llevarse la mano a la boca, asqueada. Era difícil que las tragedias cortaran tan profundo en su alma, siempre era capaz de mantenerse firme, incluso ante la muerte de sus amigos. Pero esto fue demasiado, Dana era la más alegre de la banda, y pensar que había sufrido una muerte tan cruel y espeluznante, no hacía otra cosa que llenarla de dolor.

—Estamos en guerra, ¿verdad? —preguntó a Manette, su voz ahogada.

—… Sí —contestó Andés, con frialdad.

—Yo sé estafar —comenzó a decir Manette —engañar a las personas, manejar negocios… pero esto se me escapa de las manos.

—Esto es el resto de tu vida —replicó Andés, cortante —Los nobles lo pasan mejor que los skaa, eso es cierto, pero recuerda lo que le sucedió a Gabroil, mira lo que sucedió aquí.

—Dime entonces, ¿Debemos retirarnos? —pregunto Manette, casi ofendida —¿acaso murió ella por nada?.

—No he dicho eso —contestó Andés, mirándola a los ojos con el rostro serio —Si quieres tener esta vida, tendrás que prepararte para ella.

Manette lo observó aquellos ojos, y en ellos encontró la horrible realidad. Ella había pretendido todo este tiempo convertirse en noble derramando la menor cantidad de sangre posible, intentó convencerse de que la razón era porque es más eficiente, la muerte crea enemigos, las guerras solo gastan recursos, pero la verdad era otra.

—… No sé cómo —respondió ella, decepcionada de sí misma —Mi padre me enseño a como hablar con la gente, a negociar, nunca a tratar con mercenarios y asesinos.

—Llevamos tratando con mercenarios y asesinos desde el principio. —respondió Andés —Esa es la razón por la que hemos estado asustando a las otras casas.

—¿Entonces por qué ha sucedido esto?.

En lugar de responder, Andés observó hacia la entrada de la mina, viendo como los guardias retiraban los cuerpos uno a uno.

—¿Por qué nos atacaron a nosotros? —pregunto Andés, sin responder su pregunta.

—… Quieren destruir la casa Doulin, ¿No es así?.

—No —contestó Andés inmediatamente —De ser así nos habrían matado a todos con este nacido de la bruma.

—Ellos creen que tenemos uno —contestó Manette —Lo has dicho de camino, intentaron ser precavidos después de que matáramos a los mercenarios que enviaron, conocen la identidad de Calima.

—Ellos descubrieron esa identidad ayer —contestó inmediatamente —y cuando ella los vio por primera vez, venían hacia aquí. Recuerda, se lleva rumoreando desde hace tiempo que no tenemos un nacido de la bruma.

—Entonces debe ser por la mina de aluminio —contesto Manette, intentando llegar a una conclusión —La quieren de nosotros. ¿Pero por qué simplemente no nos matan y la reclaman?.

—Dime, ¿quién quiere la mina?.

—Los Lekal.

—Ellos no pueden matarnos para conseguirla.

—¿Por qué? —preguntó Manette sorprendida.

—Porque cuando el propietario de un negocio muere, este pasa a manos del cantón de los recursos —mientras hablaba, Andés busco entre su bolsa unos papeles, y se los entrego —esto es lo que descubrí ayer con Calima en la fortaleza.

Manette tomó los papeles y comenzó a leer, no tardó en entender que Felinans estaba recibiendo grandes cantidades de dinero por parte de Lekal.

—No lo comprendo, ¿Qué tiene que ver esto con la masacre? —pregunto, todavía confundida.

—Quieren evitar que la mina caiga en manos del ministerio —explicó Andés, con total seguridad en su voz —Llevan años preparando un precio perfecto, sobornando a todas las familias para que no hicieran ningún movimiento, manteniéndolas alejadas.

—Pero llegamos nosotros, y la compramos —termino de decir Manette —porque no éramos conscientes de lo que estaba sucediendo debajo de la mesa.

—Querrán arruinar nuestros negocios —prosiguió Andés —como todavía no hemos comenzado a comerciar, están intentando hundirnos incluso antes de que comencemos nuestras actividades.

—¿Qué haremos entonces?.

—Dejaremos el trabajo de la mina de lado por ahora. A cambio, tendremos que invertir en negocios difíciles de rastrear, o que sean imposibles de sabotear sin llamar demasiado la atención.

Manette miro a Andés nuevamente a los ojos. Él sabía exactamente de lo que estaba hablando, sus palabras marcaban años de experiencia, y en cuanto trataba a movimientos políticos, él siempre tenía la razón.

—Yo se sobre negocios —dijo Manette —Se sobre engaños y sobre números —Levantó otra vez la cabeza, y lo miro a los ojos —Pero no sobre política.

Él pareció dubitativo. En su tiempo ella le había ofrecido liderar la banda, pero él la había rechazado, decidiendo quedarse como músculo y consejero.

Andés se giró hacia Manette, devolviéndole la mirada.

—Odio esa parte de mí —contestó con frialdad —Todos los horrores que has escuchado…, son ciertos. En el centro, la nobleza no tiene ningún aprecio por la vida, bailan sobre la sangre de tanto de skaa, como la de sus supuestos iguales… Yo he sido así.

—No eres ningún monstruo —dijo Manette —Ni tú ni Gabroil, Me liberaste cuando tenía una muerte segura.

—Yo…

Ambos fueron distraídos por los guardias, los cuales se amontonaban en la entrada de la mina. *Eso es demasiado esfuerzo para un cadáver…*

Al parecer Andés pensó lo mismo, ya que se dispuso a caminar hacia aquella dirección junto a Manette. Al llegar, el capitán del escuadrón que habían contratado se acercó a ambos, alcanzándolos a mitad de camino.

—¿Qué sucede? —preguntó Andés inmediatamente.

—Parece que hay alguien encerrado debajo de un derrumbe.

—¿Vivo? —preguntó Manette, intentando aplacar la esperanza en su voz.

—Moribundo como mínimo, nosotros nos encargaremos.

Andés ignoró al hombre y se dirigió a la mina. Pero fue detenido al ver a unos hombres que llevaban a un cuerpo sucio, lleno de moretones y ensangrentado de pies a cabeza saliendo de la mina.

Era Donny, todavía respiraba, pero se encontraba inconsciente.

—¿Tienen un doctor? —preguntó Andés inmediatamente.

—No, señor —contestó uno de los soldados que lo estaban cargando —Lo pondremos directamente en la pila de cadáveres.

—¡No! —grito Dana desde atrás, caminó con rapidez —¡Tienen que tratarlo!

Los soldados asintieron a la orden y dejaron el cuerpo en el piso con delicadeza.

—¡Eh, Bern! —gritó el capitán, que se encontraba al lado de la situación—¡Ven aquí!

Uno de los soldados se giró hacia esa dirección, y comenzó a correr. Llego inmediatamente, arrodillándose al lado del cuerpo de Donny.

—¿Puedes hacer algo? —preguntó Manette.

—No lo sé, señora —contestó firme el muchacho.

—¿Qué quieres decir? —pregunto Manette, que se encontraba exasperada —Eres doctor, ¡debes hacer algo!.

—No soy doctor —contestó, mientras ponía sus manos encima de Donny —Solo pudo darle primeros auxilios hasta que llegue un médico real —el tal Bern comenzó a examinar las heridas, estaba lleno de moretones, pero ninguna moneda u corte —Hmm, no creo que podamos salvarlo, necesitará atención urgente.

Necesitaban un jinete con urgencia, Manette observo al rededor, había soldados, cuerpos y… Gabroil se encontraba corriendo a toda velocidad hacia ellos. Manette apenas pudo procesar su presencia para el momento en el que llegó.

—¡¿Qué sucede?! —pregunto, observando al grupo que se encontraba alrededor del cuerpo.

—Alguien sobrevivió —Dijo el soldado —Pero dudo que logramos llevarlo con un médico a tiempo.

Sin esperar otro segundo, Gabroil apartó al soldado que atendía a Donny, cargándolo en un instante y llevándoselo hasta el caballo más cercano.

—¡Eh, espera! —gritó el soldado, pero Gabroil ignoró la orden, subiendo a Donny al caballo, comenzando a cabalgar a toda velocidad lejos de la mina.

Calima se encontraba nerviosa, no podía dejar de preocuparse por lo que había oído. ¿Realmente habían atacado la mina?, la asaltaba una sensación en su estómago que le prohibía probar la comida que tenía en frente.

Al parecer, no era la única que se sentía así, todos en la mesa tenían el plato lleno, preocupados por lo que estaba sucediendo. Se sintió tentada a encender la calma, y aplacar la preocupación, pero no habría sido natural. En su lugar, encendió levemente la esperanza, y aplaco el miedo, era lo mejor que podría hacer por ahora.

—Estarán bien —dijo Diven, hablando para toda la mesa, ella había vuelto del pueblo el otro día —Donny es muy buen peleador, además de que Dana está con él.

Todavía no habían informado sobre la existencia del nacido de la bruma, los únicos que conocían la situación eran Fren y Hef, quienes se encontraban ausentes. Los demás sólo habían oído que había ocurrido un ataque.

—De ser así habrían vuelto —contestó Pit, que había comenzado a comer, frustrado.

—Quizá solo están heridos —sugirió Mern, quien también se dispuso a probar su comida.

Calima encendió con más fuerza la esperanza, evitando que Pit replicase, este cerro la boca a su próximo comentario. Los demás ya estaban comiendo, todos se concentraban en sus platos, no podía hacer nada para disipar esa tensión, no por ahora.

Todavía le atormentaba que hubiera un nacido de la bruma entrenado detrás

de ellos. Ella no estaba lista, por mucho que se esforzara, no aprendía lo suficientemente rápido. Aun después de su descubrimiento con el peltre, era incapaz de alcanzar a Andés. Era más rápida, tenía el hierro y el acero, e incluso había aprendido a no marearse en el aire, pero él siempre se le escapaba de las manos, siempre un paso por delante. Debía encontrar la manera de solucionar eso. Pero por ahora, solo se limitaría a comer.

No pudo llevarse un bocado a la boca antes de escuchar un grito a la distancia. Encendió con fuerza el estaño, el cual ya le había tomado el hábito de tener siempre encendido y presto atención.

—*¡Sall!* —escucho Calima, el grito provenía de fuera de la Mansión.

Ella se levantó y corrió rápidamente hacia fuera, aplacando la sorpresa de toda la sala para no llamar mucho la atención. Pasando por el pasillo, llegó al patio y lanzo una moneda al suelo, la cual utilizó para elevarse hacia el techo.

—¡Sall!, ¡Hef! —volvió a escuchar, observó rápidamente hacia esa ubicación, había reconocido la voz. Gabroil estaba corriendo, llevaba a una persona en brazos.

Calima no esperó otro segundo y se dirigió nuevamente hacia la cocina. Entro por un balcón superior, y corrió escaleras abajo hasta la puerta. Allí encendió la alerta y urgencia de Sall, mientras aplacaba su calma. Este pegó un salto de la mesa y la observó.

—¿Qué pasa? —pregunto, confundido.

Calima encendió otra vez con más fuerza la urgencia y la preocupación, haciéndole una seña para que lo siguiera. Él se levantó de su asiento, dejando el plato a medias.

Corrió hasta el pasillo, donde señaló hacia la enfermería. Sall pareció confundirse con lo que Calima encendió con más fuerza. Una vez Sall entendió lo que pedía, ella se empujó hasta la entrada principal mientras comenzaba a quemar bronce.

Abrió la puerta mientras sentía los pulsos de Gabroil, éste ya se encontraba entrando por la puerta exterior, Donny se encontraba malherido en sus brazos. Como un rayo, él entró a la mansión y corrió por los pasillos en dirección a la enfermería.

—¡Sall! —gritó otra vez a todo pulmón, Calima sintió como el ruido casi la tira al suelo. Acompañó a Gabroil, señalando el camino.

Cuando llegaron a la enfermería, Sall se sorprendió por la repentina aparición de los tres e inmediatamente comenzó a tomar acción.

—¡En la cama! —dijo inmediatamente, acercándose a observar el estado de Donny. Estaba lleno de cortes y moretones, su piel de un color morado, y negro en algunos sitios.

—¡Qué pasó? —pregunto Sall mientras le quitaba la ropa a Donny con un

cuchillo.

—Estaba debajo de un derrumbe —respondió a toda velocidad —Llevaba allí cuatro días, dijeron que necesitaba ayuda urgente y lo traje a caballo, pero el caballo se cansó y…

Calima encendió la calma de Gabroil, él tenía la ropa sucia, parte de su pantalón de buena tela desgarrado, además de estar descalzo.

—… Lo traje lo más rápido que pude… —termino de decir, más lento.

—Saca a la niña de aquí —ordenó Sall, Calima entendió que en realidad ella solo era una excusa para sacarlos a ambos fuera, así que en lugar de irse se quedó en su lugar.

—¿Se va a salvar? —preguntó Gabroil.

—… No sé —respondió Sall, comenzando a trabajar —váyanse.

Calima notó como Gabroil estuvo a punto de explotar, con lo que encendió su entendimiento y empatía, evitando el inminente enojo. Él se quedó callado y camino fuera de la enfermería.

—Vámonos, Calima —dijo, mientras salía.

Ella obedeció la orden y lo acompañó hacia el pasillo, no sin antes echar un último vistazo a Donny. Realmente estaba en mal estado, se encontraba peor que el cuerpo de Gune, el cual todavía le causaba pesadillas.

La tensión comenzaron a fluir una vez la adrenalina del momento comenzó a disiparse. Donny se iba a morir, jamás había visto el cuerpo de nadie tan desfigurado, ¿Lo había hecho aquellos hombres que había visto?. Calima se aferró a la esperanza de que él era quien necesitaba ayuda urgente. Y por eso fue al único que habían traído.

Gabroil camino escaleras arriba, impaciente, esa era una sensación que Calima no quería aplacar, él tenía derecho a estar preocupado.

De un parpadeo, ella pudo sentir como el pulso alomántico de Gabroil se detuvo. Había dejado de quemar peltre, y este cayó al suelo de forma inmediata, como si toda su fuerza se le fuera arrebatada de un golpe.

Calima quedó sorprendida por varios segundos, todavía aturdida por la situación. Recordó que había sufrido de lo mismo en el pasado, su cuerpo se debilitaba después de dejar de quemar peltre luego de un gran esfuerzo. Así que corrió hacia el cuerpo caído de Gabroil, en busca de un vial para darle.

Al acercarse, noto que todavía se encontraba consciente. Él suspiró, apoyándose sobre sus manos, y aun en el suelo, se acercó a la pared, descansando su espalda, sentándose en el piso.

Estaba exhausto, y no únicamente de forma física, parecía estar totalmente afligido por la situación, con lo que ella decidió preguntar.

Encendió preocupación y curiosidad, mientras tocaba el brazo de Gabroil. Este la observó un momento, sus ojos estaban llenos de pena. No le dijo nada, pero Calima fue capaz de entenderlo, ella siempre entendía, aun cuando no quería hacerlo.

Y allí pensó en la realidad, de estar bien, Dana hubiera avisado de lo sucedido, o habría traído a Donny mucho antes, y si no la trajeron todavía es o porque está bien o….

Calima volvió a encender curiosidad, con lágrimas en sus ojos, buscando una respuesta.

—Donny es el único que sobrevivió —dijo Gabroil, su voz a punto de romperse.

La confirmación golpeó el pecho de Calima como una daga. Se había hecho a la idea de morir, o peor, que mataran a Dan u otro de los miembros de la banda que trabajaban de soldado. Pero no Dana, ella era solo una mensajera, ni siquiera le gustaba matar.

Ella podría haber evitado esto, quizá si se hubiera quedado, si hubiera elegido ayudar a Donny en lugar de entregar el mensaje. Llevaba horas pensándolo, lo sospechaba desde que vio a aquellos hombres en camino, sabía que ellos no planeaban nada bueno, pero su cobardía la detuvo de hacer algo al respecto.

Observó como Gabroil, que estaba devastado, Calima se sentó a su lado, apoyándose en su hombro, acompañándolo en su dolor.

—Ni soñando —dijo Robby, totalmente enfadado.

Eso fue lo primero que Andés escucho al entrar a al comedor, al parecer, Manette apenas había dado las noticias.

—Robby… —dijo Manette, intentando terminar lo que estaba diciendo.

—¡No! —volvió a replicar el muchacho en voz alta —De no ser por ustedes, yo me habría muerto hace meses a las afueras de un hospital, y sé que no soy el único en que ha estado en esa situación.

»Gabroil apenas podía pagarse la comida, y Calima estaba a dos días a que la mataran en un callejón cualquiera o que se muriera de hambre, así que no, nadie se va a ir de la banda.

—Tú no puedes tomar esa decisión, muchacho —dijo Gabroil, estaba al lado de Manette, sentado en una silla al lado de la mesa.

—¿No hablamos de esto cuando mataron a Gune? —contestó Robby, furioso —Los que estamos aquí nos quedamos por una razón.

—A Gune no lo mato un nacido de la bruma —contesto Manette, de forma tajante y directa.

La habitación quedó en silencio, Andés fue capaz de notar la sorpresa en el rostro de la mayoría, incluido Robby. Solo habían pasado unas pocas horas desde que habían vuelto, y él tuvo que tomar un desvío para recoger algo de suma importancia. Parecía que Manette todavía no le contaba los detalles.

—No puede ser verdad —dijo Pit, que estaba en el fondo. El silencio de la sala hizo resonar su objeción con una mayor fuerza, como si todos los presentes compartieran esa opinión.

—Así fue —contestó Andés, mientras caminaba hacia donde se encontraban Manette y Gabroil —Todos fueron masacrados, solo encontramos a Donny sepultado entre las piedras.

La sala volvió a quedar en silencio, incluso Robby había perdido el valor para hablar.

—Por eso les digo —prosiguió Manette —Esta es mi última advertencia. Váyanse, si temen por sus vidas. Esto no es algo que podamos ganarle con un entrenamiento de espadas. No tienen por qué tomar su decisión ahora, ni siquiera tienen que avisarme, yo los he contratado porque confiaba en ustedes.

—¿Y si nos quedamos? —preguntó Hef, sentado apoyado sobre la mesa.

Manette se quedó callada, y observó al suelo, parecía estar buscando las palabras correctas, con lo que nadie la interrumpió.

—… Entonces se arriesgarán a morir en cualquier momento —dijo, observando a toda la banda —Todavía no sabemos por qué no se han presentado personalmente a acabar con todos nosotros, quizá el propósito del ataque solo fue para causarnos miedo, quizá es para eliminarnos de a poco, en cualquier caso, siguen corriendo peligro.

»No, no tienen por qué preocuparse por nosotros si deciden irse, hemos llegado a un punto en el que comenzaremos a contratar a personal externo, con lo que podremos celebrar el baile dentro de una semana, aunque no se encuentren aquí.

—¿Saben si Donny se recuperara? —preguntó una voz, era Mern, que estaba sentada y casi totalmente tiesa ante la situación.

—No lo sabemos —contestó Gabroil —Sall lo está tratando ahora mismo, ha tenido que cortarle un pie.

Silencio otra vez, lo ideal en esta situación para mantener la lealtad de su

equipo sería seguir hablando, llenar estos vacíos con falsa esperanza y evitar que se hicieran a la cabeza la peor de las situaciones. Pero por muy fría que se comportase, a Manette le importaba esta gente.

—En cuanto a los que no tienen un lugar a donde ir —declaró Manette —Nos encargaremos de encontrar lugares seguros. Por fortuna, todos los que logren anotar en el contrato de la mina, ya tienen papeles que los identifica como nobleza, así que son libres de viajar a cualquier ciudad y conseguir cualquier trabajo.

—No estamos instruidos —dijo Diven —Yo apenas sé cómo manejar un carro.

—Tengo unos contactos en el este —dijo Gabroil —Allí todos son idiotas, apenas se meten en la política y lo que más necesitan es a personas dispuestas a manejar los caballos.

Todos volvieron a quedarse callados, Andés pudo ver como la mayoría lo estaba considerando. Lo que más les convenía era retirarse, muchos habían conseguido ya lo imposible, tenían documentación de nobleza, aunque sin una casa detrás para respaldarlos, bien podrían usarlos esos papeles para dibujar. Si tenían cuidado, con el dinero que habían ganado estos meses, solo tendrían que cuidar que ningún obligador los descubriera.

Pero igualmente, ese pensamiento le causó pena, estaban cerca, demasiado cerca. Solo a un contrato con el ministerio para quedar establecidos como una gran casa, asegurando la seguridad de todos los integrantes de la banda de ser descubiertos y ejecutados.

—No tienen por qué declarar sus intenciones aquí —prosiguió Manette —Puede ser mañana, en la semana o incluso dentro de un mes, pero sepan que no sabemos cuándo pueden atacar, o si siquiera lo harán. ¿Alguna pregunta?.

Nadie en la sala pareció tener el valor de dejar en claro cualquiera de sus inquietudes. Todos estaban absortos en las decisiones que deberán tomar.

—Entonces, pueden retirarse —termino de decir Manette.

Nadie se atrevió a mover, lo más probable es que sintieran que hacerlo fuera una declaración de algún tipo, con lo que fue Manette quien salió de la sala, acompañada de Gabroil y Dan. Andés salió por otra puerta, siguiéndolos hasta el patio.

Una vez allí, los cuatro se observaron en silencio, la situación era realmente complicada, ¿Cómo siquiera comenzarán esta conversación? Andés decidió hablar primero

—¿Y Fren?.

—… Junto a Sall —contesto Manette, soltando un suspiro —Está esperando por si Donny llega a despertarse.

Silencio de nuevo, no era normal entre ellos tres, siempre había algo que

discutir, un plan que idear, pero esta vez ninguno conocía realmente cómo proceder ante esta situación, con lo que Andés se decidió, y tomó las riendas.

—Supongo que Calima se encuentra en su habitación —dijo.

—No —respondió Dan —Ella insistió en vigilar las afueras de la mansión.

—… Luego hablaré con ella —respondió Manette —No podemos dejar que pelee, no ahora.

—De todos aquí ella es quien mejor puede vigilar este lugar —dijo Andés —Aun sin la experiencia de soldado, puede rondar toda la zona en segundos con un empujón de acero.

—No tardaremos en conseguir más guardias —replico Dan —Así que será una pérdida de tiempo.

—No podemos conseguir más guardias —respondió Manette —Ya lo has visto, saben que estamos contratando mercenarios.

—Por eso no contrataremos mercenarios —contestó Andés —alquilaremos directamente a la guardia de la ciudad.

—¿Cómo? —pregunto Manette, confundida —Ni hablar, esa es gente en la que menos podemos confiar, no responden a nosotros. Además, son alrededor de diez veces más caros que cualquier grupo de mercenarios. Todas las casas de la zona contratan o entrenan a sus propios hombres por esa misma razón.

—Cierto —dijo Andés —Pero están mejor entrenados, además de que podremos evitar a cualquier espía no deseado, sin contar que ayudará a nuestra fachada.

—Tiene razón —dijo Gabroil —Pero se está olvidando de un pequeño detalle. No tenemos el suficiente dinero para contratar a tanta gente.

—Si lo tenemos —Andés tomó su bolsa, y de allí sacó otra más pequeña. Entregándosela a Manette. Al abrirla, ella quedó tiesa al ver el contenido.

—No… no lo hiciste —dijo Manette, totalmente en incredulidad.

—¿Hacer qué? —preguntó Gabroil. Manette le entregó la bolsa, la cual también inspeccionó. Abrió los ojos como platos y tomó un puñado de las perlas que se encontraban dentro.

—Atium —dijo Andés —Volví a la fortaleza de Moigner para robarlo.

—¿Eso es Atium? —pregunto Dan, tomando una perla de la bolsa—Es la primera vez que lo veo.

—Lo que tienes ahora en tu mano nos puede pagar a veinte soldados de la ciudad por un año entero —afirmó Andés.

Dan se sorprendió como los demás, y observó la cual estaba totalmente llena.

—Te dije de camino a la mina que dejaras esa bolsa —recrimino Manette, su

tono claramente enfadado —Ellos sabrán que fuimos nosotros y vendrán a buscarnos directamente

—Tú dijiste que me encargara de la guerra, ¿verdad?, entonces créeme cuando te digo que esta es la mejor opción que podemos tomar.

—¿Qué quieres decir con «La mejor opción»? —preguntó Gabroil, indignado —¡Aquí hay suficiente como para mantenernos por meses sin ganancias!, ¡enviaran al nacido de la de la bruma para recuperarlas!.

—No —contestó Andés, tajante —Ellos ya saben que Calima es una nacida de la bruma, esta cantidad de Atium los mantendrá alejados.

—¡Pero ella no sabe ni como usarlo! —grito Gabroil —¡Además de que tampoco sabe pelear lo suficientemente bien!.

—Tiene razón —prosiguió Manette —Todavía no les has robado a los Haught.

—¿Usarlo? —pregunto Dan —sé que es un metal alomántico, pero no puede valer su uso en alomancia tanto como lo que puedes comprar con él, ¿O sí?

—Su propiedad alomántica es lo que lo hace tan caro en primer lugar —contestó Andés —El atium, al menos en la dominación central, es lo que asegura que tu casa no sea atacada por la noche. Puedes contratar nacidos de la bruma con él, además, si ya tienes uno, este lo vuelve casi invencible.

»Y con respecto a los Haught, los dejaremos en paz, esa es una casa la cual todavía no hemos enemistado.

—¿Crees que cualquier casa estará dispuesta a pactar una alianza después de todo lo que hemos hecho? —preguntó Gabroil, confundido.

—Sí, especialmente ahora que se propagara la noticia del robo.

—Eso no tiene sentido, ¡Nos odian a muerte! —dijo Gaboril, entre confuso y furioso.

—Te equivocas, Gabroil. No odian a la casa Doulin, jamás lo han hecho.

—¡Mentiras! ¡Todos ellos estaban compinchados en el asesinato de mi familia!.

—Cierto, pero no fue por odio —aclaró Andés, intentando sonar más amable —Tu familia tenía algo que ellos querían, las tierras, las fábricas, los contratos mercantiles. Aprovecharon una oportunidad para conseguir esas cosas, y la tomaron, ahora que puedes defenderte, estarán dispuestos a hacer alianzas.

—¡Antes muerto que aliarme con esa escoria! —grito Gabroil, totalmente enfadado —¡No puedes decirme que simplemente lo ignore!, ¡Era mi maldita familia!.

—¿Dejarás entonces que Dana muriera por nada? —respondió Andés, en un tono severo —¿Qué hay de la muerte de Gune? Te protegió, estarías muerto de no ser por él.

Gabroil apretó su puño en ira, odiaba la situación con pasión, de haber roto en un nacido de la bruma, no hubiera sido sorprendente que hubiera destruido a todas las casas nobles de la ciudad.

—¿Quieres venganza? —preguntó Andés —Está bien, la tendrás, ese es el motivo por el que te uniste a la banda. Pero si quieres estar en posición de llevarla a cabo, tendrás que tragarte tu orgullo y plantar alianzas con tus enemigos.

El noble testarudo bajo la cabeza, aceptando la derrota en las palabras de Andés.

—Entonces. ¿Qué debemos hacer? —preguntó Manette.

—Aprenderemos a dar una fiesta.

FIN DE LA TERCERA PARTE

CUARTA PARTE:
CORAZONES DE ODIO Y PLATA

Capítulo 22

Calima observó cómo el caos se desenvolvió ante sus ojos, o al menos eso se podía ver en las caras de sus compañeros.

Sall se encontraba dirigiendo a unos sirvientes recién llegados al comedor. No el que utilizaban para las reuniones, si no otro, el cual era más grande y lujoso, pero que carecía de alma. Aquellos sirvientes eran un conjunto de recién contratados, y personal de las familias que habían enviado para que se familiarizasen con el lugar antes de la fiesta.

A Calima le tocaba asegurarse de que ninguno se desviara hacia las habitaciones a husmear. Además de levantar el humor del resto de la banda para que la actuación sea mejor llevadera.

—¡Éléandrine! —escucho Calima, girándose hacia Gabroil, quien fue el que la había llamado. Se acercó hasta él, practicando la caminata tal y como le habían enseñado. Todavía no estaba del todo encantada por su nombre falso.

—¿Serías tan amable de acompañar a lord Profoste? —pidió Gabroil, con un tono de cordialidad que parecía cómico frente al contraste de su personalidad habitual —Me acaban de notificar que se encuentra en la entrada.

Calima asintió con una pequeña reverencia, marchándose hacia la entrada. Mientras caminaba, ella podía sentir como la mansión estaba viva. Se había acostumbrado al silencio en los pasillos, dada a la minúscula cantidad de miembros que tenía la banda en comparación al espacio habitable. Pero todos estos nuevos empleados, además de las visitas y el trabajo que los tenían a todos moviéndose para todos lados, le permitía ver a la verdadera cantidad de personas que podía abarcar toda la estancia, parecía un lugar totalmente distinto.

Al llegar a la entrada, Diven se encontraba abriendo la puerta al señor Profoste, quien estaba entrando junto a quien le habían dicho que eran su hijo y sobrino, además de algunos sirvientes, uno el cual era terrisano.

Calima se acercó, y presento una pequeña reverencia hacia aquel noble, el cual se encontraba vestido con ropas de gala.

—Vaya, si es la pequeña señorita —dijo Profoste —he de suponer que tú has de guiarnos hasta la sala principal, ¿verdad?.

Calima asintió a su pregunta, Manette le había dicho que habían comunicado a la mayoría de invitados su condición de muda, solo para evitar problemas. Con una pose perfecta, ella sonrió a los invitados y con un ademán comenzó a guiarlos hacia el salón principal.

Interpretar un papel siempre había sido lo más fácil de sus tareas. Aun si

seguía sin ser una buena nacida de la bruma, parecía tener buena madera como estafadora, o al menos eso le habían dicho los demás.

—Es un lugar bastante acogedor —dijo uno de los acompañantes de Profoste, no podía identificar si era su hijo o sobrino.

—Debe de ser más difícil perderse en un lugar como este —contesto el otro —Aunque dudo que tenga el espacio suficiente para acomodar a tantos invitados.

—Muchachos —respondió Profoste —deberían de ser más educados cuando hablan del hogar de una persona.

—No hay nadie para escucharnos.

—La niña no es sorda —recrimino Profoste —solo muda.

Calima decidió ignorar la conversación, ella sabía que, aun cuando Profoste se comportaba como un caballero, él no dudaba en matar a goles skaa, a veces incluso por diversión. Ella se limitó a solo guiarlos por el camino.

Una vez en el salón principal, fueron recibidos por Hef, quien oficialmente se había convertido en el jefe de la guardia, ahora encargado de organizar la llegada de los invitados, y prevenir si alguno desidia comenzar a husmear donde no debía.

—Lord Profoste —dijo Hef con una reverencia —Su mesa está lista.

—Oh, no se preocupe por guiarnos —respondió, interrumpiendo a Hef —Puedo ver a mis sirvientes —este camino hasta la mesa la cual habían preparado.

Calima salió del salón inmediatamente para continuar con su trabajo, camino por el pasillo y avivó con fuerza su estaño mientras rodeaba toda la casa a paso rápido. Ella debía encargarse de la seguridad interior hasta que Hef se desocupara posicionando a los invitados. Después de todo, al ser una niña, podía excusar cualquier salida repentina con mayor facilidad.

Una vez terminada su ronda, volvió al comedor en donde se encontraba Sall. La mayoría de los sirvientes ya habían comenzado sus respectivas tareas, con lo que la habitación estaba mucho más vacía. Pudo divisar que Sall estaba hablando junto a Dan.

—Lo siento, Maese Dernau, pero mis manos se encuentran ocupadas —dijo Sall a Dan, tuvieron que practicar los nombres falsos bastantes días para ser capaces de acostumbrarse.

Ambos se giraron hacia Calima cuando ella se acercó a escuchar.

—Éléandrine, qué fortuna —dijo Dan —Hemos tenido un imprevisto de personal, ¿Podrías encargarte de Daxim?, al menos hasta que encontremos a alguien para que te reemplace.

Calima asintió nuevamente con una reverencia, no sin antes encender la

calma tanto de Sall como Dan. Ambos parecían estar a punto de explotar por todo este batiburrillo de nombres relativamente nuevos, los cuales debían tratar como propios, además de las personalidades que les acompañaban.

Con tranquilidad dio otra pequeña reverencia a sus supuestos superiores y se dirigió hacia la habitación en la que se encontraba Donny. Era una de las más alejadas de la mansión.

Mientras caminaba, paso de lado la habitación en la que se encontraba Manette discutiendo en una reunión con el líder de la casa Moigner. No podía escuchar muy bien los ruidos de dentro, dado que aquella zona estaba casi totalmente insonorizada.

Al llegar a la habitación, Calima toco la puerta y espero, aun si nadie fuera a responder. Donny estaba probablemente dormido, pero Calima sintió que era importante mantener el porte de nobleza todo lo que podía.

Al entrar, Donny se encontraba todavía inconsciente tal y como habían esperado. Se había despertado varias veces desde el incidente hace unos meses, pero él no estaba al tanto de todo. Ni siquiera sabía que lo habían ubicado como noble aún en contra de sus deseos. Necesitaron justificar la urgencia en salvarlo y que pudiera ser atendido por mejores doctores. Siempre tenían que tener a alguien vigilando por si llegaba a despertarse, en especial hoy, que de hacerlo podría causar una gran confusión.

Habían sido unos meses complicados, tuvieron que posponer la fiesta por problemas de seguridad. Habían sufrido otros dos ataques, ninguno por el nacido de la bruma. Por fortuna nadie había resultado herido, ni siquiera los atacantes, ya que según Andés, estos provenían de las casas rivales con el propósito de probar las defensas y se retiraban antes de llegar a un conflicto real.

Aunque aun si no habían sufrido ninguna otra baja, debían mantener la guardia alta, solo hace falta un descuido para que suceda otra catástrofe. Esta vez se habían preparado para engatusar a los fisgones, y aunque Manette había asegurado que era poco probable que ninguna casa intentara un movimiento en la primera fiesta, Andés opinaba todo lo contrario.

Calima escuchó como alguien se acercaba por el pasillo a la puerta. Además de unos pasos, fue capaz de distinguir la silla de ruedas de Robby, no se levantó para abrir la puerta, debía disimular que no tenía estaño.

Una vez que tocaron la puerta, Calima se levantó a abrirla. Allí se encontraba Robby, quien era traído por Alfure, el terrisano que había contratado Manette.

—Buenas tardes, ehhh, El… —Robby intentó pensar con fuerza. Seguía teniendo problemas recordando todos los nombres nuevos —Me enviaron a cuidar a Don… Daxim, lo siento.

Calima le dedicó una sonrisa, seguida de otra reverencia, y comenzó a marcharse.

—Eh eh, espera un segundo —dijo Robby, que le tomó del brazo antes de que pudiera cruzar por la puerta —Alfure, podrías irte un segundo, ¿por favor?.

El hombro no divulgó queja alguna, y procedió a salir de la sala con rapidez. Robby se acercó con su silla de ruedas hacia Calima, que se encontraba un poco confundida.

—¿Cómo demonios lo haces? —preguntó en voz baja, parecía estar bastante desconcertado.

Calima no entendió lo que preguntaba, con lo que encendió curiosidad.

—¿Como que «que»?, te vi en el vestíbulo, además de en las prácticas. De todos eres quien actúa de manera más natural ¡Y ni siquiera puedes hablar!.

Ella se encogió de hombros, y encendió una sensación de naturalidad. No era difícil interpretar un papel, solo era suficiente ser la persona que los demás esperan.

Robby suspiró. A Calima le sorprendió que estuviera teniendo tantos problemas para adaptarse, él era de los que mejor hablaba, además de tener un montón de libros, incluso llevaba practicando más tiempo que ella, que jamás había vivido como una noble.

—Dile a Alfure que entre cuando salgas —dijo, parecía estar aliviado de no tener que seguir interactuando con los invitados.

Antes de salir por la puerta, ella le dedicó una pequeña reverencia de despedida. Puedo notar como aquello frustró un poco a su compañero, pero no podía hacer nada al respecto, hoy, ella era noble.

Una vez fuera, vio como Alfure se encontraba varios pasos lejos de la puerta, esperando. Calima hizo una seña gentil hacia la puerta, señalando para que entrase.

Alfure contestó con una sonrisa forzada, y se dirigió a la habitación. Calima sabía él tenía una especie de rechazo hacia ella, a pesar de las sonrisas cordiales que este le dedicase. Notaba alguna clase de incomodidad en sus ojos, ella teorizaba que se debía a que no hablaba, pero realmente no tenía forma de saberlo. No caerle bien a alguien era algo que quería evitar, era incómodo saber que vales menos para otra persona, aun si esta no hará nada al respecto. Pero la hermana de Calima, años atrás, le había dicho que siempre habrá alguien a quien no le caerías bien.

Mientras pensaba, ella decidió tomar el camino largo hacia el salón principal. Todavía seguía encargada de asegurarse que nadie estuviera fisgoneando donde no debía. Aun habiendo varios guardias vigilando las entradas a los pasillos, siempre era posible que alguien se escabullera.

Mantuvo su estaño encendido, en busca de cualquier sonido irregular. Se

apresuró al escuchar la fiesta de abajo, la cual había comenzado. Debía apresurarse para asistir a sus compañeros.

Rondó por los pasillos de forma rápida, intentando mantener la gracia al caminar. Al cabo de varios minutos, no pudo evitar escuchar un ruido que llamó su atención. Fue de una puerta, la cual se encontraba a dos pasillos a la derecha. Comenzó a caminar hacia esa dirección.

Al llegar, a la puerta, noto que se trataba de la Habitación de Manette. Calima decidió observar dentro usando el agujero de la cerradura.

Como había esperado, fue capaz de visualizar una silueta caminando de un lado a otro, además escuchar el movimiento de papeles. No le quedaba otra opción que suponer que no se trataba de ninguno de sus compañeros, ya que se habían preparado para un caso como este.

Manette había «divulgado» la ubicación de su habitación dentro de la mansión, no sin antes de haberse llevado todos los papeles importantes a un lugar seguro, y bajo llave, dejando aquellos irrelevantes detrás, además de alguna que otra falsificación. Le habían indicado donde se encontraban aquellos papeles falsos por si necesitaba informar qué era lo que sus enemigos habían descubierto. También tenía otro propósito, aunque solo fue sugerido por Andés.

Jugueteo con las emociones del intruso un poco, encendiendo frustración a los papeles redundantes, e intriga y sorpresa a aquellas falsificaciones que podrían ser extremadamente dañinas de ser reales.

Al cabo de un minuto esperando, Calima decidió entrar en la habitación, aprovechando un momento en el cual el intruso se encontraba en una esquina oculta de la entrada.

Una vez abierta la puerta, encendió la cautela del intruso, el cual ahora mismo no se encontraba en su campo de vista, dejándolo quieto y callado. Ella agachó la cabeza, y caminó hasta la cama de Manette, ignorando totalmente la presencia de lo que ahora podía intuir que era una sirviente, y se acostó, dejándose caer de frente, simulando cansancio y cerrando los ojos en dirección al aquella ladrona.

Como era de esperarse, esta aprovechó y salió de la habitación, silenciosamente. Calima le hizo el favor de no abrir los ojos, a pesar del ruido que estaba causando con las pisadas. Una vez la intrusa se había escapado, volvió a levantarse de la cama y observó la habitación.

Estaba hecha un desastre, varios papeles desperdigados por el suelo, además que los cajones se encontraban abiertos, aunque pudo ver que no se había robado nada, probablemente su intención solo fue memorizar, y ordenar luego del acto. *Debí haber esperado a que terminase de limpiar…*

Calima comenzó a ordenar, lo más probable es que sería mucho más útil si lo

dejara para después y se marchará hacia el salón principal. Pero le molestaba dejar la habitación en este estado. No tardó demasiado en dejar todo medianamente presentable.

Al comenzar a marcharse de una vez, fue detenido por el sonido de unos pasos, los cuales se aproximaban en lo que parecía ser la dirección en la cual ella se encontraba. Calima se apresuró y se escondió dentro de un armario.

Inmediatamente, una persona ingresó a la habitación, Calima fue capaz de verlo desde dentro del armario, observando por el pequeño espacio que dejaba la puerta.

No era nadie a quien reconociera. Aquel intruso observó hacia el pasillo antes de cerrar la puerta, y una vez asegurada la zona, comenzó a hurgar en los papeles de Manette. *¿Otra vez? No tienen ni la decencia de esperar a la segunda fiesta.* Ese pensamiento le dio una idea a Calima, quizá algunas de estas familias ni siquiera esperaban que hubiera otra fiesta, si se encontraban tan desesperadas por encontrar cualquier arma en contra de ellos, significaba que los querían totalmente muertos.

Ella dejó de pensar y se concentró nuevamente en aquel intruso, el cual parecía estar acercándose hacia el armario. Ella encendió pereza, y aplaco la curiosidad, causando que el hombre se detuviera y observara hacia otro lado. Una vez su mirada se había fijado en el escritorio, ella encendió y aplaco las emociones contrarias, lo cual lo llevó hacia aquella dirección.

Enfocándose en los sonidos del papel, Calima intento intuir que página estaba leyendo. Fue difícil, pero podía hacerse una idea de la localización de las manos.

Esperando un poco, encendió el interés, buscando el momento perfecto, el cual llego cuando aquel intruso abrió el cajón. Allí se encontraba uno de los papeles falsos más jugosos, el cual afirmaba que tenían una deuda con el ministerio.

Encendiendo un poco más la intriga y curiosidad, espero hasta que aquel hombre terminase de leer la falsificación, estimando el tiempo basándose en cuanto se había tardado en leer los papeles anteriores. Una vez aquel tiempo había llegado, Calima encendió la urgencia, junto a la sensación de peligro y cautela.

El hombre reaccionó tal como ella esperaba, cerrando el cajón y saliendo de la habitación a toda velocidad sin mirar hacia atrás, pretendiente que nada había sucedido.

Ahora que la habitación había quedado nuevamente vacía. Calima aprovechó y salió hacia el pasillo, con cuidado de que nadie la viese. Había perdido demasiado tiempo en la habitación, *espero no haber preocupado a los demás…*

Llegando a la esquina, pudo escuchar los pasos de otra persona, esta vez no

hubo necesidad de esconderse con lo que terminó topándose con ella en la intersección. Otra vez, era alguien a quien no conocía, y que por ende, no debería estar caminando por el pasillo. *¿Qué están haciendo los guardias?*.

Era un terrisano, como los demás, llevaba ropa de mayordomo, además de tener un peculiar maletín de cuero. Él se sorprendió por la repentina aparición de Calima. Con lo que ella fingió sorpresa, acorde a la situación.

—Discúlpeme, señorita —dijo con voz calmada —No era mi intención sobresaltarla.

Calima contestó con un gesto usando la mano, el cual eximía al sirviente. Este contestó con una gentil reverencia y se quedó quieto, esperando a que ella continuase caminando.

Una vez ella giró por la esquina, el terrisano continuó con su camino, dirigiéndose hacia donde ella provenía. Con lo que Calima se quedó quieta, prestando atención a los sonidos con su estaño.

Nuevamente, volvió a escuchar la puerta de Manette abrirse. *Esto es ridículo.* Pensó, frustrada, con lo que esta vez decidió no molestarse y continuó caminando hacia el salón principal.

Aun cuando Manette y Gabroil insistieron de en que los guardias harían su labor, Andés le advirtió que esto sucedería.

Ya podía oír el ruido del salón principal. Quería pasar por allí para observar el estado de sus compañeros antes de continuar, no podía confiar que aquellos intrusos solo revisaran la habitación de Manette después de todo.

—Y por eso… queremos agradecerles su visita —dijo Gaboroil, Calima reconoció su voz desde fuera del salón, sonaba enfadado —Sé que muchos de ustedes han tenido roces con mi familia, pero les aseguro que esos conflictos quedaron en el pasado.

Calima se apresuró, y llegó a la sala desde el segundo piso. Desde, arriba, pudo ver a todos los invitados parados, escuchando el discurso. Algunos se encontraban aburridos, otros decepcionados, la mayoría abstraídos de la situación.

—Ya que está en nuestro deber, ayudar a nuestra amada ciudad a conseguir un futuro más prosperó —al observar el rostro de Gabroil, Calima pudo notar el sutil enojo.

¿Qué estaba sucediendo? Él había practicado cientos de veces, juró mantener la compostura. A diferencia de todos los demás, ella estaba convencida de que Gabroil no perdería el control, con lo que rápidamente encendió el bronce en busca de cualquier manipulación alomántica. Pero no encontró nada.

Ella no se rindió, siempre podían tener ahumadores, había aprendido de

Andés que asumir la peor situación era vital para que todo saliera bien. Así que encendiendo su estaño, espero a un punto culmine del discurso de Gabroil, y allí aplaco su ira y frustración, mientras se concentraba en la multitud.

Ocho personas reaccionaron al cambio, Calima observó detenidamente a todas ellas, era improbable que todos fueran alománticos, con lo que automáticamente encendió de forma minúscula la frustración de todos ellos, ahora que Gabroil continuaba su discurso con mayor confianza.

Dos de las ocho personas se delataron con una mueca, fueron los únicos los cuales la frustración los llevó al enojo, en lugar de a la vergüenza ajena de ver a alguien estar indeciso de como hablarle al público.

El primero era un sirviente que se encontraba parado al lado de su señor, mientras que la segunda era una mujer bastante mayor, la cual se encontraba sentada cerca del escenario, ambos rodeados por una multitud.

La anciana mantuvo su frustración de forma sutil mientras respiraba para prepararse, aun cuando Calima había dejado de afectarla. Estaba vestida de forma extravagante, llevaba una sola pieza bastante larga, acompañada de anillos, pendiente y un collar, todos metálicos, lo cual resaltaba aún más la arrogancia que ostentaba con su mirada. Manipularla con emociones diferentes a las que sentiría normalmente sería complejo, con lo que solo comenzó encendiendo el orgullo y culpa.

Por otro lado, una vez bajada la frustración, el sirviente se presentó más confundido, apretando un poco los dedos, el cual podría indicar un movimiento inconsciente al uso de su alomancia. Calima lo llenó de duda, *¿estaba haciéndolo bien?, ¿y si soy demasiado obvio?.* Eso es lo que probablemente aquel hombre se preguntara.

Al parecer, Andés volvía a tener razón, en esta fiesta no había ningún obligador. Al momento de invitarlos, alguien había movido los hilos para que ninguno se encontrase en situación de aceptar, o al menos eso fue lo que él dijo, ya que también afirmó que era extremadamente raro que el cantón de las finanzas rechazase cualquier invitación.

La familia que había ideado este plan, tenía la intención de poder utilizar alománcia emocional sin consecuencias, puesto que sería arriesgado intentar nada con cualquier miembro del ministerio presente por las represalias que estos pudieran causar de descubrir la estratagema.

Calima caminó por el balcón hasta ubicarse dentro de la línea de visión de Hef. Una vez bien ubicada, encendió al máximo su sentimiento de alerta, acompañado de la calma para que no llamase la atención.

Este se sorprendió y observó la sala, buscando la fuente de su sorpresa. Calima

aplacó la seguridad cuando él miraba hacia donde no debía, y la encendió cuando sus miradas se encontraron. Ella hizo una mueca de enojo y negación, y miró hacia el sirviente. Luego devolvió su mirada hacia Hef y encendió peligro. Este asintió, dirigiéndose hacia aquel hombre.

Ahora, tocaba lidiar con la anciana. Calima no se molestó en avisar a nadie, aquella mujer parecía tener demasiado estatus, lo que causaría un escándalo retirarla, aún más sin evidencia. Se limitó a aumentar la seguridad y templanza de Gabroil, seguramente eso sería suficiente para que terminara su discurso en paz. En tanto a la mujer, Calima encendió simplemente la molestia, no podía lidiar completamente con ella en esta situación, solo mitigar sus daños.

Por fortuna, Gabroil concluyó su discurso con una agradable sonrisa y un buen cumplido a las casas que pudieron prosperar en los años de su ausencia, recibiendo un aplauso de los presentes en la sala.

Ella se apresuró y bajo hacia el salón, lo siguiente era algo que debía de encargarse desde cerca. Entró nuevamente al pasillo, bajando por las escaleras, una vez abajo pudo ver como Hef estaba retirando al sirviente.

—Por favor… debo volver con mi señor —dijo este, estaba actuando un rostro de preocupación y desesperanza.

Ahora que estaba solo, Calima volvió a encender bronce. Como había esperado, aquel hombre era alomántico. Lo cual confirmaba también la presencia de al menos otro ahumador.

—Yo ehh… lo siento chico —dijo Hef, parecía estar dudando. Con lo que desde lejos, Calima llamó su atención encendiendo nuevamente su sentimiento de alerta. Hef la volvió a observar, con lo que ella le devolvió la mirada, asintiendo seriamente con la cabeza.

—Vamos amigo, no seas crue… —el sirviente no termino de hablar sin antes recibir un puñetazo en la cara.

—Soy buscador, imbécil —mintió Hef con un tono severo —si sigues manipulando mis emociones, te mato.

Calima sintió como, del susto, aquel hombre dejó de quemar su metal, quedándose callado mientras era empujado por Hef fuera del salón.

Una vez en la sala, ella observó cómo los invitados comenzaron a socializar, todo estaba sucediendo tal y como había descrito Andés. Se formaban grupos, los cuales representaban distintas alianzas, todas con sus intereses propios. En cambio, los miembros oficiales de la familia Doulin se encontraban recluidos, aun siendo los anfitriones de la fiesta.

Supuestamente, Gabroil debería estar encargándose de formar las nuevas

relaciones, pero no podía encontrarlo en ningún lugar del salón. Los únicos miembros de la banda que Calima fue capaz de ver eran Dan y Sall, quienes se encontraban sentados en la mesa, incómodos por la situación.

Luego de un suspiro, ella caminó hasta la mesa a paso rápido, Dan la vio de camino y se levantó del asiento, se le veía preocupado.

—¿En dónde te habías metido? —pregunto, preocupado.

Calima respondió con responsabilidad y concentración mientras rotaba su dedo, señalando hacia el techo.

—¿Encontraste algún intruso?.

Ella levantó tres dedos con la mano.

—Maldición… aquí las cosas tampoco están saliendo del todo bien —contesto Dan, podía notar que se encontraba más agobiado que antes solo con mirarlo.

Tomando su libreta, la cual tenía en un bolsillo preparado para ella, Calima comenzó a anotar.

¿Gabroil? Escribió, mientras encendía curiosidad.

—Uno de los invitados pidió hablar a solas con él —contestó Sall —Fue mala suerte que lo hiciera justo ahora, que él necesitaba socializar con los demás.

No, no era mala suerte, fue una jugarreta calculada. Calima observó hacia Sall, y encendió la cautela y responsabilidad. Una vez había captado su atención, ella hizo una seña con su cabeza hacia la fiesta.

—No… —dijo sorprendido —No esperarás que yo socialice, ¿o sí?.

Calima se acercó y lo tomó del brazo, mirándolo con seriedad.

—¡Espera! —exclamó Dan, en voz baja —Nosotros dos no estamos preparados para socializar, ¡Eso es trabajo de Manette y Gabroil!.

—Lo mejor será esperarlos —continuó Sall —podríamos arruinar el plan si tomamos un paso en falso.

Calima miró a ambos a los ojos mientras, con un movimiento de su cabeza, aplaco el miedo y la conformidad. Luego los volvió a observar, y girando un momento su cabeza hacia la fiesta, agregó el peligro a la sensación de urgencia.

Ambos se volvieron a mirar entre sí, habiendo comprendido el dilema en el cual se encontraban. Aun dudando, se levantaron de sus asientos, dirigiéndose hacia la multitud.

Mientras se alejaban, Calima encendió tanto coraje como confianza, aplacando las inseguridades, ellos debían de ser capaces de manejarlo. En cuanto a ella, volvió a caminar hacia los pasillos, encendiendo el estaño con fuerza, en busca de Gabroil.

Entre todo el ruido, fue capaz de discernir las voces en una puerta al final del

pasillo. Además de la de Gabroil, podía escuchar dos, las cuales no reconoció, obligándola a correr una vez supo que nadie la estaba viendo.

Una vez allí, acercó su oreja a la puerta antes de abrirla.

—Tus padres debieron de haberte enseñado mejor, Gabroil —dijo una voz femenina, sonaba bastante mayor —¡Solo consiguieron un obligador para el día de hoy!, ¿Realmente pensabas que con esto volverás a conseguir el antiguo renombre de tu familia? ¡Despierta de una vez!.

—Por favor Dolcie, no seas tan brusca con el muchacho —contestó otra voz, sonaba preocupada, pero Calima noto un poco de malicia en el tono —El pobre ya ha pasado por mucho, te dije que debíamos haberlo acogido luego de aquel horrible intento de asesinato.

—¿Intento de asesinato? —preguntó Gabroil, sorprendido de aquella declaración.

—Fue obvio desde el primer minuto —prosiguió el hombre —Queríamos acogerte chico, pero teníamos las manos atadas, nos preocupaba lo que podían hacernos a nuestros nietos si te ayudábamos.

—Pero no te preocupes —termino de decir la mujer —Ahora que tienes el suficiente poder, ya no tendremos que temer. Además, nuestros chicos se encuentran lejos, quien fuera que te causo este mal no será capaz de alcanzarlos.

Ahora que entendió la situación, Calima abrió la puerta con rapidez, pero sin brusquedad, fingiendo que estaba buscando a alguien. Dentro ella fue capaz de reconocer a la vieja de antes, estaba junto a otro señor mayor, el cual podía intuir que era su esposo.

—Oh, lo siento niña, estamos ocupados ahora —Calima bajo su cobre, recibiendo inmediatamente una sensación de vergüenza. *Lo sabía.*

Inmediatamente, levantó su bronce, no hubo señal alguna. *Su marido debe de ser cabeza de cobre.*

Mientras asentía en disculpas, Calima encendió al máximo la preocupación, peligro y todas las emociones parecidas de Gabroil, y aplaco las contrarias. Terminando por dedicarle una última mirada a los ojos mientras encendía el escepticismo.

Gabroil captó su mirada, sorprendido, volteándose nuevamente a sus invitados con incredulidad. Calima fue capaz de vez cómo disfrazaba su ira con todas sus fuerzas, con lo que ella lo ayudó aplacándola.

—Éléandrine —dijo Gabroil, mientras ella cerraba la puerta en su salida. Calima la volvió a abrir, observando a su compañero nuevamente —Sería agradable si te quedaras a escuchar, esto también te concierne después de todo.

Ella asintió con gracia, y caminó hacia dentro de la habitación.

—No siento que esta sea una conversación apta para una muchacha tan joven —exclamó la mujer. Por si las dudas, Calima mantuvo en alto la determinación y cautela de Gabroil.

—Ella es fuerte —contestó Gabroil firme —Además, lo sabe todo.

—¡Gabroil! —grito el otro hombre —¡Escúchanos cuando te hablamos!.

Calima no pudo evitar llevarse la mano al oído, el grito le había lastimado sus oídos aumentados por el estaño.

Gabroil la observó, y se volvió hacia los dos invitados.

—Les pediré por favor que se retiren —dijo Gabroil, molesto.

—No seas ridículo muchacho —dijo aquella señora —Vamos piénsalo mejor —Gabroil se mantuvo en silencio, viendo a la mujer a los ojos.

—Hazle caso, si sigues así saldrás las… —Gabroil no dejo terminar a aquel hombre, interrumpiéndolo con un golpe, el cual lo envió de un parpadeo hacia el suelo.

—¡Gabroil! —gritó la mujer, corriendo rápidamente hacia su marido —¡¿Te volviste loco?!

Gabroil se adelantó y tomó al viejo del cuello de su traje.

—Si sigues usando alomancia emocional te mato —dijo, mirándolo a los ojos.

—¡¿Qué estás diciendo?! —gritó la mujer —¡No ves lo paranoico que te encuentras! ¡Esta situación te supera por completo!.

Gabroil levantó su puño, preparándose para otro golpe.

—¡Dolcie!, ¡Dolcie! —gritó el marido, desesperado.

Calima manipuló a la mujer para que se sintiera intimidada por la situación. Lo cual no tardó en surtir efecto, ya que Gabroil soltó al hombre, el cual cayó al suelo.

—¡Maldición! —dijo este, escupiendo en el suelo —¡Podrías haberme matado!.

—Fuera de aquí antes de que lo haga de verdad —contestó fríamente Gabroil, se estaba esforzando por mantener sus emociones a raya.

La mujer ayudó a su marido a levantarse, llevando a ambos fuera de la habitación, en silencio. Gabroil suspiro, cansado, y caminó hasta la pared apoyándose en ella.

—Gracias, niña —dijo, mirando hacia el frente —Por el Lord Legislador… esos malnacidos casi me convencen. Eran lo último cercano a una familia que me quedaba, pero cuando les pedí ayuda en su momento, me dieron la puta espalda.

Calima relajó un poco a Gabroil, pero en una muy leve cantidad. Dan y Sall seguían allí fuera. Cuando Gabroil la miró, ella señaló hacia la puerta, agregando cautela.

—Esto se te da demasiado bien, ¿Sabes? —con un esfuerzo, se empujó de la

pared, y caminó hasta la puerta —Esperemos que ellos no se hayan metido en problemas.

—No voy a hacer ningún trato con un condenado a muerte —dijo Lord Felinans Moigner. Lo habían invitado para ofrecerle una «Salvación» de su precaria situación. —¡El señor Lekal cortará sus cabezas y las pondrá en la plaza!.

—¿Y qué cree que pasará con la suya? —pregunto Manette —Si él obtiene el poder, ¿no cree usted, que le pedirá de vuelta el préstamo que le otorgó?.

—¡Malnacida! —grito, por fortuna estaban demasiado lejos de la fiesta —¡Ustedes me robaron mi fortuna!.

—Usted puede creer eso todo lo que quiera, pero un hecho queda en pie, no puede pagar —declaró Manette, siguiendo el consejo de Andés, que se encontraba en la habitación junto al guardia elegido de Felinans y dos obligadores.

Al principio, a Manette la pareció una locura hablar directamente con alguien a quien sabía que le habías robado. Pero Andés le explicó que eso era algo normal en la alta nobleza, era una de las pocas veces en donde el ministerio se entrometía en los asuntos nobles como un ente regulador.

—No le estoy pidiendo nada peligroso —dijo Manette con una voz suave —Si usted hace lo que le pido, obtendrá aproximadamente un veinte porciento de lo que ha perdido.

—¡Maldita zorra! —grito, levantándose de su asiento y entrando en cólera —¡Que te destrocen los Kolos!.

Felinans camino hacia la puerta, totalmente enfadado. Manette lo había anticipado, y se adelantó, para abrirle la puerta. Él se detuvo al ver la escena, su guardia personal ya había comenzado a seguirlo para salir.

—Lord Felinans —dijo suavemente —No debe perder la cabeza en una situación como esta. Es cierto que usted se encuentra en una situación peliaguda, y aquí le estoy ofreciendo una salida.

»Si usted accede a llevar parte de nuestra mercancía, se arriesgará a tentar la irá de la casa Lekal, más aún considerando la abundante inversión que ellos han puesto sobre usted. Pero no importa lo que haga, no tiene forma de pagarles. Independientemente de lo que nos suceda, vendrán a reclamar su dinero, y vuestra cabeza acompañará las nuestras en la plaza.

Moigner apretó los puños, parecía estar a punto de saltar encima de Manette y

arrancarle los ojos con sus propias manos, pero mantuvo la compostura. En su lugar, volvió a caminar hasta el escritorio, sentándose nuevamente en la silla.

Manette lo acompañó, al igual los obligadores, quienes habían entendido el gesto. Felinans arrojó la pluma con desprecio una vez firmado el contrato mercante. Uno de los obligadores sonrió, y tomó los cuartos que ya estaban preparados para él en la mesa.

—Este contrato queda sellado a los ojos de dios —dijo el obligador. Este tomo la mitad de las monedas y se las entregó a su compañero.

A Manette todavía le incomodaba tener testigos en tratos de esta naturaleza, pero debía de comenzar a acostumbrarse a la presencia de estos sacerdotes, ningún trato en el imperio final podía transcurrir sin la presencia de uno.

Frustrado, Felinans se levantó de su asiento. Acompañado de su guardia y uno de los obligadores, saliendo de la habitación sin decir ni una palabra de despedida.

—Vaya, lo tiene agarrado bien del cuello —dijo el obligador restante, que se encontraba al lado de la mesa —Veo que tendrá muchos problemas para zafarse de este contrato una vez todas las cartas se encuentren por encima de la mesa.

A Manette le daba escalofríos tenerlo tan cerca. Aun teniendo un estatus bajo dentro del ministerio, este hombre solo necesitaba una sospecha para derrumbar a toda la banda. Y saber que ahora iba a vivir junto a ellos no ayudaba al sentimiento. Pero Andés insistió en que una casa sin obligador personal, no era más que un pequeño negocio.

—No apretaremos demasiado, si eso le preocupa, Kastef —contestó Manette.

—Oh, yo no osaba criticarla —dijo el sacerdote, con voz cómicamente ominosa —Su servidor solo hacía una pequeña observación.

Manette suspiro, era un poco difícil aceptar la situación. Aun tras meses mentalizando su forma de actuar, seguía siendo duro. Consideraba que el haber interpretado el papel de una noble incontables veces con anterioridad le había entrenado para mantenerse en personaje. El problema, ya no era un personaje, ya no estaba interpretando un papel, esta es su vida.

—Kastef, ¿podrías dejarnos solos un momento? —pregunto Andés —¿Por favor? —el sacerdote asintió con una reverencia, y se retiró rápidamente de la habitación, la cual quedó en total silencio por varios segundos.

—¿Qué sucede? —preguntó Manette.

—¿Te encuentras bien? —pregunto. Hacía no mucho le habría sorprendido que Andés se preocupase por el estado de ánimo de cualquiera.

—… Sí, solo me preocupa lo que aquel hombre sea capaz de hacer.

—Veo poco probable que nos traicione directamente, ahora somos su única salvación.

—Supongo que tienes razón… —respondió, todavía dudando.

—¿Quieres que investigue? —preguntó Andés, notando la indecisión la voz de Manette —Por mucho que bajar la cabeza sea la opción más lógica, no queda descartado que Moigner se deje llevar por el rencor. Tú eres mucho mejor leyendo a las personas que yo después de todo.

—No, te creo, es solo que… —Manette miró con cautela hacia la puerta, cambiando luego su mirada hacia Andés.

—Se fue al final del pasillo, pero se vaga de todas formas.

—Es demasiado —dijo ella, sintiendo cómo quitaba hierro al asunto solo con mencionarlo —No tengo problemas en actuar de esta manera, es hasta natural, pero…

—Tener que forzarte a hacerlo siempre que te encuentras en frente de alguien es demasiado, ¿verdad? —dijo Andés, terminando lo que quería decir. Manette lo miró, extrañada por la forma en la que él había entendido el sentimiento —Le pasa a todos los nobles cuando entienden que estarán obligados a tomar las responsabilidades de la casa.

—¿Por eso te escapaste? —pregunto Manette, aun desde la confesión, Andés no había revelado demasiado de su pasado.

Andés se quedó callado, no había preguntado mucho al respecto, sintió que ese era un tema complicado, y no quería molestarlo de forma innecesaria.

—… Algo así —dijo finalmente.

—¿Qué quieres decir?.

—… Yo ya me había acostumbrado a tratar con la corte, estaba preparado para tomar el negocio de mi padre.

—¿Pero?

—Pero sucedió algo…, me escapé el mismo día en el que rompí.

Manette se quedó callada, estaría mal seguir forzándolo, él parecía no querer hablar sobre lo sucedido. En su lugar, tomó los papeles recién firmados, y los guardó en una carpeta, más tarde tendrá que llevarlos a un lugar seguro.

—Esperemos que abajo no estén teniendo problemas con la fiesta —dijo Manette, intentando cambiar el tema.

—En términos directos, siempre y cuando Gabroil se encargue de hablar con los invitados, saldremos bien. Es posible que ninguna casa se atreva a hacer una alianza, más ahora que tenemos una reputación hostil.

—¿Entonces cancelarás el trabajo de Bechel? —pregunto Manette —Sé que lo harás la próxima semana, y tus infiltraciones son las que nos dan esa reputación tan hostil.

—… No, no podemos permitirnos hacerlo, seguimos necesitando conocer sus

intenciones con respecto a nosotros y la única razón por la que lo pospuse fue por el entrenamiento de Calima.

—¿Realmente tienes que hacerlo? —pregunto preocupada —no creo que sea rentable que te arriesgues de esta manera, más ahora que podemos comenzar a comercializar con casas extranjeras.

—Recuerda que todavía tenemos a la casa Lekal buscando nuestras cabezas —refuto Andés, con firmeza —Relajarse ahora que estamos tan cerca es peligroso. Sé que tú lo sabes, tampoco te gusta dejar nada a la suerte. Te lo dejaré en claro, no te preocupes por mí.

Manette asintió, él tenía toda la razón, no podía retroceder ahora, habían llegado hasta aquí con cuidado y a paso lento después de todo. Lo único que quedaba hacer, era continuar haciendo lo que sabía hacer, hablar hasta conseguir lo que necesitaba.

—Volvamos a la fiesta, puede que necesiten nuestra ayuda.

Capítulo 23

Pit no comprendía cómo habían logrado salir con vida de la fiesta.

Se encontraba limpiando el salón mientras los últimos invitados se retiraran a sus respectivas carrozas. Él no entendía mucho sobre el juego entre las casas, pero podía intuir que la fiesta de hoy había sido un total fracaso. La mayoría de las personas presentes se burlaron de ellos con total impunidad, sin importarles la probabilidad de que sus críticas y calumnias fueran escuchadas.

Manette luego haría una reunión hablando sobre el tema, y será mejor prestar mejor atención a lo que tenga que decir para evitar que un fiasco como este se vuelva a repetir.

—¿Necesitas ayuda con eso? —pregunto Mern. Pit estaba intentando levantar una mesa por su cuenta para llevarla al salón de dónde provenía originalmente.

—Yo puedo solo, gracias —respondió.

Mern no hizo caso a su rechazo y comenzó a levantar la otra punta de la mesa, empujando hacia la puerta junto a Pit.

—Mira, una amiga de mi hermana… —comenzó a decir Mern, mientras llevaban la mesa.

—No estoy interesado —respondió Pit, cortando su proposición antes de que comenzase.

—¡Ni siquiera has escuchado como es! —replicó Mern, ofendida —Es bajita, cadera ancha, y…

—Te dije que no estoy interesado —volvió a decir Pit. Mern ya llevaba varios meses intentando juntarlo con alguna de sus conocidas.

—Algún día de estos te convenceré —dijo ella, mientras abría la puerta con la pierna. Pit se limitó a suspirar, sabía que aunque se lo explicase, ella no entendería que él no tenía mucho interés por las mujeres.

Mientras pasaban por el pasillo, se cruzaron con Gabroil, que estaba volviendo de despedir a los últimos sirvientes, y decidió ayudarlos a mover la mesa, sosteniéndola desde el medio.

—Podemos solos —dijo Mern.

—Pero así terminaremos más rápido —respondió, comenzando a empujar la mesa con fuerza.

—¿No generará sospechas si un invitado te ve ayudando a tus skaa? —preguntó Pit, preocupado.

—No debería de quedar nadie —respondió Gabroil, que sostuvo la mesa mientras Mern se adelantaba para abrir la puerta del comedor.

Pit pensó en objetar de nuevo, pero no quería comenzar a preocuparse de forma tan exagerada como lo hacían los demás. Era una persona demasiado nerviosa como para que su cuerpo y mente aguantasen el constante estrés de saber que todo podría salir mal en cualquier segundo.

Una vez dentro del comedor, los tres se encontraron con que ya había algunos miembros de la banda descansando en varias de las sillas.

—¿Acaso están holgazaneando? —pregunto Mern, quien entró primero para que los de dentro se apartasen.

Diven y Hef movieron sus sillas al levantarse, dando espacio para dejar la mesa en su lugar.

—Vaya desastre, ¿verdad? —comentó Diven.

—Tú eres tonto —respondió Hef —Nos ha ido un poco bien.

—Quizá en las negociaciones secretas —dijo Pit, mientras dejaba la mesa en el suelo —pero en términos sociales, fuimos un chiste.

—Hef tiene razón —dijo Gabrolil, que comenzó a ubicar las sillas en su sitio —Nos ha ido bien.

—Bueno, yo no dije «bien», solo un poco bien —corrigió Hef.

—¿Y desde cuándo eres tan optimista? —pregunto Mern a Gabroil.

—¿Por qué lo preguntas? —preguntó Gabroil de vuelta.

—Estos últimos días has estado más tranquilo —agregó Mern.

Gabroil agacho la cabeza, un poco avergonzado.

—Nos está ocultando algo —dijo Hef.

—Algo vergonzoso —Continuo Diven.

—Algo que va a confesar —agregó Mern.

—¡No tengo por qué confesar nada! —grito Gaboril, enrojecido.

Pit ya no podía evitar sentirse nervioso ante esta conversación. Sus instructores le habían dicho que un skaa no fraternizaba con su amo bajo ningún punto de vista. Y no era que quisiera que la relación con sus amigos desapareciese, pero acababan de salir de una fiesta noble, en la que se confirmaron varios fisgones rondando por el sitio. No podía descartar que se hubiese quedado alguno a espiar en busca de cualquier información extra.

—Vamos suéltalo —dijo Mern —Ahora que Dana no está, la falta de chismes es horriblemente abrumadora.

—No creo que sea buena idea que estemos hablando de forma tan casual —se atrevió a decir Pit en voz alta.

—Hable con Dan hace un rato —respondió Gabroil —coincidió con Manette que necesitaríamos un respiro después de la fiesta. Él se aseguró personalmente que nadie se encontrase en los pasillos. Los invitados que despedí fueron los últimos.

—Entiendo, pero qué hay de los…

—Los sirvientes fueron mandados a sus casas —agregó Hef —Y los guardias están patrullando solo el exterior.

Aun tras la explicación, Pit no podía relajarse. Habían perdido a Dana hacía no más de tres meses, ¿Cómo podían estar tan relajados?.

—Vamos, suéltalo —volvió a decir Mern.

Todos en la sala escucharon la puerta abrirse repentinamente, Dan entro llevando algunas cajas junto a Calima.

—Yo creo que es debido a que su papel como marido de Manette ya no es del todo una actuación —dijo Dan, dejando las cajas sobre la mesa. Al parecer estaba escuchando la conversación desde fuera.

—¡¿Qué?! —grito Gabroil, enrojeciéndose como un tomate.

—Ya saben —continuo Dan —A veces cuando hago la guardia interior, suelo escuchar cosas…

—¡Cállate! —grito Gabroil de nuevo.

Calima agachó la cabeza mientras encendió la vergüenza y simpatía de todos los presentes. La acción fue suficiente como para cerrar la boca de Gabroil, paralizándolo de la vergüenza.

Los demás comenzaron a reírse con incredulidad en sus ojos. A Pit no le hacía demasiada gracia meterse con algo tan personal.

—Ya sintieron a Calima —dijo Dan —No te avergüences, Gabroil, era de esperarse que esto sucediera tarde o temprano.

—Todos lo veíamos venir —agregó Mern.

Pit no tenía ganas de escuchar la conversación, la cual derivó en lo obvio que se había vuelto aquella relación. Así que comenzó a dirigirse hacia la puerta, todavía tenía cosas que hacer.

—Oh Pit —dijo Dan, tomándolo un segundo del brazo —No te molestes en limpiar, mañana vendrán algunos sirvientes a hacerlo.

—Está bien —respondió Pit —Iré a relevar a Robby.

Pit prosiguió por su camino, saliendo de la habitación. Era extraño caminar por los pasillos vacíos. Aun cuando lo había hecho miles de veces, podía sentir como ahora exaltaban una sensación distinta. Era intimidante a su manera.

A veces se preguntaba cómo veía Andés el lugar, ¿Acaso no se mareaba con tantas líneas azules saliendo por todos lados?. Pit se forzaba en no pensar mucho en ello, la forma en la que Andés se movía con su hierro no era algo que pudiese imitar, aun con su entrenamiento.

Al subir las escaleras, Pit escuchó un sonido extraño al final del pasillo.

Comenzó a dirigirse a revisar, pero a mitad de camino decidió que probablemente no era la gran cosa, volviendo a tomar rumbo hacia la habitación de Donny, la cual podía ver a no muchos pasos de allí.

Alfure se encontraba fuera de la habitación, probablemente esperando a que Robby saliese. Al acercarse, el terrisano se apartó hacia un lado, dejándole espacio a Pit para que entrase a la habitación. Este tocó la puerta, la cual no tardó en ser abierta por Robby quien salió con su silla de ruedas.

—Oh Pit —dijo Robby, mientras salía. Este observó al terrisano, dándose cuenta de su error —Digo… skaa, Pit era como te llaman, ¿verdad?.

—Sí, mi señor —contestó Pit, en un tono perfecto.

—Supongo que vienes a cuidar a Daxim —dijo Robby, mientras Alfure tomaba su silla de ruedas —Está casi despierto, así que ten cuidado… es una orden.

Robby hizo una mueca un poco avergonzada mientras se iba. Le costaba aceptar su rol como noble, y no parecía muy convencido por todo eso de maltratar a sus amigos. Manette ya había comenzado a idear maneras en las que no se viera como tabú la interacción cercana con sus skaa. Pero por ahora debían limitarse a bromear y charlas alejadas del personal.

Al entrar en la habitación, Pit se acercó hasta la cama en la que se encontraba Donny, el cual parecía bastante incómodo en ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Pit, sentándose en un asiento.

Donny negó con la cabeza, enfadado, mientras tomaba su pizarra, señalando un mensaje ya escrito en ella. *Nadie me dice nada.* Al parecer Robby no había contestado ninguna de sus dudas.

No tenían órdenes de retener la información, pero Sall había insistido en ser cuidadoso con la manera en la que ponían a Donny al día, probablemente Robby decidió no arriesgarse al respecto.

—¿Quieres que te cuente todo lo sucedido? —preguntó Pit. Donny parecía encontrarse en un estado lo suficientemente bueno como para tomar las noticias.

Donny asintió, aliviado de que alguien por fin se dignase a comunicarle lo sucedido.

—Hace dos meses, atacaron la mina —comenzó a explicar Pit —Todos los trabajadores fueron asesinados, además de…

Lo sé. Escribió Donny en la pizarra.

—Me salto esa parte entonces. Resumiendo lo máximo posible, Andés robo bastante atium, y con eso logramos contratar a varios guardias, además del personal suficiente como para organizar una fiesta, la cual tuvimos hoy.

Donny asintió mientras escuchaba la explicación, racionalizando todo lo

sucedido. Observó a Pit, que se había callado, y comenzó a escribir otra cosa en la pizarra.

¿Nada más?.

—No realmente —contestó Pit —solo detalles. Supongo que les has escrito a los demás todo lo sucedido en el ataque.

Donny negó con la cabeza, mientras inspiraba profundo, preparado para levantarse de la cama.

—¡Eh espera! —ordenó Pit, intentando detenerlo. Lamentablemente no fue suficiente, dado que Donny no necesito de mucha fuerza para apartarlo del camino.

—¡Cuidado con el pie! —grito Pit, recordando que Donny lo había perdido. El ex soldado parecía ser consciente de ello, dado que no se apoyó sobre el muñón. En su lugar, tomo la silla que Pit había utilizado, y comenzó a utilizarla como bastón improvisado.

—¿¡Qué haces!? —preguntó Pit, sorprendido.

Donny se detuvo, y tomó la pizarra de debajo de su hombro, comenzando a escribir.

Informar.

—¡Ya habrá tiempo para ello! —recrimino Pit.

Donny intentó abrir la puerta, pero cayó inmediatamente hacia el suelo. La fuerza que tenía parecía solo ser imaginaria, todavía debía encontrarse débil por permanecer en cama tanto tiempo. Pero aun así, Donny decidió levantarse de nuevo, apoyándose en la silla caída.

—Solo te lastimarás más —dijo Pit —Lo que hará más difícil que te recuperes.

Donny se detuvo, cerrando los ojos mientras suspiraba, permaneciendo quieto en el suelo, mirando el techo con frustración.

—Mira… debes descansar —dijo Pit, acercándose para ayudarlo. Donny apartó el brazo y tomó su pizarra, enfadado.

Ya descansé suficiente. Escribió Donny, cansado.

—No eres alomántico —replicó Pit, volviendo a acercar el brazo —no puedes exigirle eso a tu cuerpo.

Donny borro, enfadado, todas las palabras que contenía su pizarra, y escribió una única cosa ella. Lanzando su pizarra hacia el suelo tras terminar.

Soy un cobarde.

Pit observó el mensaje, mientras Donny volvía a levantarse, intentando alcanzar el picaporte de la puerta.

—No seas idiota —dijo Pit, acercándose hacia Donny —llamaré a los demás para que…

Antes de terminar lo que estaba diciendo, Donny consiguió un aire de fuerza,

logrando abrir la puerta y saliendo de la habitación, dejando sin más opción a Pit que seguirlo.

Antes de salir, Pit escucho unas voces lejanas en el pasillo, al asomarse, logro observar como Sall y Hef se dirigían hacia el sitio, atrapando a Donny a mitad de camino. Parece que Robby les había avisado que este ya estaba del todo consciente.

—Tú te vuelves a la cama —dijo Sall, señalando la habitación.

—Oooh —dijo Donny, probablemente intentando decir «no».

—¡Apenas puedes mantenerte en pie! —exclamó Hef.

Donny se negó a la orden e intentó apartar a sus compañeros de por medio. Estaba decidido a llegar a dios sabe dónde. Pit observó de nuevo la pizarra, buscando la manera de calmarlo «*Soy un cobarde*». Allí fue donde se dio cuenta de lo que había sucedido.

—¡Tenían un nacido de la bruma! —grito Pit, acercándose hacia sus compañeros —Tú no eres un cobarde, recuerda, zinc y laton. Aquel hombre tenía la capacidad de encender tu miedo y aplacar tu coraje. No eres ningún cobarde, Donny.

Donny se detuvo al escuchar esas palabras, manteniéndose apoyado usando la silla que había tomado. Hef se apartó, mientras que Sall posó su mano sobre su hombro.

—Te he visto plantarle cara a brazos de peltre —dijo Sall —Pit tiene razón, te manipularon para matarte con más facilidad, seguramente esperaban a que te paralizases del miedo, pero no lo consiguieron.

Usando la silla que llevaba consigo, Donny se sentó, frustrado. Sintiendo impotencia ante la situación. Probablemente, se había culpado hasta ahora de lo sucedido.

—Vamos, te acompañaremos hasta la habitación —dijo Hef, acercándose a Donny —Nos dirás todo lo que recuerdas, ¿está bien?.

Donny asintió, cerrando los ojos, y levantándose nuevamente, ayudado por sus compañeros.

—… Se llevan bien con sus skaa —dijo Daleneld en voz baja.

—¿Y qué con eso? —preguntó Benelend, intrigado.

—Quizá podríamos chantajearlos.

Ambos se encontraban en el tejado de la mansión, intentando conseguir toda información útil.

—No seas estúpido —dijo Benelend —el año pasado le regalé un corsé a una de mis sirvientas, que tú te lleves mal con los tuyos no es problema mío. Además, esta gente es demasiado lista como para disuadir cualquier acusación que hagamos en la corte local.

Su hermano se quedó callado, fue su idea visitar el tejado todas las tardes para espiar a sus oponentes políticos, y hasta ahora la idea resultó no ser más que una pérdida de tiempo. Los Doulin tenían una manera extraña de hacer sus reuniones. Según lo que había obtenido de un sirviente hacía unos días, utilizaban como sala de reuniones un comedor pequeño en el que solo un selecto grupo de miembros de la casa y skaa podían asistir.

El uso de sus skaa era algo que envidiaba de estos malnacidos. Benelend llevaba años insistiendo a su padre que esas criaturas tenían acceso a lugares que a los nobles se les dificultaba llegar. Aun con sus pequeños cerebros, si eran bien instruidos, servían como espías excelentes, además de ser descartables.

Solo por la forma en la que se comunicaban, sabía tenían hilos tanto en la corte local, como con los trabajadores skaa de la ciudad, los cuales conformaban marineros, comerciantes, y algún que otro jefe de fábrica.

—Vámonos, su ojo de estaño no tardará en comenzar sus rondas —dijo Benelend.

—Podríamos matarlo —dijo su hermano.

—Y comenzar una masacre en el proceso —Agrego Benelend —soy bueno juzgando a la gente. Lo más probable es que descubran nuestra casa es la responsable, vendiendo la condenada mina a nuestros enemigos, y eso si no deciden pelear hasta el último hombre por ella.

—¿Y por qué mierda matamos a todos en la mina? —preguntó su Daleneld. Por mucho que quisiese a su hermano, a Benelend le cansaba tener que explicar cosas tan simples una y otra vez.

—Estamos juzgando su carácter general —respondió —necesitamos crear la situación perfecta en la que estén dispuestos a deshacerse de esa mina, preferiblemente a un bajo precio, y en caso de que no sea posible, encontrar la manera para anular el contrato.

—¿O sea que solo estamos barajando opciones?.

—Correcto —respondió Benelend, satisfecho —¿Ves que puedes aprender de política si te lo propones?.

—Es una mierda.

—Es divertido, si sabes lo que haces.

Benelend le hizo una mueca a su hermano, en señal para que se retirasen.

Ninguno de los dos se molestó en lanzar una moneda, la condenada casa estaba llena de anclajes, dejándolos salir de un empujón, el cual los llevó lo suficientemente alto como para pasar por la muralla sin entrar en el campo de visión de ninguno de los guardias.

¿Qué podía hacer?. Benelend era bueno en este tipo de dilemas, sabía que de haber nacido más pobre, habría sido un ladrón excelente. Este trabajo en especial era complejo, había pensado en secuestrar a alguien que conociese la información al completo, quizá alguno de los skaa de las reuniones sabría algo interesante sobre todo el asunto. Pero desde el incidente de la mina, todo el mundo iba en parejas, y comenzar otra masacre podría sellar por completo una opción diplomática, o empujarlos a vender el lugar a una casa enemiga.

A Benelend se le ocurrió una idea. Si su padre se encontraba tan desesperado por conseguir aquella mina, quizá no tendría problema en enviarle una mano extra. Después de todo, Kaydeen llevaba ya algunos meses sin conseguir un cuerpo nuevo.

Capítulo 24

El peltre no fue suficiente para mantener la estabilidad de Calima, haciéndole caer al suelo tras recibir el ataque de Gabroil.

—Eh, lo siento niña —dijo este, acercándose para darle la mano. Calima la acepto, levantándose nuevamente del suelo. Pudo sentir que esta vez estuvo cerca, quizá si hubiera mantenido su postura con un poco más de firmeza…

Dan aplaudió lentamente desde la pared de la mansión. Se encontraban afuera, entrenando nuevamente con los bastones de duelo en el patio interior. Habían ordenado a todos los guardias que se mantuvieran alejados del lugar por al menos dos horas.

—Bien hecho, le ganaste a una niña —dijo Dan con tono sarcástico.

—¿No querrás decir que le gane a una nacida de la Bruma? —contestó Gabroil, siguiéndole el juego.

—Una lanza de dos centímetros sigue siendo totalmente inútil contra una espada, sin importar lo afilada que esté.

Calima no pudo evitar sentirse un poco ofendida por el comentario, por muy cierto que fuese.

—Ya, déjate de tonterías, ¿cómo nos fue? —preguntó Gabroil, como una orden. Habían llamado la atención de Hef, quien estaba pasando cuando los vio. Dan observó al suelo, e hizo una pequeña mueca de frustración.

—… Yo tendría problemas derrotándolos a cualquiera de los dos —dijo, suspirando.

—¡Ja!, ¡Lo sabía! —exclamó Gabroil, se había contenido para no gritar con demasiada fuerza.

—Tampoco festejes tanto —dijo Hef, que también observaba desde fondo —Para un brazo de peltre debería ser normal encargarse de como mínimo tres soldados al mismo tiempo, cosa la cual no te veo haciendo todavía.

—Pero no está mal con el tiempo que llevo entrenando, ¿verdad?.

Gabroil se había esforzado mucho en aprender a manejar el bastón lo más rápido posible, Calima intuía que todavía se avergonzaba de lo sucedido en la noche que mataron a Gune.

—No, supongo que no, pero eso no es lo importante —dijo Dan, observando hacia Calima —Ella también tiene la suficiente capacidad para derrotarnos, con lo que es momento de probar «eso».

Hef se sobresaltó por aquella afirmación, esbozando una sonrisa.

—Iré a llamar a los demás —dijo, despegándose de la pared y comenzando a

trotar hacia dentro de la Mansión.

—Lo diré por ti niña —dijo Gabroil —Ya era hora, ¿sabes lo importante que es esto para un nacido de la bruma?.

—El atium no es barato, Gabroil —contestó Dan —Si lo va a usar, que sea de la manera más eficiente.

—Sabes que estoy de acuerdo, pero… supongo que ya no tiene sentido pelear al respecto —contestó Gabroil, con un suspiro. —¿Tú estás lista niña?.

Calima asintió, comenzando a sentirse nerviosa, no porque estaba a punto de quemar un nuevo metal, si no por ser demasiado costoso. Había escuchado explicaciones respecto a él, era el mejor de los diez poderes alománticos, entregaba la capacidad de ver brevemente en el futuro. A diferencia de su metal opuesto, el oro, que según le habían dicho, hacía exactamente lo contrario, dando la capacidad de observar en el pasado.

Mientras intentaba imaginarse la sensación, escucho cómo los otros miembros de la banda se acercaban poco a poco, Pit y Diven llegaron corriendo, ambos eran los más emocionados al respecto, ya que rara vez tenían la oportunidad de ver alománticos en acción.

—¿Ya comenzaron? —preguntó Pit, apenas con aliento.

—No, Hef tiene que ir a buscar el atium —contestó Dan.

—Creía que lo tenías encima —afirmó Gabroil.

—¿Estás loco? ¿Cómo voy a llevar encima algo tan valioso? —contesto Dan —Puede que el dinero no valga tanto para ti, pero recuerda que no podemos permitirnos perder cosas como esa por algún tonto descuido.

—… Yo lo decía porque él dijo que avisara a los demás —contestó Gabroil —No menciono nada sobre el atium.

—… Eh —Dan se quedó callado por unos segundos, observando el suelo. Luego se dio media vuelta y caminó hacia el interior de la Mansión. Gabroil comenzó a reírse con fuerza mientras Dan se alejaba, Calima y los demás no pudieron evitar soltar una carcajada.

—Eso sí es un alivio —dijo Diven —Comenzaba a pensar que estaba hecho de piedra.

Diven era el último miembro de la banda el cual a ella le faltaba por conocer más en profundidad. Solo había escuchado entre comentarios que le debía la vida a Hef, y que era buena transcribiendo textos. Ella se encargaba de copiar y organizar toda la información que obtenían, y cuando no tenía nada que copiar, se dedicaba a hacer las tareas que a los demás le resultan más desagradables.

—De piedra solo tiene la cabeza —comentó Gabroil —por muy buen duelista que sea, no es inmune a los errores.

Calima observó como Hef estaba bajando por las escaleras, al parecer ya le había avisado a todos sobre este pequeño evento.

—¿Me pregunto si cocinara para sus niñas? —preguntó Diven.

—¿Y a qué viene eso? —preguntó Pit.

—Bueno, es que acabo de ver a Hef mientras hablábamos de errores, con lo que me hizo pensar en la cocina.

—¿Están hablando sobre cocina? —pregunto Hef, quien acababa de llegar al jardín.

—Sí, de lo mal que se te da —respondió Diven.

Hef les dedico una sonrisa enfadada, y se acercó hasta uno de los bastones de duelo que se encontraban en la pared.

—Díganme —dijo Hef, apuntando el bastón —No estarán descuidando sus entrenamientos con el bastón, ¿verdad?

Diven bajo la cabeza, mirando hacia otro lado. Mientras que Pit se acercó y tomó el bastón, no dejándose intimidar por la obvia amenaza.

Mientras Hef se alejaba para tomar la pose de combate, Pit se adelantó y lo ataco por la espalda, intentando alcanzar la pierna cubierta por una placa de madera que Hef usaba como armadura. Este respondió pegando un rápido salto hacia delante, evitando el golpe y adoptando una pose de combate.

—Si vas a atacar por la espalda, como mínimo intenta no ser tan obvio al respecto —dijo Hef con una sonrisa.

—En serio muchacho, ¿Qué estabas pensando? —preguntó Gabroil, con un tono burlesco.

Calima no pudo evitar reírse de la pose ridícula en la que él se encontraba. Pit era el tipo de persona que no podía dejar ninguna ofensa pasar, con lo que adoptó la misma pose de Hef, preparado para combatir.

—¿Estás seguro muchacho? —preguntó Gabroil, quien se estaba acomodando para ver el espectáculo —Puede que su especialidad sea el arco, pero sigue arreglándoselas bastante bien contra Andés.

Pit giró su cabeza hacia Gabroil, buscando responderle, con lo que Hef aprovechó y cargo a toda velocidad preparando un ataque desde arriba. Pit reaccionó deprisa y pego varios saltos hacia atrás, sin notar que Hef se había detenido en seco muchísimo antes de siquiera estar a distancia de asestar un golpe.

Todos en el patio comenzaron a reír, Calima intentó aguantarse tapando su boca, pero no fue capaz de evitar largar varias carcajadas.

—¡Jódanse! —grito Pit, que lanzó el bastón hacia el suelo y camino furioso hacia la mansión.

—Maldición —dijo Diven, entre risas —No va a olvidar eso en semanas.

—Es demasiado rencoroso para su propio bien —constató Gabroil.

—Tú más que nadie no deberías decirlo —contestó Hef, que caminaba nuevamente hacia la pared.

—Disculpen, pero mi rencor está totalmente justificado —contestó Gabroil.

La conversación se detuvo por la pronta llegada de Dan, a quien lo acompañaban tanto Andés como Sall.

—Parece que ya somos varios por aquí —dijo, mirando el lugar —¿Y Pit?.

—No aguanto un chiste y salió corriendo —contestó Hef.

—Creo que estás obviando algunas cosas… —replicó Diven rápidamente.

—No te molestes, Diven —contestó Dan —Ya me puedo hacer una idea.

Andés lanzo algo de su bolsillo hacia Calima, está lo atrapó antes de que llegará a su rostro. Al abrir su mano, pudo observar una pequeña perla, igual al tamaño de la punta de su dedo meñique.

—Trágalo, pero no lo quemes —dijo Andés, mientras desenfundaba su espada con truco, separando el trozo metálico que ésta llevaba, convirtiéndola en un bastón de duelos.

Calima hizo caso y se llevó a la boca la perla, tragándosela de inmediato. No tardó en ver la nueva fuente de poder que se encontraba en sus reservas.

—Cuando comiences a quemarlo deberías de ser capaz de ver una sombra —dijo Andés, mirándola a los ojos —hazlo.

Calima quemó atium, y el mundo pareció cambiar. Tal y como le habían explicado, comenzó a ver los movimientos futuros de todo a su alrededor, representado por sombras que se desprendían de sus fuentes.

Lo tuvo más claro al ver enfrente suyo, una sombra de Andés, la cual se dirigió a ella a toda velocidad. El ataque futuro de Andés se detuvo antes de golpear la cabeza de Calima, era obvio que él no tenía la intención de lastimarla de verdad, con lo que por instinto ella encendió su atrevimiento y confianza, lo cual a su sorpresa cambió la forma de la sombra a otra, la cual apuntaba hacia su pechera de madera.

De alguna manera, había procesado toda esta información en una fracción de segundo, antes que Andés siquiera hubiera comenzado su ataque. Era como si su mente se acomodase a la nueva información que estaba recibiendo.

El momento había llegado, Andés comenzó a atacar, esta vez con la intención de golpearla, con lo que Calima respondió moviendo su torso un pequeño instante antes de que llegase el ataque, y una vez vio que el momento era perfecto, golpeó la pechera de Andés con todas sus fuerzas con su bastón de duelos, lo que lo hizo caer hacia atrás de forma casi inmediata.

Todos en el patio se quedaron en silencio, procesando lo que acababa de

suceder. Calima se concentró y dejó de quemar el atium, no quería gastarlo de forma tan innecesaria. Al observar su interior, noto como había consumido alrededor de un cuarto de la reserva total. *Una perla de peltre de ese tamaño me habría durado como mínimo quince minutos…*

El silencio se rompió con la llegada de Manette, que se encontraba ignorante de la situación, detrás de ella estaba llegando Fren, quien llevaba a Robby en su silla de ruedas.

—¿Nos lo perdimos? —preguntó ella, observando el silencio total de la situación.

—Pues… —comenzó a decir Hef.

—¡Fue demasiado rápido! —contestó Gabroil —¡Fue más rápido que un parpadeo!.

Robby silbo, asombrado por la afirmación.

—Supongo que lo veremos la próxima —dijo Fren.

—No habrá próxima —contesto Manette —Esos fueron diez mil cuartos en atium.

Calima encendió la negación de Manette, y la atención de todos en la sala mientras levantaba la mano. Cuando todos la observaron, ella señaló a su estómago, encendiendo ánimo e interés.

—Oh, ¿todavía te queda? —pregunto Dan —Creía que se quemaba de forma instantánea.

—No —contestó Andés, limpiándose el polvo de su ropa —Es rápido, pero no instantáneo. Con la perla que le dimos debería tener como para aproximadamente treinta segundos.

—A mí me gustaría intentar —dijo Hef, separándose nuevamente de la pared, tomando su bastón de duelos.

—Andés cayó al suelo inmediatamente —recrimino Gabroil —tú no tienes oportunidad, muchacho.

—Eres más joven que yo, así que deja de decirme muchacho —contestó Hef, caminado hacia Calima —Además, no voy a hacerlo solo, Dan y Andés me acompañarán.

—¿Qué te hace pensar que voy a dejar que tres adultos ataquen a una sola niña? —preguntó Dan, casi ofendido.

—La parte en la que, primero, es una nacida de la bruma con peltre y Atium, segundo, que llevamos varios meses enseñándole cómo pelear, y tercero, que acaba de derribar a Andés de un solo golpe como si estuviera hecho de papel.

—Tienes razón pero… —Dan fue interrumpido por un súbito empujón

emocional de Calima, cuando este se giró a verla, ella le sonrió encendiendo confianza y aplacando preocupación.

—Si ella está de acuerdo, creo que no debería de haber ningún problema —concluyó Dan, tomando uno de los bastones de la pared.

Calima caminó hasta el equipamiento que habían traído, y allí tomó una casco de madera. Normalmente, no lo utilizaba porque rara vez entrenaban apuntando a la cabeza, pero esta vez era diferente. Mientras se ponía el casco, encendió la audacia de sus tres compañeros, que ahora se encontraban enfrente suyo. Estos parecieron entender el mensaje con claridad, con lo que una vez de nuevo en el centro del patio, no tardaron ni un segundo en atacar.

Calima saltó rápidamente hacia atrás, comenzando a quemar atium mientras, por si acaso, aplacaba la preocupación de sus compañeros. Ella no quería que interpretaran este posicionamiento como una retirada.

Las sombras volvieron a emerger, el primero en atacarla fue Dan, quien intentará hacer una finta en forma de estocada, y luego arremeter con un rápido golpe desde el lateral.

La sombra de Hef prosiguió con un ataque rápido hacia las piernas, este se complementaba con el balanceo de Dan, el cual de ser esquivado de forma convencional, dejaría la parte inferior de su cuerpo expuesta a cualquier ataque rápido, difícil de esquivar aún con el peltre.

Por último, de Andés no vio ningún movimiento, al parecer él no atacará en los próximos segundos.

Y tal como había visto, Dan y Hef comenzaron a moverse. Para contrarrestar, Calima no se dejó intimidar por la finta, y atacó directamente al peto de Dan, el cual al parecer, por la sorpresa que emanaba de su rostro, confiaba totalmente en su engaño. Ella no escatimó en fuerza, estaban entrenando después de todo, con lo que la rápida estocada llevó a su amigo al suelo tan rápido como lo había hecho con Andés hace unos minutos.

Mientras se volteaba para atacar a Hef, Calima observó como la sombra de Andés comenzó a moverse con rapidez, él iba a utilizar su hierro para alcanzarla a toda velocidad. Cuando Hef atacó, en lugar de golpearlo en el pecho, como había hecho con Dan, ella apuntó a la pierna, la cual lo desestabilizó por completo gracias a la fuerza que él había puesto en su ataque, y aprovechó la oportunidad para agarrarlo rápidamente de la armadura, y, avivando peltre, lo ubicó entre ella y Andés el cual se estrelló inmediatamente contra su compañero.

Con un muy pequeño empujón de acero, ella se alejó de sus dos compañeros mientras caían al suelo, dejando de quemar atium en el proceso.

Solo habían transcurrido cinco segundos. El patio volvió a quedarse en

silencio.

—Eso fue interesante… —comentó Fren, sorprendido.

—Una paliza unilateral —agregó Robby —Ahora entiendo por qué es tan caro.

Sus tres compañeros se habían levantado del suelo, Dan volvió a ponerse en posición de combate.

—¡Ja! —grito Gabroil —¿No había dicho que era posible ganarle a un nacido de la bruma con atium?.

—Dije que quizá se puede aprender a sobrevivir —contestó Dan, un poco frustrado —Hasta ahora, ella solo se defendió, quiero ver como funciona cuando ataca.

—Esperen un momento —dijo Gabroil mientras tomaba un bastón de duelo —Eso fue demasiado fácil para ella, probablemente aprendamos algo si se lo complicamos un poco más.

—Gabroil —comenzó a decir Dan —¿No crees que ya es un poco excesivo?.

Inmediatamente, Calima volvió a aplacar la preocupación de Dan, además, encendió la confianza, expectativas y emoción de todos los presentes.

Dan pareció entender, con lo que no volvió a objetar. Además, Fren también pareció querer unirse al combate, tomó el último bastón que quedaba en la pared y se acercó al medio, esta vez, Calima se encontraba rodeada por cinco de sus compañeros.

La sensación era extraña. A Calima no le gustaba mucho pelear, no sentía esa emoción que los demás le comentaban cuando superaba a un oponente, pero al quemar atium… le hacía querer más, como si comenzase a comprender el sentimiento del que hablaban sus compañeros. Solo necesito de esos pocos segundos para comprenderlo.

El primer golpe dependería de ella, con lo que decidió quedarse quieta por unos instantes mientras aplacaba la tensión de sus amigos, poco a poco, segundo a segundo, mientras agregaba una leve confianza.

—¿Esto siquiera tiene sentido? —pregunto Diven desde el fondo —Un nacido de la bruma con atium es invencible, ¿verdad?.

—Depende —contestó Robby, sin apartar los ojos de Calima —Hay muchos libros que hablan sobre ese tema.

—¿Tomaste mi colección de Bannue Vegort? —preguntó Gabroil, sin apartar sus ojos de Calima —Más te vale no haberla ensuciado.

—No la ensucie —contesto Robby —Como decía, los libros contienen citas de nacidos de la bruma, y varios de ellos hablan sobre cómo se siente pelear sin atium.

—Es falso muchacho —dijo Gabroil, todavía enfocado en Calima —Ningún nacido de la bruma daría sus secretos de forma voluntaria.

—En la corte de Luthadel se comenta que eso es propaganda del ministerio —replicó Andés —Quieren evitar la desvalorización del atium a toda costa, además, tuve una fuente que…

Calima aprovechó la charla y quemó atium. Encendió de un solo golpe toda la tensión que había disipado, aturdiendo a sus cinco oponentes, y procedió a atacar a Gabroil, que era el más distraído con el chisme de Andés.

Gabroil estaba a punto de reaccionar para moverse fuera de la trayectoria de su ataque, con lo que Calima apuntó a su pierna y atacó con todas sus fuerzas, derribándolo de forma inmediata.

Ella se giró hacia Fren, quien seguía levemente aturdido por el ataque emocional. Dan y Andés parecieron darse cuenta de sus intenciones, ya que sus sombras se interpusieron en el camino de su ataque incluso antes de que ella comenzase a moverse, obligándola a cambiar de objetivo.

Ella decidió concentrarse en Hef, dando un leve empujón de acero hacia su dirección. Las sombras de sus compañeros cambiaron una vez dado su nuevo curso de acción, pero esta vez sus compañeros no llegarán a alcanzarla. En mitad de su trayectoria pudo observar la sombra de una moneda, la cual volaba a toda velocidad hacia su futura ubicación. Había olvidado que Andés tenía metal desperdigado por todo el lugar.

No le quedó más opción que detenerse un breve momento para dejar la moneda pasar en frente suyo, lo cual fue suficiente tiempo para que Hef reaccionase y comenzará a correr hacia sus compañeros.

Otra vez Calima proceso estos eventos a toda velocidad, su mente acomodando la nueva información de manera natural, con lo que mientras corría para interceptar a Hef, empujo la moneda recién esquivada, la cual golpeó la pechera de Dan.

Hef ni siquiera fue capaz de reaccionar a la velocidad a la que corría Calima, recibiendo un golpe directo de su bastón al pie, el cual lo lanzó nuevamente al suelo.

Solo quedan tres… Calima dejó de quemar atium por un momento, como le habían dicho, le quedaba aproximadamente la mitad. Una fortuna gastada en pocos minutos, no pudo evitar sentirse culpable al respecto.

Volvió a encender a sus compañeros, mientras se acercaba caminando, dejando el bastón de duelos de lado.

—¡Fren! —grito Dan, quien junto a Andés tomaron una posición defensiva grupal, la cual cubría la mayoría de puntos débiles.

—¡Estoy eso! —respondió Fren.

Calima intuyo lo que estaban haciendo, lo cual fue confirmado cuando bajo su

cobre para quemar bronce, Fren había comenzado a encender a Dan y Andés. Tenía sentido que después de tantos meses de comunicarse únicamente con alomancia, ellos comenzasen a notar cuando los manipulaba, aún mientras intentaba ser sutil. Por si acaso, volvió a encender el cobre, siempre era posible que Fren la encendiese por instinto.

Nuevamente, corrió hacia ellos, aun con atium era prácticamente imposible atravesar esa formación, ellos actuarán únicamente basándonos en lo que ella haría, lo cual acababa de demostrarle que podía servir como defensa sólida.

Esta era su oportunidad, Andés le había negado el acompañarlo a su trabajo de la próxima semana, pero si le demostraba que ella podía defenderse lo suficientemente bien en combate, quizá él lo reconsideraría. *Piensa como una nacida de la bruma.*

Calima ideo rápidamente un plan, sin quemar atium comenzó a correr hacia sus tres compañeros. Unos pocos metros antes de llegar, tomó su monedero de su cinturón y lo lanzó hacia sus amigos, no sin antes abrirlo por completo, dejando caer varias monedas en el suelo.

Por reacción, Andés atrajo varias de ellas. Calima no se molestó en empujar, en su lugar, ella atrajo los anclajes ubicados en la mansión, lo cual la elevo varios metros de un solo tirón, todavía en dirección a sus compañeros. Allí, volvió a tirar de las monedas, las cuales fueron inmediatamente interceptadas por Andés, tal como ella había planeado.

Usando esas monedas como anclaje, Calima aterrizó a toda velocidad, amortiguando levemente el impacto con un empujón de acero. Allí golpeó la espalda de Fren, continuando inmediatamente hacia el cuello de Dan, el cual solo tocó levemente con su bastón.

Ambos tardaron un par de segundos en reaccionar a lo sucedido, suspirando, con decepción, bajando la guardia.

—Buena suerte, Andés —dijo Fren, mientras se apartaba del camino junto a Dan

Andés la miró a los ojos, mientras se preparaba para defenderse. Calima le devolvió la mirada mientras se acercaba caminando. Él estaba anticipando algún truco, otra maniobra la cual solo ella era capaz de realizar. Calima simplemente atacó de forma directa, ejecutó una estocada, la cual Andés tuvo problemas para bloquear, dado que ella estaba encendiendo su duda.

Intercambiaron golpes por el suficiente tiempo para que Andés creyera que se había quedado sin atium. En ese instante, él contraatacó con fuerza, abanicando el bastón hacia el centro de Calima. Allí, ella volvió a quemar atium, lo que le indico

cómo esquivar el ataque de forma correcta, teniendo que bajar solo con un poco la cabeza.

Siguiendo su plan, salto hacia Andés, apuntando al pecho, lamentablemente había comenzado a quemar atium demasiado tarde. Andés ya había comenzado a alejarse de ella, su sombra dictaba que intentaría tomar distancia, con lo que con un empujón de acero ella intentó alcanzarlo.

Cuando se propuso a abalanzarse sobre él a toda velocidad, la sombra volvió a cambiar, esta vez escapando de forma vertical. Eso le obligó a cambiar ligeramente la trayectoria de sus empujones para alcanzarlo en el aire. Pudo notar nuevamente el pequeño cambio, la sombra de Andés no lograria cambiar de trayectoria, representado únicamente por un intento de detener el ataque con la mano. *Una persona sin atium puede reaccionar a lo que hago.*

Ya apenas le quedaba atium, quizá tenía para unos pocos segundos más, con lo que debía hacerlos contar.

Una vez ambos se elevaron, Calima se empujó hacia Andés, apuntando su bastón. Todo iba de acuerdo a lo que había visto, incluso estuvo a punto de dar el golpe de gracia. El cual fue interrumpido por un súbito dolor en el rostro.

Algo le había golpeado en la cara.

Por puro instinto, Calima se aterrizó, asustada, ¿cómo era posible que algo la golpease directo en la cara? no habia visto ninguna sombra dirigirse hacia su dirección.

Mirando alrededor, fue capaz de ver en el suelo un lingote, el cual no podía ver con líneas azules. *Aluminio.* ¿Cómo era posible?.

Se le había acabado el atium, e inmediatamente sintió la abstinencia.
Era el metal más embriagador de todos, había causado que sintiera un ansia por la victoria que jamás había sentido en su vida.

Calima finalmente cayó en todo lo que había sucedido estos últimos minutos, había estado demasiado distraída con el metal nuevo, para darse cuenta de que se enfrentó a cinco de sus compañeros al mismo tiempo. No había sido capaz de alcanzar a Andés al final, pero había dado pelea.

—Maldición… —dijo Robby —¿Alguno de ustedes pudo seguir lo que pasó?.

—No —contestó Hef —y eso que yo estuve en la pelea.

—Y esto es a lo que Dan pretendía sobrevivir —dijo Gabroil —la niña nos apalizó en minutos, y eso que no es una nacida de la bruma totalmente entrenada.

—¿Entonces no es posible derrotar a un nacido de la bruma con atium? —pregunto Diven.

—Es posible… si evitas que se trague la perla en primer lugar —contestó Dan.

—Pero Andés acaba de derrotarla, ¿verdad? —pregunto Manette.

El grupo se giró hacia Andés, el cual estaba recogiendo el lingote de aluminio del suelo.

—Fue suerte —contestó Andés, él extendió el brazo con el lingote, enseñándoselos a todos los presentes —Al parecer, tal como el hierro, y el zinc, el aluminio también afectó el atium, ¿tengo razón? —pregunto, mirando hacia Calima.

Ella asintió, mientras señalo al metal, encendiendo desconocimiento y sorpresa.

—¿Quieres decir que el aluminio no puede ser visto por el atium? —pregunto Dan.

—No solo el atium —contesto Andés —estoy bastante seguro que Robby no podría ser capaz de sentir a nadie detrás de una pared de aluminio.

—¡Por el lord legislador! —grito Gabroil, observando el metal —¡Eso lo explica todo!.

—Siempre me pareció curioso el porqué el ministerio buscaba regular la venta del aluminio a toda costa —contestó Manette —lo más probable es que si descubren que sabemos esto, nos ejecutarán a todos.

—Tampoco es tan grave —comentó Robby, con un tono juguetón —lo harán si descubren que somos skaa, y este secreto es más fácil de ocultar, así que a mí no me preocupa.

—¡Esto significa que tenemos una ventaja! —volvió a gritar Gabroil.

—No —contestó Andés, tajante —La única razón por la que fue capaz de golpear a Calima con el lingote fue porque ella no lo vio venir, además de seguir siendo inexperta en el combate.

»Debemos suponer que nuestros oponentes conocen este secreto, están en busca de la mina, y deben de saber el verdadero valor del aluminio.

El patio quedó nuevamente en silencio, todos comenzaban a entender la verdadera gravedad de la situación, al fin tenían un porqué de todo el hostigamiento a la banda. Con lo que Calima encendió esperanza, mientras levantaba un poco el puño con una sonrisa.

—Ella tiene razón —dijo Robby —Digo, nunca he visto a un nacido de la bruma pelear tan bien.

—Nunca has visto otro nacido de la bruma, además de Calima—contesto Hef.

—Mi punto se mantiene.

—Ahora que hablamos de eso… —comenzó a decir Manette —Ella realmente se lució hoy.

—Me hizo sentir que mis años de entrenamiento fueran un mal chiste —replicó Dan.

—Ese truco de saltar con las monedas —dijo Gabroil —Según entiendo, ver el

futuro no te da la habilidad para hacer algo como eso.

Calima no pudo evitar sonrojarse, realmente le gustaba cuando la halagaban de esta manera.

—Supongo que tu duro entrenamiento sí ha dado frutos después de todo —contestó Andés —Además, peleaste contra los cinco mucho más tiempo de lo que el atium debió darte. Lo hiciste bien.

Inmediatamente, Ella corrió hacia su pizarra, la cual había dejado a un lado del patio. Una vez con ella escribió a toda velocidad. *¿Bechel?* Escribió rápidamente.

Andés observó la pizarra, no parecía del todo contento con la petición.

—Lo siento, sigue siendo demasiado peligroso —dijo. Dan observó el mensaje, y se volvió hacia Andés

—Deberías dejarla ir —dijo, con total naturalidad —Yo creo que se lo gano después de lo de hoy.

—Dan, tú eres el primero en ponerse sobre protector —recrimino Gabroil.

—Y con más razón deberían escucharme, ¿no creen?.

—Yo opino lo mismo —dijo Manette —Maldición Andés, dijimos hace meses que debíamos tratarla como una nacida de la bruma, pero apenas hemos cumplido al respecto.

—Sí, quizá el trabajo no sea tan arriesgado si ella te acompaña —comentó Hef.

—Yo creo que tiene miedo —comentó Robby —Si Calima lo acompaña y el trabajo resulta ser fácil, quizá teme a que ella tome su lugar.

Gabroil se rió a todo pulmón, con lo que Calima se volvió a girar hacia Andés, esperando que quizá hubiera cambiado su respuesta.

—… Está bien —dijo, después de la insistencia de todo el grupo —Creo que tenemos una manera, pero deberás comenzar a practicar desde hoy.

Calima saltó de alegría. Sabía que Andés había tenido problemas en como encarar a los Bechtel, y por fin, lo había convencido de que ella sería de ayuda.

Capítulo 25

Para Andés, el momento antes de infiltrarse era el más difícil. En cuanto a la preparación, había aprendido de sus padres que ser minucioso en los detalles sería la diferencia entre la victoria y la derrota. De su hermana había aprendido que, una vez irrumpido en un sitio, carecía de sentido preocuparse sobre si tenías todos tus artilugios o se te habían olvidado los calzones.

Pero el momento antes de hacerlo, cuando todavía podía dar media vuelta e investigar un poco más, conseguir alguna llave, sobornar a otro guardia o crear un anclaje extra...

Comenzó a caminar, Calima se encontraba a su lado, ella debía avisarle de cualquier alomántico que se encontrase cerca. Él realmente no quería que ella estuviera aquí, de todos sus trabajos, este era el más peligroso. Apenas sabía nada, no descubrió a ningún guardia al cual podrían sobornar, y se encontraba en medio de la nada, sin edificios a los cuales anclarse alrededor. Lo único que tenía a su favor, eran las brumas, las cuales lo ocultaban tanto a él cómo a Calima.

No tardaron en llegar al cercado, este estaba cubierto por algunos hilos, los cuales llevaban pequeñas campanas que avisaran a los guardias de cualquier movimiento.

Como habían planeado, Calima soltó una moneda y se elevó en el aire, y una vez en el punto más alto, dejó caer otra al otro lado. Ella tomó con fuerza su monedero, el cual Andés utilizó como anclaje para elevarse y cruzar.

Una vez aterrizado en el otro lado, ambos comenzaron a caminar nuevamente, esta vez rumbo a la mansión. Los guardias se encontraban demasiado lejos los unos de los otros para que fuera capaz de verlos con su visión de hierro, debía confiar en que no hubieran cambiado las rutas en la última semana. Edlum Bechtel era lo suficientemente paranoico como para crear rutas complejas, y sus guardias lo suficientemente obedientes como para memorizarlas.

Lamentablemente, había acabado la parte más fácil del trabajo. Ambos se encontraron en frente del muro de la mansión, a sus ojos, esta se alargaba hasta el infinito, con la cima oculta entre las brumas, solo capaz de determinar el techo con el contorno azulado generado por los clavos.

Sin perder más tiempo, comenzó a escalar hasta el tercer piso. Calima lo seguía de cerca, manteniendo la nube de cobre activa. No había sido capaz de saber si tenían un buscador.

Aquella ventana era la que no tenía conectada una alarma, la cual consistía en

pequeños hilos unidos hasta unas pequeñas campanas. Andés prefirió no tentar a la suerte respecto a aquello, asegurándose de no sentir ningún movimiento mientras la abría.

Cuarenta segundos hasta que llegue una ronda de guardias. No podía permitirse bajar la guardia en un momento como este, apresurándose y entrando a una habitación vacía.

Junto a Calima, comenzaron a prepararse. Su ardua investigación en todos estos últimos meses no fue del todo inútil. Entre los guardias había uno en específico que estaría por la ciudad por los próximos días. Con lo que Andés había logrado interceptar una carta escrita por este. En lugar de ausentarse tres días. El guardia llegaría a la mansión en la noche del segundo día junto a su hijo, justo para el cambio de guardia, el cual está a cinco minutos de realizarse.

Por mucho que hubiese querido, no podrían haber entrado por la puerta principal, había una señora la cual comprobaba los rostros de todo aquel que entraba, y por muy buena que fuese su historia o actuación, rehusarse a quitarse la bufanda habría alertado a aquella mujer.

Una vez disfrazados, Andés y Calima salieron de la habitación, caminando con decisión. Él no era de los que podían imitar personalidades, sabía actuar de forma distinta a como era su persona, ¿pero ser alguien más?, eso no era para él.

Manette y Dan dedicaron la última semana en enseñarle a cómo imitar el comportamiento de aquel soldado… No le había ido demasiado bien, con lo que se decantaron en dejar que él fuera manipulado por Calima con su alomancia emocional, acompañado de varios guiones, los cuales se había aprendido a rajatabla.

Siguiendo la ruta, esperaron hasta que diera la hora del cambio de guardia, el cual creó una apertura para bajar al primer piso sin ser visto por los guardias estacionados en las escaleras.

Aprovechando el pequeño hueco, bajaron con rapidez hasta el primer piso, manteniendo el espacio entre los guardias que se dirigen hacia el capitán para reportar el final de sus horarios. Debían apresurarse para llegar antes que los guardias provenientes de fuera, parte de su plan necesitaba que llegasen primero.

Alcanzaron el pequeño cuartel, era una habitación grande al fondo de un pasillo, cercano a lo que había supuesto que eran las habitaciones de la familia. La puerta se encontraba abierta, con lo que entró naturalidad junto a Calima.

La obsesión de Edlum por la seguridad tenía su lado bueno. A los guardias se les esperaba que enseñasen a sus hijos servir también a la casa, manteniendo el círculo de confianza lo más cerrado posible.

Fue realmente difícil crear un disfraz que ocultara todas las facultades

femeninas de Calima. Ahora mismo estaba llevando varias capas de ropa, disimulando las pequeñas curvas que había desarrollado en su reciente pubertad. En lo que respecta a músculo, por fortuna ella había ganado el suficiente estos últimos meses para no tener que crear bultos en sus brazos.

Con confianza, ambos caminaron hasta quien había reconocido como el capitán. Este llevaba prendas mata brumosos, al igual que la gran mayoría de los demás guardias. Aquel era un entrenamiento dedicado casi únicamente para los nobles, probablemente otra táctica de Edlum para subir la moral.

Al despedir al grupo de soldados que acababa de terminar su parte de la guardia, se giró hacia los dos, observándolos con un poco de recelo, el cual desapareció de forma casi inmediata, probablemente por el toque alomanticó de Calima.

—Dofrey —dijo el capitán, observando con un rostro formal —Te has recuperado con rapidez.

—Sí señor —contestó Andés, agravando su voz, fingiendo hinchazón en la garganta. Antes de seguir hablando, sintió como su deseo de expresarse se había desvanecido, allí recordó el consejo de Manette, *No cuentes tu historia, a menos que sea natural.*

—Entiendo, supongo que tienes la suficiente fuerza como para patrullar el resto de la noche.

—Sí señor.

—¿Y tu hijo?.

—Lamentablemente, le he contagiado, señor —excuso Andés —Pero no se preocupe, tiene la fuerza para seguirme el paso.

—Entiendo, no se quiten esas bufandas —ordenó el capitán.

Luego de eso, hizo un ademán con la mano, el cual señalizo el fin de la conversación, ordenándoles que vayan a sus puestos de vigilancia.

Con un saludo formal, el cual Calima también imito, se despidieron del capitán, y se marcharon nuevamente de la habitación. Esta vez no evitaron el contacto visual con los demás guardias, los cuales observaron cómo tanto él como Calima salían del pequeño cuartel, totalmente cubiertos por prendas para evitar un contagio.

Había esperado meses una oportunidad como esta, tenía preparados varios planes para infiltrarse, la gran mayoría con una dependencia en la suerte demasiado grande para su gusto. Pero este, a pesar de que había tenido que prepararlo con muchísima rapidez, era muchísimo más confiable que simplemente entrar y evitar ser visto.

La ruta era compleja, y efectiva. Consistía en un patrón de vueltas que cubrían

toda la mansión, dejando apenas espacios sin vigilar, dando a los intrusos sólo segundos de margen antes de ser vistos por otro guardia cruzando el pasillo.

Cruzando por el primer piso, Andés noto una puerta la cual llamó su atención. Como guardia, tenía el permiso de abrir cualquier puerta, siempre y cuando tuviera la impresión de haber notado algo detrás de ella, tanto por algún ruido o algo fuera de lugar.

Abrió la puerta, dentro se encontró con una gigantesca habitación, la cual contenía platos y amueblado de calidad. *Aquí deben guardar lo que utilizan para los invitados.*

Rápidamente, entro y dejo una moneda en cada esquina, para luego salir y cerrar la puerta, no podía dejar que lo vieran. Había un número limitado de habitaciones que podía revisar antes de llamar demasiado la atención.

Una vez fuera, se encontró con Calima, tomando la posición de guardia de forma perfecta, tal y como le habían enseñado. Ella había practicado toda la semana los manierismos masculinos de toda la banda, adoptándolos a la perfección.

Continuando con las rondas, ambos apresuraron el paso para no ser visto por el grupo que venía por detrás, obligándose a ignorar otras puertas de marco lujoso. De todas formas, aquellas eran solo una curiosidad, Andés estaba detrás de un sitio mucho más específico, el salón principal.

Según lo poco que había conseguido, cabía la posibilidad que en el gran salón se encontrase una caja fuerte detrás de un cuadro, y tenía muy buenas razones para pensar que así era.

La misma razón por la cual hacía el trabajo mucho más difícil, había guardias vigilando el sitio a todas horas del día y la noche. Tras unas pruebas, descubrió que en caso de una emergencia, aquellos guardias tenían mucha más prioridad que los demás a la hora de mantener sus puestos. Ellos solo podían abandonar el lugar en caso de ser ordenados por un superior, o que la mansión se encuentre en llamas.

Por fortuna, había una pequeña oportunidad. Su pequeño descanso sucedía exactamente al momento de visualizar a los nuevos guardias llegar, y al ser los primeros en la ruta, su trabajo era quedarse a esperar que ellos volvieran. Con lo que a paso rápido, prácticamente a trotes, llegaron hasta la entrada la cual daba al salón.

Una vez allí, ambos guardias los observaron, pero solo uno de ellos se fue, al parecer el otro no tenía la intención de dejar su puesto.

Ya había previsto que algo como esto pudiera suceder, con lo que, de igual manera, comenzó a concentrarse en su visión de hierro. La cual mostró como el salón estaba rodeado de metal por todos lados, podía distinguir cubiertos en varios cajones, los cuales tenían clavos extra, ocultos en las patas y pequeños desniveles. Además de varias formas grandes que se encontraban en las paredes. Todas las

cuales podía distinguir cuyo propósito era únicamente distraer a cualquier alomanticó curioso. *Esto es un poco excesivo Edlum…*

No tardó en visualizar en donde la verdadera caja fuerte se encontraba. Habían residuos de metal detrás de un armario, los cuales tomaban la forma de una caja fuerte hecha de madera.

Andés salió de la esquina en la que se encontraba vigilando, y se acercó al guardia. El cual no respondió con ningún gesto.

—Puedes descansar —dijo Andés, agravando su voz.

—Sigan sus rondas, yo me quedaré —contestó el guardia, manteniéndose firme.

—¿Estás seguro? te veo un poco cansado —Andés tiró levemente de un pequeño trozo de metal que tenía Calima en su bolsillo.

—Te dije que… hmmm —el guardia parpadeo con fuerza, probablemente por fatiga aumentada.

—Es peligroso seguir de guardia si no estás seguro, ve a vaciar la vejiga y vuelve —dijo Andés, intentando evitar que sonase como una orden.

—Supongo que tienes razón —aquel hombre se apartó de la pared y comenzó a caminar hacia fuera de la habitación.

Una vez la habitación quedó totalmente desprotegida, Andés se apresuró y corrió hasta el armario, Calima detrás de él, vigilando la repentina llegada de cualquier posible guardia.

—Ayúdame con esto —susurró Andés, mientras intentaba levantar el armario. Calima se acercó y tomó un desnivel del otro lado.

—Uno, dos y…

Ambos levantaron el armario, moviéndolo un par de metros hacia el lado. Detrás pudieron ver una pequeña trampilla pegada a la pared. Al abrirla, como había visto, se encontraba la caja fuerte. Comenzó a dudar que realmente se tratase de lo que buscaban, hacía semanas él había interceptado a quien proveía tinta a la mansión, y la intercambio por otra, la cual contenía una minúscula parte de metal triturado, diluido hasta el punto de ser menos que polvo. Se había asegurado de haber enviado documentos con la suficiente importancia para ser archivados utilizando aquella tinta. Siempre podía caer la casualidad de que Edlum simplemente no utilizase, con lo que decidió mejor dejarlo pasar.

A diferencia de las cajas fuertes metálicas, las de madera estaban hechas totalmente a mano, todas con diseños distintos, solo posibles de abrir con la llave o a fuerza bruta.

Había pasado la mayor parte de su planeación pensando como penetrarla,

incluso se había resignado a hacerlo sin dejar evidencia. Después de mucha prueba y error, había encontrado una manera lo suficientemente viable.

De su bolsillo, tomó un frasco con polvo de metal mezclado con una sustancia livianamente pegajosa, lo virtió dentro del agujero de donde debería ir la llave, y sopló. Se había pasado semanas preparando la mezcla perfecta para lograr que el metal pueda ser movido con el soplido, pero que tuviera la propiedad de pegarse a las superficies que tocase.

Funcionó tal como había practicado, ahora el interior de la cerradura estaba marcado por las pequeñas líneas azules, igual a las que veía por todos lados. Con eso, fue capaz de visualizar la estructura de la cerradura. Tenía varios seguros conectados uno detrás del otro, introducir cualquier cosa menos la forma correcta de la llave, causaría que la caja fuerte se bloquease.

Sin esperar otro segundo, Andés tomó una pequeña tela la cual tenía pequeños trozos de metal insertados a lo largo de sus tejidos, y con la ganzúa, los empujo profundo por la cerradura. Con cuidado ubico los trozos de metal en las posiciones indicadas para desarmar los seguros. Tuvo más cuidado del que había tenido nunca, fallar, ahora podía tirar los últimos cuatro meses de preparación a la basura, quizá incluso destruya cualquier oportunidad futura de conseguir lo que había en la caja fuerte.

Fue alertado por la sorpresa, Calima le estaba avisando que alguien se acercaba. Andés lo pudo entrever con su visión de hierro, todavía se encontraba un poco lejos, con lo que con se apresuró y ubico el último trozo de metal en su sitio.

Inmediatamente, se arrojó al suelo. Y tiró con fuerza de todos el metal que había ubicado en la caja fuerte.

Los seguros cedieron, marcados por un fuerte sonido proveniente del pequeño agujero. Calima no tardó en encender la preocupación, aquel guardia se había percatado del sonido, con lo que comenzó a acelerar el paso.

No podían permitirse ser descubiertos ahora, con lo que en lugar de abrir la caja fuerte, Andés pegó un salto hasta el armario, y junto a Calima, que había entendido su intención, comenzaron a devolverlo a su lugar.

Lamentablemente, no pudieron evitar hacer un poco más de ruido, el mueble fue golpeado contra el muro un par de veces, además de un rechinido al ser empujado con las patas todavía en el suelo, pero lograron devolverlo a su lugar.

Fue capaz de ver como la sombra del guardia aceleró después del estruendo, con lo que Andés se apresuró y de dos saltos se acercó hasta un sillón, donde logró apoyarse justo a tiempo para la llegada del guardia.

—¿Qué fue eso? —preguntó, conmocionado, era el mismo el cual habían convencido de que tomase un descanso.

—Me apoye sobre el asiento y lo tire por accidente —contestó Andés.

El hombre se quedó callado, su sola mirada decía lo mucho que sospechaba de la situación. Calima no tardó en aplacarlo, según lo que podía ver en el rostro de aquel guardia.

—Continúen con sus rondas —dijo —Y no tienes por qué mentirme, solo procura que tu hijo no toque más nada.

Calima expresó alivio, al parecer ella había comunicado eso con los tirones y empujones emocionales. Lamentablemente, ya no podían hacer nada por ahora, con lo que se propusieron el seguir con las rondas, y esperar a otra oportunidad.

—Esperen —dijo el guardia. Ambos se detuvieron, y observaron como aquel hombre se acercaba hasta el armario de la caja fuerte.

Mientras el guardia revisaba el suelo, Andés noto como habían quedado marcas en la piedra, normalmente imperceptibles para cualquiera, los suelos siempre se rayaban, y más aún cuando había muebles de por medio, pero si eras un guardia que vigilaba la misma sala todos los días…

El guardia observaba debajo del armario. *¡Va a ver la tela colgante!.* Como si acabase de predecir el futuro, el hombre se sobresaltó, intentando levantarse del suelo a toda velocidad, llevando su mano a su arma.

Andés tiro de todos los anclajes que se encontraban en esa dirección, mientras desenfundaba su espada. El guardia no fue capaz de llegar a gritar antes de que fuera apuñalado por la garganta por Andés, que tapó la boca de su víctima mientras lo empujaba hacia el suelo, evitando cualquier súbito grito.

El hombre no tardó en morir, la piedra quedó pintada en sangre, no había manera en la que pudieran limpiar esto y ocultar el cadáver a tiempo, con lo que no les quedó más opción que apresurarse.

—Vamos, tenemos que mover el armario —dijo, mientras se giraba a Calima. Ella se encontraba petrificada, observando el cuerpo con los ojos bien abiertos —Calima tenemos que apresurarnos.

Calima no respondió, solo se quedó quieta, observando el cuerpo con una mirada de horror.

Creía que podría manejarlo…

Andés se maldijo, Calima se había pasado los últimos meses diciendo que no se vendría abajo por presenciar una muerte. *Quizá es porque fue demasiado súbito* raciono. Comenzó a caminar hacia ella, debía hacer que reaccione antes de que llegase cualquier otro guardia.

No fue capaz de dar el primer paso antes de ser detenido por un súbito grito a todo pulmón por parte de Calima, el cual llenó el silencio de la habitación, expandiéndose hacia los pasillos y el resto de la mansión.

Andés se quedó aturdido por un momento, de todas las reacciones que ella podía haber tenido, esta era la última que esperaba.

Solo fue capaz de reaccionar una vez noto como varias sombras provenientes de los guardias cercanos comenzaban a correr hacia su dirección. Con lo que, sin pensar ni un segundo, se acercó hacia Calima, quien se había desmoronado en el suelo, y comenzando a llorar.

Maldición, ¡Maldición! Andés volvió a maldecirse sin parar, esto era su culpa, estaba demasiado acostumbrado a matar guardias, que se había olvidado de comprobar si Calima estaría preparado para ello. No debía de haber confiado solo en su palabra.

Intentó levantarla del suelo, pero ella forcejeó, evitando el agarre de Andés, empujándolo con sus brazos.

Los guardias se acercaban rápidamente, y ella no parecía querer responder, con lo que Andés combatió la fuerza del peltre de Calima con tirones de hierro, tanto al monedero que ella llevaba encima como a las ganzúas que tenía escondida en la ropa.

Por suerte ella no combatió contra ello, se mantuvo quieta mientras era arrastrada por el suelo. A Andés no le gustaba hacer algo así, pero ya no le quedaba opción. Camino con fuerza mientras llevaba el peso muerto, dirigiéndose hacia los pasillos, donde se encontraban las ventanas.

Lamentablemente, fueron alcanzados por dos guardias que venían desde la dirección contraria. Estos se detuvieron y apuntaron sus lanzas con punta de piedra hacia él. Ambos dudaban si debían atacar, estaba vestido como uno de ellos después de todo, con lo que Andés decidió atraer las bisagras del final del pasillo, alcanzando en un parpadeo al primero de los guardias, apuñalándolo en el estómago. Por mucho que pudiera seguirles el juego como uno de los suyos, ese camino solo lo dejaría atrapado y rodeado por todos los demás guardias de la mansión.

El otro guardia reaccionó de forma inmediata e intento ensartar a Andés, quien lo ahuyentó lanzando un par de monedas hacia su rostro, haciéndole creer a su oponente que estas saldrían disparadas. Había aprendido que todos los guardias de la familia Bechel estaban entrenados como mata brumosos, con lo que fue bueno poder utilizar eso a su favor.

Andés esquivo con un salto hacia la derecha un ataque proveniente del guardia que había apuñalado. Comenzaba a escuchar los pasos de los demás guardias proviniendo desde atrás, sus oponentes parecieron haberse percatado también, ya que uno de ellos posó sus dedos en su boca y silbó a todo pulmón. *No puedo perder el tiempo con esto.*

Antes de que sus oponentes volvieran a preparar otro ataque, Andés se atrajo

hacia arriba mientras retrocedía, tirando también de todas las monedas que acababa de dejar en el suelo. Estas atravesaron a ambos guardias por la espalda, tirando al que había herido en el estómago al suelo.

El guardia restante resistió el ataque, inmediatamente volviéndose hacia Andés, intentando ensartar su lanza en su pecho. Él evadió el ataque retrocediendo otro paso más.

Calima se encontraba en el suelo, a un paso de distancia, estaba intentando levantarse. La puerta a su espalda se abrió con la llegada de los guardias, el hombre que tenía delante continuaba atacando, asegurándose de que se quedase en el lugar. Los hombres que tenía detrás no tardaron en comenzar a correr hacia su posición, *si llegan hasta aquí estamos muertos.*

Decidió actuar por instinto. Tomo el brazo de Calima, y se atrajo hacia la puerta que daba al pasillo. Uno de los guardias reaccionó y lanzó una flecha, la cual llegó a toda velocidad, Andés logró atraerse a un anclaje a su izquierda, evitando el proyectil. Lamentablemente, no pudo decir lo mismo del repentino ataque de la persona que tenía delante.

El guardia con el que había peleado fue capaz de reaccionar a la evasión de Andés, y aprovechó el momento para apuñalarlo mientras se encontraba en movimiento. Lo cual lo distrajo lo suficiente como para no poder ver la flecha en movimiento que llegó hasta su pierna.

Andés se mantenía en movimiento gracias a los anclajes, los cuales lograron llevarlo hasta el pasillo más cercano dejando a los guardias atrás. Calima finalmente había reaccionado, comenzando a correr por su cuenta, y dada la lentitud de los guardias, era probable que ella los aplacase para mantenerlos alejados.

La campana sonó exactamente al momento en el que llegaron a la ventana, una vez se había atraído a las bisagras, cayó en el problema en el que se encontraba, una vez fuera ya no sería capaz de moverse dado a su pierna. No pudo llegar a planear nada antes de que un guardia los alcanzase, con lo que sin dudar otro segundo abrió la ventana y se lanzó hacia fuera.

Calima se había dado cuenta del problema en el que se encontraba Andés, con lo que se acercó para que él se apoyase sobre su hombro. Empujándose con acero, ella lo alejó de la mansión, adentrándose más en las brumas.

—Detente —dijo Andés, y Calima obedeció inmediatamente. No podían volver hasta la ciudad con ella llevándolo al hombro, necesitaban de un caballo —Los establos se encuentran cerca de las chozas.

Calima entendió y comenzó a llevarlo hacia esa dirección. Sintió peligro y alerta por parte de ella, lo más probable era que los guardias que se encontraban fuera corrieran hacia los caballos.

—Apresúrate —dijo, intentando impulsarse lo más rápido que podía con la pierna herida.

Calima volvió a obedecer y con más fuerza se impulsaron hasta llegar cerca de los establos. Como había supuesto, Andés observó los contornos de los soldados con armadura corriendo hasta los caballos. Tomando nuevamente el brazo de Calima, se tiró del metal del primer soldado que llegó hasta la montura.

Este cayó del al suelo mientras Andés se atraía a toda velocidad, subiendo de otro tirón al caballo, y sin esperar otro segundo, arreo las bridas, lo cual puso al corcel en movimiento.

—¡Alto! —gritó el guardia —¡Se llevan el caballo!.

—Aplícalos —dijo Andés en voz baja —¡Yo los detendré! —grito, aprovechándose de la poca visibilidad en la bruma.

El hombre no respondió, quedándose quieto en el suelo. Sus demás compañeros comenzaron arrear sus caballos, en dirección hacia la salida.

—¡Creo que lo veo! —grito Andés —¡Está saliendo por la puerta! —volvió a gritar, mientras se dirige hacia esa dirección, procurando que Calima le ayude a seguir el juego.

Se acercaban rápidamente hacia la salida y se estaba quedando sin opciones. Si la puerta se encontraba cerrada, sería su fin.

Desde lo lejos pudo observar las líneas azules de los guardias vigilando la cerca, y observando la posición de las armaduras y las lanzas, se encontraban en pose de combate. Andés se obligó en pensar en otra cosa, quizá si tiraba de la cerradura de forma correcta.

Sin aviso, Calima salto del caballo,

¡No!.

Andés se detuvo de inmediato, los otros guardias no tardarán en llegar, y no tenían tiempo para esto.

—¡¿Qué hac…?! —fue interrumpido por la alomancia emocional de Calima, la cual había comenzado a correr hacia la puerta, alternando entre correr y empujar con acero.

Andés volvió a sentir urgencia, con lo que comenzó a cabalgar hacia ella. Para su sorpresa corría a una alta velocidad, utilizando al máximo sus anclajes, llegando con rapidez hasta la puerta en donde se encontraban los guardias.

Observando con su visión de hierro, Andés vio como Calima se mostró ante aquellos guardias, los cuales intentaron atacar. Ella saltó y los empujó, saliendo del recinto.

¿Me está dejando atrás? Pensó Andés, eso era algo que nunca había

considerado posible, aquel pensamiento no duró mucho, ya que ella se detuvo de forma inmediata y se giró para observarlo, señalando a los guardias.

Comenzando a sentir un deseo de persecución y astucia, Andés comprendió cuál era su intención, además de un poco de culpa por considerar que Calima podría dejarlo a morir.

—¡Abran la cerca! —grito Andés. Los soldados obedecieron de forma inmediata, abriendo un espacio por el cual él podría pasar con el caballo.

Andés cruzó el portal sin problema, procurando llegar antes que sus perseguidores, y una vez afuera, atrajo los metales de la puerta que acababan de abrir, cerrándola a su paso.

Se alejó varios metros mientras el caballo disminuía en velocidad. A los corceles se les suele entrenar para trotar en las brumas, pero eso solo podían hacerlo en los senderos, los cuales estaban preparados para esa tarea.

Escuchando los gritos a su espalda, Andés decidió que lo mejor sería tomar el camino directo. Era probable que los guardias se hubiesen dado cuenta de la estafa, necesitaban llegar hasta la ciudad para perderlos por completo.

Comenzó a revisar en lo que se había equivocado. Debió haber dejado más metal en polvo en las afueras para distinguir el camino. El primer guardia se había alertado por su culpa por no querer dejar el trabajo a medias. Recurrir al asesinato como primera opción fue un error, debió haber intentado inventarse una mentira, no importa cuál, Calima la habría hecho creíble.

Y por último, a estas alturas tendría que haber leído mejor a la chica, ya más de medio año desde que se conocían, además de haberle prometido hacer un esfuerzo para conectar con las personas. Por muy preparada que ella dijera estar, no debió asumir que realmente lo estaba. Su mayor error esta noche no fue comprobar si ella era realmente apta para presenciar otra muerte.

Se alejaron de la mansión, él se encontraba herido y su misión había resultado un fracaso. Observó hacia Calima, que estaba siguiendo el trote con empujones de acero, *al menos sobrevivimos…*

Capítulo 26

—Sabía que era demasiado peligroso —dijo Manette. Se encontraban en el comedor presentes solo junto a Dan y Gabroil —Él me lo dijo, ni siquiera fue capaz de preparar nada de forma adecuada.

Habían llegado hasta la mansión después de dos horas, Andés se desmayó nada más pisar el sitio, y ahora estaba siendo atendido por Sall.

Calima se encontraba en la esquina de la habitación, había tomado las cosas de Andés, usando sus papeles en blanco para escribir los detalles, ya que con la pizarra no podría explicar todo lo sucedido en su totalidad.

—Sabes que necesitamos esa información —contestó Dan —No conocer la posición económica de los Bechel nos deja expuestos.

—¡Pero no vale la vida de Andés! —grito Gabroil —¡Es solo una casa! Ya conocemos cómo están posicionadas la mayoría.

—No olvides que esta es la más importante —contestó Dan, tajante —A pesar de ser una casa intermedia, poseen información vital sobre los comercios que ocurren en la región.

—¿¡Estás insinuando que valió el intento!? —contestó Gabroil, entrando en cólera —¡Casi matan a la niña, desgraciado!.

—¡Lo sé! —grito Dan de vuelta, casi tan enfadado como Gabroil —¡Pero no lo hicieron! Ambos sobrevivieron.

—Cálmense —ordenó Manette.

Instintivamente, Calima la ayudó, aplacando el enfado de todos en la sala. Dan y Gabroil simplemente se sentaron, totalmente abatidos.

Ella se levantó de su asiento, y caminó hasta Manette, entregándole lo que había acabado de escribir. La habitación se sumió en un silencio mientras ella leía, lo había escrito todo, el porqué saltó la alarma, y como Andés había salido herido intentando protegerla.

Manette suspiro, y entregó el papel a Gabriol, quien lo tomó de forma inmediata, leyéndolo a toda velocidad.

—Gracias, Calima, puedes irte a dormir —dijo Manette, quien se volteó hacia la mesa.

Ella tomó su pizarra y escribió en ella a toda velocidad.

Es mi culpa.

—No, estas cosas pasan —contestó Dan —Debimos haber entendido que no estabas lista.

¡No! Pensó Calima, frustrada, ¿Por qué no se enojaban? Cuando los demás se

equivocaban, siempre había alguien para señalarlo con una crítica, se decían la verdad, sin cortes. Pero no a ella, nunca a ella. Todo le llegaba de forma suave.

Aun después de que intentara pedirles que no lo tratasen como si fuera de cristal, siempre volvían a hacerlo. Y este era el motivo, aun después de tantos meses seguía siendo tan frágil como en el primer día.

Sus sentimientos de culpa y frustración fueron detenidos por el sonido de la puerta. Sall había terminado de tratar a Andés.

—¿Y? —preguntó Manette.

—No tuve necesidad de operar —dijo Sall, cansado —pero tiene una herida grave en el abdomen, además de tener atravesada la pierna, no creo que pueda levantarse hasta dentro de un mes.

—Perfecto, justo lo necesitamos —bufo Gabroil.

—Hasta recién parecías totalmente preocupado —constató Dan.

—Eso fue antes de saber que el imbécil sobrevivirá.

El silencio se apoderó del sitio, la emergencia inmediata había desaparecido, pero la tensión permanencia.

Manette se acercó a la mesa, en la cual apoyó su mano. Observó a Dan y Gabroil, quienes esperaron a que hablase.

—Necesitamos a alguien que continúe presentándose en las fortalezas —dijo Manette con un tono amargo —Si descubren que perdimos a nuestro combatiente, estamos muertos.

—Yo lo haré —contestó Gabroil inmediatamente.

—¿Qué quieres decir con «Yo lo haré»? —pregunto Dan, casi enfurecido —Apenas tienes experiencia en combate, y sin hablar de que hay tormentas más sigilosas que tú.

—¿Quién entonces? —preguntó Gabroil, desafiante —Por muy buen soldado que seas, yo tengo la ventaja del peltre. No tenemos más opción.

—Quizá sea más seguro si van ambos —contesto Manette. Dan y Gabroil la observaron, sabiendo que tenía razón.

Solo que estaban obviando una cosa, a Calima.

Ella se encontraba todavía en el comedor, y en toda esta discusión, ninguno siquiera sugirió que sería buena idea que ella lo hiciera. Ni siquiera la miraban, no era ninguna solución, solo el problema.

Ya no tenía razón para estar en la habitación, simplemente se levantó de su asiento, y se fue. Ya estaba sellado, no confiarían en ella para este tipo de trabajos, era obvio por la distancia que habían tomado a la hora de hablar del asunto.

Calima pensó en todo lo sucedido esta noche mientras subía las escaleras. Ella

había creído que podría manejarlo, estas personas eran malas, lo sabía, había acompañado una vez a Andés, observo cómo trataban a sus pobres trabajadores, los latigazos, los insultos, el odio. La razón dictaba que debían detenerlos, pero igualmente… grito. A la hora de la verdad, ni siquiera fue capaz de limitarse a agacharse y quedarse en silencio, no, tenía que gritar, gritar y arruinar todo el plan, plan que habían pasado meses preparando de forma meticulosa.

Entró a su habitación, noto como todavía llevaba la bolsa y espada con truco de Andés, se había olvidado de dejarlas en la cocina, las ubico al lado de la puerta, volviendo a observar su habitación. Las sábanas de su cama estaban lisas y su ropa ordenada, seguramente incluso habían limpiado su capa de bruma, la cual se encontraba en el armario. Fue obra de Mern, como siempre, que se encargaba de limpiar siempre que ella salía, dejando la habitación agradable para cuando regresaba.

La trataban como a una dama, ¿y así era como les pagaba?, ¿después que la sacasen de las calles y le enseñasen la alomancia?. Ella ayudaba en varias ocasiones, era buena con la alomancia emocional, pero no la necesitaban para eso, necesitaban a una nacida de la bruma.

Observo el libro que se encontraba en su escritorio, hablaba de los pocos nacidos de la bruma que fueron reconocidos, y los asesinatos que pudieron ser rastreados a ellos. Eran sombras, ocultos en la bruma, imparables ante cualquier amenaza, es lo que debería haber sido ella.

Y había uno allí afuera, acechando a la banda.

Ahora Gabroil y Dan intentarán cumplir el rol de ahuyentarlo, pero no podrán hacerlo. Andés es demasiado meticuloso, ha pulido sus habilidades hasta un nivel enfermizo, si ellos intentan replicar sus resultados, lo más probable es que terminarán muertos.

…*No, no puedo dejar que eso pase*. Gabroil y Dan no tenían la experiencia de Andés, ellos no salían junto a él, o se infiltraban en fortalezas por las noches, no recibieron su entrenamiento, pero ella sí.

Calima tomó su decisión, caminó hasta el armario, en donde estaba guardada su capa de bruma. Hoy se probaría a sí misma que era una nacida de bruma, o morirá en el intento.

Abrió el armario, allí se encontraba toda la ropa que le habían comprado. Más abajo, había un pequeño desnivel, el cual empujó con un poco de fuerza, abriendo un compartimento, lo instalaron para ocultar la capa una vez los desconocidos comenzaron a llegar con más frecuencia.

Allí estaba, su símbolo como alomántica, la capa de un oscuro gris, con largas

tiras desprendiéndose de casi todos lados. Al tomarla del armario, noto como su corazón comenzaba a palpitar con más fuerza, de alguna manera la veía con otros ojos. La única vez en la que se la había puesto por decisión propia, acabó llorando en una azotea, desde entonces solo lo hacía cuando tenía que salir a entrenar.

Una vez puesto el atuendo, del armario tomó dos viales llenos, los cuales destapo, bebiendo sus metales con rapidez. Procedió a dejar los frascos vacíos en el compartimiento oculto, no quería que se preocupasen y salieran a buscarla de llegar a encontrarlos.

Ya preparada, se dirigió hacia la ventana, lista para volver a la mansión de los Bechel.

¿Estoy siendo demasiado impulsiva de nuevo?.

El pensamiento repentino la detuvo. Calima recordó el problema en el que se había metido por intentar atrapar a un mercenario, sin antes siquiera pensar en lo que haría con él. En como, aun si fue para beneficio de todos, desviaba los planes de la banda, creando caos del cual solo lograban salir por suerte. Recordó como… por su impulsividad, había muerto su familia.

Esa visión la petrificó, dejándola como una piedra en medio de la habitación. ¿Ahora se vendría abajo?, ¿después de decidirse en tomar la rienda?. Pero… ¿Qué podía hacer? La realidad era que su impulsividad le había costado demasiado, y seguía cayendo en ella una y otra vez. ¿Realmente tenía que salir esta noche?.

Como un recuerdo, la visión de Andés llegó a su cabeza. Él siempre estaba preparado, ¿pero por qué? La mayoría de las veces no utilizaba ni la mitad de sus recursos. Aun cuando conseguía contactos, no los usa, vigila todas las esquinas, incluso conociendo las rutas de los guardias.

Jamás dejes nada a la suerte, Recordó. Andés siempre se lo decía, y fue allí cuando se dio cuenta. Él no se preparaba para aumentar las probabilidades de éxito o disminuir las del fracaso, Andés no creía en eso, no creía en la suerte, él buscaba los hechos. Mientras más conocía, menos probable era que sucediera cualquier cosa inesperada, obtenía un control sobre la realidad de su entorno, el cual le daba seguridad.

Solo existían los hechos.

Calima salió de su conmoción, y se volvió hacia la el equipamiento de Andés, con decisión tomó la bolsa, ajustando la correa para que quedase al nivel de su cintura, dejando un espacio en el cual también ubicar la espada con truco.

Mientras caminaba otra vez hacia la ventana, recordó todas sus inseguridades, el miedo a volver actuar sin pensar, a causarle más problemas a sus compañeros. No aparto esos sentimientos, los abrazo, dejándolos fluir junto a su

impulsividad, mientras abría la ventana, saliendo hacia adelante, en la noche oscura, oculta en la brumas.

Saltando de moneda en moneda, pasó por encima de la cerca, dejándola atrás en un instante, todavía recordaba la forma en la que Dana le había enseñado a ubicar sus anclajes, fue un alivio ver que no tenía demasiados problemas para hacerlo.

La guardia había aumentado, podía notar el doble de soldados, lo que era normal en una situación como esta. Andés nunca descubrió si tenían un buscador entre sus filas, con lo que decidió que lo mejor sería no arriesgarse y mantener su cobre activo mientras se acercaba a la mansión.

Concéntrate, y ten cuidado. Calima aguantó la urgencia que sentía por entrar directamente por la ventana, en su lugar, se empujó hasta el techo, el cual estaba compuesto de la misma manera que el que tenían en la mansión de Gabroil.

Aterrizó con cuidado, utilizando los clavos que de la madera que se encontraba debajo de las tejas. Apagó su peltre para no consumirlo con tanta rapidez.

Podía escuchar a los guardias patrullando, lo más probable era que estos estén tomando otra ruta, ellos no podían confiar en un patrón específico después de lo sucedido esta noche. Además, ella debía asegurarse de que no hubiesen cambiado de sitio la información de la caja fuerte, habían pasado ya algunas horas desde que los descubrieron.

Y… ¿Ya está?.

Calima tuvo problemas para buscar otra cosa, ¿era así de fácil?… no, si lo fuera, Andés no se pasaría semanas investigando, debía pensar como él, ¿qué es lo que haría? Las puertas, ventanas, los caballos, ¿la comida?. Observando con estaño a los guardias del exterior, Calima vio como varios de estos se encontraban cansados, estaban despiertos desde que sonaron la alarma, además, justo en ese momento acababan de terminar su guardia.

Con eso, ella fue capaz de improvisar un plan. Mantenerse quieta mientras pensaba fue el verdadero reto, sus ansias por actuar se manifestaban como un manjar después de días estando hambrienta. Siempre era una sorpresa para ella ver su comportamiento como engreída, al mismo tiempo en el que sentía ansiedad de cometer el más mínimo error.

Bien, a moverse. Calima encendió con fuerza su estaño, dirigiéndose a la

ventana más cercana. Esta era pequeña, parecida a las que había en la mansión de Gabroil. Pudo ver como las bisagras se encontraban oxidadas, con lo que tomó el aceite de la bolsa de Andés, usándolo tal como lo hacía él. Tras eso, tiró del seguro que se encontraba dentro, abriendo la ventana, por la cual pasó sin problemas.

La habitación se encontraba llena de polvo, parecía ser un ático en desuso. Calima comenzó a caminar hacia la puerta más cercana en el fondo del sitio, y rocío con aceite las bisagras antes de intentar abrirla.

Calima recordó voltearse, y con un tranquilo empujón de acero, cerró la ventana que había abierto. Por muy improbable que fuese que la descubrieran por aquello, Andés le había enseñado que era importante que tuviera cuidado con detalles como esos.

Intento abrir la puerta, está, como era de esperar, estaba bajo llave, con lo que tomó de la bolsa de Andés las ganzúas, comenzando a forzar la cerradura. La puerta no se resistió, abriéndose en silencio gracias al lubricante.

Al pasar al otro lado pudo observar unas escaleras de madera, estas probablemente causen demasiado ruido. Calima se concentró en quemar su hierro lo más lento posible, atrayéndose a los clavos que se encontraban arriba, lo que la levanto de suelo lo suficiente para comenzar descender sin tocar la madera, empujando varios anclajes a su alrededor para corregir la dirección la cual necesitaba ir.

Una vez abajo, se encontró con otra puerta, por fortuna esta sí estaba abierta, llevándola hasta el pasillo. Avivo con fuerza su estaño mientras salía, permitiendo escuchar cualquier guardia que sé encontrarse en la cercanía. El trayecto pareció ser simple, demasiado simple, en realidad, no escuchaba a ni una persona en los dos pisos superiores.

Recordando su las enseñanzas de Andés, Calima se detuvo. *¿Por qué? ¿qué significa esto?*. Lo primero que llegó a su mente fue pensar que la habían descubierto, quizá algún ojo de estaño la vio pasar por arriba, avisando a los demás para preparar una emboscada. En tal caso, lo mejor sería cambiar de cobre por bronce, si tenían alomanticós, era probable que sus pulsos se pierdan con los de los demás.

No te precipites.

Como siempre, se apegaba a la primera conclusión a la que llegaba, debía concentrarse, ¿podría haber otras razones?. Antes, los guardias cubrían toda la mansión, pero ahora se encuentran en otro lugar, quizá solo están cubriendo los pisos más bajos, ¿pero por qué?, *descubrieron el que estábamos buscando.*

Si ese era el motivo, significaría que esperan otro ataque a ese lugar, quizá no han trasladado el contenido de la caja fuerte. Pero, ¿cómo podría asegurar el verdadero motivo?, es improbable que alguien repita las órdenes que habían recibido

los centinelas en las últimas horas, y de hacerse, Calima no tenía manera de conocer el dónde o el cuándo lo harían. Forzar a los guardias a hablar entre sí solo los alertará, más ahora que estaban esperando alománticos, no existía manera en la cual se repitieran las órdenes de forma natural… a menos que no las estén cumpliendo.

Calima casi rechaza esa idea, estos guardias estaban demasiado bien entrenados como para no darse cuenta de cualquier truco, pero, seguían respondiendo a alguien, lord Bechel.

Ella continuó su camino, debía encontrar las habitaciones de la familia, si los hacía hablar con los guardias, quizá ella pueda ser capaz de manipularlos lo suficiente para conseguir la información necesaria.

Cuando llegó al segundo piso, comenzó a escuchar los pasos de los guardias al patrullar, hasta ahora los sonidos solo habían sido unos ecos lejanos, difíciles de percibir.

Fue obligada a regresar cuando detecto a los guardias rondando por el frente de las escaleras. Esperó hasta que estos pasasen antes de continuar, pero descubrió que la ventana de oportunidad era demasiado pequeña, ya que podía escuchar a otro grupo acercándose. Calima se quedó quieta por varios minutos, contando los tiempos en los que los guardias se tardaban en pasar. Cuarenta segundos el par, todos viajaban en grupos de dos, ninguno llevaba armadura.

Respirando con profundidad, volvió a analizar la situación. *Los guardias no se desvían del camino, el cual es un pasillo recto. Si comienzo a caminar, me verán al momento en el que crucen la esquina.* Realmente eran unas rondas cerradas, los pasillos no tenían puntos ciegos.

¿Qué hacer?… Se le ocurrió una idea, era bastante arriesgada, pero podía funcionar. Esperó hasta que la próxima tanda de guardias apareciera, dejándolos pasar. Calima salió de su escondite en las escaleras al tercer piso, y comenzó a seguir a este par, encendiendo la confianza y sensación de seguridad, mientras aplacaba la ansiedad y la alerta.

Se acercó con extremo cuidado, atrayéndose un poco del metal de arriba para que sus pisadas hicieran el mínimo ruido posible. Se aseguró de encender la sensación de normalidad y rutina al máximo. Tomó una de sus monedas, y la ubicó con rapidez en el bolsillo del primer hombre al que alcanzó.

Ninguno de los dos guardias notaron su presencia, con lo que, ayudada con los anclajes, se apresuró a volver hacia las escaleras antes de que el siguiente par llegase.

Sin tardar otro segundo, Calima subió las escaleras de forma totalmente

silenciosa. Una vez arriba, dejó caer otra moneda al suelo, la cual empujo, llevándola hasta la posición en donde se encontraba el guardia en el piso inferior, el cual pudo reconocer por la línea azul de la moneda que había dejado en su bolsillo.

Observó la ruta del guardia, memorizando los lugares por los que caminaba, comenzando a contar para conocer también la duración de sus rondas.

Eran largas, muy largas, ambos guardias incluso intercalaron entre el primer y segundo piso varias veces antes de repetir la ruta. Al cabo de treinta minutos, los hombres de abajo habían pasado dos veces por el mismo lugar. Quince minutos y medio, sin detenerse ni una vez.

Ahora, tenía que descubrir la ubicación de Edlum Bechel. Andés le dijo que solo había descubierto que se encontraba en el segundo piso, cerca del pequeño cuartel dentro de la mansión. Ella descartó todas las habitaciones con ventana, ya que Edlum era demasiado paranoico.

Piensa…

En sus lecciones, Gabroil había explicado que los nobles de mayor estatus, siempre tenían una forma de llamar a los sirvientes o guardias en caso de necesitarlos, utilizando normalmente una pequeña cuerda atada a una campana fuera de la habitación. Tenía sentido ahora que lo pensaba, no podía imaginar a una persona como Edlum, que sé asegurándose de tener el doble de los guardias necesarios, olvidar alguna alarma personal en caso de emergencia.

Por fortuna, guiándose con su hierro, ella no tardó distinguir varias habitaciones en el piso inferior que cuadraban esa descripción, un picaporte y medio metro más arriba, otra pieza de metal cuál podría pertenecer a la campana.

Había llegado la hora de actuar. Caminó rápidamente hacia un extremo del pasillo, en donde había ubicado una ventana. Calima la abrió, y observó hacia fuera, asegurándose de que nadie se encontrase lo suficientemente cerca como para verla, pudo detectar también cómo había otra ventana en el piso bajo ella, acorde con la simetría de todo el edificio.

No salió hacia la noche, en su lugar, volvió sobre sus pasos, dejando monedas ocultas debajo de las puertas mientras se dirigía hacia el guardia marcado. Visualizando la posición de aquel hombre, Calima pegó un pisotón hacia el suelo, encendió inseguridad del guardia, causando que este se detuviera.

El suelo y las paredes eran demasiado gruesos para que su estaño penetrase sobre ellos, dejándola sin poder escuchar a ambos hombres que se encontraban debajo de ella. No tuvo más opción que confiar en su intuición, comenzando a encender la precaución junto a la curiosidad, mientras dejaba el sentido de la responsabilidad intacto, era demasiado peligroso manipular ese sentimiento.

El guardia pareció no moverse del lugar, con lo que Calima avivó por un

momento su peltre, dando otro pisotón, el cual se escuchó hasta el final del pasillo.

El guardia pareció darse cuenta del sonido, comenzando a moverse, probablemente acompañado por su compañero. Calima aprovechó y se atrajo a toda velocidad hacia la ventana abierta.

Rápidamente, salió hacia el exterior, cerrando la ventana a su paso, y atrayéndose a los varios anclajes que había dejado, descendió hacia el piso inferior. Con mucho cuidado, observó hacia el interior, viendo como los guardias estaban cruzando la esquina, y detrás de ellos… nadie. Su plan había funcionado, esa tanda de guardias que había marcado se encontraba distraída en el piso de arriba, dejándole un espacio de cuarenta segundos para actuar.

Tomó nuevamente el aceite y lo rocío por la ventana, apresurándose para entrar mientras se atraía a los anclajes que había dejado arriba, dejando una moneda en un desnivel de la pared exterior por si las dudas.

Se empujó por el pasillo hasta llegar a una de las habitaciones, allí, Calima avivó su estaño, revelando las respiraciones de las personas durmiendo en la cercanía.

Ella se concentró en buscar dos respiraciones juntas, según lo Andés le había dicho, Edlum dormía con su esposa, y era el único que compartía habitación. No fue difícil identificarla, era la primera en el centro.

Ella se acercó e introdujo otra moneda por debajo de la puerta, para inmediatamente después volver hacia la ventana. Pero no volvió a salir, en su lugar, se limitó a cerrarla.

Ahora, la parte difícil. Calima caminó hacia la esquina del pasillo, escondiéndose de la tanda de guardias que estaba por llegar, debía esperar a que se encontrasen en el momento justo.

Su trabajo ahora era esperar. Cada segundo tardaba una eternidad en pasar, jamás había experimentado el tiempo de forma tan lenta en su vida, sentía como si su respiración sonase como el viento, y el movimiento de su tela causase un chillido agudo al moverse.

Escucho como los guardias giraron al final del pasillo, acercándose a las puertas. *Ahora estoy encerrada,* pensó. Si se había equivocado de puerta, salir de esta situación será difícil.

Calima esperó, escuchando los pasos de los guardias, estos ya se encontraban a unos pocos metros de donde los quería.

Encendiendo su hierro y peltre, Calima apoyo una pierna sobre la pared, atrayendo el picaporte. Este hizo un pequeño ruido, alertando a ambos guardias, a los cuales comenzó a manipular para incentivarlos a revisar.

Calima se atrevió a revisar, primero encarando la pared y echando un paso

hacia atrás, como le habían enseñado. Al asomarse, pudo observar a ambos guardias dudando de si actuar sobre aquel sonido. Con lo que Calima encendió preocupación. *No vimos a los guardias que debían estar delante de nosotros,* Pensó ella, leyendo sus rostros e intentando imitar lo que deberían estar pensando, *¿y si algo sucedió?*. Tras eso, ella aplacó la relajación y la vergüenza, además de encender el sentido de la responsabilidad.

Dio resultado, uno de los hombres se acercó a tocar la puerta, con lo que rápidamente, Calima encendió la curiosidad en la habitación, intentando apuntar a la ubicación en la cual se encontraba los ronquidos que había escuchado.

Al cabo de un momento, alguien contestó a la puerta.

—¿Qué demonios quieren? —preguntó una voz masculina, totalmente cansada.

Calima encendió el coraje del guardia, *Tengo justificación para esto,* pensó, ubicándose en el lugar de aquel hombre.

—Un ruido, señor, proveniente de su puerta —contestó el guardia, con un tono formal.

Calima aplacó el enfado, y encendió la curiosidad de quien suponía que era Edlum.

—¿Un ruido? Solo estábamos durmiendo —contestó, confundido.

Ella dejó de encender el coraje del guardia, intercambiándolo por alivio e inquietud, aplacando de paso la sensación de seguridad.

—Lo siento, lord Edlum, quizá nos confundimos —dijo el guardia, nervioso.

Encendió la duda y sospecha de Edlum, sumándole curiosidad, aplacando la fatiga. *La hora de la verdad…*

—¿Hay algo que no me estás contando? —preguntó Edlum, dándose cuenta de la actitud extraña de su subordinado.

El guardia pareció entrar en pánico, como si acabasen de ser descubrirlo en la mentira.

¡Ahí está!, concluyó, Calima, *Edlum no sabe sobre el ataque.* Los guardias están guardando el secreto, probablemente para no molestar a su maestro.

Ella aplacó el pánico del guardia, encendiendo su seguridad, mientras encendía una sensación de vergüenza en Edlum, devolviéndole también la fatiga.

—Bah, olvídalo —contestó el noble, cerrando la puerta inmediatamente.

Dejando caer una moneda en el suelo, Calima comenzó a empujar a toda velocidad en dirección hacia el final del pasillo, debía encontrar una ventana antes de que los guardias siguieran su ruta, ya que la que había utilizado para entrar estaba a la vista del pasillo.

Tiro de las bisagras de la primera que encontró, casi se desmaya del susto al

ver a los guardias de adelante caminando, pero estos no parecieron tomar conciencia de su presencia.

Antes de abrir la ventana, observo con cuidado el exterior, asegurándose de que ningún guardia o posible ojo de estaño se encontrase en la cercanía. Dejando otra moneda como anclaje, abrió la ventana y descendió, no sin antes volverla a cerrar.

Una vez en tierra, ella caminó hacia el lugar por donde habían huido hace unas horas. Lamentablemente, no pudo continuar, dado a notar la presencia de un guardia cubriendo las ventanas.

Calima se detuvo un momento. Estaba casi segura de que los papeles todavía se encontraban en la caja fuerte, lo cual también significaba que el lugar debía estar abarrotado de guardias, ¿Qué podía hacer?.

Se concentró en el guardia que tenía delante, parecía estar un poco aburrido, probablemente por encontrarse solo, lo que también lo convertía en un objetivo fácil…

No podía ni considerarlo, no era capaz, ¿por qué?. Era un único guardia solitario, no lo conocía, se interponía en su camino, estaba incluso expuesto a las brumas las cuales no le permitirán ver venir el ataque. Pero la sola idea le asqueaba, paralizaba su cuerpo, rechazando la muerte ajena con un repudio que vibraba desde el fondo de su alma.

¿Cómo podía ser tan egoísta? No era fácil para nadie en la banda, a todos les tocaba hacer cosas que no querían, pero ella no. Nada había cambiado desde la muerte de sus padres, seguía siendo una niña mimada en un mundo cruel, metiéndose donde no la llamaban, diciendo lo que no debía.

¿Y ahora qué?, ¿Regresaba con la cabeza gacha?… no, no podía hacer eso, debía encontrar otra forma.

Volvió a observar al guardia, este estaba aburrido, pero también… nervioso. No era algo que se notase a simple vista, la forma en la que a veces observaba hacia los lados, aun cuando no había nadie, o el hecho de que se posicionaba el talón de un pie firme en contra la pared para tenerla presente a todo momento.

Tenía miedo, uno de sus compañeros había muerto, y, por muy distantes que fueran, rondaban los rumores de un nacido de la bruma asaltando las fortalezas de la región. Puede que ella no sea una nacida de la bruma letal, pero sabía una o dos cosas sobre el engaño.

Comenzó a idear otro plan. Calima se alejó varios metros de la pared, tomando su monedero, y comenzó a concentrarse en las líneas azules que se encontraban dentro de la mansión. Apuntó una moneda, alineando ambas líneas que salían de su pecho, y empujó.

Como previsto, la moneda no se desvió ni un centímetro de su trayectoria, estrellados contra la pared causando un pequeño ruido.

Calima encendió la curiosidad y aburrimiento de aquel guardia, aplacando el temor, pero no en gran medida, este no debía alarmarse.

Con lo que, mientras esperaba, ella tomó varias de sus monedas, comenzando a disparar en la dirección de varias líneas azules, esta vez apuntando un poco más arriba. Y como antes, dio en el blanco, las monedas se estrellaron contra la pared de la forma que esperaba.

Estoy lista.

El guardia había salido de su puesto, comenzando a caminar hacia los extraños sonidos. Oculta en la bruma, Calima simplemente rodeó a aquel hombre, el cual no era el objetivo de su estafa, y se dirigió hacia la ventana, abriéndola de inmediato.

Entro nuevamente a la mansión, un guardia no tardó en verla, se encontraba parado en la entrada que daba a la sala donde se encontraba la caja fuerte.

Calima comenzó a correr hacia él mientras encendía el terror, aplacando todo sentimiento de resistencia. Ella tomó un puñado de sus monedas, y les dio un gentil empujón en dirección al rostro de aquel hombre.

Como había planeado, este las esquivo, dando una oportunidad a Calima para empujarse, pasando a su lado sin la más mínima resistencia.

—¡Espera! —gritó el guardia, con la intención de alertar a sus compañeros.

La sala se encontraba repleta, había ocho guardias cuidando el lugar, probablemente más, y ella no tenía la habilidad para derrotar a dos de ellos.

Pero no la necesitaba, tomó varios clips de su monedero, comenzando a disparar a todas las fuentes de luz que encontraba. Todas provenientes de varios faroles, los cuales tenían metal, utilizando las líneas azules para guiar sus disparos, tal como había practicado.

Aplaco la determinación y encendió la confusión de todos en la sala, permitiéndole en unos pocos segundos destruir las pocas fuentes de luz, incluyendo aquellas que llevaban encima.

Una vez el lugar había quedado a oscuras, Calima encendió el pánico, la culpa y el terror, aplacando toda la conformidad y valentía. Pero también se aseguró que permaneciera sus sentimientos de responsabilidad, manteniendo su toque de la forma más sutil posible.

Sin esperar otro momento, mientras los ojos de los guardias todavía se estaban adaptando, Calima se acercó hacia el armario que tenía la caja fuerte, lanzó unas monedas hacia un costado, y dirigiéndose hacia el otro extremo, comenzó a tirar tanto de aquellas monedas, y las que había dejado afuera, permitiendo que,

gracias a la resistencia aumentada de su peltre, el mueble cayera hacia un costado, mostrando la caja fuerte detrás.

El lazo que Andés había dejado todavía se encontraba allí, tuvo razón, no estaba vacía.

El primer guardia reaccionó, comenzando a correr en la dirección en la que se encontraba Calima.

Ella se concentró nuevamente, tomó la espada con truco de Andés, y en lugar de defenderse, se empujó hacia uno de los guardias que todavía no estaba desenfundado su espada. Atacando con el borde de la funda la pierna de este, encendiendo su miedo y sorpresa.

Como había esperado, el guardia gritó, comenzando a alejarse de ella una vez había caído al suelo, gritando de dolor, obviamente exagerado por la frustración y cobardía aumentada.

Calima adoptó una expresión que nunca había utilizado. Con sus ojos serios, fingió desinterés por lo que estaba haciendo. Al girarse, se aseguró de que los ocho hombres la observasen, mientras los ignoraba, encendiendo de paso la sensación de impresión.

Caminando, como si fuera la dueña del lugar, volvió a acercarse hacia el primer guardia que la encaró. Este la miró con seriedad.

Tengo que conseguir ocho con solo uno.

Calima encendió las expectativas de todos los hombres, aplacando también la urgencia. En cuanto a la persona que tenía delante, ella encendió su coraje y determinación, iba a ser su campeón.

Ella adoptó la pose que Dan le había enseñado. Y atacó con una finta, el hombre, la vio venir, pero Calima ya se lo esperaba, el verdadero ataque provenía de las monedas que había usado para derribar el armario. La cuales impactaron la espalda de aquel hombre, dejándolo expuesto para un ataque directo, él cuál aplico mientras aplacaba todas las emociones positivas que había encendido con su alomancia emocional.

El guardia cayó al suelo en medio segundo desde que habían comenzado su pelea. Ella aplacó la esperanza que había impuesto a los hombres en la habitación, encendiendo en su lugar la total desesperación.

No sabía cuánto tiempo ellos permanecerían en ese estado, con lo que se apresuró hacia la caja fuerte, tomando el lazo que había dejado Andés y terminando su trabajo, sacando una de sus ganzúas de su bolso.

Los guardias se quedaron inmóviles ante la actuación indiferente de Calima. Permitiéndole forzar la cerradura en paz por alrededor de veinte segundos. Por precaución, ella había comenzado a avivar sus metales, todavía le quedaban los

suficientes para varios minutos. Además, la sensación le permitía no sucumbir ante los nervios.

La caja fuerte cedió. Ella se alegró por haberle insistido a Andés que le enseñase cómo funcionaban las cajas fuertes a diferencia de las cerraduras normales.

Al abrir la puerta, Calima tomo todo lo que se encontraba dentro, introduciéndolo en la mochila. Mientras lo hacía, pudo escuchar como un arco se tensaba, con lo que se empujó hacia un lado, esquivando la flecha que surcó la oscuridad hacia su dirección.

Los otros guardias comenzaron a resistir las manipulaciones de Calima, tomando también sus arcos. Ella respondió con monedas mientras se empujaba hacia fuera de la habitación, utilizando la puerta por el otro extremo por el cual habían llegado.

Gracias al terror aumentado, los guardias se enfocaron en esquivar su ataque en lugar de disparar hacia donde se encontraba ella, permitiéndole llegar hasta el pasillo sin recibir ni un rasguño, en donde se encontraban varios guardias con armadura corriendo hacia ella.

Habían llegado demasiado tarde, dado que Calima logró atraerse hacia la ventana más cercana, rompiéndola de una patada mientras empujaba las armaduras de aquellos guardias en el interior, permitiéndole salir disparada de la mansión, desapareciendo entre las brumas mientras se alejaba con su botín.

Capítulo 27

Esto era un desastre, no podían permitirse perder a Andés por tanto tiempo.

Estaba en la enfermería junto a Gabroil, Sall ya había tratado las heridas de Andés hacía horas, pero Manette decidió quedarse a esperar a que despertase. Sall le había afirmado que no debería tardar en hacerlo, no había recibido ninguna herida mortal, y la fatiga se debía a haber viajado sin detenerse hasta la mansión.

Los demás habían discutido sobre quién debería de tomar su durante por horas, incluso Robby se había sumado a la conversación, afirmando que un buscador era imprescindible para misiones de ese estilo. El chico argumentaba muy bien cuando dejaba las bromas de lado, y tenía un buen motivo para hacerlo. Desde que habían dejado de lado el reclutamiento, no había tenido mucho que hacer, lo más probable era que se sintiera frustrado por no poder ayudar en nada sustancial para la banda.

Ninguno estaba realmente capacitado para el trabajo, era impresionante como Andés era capaz de lograr lo que hizo sin ser un nacido de la bruma. Manette a veces incluso sospechaba que lo era, pero de ese ser el caso, esta noche habría terminado de otra manera.

—¿Cómo crees que está la niña? —preguntó Gabroil, rompiendo el silencio.

—Si tuviera que adivinar… es probable que se haya dormido llorando.

Gabroil agacho la cabeza, entristecido, era extraño ver al mismo hombre que insistió en vender a Calima cuando la conocieron en presentar preocupación por su bienestar emocional.

Aunque no era la primera vez que él la sorprendía. Mientras más aprendía de Gabroil, descubría que era una persona más sensible de lo que aparentaba, el dolor perder a su familia le había dejado una marca demasiado profunda para mantener oculta a todas horas.

—Se pondrá bien, ¿sabes? —dijo Manette, mirando a Andés.

—Más le vale —contestó Gabroil con un bufido —Si no se recupera pronto, bien podríamos empezar a cavar nuestras tumbas.

—Encontraremos una solución.

—Lo sé, lo sé… —dijo Gabroil, intentando aceptar esas palabras de consuelo.

Ambos volvieron a quedarse en silencio, no podían hacer otra cosa más que esperar.

¿Qué harían ahora?, Gabroil tenía razón, necesitaban de Andés para

defenderse. Los guardias que contrató para investigar a mayor profundidad la matanza de la mina le habían confirmado que no se trataba de ningún novato, estaban lidiando con un nacido de la bruma en total de sus capacidades.

—Te preocupa no encontrar una solución, ¿verdad? —dijo Gabroil.

Manette se sorprendió por la pregunta, ¿realmente le preocupaba? Sí, demasiado, a este punto no podían ni siquiera volver a esconderse como skaa, los rostros de toda la banda ya habían sido vistos por demasiada gente importante.

—Si… —contestó Manette a la pregunta —¿Lo adivinaste o al fin eres capaz ponerte en el lugar de los demás?.

—… Un poco de ambos —contestó Gabroil.

—Es difícil, ¿sabes? —comenzó a decirle Manette —Tú sabes como es, hay un centenar de casas buscando nuestra muerte, la mitad de forma activa, y a veces solo hace falta una equivocación para que acabemos muertos.

—No nos pasará nada —contestó Gabroil —Recuerda, tenemos varios seguros, por esa misma razón no nos han matado todavía.

¿Realmente era así?, se habían vuelto imprescindibles para la mayoría de personas a las cuales habían robado, pero también era posible que todas volvieran a acordar entre sí otro asesinato organizado.

Manette dejó de pensar al ver la figura en la cama mover un poco las sabanas. Andés abrió los ojos con rapidez y se volteó hacia ellos.

—¿Y Calima? —pregunto, preocupado.

—Ella te trajo —contesto Manette —Nos dijo que alertó a los guardias con un grito, y que te hirieron porque entro en pánico.

Andés se quedó callado, pensando en lo que acababa de escuchar, probablemente todavía se encontraba adormilado por los sedantes que le dio Sall.

—Mate a un guardia… y ella gritó —dijo finalmente.

—No debimos haberte insistido en llevarla —dijo Gabroil —No estaba lista para algo así.

—La culpa es mía por permitirlo —contesto Andés con sequedad, acomodándose en la cama —Y por no haber evitado el error que me llevó a matar en primer lugar.

Andés levantó su sabana, comenzando a observar su cuerpo en busca de las heridas, las cuales se encontraban vendadas.

—Estás completo —Indicó Manette —Pero Sall dijo que tendrás que quedarte en cama dos meses para una recuperación completa.

—No nos quedan dos meses.

—Órdenes del doctor —dijo Manette, en tono serio —No irás a ningún lado hasta que sanes.

—Sabes muy bien que no podemos permitirnos eso.

—Y tampoco podemos permitirnos perderte, Imbécil —contestó Gabroil —Mira, no eres el único brumoso del grupo, ahora que tenemos guardias extra, podremos permitirnos salir y hacer lo que tú hacías.

—Lo haces sonar más fácil de lo que en realidad es, Gabroil —contestó Andés, mientras intentaba levantarse de la cama.

Gabroil se interpuso, poniendo su brazo en su pecho y empujándolo de vuelta para que se acueste.

—Lo siento, pero no está a discusión —dijo Manette —Ellos podrán encargarse.

Andés se quedó callado ante la orden, observando a Manette con su seriedad característica, solo que esta vez… parecía apenado. Él entendía que ya no podría salir por una temporada, pero también que era el único entrenado para infiltrarse en un recinto sin ser visto, además de saber como prepararse de forma correcta.

La situación no tenía buena pinta, ahora eran el equivalente a un soldado desarmado, quizá podrían convencer a las demás casas de que todavía eran una amenaza sin poner en peligro mortal a Dan y Gabroil, pero si Bechel descubre al verdadero culpable y difundía la información…

Manette escucho como la puerta se abría lentamente, los tres observaron como una figura pequeña, con tentáculos grises desprendiendo de esta. Calima entró, llevando su capa de bruma.

¿Acaso espera salir? Se preguntó Manette, sería peligroso que la muchacha hiciese algo impulsivo.

—¿Lograste dormir un poco? —preguntó Gabroil.

Ella negó con la cabeza, acercándose hacia Andés, devolviéndole su bolsa.

—¿Por qué llevas la capa? —Pregunto Manette, confundida —Ya discutiremos tu entrenamiento más tarde.

No recibió respuesta por parte de Calima, que solo la observó con ojos tristes.

—Lo siento —dijo Andés, intentando levantarse un poco de la cama —No debí haberte llevado.

Manette sintió un golpe de incomodidad y empatía cuando Calima se giró hacia ella. *Quiere hablar a solas.*

Levantándose de su asiento, tomó el brazo de Gabroil, quien pareció comprender, y ambos retirándose hacia el pasillo. Luego tendría que hablar con la niña sobre lo que estaba sucediendo.

Caminaron distraídos, en silencio. Ahora que tenían más sirvientes, se podían permitir tener juncos quemándose a casi todas horas, iluminando el interior de la mansión, lo que hacía agradable el rondar por ella sin dirigirse a un lugar específico.

Llegaron hasta la puerta del patio interior, la cual se encontraba cerrada. No tenía sentido abrirla, era peligroso hacerlo a estas horas, aún cuando había guardias patrullando el exterior a todas horas. Ambos simplemente se sentaron en un sofá de decoración que había en la cercanía.

—Creo que tenías razón —dijo finalmente Manette —No estamos preparados para este tipo de vida.

—¿Y desde cuándo tengo razón? —preguntó Gabroil.

—Tienes razón más veces de las que te damos crédito —contestó Manette —solo te llevamos la contraria por tu actitud.

—Una excelente razón, supongo…

Manette agacho la cabeza. ¿Cuándo había madurado tanto este cretino?.

—Aunque debo confesar… que yo tampoco soy el más cualificado para el trabajo —contestó Gabroil, con decepción en su voz.

—Sigues siendo noble, naciste para esto, ¿verdad? —pregunto Manette con simpatía.

—No nacemos sabiendo de estas cosas, Ette, nos enseñan. Y yo ignoré todas las lecciones que me dieron a lo largo de mi vida —contesto, también agachando la cabeza.

Era en parte devastador verlo tan apagado, le recordaba que ese era el verdadero hombre detrás de su fachada de bravuconería, una persona que se preocupaba, que le frustraba la injusticia ajena.

—Te tocaron unas pésimas cartas —continuo —Una casa moribunda, rechazada por todas las demás en la región, llevada por un noble inexperto y temperamental. Lo cierto es que debiste haber intentado encontrar a otro.

Volvió a reinar el silencio, era una sensación extraña, el sentir como un pasillo por el cual caminaste cientos de veces se sienta tan… ajeno.

—No podría haber elegido a otro noble —dijo Manette, levantando la cabeza

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gabroil.

—Ninguno era de confianza —contestó Manette, girando su cabeza hacia él.

—¿Cómo puedes siquiera decidir eso? —preguntó Gabroil, confundido —¡No era diferente a ninguno de esos otros idiotas en todo el imperio final!.

Manette lo miro a los ojos, él tenía razón, cuando se conocieron, se comportaba de la misma manera que cualquier otro noble que hubiera conocido. Pero había una pequeña diferencia.

Ella volvió a girar su cabeza hacia el frente, observando la ventana que se encontraba al frente de ellos.

—… Lloraste a tu familia —contestó finalmente.

Gabroil giró su cabeza hacia ella, sorprendido por la respuesta.

—Pero Ette, los nobles también sienten —contestó, casi indignado —¡No soy el único que ha llorado a su familia!.

—Tienes razón —contestó Manette, con voz suave —Pero lloraste a tus padres, de la misma manera en la que yo llore al mío.

Gabroil pareció estar a punto de replicar, pero en su lugar, cerró la boca, y observo hacia la ventana que miraba Manette. Pareció comenzar a entender la razón, ella no lo eligió a él por ser fácil de manipular, o por encontrarse en una posición de debilidad, tanto física como emocional, de la cual podría aprovecharse.

No, era algo más importante, ambos compartían ese dolor.

No necesitaba manipulaciones o mentiras, no podías confiar en nadie a que trabajase para ti con esos métodos. El simple hecho de saber que la persona a tu lado pasó por lo mismo que tú, abría las puertas para el diálogo imposible entre un noble y una skaa.

Gabroil se apoyó sobre el respaldo del asiento, observando la bruma revoloteando en el exterior.

—Gracias… por fingir ser mi esposa —dijo, con una voz un poco apenada.

—Bueno, es lo que toca, ¿no crees? —dijo ella, apoyando parte de su hombro sobre el suyo —Tenemos que practicar, después de todo.

Andés observaba en silencio como Calima escribía. Desde que Manette y Gabroil se retiraron, ella había estado intentando explicarle algo, pero con dificultad, con lo que terminó decidiéndose por simplemente escribir lo que estaba pensando.

Ella se veía bastante más animada de lo normal, incluso alegre, lo cual era extraño dado lo que había sucedido esta noche.

¿Cómo se había permitido ser descuidado con algo tan importante como la capacidad de Calima para aguantar la violencia?. Por la forma en la que Manette y Gabroil se fueron sin decir nada de la habitación, quizá habían acordado con ella sobre que ya no la acompañara en sus incursiones.

Calima pareció detenerse, releyendo los papeles en busca de errores, y una vez había terminado, ella caminó hacia él, entregándole uno de los papeles que había escrito.

Prométeme que no te enojaras…

—No, no me enojaré… lo que paso hoy no es tu culpa —dijo, intentando consolarla.

Ella lo ignoró, tomando la bolsa de cuero, y de allí sacando unos papeles. Los cuales Andés no recordaba haberlos guardado en primer lugar. Se los entregó, junto a otra nota.

Sé que lo arruine, yo dije que estaba preparada, cuando realmente no lo estaba. Con lo que volví para completar lo que iniciamos.

Una vez terminada de leer la nota, Andés vio los papeles que le había entregado Calima, comenzando a leerlos. La preocupación fue totalmente aplacada por su sorpresa al comenzar a reconocer lo que tenía entre manos.

—¿Qué significa esto? —preguntó con exigencia, no podía ser cierto lo que estaba viendo.

Ella volvió a señalar el papel que le entregó antes. *Volví para completar lo que iniciamos…*

Andés terminó de caer por completo en lo que ella le estaba dando. Calima había vuelto al recinto de los Bechel y conseguido los papeles por los cuales casi la matan.

—¿Cómo demonios obtuviste esto? —preguntó Andés, intentando evitar levantar la voz.

Calima le entregó tres hojas llenas de palabras, al parecer allí había una explicación. Andés intentó aguantar su exaltación concentrando sus esfuerzos en únicamente leer lo que ella había escrito.

No fue de ayuda.

En aquellas hojas encontró descripciones generales sobre lo que había hecho esta noche. *El techo… monedas… los guardias…* Mientras más leía, más le costaba a Andés creérselo. Era imposible que la niña que apenas podía balancearse sobre una moneda hubiera sido capaz de todo lo que estaba escrito.

Pero tampoco tenía razón para mentir, estos documentos eran auténticos, todos firmados por Edlum Bechel, todas sus transacciones recientes, cartas, cheques, bienes por adquirir, estaba todo, incluyendo cosas que Andés ya había averiguado con anterioridad. No sabía que sentir, ¿estaba enojado?.

No, estaba furioso.

¿Cómo se atrevía a hacer algo tan peligroso como eso?. Quería gritarle a Calima a todo pulmón, regañarla por hacer algo tan estúpido. Había mil cosas que podrían haber salido mal, información que Andés no le había dado solo para no complicar la tarea inicial. La condenada niña pudo haber salido herida, o peor.

Pero su razón le decía algo distinto.

Andés volvió a respirar profundo, y releyó las hojas, esta vez con más

cuidado. Comenzó a hacerse una idea del recorrido que ella había tomado, podía ver como todos los pasos fueron tomados con cautela y delicadeza, tomándose su tiempo en los momentos en los que debía calcular y calibrar una acción.

Utilizo todo lo que le enseñe.

Aun detrás de todo su enojo, Andés no pudo evitar sentir orgullo. Ella había tenido cuidado, pensó las cosas dos veces al tomar una decisión, procuro primero tener un plan sólido antes de actuar y entendió a la perfección la mentalidad de los guardias y la forma en la que fue capaz de manipularlos.

No tenía motivos para creer que ella estuviese mintiendo, de todas las formas en las que podría haber obtenido estos papeles esta era la única posible. No sabía qué decir. ¿La regañaba por arriesgar su vida de forma tan imprudente?, ¿o la elogiaba por completar el trabajo fallido?.

Hacía mucho tiempo que Andés no era un maremoto de emociones. Incluso cuando la vida de la niña corría peligro, él supo cómo focalizar sus sentimientos en solo asegurarse de que ambos saliesen con vida.

—Sabes que lo que hiciste esta noche estuvo fuera de lugar, ¿verdad? —dijo Andés.

Calima pareció entristecerse por el comentario, ella realmente se había esforzado mucho esta noche.

—No me entiendas mal, sigue siendo impresionante —contesto —Me hace creer que quizá me estoy quedando obsoleto.

Ella le entregó otro papel.

De no ser por la información que conseguiste no habría podido hacer nada.

Andés leyó el mensaje, ¿acaso tenía todas las respuestas preparadas?.

—A mí me hirieron, y tú estás ilesa —contestó con sequedad —Eso demuestra que te ocultas mejor que yo, pero que no te distraiga el hecho de que lo que hiciste no estuvo bien.

Calima cerró los ojos y respiro. Tenía otro papel entre sus manos, pero parecía dudar de si entregárselo o no. Andés conocía esa mirada, ella estaba a punto de desafiarlo, y temía lo que eso pudiese conllevar.

Una vez ella se dignó a entregarlo. Andés observó la hoja.

Soy una nacida de la bruma, decía el mensaje.

Andés observó la hoja, pensativo. Era una declaración importante.

Era cierto, por muy poca experiencia que tuviera, seguía teniendo la ventaja de los ocho metales alomanticos, siete más de los que tenía él.

—No eres invencible —contestó Andés —Sigue habiendo otro nacido de la bruma rondando por la ciudad.

Ella se entristeció por sus palabras, ¿por qué se empeñaba tanto en hacer este

trabajo? ¿Acaso no tenía ningún aprecio por su propia vida…? No, era un sentimiento que Andés conocía muy bien, ella era una muchacha orgullosa, ahora podía verlo con claridad.

La forma en la que exageraba sus gestos, la fuerza con la que tiraba de las emociones, la sonrisa que llevaba cuando entró por la puerta, como si fuera dueña de todo el sitio. Así era ella, la Calima de verdad, la niña cuyo nombre no conocía, una muchacha que tomaba lo que quería, y luego intentaría convencerte de que era suyo en primer lugar.

—Temo por lo que hemos liberado al mundo al haberte enseñado a usar tus poderes —dijo Andés, suspirando —Pero tienes un punto, así que haremos un trato.

Calima se sorprendió por aquella aclaración, y lo observo detenidamente, esperando escuchar la oferta.

—Demuéstrame que no te quebraras más bajo presión, que has crecido y mejorado —dijo, mirándola a los ojos —Si lo haces, yo crearé los planes para ti, mientras haces mi trabajo, ¿te parece justo?.

Ella asintió, expectante, parecía estar preparada para cualquier cosa, como escalar un edificio sin alomancia o entrar por la puerta principal a una de las fortalezas.

—Escríbeme tu nombre —exigió Andés.

Ella se quedó paralizada en el sitio, mientras Andés comenzaba a contar. ¿Cuánto tardaría en reaccionar?, cada segundo era importante, y ella debía responder, negándose o aceptando la orden.

Podía ver como la pregunta tomo a Calima totalmente desprevenida, mostrado por la sorpresa que se encontraba en su rostro. Ella cerró sus ojos, apretando el puño con fuerza, ¿había ido demasiado lejos…?. Andés se convenció de que no lo había hecho, si ella no era capaz de tratar con esta situación con rapidez, no podía confiar en que no sea capaz de reaccionar a tiempo en caso de una verdadera emergencia durante el trabajo.

Calima abrió los ojos bien grandes, y tomó la hoja y carbón que se encontraban entre los papeles. Allí, rápidamente, escribió un nombre, el cual entregó a Andés.

Delena.

Él se sorprendió por la rapidez con la cual lo había escrito. *Conque ese es su nombre…* ella se quedó observándolo, exigiendo una respuesta con sus ojos.

—Estás furiosa, ¿verdad?.

Ella asintió, mirándolo a los ojos, como si quisiera lanzarlo por la ventana.

—Estamos a mano con respecto a lo que hiciste hoy —dijo Andés,

devolviéndole la hoja —Con respecto a la prueba, tardaste seis segundos, más que suficientes para que un guardia se acerque y te raje el cuello.

Calima apretó el papel con el puño al escuchar aquello, parecía querer gritarle a todo pulmón.

—Pero, dudo que nadie pregunte por tu nombre mientras te estés infiltrando —termino de decir, con una sonrisa exagerada —La verdad, no tenías por qué decírmelo, solo necesitaba que reaccionases y lo hiciste relativamente rápido, aunque sigue siendo cierto lo que dije sobre el guardia.

Calima cambió de expresión al escuchar esas palabras.

—Sí, puedes hacerlo —dijo Andés —Mientras prometas que vas a tener cuid…

Fue interrumpido por un súbito abrazo, el cual lo tomó totalmente desprevenido. Andés no supo muy bien cómo reaccionar a ello, seguía siendo terrible en lo que emociones se trataba y esta reacción era la última que esperaba después de la pregunta que le había hecho. Aunque no hubo necesidad de actuar, dado que ella no tardó en separarse. Y con sus ojos lagrimando asintió a su exigencia.

Él se quedó callado, ¿qué se suponía que debía decir?, ¿se quedaba callado y nada más…? No, eso no tenía sentido. Pensó rápidamente en toda la conversación que habían tenido, y llegó a una buena conclusión.

—… Deberías ir a dormir —dijo —Mañana pensaré en una excusa para que Manette y los demás no tengan problemas con mi decisión.

Ella volvió a asentir, con una leve sonrisa en su rostro, mientras comenzaba a acercarse hacia la puerta.

No… debería de haber dicho algo mejor…

—Calima —dijo, interrumpiendo su salida, volviéndose hacia él para escucharlo —De todos los consejos que te he dado, este es el más importante.
No tengas miedo en retroceder, no está mal, como en la vida… no, digo… —Andés tuvo problemas para formular su pensamiento, era frustrante no poder explicar bien algo tan obvio en su cabeza.

»Cuando te infiltras a un lugar, y hay algo que no te huele bien, o quizá sientes que estás tomando el camino equivocado, no tengas miedo en volver por tus pasos. Los planes que habías hecho antes y las rutas que decidiste no tomar no tienen por qué ser siempre totalmente malas. ¿Me entiendes?.

Ella se quedó quieta, reflexionando en lo que acababa de escuchar. ¿Había dado a entender lo que quería decir?. Andés recordaba una conversación parecida que tuvo con su padre, ¿cómo había hecho ese malnacido para sonar tan profundo y lleno de sentimiento a mitad de la madrugada?

Calima no tardó en volver a mirar hacia Andés, asintiendo en señal de haber

entendido lo que quería decirle. Y al terminar el contacto visual, ella le dio la espalda, saliendo de la enfermería.

Capítulo 28

A Calima le costó mucho decidir lo que debería de haber llevado, ¿cómo podía presentarse de manera intimidante ante una banda de ladrones y asesinos?.

Al final, había decidido llevar una capa limpia acompañada por una bufanda gastada. El uniforme viejo habría sido la mejor opción, ya que eran personas de los bajos fondos y sentirán miedo en presencia de autoridad, pero su cuerpo no cabía muy bien en aquella narrativa, y habría destapado la mentira.

En cambio, la capa y bufanda, además de esconderla, contaban una historia propia. Como si marcase que poseía algunos trucos bajo la manga, los cuales sí tenía, y que los utilizaría sin dudarlo.

Esta vez le tocaba a ella hacer de guardaespaldas para cubrir a Manette, la banda con la que había acordado accedieron a verla solo con la condición de que estuviera acompañada de una única persona, una obvia trampa en opinión de Calima, pero no era nada que no pudiera manejar.

—No creí que fuera posible —comenzó a decirle Manette, que estaba caminando junto a ella —pero realmente puedes ser intimidante.

Calima aguantó sonreír por aquel cumplido, aun cuando Manette no podía ver su rostro. Debía mantenerse en personaje y sostener la postura confiada y alerta. Fue oportuna la altura que había conseguido estos últimos meses, y parecía que no dejaría de crecer en el tiempo cercano.

Era importante ahuyentar a cualquier fisgón que se encontrase a los alrededores. Aunque no se preocupó mucho al respecto, hoy habían salido brumas de día, las cuales cubrían las calles. Seguían sin ser lo suficientemente espesas como para cubrir la visión de una persona sin estaño, pero deberían bastar para preocupar a los criminales.

Cuando vivía en las calles había escuchado hablar de la banda de Dersen, un grupo moderadamente organizado, el cual compensaba su escasez en números con la calidad de sus miembros.

Era raro pensar que les había llegado a temer lo suficiente como para nunca haber siquiera considerado una buena idea unírseles. A comparación con los nobles con los que había tratado, ahora parecían un problema trivial, pero Manette insistió en que debía de continuar tratándoles con respeto y cuidado, rompería la promesa de Andés si no hiciera. Por esa misma razón, aun creyendo que se encontraba sobre calificada para el trabajo, decidió no bajar su guardia ni un segundo.

Se encontraban llegando a aquella fábrica abandonada. Manette le había

explicado que el sitio era prácticamente irrecuperable por la zona en la que se encontraba, y que lo que costaría limpiar el lugar de ladrones bien podría ser usado para construir una desde cero.

Dersen utilizaba la oficina del centro como base de operaciones de su grupo, lo que le permitía mantener vigilado el lugar con solo un puñado de matones, los cuales, según los informes, al menos más de uno sabía cómo utilizar un arco.

Se sentía rara la forma en la que usaba su alomancia últimamente. Había desarrollado una especia de burbuja con el zinc y latón después de tantos meses sin apenas apagarlos, la cual en este caso empleaba para mantener alejado a cualquiera que se estuviera esperando en una esquina para atacar por sorpresa. Lo molesto era tener que hacer un esfuerzo consciente para mantener a Manette fuera de ese efecto.

Habían llegado a la puerta del recinto, todo el lugar parecía estar extrañamente callado, aun para ser un barrio de los bajos fondos.

—Me cubrirás la espalda, ¿verdad? —pregunto Manette, parecía preocupada.

Calima no asintió, y en su lugar encendió su confianza mientras aplacaba la preocupación.

Manette suspiro, y abrió la puerta que tenía enfrente.

La fábrica era prácticamente idéntica a la que había visitado con Fren hacía tantos meses. De no ser por la suciedad y los vidrios rotos, no habría sido capaz de distinguirlas.

Tenía a varias personas dispersadas a lo largo y alto del lugar. Como le habían dicho, en una plataforma cercana al techo pudieron ver a varios hombres llevando arcos, tres para ser exactos, los cuales tomaron sus armas, preparándose para atacar.

—¡Jefe! —gritó una niña cercana a la puerta —¡Llegó la noble!.

Tras ese grito, la puerta de la oficina se abrió. De allí salió un hombre entrado en sus cincuenta, bastante más viejo de lo que Calima había esperado, y se acercó hacia ellas sosteniendo una mirada seria.

—¿Un niño? —dijo Dersen, mirando a Manette a los ojos —¿crees que no te mataremos porque traes a un niño contigo?.

—No —contestó Manette —No me matarás porque tengo otra oferta que hacerte, Dersen.

—Sabes… descubrí que el trabajo que me ofreciste la última vez también se lo había presentado a Folver —dijo Dersen, intentando sonar amenazador. Calima aplaco un poquito su confianza, lo suficiente para que pensase dos veces cualquier cosa que dijese —A los ladrones no nos gusta que jueguen con nosotros de esa manera, ¿sabes?.

—No tenía ni idea de que estábamos casados —contestó Manette en un tono

sarcástico —En ese caso, lamento haberte engañado, además, tengo el infortunio de avisarte que Folver no ha sido el único.

—No pongas esa actitud conmigo —contesto Dersen, con enfado en su voz —Recuerda que todavía estás rodeada y que tengo planeado matarte.

—¿Un skaa matando a un noble y saliendo impune? —pregunto Manette, sonando asertiva —¡Eso sí que será un hecho histórico!.

Calima encendió la duda y el sentimiento de autopreservación de todo el mundo que se encontraba viendo, no podía dejar que Manette quedase en ridículo teniendo que salvarla de algún ataque sorpresa.

—Pero volvamos a los negocios —continuó Manette, hablando antes de que Dersen se lo ocurriera algo que contestar —He escuchado de tu éxito contra los piratas, seguro que has conseguido un buen botín.

Dersen frunció el ceño, parecía que aquella afirmación lo enfadaba.

—Sí, un buen botín, el cual fue muy costoso de obtener —dijo, observando a Manette a los ojos —A duras penas logró pagar las pérdidas que nos causó este trabajo.

Era mentira, obviamente, Calima podía verlo en sus ojos. Si tuviera que deducir, él estaba utilizando un mal recuerdo para intentar conseguir alguna especie de pago.

—Y no pretendía quitarte ni una moneda, mi buen amigo —contestó Manette con tranquilidad —En realidad, pretendía incluso pagarte, como verás, recuerdo haberte dicho cuando te contrate que apartases cualquier archivo o pieza de información que encontrases.

Manette se había dado cuenta de la mentira también, al parecer sé decidió por simplemente cortar toda la negociación y darle directamente lo que quiere.

—Sí, creo tener en mi poder papeles como esos, pero…

—Creo que no me entendiste —dijo Manette, interrumpiendo a Dersen —Sí, te pagaré por ellos, no tenemos por qué perder tiempo con negociaciones obtusas y dobles sentidos, ya suponía que tendría que hacerlo cuando te contrate la primera vez después de todo.

Dersen abrió los ojos en sorpresa, Calima se apresuró y aplaco su vergüenza, encendiendo el deseo de llegar a un trato rápido.

—Vaya, supongo que he quedado como un idiota —dijo, mientras se acercaba a uno de sus lacayos —Y yo esperando resistencia, nos habías pagado específicamente para eso después de todo.

—Vayamos al punto —continuo Manette —Mil cuartos, sabes que esa información no vale nada para ti, y estás consiguiendo unos mil extra de lo que te pague la última vez.

Dersen se detuvo un momento a pensar por un momento, lo más probable era que no estuviera acostumbrado a encontrarse con ofertas de esa naturaleza.

—Dos mi…

—Tómalo o déjalo —volvió a interrumpir Manette —Tengo cosas que hacer hoy y solo tengo encima esa cantidad.

Calima encendió el respeto de Dersen, además del de algunos de sus lacayos, que parecían ansiosos por simplemente atacarlas y robar el dinero.

—Eres una negociadora condenadamente buena —dijo Dersen —Supongo que es justo, considerando que incluso te tomaste la molestia de venir solo con un acompañante.

Él se dirigió hacia su oficina, en donde se tardó un minuto para volver con un puñado de papeles. Manette tomó su bolsa de monedas, lanzándosela a uno de los secuaces de Dersen, el cual logró atrapar a duras penas dada la sorpresa del gesto.

—Vaya, realmente quieres terminar con esto —dijo, aburrido.

Dersen entregó los papeles a Manette, parecía estar decepcionado, probablemente él y sus hombres esperaban un combate, con lo que Calima se aseguró de dejarlos en un estado pacífico y de satisfacción.

Manette simplemente comenzó a caminar hacia la salida sin observar el contenido de los papeles. Si todo iba según lo planeado, el contenido de estos sería totalmente falso, plantado por el noble que Dersen contacto para conseguir una mejor tajada del trabajo.

Calima se perdió dos veces durante la explicación de aquel entramado político. Era capaz de entender totalmente las motivaciones, pero aquellos planes encimados en capas de mentiras y descubrimientos eran demasiado para ella. Los demás insistían que era importante que supiera en lo que se metía, y tenían razón, no debía dejarse llevar por las decisiones estratégicas de los demás sin comprenderlas.

Realmente fui demasiado afortunada en encontrar a un grupo así.

Ahora en la calle era donde debían tener cuidado, Folver y sus chicos probablemente buscarán venganza por cambiar de banda a último momento, dejándolos en la posición comprometida en la que se encontraban, además, seguían habiendo ladrones comunes que se verían interesados en robarles. Calima encendió con un poco de fuerza su zinc y latón, concentrando en hacer que la burbuja acaparase más espacio.

Calima no podía evitar emocionarse un poco por el cómo estaba llevando la situación. Durante los meses de su entrenamiento, ella había asumido que al momento de controlar su alomancia con naturalidad, habría crecido apática a sus

habilidades, como los demás en la banda. Tenía entendido que usar sus poderes de forma correcta le darían a estos un aire de rutina. Pero era exactamente lo opuesto.

Era asombroso.

Desde que había completado el trabajo de Bechel, a Calima solo se le ocurrían mas cosas que podría hacer, maniobras que le gustaría probar y experimentar para ver qué era lo que podría lograr, con que era capaz de salirse con la suya. Era un sentimiento embriagador que la llevaba de vuelta atrás, cuando aún era una niña.

Delena… ese era su nombre, desde que se lo escribió a Andés había dejado de petrificarse cada vez que pensaba en ello. Era extraño como el nombre por el cual la habían llamado toda su vida se sintiera tan extranjero, aún seguía sin sentirse cómoda llamándose a sí misma de esa manera.

Calima volvió a concentrarse en su tarea, aun con el estaño encendido, siempre era posible que la tomasen por sorpresa.

—Estás demasiado tensa —dijo Manette —No veo que sea necesario que sigas interpretando tu papel.

Ella encendió preocupación y urgencia, además de una sensación de lejanía.

—¿Te preocupan los Lekal? —pregunto Manette, entendiendo su empujón —Ya te dijimos que estaba bajo control.

Calima levantó los hombros, encendiendo y aplacando la tranquilidad.

—Te has estado esforzando demasiado —prosiguió Manette —De todos en la banda ahora eres tú quien empuja la rueda más pesada, y lo único que haces con tu dinero es comprar metales.

Encendió indiferencia y responsabilidad. No era que no había nada que quisiera comprar, todo lo contrario, pero no se encontraba en una posición para malgastar su dinero.

Una vez alejadas varias calles del peligro, ambas se acercaron hasta un pequeño callejón el cual tenía escondido un carruaje, manejado por Dan, en el cual entraron con total naturalidad.

Dentro estaban Robby y Gabroil, leyendo un libro, uno al lado del otro.

—¿Algo? —preguntó Manette.

—Sip —dijo Robby, pasando página —Acero y estaño, creo.

Gabroil tomó el libro y lo devolvió a la página anterior.

—Deja de apresurarte tanto —dijo, un poco frustrado.

—Igual el problema es que tú deberías de leer más rápido.

El carruaje comenzó a andar, al parecer todo había salido según lo planeado.

Dersen les acababa de dar información, probablemente falsa, y los brumosos que había detectado Robby salieron con el propósito de avisar que el trabajo estaba hecho.

—¿Entonces se lo creyó? —preguntó Robby.

—Totalmente —contestó Manette, con una leve sonrisa.

—Felicidades —dijo Gabroil —Llevas medio año planeando esto, supongo que podríamos organizar una fiesta.

—Pero si ya haremos una fiesta —dijo Manette.

—Sí, pero podemos hacer otra antes de esa que no sea tan jodidamente aburrida.

—¿Desde cuándo te aburren las fiestas nobles? —preguntó Robby confundido.

—Desde que descubrí que los skaa las organizaban mejor —contestó con un tono burlesco.

—¡Pero si solo te quejas mientras las festejamos! —recriminó Robby.

—¡Y eso es lo bueno! —contestó Gabroil con una sonrisa —Puedo quejarme, insultar, emborracharme y no voy a ser confrontado por unos quejicas que se ofenden si les miras mal el pelo.

Estaban a punto de celebrar otra fiesta, la última antes de comenzar oficialmente con sus actividades mayores. Era el evento más importante de todos, será la última oportunidad para amistar o intimidar a todas las demás casas de la región. Incluso un obligador vendrá desde Luthadel el día de la fiesta para sellar todo trato hecho durante esta.

A Calima todavía le hacía sentir un poco nerviosa tener que lidiar con cosas de tan alta importancia, y no era la única. Aun sabiendo exactamente cómo debían actuar, todos en la banda sentían que estaban improvisando, metiéndose donde no debían.

Ahora más que nunca debían estar impolutos, no para que no los descubrieran, ya no quedaban trazos sobre el linaje skaa de ninguno. Debían estar impolutos para demostrar poder, tenían que dejar de pensar como skaa haciéndose pasar por nobles y comenzar a pensar como nobles buscando aumentar las riquezas.

Era una sensación extraña, Calima siempre se había esforzado por entender las intenciones de los demás, buscar mentiras y verdades ocultas en los rostros de quienes conocía, y saber que ahora eso era lo que se esperaba de ella, la impresionaba. Era como si un mata brumosos rompiese y se convirtiera en buscador.

Recordaba la época en la que su padre le decían que era de mala educación señalar las mentiras de las personas, y su madre bromeaba con que jamás lograría conseguir a ningún hombre si se dedicaba a señalar todos los pequeños manierismos de las personas con las que hablaba.

Maldición… como los extraño.

Por fortuna seguía disfrazada, con lo que nadie noto que se había entristecido. Se concentró en escuchar las voces de sus compañeros, las cuales la tranquilizaban.

—Manette —dijo Robby —Ya se están yendo.

Calima no esperó a que se lo ordenaran, y salió del carruaje en movimiento procediendo a correr hacia el callejón más cercano.

Nadie del grupo la detuvo, dado que esto también era parte de su trabajo. Todavía no sabían quién había pagado a Dersen para tantear la información, solo que lo había hecho. En principio lo más razonable era pensar que fueron los Lekal, ya que ellos habían contratado a los piratas, los cuales la banda de ladrones atacó en primer lugar.

Pero Andés aseguraba que era poco probable, puesto que ellos probablemente no querrán involucrarse de forma directa. Si llegasen a ser descubiertos por el ministerio, algo tan grave como la piratería los dejaría expuestos a recibir una sanción severa.

Calima encendió su bronce en busca de ambos pulsos, los cuales no tardaron en presentarse, ambos alejándose hacia el norte. Ella se apresuró, y una vez profundo en el callejón, lanzó una moneda, la cual empujó, elevándose hasta el techo de una de las casas en donde comenzó a correr hacia la ubicación de aquellos brumosos.

Como era de esperarse, ambos se separaron casi de inmediato, tenía sentido dado que quien debía entregar las noticias era el lanza monedas, mientras que el ojo de estaño revisaba que todo ocurriera como estaba planeado desde la distancia.

Calima se empujó varias casas antes de volver a aterrizar en otro callejón, incluso con las bumas, seguía siendo pleno día, con lo que ser vista seguía siendo una posibilidad.

Mientras quemaba peltre, comenzó a correr por la calle, empujándose de vez en cuando con pedazos de metal de las paredes para seguirle el paso a su objetivo. Encendiendo con fuerza su zinc y latón, se concentró en causar a la gente que la observaba una sensación de desinterés, tranquilidad y falta de sorpresa, con eso evitando miradas innecesarias.

Estoy pasando por mucho, se dijo, intentando meterse en la cabeza de las personas corrientes, *cualquier cosa que haya sido esa figura entre la niebla a toda velocidad, no es mi problema.*

La idea parecía funcionar, dado que las miradas extrañadas cesaban con rapidez, dejando que las personas continúen con su día a día sin preguntarse lo que acababan de presenciar.

Al cabo de un rato, logró llegar hasta debajo del lanza monedas. Calima se

detuvo inmediatamente al ver la línea azul de la bolsa de monedas que su objetivo llevaba. Si ella podía ver el metal que él tenía encima, también sería lo opuesto. Se limitó a simplemente correr desde la lejanía.

Pasaron varios minutos hasta que aquel hombre descendió. Cuando llegó el momento, Calima sintió como el pulso se apagó. Se encontraban en una zona laberíntica de la ciudad, con lo que era probable que ella se perdería si intentaba seguirlo desde lejos. Volvió a concentrarse en su zinc y latón, esta vez enfocándolos en todo el lugar en donde se encontraba el mensajero, encendiendo la precaución y aplacando la avaricia.

Pudo notar cómo funcionó, dado que volvió a sentir el pulso alomántico. Calima apresuró a aquel hombre encendiendo la urgencia, resultando a que comenzase a caminar.

Escuchando con atención la dirección de los pulsos, Calima mantuvo sus metales emocionales enfocados en el mensajero mientras dejaba que se adelantase varias calles, aplacando la sospecha, pero incentivando de todas formas que mantuviese su metal encendido.

En esas condiciones seguirlo fue pan comido. Siguió a aquel hombre el cual tomo varias precauciones, pasando por algunos callejones y llegando hasta una calle principal en donde solamente se dedicó a caminar con tranquilidad por veinte minutos.

Calima admiró la dedicación que tenía para no ser visto por nadie, casi hasta sintió pena por ser capaz de seguirlo con tanta facilidad, pero claro, era una comparación injusta después de todo.

Al cabo de diez minutos caminando, habían llegado hasta la zona noble de la ciudad y fue allí donde el lanza monedas terminó entrando a un edificio bien cuidado y con ventanas limpias.

Supuestamente, ahora debía regresar y avisar sobre la ubicación de este edificio, dejando que los demás se encargasen de descubrir a quién pertenecía. Pero había algo que no terminaba de encajar, el mensajero fue demasiado cuidadoso solo para confirmar si el plan fue un éxito o no. Claro, siempre podría ser que esa era la manera en la que esta persona se comportaba, Andés no era el único paranoico en el mundo, pero Calima decidió mejor no dejarlo a la suerte.

No encontró manera de escabullirse, dado que las puertas y ventanas principales daban directamente a la calle, la cual, a diferencia de las demás, estaba demasiado abarrotada de personas como para salirse con la suya usando alomancia emocional.

Pensando rápido, Calima se quitó la bufanda de la cara, y tomando un

cuchillo, cortó una pequeña parte de esta. Ató la pequeña tela que había conseguido a uno de sus viales vacíos, haciendo un pequeño nudo decorativo, y sin perder más tiempo, corrió hacia la puerta del edificio, golpeándola con rapidez.

La puerta fue abierta rápidamente por un terrisano, al parecer estaba cansado, y tenía una mirada que gritaba impaciencia.

Calima adaptó rápido su acto y le entregó el vial con la cinta, mientras presentaba un rostro lleno de confusión y expectativa, como si la hubiesen mandado a hacer esto.

Aquel hombre dudó sobre lo que estaba viendo. Calima aplacó su escepticismo, encendiendo curiosidad y la sensación de importancia. Resultó como había esperado, ya que aquel mayordomo tomó el vial revisándolo detenidamente.

Ella encendió la paranoia, ¿Quizá es un mensaje?, ¿Una señal?, había mil formas de interpretar esto, y dejando que las ideas se macerasen en la mente del mayordomo, remato con un fuerte golpe de urgencia.

Como era de esperar, el mayordomo intentó cerrar de golpe la puerta, pero Calima lo detuvo ubicando el pie sobre la entrada antes de que esta se cerrase, encendiendo muy levemente la satisfacción que normalmente ocurría al cerrar la puerta, además de aplacar al máximo la sorpresa del terrisano para que no se molestase en asegurarse de que la puerta se mantuviera cerrada por completo.

Volvió a funcionar, ya que solo basto mover un poco el pie para que la puerta se abriese, dejándola ver como el terrisano se dirigía hacia el fondo, probablemente para avisar a su maestro.

Calima entró con rapidez, avivando su estaño para asegurarse de no encontrarse a nadie por sorpresa. Volvió a levantar su burbuja de zinc cuando escuchó los pasos de varios sirvientes. Por fortuna, estos la ignoraron, probablemente asumiendo que el terrisano le había dejado entrar.

Con cuidado, siguió al mayordomo, aplacando sospechas e incentivando la idea de que lo que estaba haciendo era importante.

Una vez lo suficientemente dentro de la casa, todo el que la observaba suponía que la habían invitado al estar siguiendo al mayordomo, lo cual hizo más fácil el manipularlos con su alomancia emocional.

Cuando el terrisano se acercó hacia una puerta, Calima avivó su estaño, haciéndola capaz de escuchar los sonidos dentro de aquella habitación.

—… hecho —dijo una voz, a mitad de una frase —ahora tenemos con que negociar, puedes retirarte.

Cuando el terrisano abrió la puerta, él lanza monedas procedió a salir de esta. Calima dejó de encender la tensión aquel hombre, comenzando a aplacarla en su lugar, haciéndolo ignorante su presencia mientras dejaba de quemar su acero.

Había llegado tarde, será improbable que vuelvan a descubrir cualquier información relevante obtenida de aquel trato, con lo que ella se apresuró y comenzó a seguir al lanza monedas escaleras abajo, y al momento en el que este se desvió, ella simplemente salió por la puerta con total naturalidad.

Funcionó tal como le había dicho Manette, si fingías con cabeza y actitud, podías convencer a cualquiera que pertenencias a su espacio.

Calima se apresuró y corrió hasta un callejón, en donde se volvió a perder entre la niebla.

Capítulo 29

A Manette le preocupaba lo mucho que se tardaba Calima. Sabía que ella era lo suficientemente capaz como para no ser vista siguiendo a su objetivo, más teniendo en cuenta que hoy había salido la niebla, pero no podía evitar sentirse nerviosa.

Era realmente sorprendente lo capaz que podía ser aquella niña cuando le dejaban hacer las cosas a su manera. Su talento con las personas probablemente la sacaría de casi cualquier situación peligrosa en la que pueda encontrarse.

Manette salió de sus pensamientos al escuchar el golpear de la puerta.

—Pase.

Alfure se asomó rápidamente por la puerta.

—Ya han llegado, señorita Doulin —dijo el terrisano con formalidad.

—Gracias —dijo Manette, mientras comenzaba a levantarse de su asiento —diles que esperen.

El mayordomo hizo una pequeña reverencia y cerró la puerta al marcharse. Se encontraban en el edificio que tenían en la ciudad, la habían traído inmediatamente después de que Calima saliera del carro.

Estas últimas semanas apenas tenía tiempo para respirar. Normalmente intentaría pasar este tipo de reuniones a días distintos, o como mínimo a horas mucho más separadas, pero con la fiesta que se aproximaba era difícil conseguir una hora al día solo para descansar.

Aunque no era tan terrible. Después de tantos meses había comenzado a sentirse más cómoda trabajando en aquel edificio, tenía un aire de inmediatez, opuesta a la lenta y larga mansión.

Se aseguró de estar bien preparada antes de bajar las escaleras, debía verse intimidante, además de tener un porte perfecto si quería estafar a aquellos capataces.

Abrió la puerta y comenzó a caminar escaleras abajo, procurando tomar un ritmo que cause que el sonido de sus pisadas sonasen intimidantes. Parecía estar funcionando, dado que al ver los rostros de los capataces, observó como estos se encontraban preocupados.

Tal como habían planeado, Fren se encontraba en otra habitación, sentado, bebiendo una taza de té con la puerta abierta para poder ver e influenciar de forma correcta a estos hombres.

Como skaa, los tres hicieron una reverencia, eso era algo a lo que Manette sabía que nunca se acostumbrara, no si eran skaa quienes lo hacían.

—Veo que han llegado —dijo Manette, uno de los hombres subió su cabeza para comenzar a hablar —No he dicho que podían dirigirme la palabra todavía —indico, le dolía decir eso, pero era lo que tocaba.

El hombre bajó nuevamente la cabeza en sumisión, había un poco de molestia y frustración en su rostro.

—Haremos esto rápido —dijo Manette —¿Alguno de ustedes ha aprendido a leer? —preguntó Manette.

Sabía que no lo habían hecho. Aunque no fuese ilegal, era raro que los nobles permitieses que sus skaa aprendieran a leer, estaba mal visto por parte del ministerio, ya que creían que podría hostigar una rebelión.

—Contéstame —insistió Manette.

—Eh… ninguno sabemos leer, lady Doulin —contestó el que parecía ser más viejo.

—Yo conozco los números… —dijo el de la izquierda.

—Eso no me sirve —dijo Manette, tajante —Ninguno de mis sirvientes tiene tiempo que perder leyéndoles las cartas, a partir de mañana elegirán cada uno a tres personas y las enviarán aquí para aprender a leer.

Esto era lo difícil, Manette sabía que no podía mejorar de forma directa la vida de sus skaa sin llamar atención indeseada, No era ninguna revolucionaria, pero tampoco tenía las tripas para maltratarlos como lo hacía cualquier otro noble, se veía obligada a enmascarar cualquier favor como un capricho o estupidez de su parte.

—Solo este mes les dictaré el informe —continuo Manette —Si no han conseguido a nadie para leer los mensajes para el próximo, absténganse a las consecuencias.

Los capataces se pusieron firmes para comenzar a escuchar las órdenes.

—Una fábrica debería ser utilizada las veinticuatro horas del día —dijo Manette —A partir de ahora no permitiré que ningún minuto sea desperdiciado, he comprado más skaas para continuar trabajando una vez terminado vuestros horarios, con lo que una vez llegado el turno nocturno, se irán.

Los hombres pensaron un momento en la orden, la cual fue dada de manera obtusa adrede. Perdiendo toda la energía, abatidos por la noticia, no entendiendo que Manette acababa de cortar sus horas a la mitad. Esa reacción indicaba que Fren había hecho bien su trabajo, necesitaba parecer cruel ante sus espectadores si quería mantener esta fachada. Ya se darán cuenta con el tiempo del favor que les estaba haciendo.

—Pueden retirarse —rdenó Manette. Los hombres, aún aturdidos, hicieron caso y se dirigieron hacia la puerta, la cual Alfure estaba abriendo para ellos.

Reconforto a Manette la idea de que probablemente encontrarán tranquilidad

cuando se enteren de que «por accidente» ella utilice la producción de ambos turnos como única cuota mensual en lugar de exigirles lo mismo por separado.

Una vez los hombres se fueron, Manette permitió relajarse un poco, bajando los hombros y suspirando en el proceso.

—¿Se encuentra bien, lady Doulin? —pregunto Alfure.

—Sí, apenas he tenido tiempo para descansar, eso es todo.

Fren entró a la sala, adoptando el porte de nobleza a la perfección.

—No tendremos por qué preocuparnos —dijo, mientras se acercaba a la puerta principal —He escuchado que un skaa puede aprender a leer en un mes.

Alfure camino rápidamente hasta la puerta, abriéndosela a Fren, quien salió del rápidamente del edificio. Como ella, él debía estar en seis sitios al mismo tiempo.

—Pero he de advertir —comenzó a decir otra voz, también acercándose desde la habitación de en la que antes se encontraba Fren —los turnos nocturnos suelen ser un fracaso, lady doulin.

Era Kastef, el obligador que habían contratado, y la razón por la cual ella debía adoptar aquel acto codicioso y controlador. Se habían pasado el último mes manipulándolo para que él ofreciera la idea de enseñarles a leer a los skaa.

—Creo que lo tendré bajo control —contesto Manette —Las brumas, por muy mística que sea su naturaleza, detienen mi producción, y en tiempos como estos no podemos permitirnos perder ni un solo minuto.

—Los skaa no trabajan muy bien de noche —replicó Kastef —Aunque, yo no soy nadie para cuestionar vuestras decisiones financieras.

Eso era algo que Manette sabía, los skaa tenían algunas supersticiones con la bruma, y aunque no fueran tantas como en la dominación central debido a las corrientes apariciones de la niebla durante el día, era poco probable que la producción fuese abundante. Además, ponía nervioso a los obligadores el dejar que los skaa se acostumbrasen a salir de noche, era uno de los medios principales de su opresión después de todo.

—Tranquilo —contestó Manette, sonriéndole amablemente a su obligador —sé lo que le preocupa, y le aseguro que los hombres a los que enviaré a los turnos nocturnos sean personas ya acostumbradas a vivir en la bruma, alguien tiene que poner a trabajar a esos mendigos, ¿verdad?.

Kastef sonrió a aquella afirmación, los mendigos solían ser un problema en las ciudades. Normalmente, nadie se ocupaba de ellos, además, al vivir en las calles, terminaban perdiendo el miedo a las brumas, con lo que Manette aprovecharía para darles una oportunidad. Cualquier noble u obligador diría que es una tremenda pérdida de tiempo y dinero, Kastef probablemente sonrió únicamente porque utilizar a los skaa mendigos no presentaría ningún problema para él. Pero ella sabía que con

el incentivo correcto y las herramientas adecuadas, podría rescatar a varios de esos mendigos del estado desesperado en el que se encontraban.

—En cualquier caso —continuo Manette —¿Ya ha llegado la carta de parte del prelado que asistirá a nuestra fiesta?.

—Esta misma mañana, como esperado —respondió Kastef —Llegará el próximo mes.

—Muchas gracias, Kastef —contesto Manette.

La llegada del prelado era vital para los planes de Manette, a diferencia de los obligadores normales, este se encontraba en una posición lo suficientemente poderosa como para nombrar a cualquier familia como dueña de la ciudad.

Ella volvió a subir las escaleras, seguida por Alfure, debía prepararse para negociar con los invitados de la futura fiesta dentro de dos horas y el tiempo corría a toda velocidad.

No pudo evitar llevarse una sorpresa al abrir la puerta de su oficina. Calima se encontraba sentada en uno de los asientos, bebiendo una taza de té. *¿cuándo había llegado?*.

—Alfure, quédate fuera, por favor —dijo Manette a su mayordomo.

—Por supuesto, mi señora —contestó Alfure.

Manette cerró la puerta de la oficina, observando a Calima, ya había dejado el acto intimidante, además de haberse quitado la bufanda y la capucha.

—Veo que estás comenzando a tomar los manierismos de Andés —comentó Manette en tono burlesco.

Ella le contesto el comentario con una sonrisa pícara, parecía disfrutar el escabullirse sin que la vean.

—Aunque no todos al parecer —continuó, mientras se acercaba a su escritorio —ponte más seria para la próxima.

Vio la nota que se encontraba encima de su escritorio, y comenzó a leerla. *Calle Danar, edificio sin pintar con puerta azul, escuche que «Ahora tienen con qué negociar»*.

Manette pensó detenidamente, ese era el hogar de los Mortuite, eran comerciantes navales, tenía sentido que se interesasen sobre los eventos relacionados con los piratas…

—¿Escuchaste? —preguntó Manette, dándose cuenta de lo que había leído.

Calima simplemente levantó los hombros, despreocupada. *Maldición, realmente está desatada,* pensó Manette.

—Te dije que solo tenías que seguirlos —replicó Manette al gesto.

Calima tomó otro papel de su ropa, como era de esperarse, y se lo entregó a Manette.

El lanza monedas era muy sospechoso, tenía demasiado cuidado. Decía la nota, Manette se relajó un poco, no podía culparla por actuar de manera tan paranoica, había aprendido de Andés después de todo.

—Ahora tienen con qué negociar… —dijo Manette en voz baja, pensando —Quizá intenten delatarnos al ministerio, pero eso no tendría sentido, no existe evidencia alguna de aquellos tratos.

Manette comenzó a caminar de un lado a otro, pensando en lo que significaba. ¿Qué podrían haber conseguido? Quizá intenten tomar alguno de aquellos skaa como testigo, y obtener información a base de tortura… lo cierto era que no conocía al ministerio tanto como creía. Según Andés, lo que ellos más odiaban eran los tratos por debajo de la mesa, aquellos que sucedían sin su supervisión. Quizá la amenaza consistirá en no avisar al ministerio a cambio de un poco de información.

Manette camino hacia la puerta, la cual abrió, asomándose por ella. Alfure estaba esperando fuera, como le había ordenado.

—Alfure, ve a llamar a Kastef, por favor —dijo Manette.

Alfure no respondió, y comenzó a caminar con rapidez escaleras abajo. No se molestó en cerrar la puerta, dado que Kastef tardó mucho en llegar.

—¿En qué puedo servirle, lady doulin? —preguntó el obligado.

Manette hizo un gesto abriendo más la puerta para que Kastef pasase a la oficina. Una vez con el obligado dentro, Manette mantuvo la puerta abierta, observando a su mayordomo.

—Puedes pasar si no tienes otros quehaceres que hacer —dijo Manette.

El hombre se sorprendió ante el cambio de opinión, aceptando la oferta. Manette pensó que no tenía sentido esconderle esta información a su terrisano si la estaba a punto de conocer un obligador.

—Oh —se sorprendió el sacerdote al pasar —no había visto a la joven dama entrar.

Calima sonrió a ambos trabajadores, mientras estos entraban a la oficina. Extrañamente, ella tenía una muy buena relación con todas las personas ajenas a la casa, todos tenían una muy buena opinión sobre ella, la cual existía incluso cuando estos se encontraban lejos de su rango de alomancia emocional.

—¿Gustaría que le preparara un té? —pregunto Alfure, el cual recibió un rechazo amable de parte de Calima cuando esta le mostró la taza que estaba bebiendo.

—Creo que me encuentro en un aprieto, Kastef —comenzó a decir Manette.

—¿Un aprieto? —preguntó aquel hombre.

—Como verá, usted será consciente de la ola de piratería que ha asaltado el mar este último año, ¿verdad?.

—Por supuesto, en el ministerio nos encontramos ocupados intentando resolver el problema —contestó el obligador.

Manette debía tener un extremo cuidado en cómo dirige sus palabras, no había hecho nada ilegal, pero sí podía perder el favor del ministerio sí daba a entender la idea equivocada. Su tarea era decir la verdad de la manera más conveniente posible.

—No tiene sentido hablarnos con sutilezas aquí —dijo Manette —es obvio que la casa Lekal mantiene a esos piratas. Aun con la falta de pruebas físicas, los números no mienten, además de que he conseguido evidencia importante.

El obligador abrió los ojos un momento, sorprendido por la franqueza en las palabras de Manette.

—Respeto que valore tanto nuestro tiempo —comenzó a decir Kastef —Más cuando se trata de temas cruciales como estos. ¿Qué quieres decir con evidencia? —pregunto intrigado.

Manette se acercó a su escritorio, del cual en uno de sus cajones, tomó los papeles que había conseguido el día de hoy, y se los entregó al obligador.

—Hace varios meses —comenzó a decir Manette —Contrate a ciertos individuos para que se encargaran de limpiar a los piratas, además de conseguir esta información.

»Lo que tiene ahora en sus manos ha sido alterado por la casa Mortuite, uno de mis hombres consiguió los papeles reales hace una semana.

Kastef se sorprendió, mientras comenzaba a leer los papeles. Manette pensaba desde un principio entregárselos, era su llave para tener una buena relación con el ministerio, aunque hubiera preferido no tener que apresurarse tanto en hacerlo.

—… ya veo —comenzó a decir Kastef en voz baja, mientras leía y comparaba ambos informes de los piratas —Si esto es verdad… no veo cómo esto debería representar un problema para usted.

—Lo es —respondió Manette —Ya que no utilice mercenarios para el trabajo.

—¿Sin mercenarios? —preguntó el obligador confundido —Bueno, compartiré su amabilidad de no perder mi tiempo y no perderé el suyo. ¿He de suponer que la joven a mi lado lo hizo? —dijo, refiriéndose a Calima.

—No, ella ha tenido otras tareas —continuo Manette —además, tampoco ha sido ningún miembro de mi familia, o los soldados de la mansión.

»Emplee ladrones skaa, los contrate hace meses para llevar a cabo el trabajo. No podía confiar en los círculos mercenarios, además de que en ese momento nos encontrábamos vulnerables económicamente.

El obligador se posó seriamente sobre su mano mientras seguía leyendo la

información, había perdido todo su carismático encanto, pensando de forma aterradoramente racional sobre la información que estaba recibiendo.

—Creo entender a lo que se refiere —dijo Kastef, finalmente —¿Puedo suponer que hoy recibió el informe falso? —pregunto de forma asertiva.

—… Sí, hace unas horas —contestó Manette, con cuidado —¿Cómo lo supo?.

—Cuando llegó sus zapatos estaban manchados de hollín y ceniza —comenzó a decir Kastef —Y aunque eso no me dijo nada, la nota sobre la mesa tiene la letra de la señorita parece ser reciente —dijo, mirando a Calima un momento —además, puedo notar es su voz, como esto es una decisión de último momento.

Manette se quedó callada, no esperaba que el hombre dedujera tan rápido la situación. Los obligadores podían ser terroríficos en ese aspecto.

—Usted ha dado en el clavo —dijo Manette —Esperaba darles esta información de forma más conveniente… pero he visto más peligroso dejar que mi oponente la revelase de forma perjudicial para mí.

—Comprendo la situación — dijo Kastef —Ha hecho bien en decírmelo, veo que usted es una mujer que cumple su objetivo a cualquier costo, y si los ataques piratas cesan como ha dicho, le habrá ahorrado al ministerio bastante trabajo.

Manette sintió como no pudo relajarse ante esas palabras, el ministerio siempre podía tomarse sus acciones como una ofensa.

—Será mejor que me retiré —comenzó a decir Kastef, dirigiéndose a la puerta —seguramente quiere que yo informé antes que los Mortuite consigan hacer ningún movimiento.

»Puede que las demás casas lo hagan, pero el ministerio nunca olvida favores.

El obligador simplemente salió de la habitación sin esperar réplica, ¿acaso quería evitar que ella lo detuviera?. Siempre podía ocurrir que el ministerio ya se encontrase en su contra, en ese caso ellos tenían el poder para sancionarla por tratar con skaa, pero de nuevo, contratar ladrones no era especialmente terrible, más aún tan lejos de la dominación central, donde las leyes eran más laxas, con lo que tenía una buena defensa al respecto.

Lo importante era que, por ahora, los barcos que envíen a comerciar estarán libres de asaltos inoportunos. La flota que había conseguido no era exactamente barata, dado que las demás casas habían hecho todo lo posible para entorpecerles la adquisición, pero por fin la tenían.

Calima se levantó de su asiento, entregándole la taza de té a Alfure, quien se la llevó inmediatamente hacia la cocina. Ella era demasiado natural en aquellos movimientos, demasiado elegante, había comprendido a la perfección como adoptar todos los manierismos de la nobleza.

—Calima, ¿por qué se te da tan bien esto? —se atrevió a preguntar Manette

—Comportarte, comunicarte aún sin palabras.

La niña aseguraba una y otra vez que no era noble, aun cuando le insistieron que nadie pensaría mal de ella al respecto.

Calima se quedó un momento quieto, pensando, y tomó la hoja cercana en la cual había marcado la dirección de los Mortuite. Comenzando a escribir.

Mi padre era un skaa bien posicionado. Escribió, mostrándole la nota a Manette.

—¿Bien posicionado? —preguntó Manette, curiosa —Un comerciante quizá.

Ella negó con la cabeza, y volvió a escribir.

Contador, era bueno con los números.

¿Contador? Eso no era un trabajo permitido para los skaa, estaba rotundamente prohibido que ellos tomasen cualquier puesto administrativo. Manette estuvo a punto de preguntar, pero Calima se le había adelantado.

Mentía junto a su amo, y nos enseñaba cómo comportarnos. Ahora que conozco más cosas, creo que era mestizo, pero éramos skaa, sin casa, sin apellido.

Manette permitió que Calima escribiese todo antes de hablar, su situación explicaba varias cosas. Ella era una anomalía en las tierras del imperio final, o lo fue, una skaa feliz, según lo que podía ver en el recuerdo de sus ojos, una niña la cual la realidad la golpeó por sorpresa, sin avisar.

Era extraño aquel sentimiento. Como todos los skaa, Manette debía odiar a los nobles con todo su ser, pero la verdad era su padre no era ningún santo, él se había aprovechado de los que tenían menos, tanto skaa como nobles menores. Las personas solían robarse y estafar entre sí, y lo único que podía hacer Manette al respecto era intentar evitar hacerlo a la mayor cantidad de gente inocente en el trayecto.

Al escuchar el sonido de la puerta, Manette arrugó la hoja, guardándola en el bolsillo, ya después encontrará tiempo para quemarla.

Era Alfure, había llegado con dos tazas de té, llevándolas en una bandeja hacia el escritorio. Cuando le entregó su taza a Calima, ella la recibió con un gesto de agradecimiento.

Manette recibió su taza, repitiendo el gesto de Calima, comenzando a beber el té junto a ella.

Debería relajarme un poco, todo está saliendo según lo planeado.

Capítulo 30

Kastef era un obligador sencillo, o esa impresión intentaba dar la mayoría del tiempo.

Caminaba de regreso a las oficinas del ministerio para entregar su informe. Antes de ser encargado con los Doulin, hacía trabajos menores, como casar a familias skaa y nobles de bajo rango. No era normal que en aquellos casamientos sucediesen por algo tan interesante como un bien comercial o una ventaja estratégica entre familias. Él no tenía el rango suficiente para encargarse de esos.

A Kastef le encargaban todo lo demás, casamientos por desesperación, o incluso por genuino romance. De las ventas rutinarias, productos lo suficientemente caros como para necesitar su presencia, pero también lo suficientemente baratos para que incluso varios skaa pudieran acceder a ellos.

Ese era su trabajo. Técnicamente, era lo más bajo de lo bajó, tratar con skaa era visto como una tarea aburrida y poco profesional, y eso era lo que se le decía a los nobles y mayoría de otros obligadores.

El lado bueno es que era en realidad una tapadera, dado que como todo obligador, Kastef era los ojos de lord legislador, y no había ojos más importantes que aquellos entre el populacho.

Su rango era falso, obviamente. La tarea de vigilar a los skaa a gran escala solo se la daban a los obligadores más distinguidos en el ministerio. No solo debía tener buen ojo, sino también el talento para hacerse pasar por menos, por alguien a quien quizá, con un poco de suerte, puedas sobornar o disuadir para crear un hueco en el sistema.

No podía sino sentirse estúpido por creer que esa actitud sería lo suficiente como para desenmascarar a sus presas. Ya llevaba ocho meses en este caso, y la banda de Manette resultó ser un equipo bien coordinado y escurridizo.

Normalmente, solo su palabra debería bastar para algo como esto, no era la primera vez que unos skaa se hacían pasar por nobles, y tampoco sería la última. Una sola palabra, para hacer llegar a un inquisidor, para obligar a todos los soldados de la ciudad a que se volvieran en su contra, y destruir cualquier oposición en cuestión de minutos. Pero había un problema, y uno muy grande.

No estaba seguro.

Su lógica y evidencia le dictaba que estas personas debían ser skaa, ¿una casa resurgiendo de ningún lado? ¿Miembros casualmente bien entrenados en combate, aun cuando no hubo ni un solo soldado en los registros familiares?

Pero la intuición le decía lo contrario, la forma en la que actuaban de manera

totalmente impecable, el razonamiento frío y calculador por parte de la líder, dos asesinos altamente capaces, uno de ellos nacido de la bruma.

No importa como lo mirase, no se sentía extraño. Aun cuando sostenía esta nueva evidencia, seguía dudando. ¿Era posible para los skaa planear algo tan complejo?. Se había encontrado skaa inteligentes en el pasado, a diferencia de la nobleza, una vez entrado en el ministerio le habían explicado que aquellas criaturas eran capaces de pensamiento racional, ¿pero a este nivel? ¿De forma tan coordinada?.

Dio la vuelta a la esquina, había una sensación rara con respecto a la calle en la que se encontraba, ¿quizá dudaban de él?. Si lo asesinaban en medio de la calle, era posible que aquellos skaa se salieran con la suya.

Volvió a leer otra vez los papeles mientras caminaba. Eran los correctos, los que había mandado a plantar al barco pirata. Se había asegurado que aquella información solo circulase entre los bajos fondos skaa, un círculo que rechazaba a la nobleza. Lo había organizado de tal forma que solo un experto en ese rubro pudiera conseguir esa información. Esparcido el rumor desde lugares solo de importancia para los skaa, utilizando palabras en código conocidas solo por los ladrones más proficientes, y ubicando un precio tan alto al secreto que cualquier noble, en especial uno tan pragmático, diera la espalda a tal estupidez.

Y allí estaba, de vuelta en sus manos. Aquella mujer había entendido todos los códigos, identificado los sitios auténticos, y sabía que si un skaa pedía demasiado dinero por algo, era porque lo tenía.

Esta era la evidencia que necesitaba, y aun así… no podía creerlo, su intuición seguía diciéndole lo contrario. Además, debía tener mucho cuidado con la información sobre la autenticidad de la familia. Si salía a la luz que el ministerio había permitido a un grupo de skaa salirse con la suya, haciéndose pasar como nobles durante tanto tiempo, podría instigar a otras bandas a intentar lo mismo.

Debía continuar un poco más…

Kastef miro alrededor, no se había dado cuenta de que caminó hasta unos callejones, le preocupaba que lo hubieran seguido, pero tampoco tenía porque exagerar. Antes de comenzar a volver, escuchó un sonido. Pasos, llegando desde la distancia.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó una voz —No quiero que sea mi culpa si nos metemos en problemas.

—Padre nos dijo que lo hiciéramos a toda costa —contesto otra, bastante parecida.

Dos hombres llegaron al callejón en el que estaba, uno de ellos totalmente tapado, mientras que el otro…

Oh no.

Era Benelend Lekal, un lanza monedas, probablemente junto a su hermano gemelo, Daleneld, que era nacido de la bruma.

Ambos se acercaron lentamente hacia Kastef, quien por instinto comenzó a correr. Intentando llegar a la calle a toda velocidad por los callejones. Lo detuvo una hondonada de monedas, las cuales lo alcanzaron a la espalda como un rayo en una tormenta.

Kastef cayó al suelo de inmediato, atravesado por las monedas, las cuales hirieron su espalda. Intentó levantarse rápidamente, decidido a intentar escapar, pero las monedas que no lo habían golpeado fueron atraídas hacia él, enterrándose en sus piernas, dejándolo nuevamente en el suelo.

Ambos hermanos se acercaron lentamente, parecían disfrutar tomándose su tiempo. Con lo que Kastef intento pensar rápido una manera de salir de esta.

—¿N-no creen que están llevándolo demasiado lejos? —dijo, intentando sonar amigable con todas sus fuerzas —Podrían haber simplemente robado la información que necesitan.

—Ya, pero resulta —dijo Benelend, agachándose frente a él —que nos estábamos aburriendo, ¿sabes?.

»Llevamos meses intentando buscar cualquier cosa para destruir a esos malnacidos de los Doulin sin recurrir de nuevo a la violencia. Padre se enojó mucho cuando se enteró lo que hicimos en la mina.

—Sigo pensando que deberíamos matarlos —comentó su hermano, con voz ronca —No me importa lo que opine padre.

—A mí tampoco me importa —contestó Benelend —pero tiene razón. Al caso, descubrimos que tienes unos papeles interesantes, y si usted fuera tan amable, me gustaría que los compartiese.

Kastef estaba aterrorizado, no pudo hacer otra cosa más que obedecer y entregarles la información que acababa de conseguir.

Los dos hombres comenzaron a leer ambos informes en busca de cualquier pieza de información importante. Con lo que no sorprendió a Kastef comenzar a ver la decepción en sus rostros.

—No comprendo, ¿no era esto relevante? —preguntó Benelend —Todo el mundo lleva hablando un mes de lo importante que era ese asalto a los piratas, y lo más gordo resulta solo ser un informe de ganancias.

—Tienen valor —apresuró a decir Kastef —Significan algo que solo yo conozco.

—Oh, eso lo explica —contesto Benelend esbozando una sonrisa —Bueno, hora de que nos lo cuentes.

—No lo lograrán —dijo Kastef —Fui entrenado para soportar la alomancia emocional como al resto de los obligadores.

—Entonces te torturaremos —dijo Daleneld.

—Pero no pueden asegurar su éxito —dijo Kastef, armándose de coraje. —Claro, quizá hable, ¿pero y si no?, la información que poseo se quedará en el olvido para siempre.

—Jo, mira, quiere negociar —dijo Benelend en tono burlesco —Déjame adivinar, si te permitimos vivir, nos dirás todo lo que sabes, ¿verdad?.

—Si me permiten vivir, les ahorraré quizá horas de gritos, las cuales terminaran en ustedes consiguiendo nada.

Benelend apoyó su mano sobre su mentón, pensando en la oferta. Kastef procuro no presentar ni un mínimo ápice de miedo o debilidad, debían creerse que realmente no hablaría ante la tortura.

—Nos tiene atado de manos —dijo finalmente Benelend con un suspiro.

—Yo no le creo —dijo Daleneld —nos mentirá y cuando llegue con el ministerio, nos delatará.

—Vamos, vamos, no seas así —respondió Benelend con un tono apacible —Nuestro amigo no sería capaz de hacer una cosa así, ¿verdad?.

—Lo juro por el Lord Legislador —dijo Kastef rápidamente, él no debía mentir usando el nombre de su dios, con lo que no lo hizo, su trabajo era que la banda de Manette cayera, no le importaba si era a manos del ministerio o de los hermanos Lekal.

Benelend silbo, asombrado.

—Wow, ¿un sacerdote jurando con el nombre de dios?, yo le creo.

—Dinos lo que sabes —exigió Daleneld.

—¡Esperen! —grito Kastef —se los diré, pero primero dile a tu hermano que se aleje.

—No estás en posición de negociar —dijo Daleneld, encendiendo su miedo y aplacando el valor —Dinos antes de que te corte el cuello.

—Si no piensan matarme —contestó Kastef, rechazando los intentos de manipulación —Entonces no hay necesidad de que estés aquí.

Daleneld desenfundó un cuchillo de cristal, decidido a apuñalar a su víctima en la pierna. Pero fue rápidamente detenido por el brazo de su hermano.

—Ya nos estamos tardando demasiado —dijo Benelend —Mira, yo le creo, así que hagámosle este pequeño favor.

—No me ordenes que hacer —contestó su hermano.

—Si lo haré —contestó Benelend, plantándole cara —tú decidiste qué hacer con la loca de la mina, me toca a mí elegir sobre este tipo, vamos, vete.

Daleneld observo a Kastef una última vez, antes de lanzar una moneda al suelo y alejarse con un empujón alomanticó.

—Mira tú, si se fue —comentó Benelend, sorprendido —Supongo que no me pedirás ahora que me deshaga de mi monedero, ¿o sí?.

—No, no debería de hacer falta —contestó Kasted, comenzando a relajarse.

—Lástima, lo haré de todos modos —dijo Benelend, lanzando su monedero hacia el suelo, sonriendo en el proceso.

Aquel hombre estaba demasiado seguro de sí mismo, para él esto era un juego, lo que tenía sentido dado que según se rumoreaba, siempre acompañaba a su hermano en sus encargos.

—Hace algunos meses —comenzó a decir Kastef —plante estos documentos en uno de los barcos piratas que ustedes contrataron.

—¿Nosotros?, ¿contratar piratas? Imposible —dijo Benelend, intentando sonar ofendido —Nosotros nunca… —miro a Kastef a los ojos, quien estaba confundido por esas declaraciones —¿Tan obvio es?.

—No hay evidencia para condenarlos —dijo Kastef —pero sí, es demasiado obvio, todo el mundo en la ciudad lo sabe.

—Maldición… supongo que padre tenía razón. Continúa.

—Estos papeles contienen información real sobre los contenidos de los barcos robados, mientras que la otra mitad son falsos.

—Mira —interrumpió Benelend —sé que mucha de esa información es importante, pero nos vendiste que nos lo dirías más rápido que si te torturáramos, ¿podrías ir al punto? Ya que me gustaría almorzar antes del mediodía.

—La forma en la que consiguieron esa información delata que en realidad son skaas —contesto Kastef rápidamente —apenas tengo mucha más evidencia, pero solo se podía acceder a ella mediante métodos únicamente conocidos por las bandas de ladrones del bajo mundo skaa, y por nadie más.

—Tonterías —contesto Benend —cualquier buen informante podría conseguir eso.

—Ahí está el problema —comenzó a explicar Kastef —me aseguré que esa información solo llegase a manos de informadores específicos, aquellos que no trabajan con nobles.

»Puede que sea difícil de digerir, pero los skaa también tienen sus guerras de bandas. Su propio pequeño mundo en el que los líderes se comportan de igual manera que la nobleza, y las grandes familias no saben de esto porque ellos se aseguran que sus informadores no trabajen con nobles.

—¿Me estás diciendo que hemos estado tratando con simples skaa desde hace

seis meses? —dijo Benelend enfadado —¡Podríamos matarlos sin que a nadie le importase!.

—Seguiría siendo ilegal —contestó Kastef —Esos papeles no son evidencia suficiente, solo me sirven para saber que no estaba equivocado, pero la realidad es que no tengo nada sustancial como para condenarlos. Si los matas, todas sus propiedades pasarán a ser del cantón de las finanzas.

—Si probamos que son skaa —dijo Benelend —entonces sus propiedades serán devueltas a sus anteriores dueños, ¿verdad?.

—... Sí, todos los contratos serán anulados.

—Cosa que no le conviene al ministerio, si no me equivoco.

Kastef dudo en responder, Benelend tenía toda la razón, si los delataba públicamente la identidad de los skaa, dejaría nuevamente a los Lekal en posición de tomar lo que iba a ser suyo, la idea era simplemente ejecutarlos en silencio con un inquisidor de acero.

—Tu expresión me lo dice todo —continuó el joven Lekal con una sonrisa —Necesitaremos pruebas y exponerlos ante la corte de Luthadel, con eso debería de ser suficiente para demostrar la ineptitud del ministerio en esta región.

El chico lo sabía, había engañado a Kastef junto a su hermano para hacerle creer que era un ignorante, que no sabría cómo utilizar esta información de forma correcta, pero se equivocó.

—Eso es todo lo que sé —concluyó Kastef —Incluso te he dado información de más —comenzó a intentar levantarse del suelo, al parecer las monedas no se habían enterrado lo suficientemente profundo como para impedirle usar sus piernas.

—Eh eh, con cuidado —dijo Benelend, ayudándolo a levantarse —Todavía te hace falta decirme una cosa.

—Te lo juro, lo he dicho todo —exclamó Kastef, apoyándose en la pared, mirando a su atacante a los ojos —¿qué más quieres de mí?.

—Un detalle nada más —dijo, mirando al obligado a los ojos —dime, ¿por qué debería dejarte vivir? —dijo, sonando totalmente insensible a su pregunta.

Kastef abrió los ojos con terror, observando la sonrisa cínica del hombre que tenía en frente. Su primera reacción fue tomar el monedero desde el suelo y lanzarlo hacia su espalda, para proseguir con un gancho en el mentón. Pero en ese instante, fue golpeado por la espalda por un proyectil.

Al caer nuevamente al suelo, observo como Benelend recuperó su monedero, el cual había volado hasta su mano.

—¡Ja! —grito el joven —Me encanta la confusión en tus ojos... uno... dos...

—T...tú, ¡tú eres...!

Kastef fue recibido por una patada en la boca, la cual destrozó su mandíbula.

—Sí, soy yo —dijo, fingiendo cansancio. Era obvio que estaba disfrutando con su actuación —¿Por qué todo el mundo se sorprende tanto?.

Él era el nacido de la bruma, su información era incorrecta, o quizá siempre fue su hermano, pero no podía distinguir ninguna cicatriz en la frente.

—Déjame adivinar —comenzó a decir Benelend, acercándose mientras desenfundaba un cuchillo —Estás pensando que soy mi hermano, ¿verdad? O que quizá tenían la información incorrecta sobre quién era qué.

Kastef intentó arrastrarse, dominado por el terror. Intento gritar, pero al segundo de comenzar, una otra figura comenzó a pisar su cuello. El hermano había regresado.

—Pero la realidad suele ser mucho más graciosa.

—¿Por qué mierda te gusta ser tan dramático? —pregunto Daleneld.

—¿Por qué no? —respondió Benelend —No hay mucha gente que conozcan nuestro secreto.

Benelend observo a su hermano suspirar, cansado, ¿por qué era siempre tan directo?, debería intentar disfrutar más la poca acción que conseguían.

—¡Kaydeen! —grito Benelend. Se habían llevado el cuerpo de aquel obligador hasta un edificio abandonado.

—¿Sí amo? —preguntó el Kandra, el cual salió de su escondite. Este llevaba el cuerpo de una de sus sirvientas que había muerto hacía un tiempo. A Benelend le pareció una pena que tal belleza se desperdiciase, así que encargó al Kandra para que ocupase su cuerpo hasta que encontrase una utilidad para él.

—Felicidades, cuerpo nuevo —dijo Daleneld. Por algún motivo a su hermano le gustaba hablar con aquella criatura

—Muchas gracias, amos —dijo Kaydeen, acercándose al cadáver del obligador.

—Debe ser triste decir adiós a tan buen material —dijo Benelend.

—Es lo que se espera de mi trabajo, amo —respondió el Kandra, que había comenzado a arrastrar el cuerpo. Este se detuvo un momento, y observó a los gemelos.

—¿Otra vez? —preguntó Kaydeen, ligeramente enfadado.

—¿Qué? —preguntó Benelend, haciéndose el tonto.

—Sigue con vida —Aclaro Kaydeen, mirándolo a los ojos —lo siento, amo, pero usted sabe que tengo prohibido matar a un humano.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Benelend —¡Tiene el estómago abierto!, además, está totalmente inconsciente.

—Sí, puedo ver que lo has drogado para que pareciese muerto del todo. Lo siento, amo, pero debo insistir. Por favor, deje de intentar que yo cause la muerte de una persona, no sucederá.

Daleneld se acercó y apuñaló la cabeza del obligador, terminando el trabajo en un instante.

—discúlpalo, Kaydeen —dijo Daleneld —a veces no entiende que su curiosidad puede resultar perjudicial.

El Kandra asintió a aquel comentario con una reverencia, y comenzó a llevarse el cuerpo nuevamente hacia otra habitación. Benelend juntó sus manos en una sonrisa, y se dirigió hacia un agujero en la pared que había preparado para aquella ocasión. Fue detenido por el agarre de su hermano, que lo detuvo al reconocer sus intenciones.

—Vamos… —susurro Benelend —debes de tener un poco de curiosidad, ¿verdad?.

—No le gusta que lo vean —respondió Daleneld —Así que no lo haremos.

Benelend se detuvo, cruzándose de brazos. Se suponía que los gemelos debían de ser parecidos, ¿cómo era que su hermano era tan distinto a él?.

—A este sirviente si lo respetas, ¿eh? —preguntó Benelend.

—¿Cómo? —respondió Daleneld, confundido.

—Solo digo —comenzó a Decir Benelend, acostándose en el muro —a los skaa los golpeas, mientras que a este te preocupa que lo vean comiendo.

—No es lo mismo, y lo sabes —respondió Daleneld, girando su cabeza hacia su hermano.

—¿No lo es?, qué raro, ¿no que acabamos de encontrar que los desgraciados que poseen la mina eran skaa?.

Daleneld abrió la boca para responder, pero se quedó callado. Era triste que su hermano solo fuera bueno para combatir.

—El argumento que buscas es el de que tienen sangre mixta —dijo Benelend —Y que probablemente lo listo lo sacaron de su parte noble.

—Espera… ¿Entonces son nobles? —pregunto Daleneld.

Lord Legislador…

—¿Qué es un noble? —preguntó Benelend, citando a un amigo suyo en una fiesta que estaba citando a un filósofo el cual se le olvidó el nombre —¿Es una criatura pensante? Si los skaa no pensasen, entonces no podríamos darles órdenes, ¿no crees?.

—… ¿Entonces dices que los skaa son nobles? —preguntó su hermano,

incrédulo.

—¡Maldición no! —respondió Benelend —Digo que lo que nos separa de los skaa es que dios nos eligió como el bien. No importa si son tan, o más listos que nosotros, nuestro trabajo es evitar que su sangre infecte la nuestra.

Daleneld agacho la cabeza, comenzando a entender el argumento de su hermano. *Deberías pasar más tiempo escuchando y menos apuñalando*, pensó.

Benelend sólo pudo agradecer por haber nacido como el listo de los dos.

Capítulo 31

A Andés le dolía la pierna al caminar, utilizaba los anclajes en el techo para moverse por la mansión con libertad. Sall insistió que usase muletas de todos modos.

Se había tragado varias perlas de hierro, este último mes no había hecho otra cosa más que avivar su metal. Era la única manera en la que podía tener vigilada a toda la mansión al mismo tiempo en caso de emergencia.

—Eh, ¿a dónde crees que vas? —preguntó una voz, Pit lo había visto dirigiéndose hacia la salida de la mansión. Le habían dicho que no se moviera mucho si quería recuperarse rápido.

—Hay unos papeles que tengo que enviar —contesto Andés —Solo iré a la ciudad a dejarlos y volveré.

—Tu pierna sigue herida —replicó Pit.

—Por eso llevo muletas.

—Deberías estar en cama.

—Llevo en cama dos meses, creo que es suficiente —Andés volvió a dirigirse hacia la puerta. Pit lo detuvo, interponiéndose en el medio.

—Mira, tú…

—No tenemos tiempo —interrumpió Andés —La fiesta es la próxima semana, y todavía tenemos que saber si la casa Buvidas hará un movimiento importante. Si deciden tomar la ciudad como los Lekal eso significara que estaremos en grandes problemas.

Pit se quedó callado, técnicamente él estaba al mando, ahora que la mayoría se encontraba fuera, pero Andés seguía teniendo la última palabra, con lo que volvió a dirigirse hacia la puerta. Ya estaba atardeciendo y debía apurarse en hacer el recado.

Manette hizo caso a la sugerencia de Andés y había comenzado a delegar trabajos a personas ajenas a la banda. Eran demasiadas las cosas que tenían que hacer, la última fiesta había demostrado que la falta de personal podría costarles demasiado, no podían depender de la intuición de Calima para siempre.

Andés no pudo evitar notar como Pit lo estaba siguiendo al exterior, incluso llegando hasta la puerta del muro.

—¿Me vas a seguir hasta la ciudad? —preguntó Andés.

—Sí, sigues herido —contestó Pit, decidido.

—Podría derribarte tres veces si quisiera —contestó Andés —Además, solo iré a dejar unos papeles.

—Entonces no debería de molestarte un poco de compañía.

—La verdad es que… —Andés pensó un momento, recordando lo que Calima le había dicho, ¿por qué Pit lo estaría siguiendo? —Supongo que no tendremos problemas.

Ambos comenzaron a descender caminando por la colina, en silencio, ¿acaso debia de decir algo?.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Pit repentinamente.

—¿Hacer qué?.

—Tus trucos con el hierro, ¿cómo los haces?.

—Práctica, supongo.

Pit pareció decepcionado por la respuesta, ¿acaso esperaba otra cosa?.

—¿No es difícil? —pregunto Pit, más intrigado —Raramente sabes si un anclaje es seguro, ¿verdad?.

—Es de la misma manera en la que descubres si una cuerda está floja o firme —contestó Andés —Tiras un poco de ella, y si sientes que resiste, te atreves a tirar un poco más.

—¿Entonces son como cuerdas? —preguntó Pit.

—Solo al principio, mientras más practicas, y más quemas, aprendes a sentir las pequeñas resistencias que se encuentran en el camino. Como si estuvieras tirando del metal con tus propias manos.

—Espera, ¿sentir el camino?, creía que solo podías atraer metales —dijo Pit confundido.

—Es cierto, esa sensación es solo una consecuencia de tanto quemar —Andés giro su cabeza hacia Pit —¿Por qué te interesa de repente el hierro?.

—Ah, eh… bueno… —Pit pareció sorprendido por la pregunta, con lo que aparto su mirada un momento —Es que en todos los libros descartan al hierro como un metal no muy útil y… bueno… quería saber por qué tú eras la excepción.

¿La excepción? Andés pensó un poco en esa afirmación. Lo cierto era que los atraedores raramente se llevaban un papel protagónico en los eventos históricos, él era un bicho raro en ese sentido.

—Supongo que será porque puedo escalar bien —contestó finalmente —Utilizo herramientas que complementan mis poderes, además de preparar las zonas con los anclajes necesarios de antemano.

—¿Preparas siempre el lugar? —preguntó Pit, curioso.

—Siempre. Cuando llegue a esta ciudad, me pase el primer mes escalando a mano los edificios más altos para dejar monedas anclajes.

—Suena difícil.

—No lo es si sabes lo que haces.

Ya habían llegado hasta las calles de la ciudad, la persona con la que debía

contactar no se encontraba tan lejos.

—¿Enviarás otra carta a Luthadel? —pregunto Pit —¿Tienes algún contacto o algo así?.

—Sí, tengo a alguien que puede detener a los Buvidas sólo por una pequeña temporada.

Pit se mantuvo callado mientras caminaba a su lado. ¿Ya había terminado la conversación? Saberlo resultaba más difícil de lo que Andés había esperado. Seguía sin verle del todo al punto de responder con detalle cuando no era solicitado, pero parecía funcionar.

Había llegado a la zona comercial de la ciudad, con lo que Andés se acercó hasta un taller, el cual estaba cerrado, y entro sin tocar la puerta. Dentro, una anciana se volteó a escuchar el ruido de la puerta, comenzando a acercarse hacia el mostrador. El lugar estaba impoluto, todavía no habían abierto al parecer.

Andés no dijo nada y tomo dos pergaminos de su bolsa, dejándolos en el mostrador. La anciana suspiró y se volvió hacia una puerta en la parte trasera.

—¡Veda! —gritó la vieja —¡Para ti!.

Ambos escucharon como los tablones de las escaleras comenzaron a sonar, marcando la llegada de una mujer en sus veinte.

—Oh —dijo la mujer —¿Otra vez? —era la ojo de estaño que había contratado hacía unos meses la noche que atraparon al mercenario. Andés la contrató para llevar un mensaje a Luthadel hacía unos cuantos meses.

—Sí, necesito que lleves esto con urgencia —contestó Andés.

—¡Pero si llegué hace una semana! —exclamó la joven.

—Te pagaré el doble —dijo Andés, dejando una bolsa en la mesa.

La mujer se apresuró y tomó la bolsa, observando el contenido. Abrió bien grande los ojos al ver en su interior y se llevó los pergaminos de la puerta

—Saldré hoy mismo —tras decir eso, corrió nuevamente escaleras arriba.

Una vez se fue aquella mujer, la anciana tomó por debajo del mostrador un pequeño libro, el cual entregó a Andés en mano. Este lo tomó, confundido, y comenzó a leer.

—Habías dicho que no llegaría hasta dentro de dos semanas —dijo Andés.

—Vientos favorables —contesto la vieja —Si quieres que te lo guarde, devuélvemelo.

Andés se guardó el libro en la bolsa, tomando también de allí varios cuartos, los cuales ubicó en el mostrador. La anciana los tomo, dándole una pieza de madera, la cual Andés entregó a Pit, quien la tomó desprevenido mientras su compañero comenzaba a marcharse de la tienda.

Pit lo siguió, confundido, mientras salían, observando la pequeña estatuilla

que Andés le había dado.

—¿Qué es esto? —pregunto, una vez estaban ambos nuevamente en la calle.

—Una coartada —contestó Andés —El negocio no puede tener a personas entrando y saliendo todos los días sin comprar nada, llamaría demasiado la atención.

Pit siguió observando la estatua, era una paloma un poco desfigurada, la cual tenía un ojo sin terminar.

—¿Esa mujer es de confianza? —preguntó Pit.

—No, pero sabe que si no hace su trabajo, dejará de ganar dinero.

—¿Qué hay del libro?.

—Lo mandé a pedir días después de que saliera herido —contesto Andés —es una lista de libros.

—¿Libros?, ¿qué clase de libros?.

—De los prohibidos.

Una vez en su escritorio, Andés comenzó a leer la lista que había encargado.

Su habitación estaba llena de artilugios hechos con Aluminio, Ya llevaba varios meses observando lo que podía hacer con el metal. Había creado prácticamente de todo, cascos, monederos, incluso recubrió una pechera de acero con una lámina fina de aluminio. Todo había funcionado, no pudo tirar ni empujar de ninguno de los elementos. Además, con la ayuda de Fren descubrió que únicamente el casco era suficiente para anular la alomancia emocional.

Aunque era costoso, demasiado en realidad, solo tenía el acceso a esta cantidad gracias a la mina que habían comprado. No le había quedado más opción que vender algunas perlas de atium para reponer el costo.

En sus años en Luthadel jamás había oído de esta propiedad del aluminio. ¿Cómo era posible que ninguna casa abusara de este poder?. No tenía sentido que fuera el primero en mil años en descubrir esta información.

Con lo que solo podía llegar a una única conclusión. El ministerio quiere la mina para evitar que se esparza este descubrimiento.

Desde que lo obligaron a estar en cama, había tenido tiempo para investigar esa teoría. Tomó todos los libros que contenían información sobre el aluminio, los cuales de por sí eran pocos, y los comparó la lista que había pedido por correo a Austrex.

No fue sorprendido por lo que descubrió. Como había sospechado, el

ministerio censuraba parte de casi todos los libros que había recolectado sobre el aluminio. Ya se hacía una idea del porqué, dado que varios autores habían muerto de forma trágica no mucho después, mientras que los restantes pertenecían directamente a miembros del ministerio.

Una cosa era segura, ellos querían ocultar esta información a como de lugar. Allí se encontraba la verdad sobre todo este conflicto.

¿Acaso los Lekal conocían las capacidades del aluminio?, era cierto que tenía valor por su rareza, pero seguía siendo extremadamente costoso conseguirlo.

También era posible que la mina de los Lekal…

Su línea de pensamiento fue interrumpida por el sonido de alguien golpeando a su puerta. Andés podía notar gracias a su hierro que Calima era quien estaba fuera, con lo que se levantó de su asiento para saber lo que ella quería.

—¿Necesitas algo? —preguntó Andés, mientras abría la puerta.

Calima se sorprendió por la súbita apertura de la puerta, parecía estar nerviosa por algo. Ella respondió a su pregunta, señalando hacia el pasillo, encendiendo emoción y curiosidad.

—Sigo algo herido… —comenzó a decir Andés. Calima parecía un poco desanimada, triste incluso, quizá se encontraba estresada por todo lo que estaba sucediendo. No solo su vida había cambiado por completo en los últimos meses, sino que además estaba a punto de volver a hacerlo —… así que iremos más despacio.

Calima se alegró por la decisión de Andés, con lo que se dirigió a su habitación, probablemente para ponerse su capa de bruma. Él hizo lo mismo, cerrando la puerta y abriendo su armario, poniéndose su capa. Tomó su espada con truco, y comenzó a utilizarla como bastón, saliendo de la habitación.

Esquivando y utilizando como nuevo anclaje las monedas que volaban hacia su espalda, Calima arremetió contra Andés, intentando tocar una tira de su capa.

Para este punto él no se limitaba con sus ataques, ella había conseguido la suficiente habilidad como para contrarrestarlos casi todos, desde las monedas imprevistas, hasta las estocadas con su espada especial. Se había vuelto inclusive fácil hacerlo.

Pero seguía sin poder alcanzarlo. Una y otra vez Calima se lanzó hacia Andés, empujando, tirando, corriendo, utilizaba incluso sus metales emocionales tanto de forma obvia como sutil para distraerlo, pero él siempre se le escapaba.

Aunque no podía decir que no había hecho ningún progreso, Andés parecía estar esforzándose de verdad en evitarla, no importase lo exagerado de la hazaña.

Calima se bebió su octavo vial de la noche, y encendió todos sus metales, intentando acorralar a Andés en un callejón. Este simplemente se elevó por estos, llegando hasta el techo. Calima lo siguió a toda velocidad, pero una vez arriba…

Andés se detuvo en seco, comenzando a observarla mientras se caminaba hacia él, *falle otra vez,* se dijo. Habían pasado sesenta minutos desde el comienzo de la persecución.

—Más suerte la próxima —dijo Andés, acercándose a ella, parecía bastante cansado.

¿Cómo lo hacía? Aun después de todo, él la seguía superando, el control que poseía sobre el hierro escapaba a su comprensión. Si ella había aprendido a emplear los ocho metales como músculos, Andés dominaba el suyo como uno entrenado.

Calima tomó coraje, y encendió la paciencia, y aplaco la fatiga. Andés la observo, sorprendido por el entusiasmo.

Esta era la noche.

—¿Otra vez? —preguntó, recuperando el aliento —parece que tienes algo en mente, con lo que creo que podremos hacer una persecución más antes de volver.

Ella asintió, y encendió intriga y curiosidad, señalándolos a ambos. Andés la observo por unos segundos, ¿Acaso ella se estaba excediendo?, él seguía teniendo la pierna lastimada y quizá no estaba de humor para continuar.

—¿Quieres que yo te persiga? —preguntó Andés, curioso —Supongo que valdría la pena intentarlo —él se cruzó de brazos, y se alejó del borde. Eso era lo que normalmente debía hacer ella antes de que comenzasen otra persecución.

Calima sabía que sería casi imposible escaparse de Andés por mucho tiempo, iba a necesitar avivar todos sus metales para tener una oportunidad.

Tomando aliento, Calima se acercó hacia la cornisa, esta era su última oportunidad de retractarse, ¿realmente tenía que hacerlo hoy?.

Sí, sí tenía que hacerlo. A partir de mañana ya no tendría tiempo libre para hacer algo como esto, con lo que ella se concentró, y se empujó hacia delante con todas sus fuerzas.

Pudo escuchar como Andés comenzó a correr hacia su dirección, probablemente ayudándose con el hierro, pero ella no le prestó atención, en realidad, ni siquiera le importaba si la alcanzaba, solo quería que la siguiera.

Una vez en las calles, Calima avivó el hierro y acero, flotando entre las brumas, concentrada en solo un objetivo, solo un lugar.

Ya se había probado a sí misma como miembro útil de la banda, como nacida

de la bruma, incluso como una noble. Pero todavía faltaba algo, seguía faltándole lo más importante.

Con su bronce podía detectar como Andés estaba teniendo algunos problemas para seguirle el paso, él era más ágil, tenía mejor manejo espacial en situaciones inmediatas, pero había un límite en cuanto podías alcanzar con solo un metal alomanticó.

Calima simplemente continuó, intentando prepararse para lo que se aproximaba. La razón por la cual le había pedido a Andés que la acompañase a entrenar en primer lugar.

Solo fueron unos pocos minutos, pero se sintieron como horas. Había llegado hasta el último edificio alto en esta dirección de la ciudad, a partir de aquí, solo quedaban casas.

Fue allí donde se detuvo. Se quedó observando a la lejanía, viendo las brumas revolotear entre las salientes de todas las estructuras, contemplando la persona en la que se había convertido.

Andés escaló rápidamente el techo, comenzando a correr hacia ella. Pero se detuvo una vez vio que Calima ya no tenía intención de continuar la persecución. Simplemente, caminó, parándose a su lado.

Ambos se quedaron en silencio, mirando al vacío.

—Debe de ser una muy buena vista —dijo Andés, rompiendo el silencio. Calima notaba como se encontraba un poco incómodo, probablemente intentando encontrar palabras adecuadas, ella había escuchado que él comenzaba a hablar un poco más con los demás de cosas que no eran estrictamente sobre el trabajo.

¿Realmente estaba lista para esto?, la verdad, no importaba, lo haría de todos modos.

Ella dejó una moneda en el suelo, y salto del edificio, deslizándose por la pared, utilizando únicamente el hierro. Andés no tardó en comenzar seguirla, llegando hasta la calle.

Una vez en el suelo, Calima comenzó a caminar. Estaba cerca, más que la última vez, ya podía ver el lugar a no más de dos calles de distancia. Su corazón palpitaba con fuerza, y su ansiedad le gritaba que se alejara inmediatamente, pero apartó esos sentimientos encendiendo todos sus metales al máximo.

Andés simplemente caminó en silencio, puede que por curiosidad, o quizá sabía lo que realmente estaba pasando. De cualquier manera, él entendía que no debía interrumpir lo que ella estaba haciendo.

Había vuelto, después de más de un año.

Calima simplemente se paró al frente de la puerta de su casa, ahora abandonada

¿Siempre había sido tan pequeña?.

Podía recordar, como una imagen lejana, como su cabeza apenas llegaba a la altura de la ventana, como el picaporte se encontraba a la altura de su pecho. Recuerdos que parecían ajenos, aun cuando había sido así la mayor parte de su vida.

Tomo fuerzas de su interior, y simplemente abrió la puerta, la cual no había sido limpiada desde aquella noche.

Y… estaba todo.

Había esperado que cualquier ladrón saquease el lugar, que estuviera ocupado por otra familia, quizá por mendigos. Calima espera encontrar el lugar irreconocible, deseando pasar página, pero la realidad fue más cruel.

El suelo estaba cubierto por platos y muebles caídos por la violencia de aquella noche. La ropa, que en su momento se encontraba recién lavada, ahora puesta en una mesa en el fondo. Los juncos, preparados para quemarse e iluminar la casa por la noche.

Solo faltaban los cuerpos.

Todo detenido en el tiempo, tal y como lo recordaba. Solo que no era así, ya no. Calima no pudo continuar con esas emociones, y se desplomó en el suelo, comenzando a llorar.

No estaba preparada, no podía, no lo superaría.

Daban igual lo alto que era capaz de saltar, lo rápido que podía desplazarse, lo sigilosa que llegaba a ser o las personas a las que pudiera estafar. Ninguna de esas hazañas tenía importancia, no significaron nada ante este dolor.

¿Por qué?. Se preguntó en voz baja, *¿Por qué?, ¿por qué?.* Se repitió esa pregunta un millar de veces, no entendía, no comprendía el porqué tenía que haberle sucedido a ella. ¿Era por ser una skaa feliz? ¿Tanto los odiaba dios, que ha tenido que castigarla por no sufrir como los demás?.

Ella se sobresaltó al sentir la mano de Andés tocar su hombro. Al girarse, él se apartó un poco, pensando que quizá había cometido un error. Parecía haber entendido a la perfección lo que era este lugar, y en él solo podía ver una tristeza solidaria, una que nunca había visto jamás en su rostro.

Aun llorando, sin siquiera poder mantener su voz bajo control, Calima apoyó su cabeza sobre Andés, quien se agachó recibiéndola con un abrazo, dejándola llorar en sus hombros todo el tiempo que fuera necesario.

FIN DE LA CUARTA PARTE

QUINTA PARTE:
DESECHADOS EN BUSCA DE GLORIA

Capítulo 32

Manette acababa de regresar de las últimas preparaciones para la fiesta de hoy, al parecer al menos no se perdería la conclusión del cuento.

—*Y entonces* —dijo Robby, encima de un escenario —*El barón Dastelf tomó el cuerno de la serpiente caída, no ha de ser que cualquier skaa merodeando fuera a encontrársela*.

Ella pudo ver como Gabroil hizo una pequeña mueca de diversión tras escuchar esa última parte. Como los demás, estaba atento al final de la historia que Robby había escrito.

—*No* —declaró Robby, agravando su voz —*no la escondió en su casa, podría ser encontrado por cualquier miembro de su familia, no importa que tan bien la ocultase. No, no la guardo en un banco, no se atrevía a ensuciar la imagen de dios con tal abominación*.

»*El barón Gastelf llevó el cuerno hasta el monte de ceniza más alto, y de allí, se deshizo del maldito artefacto, lanzándolo a las profundidades del cráter, evaporando su magia pagana de la existencia y limpiando sus tierras de toda enfermedad. Fin*.

Todos los presentes aplaudieron a Robby, quien acababa de terminar de narrar. No solo se encontraban todos los miembros de la banda, sino que además algunos sirvientes y guardias en descanso se habían conglomerado para escuchar el final de la historia.

—Gracias por escuchar —dijo Robby, un poco sonrojado —No pretendía tomar tanto de vuestro tiempo.

—Le aseguro que no ha sido tiempo perdido, maese Rodalem —dijo Alfure, mientras comenzaba a mover la silla de ruedas —ha sido una historia maravillosa.

Manette no pudo evitar sentir un poco de orgullo por el chico, aun tras perderse la gran mayoría de la historia al tener que salir de improvisto. Era gracioso pensar que había comenzado a escribir únicamente por despecho a Gabroil, los dos se la pasaban discutiendo sobre lo que debía o no ser parte de una historia.

Una vez los presentes comenzaron a volver a sus actividades, Manette se acercó a Robby, que ya había bajado del pequeño escenario improvisado con tablones de madera.

—Puedo suponer que luego me prestaras el libro para que lo lea, ¿verdad? —pregunto Manette, con una sonrisa

—Lo siento —dijo Gabroil, que se acercaba, al parecer habiendo escuchado la pequeña conversación —ya lo reservé para leerlo esta noche.

—Ah, entonces no debería de haber problema, podemos leerlo juntos si se da

el caso.

Robby y Gabroil la observaron como si acabase de apuñalar a un gato.

—¿Leerlo juntos? —dijo Gabroil, ofendido —te quiero mucho, querida, pero la lectura es sagrada.

Manette no se sorprendió ante el comentario, le parecía entrañable como él podía ser tan agresivo y mal hablado, mientras que al mismo tiempo exponía aquella pasión por la lectura.

—¿Os interesaría que elabore una copia durante la fiesta? —preguntó Alfure.

—No hará falta —contestó Manette —Pero gracias de todos modos.

El terrisano les dedicó una reverencia, pero antes de llevarse a Robby, una figura entró en la habitación, acercándose a paso rápido. Era Hef, y Manette pudo intuir la razón por la cual se encontraba tan apurado.

—El prelado llegará en cuarenta minutos —dijo directamente.

Gabroil apoyó gentilmente su mano sobre el hombro de Hef, comenzando a apretar con gentileza.

—Disculpe, Destref, veo que se encuentra demasiado agitado, ¿no querrá decir que el prelado Jasef está por llegar?

Hef abrió los ojos con sorpresa tras ver ese pequeño error, no era raro que los nobles se hablarán de forma informal cuando no había invitados presentes, pero todos se propusieron no salirse de personaje, ni siquiera en privado.

—Sí, tiene razón, me disculpo —respondió Hef, dedicando una pequeña reverencia, retirándose nuevamente hacia su puesto.

Hoy era el día más importante de la vida de Manette, un contrato de cualquier tipo con un prelado le daría una ventaja importante en estatus frente a las demás familias. Con un poco de suerte en algunos años incluso podrán tomar las riendas de la ciudad, que hasta ahora eran llevadas por el cantón a falta de una familia lo suficientemente poderosa como para hacerse cargo.

—Será mejor que me marche —dijo ella, dando un vistazo a sus compañeros —Tengo que revisar que todo el personal esté en su lugar, para evitar el descontrol de la última vez.

—Creo que maese Dernau se está ocupando de eso junto a algunos sirvientes —comentó Alfure.

—Comprendo, entonces quizá revise nuevamente si todas las invitaciones han sido respondidas.

—Ya nos encargamos de eso esta misma mañana… querida —agregó Gabroil.

—… los alomanticós que contratamos para evitar a los encendedores y aplacadores necesitan instrucciones específicas.

—De eso me encargaré yo —respondió Robby —Nos juntaremos en el patio

interior en una hora, ya tengo las órdenes anotadas y memorizadas.

—Entonces…

—Entonces deberías descansar —interrumpió Gabroil —Lo siento, pero la mayoría de las tareas están ya realizadas.

—No puedo hacerlo —dijo Manette —¡Hoy es un día demasiado importante como para procrastinar!.

—Con lo que hoy más que nunca deberás mantener tus energías —respondió Gabroil.

—Estoy de acuerdo con Lord Gabroil —comento Alfure, era agradable ver como había ganado la suficiente confianza como para sumarse a las conversaciones, más aún cuando eran para llevarle la contraria, a Manette no le gustaban los lamebotas —lo más adecuado es que guarde energía para más tarde.

Manette pensó en la sugerencia, era cierto que se encontraba preocupada por lo que le tocaba hacer por el resto del día, pero la mayoría de las cosas ya habían sido preparadas con antelación, todas revisadas un centenar de veces por ella misma. Tenían razón con que lo más responsable era descansar y prepararse para los varios discursos que dará durante horas.

Pero todavía quedaba algo de extrema importancia sin zanjar.

—¿Alguna noticia sobre Kastef?.

Los tres se quedaron callados ante la pregunta, sabían que eso la preocupaba desde hacía semanas.

—Lady Manette, ¿sigue preocupada por eso? —preguntó Alfure.

—Sí, lleva actuando raro desde hace ya un mes.

—Nosotros lo notamos normal —comentó Robby.

—Éléandrine y yo nos sentimos raras con él —dijo Manette convencida —sé que algo anda mal.

Todos volvieron a quedarse callados, habían mandado a Andés a investigarlo, pero no encontró nada.

—No querrás sugerir que… —comenzó a decir Robby.

—¿Suena tan descabellado?.

—Es un obligador —indicó Gabroil —sí, puede que de bajo rango, pero es un obligador, está prohibido hasta para la más alta nobleza asesinarlo.

—No creo que eso le importe a nuestros enemigos —dijo Manette.

—Querida —comenzó a decir Gabroil —cuando te hable de los Kandra, comenzaste a crear medidas de seguridad ridículas, aún cuando te asegure que algo así nunca pasaría con nosotros.

»Además, los Kandras son imposibles de detectar, solo estás paranoica por la

posibilidad de que la información que le otorgaste hubiera sido perjudicial para nosotros.

¿Era paranoica? No sería la primera vez esta semana en la que se inventa una conspiración para justificar su preocupación. ¿Realmente dejarían que un Kandra se hiciera pasar por un obligador?. Según lo que había aprendido, esas criaturas eran capaces de tomar la piel de los muertos y poseerlos, contratados por la nobleza para imitar a quien se lo indicase.

Pero en ese caso, ¿por qué reemplazar a alguien que conocía bien? No solo eso, alguien lo suficientemente importante como para meterte en problemas en caso de ser descubierto. Además, no le contaban secretos a Kastef, en términos generales, con esa posición no podrán encontrar nada lo suficientemente potente como para derrumbarlos.

—Creo que tienen razón, lo mejor será que descanse —dijo finalmente —Pero, que Andés se encargue de la vigilancia general.

—Por supuesto —contestó Gabroil —nos encargaremos de todo.

Andés hizo una señal a los guardias para que abrieran la puerta. Estaba escoltando al Prelado que había llegado a la ciudad hace no más de treinta minutos.

—Es una hermosa mansión —logro escuchar Andés desde encima del carruaje, había decidido que lo más seguro era que él lo condujese.

—Es usted muy amable, mi gracia —contestó Fren, que se encontraba dentro junto al sacerdote.

—Aunque según lo que veo, no parece estar bien fortificada como las demás, ¿no tienen problemas con ataques nocturnos? —pregunto curioso.

—La colina dificulta la construcción de murallas más grandes —explicó Fren —Pero, la altura permite que podamos ver la llegada de cualquier individuo peligroso.

Andés observó con las sombras que creaba su hierro como aquel hombre asentía ante la explicación de Fren. Era vital que este no utilizase su alomancia emocional, no al menos con el prelado, dado que este estaba altamente entrenado para reconocer los tirones y empujones de sus emociones, lo suficiente como para que incluso a Calima se le hiciera imposible engañarlo.

Lo cual era bueno en estas circunstancias, no querían que nadie fuera a ser influenciado por alomantes emocionales de las otras casas.

El carruaje entró en los terrenos de la mansión, atravesando los muros. Esta vez tenían suficientes guardias como para cubrir una fortaleza, pagados esta vez gracias al dinero propio, conseguido por las varias subsidiarias que se encontraban bajo su poder.

Habían devuelto gran parte del Atium a Moigner a cambio de varios favores, aquel hombre no tenía ningún reparo en traicionar a quien fuera con tal de salir beneficiado. Manette detestaba ese tipo de actitud, pero Andés fue capaz de razonar con ella para que acepte devolverle el dinero.

Bajándose del asiento del conductor, Andés se dirigió hacia la puerta del carruaje, abriéndola con un ademán de respeto. El prelado bajo de la carroza junto a su guardia personal, otro obligador en armado con un bastón de duelos, ambos llevando consigo un porte de gracia, mostrado en la forma engreída con la que caminaban.

Las puertas se abrieron ante el sacerdote, quien entró haciendo una pequeña reverencia ante Dan quien se encontraba dentro preparado para recibir al invitado. Este le devolvió la reverencia con un porte perfecto.

—Son ustedes bienvenidos, mi gracia —dijo Dan —Yo soy Dernau Doulin, por favor, acepten nuestra hospitalidad.

—Es aceptada, lord Doulin —contestó el prelado —puedo observar lo aplicados que son vuestros sirvientes, cualidad muy rara en estos últimos tiempos

—Nuestro personal es únicamente de la mejor calidad —contesto Dan, mientras comenzaba a guiar al prelado hacia los pasillos.

Fren acompañó a Andés hacia la entrada, siguiendo al prelado mientras lo guiaban por la mansión, llevándolo hacia una oficina disponible con la cual aquel hombre podrá realizar su papeleo.

El trabajo de los tres era escoltar al invitado, no creían que nada pudiera pasarle, pero el ministerio había insistido en que fuera cubierto a todas horas por los mejores guardias que tuvieran disponibles.

—Aquí está vuestra oficina, mi gracia —dijo Dan, enseñándole una habitación ya preparada para el prelado —ante cualquier pedido, nos encontraremos fuera esperando a sus órdenes.

El sacerdote asintió con una pequeña reverencia, y sin decir palabra, entró a la oficina, acompañado de su ayudante. Una vez cerrada la puerta, Andés observó como este comenzaba a hurgar en toda la habitación en busca de cualquier agujero u objeto sospechoso con el cual podrían atentar contra los intereses de su superior.

Andés sabía de primera mano lo minuciosos que podían ser los obligadores de Luthadel, fue de una manera parecida con la cual habían encontrado y asesinado a su hermana.

El obligador de menor rango no tardó en salir. Ya terminada su revisión de la habitación, ahora le tocaba examinar el resto del lugar. El trabajo de Andés consistía en enseñarle todas rutas y horarios de los guardias, además de indicarle la calidad de las armas, armaduras, cerraduras y de todo lo que estuviera relacionado con la seguridad de la mansión.

Guió en silencio a aquel hombre mientras inspeccionaba casi todo lo que se le cruzaba por el frente, desde todos los posibles puntos ciegos en las rutas, hasta las zonas más débiles de la estructura, todo cubierto casi a la perfección por la organización metódica de Andés.

—Veo que usted tiene una seguridad impecable —comentó el obligador, hablando por primera vez desde que llego a la ciudad —estoy impresionado.

—Sé como meterme en la mente de cualquier intruso, mi gracia —respondió Andés.

—No tiene por qué llamarme así, tome —el obligador tomo una carta de su abrigo, entregándosela a Andés.

—Se la entregaré a lady Manette cuando la vea.

—Es para usted —respondió el obligador.

Andés se detuvo en medio del pasillo, y observó al sacerdote a los ojos. Este le devolvió la mirada, intrigado por la repuesta que le daría.

Abriendo la carta, Andés leyó con detenimiento el contenido, como había esperado, era para él.

—Vuestro amigo me comentó que llegaría antes de lo esperado —dijo el obligador —Estaba a punto de zarpar cuando lo hicimos nosotros, con lo que debería llegar entre hoy y mañana.

—Comprendo… Muchas gracias por notificarme.

El obligador siguió con su camino, ya parecía haberse familiarizado con la distribución de toda la mansión.

Andés lo siguió en silencio, pensando en la carta. Le sorprendió lo rápido que habían respondido al mensaje. Realmente le disgustaba tomar una medida tan drástica, pero ya no le quedaban muchas opciones.

Por ahora, simplemente se limitó a seguir al obligador en su inspección, todavía quedaba mucho que cubrir y debían terminar antes de que comenzase la fiesta.

No parecía estar ocurriendo nada fuera de lo ordinario.

Todos los nobles locales se estaban preparando como era debido para la fiesta, Calima debía encontrar cualquier alianza oculta o de último momento, siguiendo a los mensajeros de las distintas familias, mientras se escondía entre las calles.

Por ahora toda la red de información que habían obtenido no parecía haber cambiado, incluso había comenzado a reconocer a los distintos mensajeros. El de la casa Moigner acababa de salir de la sucursal de la casa Bechel, probablemente hoy mismo intentarán acabar con la banda utilizando alguna medida extrema.

Pero Calima sabía que no era nada de lo que preocuparse, el secreto que habían conseguido era deliberadamente falso, en realidad, habían invitado a algunos testigos, además de tener las herramientas para refutar las pruebas falsas en el lugar.

Frente al prelado, una acusación sin sentido no será la gran cosa, teniendo en cuenta las mentiras que se dicen en la corte de Luthadel, ¿pero desmentirlas de inmediato? Eso les dará un mejor estatus en la corte local.

Calima no tardó en llegar a su próximo objetivo, los Haught. Estos ya se encontraban fuera de su mansión, preparándose para llegar a la fiesta, la cual comenzará en aproximadamente una hora.

La relación que tenían con ellos era neutral, no competían en ninguna industria lo suficientemente relevante como para querer al otro fuera de negocio. Con lo que hoy tenían planeado ofrecerles exportar parte del pescado que ellos consiguen a un precio asequible, dada a la optimización que había conseguido Manette en su pequeña flota de barcos.

Parecía que Manette realmente lo había logrado. No era que Calima dudase del plan, toda la banda estaba capacitada. Pero jamás se había detenido a pensar que realmente habían logrado cambiar sus estatus sociales de skaa, a nobles.

¿Que habría pensado su padre antes esto?, quizá se hubiera enfadado por haberse unido a las personas que habían matado tanto a él como a toda su familia. Ella no podía evitar sentirse mal por ello, con lo que aprovecharía esta oportunidad para ayudar a la mayor cantidad de personas posibles.

No había vuelto a su casa desde el incidente, el recuerdo la seguía atormentando, aunque no tanto como hacía algunos meses. Con lo que le pregunto a Manette si existía alguna manera de llamar a alguien para que limpiase el lugar.

Manette malentendió su petición y cuando lo comento con la banda, la mayoría se dirigió a esa dirección para ordenar el sitio y asegurarse de que Calima fuera propietaria de la casa.

En su momento quiso decirles que ya no quería volver… pero ella no pudo evitar alegrarse de saber que a todos les importaba lo suficiente como para encargarse personalmente de su problema, decidió mejor dejar la casa como estaba.

Después de varios minutos, Calima pudo confirmar que los Haught no mandaron a ningún mensajero repentino, así que comenzó a prepararse para su tarea más importante del día.

A diferencia de la última vez, ahora tenían pagados a varios obligadores, buscadores y ojos de estaño encargados de asegurarse que no existieran interrupciones durante la fiesta. Nadie debería ser capaz de salirse con la suya utilizando alomancia emocional, con lo que ella no debería de ser necesaria vigilando a los invitados.

Lo que a ella le tocaba era rondar lejos del perímetro de la mansión. Era probable que todas las familias enemigas intentaran adelantarse y robar todos los secretos disponibles, además de enviar rápidos mensajes a las sucursales de sus casas con la intención de tomar medidas urgentes en contra de la banda, e intentar frustrar la fiesta. Así que ella se aseguraría de vigilar a cualquier mensajero e intentar retrasar, entorpecer o directamente detener su viaje.

Calima sabía que era probable que no hiciera nada durante todo el día, no era normal que se le permitieran salir a cualquier individuo de la mansión en medio de las negociaciones durante una fiesta. Muchísimos de los contratos ya se encontraban sellados por el ministerio, y era probable que nadie se molestara en siquiera actuar en contra de ellos. Pero seguía siendo uno de los trabajos más importantes, una carta podría derrumbarlos como a un castillo de cartas si era mandada en el momento preciso.

Con lo que empujándose hacia el edificio más alto, cerca de la costa, ella se sentó a esperar, observando con su estaño todo lo que sucedía por fuera de la mansión, tomándose el trabajo con total seriedad.

Capítulo 33

Miedo e ira. ¿Qué tan difícil podía ser manejarlas?.

Dan llevaba practicando su temple desde hacía ya varios años. Había presenciado los peores horrores imaginables por parte de la nobleza desde que tenía memoria. Había sido mandado a matar a sus iguales skaa en innumerables ocasiones cuando estaba en la guarnición y ser obligado a matar a rebeldes que solo buscaban la libertad.

Pero ver a una de esas bestias pedirle la mano a una de sus hijas para bailar causo algo dentro de él que jamás había experimentado en su vida.

¡Mi niña apenas era una adolescente!. Pensó, *¿Y este malnacido se atreve a pedirle a un baile?*.

Dan se vio tentado en bajar su fachada y encasquetarle al idiota un golpe que lo haría rodar por el suelo hasta la salida, pero sabía que eso asustaría a Nia.

Con respecto a las demás… Jil se había quedado comiendo en la mesa, mientras que Paiza estaba en una de las habitaciones de arriba. Lamentablemente, ella no había pasado la prueba de presión, con lo que cabía la posibilidad que rompiera personaje más pronto que tarde. No la culpaba, ya que apenas tenía once y actuar como una persona totalmente distinta era difícil para alguien de su edad.

Traerlas fue… difícil. Desde hacía ya algunos meses él llevaba instruyéndolas en el comportamiento de la nobleza, y Dan había creído que lo tenían totalmente bajo control. Pero el haberlas ubicado en un ambiente tan ajeno a su casa las había aturdido de manera negativa.

Quitando de en medio aquel disgusto, la fiesta parecía ir de maravilla. A diferencia de la última vez, las demás casas cedieron ante el poder que poseían ahora, y comenzaron a negociar y fraternizar como si nunca nada hubiera sucedido. Sabía que Gabroil estaba furioso al respecto, pero ahora mismo el rostro que presentaba al público era uno de indulgencia y afecto.

Sentarse a esperar y vigilar era difícil en su posición. Dan ahora era el primo segundo de Gabroil, y los mejores registros que habían logrado fabricar sin generar sospechas solo lo ubicaban como supervisor, con lo que debía aplicar sus conocimientos militares de manera sutil.

Esta vez el sitio estaba organizado como era debido. La cantidad de personas que cabían en esta habitación, era impresionante, el lugar estaba repleto, y aun así parecía como si no se hubiese llenado ni la mitad.

Todos los nobles de la sala charlaban entre sí, creando aquel ambiente social

con el cual Dan no se encontraba muy cómodo. Como miembro de la rama principal de la casa, su deber era fraternizar con las demás familias, lo que significaba que debía intentar bailar con alguna de las invitadas.

Dan tomo fuerza de su interior, y se levantó de su asiento. Había practicado desde la última vez el cómo hablar con esta gente, solo debía de ser el mismo, pero más engreído. Se dirigió hacia la mesa de los Lountt, ahora mismo eran sus mejores aliados y debían reforzar lo mejor posible sus relaciones en cara al público.

Dan casi salta al ser tomado de la mano de forma tan repentina. Una mujer de una mesa por la cual pasaba se puso en pie, y comenzó a empujarlo de forma sutil hasta la pista de baile.

—Oh, Lord Doulin, acepto su invitación —dijo la dama, con una leve sonrisa.

Dan estuvo a punto de recriminar el arrebato de aquella mujer, pero fue capaz de contenerse y seguirle el juego.

—El placer es todo mío —dijo. En un instante reconoció a los otros invitados de la mesa, eran los Bechel, y esta debía ser la hija del Edlum, Juliel —¿Que trae a una dama como usted al aceptar este baile con un servidor?.

—¿Es usted tímido, Dernau? —preguntó la dama, con un tono curioso.

Dan pensó a toda velocidad. ¿Qué quería decir?, lo más probable era que ella estuviese diciendo algo entre liñas, quizá el que lo hubiese llamado por su nombre tenía algo que ver.

—¿Alguien tímido puede tener tres hijas tan maravillosas? —decidió contestar.

—La verdad es que no —Ddjo Juliel —Veo que usted se encuentra muy orgulloso de ellas, lord Doulin.

—¡Y cómo no estarlo! —exclamó Dan —¡son las damas más bonitas del lugar! —debía acostumbrarse utilizar sus emociones reales, y expresar lo que sentía de verdad, era imposible mantener un personaje falso para el resto de tu vida.

—Con una familia tan fuerte como la vuestra, no cabe duda que crecerán para ser damas excepcionales.

Ambos comenzaron a bailar una vez llegados al centro de la sala. ¿Qué querría decir esta mujer?. Dan observó de reojo a la mesa de los Bechel, Edmun se encontraba allí, junto a su esposa e hijos, y parecía estar enfadado, furioso incluso. El primer instinto de Dan fue suponer porque ahora estaba bailando con su hija, pero al verlo por un momento, entendió que ese no era el caso. La mirada de aquel noble le recordaba la de Gabroil, obligado a trabajar y fraternizar con aquellos a quienes odiaba.

Fuerte como la vuestra…

—Muchas gracias por vuestros elogios, lady Juliel —dijo, entendiendo el

subtexto —pero he de decir que vuestra familia no tiene nada que envidiarle a la nuestra.

—¡Por supuesto! —exclamó la joven —nuestra producción este último año se ha multiplicado, y casi todas las casas de la región nos deben un favor, a excepción de la vuestra claro.

La mujer se había dejado de sutilezas, al parecer, querían proponer una alianza de igualdad entre las dos casas.

—Los rumores de vuestra excelencia eran ciertos entonces —contesto Dan —tendré que hablar con mi primo al respecto.

Las propuestas matrimoniales que le habían propuesto parecían haber subido de categoría. Ahora mismo, Robby se encontraba charlando con una de las hijas de lord Haught.

Al principio aquella mujer parecía reírse sus chistes de manera forzada, pero su máscara no tardó en caer al ser asaltada por comedia de las más fina calidad, causando alguna que otra carcajada genuina por parte de la joven.

Las trampas que había ubicado con la información falsa que sus oponentes robaron resultaron ser un total éxito. Manette no necesito desmentir ninguna acusación, dado que solo al intentar esparcir aquellos rumores resultaron en varias refutaciones por parte de la multitud. Toda debilidad, trato desfavorable y suceso vergonzoso quedaron enterrados por el peso de sus conexiones.

Robby lo sabía todo. Conocía quienes tenían ventaja sobre los demás en la sala, las alianzas secretas, las tensiones graves. Él había ayudado a preparar un libro con toda la información para actualizar a todos los miembros de la banda en el estado social en el que se encontraban.

—¿Están tocando Fed Diem? —pregunto Marena. Habían contratado músicos para acompañar el ambiente de la fiesta.

—El único e inigualable —contesto Robby, abriendo las manoseen dirección a la orquesta que se encontraba al otro extremo del salón.

—¿Sabes siquiera el nombre de esta canción? —preguntó la dama, aguantando su risa.

—¿Yo?, no sé mucho de música —dijo Robby, con una sonrisa —Pero he de decir que cuando leí la biografía de Fed… bueno, supe que debía hacerle justicia —la canción que estaban tocando se llamaba «El semental de Terris», era una canción

famosa por ser increíblemente controversial, además de tener una letra muy poco decorosa —Gracioso, ¿verdad?, lamentablemente no pude convencer a los demás para que consiguieran a alguien para que cantase la letra.

—¡Lord Rodalem! —exclamó la joven entre carcajadas.

—Veo que usted disfruta del arte profundo al igual que yo, lady Marena.

—Oh, deberías conocer a mi hermano —dijo Marena mientras sorbía el vino —Es demasiado serio para el gusto de cualquiera. Siempre me dice cosas como *¡No pongas los codos en la mesa!,* o *¡Una dama debería caminar con más gracia!*. Dios, ¿te lo imaginas?.

—¿Caminar? Si, lo imagino a menudo. Tengo la teoría de que no es tan genial como la gente lo pinta. Digo, he escuchado historias de terror respecto a mesas y dedos pequeños del pie.

Marena escupió parte de su bebida dado a la sorpresa del comentario, observando a Robby con asombro.

—¿No te molesta hablar de eso? —pregunto. Robby sabía que era parte de la cultura noble empequeñecer todos los defectos de uno mismo en cara al público.

—Mi buena dama —dijo, Robby, con un tono grandilocuente —dudo que cualquiera con dos ojos en el rostro sea capaz de perderse la magnitud de esta silla.

—A mi hermano una vez se le infectó el pie y actuó como si no sintiese nada —comentó ella.

—Bobadas, ocultar lo que te avergüenza lo convierte en un arma que puede ser usado en tu contra. Por ejemplo, yo no tengo reparos en contar en cómo termine con carne para emergencias de cintura para abajo.

»Perdí la capacidad de utilizar mis piernas en un largo y feroz combate en contra de los tablones de una escalera, los cuales intente destruir con mi espalda cinco veces seguidas.

Marena comenzó a reír ante el remate. Robby sabía que ella se había acercado solo por interés a hablar con él, pero aquella risa genuina confirmaba que a los nobles se les daba verdaderamente mal el sentido del humor. Era eso o la capacidad de actuar de esta mujer sobrepasaba las de toda la banda.

Robby simplemente se contentó de que por una vez alguien reaccionase a sus chistes de manera tan positiva.

—¿Sabes qué? —dijo Robby, mirando a la dama —Me caíste bien.

—¿Cómo? —preguntó Ella, sorprendida ante el comentario. Incluso se acomodó en su asiento para adoptar nuevamente su fachada, probablemente tenía las órdenes de disuadirlo para que aceptase su mano —Me halaga su comentario, lord Doulin, la verdad es que ambos somos bastante insolentes ante los ojos de nuestros padres.

—Guárdate el canto, no voy a aceptar tu mano —contesto Robby, sirviéndose un poco de vino.

Marena pareció aturdida ante la afirmación directa, probablemente no se esperaba el rechazo directo. Robby acercó la copa hacia ella.

—Yo, eh… no he dicho nada sobre aceptar manos y…

—Tranquila —interrumpió Robby —Te diré que no es a mí a quien deberías estar hablando.

La dama, aun confundida, prestó atención a lo que Robby estaba a punto de decir.

—Nuestra casa ha conseguido un mejor estatus que la vuestra—comenzó a explicar Robby —no, no lo digo por fanfarronería, está en los números, eso nos dejará a nosotros con el poder de exigir mucho más por parte del contrato matrimonial. Sí, estamos amasando una fortuna, y lo más probable es que solo ganemos más dinero en el futuro. Pero el aliarnos con ustedes no significa que aumentaran las ganancias.

»Probablemente, quieren ser los que transporte nuestra mercancía a través del mar hasta la dominación central, pero ya tenemos nuestros propios navíos armados de manera óptima para transportar lo necesario. La única manera en la cual comenzaríamos a utilizar los vuestros sería a un precio extremadamente bajo.

Marena observó a Robby con incredulidad, con una mirada totalmente derrotada. Esta se propuso a levantarse de su asiento, pero Robby se adelantó y la tomo por la manga antes de que se fuera.

—¿Qué? —preguntó ella, frustrada.

—Te dije que me caíste bien —contestó Robby, llevándola de nuevo a su asiento.

—¿Entonces nos darás una mejor oferta?.

—No, mejor aún —Robby ubico su brazo en la mesa y señaló de forma sutil hacia el otro lado de la habitación —¿Ves esa mesa de allí?.

—¿Sí? —Respondió Marena, parecía no entender muy bien lo que estaba sucediendo.

—Ellos son los Profoste —dijo Robby con seriedad —Consiguieron nuevas fábricas hace no mucho debido a unos tratos lucrativos. Probablemente, estén a punto de resurgir. Estoy bastante seguro que tu familia ya ha dejado de recibir aquel incentivo para ignorarlos al completo. Con lo que, al tener un estatus mucho mayor al de ellos, ustedes tendrán todas las cartas para negociar sobre el transporte.

Marena se llevó la mano a la boca, entendiendo todo lo que Robby había dicho. Probablemente estaba racionalizando el cómo todo lo que él acababa de decir tenía sentido. No era muy común que se regalasen estos secretos de forma tan

gratuita, pero Robby sabía tanto de la situación financiera de toda la región que le frustraba no hacer absolutamente nada con esa información. No debería representar ningún problema revelar esto. Entraba dentro de los planes de Manette incentivar la competencia entre las casas.

—Rodalem —dijo Marena, levantándose de su asiento —Eres un amor —ella procedió a volver hacia su mesa, probablemente para discutir esa información con sus familiares.

Un amor ¿eh?. Si su padre lo viera ahora mismo, probablemente lo lanzara nuevamente por las escaleras debido a la envidia.

Todo estaba yendo sorpresivamente bien. Los invitados se encontraban cómodos, y a diferencia de la última vez, dispuestos a conversar y fraternizar con los miembros de la casa.

—Ese espacio extra que dice tener en sus barcos, ¿sería capaz de traer madera desde Austrex? —preguntó lord Felem, deseoso.

—¿De forma gratuita?, imposible —contestó Manette. Se encontraba en su mesa hablando con aquel noble menor, este pareció desilusionarse ante la respuesta —Dígame, ¿usted dejaría que sus mujeres trabajasen gratis, solo porque les sobra tiempo?.

Felem bajó un poco la cabeza. Aquel hombre parecía ser demasiado sumiso para el negocio que manejaba. Era dueño de un burdel cercano a la costa, el cual no podía considerarse de mucho éxito, era un noble de cuna baja, y Manette notaba en sus ojos como este se sentía intimidado al encontrarse en una fiesta de tan alta categoría.

Manette lo había invitado porque, por algún motivo, trataba con respeto a sus trabajadoras. Aun contra todo pronóstico, les daba una buena paga con horas respetables. A ella le resultaba irónico como este hombre cuidaba mejor a sus mujeres que la mayoría de los nobles que se encontraban en esta fiesta.

—Aunque, he escuchado que usted está especialmente informado con respecto a los rumores del populacho —continuó Manette.

—Sí —contestó Felem, un poco confundido —a veces me cuentan lo que sucede por la cabeza de los skaa, y algún que otro hombre borracho.

—Conseguir información gratuita… es usted afortunado, debo decir. Algunas personas pagaron por acceder a testimonios tan valiosos.

—¿Una fortuna dice…? —dijo Felem, un poco esperanzado —Quizá si además de llevar la madera usted…

—Te acabo de dar una oferta —interrumpió Manette —no la tires por la borda.

—Si señora —contestó el noble con rapidez —le diré a las chicas que hablen con ustedes siempre que pregunten.

—Perfecto, supongo que a los marineros no les molestara algún que otro tablón extra en la cubierta.

El noble hizo una reverencia, y se alejó de la mesa.

—¿Está usted segura de tratar con este tipo de persona? —pregunto Kastef, quien se encontraba cerca lo suficientemente cerca de su mesa como para escuchar la conversación.

—¿Por qué pregunta? —contestó Maentte.

—Solo curiosidad, mi señora.

—Si le preocupa mi reputación, le aseguro que ningún trato oficial será firmado.

—Comprendo… —respondió Kastef. Manette intentaba descubrir si el obligador era en realidad un kandra, una de aquellas criaturas de las cuales le habían hablado hacía algunos años. Los demás seguían insistiendo que era demasiado paranoica, pero Calima juraba que algo raro había cambiado en Kastef.

Al acabar la pieza musical, un hombre se levantó de su asiento, y camino firme hacia una de las esquinas, era Felinans Moigner, se dirigía hacia la mesa de los Bechel, la hija mayor ahora mismo se encontraba bailando con Dan.

Manette se levantó, y comenzó a caminar hacia aquella dirección. Debía imponer su autoridad ante sus invitados, demostrarles que no saldrían impunes de hacer negocios en su contra estando frente a sus narices.

—Lady Doulin… —dijo Edlum al verla —Veo que hemos llamado vuestra atención.

—Por supuesto —contestó Manette cordialmente —estoy segura de que los jefes de dos casas sumamente importantes tienen un millar de cosas interesantes que decir.

—Charla de hombres —dijo Felinans —Aunque dada la actitud de vuestro marido, no me sorprende que hayas sido tú quien sé ha presentado. No se confunda, yo no osó hacer ningún comentario indecoroso, pero he escuchado que él tiene problemas a la hora de… actuar. Quizá a usted le interese rebatir aquel rumor

Oh, no tienes ni idea de lo mucho que te equivocas.

—Siento decirle que nuestra vida íntima es saludable a diferencia de la vuestra

con su esposa —contestó Manette con rapidez —Hemos obtenido unas hierbas que quizá puedan ayudarle en su «actuación». Aunque quizá no les convenga, el «teatro» puede ser muy peligroso para las personas de vuestra edad.

Edlum tocio una leve risa ante el comentario.

—Mi esposa y yo ya crecimos delante de esas trivialidades —replicó Felinans —Además, es importante no estar distraído durante la noche, nunca sabes quién podría llegar. Ella no ha parado de despertarse a mitad de la noche desde aquel «incidente».

Algunos invitados en las mesas cercanas, los más versados en la política local para ser más específicos, dejaron de hablar, y comenzaron a prestar atención a la conversación que estaban teniendo.

Hacía algunos meses, Manette se las había arreglado para apretar a Moigner, obligándolo a transportar parte de la mercancía que no entraba en los barcos que poseían. Pero aquel contrato había sido disuelto. En su lugar, Manette devolvió el atium a Felinans a cambio de una flota de barcos numerosa. Ahora mismo, ambos se encontraban al mismo nivel en lo que respectaba el transporte de mercancías por mar.

—Oh, pero he escuchado que las noches han estado muy tranquilas estos últimos meses —respondió Manette —Quizá podrías decirle a tu esposa que puede tranquilizarse un poco.

—Muy conveniente, ¿verdad? —contestó Felinans— Ustedes comienzan a ser relevantes y repentinamente todos volvemos a dormir tranquilos.

—Ya disfrutaría tener esa suerte —replicó Manette —mis guardias no han parado de trabajar estos meses. ¿Sabía usted que se puede atrapar a un brazo de peltre con una red y tres soldados?. He escuchado que eso hace el matarlo una tarea extremadamente fácil.

Felinans apretó los dientes con fuerza. Manette estaba hablando de su primo, el cual habían atrapado intentando escabullirse hacía dos semanas. Lograron intercambiarlo por otro barco extra.

Las personas de alrededor estaban observando la conversación con cuidado. Era importante derrotar a Moigner en frente de todos si quería asegurarse de que nadie volviese a conspirar junto a él en su contra.

—Dos nacidos de la bruma hacen fácil cualquier tarea, querida —respondió Moigner —Lástima que ya no los tienes.

Los presentes aguantaron la respiración al escuchar aquella afirmación. Andés y Calima eran quienes mayoritariamente alejaban a las demás casas de intentar algo drástico como unirse nuevamente para destruirlos.

—Fuertes declaraciones para alguien que no posee ninguno —continuo

Manette —Y no, a diferencia de los demás nacidos de la bruma, estos no se irán pronto para la dominación central.

—Eso no es lo que nuestro amigo aquí puede atestiguar, ¿verdad? —contestó Felinans, mirando a Edlum. Este lo observó de vuelta, con un poco de confusión.

—Sin acusar a nadie —dijo con seriedad —puedo decir que hemos herido a un solo intruso.

Felinans abrió los ojos con sorpresa, al parecer la desinformación que había plantado hacía algunas semanas resultó ser de utilidad. Lo único que necesito hacer fue asegurarse de que nadie de su círculo corroborase esa información para hacerlo quedar en ridículo.

—Una verdadera tragedia —comentó Manette con rapidez —Que un hombre tan mayor se pierda al contar del uno al dos… comienzo a preocuparme por vuestra salud, lord Felinans.

Moigner se sonrojó ante el comentario. Echó una sutil mirada hacia una de las mesas y volvió a voltearse hacia Manette.

—Es preocupante la falta de respeto que usted tiene tanto a sus mayores, como a sus iguales, lady Doulin —dijo con confianza y tranquilidad —Me preocupa el trato que le dará a sus socios de negocios.

Manette se sintió ofendida ante el comentario, esta gente era la primera en tirarte por un acantilado si les servía para enriquecer sus bolsillos. Eran unas sanguijuelas que… *Maldito*.

—Veo que después de todo lo dicho, usted ha sido capaz de recuperar el humor —dijo Manette, forzándose a mantener la compostura —Haría alguna broma con respecto a la demencia, pero algo como eso estaría por debajo de mi categoría. ¿Por qué no mejor remendamos esta desagradable discusión con un buen pastel de calabaza?.

Al cabo de un momento de decir eso, Manette sintió como sus emociones comenzaban a estabilizarse, Mencionar la calabaza era una señal para Fren que indicaba que alguien estaba utilizando alomancia emocional.

—¿Cambiando de tema, Doulin? —dijo Moigner, como si acabase de tomar la ventaja —No creo que ninguno de los presentes entienda lo dispuesta que se encuentra usted en apuñalarlos por la espalda.

—¿Alguien te roba una vez y te largas a llorar? —contestó Manette con actitud —Retiro lo de vuestra vejez, obviamente usted tiene la mentalidad de un niño de doce años.

—Vaya barbarie de mujer —dijo Felinans, mirando hacia la multitud —Yo no recuerdo haberla insultado en ningún momento para recibir semejante ataque.

—Oh, cierto —respondió Manette —Se me olvidaba que apuñalar por la

espalda para usted no era un insulto, sino un halago. En tal caso me disculpo, y le informo que no soy digna de aquellas palabras, dado que es sabido que yo cuido de mis aliados.

—A usted no se le puede confiar ni el pan —recrimino Felinans, bastante enfadado —Me intriga saber el porqué los presentes no son capaces de verlo.

Manette miró un instante hacia Fren, el cual asintió.

—Quizá los demás saben que yo no necesito manipularlos con alománcia, tal y como está haciendo usted ahora —dijo Manette —Vamos, Moigner, ¿Realmente creías que nadie se daría cuenta?. Y yo aquí pensando que los viejos sabían cómo jugar a este juego con una mano experta.

Los presentes en la sala parecieron darse cuenta de la leve manipulación emocional que estaban sufriendo por parte de alguien de la familia Moigner.

Felinans se propuso a replicar, pero fue interrumpido por el ayudante del prelado, llevándose a la fuerza a uno de los invitados. Al parecer este estaba sospechando sobre la manipulación, y decidió tomar cartas en el asunto. Era ilegal empujar y tirar de las emociones de los altos cargos del ministerio, quienquiera que fuese ese encendedor, esta ofensa le saldrá cara.

Tras la avivada discusión, Edlum observó un momento hacia su hija, la cual se encontraba a un lado de Dan, y esta asintió, como si ambos entendiesen lo sucedido.

—Es cierto, Felinans —dijo Bechel —Lamentablemente eres menos sutil que un kolos, al parecer los años por fin te han alcanzado.

—¡Son unos idiotas! —grito Falinans, explotando de la ira ante aquella traición —¿No ven lo que está sucediendo?, ¡Jugará con todos y cada uno de ustedes!.

—No tengo interés en jugar juegos, lord Moigner, me interesan las ganancias, y una guerra de casas solo trae pérdidas para todos los involucrados.

Aquel hombre pareció estar a punto de replicar, pero contuvo sus palabras y simplemente se acercó hacia su mesa, tomó su abrigo y comenzó a dirigirse hacia la salida. Manette no pudo evitar sentir pena por los skaa que ese desgraciado iba a golpear solo por despecho.

Y como si no hubiese sucedido nada, todo el mundo en la fiesta volvió a sus respectivas charlas y bailes. Fingiendo como si nunca hubiesen estado en su contra, felices de haber asistido a una fiesta de una familia de tan alta categoría.

¿Ya está?. Se preguntó Manette mientras volvía hacia su mesa. Todos los presentes parecían contentos, dispuestos a olvidar las rencillas pasadas a favor del beneficio mutuo en el futuro. ¿Cómo podían cambiar de bando con esta facilidad?, en el fondo, Manette sabía que ella podría haber conspirado junto a las demás casas para borrar a los Moigner del mapa, tal como habían hecho con los Doulin, pero Gabroil no la hubiese perdonado por eso.

En cualquier caso, Las amenazas directas parecían haber cesado, ya nada se interpondrá directamente en su camino.

Capítulo 34

La noche por fin estaba por llegar.

Calima no había ocurrido nada especial en su vigilancia, nadie intentó hacer nada agresivo en contra de la banda, y la ausencia del nacido de la bruma le hacía pensar que quizá se habían decantado por solo derrotarlos en lo económico.

El ambiente era sereno, el sonido del mar y el viento daban una bonita sensación a la vista desde el edificio en el que se encontraba. Ojalá hubiese descubierto el mar desde mucho más joven, quizá se hubiese animado en sentarse en la playa… excepto que era una skaa, de haber ido antes de hace un año, era probable que la hubiesen asesinado por cualquier motivo. Calima no pudo evitar sentirse mal con respecto a olvidarse por unos momentos de donde provenía.

Ella se paró, y sacudió un poco la ceniza, para luego de un salto, entrar en la ventana de debajo. Era uno de los escondites de Andés, se lo había enseñado para que pudiese cambiarse la capa de bruma sin tener que volver a la mansión.

Seguía emocionándose siempre que usaba la capa. Sabía que se le daban mejor los disfraces y la actuación, tenía un talento natural para aquello, ¿pero en la alomancia?, el ver cómo había mejorado desde la torpeza absoluta solo aumentaban sus ganas de seguir.

Una vez vestida, se aseguró de tener todo encima, y salió hacia fuera por la ventana abierta. Aun después de casi un año, seguía teniendo problemas para orientarse. Solo podía agradecer de que el mar no se moviese de sitio, le ayudaba a visualizar siempre en donde se encontraba la mansión.

Calima no tardó en sentir un pulso en dirección a la Mansión. Decidió encender su bronce un poco y caminar hasta que… otro pulso, y otro. Varias personas parecían estar quemando metales en aquella dirección. Algo parecía estar sucediendo.

Al momento de saltar para ver lo que estaba sucediendo, una hondonada de monedas se lanzó hacia ella en un parpadeo.

—¿Es usted consciente de lo grave de esa acusación, joven? —dijo el prelado, con un tono condenatorio.

—Escondí carne podrida en una de sus comidas hace unos días —respondió

Andés —no sólo no ha muerto, sino que además no pareció darse cuenta. Se lo digo porque quizá a usted le interese saber que un miembro del ministerio fue remplazado por un kandra.

El hombre retrocede en su asiento, observando hacia un costado.

—Indagaré en ello —dijo el Prelado —Si está diciendo la verdad, se lo agradecere.

Andés hizo una pequeña reverencia y salió de la habitación. Seguía enfadándole tratar con tanta cercanía a alguien del ministerio, pero debía dejar su venganza personal para otro momento.

Mientras caminaba por los pasillos, pensó en cómo podría ganarse el favor total del prelado. Hasta ahora este parecía estar impresionado con el trato que le habían dado, y si mañana jugaba bien sus cartas, quizá podría darle a Manette la oportunidad de hacerse con la ciudad entera.

Le molestaba tener que hacer aquel movimiento, pero dada las circunstancias, apenas tenían opción.

Su preocupación fue interrumpida al observar una masa azul aparecer repentinamente en una de las ventanas, y entrando con rapidez a la mansión. Sin esperar ni un momento, Andés corrió hacia aquella dirección.

—¡Ayuda! —gritó una voz, entrando en la sala con los invitados.

Manette se giró para ver la procedencia del ruido. Dos hombres entraron en la Habitación, uno de ellos vestido con una capa de bruma. Ambos llevaban a Andés del hombro, parecía estar golpeado.

¿Quiénes eran?, no reconoció a ninguno…

—Se acabó la fiesta —dijo Manette, mirando la escena.

—¿Disculpe? —pregunto Kastef —¿Qué quiere…?.

—¡Se acabó la fiesta! —grito Manette —Saca a los invitados de aquí.

Kastef asintió y comenzó a movilizarse. Varios de los invitados que habían escuchado el grito de Maentte comenzaron a retirarse de la sala, como si estuviesen esperando que esto sucediese. Mientras que los demás comenzaban a ser escoltados por algunos de los guardias.

Los ojos curiosos al pasar registraban la escena en busca de cualquier chisme

jugoso para el futuro. Algunos incluso forcejeaban para quedarse a ver, pero eran rápidamente disuadidos por los empujones de los guardias.

En menos de un minuto, el salón había quedado vacío. Al parecer, la mayoría de los presentes eran lo suficientemente inteligentes como para intentar evitar un conflicto entre alomanticos. No podía culparlos por ello, se llevaba rumoreando que hoy alguien intentaría un movimiento feroz contra la casa.

Luego de asegurar la zona, ambos hombres lanzaron a Andés al suelo, como si de un saco de basura se tratase.

—Al final el desgraciado no era un nacido de la bruma —dijo el que no llevaba capa de bruma —De nada por sacar a todos los invitados.

Los dos parecían compartir estatura. Aquel que llevaba ropa elegante cumplía la descripción que le había dado Calima. Probablemente se trataba de los hermanos Lekal.

—Son ustedes —dijo Manette.

—Shhh, un momento —dijo aquel hombre, observando a los alrededores levantando una mano —creo que todavía tienen gente que no les gustaría conocer vuestro secreto. Dan, ¿podrías hacernos el favor de sacar al resto de los skaa?.

Los miembros de la banda parecieron darse cuenta de las implicaciones de sus palabras. Hef desenfundo su espada y se agachó un poco, haciendo señas a los demás guardias para que se preparasen.

Las armas de todos los presentes fueron arrebatadas por un poderoso tirón de hierro, haciendo caer a algunos de los guardias al suelo.

—¡Ya basta! —grito Manette.

Dan se apresuró en tomar una de las sillas que no contenían metal. Pero fue interrumpido por una oleada de monedas, las cuales lo golpearon en el brazo, apartándolo del camino.

—¡Dije que ya basta! —volvió a gritar Manette —¡Dan, Hef!, ¡Quédense quietos!.

Ambos soldados parecieron paralizarse ante la orden, probablemente debido a la alomancia emocional de su enemigo. Dan tomó la fuerza, y se forzó a moverse hacia los soldados y sirvientes.

—Tienen un encendedor entre ustedes, ¿verdad? —preguntó aquel hombre —No me respondan. Fren, te pediré un favor, necesitaré que enciendas la calma de todos, si no…, puede que tengamos una masacre.

Fren abrió los ojos al ver que fue llamado por su nombre, y bajó la cabeza, comenzando a encender la calma de Manette y la de todos los presentes, mientras se acercaba a los soldados y sirvientes para retirarlos de la sala.

Aquel hombre tomó un asiento y lo llevó hasta el centro de la sala. Sonriendo

de tal manera que denotaba su control sobre la situación.

—¿Por qué ahora? —pregunto Robby, que todavía se encontraba sentado en una de las mesas.

—Primer, efecto dramático —dijo Lekal mientras se sentaba —Segundo, intimidación, y tercero, necesitábamos que su dichosa nacida de la bruma se encontrase lejos. Sabíamos que podíamos con los dos a la vez, pero no queríamos tentar la suerte sabiendo que la mayoría de ustedes también sabe como pelear.

»Para ser sincero, me hubiera gustado probar cuanto tiempo me tardaría en matarlos. Pero como ya explicaré, tampoco es que podamos permitirnos matarlos de inmediato.

Ahora que se encontraba calmada, la cabeza de Manette comenzó a funcionar. Hasta ahora Andés y Calima siempre se encontraban juntos. Había tenido razón al suponer que esos dos eran parte del porqué el nacido de la bruma no atacaba, pero parecía no ser la única razón.

—No pueden matarnos —dijo Manette, desafiante —si lo hacen, la región entera…

—Si sí, no negociarán con nosotros, nos complicaran el transporte de mercancía, los trabajadores serán más vagos —replicó Lekal con rapidez —Vamos, ¿por qué crees que no hicimos nada hasta ahora?.

—¿Por qué están aquí entonces? —Los interrogó Gabroil.

—Queremos la dichosa mina —respondió Lekal.

—Están aquí… ¿Para negociar?.

—Oh cielos, no —contesto Lekal —no habrá negociación, vamos a llevarnos a Manette y a otro voluntario a Luthadel para que sean torturados por los inquisidores y confesar vuestra identidad como skaa.

»Llenaré el silencio de vuestra sorpresa diciéndoles que estamos siendo especialmente considerados. Digo, a los demás los dejaremos aquí para que puedan amasar una pequeña fortuna antes de escapar.

Silencio otra vez. Todos los miembros de la banda se encontraban presentes, viendo a aquel hombre como si de lord legislador se tratase. Todos estos meses Manette había supuesto que estos hombres eran unos brutos, se preparó para cualquier tipo de ataque físico. Pero en su lugar habían decidido tomar un enfoque calculador.

—No tienen pruebas de nada —dijo Sall —No hay manera que el ministerio…

En un instante, él fue sofocado por una mirada de desesperación. El nacido de la bruma estaba utilizando su alomancia emocional sin ningún ápice de sutilidad, arrebatándole la fuerza para hablar.

—No importa que podamos probar algo o no —dijo Lekal —Fueron

inteligentes, nos cerraron las puertas en varias direcciones, logrando evadir nuestro cuchillo por varios meses, pero siguen siendo skaa.

»Es probable que no lo sepan, pero el ministerio de esta ciudad y el de la dominación central se encuentran en un leve conflicto. No se mortifiquen por no saberlo, es un secreto a puertas cerradas y no es un pleito extremadamente grave, pero sí lo suficiente como para convencer al prelado que tienen en la mansión que algo estaba mal, ayudándonos a mover algunos hilos. Yo que ustedes agradecerían esta bondadosa oferta y me limitaría a volver a los bajos fondos a estafar a los de vuestra calaña.

La oferta de bondadosa no tenía nada. Su plan era probablemente dejar al resto de la banda viva en caso de que a quien fuera que llevasen muriesen a mitad de camino. No podían permitirse eliminarlos a todos sin confirmar sus identidades como skaa, aquello dejaría la mina en manos del ministerio local.

Querían darles falsa esperanza. Si actuaba con amabilidad, como si estuviesen regalando una probabilidad de victoria, haría improbable que el resto de la banda escapase.

—Yo voy —dijo Robby, acercándose con su silla de ruedas.

—¡No! —grito Gaboril —¡Nadie irá a ninguna parte!. ¿Quieren la mina? ¡Se las daremos!, estábamos preparados para regalarla igualmente.

—¡Ja!, ¿y a ti porque te interesa?, yo veo esto como una salida para ti —dijo Lekal, este observo hacía Manette con una sonrisa —Te pico el afecto skaa, ¿eh?, sí, a mí me ha pasado algunas veces, por eso tienes que rajarles el cuello después de saborearlas.

Gabroil desenfundo su espada y se interpuso entre Manette y aquellos hombres.

—Si te acercas, te mato —dijo, mirándolo a los ojos.

En un instante, la espada de Gabroil se separó de sus manos, volando hasta la del nacido de la bruma, el cual la clavó en el suelo al momento de atraparla.

—Me gusta tu entusiasmo —dijo Lekal —Pero por muy comprensivos que seamos, no dejaremos que un grupo de skaa se hagan pasar por uno de los nuestros.

»Íbamos a matar a algunos de ustedes antes de descubrir que este hijo de perra solo estaba fingiendo —dijo mientras pateaba a Andés —y al ver que la otra todavía no ha llegado, puedo ver que los hemos sobreestimado demasiado.

—Te lo dije —dijo el nacido de la bruma.

Manette se levantó de su asiento, no tenían más opción. Gabroil no objeto, parecía encontrarse paralizado del miedo, ella sabía que probablemente se debía a la alomancia de su enemigo, pero lo mejor era no decir nada.

Lekal caminó hasta la silla de Robby y comenzó a empujarla.

—Deja al chico, yo iré —dijo Dan.

—Dan…

—Shhh —dijo Lekal —Déjame decirle. Probablemente, el pobre ya se siente frustrado por no ser de ayuda, ¿verdad?. Además, él argumentará que será mucho más difícil que escape, ya que está en silla de ruedas.

Robby cerro la boca y bajó la cabeza, indicando que aquel hombre lo había leído al completo.

—Deja que el chico sea un héroe —dijo Lekal.

—¡Pero si es un niño! —grito Dan —¡Yo ya estoy viejo!.

—Treinta y dos no es viejo, Dan —respondió Lekal —Además, tú tienes tres niñas, ¿verdad?.

Dan abrió los ojos, como si acabasen de apuñalarle en el estómago. Se quedó callado, quieto en su sitio, bajando la cabeza en respuesta. Robby pareció preparado para soltar algún comentario, pero decidió mejor dejarlo estar.

Manette comenzó a caminar hacia ambos intrusos. Pero fue tomada del brazo por Gabroil, quien se aferró a ella con fuerza.

—Esto está sucediendo demasiado rápido —dijo, como una súplica —Tiene que haber una manera…

—Sabemos de tu situación, Doulin —dijo Lekal —coopera y quizá te dejen vivir. Puedes decir que te secuestraron o algo por el estilo.

Manette observó como la ira de Gabroil estaba siendo aplacada. Este se encontraba temblando, incapaz de hablar mientras ella caminaba hacia sus captores.

Gabroil tenía razón en algo, todo estaba sucediendo, demasiado rápido. Manettte conocía muy bien aquel truco, lo había utilizado miles de veces. Llegan interrumpiendo la fiesta, y crean una emergencia, la cual debe ser solucionada lo más rápido posible. Entregan una «salida fácil», y con ayuda de alomancia emocional, consiguen lo que quieren en cuestión de segundos. Haciéndoles pensar a sus víctimas que habían salido de una situación imposible de forma barata.

Ella tenía tanto que podía argumentar, Mil ideas para intentar escapar de esta situación, trucos, contactos, sorpresas. Pero en ninguna de ellas era capaz de visualizar una manera de derrotar al nacido de la bruma sin que ninguno de sus compañeros muriesen.

Junto a Robby, los cuatro salieron de la habitación. Ninguno se molestó en retenerla, o atarla, ¿y por qué hacerlo?, la más mínima resistencia significaría la muerte. Simplemente caminaron hacia el exterior, donde algunos de los invitados que todavía no se habían ido observaban curiosos. No eran demasiados, dado que la noche ya había llegado y quedarse afuera durante las brumas podría no ser una experiencia divertida.

—Yo iré por la niña —dijo el nacido de la bruma —Tú llévalos al barco.

—¿Por qué yo? —respondió Lekal.

—Porque tú ya te has divertido —recrimino el hermano —Como acordamos, no interrumpí tus discursos.

—Es justo —Confesó Lekal —recuerda no matarla, la necesitaremos como moneda para los inquisidores.

—¡Esperen!, ¡Ella es noble! —Mintió Manette —Un skaa no puede ser nacido de la bruma.

—Y la verdad, no nos importa —respondió Lekal —Si este no come algo de vez en cuando, se vuelve histérico. Reza con que realmente me haga caso y la traiga con vida.

—No soy un puto perro —respondió aquel hombre, el cual inmediatamente se fue con un empujón de acero hacia la ciudad.

—Nos vemos en la ciudad de al lado —dijo Lekal, quien prosiguió empujando la silla.

Robby observó a Manette con una mirada desesperada. *¿Qué haría?*. Entendía ese sentimiento, ahora que el nacido de la bruma se había ido, quizá podría intentar volver o planificar algo. ¿Pero para qué?.

Lekal tenía razón, se las habían jugado. Podrían quizá encargarse de este tipo, pero cualquiera que fuese el resultado, aquel nacido de la bruma volvería y quizá los mataría a todos en venganza. Su única opción viable ahora, era asegurar la supervivencia de sus amigos, aunque sea por unas semanas.

Capítulo 35

Llevaba cuarenta minutos escapando de estas personas. Lo difícil no era ocultarse, si ella quisiera, podría haber desaparecido por completo hasta la mañana siguiente. El problema era que tenían rodeada la colina hacia la mansión, y quizá sus compañeros se encontraban en peligro.

Siempre que intentaba acercarse hacia uno de los lados, un ojo de estaño avisaba sobre su posición, enviando a los lanza monedas a por ella, arruinando sus anclajes.

Uno de los brumosos se separó del grupo para buscarla. Calima no era ninguna combatiente experta, pero era capaz de reconocer un intento de emboscada cuando lo veía, con lo que no se acercó.

Debía idear una manera de repeler a esta gente lo antes posible, no sabía cuánto podría durar Andés en contra de quienquiera que hubiese entrado en la fiesta. ¿Pero cómo hacerlo?, matar estaba fuera de la discusión, incapacitar… quizá podría romper alguna pierna, pero hacerlo con todos le llevaría horas, y no disponía de ese tiempo, ¿negociar?, quizá con el enfoque adecuado podría lograr algo.

En un momento, varios de los pulsos alománticos desaparecieron, probablemente se debía a que un ahumador pasó en la cercanía. Calima se asomó por el borde del edificio en el que estaba y avivó su estaño, quizá con eso sería capaz de ver lo que estaba sucediendo.

—…Señor, sigue escapando siempre que se acerca, y no ha picado ninguna de las trampas.

—Cuantos muertos —exigió saber una voz. Al observar con atención, Calima reconoció la capa, probablemente se trataba del nacido de la bruma.

—Ninguno señor… —respondió el hombre a su lado. Calima observó como este recibió un golpe en la cara que lo obligó a tambalearse varios metros.

—Inútiles —dijo —Preparen el carro.

De repente, el hombre lanzó una moneda al suelo y comenzó a elevarse a toda velocidad hacia donde ella se encontraba. Calima reaccionó, comenzando a quemar su cobre, pero ya era tarde, aquel hombre la había visto.

Ella se atrajo a los edificios cercanos, comenzando a huir con la esperanza de realizar algún esquinazo para perder a su perseguidor, pero este no tardó en encontrarse a pocos metros de distancia.

¡Es rápido!. Se maldijo Calima, tenía sentido, este parecía ser un nacido de la bruma altamente entrenado.

Calima intentó descender a toda velocidad, y empujarse únicamente de

manera horizontal, pero fue detenida por un tirón a todas sus pertenencias. Como había practicado, desabrocho el broche, dejando su mochila salir.

Se empujó con todas sus fuerzas hacia el otro extremo de la ciudad, intentando ganar toda la velocidad posible, pero había perdido la suficiente inercia como para ser alcanzada por su perseguidor, el cual la tomó del tobillo y comenzó a tirar hacia el lado contrario.

Calima intentó empujarse fuera de su agarre, pero el nacido de la bruma se ancló a los edificios mientras tomaba su cintura, empujándola hacia el suelo. Este hizo un agarre al cuello y comenzó a empujar hacia la dirección en la que se encontraban sus aliados. Calima sentía como estaba partiéndose a la mitad al intentar empujándose hacia el lado opuesto, lo que la obligó a ceder.

Fue arrastrada por el aire hasta lo que pudo divisar como un carro que parecía utilizarse como jaula. Al parecer los jinetes habían seguido la persecución, acompañándolos hasta el centro de la ciudad. Ella intentó nuevamente empujarse, usando los clavos y las herraduras de este, pero fue nuevamente inútil. La persona que la estaba llevando no solo era más fuerte, sino que parecía saber cómo tratar con un lanza monedas.

Este la soltó, tomando uno de sus brazos, pero al volver a intentar empujarse hacia fuera, Calima volvió a ceder al sentir como terminaría arrancándose el brazo si seguía empujando, dejando que aquel hombre la encadenase a la pared del carro.

Uno de los secuaces observó hacia dentro, curioso.

—¿Esto nos estaba causando problemas? —dijo —Creí que solo esperaba el momento justo para atacar.

—Como hay brumosos talentosos —dijo el nacido de la bruma —hay otros que son lo opuesto.

Este bajó del carro, y cerró la puerta a su paso.

Andés se levantó del suelo, aquellos hombres parecían haberse ido.

Todos se encontraban callados, ¿y qué podrían decir?, en unos pocos minutos perdieron todo por lo que habían trabajado estos últimos años.

—Tú… —dijo Dan, observandolo.

—Solo me golpearon un poco —dijo Andés —Vi que no me querían muerto, con lo que me deje vencer.

—Pues mira para qué nos sirvió —dijo Sall.

—Al menos logró algo —dijo Hef —La mitad nos quedamos callados.

Andés comenzó a caminar hacia la salida.

—Eh, ¿a dónde vas? —preguntó Diven.

—A prepárame.

—¿Para qué?.

—Pelear.

Los demás lo observaron, incrédulos.

—¿Te volviste loco?.

—No, los volvieron locos a ustedes —respondió Andés. Los presentes lo miraron, en el fondo parecían comprender lo que quería decir —De habernos confrontado directamente, cabía la posibilidad de que fueran derrotados solo con llamar a los soldados.

—… Sí, creo que tienes razón —dijo Dan —¿por qué mierda no peleamos?.

—¡Esos malnacidos! —grito Gabroil, que se levantó, superando el shock de la situación —¡Desgraciados! ¡Se llevaron a Manette y a Robby!.

Todos los presentes comenzaban a racionalizar lo sucedido. Ellos no eran unos cobardes, simplemente les habían estafado.

—¿Por qué cedi tan rápido? —preguntó Fren.

—Eran dos —contestó Andés —Tenían la fuerza para doblegar a cualquiera.

—Pero debí ser capaz de combatir su alomancia emocional —respondió.

—Como dije, eran dos —Andés no medio más palabra y retomo su camino hacia el exterior de la sala. Los demás habían retomado los ánimos y lo siguieron.

Los ánimos estaban regresando. Al caminar con decisión, Andés sintió como la energía de sus compañeros estaba volvía a su estado regular. No estaban tan acostumbrados a ser ellos los manipulados emocionalmente.

—Yo haré control de daño —dijo Mern.

—Yo te acompaño —dijo Alfure —Me matarán si descubren que me guarde vuestro secreto, y no tengo las ganas de huir al norte.

—¿Lo sabías? —preguntó Hef.

—Ningún noble en su sano juicio compra a un terrisano con reputación de rebelde —contesto Alfure —Por lo demás… diré que soy un poco más figón de lo que un terrisano tiene permitido ser.

Mern y Alfure cambiaron rumbo, probablemente en dirección a los sirvientes y guardias para inventarse alguna historia improvisada.

—¿Dos? —pregunto Pit, prosiguiendo con la conversación —¿el otro era encendedor?.

—No, eran dos nacidos de la bruma —respondió Andés, subiendo las escaleras.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto Hef.

—… Me llego una carta hace no mucho, ellos deberían ser Benelend y Daleneld Lekal, gemelos, ambos nacidos de la bruma.

—Perfecto —respondió Gabroil, parecía haber recuperado sus energías —¿Y pretendes enfrentarte a dos nacidos de la bruma?.

—En realidad —dijo Dan —Logre escuchar que uno se dirige a buscar a Calima, el otro debería estar llevando a Manette y Robby al barco. Dijo algo sobre encontrarse en la ciudad de al lado.

»Mierda, tiene sentido, intentan irse antes de que nos arrepintamos, incluso ahora nos tienen separados.

—Ustedes se encargarán de aquel en el barco —dijo Andés, abriendo la puerta de su habitación.

—Por supuesto, ¿qué puede salir mal? —contestó Gabroil, éste se marchó junto a Hef, Donny y Diven, escaleras abajo a buscar el equipamiento mata brumosos.

Andés camino hasta su armario, el cual abrió con un tirón de hierro. De allí, abrió un cajón oculto, tomando una bolsa de dentro.

—Fren —dijo Andés, tomando algo de la bolsa y lanzándolo. Era un casco de Aluminio —Esto debería evitar que te afecte la alomancia emocional.

Fren ubico el casco en su cabeza de inmediato, y se marchó por la puerta a prepararse junto a los demás.

Andés tomo dos perlas de atium de su bolsa, y le entregó la más grande a Dan.

—¿Por qué me das esto? —pregunto.

—Está envenenada —respondió Andés —En el peor de los casos, puede que les dé una oportunidad.

Dan asintió y se marchó.

Andés agarró varias bolsas con canicas de hierro, las cuales comenzó a tragarse inmediatamente, De la bolsa, tomó la daga de alumino que había mandado a hacer para impresionar a los bajos fondos, y se la guardó entre la ropa, además, se equipó con dos brazales de madera en cada brazo, su pechera no será suficiente esta vez, y sin esperar otro segundo, comenzó a caminar hasta la ventana, abriéndola y ubicando un pie en el borde de esta.

Pit se acercó, tenía una de las canicas que se habían caído al suelo en la mano, y en la otra, su capa de bruma. Andés tomó la capa sin decir palabra, y se concentró en su interior, avivando su metal con todas sus fuerzas.

La ciudad estaba lejos, cualquiera le diría estúpido si intentase ver las líneas

alomanticas desde donde estaba, pero estos últimos meses algo había cambiado en su forma de tirar, y a veces podía sentir como si fuera capaz de alcanzar aún más lejos.

Como un tenue hilo, casi indivisible, Andés noto como de su pecho una línea azul viajaba hacia la lejanía, atravesando la espesa bruma. Mientras ataba su capa, diviso el lugar en el que debía encontrarse el edificio más cercano, y comenzó a tirar.

Andés se encontró siendo atraído hacia aquella dirección, obligándolo a avivar aún más su hierro si no quería caer al suelo. Comenzó a tirar de todos los anclajes que había dejado colina abajo, las monedas que utilizó en su momento para navegar antes de poder vislumbrar el contorno azulado de las cosas, y estas comenzaron a seguirlo mientras viajaba hasta la ciudad.

Lekal ya había zarpado para cuando habían llegado, lo que los obligó a robar lo primero que encontraron para alcanzarlos.

Dan y los demás se encontraban repartidos en dos pequeños botes en dirección hacia el barco. Llevaban puestos su equipamiento mata brumosos, bastones de duelo, flechas con pedernal, escudos y armaduras de cuero con placas de madera, ni un solo trozo de metal encima.

A excepción de Dan, que llevaba la perla que le había dado Andés en un pequeño recoveco improvisado en el pecho entre el cuero y la madera. Sabía que su enemigo usaría ese metal en su contra, con lo que debía concentrarse en mantener la estabilidad ante los tirones y empujones que recibiría.

En la distancia, podía ver como los marineros se encontraban nerviosos de navegar. Probablemente estaban siendo forzados a zarpar por la noche, dado que el barco estaba repleto de faroles iluminando casi toda la cubierta.

Será difícil acercarse sin llamar la atención, solo quedaba rezar que hubiese un solo alomanticó en el barco.

Manette llegó a la conclusión de que no podrían haberlos matado.

En sus estudios descubrió que en la dominación central, había casos en los

que necesitabas pedirle permiso al ministerio de querer asesinar a un noble importante. Pagar por los inconvenientes, por así decirlo.

Su nueva teoría constaba en que habían conseguido el permiso para interrogarlos, pero el asesinato resultaba demasiado intrusivo para ser permitido. Pero, ¿qué sentido tenía pensarlo ahora?. Podría haber miles de razones por la cual estaban actuando de esta manera, y ninguna era esperanzadora

—¿Frustrada? —preguntó Benelend Lekal.

—Bastante, la verdad —respondió Manette en automático.

—¿Te diste cuenta de la estafa?.

—Desde que salimos de la mansión —respondió Manette, intentando mantenerse calmada.

—Uhhh —murmuró Banelend, forzando una mirada dolida —¿Qué te pareció? Ingenioso, ¿verdad?.

—Para mí estuvo bien —comentó Robby, intentando quitar hierro al momento —Pero no entiendo el porqué guardar el secreto a los demás invitados.

—Oh, ¿eso?, necesitábamos que tengan esperanza. Si todo estaba absolutamente perdido, ¿qué motivo tendrían para no luchar?.

—¿No les convendría tener algún seguro? —preguntó Robby —Ya saben, en caso de que pierdan o algo así.

—¡Ja! Ya les gustaría —rio Benelend —Tenemos uno, pero si te soy sincero, ¿para qué molestarme si voy a estar muerto para necesitarlo?.

—Buen punto —dijo Robby.

No podía culpar a Robby por intentar enfatizar con su captor. No era que esperase una liberación al final del trayecto, esta gente mataría a sus familiares con tal de beneficiarse. Pero estar de su lado bueno haría el viaje menos molesto.

—¿De quién fue la idea? —preguntó Benelend. Robby miro hacia Manette por unos segundos, y se volteó hacia Lekal. Estuvo a punto de hablar, pero algo pareció haber interrumpido sus pensamientos. En su lugar, inspiro con profundidad, y silbó a todo pulmon.

Lekal se echó hacia atrás por el repentino silbido, llevándose por reacción una mano al oído.

—No deberías rapiñar en cobre —dijo Robby —Llega un punto en el que un buscador tan bueno como yo es capaz de traspasar una nube si esta es quemada sin ganas.

¿Traspasar una nube de cobre?... Oh no.

Benelend se echó para atrás, y miró a Robby a los ojos, para luego patearle en el pecho, derribándolo de su silla.

—Si dices algo, seré yo el que te torture —susurro Benelend.

—¡Ja, Ja! —rio Robby, mientras tosía por la patada —¿Sabes? Fue muy leve lo que sentí, si no hubiese estado avivando el bronce, dudo que fuera a darme cuenta.

—¿No tienes miedo? —preguntó Benelend.

—Lo tenía —contestó Robby —pero ahora me doy cuenta de que la mitad de ese miedo proviene de tu alománcia. Intenta causarme un poco de miedo real, y quizá ahí me planteé en reaccionar como te gustaría.

Benelend lo tomó del cuello, y lo lanzó hacia el otro extremo de la habitación. Robby fue capaz de detener parte del impacto con sus brazos.

—Se acabaron las bromas, amigo —dijo Benelend —Cállate y quizá podamos pasarla bien en el viaje.

Robby se arrastró hacia unos escalones que daban a la bodega.

—¿Toque un nervio, señor «tengo todo bajo control»?.

—No te lo volveré a advertir.

¡Ya basta Robby!. Pensó Maentte, pero no se atrevió a decirlo, él tenía todo el derecho a morir como se le plazca. Al menos había encontrado una manera de plantarle cara a su captor.

—Se me ocurre que quizá debería gritarlo a todo pulmón, ¿no te parece? —dijo Robby, con un tono provocador —¡Eh, los ojos de estaño de arriba!.

Benelend pateó con fuerza la cabeza de Robby, lanzándolo debajo de las escaleras. Por fortuna, él había sido capaz de interponer sus brazos antes del impacto.

—No te mataré —dijo Benelend —si eso es lo que buscas.

—¿Harás algo peor? —pregunto Robby, silbando entre palabras —Déjame adivinar, ¿me golpearas hasta la inconsciencia?, ¿apuñalaras los brazos?.

—¡Basta! —grito Manette —¡Robby, deja de antagonizarlo!.

—Muy tarde para eso —dijo Benelend, quien bajo las escaleras para volver a patear a Robby —Te crees muy listo, ¿verdad?. Es una lástima, comenzabas a caerme bien.

—¡Me disculpo entonces! —grito Robby a todo pulmón —¡Pero creo que deberíamos de ver a otras personas!.

—Te mataré y volveré a por otro de tus compañeros, ¿qué te parece eso?.

—¡Me parece que no hará falta!.

Benelend levantó su pierna para pisar el cuello de Robby. Pero fue detenido al escuchar gritos provenientes de la cubierta.

—¿Qué mierda está pasando? —preguntó Benelend.

—¿Eres tonto o algo? —dijo Robby —mira, ustedes los nobles se piensan tan inteligentes, pero los libros que escriben son casi todos terribles, e incluso mandan a matar a aquellos que se atreven a producir algo medianamente interesante.

Benelend abrió los ojos al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, y piso a Robby en el estómago cuando este se cubrió el rostro, comenzando a correr escaleras arriba.

Capítulo 36

La noche era tranquila.

De todos sus trabajos, Luccier nunca había esperado que atrapar a un nacido de la bruma se encontrase entre los más fáciles. De haber sabido que aquella niña era una inútil peleando, él mismo se habría propuesto el perseguirla para capturarla. Aunque claro, más fácil pensarlo que hacerlo. Su patrón era otro nacido de la bruma, con lo que quizá había algo de lo que él no pudo darse cuenta, no podía ver detrás de la bruma después de todo.

Juguetear con su moneda no evitaba que se sintiese tenso ante la espesa bruma. Cuando lo contrataron, había jurado que no le tenía miedo, pero lo cierto era que estaba muy necesitado de dinero. Lo bueno era que trabajar junto a tanta gente lo tranquilizaba, en caso de cualquier problema, sabía que alguien le cubrirá la espalda.

Desde que había llegado al sur, Luccier no pudo sino sorprenderse por el poco miedo que los locales tenían a la bruma. Seguían habiendo supersticiones, claro, no eran inmunes a la incertidumbre que traía aquellos tentáculos grisáceos. Pero eran… menos susceptibles a su imponencia, como si en lugar de algo místico, ellos creyeran que detrás de la bruma solo se escondían ladrones y asesinos.

Luccier lanzó la moneda más alto.

—¿Puedes dejar de hacer ruido con eso? —dijo Honar.

—Eh —respondió Luccier, atrapando la moneda mientras se volteaba hacia su compañero —Tú eres de por aquí, ¿verdad?.

—Sí, ¿qué con eso?.

—¿No le tienes miedo a las brumas?.

—Claro que les temo, como todo el mundo.

—Ya, pero no crees que haya… no sé, ¿algo?.

Su compañero levantó hombros, confirmando las sospechas de Luccier. Esta gente estaba loca.

Luccier decidió volver a concentrarse en su trabajo, quizá eso le ayudaría a distraerse. Quemando Acero, debía avisar si la cautiva se quitaba los grilletes, o si intentaba algo con el metal cercano, asegurándose de desviar cualquier cosa que ella intentase…

Algo llamó la atención de Luccier, una línea azul apareció en la distancia, para luego desaparecer. El evento se repitió un par de veces, entrando y saliendo de su rango.

¿Qué es…?.

Luccier abrió los ojos bien grandes al notar una masa gigante de líneas azules dirigiéndose hacia donde se encontraba. Su primer instinto fue empujarse hacia un lado, pero fue demasiado tarde...

Tirando de todo el metal que había encontrado en las cercanías, Andés se atrajo hasta al primer lanza monedas que encontró, atravesándolo con un gancho en el cuello, utilizándole para escudarse de la gigantesca hondonada de metal que llego como un muro movedizo escondido entre la bruma, arrasando con tres partes del escuadrón en unos segundos.

Sin esperar otro momento, Andés uso algunas de las monedas desperdigadas para atravesar a uno de los mercenarios que todavía no se había dado cuenta de lo ocurrido mientras desenfundo su espada en contra de otro que se encontraba en shock, matandolos a ambos en un instante.

Los últimos dos mercenarios en pie entraron en acción, comenzando a tomar las posiciones de combate. Ninguno de los gemelos parecían encontrarse inmediatamente cerca, con lo que Andés aprovechó y se atrajo hacia el último dúo de mercenarios, atravesando el primero en un instante y esquivando el ataque del segundo, al cual se le dificultaba ver debido a la bruma, facilitándole a Andés hacerle un tajo en el cuello.

El hombre no cayó al suelo, y arremetió contra Andés, obligándolo a alejarse de un salto. *Brazo de peltre,* pensó. Por fortuna, este no fue capaz de encontrarlo en la oscuridad, agitando su espada hacia la nada mientras gritaba de desesperación.

Andés sintió como el mundo se le vino abajo. La valentía se le escapaba mientras que el terror se apoderaba de su mente. Tomó fuerza y apretó los puños, rechazando la manipulación mientras observaba como una figura negra descendía desde lo alto. Esta se detuvo a unos metros enfrente suyo, era Daleneld.

El brazo de peltre seguía gritando a pocos metros de allí, buscando desesperadamente a Andés entre la bruma. Al cabo de unos segundos, este se rindió y comenzó a correr, probablemente en busca de ayuda.

—Volviste —dijo Daleneld, una vez el ambiente se envolvió en silencio —Te dejamos vivir por nuestra amistad pasada, ¿sabes?.

—Nunca fuimos amigos —mintió Andés —Además, solo exageré mi derrota.

—Siempre tan engreído —dijo Daleneld —causaste un verdadero revuelo cuando te fuiste. ¿Sabías que tu padre ha muerto?.

—Si.

—Y aun así no regresas.

—Deja ir a la niña —exigió Andés, mirando a Daleneld a los ojos.

Daleneld lo observó de arriba abajo, analizando todo lo que había cambiado desde la última vez que se habían visto.

—La capa te queda… Pero no te la mereces.

—Es de mala educación deshacerse de regalos familiares —dijo Andés, apretando el puño en frustración. Hablar con Daleneld traía de vuelta aquella persona que ya no era, un noble engreído y demasiado idiota como para ver el verdadero valor de las cosas que tenía.

—Te crees muy duro, ¿verdad? —pregunto Daleneld, comenzando a apretar con mas fuerza con su alomancia emocional —sales de noche un puñado de veces con una nacida de la bruma, y te comportas como si pudieses plantarnos cara.

Andés no respondió, dejando caer su bolsa al suelo y aferrándose a su espada con truco. Se aseguró de tirar un poco de todos los anclajes cercanos, comprobando su tensión.

Daleneld entendió el gesto, desenfundando sus dagas de cristal de obsidiana, devolviéndole la mirada a Andés.

—Eres un mal chiste —dijo Daleneld. Este comenzó a empujar la espada con truco de Andés, que detuvo el empuje atrayéndola y tirando de los anclajes detrás de Daleneld, obligándolo a ser repeliéndolo hacia la dirección opuesta debido al choque de fuerzas.

Andés se apresuró y tiró del monedero que llevaba Daleneld, arrebatándolo de su cintura. Cuando este intentó retomar el monedero, Andés aprovechó y comenzó a atraer los metales sueltos de su alrededor, atacando a su oponente por la espalda. Daleneld no se molestó en esquivarlos, empujando el metal fuera de su trayectoria mientras se desplazaba hacia la dirección de Andés.

De un tirón, Andés se elevó en dirección opuesta mientras tiraba de todo el metal tirado, levantándolo del suelo. Este fue recibido por una hondonada que se dirigió a toda velocidad hacia su cabeza. Andés cambió momentáneamente el centro de su alomancia de su pecho hacia su brazo, atrayendo todas las monedas hacia esa dirección. El brazal había logrado mitigar la mayor parte del daño, dejando algunas de las monedas incrustadas en la madera.

Daleneld aprovechó la momentánea inestabilidad y arremetió contra Andés, quien se defendió abanicando su espada en el aire. Su oponente desvío el ataque con su daga, atentando apuñalar a Andés con la otra. Él se defendió soltando su espada y atrayéndola hacia aquella parte de su cuerpo, interrumpiendo el ataque y dándole el espacio para retroceder.

Esquivando una segunda arremetida, Andés aterrizó en la primera oportunidad que encontró. Deteniendo su impacto con un leve tirón de hierro, comenzó a correr hacia el primer callejón que encontró mientras pasaba el filo de su espada por el adoquín, en un intento de aturdir a Danelend, entregándole unos pocos segundos para pensar.

Calima sintió los pulsos desde su celda. Andés estaba peleando contra el nacido de la bruma.

¿Por qué no la abandon…?

¡NO! Se dijo al instante, no había tiempo para eso.

En este momento se encontraba retenida por unos grilletes atados al muro del carro. Empujarlos no tenía sentido, dado que estaban atados a ella, en su lugar, Calima comenzó a empujar de los pequeños trozos de metal del exterior en dirección hacia la puerta, con ellos, tiro y empujo una y otra vez, intentando hacer que estos ganasen altura.

Después de un minuto, ella consiguió que algunos trozos pasasen a través de la pequeña ventanilla que tenían para vigilarla. Dos clips, un clavo y un trozo de cadena, no le servían. Ella volvió a concentrarse, había poca probabilidad que encontrase un alfiler…

En cercanía, Calima logró observar un conjunto de metal que le resultaba familiar. *¡Andés dejó su bolsa!*. En ese mismo instante, ella comenzó a tirar de está, intentando repetir el truco. Tardó varios minutos en lograr elevar la bolsa hasta la posición que necesitaban, la cual se quedó atascada en la ventana, bloqueando el paso.

Calima se concentró en las líneas que representaban las ganzúas, y comenzó a tirar de ellas, y utilizando la basura que había conseguido en el primer intento como anclaje, logró romper la bolsa, consiguiendo parte de su contenido.

Inmediatamente comenzó a forzar el candado de sus cadenas, del cual no obtuvo mucha resistencia, y una vez libre, se dirigió hacia la puerta. Esta se encontraba cerrada por fuera por otro candado, esta vez de madera. Se volvió hacia las cosas de Andés en busca de un cuchillo, de allí solo pudo ver el aceite, las hojas, tinta y… una perla de atium.

Calima atrajo la perla de inmediato, llevándosela a la boca y tragándosela al

instante. Lamentablemente eso era lo más útil que había entrado al carro además de las ganzúas.

Al asomarse por la ventana, observó los cuerpos muertos de varios de sus captores, acribillados por lo que parecían ser un millar de monedas, era una vista desagradable. Atrajo la primera espada que encontró, lamentablemente esta no cabía por la pequeña ventana.

Con sus dedos, Calima tomó la funda y empujo la espada, sacándola de su vaina, y con su alomancia, intentó balancearla hacia la cerradura de madera.

Hef disparó al lanza monedas en el cuello, derribándolo de las alturas. El brumoso se estrelló contra el borde del barco antes de caer al mar, dejando una gran salpicadura de sangre en la borda.

Dan, Sall y Donny se encontraban a su lado, cubriéndolo. Habían pasado años desde la última vez que los cuatro pelearon codo a codo. Gune se habría enorgullecido en la forma en la que Hef lideraba al pequeño escuadrón, pero él sabía que todavía estaba lejos de encontrarse a su altura como líder.

Gabroil se encontraba escalando el lado desde el otro extremo. En su barca junto a él iban Pit, Fren y Diven, quienes tampoco tenían experiencia militar, y el trabajo de su equipo (Dan, Hef, Donny y Sall) consistía en llamar la atención para que los demás lograsen subir sin problemas.

Un hombre de casi dos metros se acercó hasta el gancho por el cual los demás estaban escalando, Hef tenso su arco para disparar, pero uno de los marineros se interpuso en su línea de visión con la intención de bloquear el disparo. Hef disparó igualmente, atravesando el cuello de aquel hombre. En cuanto al gigante, al momento de acercarse al gancho, un brazo se extendió por el borde, lanzando al marinero fuera de la borda.

Una vez arriba, Gabriol comenzó a tirar de la cuerda, subiendo a sus compañeros. Dos marineros se apresuraron para impedirlo, con lo que con su brazo libre, Gabroil tomó su bastón de duelos y golpeó al primero que se acercó con una estocada que tuvo la fuerza suficiente como para atravesarle el pecho.

El segundo retrocedió mientras Gabroil avanzaba con la cuerda. Aquel hombre intentó atacar, pero fue recibido por una arremetida en el rostro, el cual quedó marcado por la forma del bastón de duelos.

Los marineros que los tenían rodeado fueron totalmente intimidados tras la

llegada de la otra mitad de la banda. Algunos tomaron coraje y atacaron hacia los recién llegados, que todavía no se encontraban en oposición, pero fueron totalmente interrumpidos por Gabroil, que se interpuso como un muro inamovible, y las flechas de Hef, las cuales el disparo lo más rápido que pudo.

Varios hombres saltaron por la borda al ver que se encontraban en minoría, mientras que los pocos restantes levantaron las manos en señal de rendición.

—Tienen veinte segundos para ir a los botes por los que llegamos y desaparecer —dijo Fren, quien se paró en frente de aquellos que se estaban rindiendo. Estos obedecieron de inmediato y se dirigieron hacia el borde del barco.

La puerta de la bodega se abrió, de repente, Hef sintió como por un momento el miedo se apoderó de él, mientras que los rostros de los marineros recuperaban el coraje.

—Fren… —dijo Dan —concéntrate en ellos.

Este asintió, y en un instante, los marineros volvieron a perder el coraje, saltando por la borda.

—Vaya —dijo Benelend Lekal, saliendo despacio de la bodega —Debo confesar que fueron muy rápidos —junto a él, otros cuatro hombres salieron armados —¿cuarenta segundos?. Les agradezco por darme una buena anécdota que contar para cuando vuelva a casa.

—Diven —dijo Hef.

Ella asintió y tenso su arco junto a él en un instante, ambos dispararon contra aquel grupo de hombres, los cuales reaccionaron de inmediato. Fren pareció ser capaz de encender su duda, ya que estos se detuvieron en seco, recibiendo las flechas.

Los tres faltantes arremetieron contra el grupo con Benelend a la cabeza. *Si tiene atium, estamos muertos*. Por fortuna no pareció ser el caso, dado que el noble fue obligado a retroceder cuando Gabroil, Dan y Pit se interpuso en medio, limitándose a defenderse de sus ataques mientras los demás se encargaban de los dos restantes.

En un abrir y cerrar de ojos, todos los secuaces de Lekal habían caído, dejándolo a él en medio, rodeado por toda la banda. Hasta ahora, habían logrado aprovechar los empujones emocionales de Fren para deshacerse de todos los presentes, pero eso no funcionará con Benelend.

Todos se quedaron quietos, observando con atención el próximo movimiento de su enemigo, aunque en lugar de moverse, este abrió la boca.

—… Eso no me los espere —dijo Benelend —Creí que tardarían al menos una hora en reaccionar a mi estafa. ¿Qué pasa, por qué tan cobardes de repente?.

—¡No se acerquen! —gritó una voz desde la bodega, parecía ser Robby —¡Es

un nacido de la bruma!.

—Ya se dieron cuenta de eso, imbécil —contesto Benelend. Este tenía una pose relajada, probablemente se debía a que se encontraba rodeado de anclajes por todos lados. Aun con el limitado tamaño del barco, este estaba repleto de clavos, placas, espadas y otros mil artilugios de metal a su disposición.

¡No te confíes! Se dijo Hef. Aquella pose vulnerable era adrede, solo una provocación.

—¿No dirán nada? —preguntó Benelend —ya saben, mataron a la mayoría de tripulantes, y me tienen rodeado en medio de la noche entre la espesa bruma.

Hef sentía las ganas de decir algún comentario sarcástico, la sensación de control que tenía era abrumadora.

—Concentración y valor —Dijo Hef. En ese instante, sus emociones volvieron a cambiar. Fren se encontraba en la retaguardia, asegurándose de que nadie perdiese la concentración ni sucumbiera al miedo.

—Pff —bufo Benelend —Sí que son unos aburridos. Les daré una última oportunidad, váyanse de aquí y escapen.

—Y tú te quedarás solo en el barco en medio del mar —dijo Fren —Creo que encontraras complicado navegar tú solo.

Benelend observo a Fren con seriedad, mirándolo a los ojos, los cuales parecían expugnar odio.

—Es un buen punto —dijo Benelend, forzando una sonrisa —Nuevo trato, navegamos como amigos hasta la ciudad y a cambio no los mato.

—¿Que tal si te metes ese trato en el culo? —respondió Gabroil —Te llevaste a mi esposa, malnacido.

—Oh vamos, ¿esa skaa? —dijo Benelend en tono burlesco —Te está usando, como todos estos desgraciados. Cuando me fui de tu pocilga tenía la esperanza de que te hubieses dado cuenta de eso.

Gabroil apretó el mango de su bastón de duelo con fuerza, mirando con un profundo odio a Lekal.

—Intenta provocarte —dijo Dan —No le dejes.

Hef comenzó a tensar lentamente su arco. La primera regla al enfrentarte a un nacido de la bruma es mantener la posición a como de lugar. Era vital esperar a que este atacara primero, sería difícil, sino imposible, defenderse de un ataque a toda potencia de uno, pero este se arriesgaba a que sus oponentes tomasen represalias de forma ordenada. Además, a diferencia de los brumosos de la banda, lo más probable es que aquel hombre queme todas sus reservas de todo rápido que ellos, con lo que ganar tiempo era un beneficioso para ellos.

Benelend suspiro, frustrado, parecía ser de los que no le gustaba cuando las

cosas no iban como quería. Este observo hacia la bodega, y esbozo una sonrisa.

Hef disparó una flecha apuntando a sus piernas. —¡Que no se acerque a la trampilla! —grito. Diven obedeció y tensó su arco de inmediato.

Gabroil arremetió a toda velocidad junto a Donny, quien se quedó en la distancia portando una lanza. Benelend simplemente se elevó mientras atraía las espadas caídas del lugar, las cuales volaron en la dirección general de la banda.

Dan y Fren se interpusieron rápidamente entre el ataque, elevando sus escudos de madera para detenerlo. Dan logró detener y deshacerse de la espada, lamentablemente la que se dirige a Fren atravesó parte del escudo, cortándo la piel. Al mismo tiempo, una hondonada de monedas se dirigió desde arriba hacia ellos. La mayoría logró cubrirse con su escudo a tiempo, menos Pit y Sall, quienes recibieron el ataque de lleno. Por fortuna no pareció ser suficiente como para derribarlos al instante.

Mientras volvía a tensar el arco, Hef comenzó a caminar a paso lento hasta la trampilla. El resto de la escuadra lo siguió, sin quitarle los ojos de encima a su oponente. Gabroil fue el primero en llegar, y con rapidez tomó la puerta metálica del suelo y el cerro, bloqueando el acceso a la bodega desde fuera.

Esta iba a ser una larga noche.

Capítulo 37

Andés extendió su brazo y tomó la cornisa a toda velocidad, utilizando su agarre para llegar al techo y esquivar la oleada de monedas que volaban hacia él. Una vez arriba, se levantó del suelo y comenzó a correr mientras se atraía a todo lo que tenía delante.

Daleneld apareció inmediatamente, elevándose con un empujón de acero, persiguiéndolo a toda velocidad. Andés atrajo las monedas que había entre ellos, pero su oponente las esquivó, para luego empujarlas en su contra. Este destapó otro vial, tragándoselo en un segundo. *Eso le dará al menos otra hora…*

Sin piedad, Daleneld se empujó hacia Andés, empuñando sus dagas de cristal. Este esquivo hacia un lado, tirándose del edificio y atrayéndose a una campana que había a dos calles de distancia. El nacido de la bruma copio el movimiento, encestando un leve corte en el abdomen de Andés, que logró aminorar el daño, avivando su atracción hacia la dirección opuesta.

Andés tenía una docena de distintos cortes en todo el cuerpo, además de varios moretones por las maniobras que se estaba obligando a hacer. No había logrado encestar ni un solo golpe a Daleneld, y lo peor era que podía notar por sus movimientos que este no estaba abusando de su peltre. Andés necesitaba aprovecharse de eso si quería sobrevivir.

Mientras se deslizaba por el aire, Andés viró hacia la dirección de su oponente, y con un tirón detuvo por un momento su huida, evadiendo hacia la derecha a su perseguidor, el cual lo pasó por unos pocos metros.

Sintiendo nuevamente el intento de arrebato a su espada con truco, Andés tomo con fuerza ese impulso, ayudando a dirigirse hacia la fuente de atracción. Daleneld se dirigió hacia él con la intención de apuñalarlo en el aire. Andés respondió, comenzando nuevamente a atraerse en la dirección contraria usando las bisagras de la cercanía. Y como había esperado, su oponente arremetió nuevamente hacia él, apuntando hacia su estómago. Andés balanceo su espada hacía Danelend mientras apretaba el botón de su arma. Al intentar empujar el metal, su antiguo amigo fue recibido en su lugar por un golpe a toda potencia por el ahora bastón de duelo, obligándolo a empujarse varios metros atrás.

Danelend tocó su rostro, su mandíbula se encontraba en perfecto estado. *Perfecto…* Era el único golpe que había encestado en toda la noche, y había resultado en un leve rasguño. Igualmente, había sido suficiente como darle tiempo para huir y respirar. Aunque no sería por mucho, ya que su oponente lo ubicaría sin problemas con bronce.

Con total concentración, Andés se atrajo hacia otro callejón, deslizándose entre los edificios y comenzando a correr a mientras analizaba los anclajes que tenía en la cercanía. Al ver una sombra de hierro acercarse, entró por una de las intersecciones, cambiando de rumbo, está lo siguió con una leve torpeza…

¡Calima!. Al prestar atención, reconoció el contorno de la joven, la cual se acercó por el callejón a toda velocidad. Andés se detuvo y la esperó, y una vez ella se había acercado lo suficiente, retomó su huida.

—Cobre —cusurro en voz baja.

Calima pareció entender dado que se acercó a él sin detenerse. Andés la tomo del brazo, y comenzó a tirar fuera del callejón, llegando a una calle principal, y entrando a otro. Allí ambos se detuvieron.

Andés notaba como casi le faltaba la respiración, ¿cómo se le había ocurrido enfrentarse a un nacido de la bruma?. Calima no tardó en encender su calma y aplacar su fatiga, ayudando a reordenar sus pensamientos, eso le ayudó a quitarse de su mente el efecto que había tenido Daleneld sobre él. No se había atrevido a atacar en el combate por esa misma razón, no se encontró seguro de casi ningún plan que pasaba por su cabeza.

—Vuelve a la mansión y espera a que volvamos —susurró Andés.

Calima se negó, tomándolo del brazo, encendiendo una negación absoluta. Andés iba a replicar, pero en sus ojos vio como aquella decisión no estaba abierta a debate. No tenían tiempo para esta discusión, si ella intentaba algo sin su supervisión, era probable que Danelend acabase con ella en segundos.

—¿Estás dispuesta a pelear? —preguntó Andés. Calima asintió de inmediato. Él la observó, y se agachó a su altura, tomándola de los hombros —Delena, aquel hombre solo necesita de un segundo para matarnos, aprovechará cualquier oportunidad a su alcance para hacerlo. Esta vez más que nunca necesito que estés segura, ¿te ves capaz de pelear?.

Calima se sorprendió al ser llamada por su nombre, Andés no lo había usado desde que ella se lo dijo. Ella observó al suelo unos segundos, preparándose para contestar.

Lamentablemente no hubo tiempo para eso, ya que una oleada de monedas se dirigió hacia ellos en un abrir y cerrar de ojos. Daleneld los había encontrado.

Andés comenzó a atraerse en dirección opuesta al ataque. Intento tomar a Calima para llevársela, pero ella ya había reaccionado, encontrándose lejos del rango del ataque.

Al interponerse en medio, Andés tiro de las monedas que Daleneld había disparado, utilizándolas en su contra. Como ya era costumbre, este las desvío y las empleo nuevamente en contra de Andés. Él no tuvo necesidad de esquivarlas dado

que estas fueron desviadas por Calima desde la lejanía, eso le dio tiempo para reagruparse con ella en medio del aire mientras ambos escapaban.

Danelend intento tirar del monedero improvisado de Calima, el cual se desprendió de su cintura en un instante, lo que llevó a Andés comenzar una competencia de hierro contra él, obligándolo a aterrizar en el suelo para actuar de mejor anclaje. Su oponente hizo lo mismo, dejando a ambos tirando uno del otro mediante aquel monedero. Andés sintió como su tirón era más fuerte, pero su oponente seguía teniendo peltre, haciendo que prácticamente estuviese tirando de una pared.

Calima encendió la complacencia y urgencia, dándole a entender a Andés que soltase el monedero. Él hizo caso y dejó de tirar, e inmediatamente el monedero viajo al doble de velocidad en contra de su oponente, golpeándolo en el brazo.

Danelend se abalanzó hacia la niña, la cual acababa de aterrizar. Andés se interpuso en su camino, empuñando su bastón de duelos, obligándolo a esquivar la estocada dirigida a su rostro.

Su oponente se apresuró y se empujó hacia el cuello de Andés, el cual, aun con los pies firmes en el suelo, atrajo su parte superior del cuello fuera de la dirección del ataque, abanicando su arma nuevamente para alejar al nacido de la bruma. Daleneld no se detuvo, y con total coordinación, apuntó hacia las piernas de Andés, obligándolo a alejarse en ese instante. Eso creó una apertura, la cual Calima fue capaz de cubrir al atraer el monedero de antes que ahora se encontraba en la espalda de su enemigo.

Con un rápido movimiento, Andés encesto una estocada en la espalda de Danelend, el cual se empujó hacia el lado opuesto al instante de sentir el impacto.

El monedero viajó a toda velocidad hacia la dirección de Andés, apuntando a su espalda. En lugar de esquivar, este se concentró en su brazo como su centro alomántico y atrajo aún con más fuerza al monedero, moviéndolo y cambiando la trayectoria. El metal no logró impactar de lleno en Daleneld, pero generó otra apertura, la cual Andés fue capaz de aprovechar, encestando un segundo golpe, esta vez en la cabeza.

Danelend salto ante el ataque, pero en lugar de huir, se atrajo hacia Calima, quien se encontraba al descubierto. Andés intentó atraerse con todas sus fuerzas, pero fue interrumpido por nuevamente la bolsa de monedas, la cual lo obligó a desviarse. En lugar de huir, Calima arremetió en contra de Daleneld, sin ningún arma en mano.

—¡No! —grito Andés, comenzando a correr hacia ambos. Salto con todas sus fuerzas, mientras avivaba su hierro en aquella dirección. No iba a llegar a tiempo.

Daleneld apuntó hacia Calima, la cual esquivo el ataque con total naturalidad,

tomando el brazo de su enemigo golpeándolo en la cara. Este volvió a atacar con el brazo descubierto, pero Calima lo volvió a esquivar, tomando con sus manos el mango de la daga de Daleneld y pateando su ingle mientras utilizando un tirón rápido para apartarse con el arma. Este se apartó, dándose cuenta de lo ocurrido.

Calima estaba quemando Atium.

Daleneld se apresuró y se empujó hacia arriba, comenzando a salir del rango de Calima. Andés aprovechó ese momento, y se atrajo hacia él ahora que estaba distraído, y volviendo a enfocar su mano como su centro alomántico, la ancló al metal más cercano detrás de un muro, y atrajo a toda velocidad un golpe que acertó al pecho de Daleneld.

Una vez dado el impacto, Andés sintió un dolor horrible en su mano, como si algo acabase de zafarse. Pero cualquier cosa que se hubiese roto habría valido totalmente la pena, dado que aquel ataque con toda había logrado cortar la piel de su oponente.

En un instante, Daleneld se encontraba en el aire, alejándose a toda velocidad. Andés y Calima comenzaron a perseguirlo, debían aprovechar esta pequeña ventaja.

—¡No lo quemes todo ahora! —grito Andés. Calima era lo suficientemente inteligente como para entender que debían mantener esa ventaja a como dé lugar. Pero sabía de segunda mano lo adictivo que podía resultar quemar atium, con lo que considero mejor decirlo aunque no hiciese falta.

Daleneld se encontraba lejos, apenas podía verlo con su visión de hierro, ¿Acaso estaba huyendo?. No, Daleneld era muy parecido a su hermano en ese sentido, preferiría morir a dejarse derrotar por ellos dos, ¿entonces qué estaba haciendo?. La pregunta fue automaticamente respondida al ver levemente como él parecía tomar algo de su ropa.

Repentinamente, una muy leve línea azul apareció y desapareció en un instante. Calima, que estaba quemando estaño, encendió su miedo y sensación de peligro. Daleneld comenzó a acercarse, haciendo su sombra más visible, a excepción de aquello que tenía en la mano.

Calima se acercó y tomó del brazo de Andés, comenzando a tirar hacia otro lado en señal de que debían huir. Él hizo caso e inmediatamente comenzó a tirar hacia el lado opuesto, huyendo de Danelend quien estaba dirigiéndose a ellos a toda velocidad. ¿Qué había sido esa pequeña línea azul…?. Andés se sintió estúpido por haber tardado en entenderlo.

—¿Tiene atium? —preguntó al instante. Lo recibió una sensación de afirmación y miedo. ¿Cómo había logrado ocultarlo de su hierro?.

Manette se preguntó qué podría hacer, toda preparación había resultado inútil. Ahora se encontraba relegada a esperar su destino, rezando que ninguno de sus compañeros muriesen de forma horripilante.

El constante sonido de las monedas caer resonaba en el techo como una promesa. Cada pequeño impacto representando un juramento letal.

—Este queso está sorpresivamente bueno —dijo Robby, que había comenzado a comer el cargamento que estaba alrededor.

—¿Por qué eres así? —preguntó Manette. Aún después de estos años, todavía no era capaz de comprender cómo aquel chico no se rompió ante nada.

—Llorar no nos traerá nada útil, creo que eso es algo que tú me dirías —respondió Robby, buscando entre otra bolsa de comida.

—Verdad, pero incluso yo tengo un límite —contestó Manette. Los nervios estaban carcomiéndola desde adentro. El repentino sonido de las monedas no ayudaba a aquel sentimiento.

—No lo sé… digo, sé que me importa, pero al mismo tiempo perder el control sería un desperdicio de energías.

—¿Y usas esas energías para comer? —pregunto Manette, incrédula de lo que estaba escuchando.

Robby miró hacia la reja que daba al exterior, y comenzó a empujar su silla de ruedas lejos de esta, haciéndole de paso una seña a Manette para que se acercarse. Ella lo hizo, curiosa de lo que tenía que decirle.

—Nuestro enemigo puede quemar estaño, ¿verdad? —Susurro Robby lo más bajo que pudo —puede que no sea mucho, pero actuar con normalidad quizá pueda distraerla, más teniendo en cuenta que ahora me odia a muerte.

Manette se quedó quieta ante la aclaración. ¿Una distracción? Lekal probablemente era un nacido de la bruma, estaba entrenado para ignorar distracciones como esas. Al mirar a Robby, ella se dio cuenta de que él también lo pensaba, solo lo hacía para no quedarse de brazos cruzados.

Era probable que ella ahora mismo se sintiese como él lo había hecho varias veces, limitado a sentarse y esperar a que los demás completasen el trabajo. La diferencia, claro, era que Robby tenía la decencia de al menos intentar improvisar algo.

—Tienes razón —dijo Manette.

—¿En serio? —preguntó Robby.

—Solo a medias —Manette le dio la espalda y comenzó a buscar entre el

cargamento. Faroles, cuerdas, aceite, comida, debía de haber cosas que pudiera utilizar de alguna manera.

Dan y su oponente eran los únicos que podían ver con total claridad el combate. Benelend había destruido todos los faroles de los alrededores, a excepción de aquellos que llevaban encima.

¿Cuánto tiempo llevaban aquí?, no tenía forma real de saberlo. Lo que sí sabía era que estaban perdiendo. Cuando amaneciese, la luz les daría una ventaja importante en contra del nacido de la bruma, el cual se la pasaba acribillándolos de un lado a otro con monedas.

Su oponente había intentado emplear el pequeño metal que tenía Dan escondido en el pecho, pero se encontró con que él sabía cómo posicionarse para aguantar los tirones y empujones de una armadura.

Su ritmo había bajado, al igual que Hef. Se encontraban en una pelea de resistencia. Claro, él podría atacarlos cada minuto como lo había hecho al principio, pero si no lograba acabar con todos antes de que se le acabase sus metales, estaría en graves problemas, hará unas dos horas desde que parecía haberse dado cuenta de ello, cambiando su actitud con respecto a este combate.

A pesar de los daños iniciales, la banda se las había arreglado para defenderse del daño posterior. Lograron enfundar la mayoría de espadas y lanzarlas al mar. Aquello duró su tiempo, pero Benelend se dio cuenta de que aquel ejercicio solo existía para hacerle gastar lentamente su acero. Al final optó por tirar de todo el metal que tenía como arma y mantenerlo consigo. Además, había dejado de presionar con su alomancia emocional, probablemente se le estaba acabando, decidiendo guardar lo que le quedaba para cuando realmente lo necesitase.

¿Lo malo?, estaban muy heridos. Hef y Diven, quien no había logrado esquivar un ataque que perforo su ojo, estaban quedándose sin flechas. Sall había logrado detener la hemorragia de Diven, pero mientras lo hacía, Benelend había bajado, y encontrado una apertura para apuñalar su brazo en un instante. En cuanto a todos los demás, se encontraban medianamente lastimados por el constante acoso de su enemigo con sus monedas.

No había matado a nadie… todavía. El motivo era obvio, todos estaban bien sincronizados, si en lugar de haber apuntado al brazo de Sall, Benelend se hubiese concentrado en matarlo, probablemente lo habría logrado, pero a cambio se habría

quedado expuesto el tiempo suficiente como para recibir un ataque en conjunto de todos en la banda al mismo tiempo.

Ahora mismo todos se encontraban concentrados, viendo la oscuridad total, sin saber en donde se encontraba su oponente. Dependían de Dan para defenderse de los esporádicos ataques. Benelend se encontraba encima de uno de los mástiles, observando a toda la banda. Este se empujó hacia el mástil al frente del barco, alejándose un poco de la banda.

—Trinquete —dijo Dan, refiriéndose al mástil en cuestión. Todos rotaron hacia aquella dirección.

—¡Baja, malnacido! —grito Hef, aturdiendo a Dan —¿No que podías acabar con todos nosotros en segundos?.

—¡Y puedo! —respondió Benelend, parecía estar calculando otro ataque —Pero tengo ganas de jugar un rato más.

—Está totalmente frustrado —dijo Robby, desde abajo de la trampilla que daba a la bodega, la cual tenía aperturas para que el sonido pasase sin problemas.

—Robby —dijo Gabroil, sin apartar sus ojos de la oscuridad —deja de asomarte y escóndete.

En ese instante, Benelend aprovechó la posible distracción y arremetió nuevamente con una hondonada de metal disparado desde lo lejos.

—¡Escudos! —grito Dan. Todos se cubrieron inmediatamente, esperando el inminente impacto, el cual llegó concentrado casi únicamente en Pit, quien cayó al suelo. Por fortuna, la mayoría del metal solo había impactado en la madera de su escudo y armadura.

—¡Ni siquiera lo estás disimulando! —grito Robby.

Otra hondonada de monedas impacto hacia Pit, quien desde el suelo se deslizó de forma extraña con extrema rapidez, golpeándose con un escalón.

¿Qué?. Se preguntó Dan, confundido.

—Yo… —comenzó a decir Pit, mientras se levantaba para posicionarse.

—¡Más tarde! —Grito Hef —¡Sigue haciendo lo que haces!. ¡Gabroil, Cúbrelo!.

Este asintió y se interpuso entre Pit y su oponente.

—¿No lo sabían? —preguntó Benelend desde lejos —El muchacho lleva desviando mis ataques desde hace ya algunas horas.

Eso explicaba el porqué no estaban muertos…

—Cinco alománticos contra uno no me parece muy justo —continuo Benelend.

—Lo dice el que vale lo de ocho —dijo Manette desde el suelo.

—¡No se dejen tranquilizar! —grito Fren a todo pulmón —¡Está intentando bajar su guardia!.

Todos volvieron a tensarse. Dan se dio cuenta de que era cierto, estaba perdiendo un poco la concentración.

Benelend se acercó a toda velocidad y arremetió en contra de Sall, quien no fue capaz de levantar su escudo a tiempo debido a su herida. Este intentó cubrirse con su brazo disponible, pero no hizo falta, dado que la espada que portaba Benelend fue atraída hacia Pit, quien reaccionó a tiempo, desviando el ataque de su trayectoria.

Antes de lograr marcharse, Sall logró tomar la pierna de Benelend, deteniéndolo por un segundo, dándole una oportunidad a Gaboroil, que en un abrir y cerrar de ojos encestó un golpe en la pierna de su oponente, el cual inmediatamente se empujó con todas sus fuerzas lejos del grupo.

Algo era cierto, él se estaba desesperando. Aún después de haber recibido tantas heridas, las capas de cuero que llevaban junto a la armadura de madera habían logrado absorber mucho del daño de las monedas a lo largo de las horas. Era probable que hubiese comenzado a quedarse sin metales, siempre y cuando logren mantenerse en pie, tenían las de ganar.

O eso fue lo que Dan pensó hasta ese momento.

Benelend alcanzo algo hacia su camisa, una pequeña bolsa plateada, por algún motivo a Dan le costaba ver a través de ella. No tardó en darse cuenta del porqué, era Aluminio.

De la bolsa, Benelend tomó algo metálico.

—¡Pit! —grito Dan por instinto —¡Atrae eso!.

Pit pareció entender la orden, dado que al instante la pequeña perla se desprendio de los dedos de Benelend. Este comenzó a atraerla de vuelta, mientras se empujaba hacia ella.

Ambos comenzaron a atraerse el uno al otro, acercándose hacia el centro del barco. Benelend se empujó hacia arriba, manteniendo la distancia, provocando que Pit comenzase a elevarse del suelo.

—¡No lo dejen ir! —grito Hef. Que se abalanzó sobre Pit. Los demás no tardaron en seguirlo, manteniendo al joven en el suelo. Benelend tiro y empuje con más fuerza, causando que Pit comenzase a gritar de dolor debido a la resistencia generada por sus compañeros y el choque de hierro.

Dan observó hacia Fren, y al compartir miradas, este tomó su casco de aluminio, lanzándolo hacia su compañero.

—¡Gabroil! —grito Dan, que comenzó a correr hacia él —¡El aluminio! —El noble entendió en un instante su intención, y se preparó para levantar a Dan. Este fue impulsado hacia el aire, ubicando el casco sobre la pequeña perla, anulando el tirón de Benelend.

Benelend, enfadado, aprovechó ese instante para empujar una espada hacia Pit. Dan se había percatado demasiado tarde, observando cómo su compañero era atravesado en un abrir y cerrar de ojos.

Dan se concentró, no era la primera vez que perdía a un compañero en combate. En lugar de desesperarse, aprovechó la oportunidad creada y se abalanzó sobre el atium con el casco. Benelend descendió, atrayendo otra espada y abalanzándose sobre Hef y Diven, quienes no estaban en posición de defenderse.

Hef se interpuso entre la joven y el nacido de la bruma, recibiendo un corte que le atravesó el cráneo en un instante, matándolo en el acto.

Gabroil llegó un segundo tarde, atacando por la espalda al nacido de la bruma, el cual volvió a alejarse con un simple salto de acero y peltre.

—¡Malnacido! —grito Gabroil, lleno de rabia —¡Ven aquí desgraciado! ¡Te voy a arrancar los putos ojos!.

Ya el motivo por el cual no habían sido acribillados acababa de desaparecer, junto al mejor tirador que tenían. Todos se encontraban heridos, y no parecía que otro de sus compañeros fuera a revelarse como un brumoso sorpresa. Se habían quedado sin opciones, excepto…

Dan tomó la pequeña perla que Andés le había dado de su armadura. La idea era que si morían, quizá podrían llevárselo con ellos en el futuro cercano, pero ahora tenía una oportunidad para hacer algo distinto. Con un simple juego de manos, cambió ambas perlas, ocultando la de Benelend en su armadura y dejando la envenenada bajo el casco.

Ahora solo necesitaban irse, dejando el atium atrás para que fuera consumido en otro momento. ¿Pero cómo?. Al alzar su vista, se descubrió que Benelend ya no se encontraba en los mástiles, ni en la cubierta. Había desaparecido por completo.

—¡Dan! —grito Gabroil —¡¿Dónde está?!.

—¡No lo sé! —respondió Dan —¡No lo veo!.

—¡Cubran el atium! —grito Sall.

Todos obedecieron la orden, y rodearon el pequeño casco.

Dan comenzó a avivar su estaño, aquel hombre no podía estar lejos. ¡Estaban en el medio del mar!.

El sonido de las olas y el viento explotaron en los oídos de Dan. Este se enfocó en todo lo demás, la madera, y las respiraciones. Había algo en el agua, moviéndose hacia abajo. ¿Era Benelend?. ¿Por qué…?

Dan se lanzó hacia el casco, que estaba siendo sostenido por Donny, pero fue demasiado tarde. Este salió disparado hacia el aire, junto con la perla de atium, y en un abrir y cerrar de ojos, escucho como Benelend, que estaba en el agua, salió

disparado de esta hacia el aire, atrayendo el atium y atrapándolo con la boca, aterrizando en medio de todos los presentes.

En un instante, Calima vio docenas de sombras provenientes de Daleneld acercándose a ellos, las cuales la gran mayoría terminaban apuñalando a Andés en la garganta. Ella reaccionó por instinto y avivó peltre, abrazando a Andés y empujándose en una trayectoria totalmente distinta por encima de los edificios, lograron esquivar el ataque de Daleneld a duras penas. Este se abalanzó nuevamente hacia ellos, empuñando su cuchillo en dirección hacia Calima. Este se acercó a una velocidad increíble, ella no se vio capaz de esquivar ninguna de las sombras, cosa que no hizo falta, ya que de un poderoso tirón de hierro Andés se llevó a ambos a toda velocidad en dirección hacia el suelo.

En ese instante, Calima observó como en un segundo este iba a gritar algo, para poco después estrellarse contra el suelo.

—¡Empuja! —grito Andés. Ella entendió e inmediatamente cambió la trayectoria de ambos, conservando la velocidad. Daleneld no tardó en seguirles el paso, dado que en un abrir y cerrar de ojos se encontró a su lado, un millar de sombras saliendo de su cuerpo, y, nuevamente con la intención de degollarlos, se abalanzó sobre ambos.

Antes de siquiera lograr esquivar el ataque, una lluvia de metal cayó sobre ellos, obligándolos a descender. Daleneld los siguió, intentando apuñalar el medio entre los dos. A Calima no le quedó más opción que patear a Andés fuera de la trayectoria del ataque, lanzándolo hacia un lado de la calle.

Al intentar aprovechar la pequeña apertura de Daleneld, este se alejó inmediatamente, dirigiéndose hacia Andés. Este se levantó, y Calima logró observar cómo intentaría alejarse con un tirón, siendo apuñalado en esa dirección por su enemigo.

¡Cuidado!. Le gritó ella mentalmente, encendiendo la precaución y peligro. La sombra de Andés cambió en ese instante, cambiando su futuro y obligando a Daleneld retroceder de la sorpresa.

Este atacó nuevamente hacia Andés, esta vez apuntando hacia su estómago, Calima volvió a repetir el empuje emocional, logrando avisar a tiempo del ataque. Andés se atrevió a balancear su bastón de duelos, el cual obligó a Daleneld retroceder para atacar. Más sombras comenzaron a salir de Andés, todas representando los

tirones y empujones emocionales distintos aplicados hacia él, haciendo que con cada uno decidiese una dirección diferente.

Ante cada ataque que Andés lograba esquivar, este se alejaba varios metros, dándole manga ancha para recibir nuevamente información por parte de Calima, dejándose guiar puramente por reacción. Ella se empujó hacia la acción, la amplitud que le daba el atium le permitió mantenerse concentrada tanto en Andés como en su oponente, el cual intentó atacar al verla venir.

Calima se alejó inmediatamente, sabía que no tenía la habilidad suficiente como para encestar ningún golpe, pero Andés sí. Este llegó como una rayo arremetiendo apuntando su bastón de duelos contra Daleneld, el cual había comenzado a esquivar el ataque y preparado un contraataque. Calima avisó a Andés de este con sospecha y precaución, las cuales le ayudaron a detenerse un segundo antes de impactar, encestando un leve golpe, el cual aterrizó en la pierna de su oponente mientras se retiraba.

Tenían una oportunidad, Daleneld parecía estar quedándose sin metales, dado que ella pudo notar como escatimo en peltre a la hora de esquivar. Si se aseguraban de evitar que consiguiese más metal, Andés tendría una ventaja sobrecogedora sobre su oponente, solo debían resistir…

Las sombras desaparecieron en un parpadeo, al revisar su interior, Calima se dio cuenta con horror que su atium se había acabado.

Daleneld abrió los ojos en sorpresa, y se dirigió hacia Andés con la intención de asesinarlo. Sin atium, no había manera que él pudiese defenderse del ataque, son lo que, en abrir y cerrar de ojos, Calima se interpuso en su camino, atrapando con su brazo la puñalada. Daleneld dio un paso hacia adelante, y cortó desde el brazo hasta el pecho, empujando a Calima hacia atrás con una patada. Ella intentó levantarse, pero antes de eso, aquel hombre se empujó hacia ella, y la apuñalo apuntando a su cabeza mientras intentaba escapar con acero.

Calima había evadido en parte el ataque, dejando un tajo que cortó desde el estómago hasta la pierna. Ella se propuso a levantarse y huir, pero volvió a desplomarse, el corte había sido demasiado profundo, dejándola expuesta para el remate.

Gabroil vio a la muerte frente a sus ojos, observándolos con una sonrisa. Aun

sin hacer ningún movimiento, Benelend sabía que había ganado, y ahora solo estaba disfrutando del momento, de la agonía que sentían ellos de saber que en cuestión de segundos podría acabar con todos ellos.

El nacido de la bruma dio un paso hacia delante, agachándose lentamente para tomar el bastón de duelos de Pit y caminando hacia Diven, la más joven del grupo. Donny se interpuso, empuñando su lanza, pero fue recibido por un golpe inhumanamente rápido que le partió el cuello en un instante.

Fren, Sall y Dan intentaron golpearlo al mismo tiempo, pero Benelend los esquivo como si ni siquiera fueran un desafío, clavando el bastón en el pecho del primero, mientras pateaba la cara de Sall, partiéndole la mandíbula.

No sabía qué hacer, no sabía cómo moverse, cómo reaccionar. Sus amigos estaban muriendo frente de él, y no tenía el poder para evitarlo. Diven y Dan intentaron defenderse, pero Benelend azotó el brazo del segundo, derribandolo en un instante, evadiendo y sobrepasando cualquier defensa.

¿Aquí se acababa?, ¿acaso había desperdiciado estos años para nada?. Después de todo lo que se había preparado, todo lo que había aprendido, lo que había amado…

Pensando más rápido de lo que nunca había pensado en su vida, lo vio.

Antes de arremeter contra Diven, Benelend parecía comenzar a voltearse, esquivando un ataque que todavía no se estaba realizando. Todo fue demasiado rápido, en menos de una fracción de segundo, pero Gabroil supo que su destino se encontraba sellado, y estaba conforme con ello.

Avivando su peltre, se abalanzó sobre su enemigo, el cual evadió la estocada, respondiendo con un golpe en el rostro. Gabroil ignoró el daño causado y arremetió nuevamente, apuntando hacia la forma general de su enemigo. Este se agachó con gracia, y de su cinturón tomó una de las flechas que le habían lanzado, y con ella apuñaló la mano de Gabroil, cortando el dedo meñique y anular.

¡Concéntrate!. Gabroil volvió a atacar, y como un rayo abanico su bastón, asegurándose de apuntar hacia arriba de su objetivo, haciéndolo retroceder mientras este saltaba para alejarse, pero quedandose lo suficientemente cerca como para volver a arremeter.

Gabroil intentó apuñalarlo una y otra vez, pero solo era recibido por cortes, un el cual llegó hasta su ojo.

Benelend evadió todos los ataques de Gabroil mientras lo apuñalaba sin cesar, siguiendo la pelea hasta la puerta principal de la bodega, en donde utilizó la puerta y el muro como defensa momentánea mientras encestaba un corte en la garganta de Gabroil con una mano, y desarmándola con la otra.

¡Sigue!. Gabroil no retrocedió ni un centímetro, haciendo que Benelend

entrase por completo a la bodega, de allí Gabroil logró obligarlo retroceder hasta las escaleras, aun sin haber encestado ni un solo golpe, haciendo que ambos descendiesen a la bodega. Los dos fueron recibidos por una red, la cual cayó sobre ellos desde arriba. Gabroil se limitó a romperla, mientras que su oponente simplemente se empujó fuera de su alcance, evitando siquiera ser tocado por esta.

Al tocar el suelo con los pies, sin previo aviso, Benelend vómito. Sus metales, incluido la perla de atium, fueron esparcidos por el suelo y parte de Gabroil. El shock le hizo dar un paso en falso, el cual lo hizo resbalar por el suelo, el cual parecía estar cubierto de aceite. Gabroil aprovechó la oportunidad, y antes de que su enemigo lograse empujarse con el poco metal que le quedaba, lo tomó de la pierna.

Recibiendo una lluvia de apuñaladas, Gabroil avivó su peltre mientras mejoraba su agarre, pasando de la pierna a la cintura, y de las cinturas a los brazos.

La sangre, el vómito y sudor cubrían su único ojo, apenas era capaz de ver lo que estaba sucediendo, solo podía sentir como era apuñalado una y otra vez en el estomago, pero sin importar el daño, Gabroil no lo dejaría ir.

Sosteniéndolo, recibiendo sus ataques, se levantó del suelo, sólo debía sobrevivir hasta que se le acabase el peltre. Solo necesitaba…

Gabroil sintió un golpe, pero esta vez proveniente del cuerpo de Benelend.

—¡Que no se escape! —gritó la voz de Dan. Los golpes comenzaron a llover, uno tras otro cayeron encima del cuerpo de Benelend, quien había comenzado a empujar y tirar con todas sus fuerzas para escaparse del agarre de Gabroil. Este no lo soltó. Apretando su peltre con todas sus fuerzas, tomó el primer pilar que encontró y de allí sostuvo al nacido de la bruma mientras era apaleado por los supervivientes de la banda.

—¡Suéltenme! —grito Benelend, dejando de apuñalar a Gabroil y comenzando a empujarlo con los brazos, intentando zafarse de su agarre.

Sin parar, durante dos minutos enteros, los golpes llovieron en el cuerpo del noble. Aun después de dejar de moverse, Gabroil no lo soltó.

Apoyo parte del cuerpo en el suelo, y allí pisó su cabeza, tirando de los brazos con todas sus fuerzas, rompiéndole el cuello y asegurándose de que el malnacido se quedase muerto en donde está.

Capítulo 38

La recordaba, la noche en la que lo perdió todo, no era muy distinta a esta.

Su padre acababa de cerrar las ventanas para que la bruma no entrase. Ella estaba hablando con su hermana acerca de todo lo que había hecho durante el día, no era mucho, solo se asomó por la ventana y contó los papeles en el escritorio de su padre. Pero igualmente lo hizo sonar como lo más espectacular de la semana, ¿y por qué no? Le encantaba hablar, la manera en la que, con ciertas palabras, alguien te ignoraba, mientras que con otras captabas su total atención.

Era muy pequeña para entender que aquello era un defecto, pensaba que, mientras más te escuchasen, mejor le caería a la gente.

Alguien había tocado a su puerta. Otra vez, en su tiempo no entendió del todo la importancia que tenía que alguien llegase a tu casa en medio de la noche.

Su padre se dirigió hacia el portal, quizá era algún mendigo o vecino necesitado de ayuda. Ella no había entendido el porqué se molestaba con cosas así, en ayudar a gente que no tenía nada que ver con ellos, fue una estúpida por pensar de esa manera.

Al girar el pomo, un hombre entró a la casa a la fuerza, seguido por varios soldados, todos equipados con armas y armadura. Aquel hombre, al cual ahora podía reconocer como recadero de una casa noble, preguntó sobre su madre, hermana y ella. Su padre respondió con una mentira, dijo que ellas eran hijas del vecino.

¿Por qué su padre mentiría? Él siempre le decía que mentir está mal. Delena decidió corregirlo. Diciendo que eran sus hijas, acompañando la aclaración con un chiste de mal gusto. Su madre tiró rápidamente de su oreja, como si intentase arrancársela, nunca le había hecho algo así, pero fue demasiado tarde.

Tras decir aquello, el noble sonrió, observando a sus guardias, los cuales comenzaron a avanzar empuñando sus lanzas.

Abalanzándose sobre ellos, su padre gritó algo a su madre, quien tomó a ambas de la mano, llevándolas corriendo fuera de la habitación. Lo último que vio de su padre fue a este siendo apuñalado en el pecho por varias lanzas, derramando sangre por todo el lugar.

Ya en la parte trasera de la casa, entraron con rapidez a una pequeña puerta que daba a una habitación con una ventana. Delena preguntó qué estaba pasando, su madre respondió tapándole la boca, moviéndolas a ambas lejos de la puerta. Su madre se acercó a la ventana, y la abrió, con lo que Delena volvió a preguntar.

Su madre la tomó del brazo mientras los hombres de fuera pateaban la

pequeña puerta. Empujó a Delena y su hermana fuera de la casa, pidiéndoles que huyan. Al voltear, ella vio como una espada degollaba a su madre en el sitio.

Ambas comenzaron a correr entre las brumas, escondiéndose en el primer callejón que encontraron. Apenas podía respirar, ¿por qué sucedía esto?, Delena no paraba de preguntar lo que estaba sucediendo, su hermana mayor la golpeó en el rostro, pidiéndole que se calle, haciendo que cierre la boca.

No podía entender, ¿por qué?. Su hermana la tomó del brazo, y comenzó a correr hacia la calle. Aun sin entender la situación, Delena comprendía el peligro en el que se encontraban, con lo que comenzó a correr junto a su hermana.

Aun tras andar por varios minutos, un soldado las avistó, dirigiéndose hacia ellas a toda velocidad y tomando a su hermana del brazo. Esta se resistió, pidiéndole a Delena que corriera, dándole tiempo a para seguir escapando. Ella siguió corriendo, y corriendo.

Y solo hizo eso. Correr. No sabía a donde ir, solo hacia adelante. Perdida en la densa bruma, ocultándola de los asesinos.

Capítulo 39

Andés tiró con todas sus fuerzas hacia Daleneld, quien se abalanzaba con su cuchillo hacia Calima.

Es ahora o nunca.

Con un rápido juego de manos, Andés tomo de su capa la daga de aluminio que había preparado, y con ella logró encestar una puñalada a Daleneld que se sorprendió al no ver aquel metal dentro de sus sombras de atium, dándole tiempo solo para saltar hacia atrás, evitando que esta llegase a su cuello, enterrando la daga en su hombro en su lugar.

Andés aprovechó ese pequeño instante y se atrajo desde el suelo hasta Calima, tomándola y comenzando a llevársela lejos del sitio. Tiro de todos los anclajes de siete edificios hacia el este. De allí prosiguió tirando hasta perder a la figura de Daleneld de sus sombras de hierro.

Sentía la fragilidad entre sus brazos, la niña se quedó sin atium, y de igual manera, había decidido saltar a protegerlo. Aun cuando significaba una muerte segura.

¿Cómo dejo que esto sucediese? Ella no era ninguna peleadora, no era una asesina. Andés debió haberla forzado a regresar a la mansión, a reagruparse, a encontrar otra manera de derrotar a su oponente, debió…

—*Me… siento perdida…* —dijo una pequeña voz entre sus brazos. Las emociones de Andés comenzaban a tranquilizarse.

Fue frágil, como un fino hilo de seda. Apenas había sido capaz de escuchar y entender aquellas palabras de Calima, que estaba aferrada a las ropas de Andés.

—Yo lo resuelvo —dijo Andés, abrazando con fuerza a Calima —Solo descansa.

La niña se agarró con más firmeza a su abrigo, dejando de manipular las emociones de Andés, devolviéndole el miedo.

Daleneld se acercaba, probablemente quemando atium. Andés simplemente tiro, de todo anclaje en la dirección opuesta. Dejó que el miedo lo dominase dejándole pensar en qué hacer.

¿Cómo derrotaba a alguien con atium?, ¿era acaso eso posible?. Había gastado ya su única oportunidad con la daga de aluminio, además, probablemente Daleneld estaba atento a cualquier sorpresa.

Pensó en todas las lecturas y anécdotas de su hermana sobre que hacer con un

nacido de la bruma con atium. ¿Encerrarlo en una habitación?, eso era imposible, no había manera de lograr eso en tan corto tiempo, no tenía nada con que cerrarle el paso de forma inmediata…

Una idea se maceró en la cabeza de Andés, ¿qué los diferenciaba a ambos?. Daleneld tenía todos los metales alománticos, pero igualmente seguía limitado. No podía volar hasta las nubes, o atravesar paredes, seguía atado a reglas. Cada empujón provenía de un anclaje, un anclaje atado a un sitio.

Concentrando en el mar azul de metales de su alrededor, Andés observó los anclajes que Daleneld utilizaría. Había cientos, todos dando miles de oportunidades distintas para moverse. Avivando más su hierro, Andés se concentró aún más en los metales, fue capaz de ver un pequeño movimiento, extremadamente leve, invisible para el ojo inexperto.

Un clavo en la calle, un tenedor en una casa y una campana a varias casas de distancia. Observando la posición de Daleneld, estas formaron una trayectoria directa hacia la posición de Andés. En ese instante, él se atrajo hacia la derecha, esquivando la arremetida de su oponente por al menos dos metros.

Necesitaba ganar más velocidad.

Clavos de una rueda, una bisagra, la campana. Andés volvió a reconocer el patrón, esta vez tirando hacia atrás, levantándolo levemente por encima de los edificios, volviendo a evadir un ataque, el cual falló por medio metro.

Calima sangraba sin cesar, el peltre la estaba manteniendo con vida.

Dos monedas, una puerta, un farol y todos los clavos de la cercanía. Esquivo hacia delante y la izquierda, la daga de cristal rozó su cuerpo por apenas unos centímetros.

Estaba viajando más rápido de lo que nunca había hecho en su vida, solo atraía, aumentando su velocidad, debía alejarse a como de lugar.

Todos los metales. Esta vez se atrajo hacia el suelo, el puñal cortando parte de su cuello, sin llegar a la yugular. La pierna de Andés se estrelló contra el pavimento, destrozando por el rozamiento tanto su ropa como parte de su piel. Logrando estabilizarse, Andés se observó con que estaba a punto de encontrarse con el borde de la ciudad, con lo que tiro aún con más fuerza dos de los edificios más altos en aquella dirección.

Daleneld lo alcanzó, apuñalando su pierna y tomando la otra, asegurándose de no soltarlo. Este escaló por la cintura de Andés, buscando su cabeza.

Ambos salieron disparados hacia las afueras de la ciudad, elevándose en el aire, el sol saliendo detrás de él. Andés gritó a todo pulmón mientras la luz entraba por los ojos de Daleneld, el cual fue aturdido debido a sus sentidos aumentados.

Tomando la daga de cristal de las manos de Calima, Andés intentó apuñalar a

su enemigo, pero este se cubrió con su brazo, evitando el corte. Andés no se detuvo, y aprovechando el agarre, comenzó a atraerse, esta vez en dirección a la ciudad, usando todas sus fuerzas.

Ambos volaron en un solo instante hacia la muralla, Andés logro posicionarse encima de Daleneld, acomodando a Calima por encima de ambos, estrellandose por encima de Daleneld, escuchando los huesos de ambos romperse en sus cuerpos.

Todo era dolor, estaba sangrando por un sin fin de heridas, no podía levantar su pierna, y no tenía que ser médico para saber que tenía las costillas rotas, lo único manteniéndolo consciente era la adrenalina.

Calima estaba a un lado de la calle, parecía no haber sufrido gran daño en el impacto, y en frente suyo…

Daleneld estaba levantándose, su pierna izquierda había rotado en una posición imposible, sangraba desde la cabeza y parte de los huesos de su pecho se encontraban expuestos. Tomó la daga de aluminio que todavía se encontraba en su hombro

Se estaba acercando, y Andés no podía levantarse.

Sus miradas se encontraron, con la poca fuerza que le quedaba, Andés se arrastró hacia la daga de cristal, y una vez un ella en mano, atrajo levemente el metal de la muralla y el de tres edificios encima de él, levantándolo del suelo como un títere. Algo en su interior no estaba donde debía.

Daleneld comenzó a empujarse, y utilizando su pierna buena para no caerse, apunto la daga hacia el frente.

Andés intentó cubrirse del impacto, pero este no llego. Al bajar sus brazos, Daleneld se encontraba en el suelo, inmóvil.

Se le había agotado el peltre.

Capítulo 40

A duras penas se encontraban con vida.

Manette suspiro de alivio al llegar hasta el muelle, trayendo a todos los que habían sobrevivido. Robby se quedó en el barco, no quería ser un peso innecesario.

Necesitaban buscar peltre para Gabroil. Entre las cosas de Benelend habían encontrado sus viales, los cuales su esposo bebió como apaño, pero el peltre que contenían no bastarían para mantenerlo de pie por siempre. Diven ya se había ido a buscar más metal en la mansión.

Sall le había ordenado a Gaboril que se quedase quieto, advirtiendo que solo sanaría si utilizaba su peltre exclusivamente para aquello. Hacía presión en el cuello de Gabroil, que sangraba como una fuente. La sangre que perdió habría matado a cualquier persona hacía ya varios minutos.

—Te pondrás bien —dijo Manette, tomándolo de la mano.

Manette ya podía verlo durante los próximos meses fanfarroneando con como había logrado matar a un nacido de la bruma. Este sonrió levemente, con un rostro realizado, mirándola a los ojos con satisfacción, parecía como si estuviese perdiendo la conciencia.

Se va a poner bien. Se dijo Manette.

No sabían si el otro nacido de la bruma se encontraba rondado. Hasta no saber el paradero de Andés, se esconderían en los barrios bajos.

—Pit… —dijo Dan, sentado en el muelle —¿era atraedor?.

—No quería tener nada que ver con la alomancia —respondió Robby —el… tenía un complejo con ella. Una lástima que no llegase a entrenar sus poderes como era debido.

—Cuando lo contrate le asegure que no tenía por qué usarlos —Agregó Manette —Él ya era suficientemente diligente por su cuenta.

Dan agachó la cabeza, pensativo.

—¡Sall! —escucharon desde lo lejos, era una voz de mujer, pero no de alguien que reconocieran —¡Sall! —volvió a gritar la voz. El sol apenas estaba saliendo, y las brumas todavía se dispersaban lentamente.

Manette no pudo creer lo que veía. Calima estaba trayendo a Andés, que se encontraba completamente malherido. Sall miró a Dan, el cual se movió hacia Gabroil para cubrir la hemorragia mientras él corría hacia Andés.

—Tiene miles de cortés —Comenzó a decir Calima con total naturalidad, o al menos la naturalidad normal que tendría alguien desesperado en un momento como este —la pierna está herida y se estrelló contra el suelo a toda velocidad.

Sall observó con total sorpresa a Calima, y agito su cabeza, concentrando en Andés. Ella observó la situación, y como todos se encontraban totalmente malheridos. Sall intentó decir algo, pero seguía con la mandíbula destrozada.

—¿Y el nacido de la bruma? —preguntó Robby.

—Muerto —contestó Calima, agobiada —Desparramado por la calle.

—Ve a buscar peltre para ti y Gabroil —dijo Manette.

Calima asintió, empujándose con el primer anclaje que encontró en dirección hacia la mansión.

Andés estaba vivo, o cerca de eso, al menos, y Calima se encontraba en una pieza. Recibir buenas noticias logró tranquilizar a Manette un poco.

—Yo… lo siento mucho —dijo Calima. Se había quitado la capa de bruma hacía un rato. Luego les tocaría sobornar a los médicos que la vieron con la capa puesta.

Había pasado todo un día desde lo ocurrido. Los médicos los estaban tratando en el salón principal, era el sitio con más espacio y ya estaba preparado para cuando llegaron. Gabroil… no había sobrevivido, la sangre que perdió fue demasiada. Manette se encontraba en su habitación, esa muerte fue la que la derrumbó.

—No tienes de qué disculparte —respondió Dan —A diferencia de ti, ellos tenían años de experiencia.

La mayoría de sus compañeros se encontraban inconscientes o descansando a su alrededor. ¿Cómo había sido tan inútil?, solo tenía un trabajo, encontrar problemas y reportarlos.

—Aun así debí al menos ser capaz de regresar a tiempo —dijo ella, sollozando —por mi culpa todos están heridos, Pit, Hef, Donny y Gabroil están…

—No seas así —interrumpió Robby —¿Cómo debería sentirme yo entonces?. ¡Mi único trabajo es ver a los alománticos venir!.

—Lo importante es que sobrevivimos, ya no nos molestaran —Aclaró Dan. Y era cierto, en estas últimas veinte horas, Mern, Diven y Alfure se había asegurado de que el hecho que acababan de matar a dos nacidos de la bruma en una noche se esparciera, incluso habían contratado al prelado para que este se encargase oficialmente de los cadáveres.

Además, una vez sus maestros muertos, lograron disuadir al Kandra que se

hacía pasar por Kastef para que revelase que los gemelos habían matado a un miembro del ministerio, quitando todo el peso a las acusaciones hechas por ellos, limpiando totalmente el nombre de la familia ante el prelado. Al parecer habían ganado su favor, diciéndoles que «esperen una jugosa recompensa por las molestias», el asesinato de varios miembros de la familia fue ilegal a falta del papeleo necesario, resultando en una carta por parte del inquisidor prohibiéndole a Lekal acercarse a la región. A Calima incluso se le ocurrió decirle como ellos «habían utilizado» el aluminio de forma extraña, asegurando además otra sanción.

Pero aun así… ella seguía abatida. El coste de esta victoria fue demasiado alto.

La herida que recibió llegó desde el pecho hasta la pierna, según los médicos, habría dejado en cama a cualquier persona, pero su peltre fue suficiente como para mantenerla en pie.

—¿Te sientes cómoda así? —preguntó Robby.

—¿Cómoda? —respondió Calima.

—Ya sabes, hablando.

—Yo… sí, creo que sí —dijo Calima con decisión —Olviden el «creo», sé que me siento cómoda.

—Suenas muy decidida —comentó Dan.

—¿Y cuándo no? —respondió ella, con una leve sonrisa. Estaba abatida por dentro, solo quería llorar, pero ahora mismo necesitaba más que nunca mantener la cabeza fría, y soportar el dolor.

A lo lejos, Calima observó como Alfure entraba en la habitación, trotando hacia ellos con un rostro preocupado. La ayuda que habían recibido de él fue invaluable. No solo se aseguró de controlar los daños sociales, sino que además había preparado varios médicos de antemano

—Señor… ya han llegado.

Perfecto.

—Iré a prepararme —dijo Dan, levantándose —¿Quiénes están conscientes?.

Calima comenzó a levantarse de su cama.

—Tú no —dijo Dan.

—Yo sí —respondió ella con rapidez —¿O prefieres pedírselo a Manette? Ella es la que se encuentra mejor de todos, y apenas puede levantarse de la cama.

—Tienes razón, pero…

—Pero tengo peltre hasta para mañana —interrumpió ella —Sabes que no estamos en situación para mostrar debilidad.

Dan observó a Calima de arriba a abajo, y por su mirada, ella intuyó que probablemente él estaba dándose cuenta de que ahora debía aguantar a otra adolescente más en su vida.

—No quiero interrumpirlas —dijo Alfure —Pero Buvidas insistió en entrar lo antes posible. Además, llegó con un grupo de soldados.

—Está bien —dijo Dan, mirando hacia Calima —Prepárate, nos veremos en cinco minutos…

—Déjalos pasar —dijo una voz. Era Andés, que se encontraba a no muchas camas de distancia.

—¿Cómo? —pregunto Dan.

—Déjalos entrar aquí —volvió a decir, acomodándose en la cama. Uno de los doctores se acercó para recostarlo de nuevo, no debía moverse en lo absoluto después de las heridas que había recibido.

—Andés, si nos ven así…

—No pasará nada, que entren.

Dan no comprendió el porqué esa insistencia, pero decidió hacer caso a su amigo.

Al cabo de un minuto, Alfure regreso, y junto a él, un hombre con vestimentas extremadamente formales.

—¡Mi señor! —grito El hombre, acercándose corriendo hasta la camilla de Andés.

—Hola Mainez, ha pasado tiempo —respondió Andés, éste apenas tenía energía para hablar.

—¿¡Qué le ha pasado!? —preguntó el tal Mainez.

—Consecuencias de juntarme con nacidos de la bruma.

—Realmente le recomiendo que comience a alejarse de ellos, señor —respondió Maincez.

—Disculpe… ¿Quién es usted? —pregunto Dan.

—¿Que quién soy? —preguntó el sirviente —Usted debería saber con quién…

—Mainez —interrumpió Andés —No les dije.

El hombre observó el rostro ligeramente enfadado de Andés, entendiendo la situación.

—Oh, mis más sinceras disculpas entonces —dijo el desconocido en un tono formal —Mi nombre es Mainez Urvon, sirviente principal de la casa Buvidas.

—Tú… —dijo Dan, observando incrédula hacia Andés, habiendo juntado los hilos —¿Eres Arnelf Buvidas?.

Andés recostó su cabeza en la almohada, estaba muy cansado.

—Sí, lo soy —respondió —Vienen a llevarme a Luthadel.

—El maestro es necesario lo antes posible en la corte —dijo Mainez —Nos lo llevaremos enseguida.

—¿¡Llevárselo!? —pregunto Calima —¡Pero lo necesitamos aquí!.

—Lo siento, señorita, pero Arnelf es la cabeza de la casa. Es el último miembro del linaje principal ahora que su padre ha muerto.

—¡Está herido! —exclamó Calima —¿es consciente que si se lo lleva en ese estado tiene probabilidad de fallecer en el trayecto?.

El sirviente se sorprendió ante aquella aclaración.

—Está bien —dijo el sirviente —Puedo esperar, pero le recuerdo, señor. Lo necesitamos lo más pronto posible.

Epílogo

Si tuviera que elegir. Manette se habría quedado con Gabroil en lugar de recibir tanto prestigio. Aun después de tantos meses no podía superar su muerte. Él era de las únicas personas a las cuales Manette le había abierto su corazón.

Sentía en su asiento la sangre de sus compañeros caídos a lo largo de los años, ¿había valido la pena? ¿Para comer un poco mejor? ¿Para dormir más cómoda?.

—Mi señora —dijo su sirviente, entrando por la puerta —Los invitados estan llegando.

Manette se levantó, y comenzó a dirigirse hacia la puerta. Hoy debía anunciar algunas leves reformas que se harían en la ciudad. Nada drástico, sólo presentar algunas pruebas de cómo el equipo de seguridad adecuado ayudaría a mejorar la producción de las fábricas.

Al asomarse por el balcón del segundo piso, observo como Robby se encontraba saludando a algunas damas. Alguien había esparcido el rumor que él había perdido su capacidad de caminar debido a un combate con un nacido de la bruma, dándole una fama considerable.

Al bajar por las escaleras, los presentes se inclinaron ante Manette. La respetaban, y temían. Los sucesos del último año quedaron como precedente sobre lo que sucedería si te metías con la casa Doulin.

Andés odiaba a esta gente. La mayoría era responsable por la muerte de miles de skaa al mes, jamás había esperado volver a bailar entre ellos.

—¿Estás lista? —preguntó.

Manette se había quedado en Doriel. El ministerio la oficializó como la regente de la ciudad. A Andés y Calima ahora le tocaban representarla en la corte de Luthadel.

—¿Yo?, por supuesto —respondió Calima —siento que en realidad te lo preguntas para ti.

Él bajó un poco la cabeza. Ya llevaban seis meses de esto, y no parecía poder acostumbrarse al ritmo. Le había resultado más fácil aprender a correr con la pierna de madera que bailar entre la multitud.

—Basten Venture es un hombre complicado —dijo Andés —odia todo lo que

no se arrodille ante él.

—Lo tendré comiendo de mi mano en una hora —dijo Calima, totalmente confiada. La popularidad de Calima la había hecho el centro de atención, este último año había demostrado un manejo social fuera de este mundo, bailaba entre la nobleza de la misma forma en la que un alomántico danzaba en la bruma, con control y gracia, utilizando los anclajes y aprovechando las esquinas llenas de oportunidades.

—Elariel te odió —dijo Andés.

—Daleia se casará con Amrend Lekal —respondió ella —Creo que parte de su contrato matrimonial consiste en odiarme. Lo que hace aún más gracioso que su prometido me busque tan desesperadamente.

En cuanto a Andés. Lamentablemente, los rumores habían comenzado a correr, consecuencia de haber publicitado de manera tan deprisa el asesinato de Daleneld. Todos lo creían un nacido de la bruma, lo que lo ubicaba en una situación complicada con respecto a la corte. Muchos le temían o respetaban por ello, pero al ser la cabeza de la familia Buvidas, las mujeres se forzaban a dejar de lado aquella intimidante «información» con tal de conseguir su mano.

—Maese Arnelf —dijo Alfure, que los había convencido de llevarlo a la dominación central —no considero que este sea el sitio adecuado para tener esta discusión.

—No perdamos más tiempo, entonces —dijo Calima en respuesta, comenzando a caminar hacia la puerta.

Esta chica va a matarme un día de estos…

Una vez entrados al salón, el anunciador observó las tarjetas que le dio Alfure, para luego girarse hacia la sala.

—Lord Arnelf Buvidas —anuncio el sirviente —Y lady Éléandrine Doulin.

Ambos dedicaron una pequeña reverencia, adentrándose en la sala, perdiéndose entre la multitud.